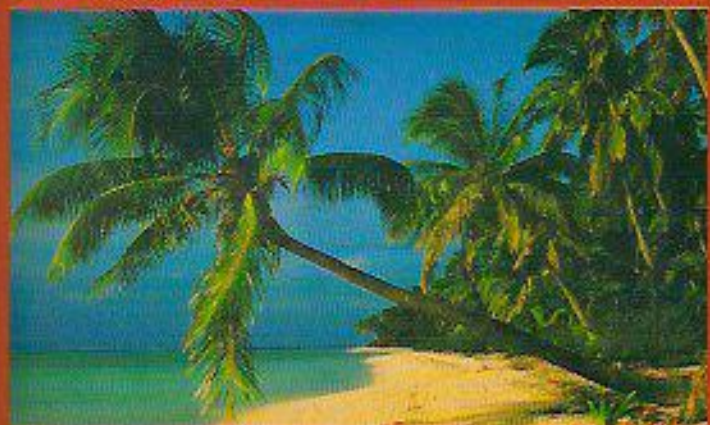


JAMES A.  
MICHENER



CARIBE

libros  Tauro

[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)

## IX

### LOS CRIOLLOS

En 1784, si alguien visitaba uno de los sitios más animados del Caribe, la plaza pública de Point-a-Pitre, en la isla francesa de Guadalupe, era muy posible que viese a tres jóvenes criollos muy buenos amigos, como habría notado hasta el observador menos atento, los cuales, aunque a la sazón nadie lo imaginara, se verían arrastrados contra su voluntad a un drama que culminaría con horribles sucesos.

La plaza era un espacio amplio, bordeado de árboles, y acogedor gracias a los bancos de madera y a un quiosco central en donde tocaba la banda de la ciudad y los ciudadanos podían comprar café caliente y pastas, para tomárselos mientras descansaban al sol. El ancho extremo sur se abría hacia el mar, con sus botes arracimados y sus velas blancas resplandeciendo en las aguas azules. Los otros tres costados se hallaban delimitados por viviendas, construidas al estilo de la Francia mediterránea, con una diferencia: si en Marsella se utilizaba la piedra, en la isla el material preferido era la madera, generalmente una bonita caoba inmune a los insectos. Cada casa contaba con una galería en el piso alto, adornada con flores tropicales, lo cual convertía la plaza en un jardín donde sus felices ciudadanos se congregaban durante todo el día.

Hacia el lado oriental de la plaza se abría una callejuela, y en la esquina así formada se levantaba una verdadera obra de arte, una casa de tres pisos, con dos galerías en vez de una y una cascada de flores en cada una de ellas, amarillas, rojas y azules. Pero lo que la tornaba inolvidable para quienes la admiraban, mientras tomaban café en el quiosco, era el delicioso enrejado, entretejido con varillas de hierro muy finas, que decoraba las dos extensas galerías. «Encaje de metal», había dicho una mujer, y así empezó a llamarla toda la gente: *Maison Dentelle*. Casa de Encaje.

En la planta baja tenía sus oficinas el señor Mornaix, uno de los principales ciudadanos de Point-a-Pitre, que realizaba allí sus operaciones bancarias y financieras, pero los pisos superiores, los que lucían el encaje, estaban reservados para su familia. Con frecuencia, los jóvenes que holgazaneaban en la plaza levantaban una mirada lánguida hacia la florida casa, suspirando: «Allí está». Y sus ojos seguían a Eugénie Mornaix, la encantadora hija del banquero, mientras ella paseaba por una de las galerías. ¡Es una flor más, comentaban.

Esta adoración era infructuosa, pues los afectos de la niña ya tenían dueño. En una casa de madera que se levantaba en la esquina opuesta, mucho más sencilla -dos pisos, una modesta galería y unas cuantas flores-, allí donde el boticario de la ciudad, el doctor Lanzerac, tenía su modesta tienda, vivía Paul, su hijo. Paul conocía a Eugénie desde su nacimiento, y ahora ambos habían llegado a esa edad entusiasta en que comenzaban a notar un vínculo especial entre ellos. El tenía catorce años; ella, mucho más despierta por el momento, doce.

Los padres, hacendosos comerciantes de clase media alta; aprobaban la relación que parecía estar creciendo entre sus hijos, pues las dos familias compartían muchos intereses: Ambas eran devotamente católicas y encontraban en la Iglesia una guía reconfortante; tanto en la tierra como para después en el cielo; ambas tenían hábitos frugales, pues estaban convencidas de que Dios quería de sus hijos un trabajo duro y dinero ahorrado, que los protegiera durante toda una larga vida; todos los miembros de las dos familias amaban a Francia con una pasión por la patria muy distinta de la que se exhibía en las colonias españolas. El señor Lanierac, el boticario, gustaba decir a los jóvenes: «Los españoles respetan a su patria, los franceses la amamos". En toda la zona de influencia francesa, desde el Rin hasta Santo Domingo, no había franceses más patriotas que los habitantes de la isla azucarera de Guadalupe.

Sólo Ciento treinta kilómetros la separaban de la Martinica, que estaba más al sur, pero ellos conocían bien las diferencias entre ambas colonias. Tal como Lanzerac explicaba a los capitanes holandeses que burlaban los bloqueos para vender sus contrabandos en Point-a-Pitre: «¿Preguntáis por las diferencias entre las dos islas? Es sencillo. En Francia siempre se habla de "los grandes señores" de la Martinica, porque allí nadie trabaja, y de "la honrada gente" de Guadalupe, pues saben que aquí sí lo hacemos. '¿Qué envía la Martinica a la patria?' Pulidos informes. ¿Qué enviamos nosotros? Azúcar y dinero".

Había una diferencia aún más notable: la Martinica era una isla corriente, en forma de riñón, de las que había cientos en el mundo; pero Guadalupe era única, bella en sí misma y misteriosa en sus orígenes. Su forma y color eran los de una mariposa verde y dorada, que se dejara llevar perezosamente hacia el noroeste; el verde provenía de la densa capa de vegetación que la cubría; el dorado, del juego, constante de la luz solar. En realidad, estaba compuesta por dos islas, con las dos alas de la mariposa separadas por un canal tan estrecho que, cierta vez, un borracho dijo: «Dadme tres cervezas y brincaré de una isla a la otra". El ala oriental de la mariposa era baja y llana, compuesta por tierras de cultivo; la occidental, de altas y escarpadas montañas, no permitía el trazado de caminos que la cruzaran. La explicación de esta notable diferencia está en el origen de las dos mitades: la oriental se elevó desde la base rocosa del Caribe cuarenta millones de años atrás, tiempo

suficiente para que sus picos fueran desgastados por la erosión; pero la occidental se alzó hasta la superficie hace sólo cinco millones de años y sus montañas aún son jóvenes. Nacidas de diferentes asentamientos en épocas distintas, las dos mitades estaban por entonces semiunidas en un magnífico todo, con montañas nuevas. «La nuestra es una isla que, despierta amor», decían los habitantes de Guadalupe, y compadecían a quienes se veían forzados a vivir en lo que llamaban «esa otra isla», la Martinico.

En este paraíso verde y dorado, los dos niños criollos, Eugénie y Paul, desarrollaron una apasionada devoción, tanto por su isla natal como por la patria francesa. Palabras como *gloria*, *patriotismw* y *la manera francesa* resonaban en sus -corazones como el ángelus que llamaba a la plegaria vespertina. Eran compromisos solemnes,- profundas alianzas. Paul, que asistía a la escuela dirigida por el sacerdote local, lo decía siempre a Eugénie, que permanecía en su casa, aprendiendo los secretos de la cocina y el cuidado de la ropa: «Cuando sea mayor iré a Francia para estudiar en París y seré soldado del rey», El rey era Luis XVI, cuyo retrato grabado en madera, con grandes números, honraba las habitaciones principales de ambas casas. Para los niños, el rey Luis, el de la cara redonda y la peluca hasta debajo de los hombros, era alguien a quien esperaban conocer personalmente algún día, si llegaban a Francia.

A los niños se los educaba para ser buenos católicos, patriotas leales y protectores del rey; representaban las aspiraciones de noventa y cinco de cada cien ciudadanos de la isla. Los únicos enemigos eran los británicos, cuya nefasta conducta con la isla los enfurecía. En 1759, mucho antes del nacimiento de Paul y Eugénie, una fuerza expedicionaria británica, compuesta por muchos barcos y miles de soldados, había invadido sin motivo Guadalupe, capturando la mitad occidental de la mariposa. Los británicos establecieron allí una fuerte base y trataron de conquistar la mitad restante, donde vivían los Lanzerac y los Mornaix de la época.

-Les llevó casi un año --explicaba Lanzerac padre a los niños-reunir sus fuerzas hasta sentirse lo bastante poderosos para atacar nuestra parte de la isla pues sabían que nosotros, los de la Grande Terre, somos luchadores. Pero a su debido tiempo vinieron. Y fue entonces cuando tu bisabuela se ganó un lugar en el panteón de los héroes franceses. -Cada vez que llegaba a este punto de su narración, hacía una pausa elocuente y recordaba a sus oyentes-: He dicho héroes, no heroínas, pues *grandmere* Lanzerac podía medirse con cualquier hombre.

Lo que ella hizo fue retroceder hacia el depósito de los Lanzerac, en la plantación de azúcar, llevó a todos sus esclavos detrás de los muros y los armó con pistolas recogidas en otras plantaciones. Tal como recordaba un general británico en sus memorias de campaña:

*Esta notable anciana. de sesenta y siete años y pelo blanco, apoyada sólo por sus tres hijos y cuarenta y un esclavos, contuvo a toda la fuerza británica invasora. Cuando llegué al lugar de la contienda pregunté: «¿ Qué nos demora ?». Mi pálido teniente res,pondió: «Allí hay una vieja maldita que no nos deja pasar por su fuerte». Y cuando inspeccioné aquello. vi que él tenía razón. Para hacerse fuertes en Grande- Terre. nuestras tropa ,ten(an que pasar por eL cuello de botella que ella controlaba. Y durante dos días completos no lo conseguimos.*

*Que nadie me diga que los soldados negros no saben luchar. Estuvieron admirables. De vez en cuando veíamos a la anciana con el cabello al viento, corriendo de un sitio a otro para alentar a sus hombres. Al final, tuve que ordenar una carga de bayonetas contra su depósito, pero al hacerlo di firmes órdenes: "No matéis a la anciana». No pudieron respetarlas pues ella acudió con dos pistolas y fue preciso derribarla.*

*Grandmere Lanzerac se convirtió en la santa patrona de los franceses durante los cuatro años de ocupación británica. Tanto Paul como Eugénie reverenciaban su nombre.*

Eran dos niños hermosos: Paul, de pelo rubio, ojos brillantes y francos, cara pecosa; Eugénie, de pelo oscuro, cara bonita y silueta esbelta como una brizna de hierba a los doce años, como el mecerse de un árbol tierno a los catorce. Pasaron por periodos de intensa relación, en los que Paul recorría las floridas galerías con Eugénie, compartiendo secretos y sueños imposibles: Hubo meses en que se separaron, encaminados en direcciones diferentes, pero siempre volvieron a reunirse, pues, los ataban lazos que no se disolverían jamás. No podían saber si florecería en una experiencia amorosa normal, y en cuanto a pensar en casamiento, habría sido ridículo a esa edad.

Estaban atrapados en la ambigüedad y lo sabían. La causa era la tercera criolla del trío, una deliciosa niña mulata, de piel olivácea, llamada Solange VaucJain, hija de un inmigrante francés que, contratado como administrador de una plantación, se había casado con una de las esclavas. Solange vivía con sus padres en lo que, por entonces, era una de las más grandes plantaciones azucareras, al este de la ciudad; según contaba a sus amigos de Point-Pitre, era «un jardín», pues todos los espacios que no se utilizaban para sembrar caña estaban llenos de variadas flores que hacían de Guadalupe una tierra de prodigios. Había aves del paraíso que parecían canoas doradas en el crepúsculo, flamígeros anthuriums, delicados hibiscus y una magnífica planta roja, que más adelante recibida el nombre, de buganvilla. Sobre todo esto se elevaban majestuosos cocoteros, como si fueran inmensas flores verdes, y alrededor de los edificios de la plantación crecían los misteriosos crotones, capaces de dar flores de seis o siete colores diferentes. Pero lo que Solange elegía como propio era el jengibre rojo, que tenía la forma del corazón humano. «Esa es la flor de Guadalupe", decía a sus amigos, «grande, audaz, descarada. No la encontraréis en

Martiruca. Allí les gustan las rosas y los lirios.

Aunque Solange se sentía a gusto, entre sus flores, muchas veces visitaba a los parientes negros de su madre, radicados en Point-Pitre, llevándoles como regalo flores de jengibre. Como tenía la misma edad que Eugénie, era inevitable que, en esa pequeña ciudad, las dos se hicieran amigas. En realidad, se convirtieron en, íntimas confidentes, más hermanas que amigas; ambas compartían susurros y especulaciones / sobre tal muchacho o tal otro, o sobre las andanzas de la joven viuda que vivía cerca del puerto.

Pero Paul Lanzerac fue pronto el centro de la conversación. Habría sido difícil determinar cuál de las dos estaba más interesada en él, pues Solange confesó una vez: «Cuando sea mayor, tengo la esperanza de casarme con Paul». Otras veces decía: «Eugénie, creo que Paul nos ama a las dos ... de modo diferente». y cuando Eugénie quiso saber más, Solange respondió: «Bah, ya me entiendes". Si hubieran interrogado a Paul, habría confesado que le gustaba Eugénie, porque compartían muchas vivencias, pero que amaba a Solange de un modo distinto y más compulsivo.

Cierta vez en que Eugénie había ido a pasar dos días en el campo, con Solange, la mulata exclamó en un arrebato de confianza: -Oh Eugénie, no importa cuál de las dos se case con Paul, seamos los tres amigos por siempre.

Eugénie se echó atrás para observar a su amiga y le preguntó:

-¿Te ha besado?

-:Sí, y lo amo desesperadamente -reconoció Solange.

Entonces todo cambió, pues había llegado el momento de que Paul marchara a Francia a fm de recibir, la educación necesaria para ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad francesa. En 1788, antes de partir -tenía diecisiete años-, pasó un par de días con las dos muchachas, que por entonces tenían quince, compartiendo con ellas sus esperanzas y las posibilidades que preveía para su retorno, tres años después:

-No tengo intención de ser boticario, como mi padre.

-¿Médico, pues?-preguntó Solange, arrebatada de entusiasmo por conversación tan seria.

-Tampo~.. Respeto la vida de mi padre ... su limpia tienda ... y me enorgullecería ser médico..

-¿Entonces? -insistió Solange.

-Tal como te dije, un puesto de abogado en el gobierno, un funcionario

que viaja de isla en isla -contestó mirando a Eugénie.

-Pero ¿volverás? -preguntó Solange.

"-¡Claro que sí! Aquí está mi hogar, para siempre. *Grandmere Lanzerac* murió defendiendo esta isla. No podría vivir en otro sitio.

-Pero estarás en París ... -dijo Solange.

-¡Ah, no! -corrigió él-. Ni siquiera veré París.

-¡Que no verás París! --exclamó ella, atónita.

Entonces Paul explicó que su barco lo dejaría en Burdeos, al sur de Francia, puerto desde donde él viajaría en varios transportes rurales hasta llegar a, la frontera oriental.

Iré a la pequeña ciudad de donde son originarios los Lanzerac, Barcelonnette, cerca de la frontera con Italia. Montañas y arroyos caudalosos. Allí viven algunos de mis tías.

-Pero ¿a qué cruzar todo un océano para ir a una pequeña población montañesa? -le preguntó Solange.

:-Dice mi padre que es la mejor parte de Francia. En la frontera, donde es preciso luchar para vivir. -Y Paulles recordó--: Esa anciana luchadora que detuvo a los británicos para salvar la isla era de Barcelonnette.

Y para las niñas quedó claro que él pensaba vivir según esa gloriosa tradición, un francés de pies a cabeza, combatiendo por Francia.

Cuando un joven inteligente de cualquier colonia francesa deseaba avivar su amor por la patria, en aquel tenso año de 1788, pocos lugares había más adecuados que la recóndita población de Barcelonnette. Se alzaba entre montañas, tan cerca de la frontera italiana que la sensación de defender la frontera afectaba a todos los que vivían allí o visitaban el lugar. También apreciaban las colonias, porque muchos hijos de la ciudad, al ver poco futuro en las limitadas oportunidades que su tierra les brindaba, emigraban al Nuevo Mundo en busca de fortuna. Décadas antes, la rama de la prolífica familia Lanzerac a la que Paul pertenecía había enviado a tres hermanos varones al Caribe: uno a México, otro a Cuba y el menor a Guadalupe. Todos progresaron tanto que podían enviar a sus hijos varones -cuando menos, al primogénito- a recibir su educación en Barcelonnette.

Y allí, entre las serenas montañas, esos jóvenes conocían a sus tíos, a sus abuelos y primos, y aprendían de ellos las antiquísimas glorias de la cultura francesa.

Estaba dispuesto que Paul pasara sus tres años de estudios en casa del tío Méderic, que no había abandonado la patria, para asistir a la escuela dirigida por otro familiar, Emile, que se había quedado en Barcelonnette para ser sacerdote y respetable erudito.

Tras permanecer bajo la tutela de estos excelentes hombres apenas unas semanas, Paul comprendió que, al llegar a la patria, había conseguido un nivel de conocimientos y comprensión nuevo. Fue coincidencia que, a principios de enero de 1789, el gobierno francés enviara una notificación a los seiscientos quince distritos que componían la nación, comunicándoles que, habida cuenta que iba a producirse un acontecimiento importante y poco común, una asamblea de los *Etats-Général*s -nobles, clérigos y tercer estado o pueblo llano-, cada distrito debía enviar a París el tradicional *cahier de doléances* o libro de quejas. Por eso, mientras Paul estudiaba, dos miembros de su familia participaban en la redacción de las quejas de Barcelonnette. Père Emile contribuía al informe del clero; tío Méderic estaba a cargo del de los plebeyos. Mientras los dos hombres trabajaban para resumir los juicios de la población sobre la situación de Francia, el sobrino recibía de ellos una apreciación de lo que hacía tan diferente a Francia de las otras naciones.

Tío Méderic era el más clarividente, pues veía a Francia como un faro luminoso cuyo destino era iluminar al resto de Europa y del mundo. Mientras se preparaba para redactar la versión definitiva, dijo a sus familiares:

Los *Etats-Général*s se reunieron por última vez hace cuarenta años. Esta es una rara oportunidad para expresar nuestras opiniones al rey. -y dejó claro que su lista de quejas sería breve-. Todo está bien en Francia. Los radicales de ciudades grandes, como Lyon y Nantes, se quejarán de todo. Querrán más privilegios de voto, más ayuda para los pobres, una policía más fuerte. Pero ¿cuáles son los hechos? Este es un país noble y, con cuidado, seguirá siéndolo.

Por lo tanto, su lista fue breve: «Debemos apostar más tropas a lo largo de la frontera para protegernos de los contrabandistas italianos, el servicio de correos con París debería mejorar, y es necesario ensanchar, el puente de la ruta a Marsella para que puedan pasar nuestros carros». Luego, para informar a París de lo que pensaba su distrito sobre el gobierno en general, escribió un fervoroso párrafo que sería objeto de numerosas citas, tanto en esa época como en posteriores, cuando los eruditos se preguntaran cómo, en la víspera misma de una revolución, esa ciudad, obviamente ilustrada, podía declarar:

*Si Luis XII. si Enrique IV son aún hoy los ídolos de los franceses debido a sus buenas obras. Luis XVI, el Benefactor. es el dios ,de*



*los franceses leales. La historia lo propondrá como modelo de reyes en todos los países y en todos los siglos. No son necesarios cambios de ningún tipo.*

Pere Émile no fue quien redactó la lista de quejas del clero, pero como contribuyó grandemente, Paul pudo captar el pensamiento de los curas:

*En tanto Francia se adhiera a las enseñanzas de la Iglesia y a la guía dada por nuestro rey, la nación estará sobre base segura. El genio de Francia, es ser racional en su enfoque científico de los problemas militares, industriales y comerciales, pero espiritual en su interpretación de la vida humana. Si logramos alcanzar este equilibrio, y esta comisión está segura de que podremos hacerlo, demostraremos al mundo nuestra superioridad sobre los principios que gobiernan a naciones menos capaces, como Inglaterra. No se requieren cambios importantes; aunque se debería enanchar la carretera a Marsella.*

Paul descubrió que esas sólidas declaraciones se fortalecían con la instrucción que le proporcionaban Pere Emile y sus tres colegas profesores. *L'école*. cómo se llamaba, era un colegio avanzado para muchachos de quince años, que ofrecía la instrucción equivalente al primer año, de universidades como Salamanca o Bolonia. Sus estudiantes aprendían los detalles de cómo había alcanzado Francia su grandeza. Tema tras tema, se ensalzaba la supremacía del pensamiento francés y su desarrollo. Aunque no había una asignatura específica de literatura; los profesores hacían referencia constantemente a Racine, Corneille, Rabelais y especialmente Moliere, cuya obra era considerada la mejor, de todas las existentes, por la combinación de profundidad de pensamiento y comedia. Un profesor admitió que el inglés Shakespeare tenía sus méritos, sobre todo por sus sonetos, pero que sus obras tendían a la grandilocuencia. Este mismo dijo, a su pesar, que el autor alemán Goethe merecía ser estudiado, pero que *Die Leiden des Jungen Werthers* era un relato demasiado sentimental para el gusto de un caballero instruido. No rechazaba a Dante, aunque sí a Boccaccio, pero lo acusaba de abstruso y de no narrar con propiedad.

En todas las materias se repetía siempre lo mismo: los reyes franceses eran admirables; los generales de Francia no tenían par; los almirantes franceses eran la gloria de los mares y los exploradores que Francia había enviado a América se contaban entre los hombres más valientes de la historia, muy superiores al italiano Cristóbal Colón, que se había limitado, según ellos, a navegar en barcos seguros hasta islas cuya existencia ya era conocida por los filósofos.

En escuelas similares de toda Francia se inculcaban estas lecciones a los jóvenes que, reclutados por el ejército a corta edad, conquistarían la mayor parte de Europa y marcharían hasta Moscú. Si Paul hubiera permanecido en Barcelonnette, cuna de valientes, sin duda habría llegado a ser uno de los mejores oficiales de Napoleón, portadores de los

valores franceses.

Pero sólo pasaría tres años en esa montaña, pues el 14 de julio, en aquel país que, según el libro de quejas local; no necesitaba cambio alguno, la chusma de París atacó la prisión de la Bastilla, provocando una oleada de cambios. Sin embargo Paul permaneció casi ignorante de las convulsiones que comenzaban a sacudir a su bien amada Francia, pues estaba librando una batalla propia, bastante difícil.

Cuando los jóvenes como él viajaban a Barcelonnette para estudiar, se hacían grandes esfuerzos por conseguirles una esposa local, partiendo de la comprensible convicción de que las mujeres de la región eran un producto conocido y muy deseable. Nadie apoyaba tanto esa creencia como el tío Méderic, que hizo desfilar ante su sobrino una belleza tras otra. Algunas de ellas, le dejaban sin aliento: la tez impecable que da el aire montañés y el carácter firme, estable, que resulta de la vida rural protegida. Una niña en especial, llamada Brigitte, prima bastante lejana, puesto que en el distrito todos estaban, emparentados, resultó más encantadora que nadie. Era hija de un agricultor adinerado y no sólo dominaba las artes domésticas de la cocina, la costura y la limpieza, sino que también poseía una buena voz para el canto y un par de pies muy vivaces cuando sonaba el violín. Por si fuera poco, el tío Méderic recordó a su sobrino que el padre le daba una buena dote.

Pero Paul no pudo prestarle mucha atención, pues lo había atacado una extraña enfermedad: sentía nostalgia del esplendor tropical de Guadalupe y de los encantos de Eugénie Mornaix y Solange Vauclain. La verdad era que Brigitte, con todas sus virtudes, le hizo recordar que ya estaba enamorado, aunque no pudiera decir de cuál de las dos niñas criollas. Cuando pensaba en ellas como mujeres, era Solange, Coli. su morena belleza, la que le llenaba el corazón; pero cuando se planteaba seriamente la pregunta «¿Cuál de ellas?», acababa pensando siempre en Eugénie. Durante tres semanas anduvo como un fantasma por las colinas de Barcelonnette, tan perdido en sus sueños que su tío vio la necesidad de tomar medidas enérgicas.

-¿Qué te pasa; muchacho? ¿No te das cuenta de que Brigitte te ha echado el ojo? Te diré que un partido como ése no se cruza dos veces en la vida de un hombre.

Las dos o tres primeras acometidas no dieron resultado, pues Paul no hizo el menor caso, pero su tío le preguntó con franqueza:

-¿Te dan miedo las mujeres?

-Estoy enamorado de una muchacha, allá en la isla –le respondió el muchacho.

-¿Qué clase de muchacha?

Por la manera en que su sobrino tartamudeaba ante sus preguntas, Méderic llegó a la conclusión de que el muchacho mentía. La verdad era que Paul no sabía qué decir. Por fin barbotó:

-Eugénie Mornaix.

A continuación su tío lo atacó con una descarga de preguntas incisivas, confundiéndolo de tal forma que Paul dejó escapar, por accidente, el nombre de Solange.

-¿Y quién es ésa?

-Otra niña, tan bonita como Eugénie.

-¿No puedes decidirte? Si caes en esa trampa te verás en problemas. Dime, ¿alguna de ellas es tan hermosa como Brigitte?.

-Son diferentes. Eugénie es más menuda y muy inteligente. Solange, más alta y más morena ... muy hermosa.

-¿Más morena? ¿Qué quieres decir?

Paul, en su torpe respuesta, reveló que la madre de Solange había sido una esclava.

En la granja se hizo el silencio. Por fin, el tío Méderic se acarició el mentón, señalando un madero oscurecido por el humo de siglos.

-¿Quieres decir que su madre era tan oscura como ese leño? .

Como Paul asintió, su tío empezó, a formularle una larga serie de preguntas sobre los esclavos de las islas, y Paul, le dijo, que muchos franceses se casaban con mujeres importadas de Africa, mujeres muy hermosas, cuyos hijos son tan inteligentes como vosotros y como yo. Le contó asimismo numerosas anécdotas con tanta habilidad que, en las tardes siguientes, el tío Méderic llamó a otros miembros de la familia para que escucharan el informe del muchacho sobre la vida en Guadalupe. Poco a poco, la actitud francesa sobre las relaciones entre distintas razas se fue poniendo de manifiesto:

- Todos somos hijos de Dios -dijo Pere Émile.

-En Barcelonnette nunca hemos visto esclavos, pero una vez que están bautizados, sin duda ... -recordó un primo.

Y el cura asintió con la cabeza.

Pero el tío Méderic, que aún defendía la causa de Brigitte, hizo una observación juiciosa:

-Cuando un hombre piensa pasar su vida en las islas, supongo que una esposa negra es aceptable; pero si pensara buscar trabajo en Francia.: una esposa negra ... en fin...

-¡Ella no es negra!-dijo Paul, a la defensiva-. Es ... En Point-o-Pitre se ven muchachas de todos los colores, y algunas de ellas son realmente hermosas. También los hombres.

Entonces lo incitaron a revelar algo, que, hasta entonces, había ocultado a todos. Subió a su cuarto y regresó con una pequeña hoja de papel blanco, de unos doce centímetros de ancho, en la cual había pegado cuidadosamente una silueta que un artista de la isla había recortado hábilmente con tijeras diminutas. Era Solange, de cintura para arriba. Aunque era más o menos la silueta que el artista hacía de cualquier niña bonita, para Paul evocaba con gran realismo a su bella amiga isleña..

-Ved -dijo con timidez--es muy bonita.

-Es negra -dijo una tía que sostenía la hoja muy cerca de los ojos.

Pero Emile explicó que todas las siluetas se recortaban en papel negro para pegarlo sobre blanco, a fin de que el contorno fuera nítido.

Cuando la discusión terminó, nadie argumentó lo que cualquiera habría hecho en la vecina Inglaterra: que Paul era blanco y, por lo tanto, poseedor de una sangre demasiado preciosa para fundirse con la negra. Ningún francés insistió: "Pero esa boda sería inconcebible. Te verías apartado de la mejor sociedad. Tus amigos y sus esposas se alejarían inmediatamente»: El mismo tío Méderic, pese a haber señalado las desventajas que podía sufrir quien llevara a su esposa negra a París, dijo:

-Ahora que pienso, en el camino de Marsella vivía un hombre que volvió de Turquía o de Argelia con una esposa bastante morena, ya nadie parecía importarle. Si esa Solange es tan atractiva como dices y vas a establecer tu hogar en las islas.

En los días siguientes, el tío Méderic dejó de ensalzar los encantos de Brigitte, pero repitió la advertencia que había hecho:

-En serio, hijo mío, todo hombre que esté enamorado de dos muchachas en la misma ciudad... -Se llevó las manos a la cabeza-.

Problemas y más problemas.

Pero entonces estalló la revolución y los problemas de Paul quedaron olvidados, pues un hombre de la zona, que había ido a París a probar fortuna volvió sin aliento y con noticias:

-Han impuesto al rey una nueva forma de gobierno. Su Majestad trató de huir del país ...

-¿Que trató de huir? -exclamó un vecino, atónito.

-Sí. Disfrazado de mujer, según dicen -confirmó el recién llegado.

-¿Y qué pasó? -preguntó una mujer-. ¿Lo atraparon?

-Sí. Lo arrastraron hasta París y le hicieron aceptar una nueva forma de gobierno que llaman Asamblea Legislativa. El rey ya no tiene poder. La chusma lo dirige todo. Cuando me fui, los caminos estaban atestados de aristócratas que huían de París.

Ávidos de noticias sobre los cambios que pudieran afectar la vida en Barcelonnette, sus habitantes enviaron mensajeros a observar, pero las noticias que traían eran incompletas.

París está revuelto. Nadie sabe qué será de nuestro amado rey. -¿Tan grave es? -preguntó seriamente el tío Méderic, recordando las alabanzas que había acumulado sobre el rey en su informe a los *Etats-Général*s.

-¿Quién sabe? Nadie puede decir lo que está ocurriendo en París. - replicó uno de los mensajeros.

En el otoño de 1791, Paul Lanzerac abandonó Barcelonnette envuelto en una sombría incertidumbre, con el corazón colmado de comprensión y amor a Francia y al benévolo grupo de parientes Lanzerac, que le habían hecho la vida tan agradable en la ciudad montañesa:

-No os olvidaré jamás. Y cada uno de vosotros tendrá hogar en Guadalupe, si queréis viajar.

Cuando estaba a punto de subir al carro que lo llevaría a la carretera de Burdeos, Brigitte corrió hacia él para abrazarlo y le susurró:

-Vuelve, Paul, por favor. Y cuídate mucho.

Fue Pere Emile, sacerdote y rector de la escuela, quien le dio la bendición en nombre de todo el pueblo, mientras corría unos pasos junto al carro.

-Eres un joven de buena educación y carácter firme, Paul. Debes llegar a ser alguien en la vida, como tributo a este pueblo y a Francia.

El muchacho, que ya había dejado de ser niño, bajó por el camino de la montaña con la decisión de hacer lo que el sacerdote le indicaba.

En los últimos meses de 1791, el joven inteligente y capaz que había cruzado toda la franja sur de Francia, desde la frontera con Italia hasta la costa atlántica, adquiriría una completa educación sobre la realidad del momento. En los caminos rurales vio el empobrecimiento de una tierra antes rica, y en las aldeas era recibido con miradas de resentimiento y hasta de odio. Un cochero le advirtió:

-Quítate esa chaqueta, amigo. Revela que eres uno de los despreciables.

Y Paul guardó en su maleta la chaqueta con detalles de encaje que su tío Méderic le había dado como regalo de despedida.

En la barca que lo llevó a través del Ródano, un campesino de manos trémulas le contó algo terrible que había ocurrido en Lyón, río arriba:

-Todo comenzó con tranquilidad; gente como yo, pidiendo pan: La policía dijo que no podíamos ir allí, pero fuimos. Arrestos. Cabezas rotas. Alboroto en las calles. Después sacaron a los prisioneros de las cárceles. Bien vestidos. Hasta debían de saber leer y escribir. Hombres comunes los pusieron contra un muro, dieciséis cada vez; no tenían uniforme, mosquetes sí. Luego, un estallido. Y abajo los dieciséis. Uno no había muerto. Le dispararon con una pistola en la cara mientras levantaba la vista, pidiendo misericordia. Fue horrible.

Al oeste del Ródano la situación empeoró. A la entrada de una aldea, un hombre bien vestido detuvo la diligencia:

-No entréis. Se han vuelto locos.

Y todos, incluidos los dos cocheros, estuvieron de acuerdo en dar un amplio rodeo. Aun así, esa tarde entraron en otra aldea donde niños de doce o trece años detuvieron los caballos, gritando a sus mayores:

-¡Nobles que huyen del país!

Hubo momentos de tensión, pareció que la diligencia sería asaltada, y sus ocupantes, muertos; pero los cocheros, rudos campesinos, convencieron a la muchedumbre de que se trataba de gente común y que algunos de los pasajeros iban a las colonias azucareras vía Burdeos. Tras un horrible momento en el que Paul temió que los pillos revisaran su

equipaje y hallaran la chaqueta, les indicaron que podían seguir. Al pasar por la aldea vieron marcas en los muros contra los que habían fusilado a las víctimas.

Una vez lejos de ese peligroso lugar con olor a muerte, Paul preguntó a su vecino de asiento:

-¿Qué está pasando en Francia?

-Ajuste de viejas cuentas -respondió el hombre.

En Burdeos, en el momento en que Paul iba a abordar el barco que partía hacia Guadalupe para recoger una carga de azúcar, escuchó a unos hombres que decían:

-El rey ha sido arrestado y está en la cárcel. Arrestaron a cientos de sus partidarios. Si eres hombre del rey, mantén la boca cerrada. Hay matanzas por doquier, y el ejército prusiano está tratando de entrar para proteger al monarca, pero nuestros valientes los contienen.

Con esas confusas noticias partió Paul de su patria ancestral; con el consejo de Pere Emile aún resonando en sus oídos: «Debes llegar a ser alguien en la vida, como tributo a esta ciudad y a Francia». Alcanzar esa meta ya se había vuelto sumamente difícil.

El largo viaje a través del Atlántico fue tiempo de reflexión y paz, salvo por la tarde en que avistaron una vela y el vigía anunció: «Barco británico a estribor. El aviso hizo respirar hondo a todos los pasajeros. Pero el capitán francés izó más velas hasta alargar la distancia entre ambos barcos. A la hora de la cena, todos estuvieron de acuerdo en que los británicos eran gente despreciable, poco mejor que los piratas dados a asolar esas aguas. Se contaron anécdotas tan horribles sobre el capitán Kid, L'Ollonais y, Henry Morgan que una pasajera dijo, expresando la idea de todos:

-Esta noche tendré miedo de acostarme.

En febrero de 1792, la nave llegó a Basse-Terre, puerto principal de la isla que formaba el ala occidental de la mariposa llamada Guadalupe; no habían sufrido ningún percance. Varios pasajeros que se encaminaban hacia Point-a-Pitre, en el ala de levante, debatieron sobre la conveniencia de alquilar coches que los llevaran directamente allí.

Pronto volvieron a la realidad: «¿Sabéis lo altas que son las montañas entre aquí y allí? Ni las cabras podrían franquearlas. ¿Caminos para coches? No hay ninguna senda ancha». Así pues, la gente que iba hacia el este tuvo que esperar a que embarcaran el azúcar.

Pero mientras el barco permanecía en puerto, varias embarcaciones menores bordearon la isla hasta el otro lado llevando noticias a la localidad natal de Paul: «Ha llegado un barco de Burdeos. Lanzerac viene a bordo. Toda Francia está revuelta. El destino del rey incierto».

Por eso, cuando el carguero llegó a Point-à-Pitre, los vecinos estaban impacientes por ver al hijo ausente y por recibir las noticias que traía.

Todos se agolparon en el muelle para saludar su llegada.

Cuando él apareció en la barandilla del barco, vieron a un apuesto joven de veintiún años; erguido, de pelo claro, con un flequillo que caía hacia la ceja izquierda, y un semblante serio, capaz, no obstante, de quebrarse en una cálida sonrisa. Pero la impresión más fuerte era de dignidad y eficiencia. Más de una madre presente en el puerto se dijo que no le disgustaría en absoluto verlo visitar su cocina, para charlar amistosamente y cenar con su hija.

En los últimos instantes, mientras el barco se acercaba al muelle, Paul distinguió a sus dos queridas amigas, de pie y juntas en la zona de espera. Le asombró que Eugénie Mornaix y Solange Vauclain se hubieran convertido en dos jóvenes tan hermosas, cada una a su modo. Eugénie, la más menuda y blanca de las dos, era una pequeña joya, de delicada silueta, muy adecuada a su estatura, y una sonrisa encantadora; con la que saludó a Paul al agitar la mano. Solange era más alta, más esbelta, más provocativa, y lo miraba fijamente, con la cara oscura y bonita ladeada; era como un volcán caribeño listo para estallar.

Detrás de ellas vio a su paciente padre, quien había reunido el dinero para sus estudios en Francia; y le dirigió un saludo especial. Pero cuando los pasajeros recibieron autorización para desembarcar, él corrió hacia las jóvenes. Durante unos momentos, los vecinos reunidos en el muelle contemplaron con admiración la escena que constituían los tres criollos, jóvenes y hermosos: la blanca hija del respetable banquero, fallecido poco tiempo antes, la esbelta y morena hija de un renombrado plantador y, entre ellas, el reservado hijo del boticario que volvía desde Francia con el diploma de honor de una escuela francesa. Fue un momento feliz, que muchos recordarían en los terribles días venideros.

Cuando empezó a contar las novedades a su familia, Paul dijo:

-En Francia conocí a algunas señoritas espléndidas -y pasó a describir a Brigitte y explicó a sus padres con qué familia estaba emparentada.

-¡Los conozco!-exclamó la señora Lanzerac--:-. ¡Oh! ¿Por qué no la has traído contigo?



-Porque nunca pude quitarme de la cabeza a las niñas de Point-a-Pitre - replicó él.

Y así comenzó un cortejo doble, mientras la ciudad se mantenía alerta a lo que ocurría. Se hicieron apuestas jocosas sobre cuál de las encantadoras criollas echaría las redes a Paul. A veces las conversaciones se tornaban serias. Una anciana, observadora de la vida isleña, reflexionaba con una vecina, sentadas ambas en un banco de la plaza bañada de sol:

-¡Qué momento más misterioso! Tres, vidas en suspenso. Un momento dorado. Una elección que puede determinar una vida .

La vecina, que contemplaba los cargueros a punto de zarpar hacia otras islas, asintió:

-Y con mucha frecuencia tomamos la decisión equivocada. Pasados los primeros días del reencuentro, los jóvenes cobraron conciencia de que debían continuar viviendo. Las muchachas sabían que ya tenían edad de tener hijos. Paul, por su parte, quería fervientemente formar una familia; en realidad, ya lo había deseado durante su último año en Barcelonnette, de modo que el proceso de elegir se tornó más intenso.

Aunque no analizaba las virtudes de las dos muchachas, notaba las grandes diferencias que existían desde los primeros días pasados con Eugénie y Solange: la primera era la compañera perfecta; la segunda, una mujer que hacía estallar el corazón. Cuando estaba a solas con cualquiera de las dos se sentía a gusto, pero conforme aumentaron las presiones tendió a mostrar lástima por Eugénie, que había perdido a su padre, y después la lástima se convirtió en preferencia. Cuando esto lo percibió la gente de Point-a-Pitre, Solange hizo algo que más adelante lamentaría. Encaró a sus amigos y dijo, acusadora:

-Si yo hubiera sido blanca...

Y huyó a la plantación de su padre, rehusando participar en la boda que se había previsto. Tampoco estuvo presente cuando la joven pareja estableció su hogar en la Casa de Encaje.

Cuando disminuyó el revuelo provocado por la elección de Paul, los ciudadanos reanudaron el serio análisis de lo acontecido en Francia. Una noche memorable, el señor Lanzerac dijo con firmeza:

-Si nuestro rey está en peligro, puede contar con todo, nuestro apoyo.

Y esta afirmación de lealtad fue recibida con tantos aplausos que de inmediato se constituyó un informal partido de monárquicos. Sacerdotes, dueños de plantaciones, fabricantes de azúcar, armadores de buques mercantes en sociedad con otros, pequeños mercaderes, todos expresaron en voz alta su apoyo

al rey y a las viejas costumbres, mientras unos cuantos hombres de espíritu malvado tomaban secretamente nota de sus nombres.

Cada vez que llegaba un barco a Basse-Terre, traía más noticias espantosas sobre la discordia que estaba destrozando la patria: la caída de la monarquía, la instauración de gobiernos radicales, la guerra contra los enemigos externos ... y finalmente, la atrocidad, que sacudió la isla, imponiendo un lúgubre silencio:

-El rey Luis ha sido ejecutado. Todo es confusión.

En los días siguientes, la isla francesa de Guadalupe reaccionó tal como lo había hecho la inglesa Barbados ciento cincuenta y cuatro años antes, cuando los revolucionarios británicos decapitaron a su rey. Todos aquellos que ocupaban posiciones elevadas se declararon sus partidarios y adversarios de los nuevos sistemas radicales.-Nadie se entregó tanto a esta causa perdida como Paul y Eugénie. Como intuían que el caos de Francia acabaría por llegar a Guadalupe, provocando desbarajustes imprevisibles, decidieron prepararse para la tormenta restableciendo la amistad con Solange. Cabalgaron juntos hasta la plantación, donde ella los saludó entre sus flores.

-Vuelve con nosotros -rogó Eugénie-. Estamos destinados a ser amigos para siempre.

Solange, después de hacer algunos ramilletes para alegrar su cuarto de Point-a-Pitre, ensilló su caballo y se unió a ellos para el regreso.

Su reaparición como íntima amiga de los Lanzerac no extrañó a nadie; amaba a Paul desde los nueve años, pero al verlo casado con Eugénie parecía haber guardado esa parte de su vida anterior en un armario, con toda la intención de mantenerla allí. Tanto Paul como Eugénie sabían que Solange lo adoraba pero estaban de acuerdo en que, mientras mantuviera sus emociones dominadas, nadie perdía con ese estado de cosas. En todo caso, marido y mujer tomaron serias medidas para buscar esposo a la bella mulata.

En 1793, Guadalupe se vio sacudida por una serie de desastres, originados en dos sitios diferentes. Desde, Francia llegó la horrible noticia de que un reinado, de terror incontrolable barría el país, se ejecutaban miles de personas con un nuevo artefacto para decapitar, llamado «guillotina", en honor del imaginativo médico que la había inventado. Por otra parte, desde la frontera con Alemania llegó la nueva de que muchas naciones se ponían de común acuerdo para aniquilar la revolución francesa y poner en el trono a un nuevo rey. Por último, llegó la novedad más triste de todas, la reina María Antonieta; mujer frívola pero graciosa, también había sido ejecutada.

Ese acto vergonzoso intensificó las emociones de los monárquicos de la isla, que celebraron reuniones para rezar ... mientras los espías anotaban sus nombres. Paul Lanzerac, ya hombre de pro pese a tener sólo veintitrés años,

conducía las ardientes plegarias, evocando recuerdos de la grandeza de Francia bajo sus distintos reinados; si bien lo que realmente lo incitó a organizar tal acto fue la llegada a las islas de un decreto anunciando que toda adoración de Dios, Jesús y la Virgen María quedaba abolida en favor de lo que se denominaba Culto de la Razón. También había un calendario totalmente nuevo, en el que los meses llevaban el nombre de fenómenos naturales, como «germinal" (mes de la simiente), "termidor» (mes del calor) o "fructidor (mes de la fruta o de la cosecha). Una nota subsidiaria informaba de que los sacerdotes y las monjas estaban siendo exterminados, y se sugería que los patriotas de las colonias acaso hallaran conveniente una limpieza similar.

Al oír estas repugnantes novedades, el enojo de Paul ascendió hasta tal punto, que encabezó una inmensa congregación en la plaza, frente a la tienda de su padre, y vociferó, durante varios minutos: contra los asesinos que habían matado a los reyes y ahora trataban de matar a Jesús y a la Virgen Madre. Fue bajo las fuertes emociones de esa tarde que la mitad oriental de Guadalupe se declaró inequívocamente partidaria del antiguo sistema de gobierno y de la religión, rechazando lo nuevo. Cuando Paul hubo terminado, Solange subió de un salto a la improvisada plataforma para declarar que las mujeres de la isla también se sentían devotas de la reina ejecutada y de la Iglesia.

A fines de 1793, los pocos mulatos y los muchos negros que vivían en las zonas rurales de Guadalupe se unieron, por primera vez en la historia de la isla, para corregir las injusticias que habían sufrido durante mucho tiempo: los mulatos, el ostracismo; los esclavos, los malos tratos. Organizaron un ataque contra los blancos de la ciudad, tan furioso que Paul Lanzerac gritó a sus seguidores:

-¡Es la locura de París llegada al Nuevo Mundo!

Preparó entonces una fuerza defensiva para rechazar a los atacantes. Estos, que sabían de oídas lo que las clases inferiores de París habían conseguido con su rebelión, comenzaron a incendiar plantaciones y a asaltar a sus propietarios blancos. De entre el grupo defensivo, Paul seleccionó una serie de jinetes, con los que organizó una unidad de caballería para efectuar incursiones por el campo, a fin de salvar a los cultivadores de azúcar.

La actuación de esos voluntarios, con la excelente dirección de Lanzerac, estableció un perímetro de seguridad, dentro del cual los propietarios pudieron, sobrevivir a los ataques de los rebeldes. Pero durante una incursión hacia la costa oriental de la isla, donde las plantaciones bordeaban el Atlántico, un compañero preguntó a Paul:

-¿Sabías que Solange Vauclain ha ido a su plantación para ayudar a su padre a salvarla del incendio?

-¿Pasamos por la casa de Vauclain para rescatar a Solange, si todavía está allí? -preguntó él.

-No es asunto nuestro. Ella es mulata, sin duda lucha con ellos - respondieron los otros.

El rodeo para auxiliar a Solange se descartó, Pero esa misma noche, Paul dijo a su esposa:

-Tengo miedo. Ella está ahí, afuera; habría que traerla.

-Por supuesto -,respondió Eugénie, sin vacilar. Y lo despidió con un beso cuando salió en busca de tres voluntarios que lo acompañaran hacia el este, bajo la luz de las estrellas.

El trayecto no era largo, sólo hasta el perímetro de seguridad y, después, unos cinco kilómetros más, pero la última parte podía resultar muy peligrosa si los rebeldes estaban alerta, Por eso, en el punto en donde los jinetes debían abandonar la protección de los cañones franceses, Paul dijo:

-Vamos en esa dirección. Si alguien prefiere quedarse, puede hacerlo .

Pero como nadie lo hizo, voló hacia la plantación de los Vauclain, seguido por sus tres hombres.

Fue una dura cabalgada por terreno escarpado, pero lograron evitar a los rebeldes y, ya casi al alba, se acercaron a la plantación. Uno de los hombres, consciente del afecto que Paul sentía por Solange, se adelantó al galope y volvió de inmediato, con la mano derecha en alto para detener a los jinetes.

. -No vayáis. Es horrible,

Paul pasó rozándolo, a toda velocidad, para ver la espantosa desolación que se había adueñado de la plantación, una de las mejores de Guadalupe. La casa grande había sido arrasada y sus finos muebles de caoba ardían lentamente. El propietario, hombre justo y buen administrador, pendía por el cuello de un árbol que él mismo había plantado.

Cuando Paul, casi al borde del desmayo, comenzó a hurgar entre las brasas para averiguar qué había sido de Solange y de su madre, los otros trataron, de impedirselo, pero de pronto se oyó un gemido en el gallinero. Allí estaban la muchacha y su madre, acurrucadas en el interior, aterrorizadas por la posibilidad de que los jinetes pertenecieran a un segundo grupo de rebeldes decididos a completar la destrucción.

Cuando Paul vio el lamentable estado en que se encontraba su hermosa amiga, la tomó en sus brazos, diciendo que ella y su madre debían montar a la

grupa de dos jinetes, pues volverían a la ciudad a todo galope. Quedó atónito al ver que la señora Vauclain se negaba a acompañarlo. Quiso que Solange suplicara a su madre, pero la anciana gruñó:

-Soy negra. Los franceses nunca me han querido., Estoy con los esclavos. Y algún día os expulsaremos de la isla. -Muy erguida, dijo a su hija:- Haz lo que quieras, pero a ti tampoco te querrán.

Y marchó a grandes pasos hacia el campamento de los mismos que, habían incendiado su plantación y dado muerte a su esposo.

Por un momento, Solange, hija de un padre asesinado y una madre rebelde, que acababa de abandonarla, miró confundida al hombre a quien siempre había amado, casi apunto de derrumbarse. Pero con la misma fortaleza que mostraba su madre africana, se sacudió tranquilamente el polvo de la falda y exclamó:

-¡Vamos!

Una vez que Paul Ía hubo ayudado a montar, para luego subir él mismo a la silla, ella, se aferró de su cintura y todos volvieron a Point-a-Pitre.

Eugénie Lanzerac no se sorprendió al ver que su esposo regresaba con su querida amiga en la grupa, tampoco manifestó extrañeza por la noticia del incendio de la plantación de Vauclain, el asesinato de su propietario y la decisión de su viuda de unirse a los rebeldes.

-Son tiempos terribles -dijo a Solange, consoladora.

En los días siguientes, ambas se prestaron mutua ayuda durante la escasez de provisiones y los ataques enemigos. La ciudad se encontraba en estado de sitio. En los días en que Paul, con un destacamento de su caballería, salía en busca de nuevas provisiones, las dos mujeres, ambas ya maduras con sus veintiún años, lo acompañaban hasta la puerta de la casa y lo despedían encomendándolo a Dios. Cuando volvía, sano y salvo, habría sido imposible determinar cuál de las dos lo saludaba con mayor afecto, cuál pronunciaba las plegarias más sinceras.

Pero en una salida, uno de los tres compañeros de Paul resultó herido, y en la siguiente expedición, el joven matrimonio se llevó la sorpresa de ver a Solange montada en el caballo del herido, lista para galopar hacia el este. Nadie hizo ningún comentario, ni Eugénie ni Paul ni los otros dos jinetes. Era una criolla, hija de la isla, y su pueblo necesitaba sustento. Al caer la tarde, cuando volvió con los hombres, Eugénie la ayudó a desmontar y le dio un abraza.

En los difíciles días que, siguieron, Solange salió regularmente a caballo con los tres hombres. En cierta ocasión, al llegar a la cima de una pequeña loma, vió un seto compuesto por las flores de Guadalupe y exclamó:

-¡Esta es una isla que merece ser salvada, Paul!

Y ambos juraron que lo harían. Durante esas cabalgadas, uno de los jinetes, hijo de un fabricante de azúcar, se enamoró de la gallarda mujer. No podía apartar la mirada de su rostro dorado y se refería con admiración a su audaz porte de amazona. Ella no ignoraba lo que estaba ocurriendo, pues el joven se mantenía cerca de ella para protegerla y le prestaba su caballo cuando el de ella se fatigaba. Pero Solange no albergaba en su corazón un afecto recíproco. Su atención había sido siempre para Paul Lanzerac. El otro jinete, después de haber sido rechazado cinco o seis veces, le dijo un día:

-Estás enamorada de él, ¿verdad?

Pero ella no respondió. Sin embargo, en los días siguientes el enamorado volvió a cabalgar con los otros hombres, mientras Solange galopaba con Paul por la campiña, aceptando grandes riesgos de los que ambos escapaban sobre todo por ser estupendos jinetes.

Una tarde, cuando llegaban a la casa cayéndose de la montura de puro agotamiento, frente al sol poniente, Eugénie, que los esperaba en el portón, se dijo: ¡Qué hermosos son! Parecen hechos el uno para el otro. Pero eso no alteraba su amistad. Esa noche, mientras Eugénie servía la sopa con la mano derecha, con su bebé Jean-Baptiste bajo el brazo izquierdo, Solange pensó: ¡Qué señora de su casa es, qué madre! y su propia participación en ese curioso arreglo quedó, en un plano de igualdad.

A principios de 1794, mientras la lejana ciudad de París permanecía atrapada en un torbellino de terror y los sangrientos líderes -Hébert, . Chaumette, Cloots, Danton, Desmoulins- eran ejecutados uno tras otro, otra forma menor de terror se preparaba para atacar Guadalupe, aunque inicialmente se presentó disfrazada de salvación, procedente de donde menos se la esperaba.

Cuando parecía ya que los esclavos rebeldes y sus líderes mulatos estaban a punto de acabar, con la ciudad sitiada, una pequeña flotilla de barcos apareció en el puerto. Un vigía gritó:

~¡Dios mío! ¡Son británicos!

Paul Lanzerac y otros dos hombres saltaron aun bote de remos y se pusieron frente a la proa del primer barco, sin tener en cuenta el peligro de que los marineros les dispararan.

-¡Somos monárquicos! ""-gritaron-. ¡Los esclavos nos tienen sitiados!

El almirante en jefe de la fuerza invasora era un hombre de Barbados, llamado Héctor Oldmixon, cuyo bisabuelo había sido monárquico en sus tiempos,

para la causa inglesa, no era de los que toleraban tonterías a los esclavos. Después de izar a Lanzerac hasta la cubierta, escuchó su relato y gruñó:

-No hay en la tierra riada tan infame como esa doctrina de que los negros tienen alma. La igualdad, señor, será la destrucción de las grandes naciones. Decid, ¿cuál es la mejor manera de desembarcar en vuestra isla?

Puesto que Paul amaba a la hija de un esclavo y apreciaba las cualidades de los mulatos; ese rudo desprecio por la gente de color despertó su antipatía. Aun así, no podía olvidar que, en las revueltas recientes, los mulatos se habían aliado con los esclavos contra los blancos. Quizá la norma inglesa, tal como se la ejemplificaba en la cercana Barbados, era la correcta: «Blanco con negro es mezcla prohibida». La buena voluntad francesa, que aceptaba tales vínculos, aunque no los fomentara, bien podía ser una política equivocada. Pero no soportaba a Oldmixon, que parecía deleitarse en dar órdenes a los franceses, a quienes obviamente despreciaba. De cualquier modo, era el potencial salvador de la isla y, por lo tanto, sería preciso aceptarlo.

Por esas confusas razones, Paul Lanzerac, francés tan devoto de su tierra natal que lloraba al saber de los desastres en los que estaba hundida, se vio obligado a ayudar a una fuerza naval británica para que capturara las dos alas de Guadalupe. Esa ocupación se llevó a cabo sin gran pérdida de vidas, pues, en Point-a-Pitre Paul y sus seguidores acogieron bien a los marinos británicos, mientras que en Basse-à-Terre la oposición fue mínima. En el curso de dos semanas la isla fue pacificada.

Se produjo un acontecimiento extraño cuando las unidades del ejército británico que habían desembarcado, al comenzar la batalla, marcharon tierra adentro desde Point-a-Pitre para someter a los últimos esclavos. Cuando ya creían tener a los rebeldes en el reducto final, quedaron atónitos al descubrir que estaban bajo el mando de una mujer feroz, a quien los espías identificaron como la viuda de Philippe Vauclain, el plantador francés asesinado. El almirante Oldmixon; al enterarse, se acercó montado a caballo y preguntó a sus hombres:

-¿Qué demonios pasa aquí?

-Allí adentro hay una vieja negra -explicaron ellos-. Cada vez que acordamos una tregua porque no tienen salida ... eso está a la vista ... ella vuelve a iniciar el combate.

Oldmixon estaba enfurecido. Era un hombre jactancioso, que consideraba ridículo todo lo que no fuera auténticamente inglés, incluidos sus fortuitos aliados de la isla, y no estaba dispuesto a permitir que una esclava -y anciana por añadidura- estorbara su ocupación de Guadalupe. Así que aulló a sus hombres:

-¡Invadid la plantación y matad a esa vieja zorra!

Pero, en ese momento, se acercó al galope el joven Lanzerac, enterado del problema.

-¡ No, No! -gritaba. Al desmontar ante el iracundo inglés, le dijo:-

-No podéis hacer eso. Es viuda de un blanco y madre de una leal amiga.

-¿Qué dices, gabacho? -le espetó Oldmixon.

Paul le aseguró que era verdad. -Yo mismo iré a buscarla.

Después de abandonar todas sus armas, con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba, caminó lentamente hacia la casa de la plantación, rogando

-Soy amigo de Solange. Ella me envía. Soy amigo de tu hija. Ella me envía.

Al acercarse pensaba: Es Grandmere Lanzerac revivida, lo mismo, el mismo coraje contra los ingleses. Por fin, cuando pudo entrar en la casa y la vió, con los pocos esclavos que quedaban alineados contra el muro, las armas apuntadas hacia abajo, repitió:

-Soy amigo de tu hija. El que la rescató aquel día.

Desde la ventana, en donde aún se mantenía erguida, con el arma en la mano, la anciana dijo en voz baja, en perfecto francés:

-Eres Lanzerac, ¿por qué no te casaste con ella?

Paul, sin decir nada, la condujo hasta donde esperaba el almirante Oldmixon.

-Metedla en la cárcel -ordenó éste ... y pese a las fervientes súplicas de Paul, Eugénie y Solange, que lo invitaron esa noche a cenar, insistió, aseverando:

-En otros tiempos fue esclava y jamás lo olvidará. No se les puede quitar la necesidad de libertad. Quien se rebela una vez siempre será rebelde.

Pero con el correr de las horas Paul notó que Oldmixon no dejaba de mirar a Solange, Cuando el inglés volvía ya a su barco, dijo desde el portón:

-Esa muchacha, ¡qué belleza, si fuera blanca!

Durante la ocupación, los Lanzerac invitaron repetidas veces a Oldmixon, como jefe de la fuerza que mandaba en la isla. El no se equivocaba al sospechar que lo hacían principalmente porque podía llevarles raciones de carne,



que escaseaba, pero aun así disfrutaba con la compañía de personas inteligentes y con la posibilidad de refrescar su considerable dominio del francés.

-¡Buen Dios, qué bien habláis el idioma! -dijo a Solange, una noche.

-No debe extrañaros, mi padre era de Calais -replicó ella:

-¿De veras? ¿Marino, quizá?

-Su padre, mi abuelo, sí lo, fue. Pero él temía al mar.

-También yo -aseguró Oldmixon-, pero mi padre me golpeó en la cabeza con un palo y\_ me dijo: «Irás a la Marina;,. Y aquí estoy, comandante de una isla que he capturado para el rey.

Durante sus frecuentes visitas a los Lanzerac sentía cada vez más la atracción de Solange, pero estaba decidido a no ceder ante sus súplicas para que liberara a su madre.

-Lo siento, querida, pero no podemos correr el riesgo, de que se rebele otra vez.

Sin embargo, con él correr de las semanas se fue sintiendo cada vez más solo y ella se le hizo más atractiva, hasta que un día insinuó que, si Solange estuviera dispuesta a visitarlo en su camarote, algo podría hacerse con respecto a su madre. Para asombro de los Lailzerac, no hizo su propuesta a la misma Solange, sino a ellos. Paul consideró que la sugerencia era indecente, y así lo dijo a su esposa en cuanto Oldrnixon volvió a su barco. Eugénie, contra sus propias ideas, acostó a su hijo, pidió a Paul que saliera de la habitación y conversó francamente con su compañera:

-Tu madre morirá en la cárcel, Solange, y yo quiero verla libre.

--También yo,

-El almirante Oldmixon nos ha dicho que ... si estabas dispuesta a ... a permanecer a bordo de su barco hasta que la flota se retire ...

Sólange escuchó eso sentada en una silla, cerca del fuego. Durante largo rato permaneció en silencio, mientras la luz del hogar brillaba sobre su hermoso rostro; destacando la estructura ósea. Por fin, riendo casi con irreverencia, dijo:

-¿Conoces las cuatro reglas que, nos enseñan alas muchachas mulatas? Primera: conquista a un hombre blanco. Segunda: hazlo tan feliz que quiera desposarse contigo. Tercera: si tienes una hija de él, ocúpate de que también ella

se case con un blanco. Ascende, ascende siempre y procura que la familia se vaya blanqueando.

-Pero Oldmixon no se casará contigo -observó Eugénie.

-En ese caso se aplica la cuarta regla: sácale al pobre diablo hasta el último centavo. -Pero entonces se puso seria y miró largamente a su amiga a los ojos. Nosotras nunca nos regimos por esas reglas, ¿verdad? -susurró Solange.

Durante largo tiempo permanecieron juntas, en un triste silencio. Por fin Eugénie fue a reunirse con su esposo.

-Solange no irá al buque del almirante -dijo.

-Estaba seguro de que se negaría -:-replicó Paul.

Durante esos años tremendos, mientras Francia se debatía en las convulsiones mortales de un antiguo régimen sin hallar el modo de forjar uno nuevo, la histórica isla de La Española, donde Colón había gobernado y sido sepultado, se dividió de un modo curioso, como resultado de una decisión tomada casi un siglo antes. Santo Domingo, la parte oriental, plana- y poco productiva,, era española; la parte montañosa del oeste, Saint-Domingue, francesa: En el este se hablaba español; en el oeste, francés. El este, cuyas buenas planicies habrían podido dar feraces cosechas, rendía poco, mientras que .las tierras escarpadas y difíciles del poniente producían el valiosísimo azúcar. Lo más importante de todo, en cierto sentido, era que Santo Domingo estaba poblada por mulatos españoles, mientras que en Saint Domingue había tal abundancia de esclavos africanos que, a veces, parecía una colonia compuesta íntegramente de negros.

En el año de 1783, cuando aún reinaba el orden, en una pequeña ciudad de la parte francesa había una mísera barbería atendida de mala gana por un joven francés que parecía destinado, tanto por su nacimiento como por su educación, a convertirse en el prototipo del hombre común, pues carecía de cualquier rasgo llamativo que pudiera distinguirlo en una muchedumbre. Víctor Hughes tenía por entonces veintiún años. Decía ser hijo de pequeños comerciantes marseleses, pero eso estaba en duda por su tez olivácea, que no era de blanco ni de mulato, sino algo ntermedio. Dondequiera que iba se extendía el rumor: «Hughes tiene algo de africano. Considerando que Marsella es puerto de mar y todo eso, seguro que su madre se descuidó».

Era de estatura mediana o poco menos y de peso mediano o poco más. Tenía buena dentadura, descontando un diente que le faltaba en el lado izquierdo, el pelo como de rata sin color específico, y la costumbre de mantenerse en silencio para ver cómo, marchaba una discusión e intervenir súbitamente con gran vigor y cierta habilidad para rebatir a quienes se oponían al bando que él había adoptado arbitrariamente. No leía mucho, pero escuchaba con la aguda destreza del animal de presa. Sobre una cosa no cabía duda: era valiente. Siempre estaba

dispuesto a liarse a golpes cuando la discusión subía de tono. Si él perdía un diente en esas peleas, sus adversarios perdían varios. Era un adversario temible, de los que no permiten que nada les impida el paso.

¿Cómo acabó en una barbería de Saint-Domingue? Era muy joven aún cuando sus padres renunciaron a convertirlo en un algo decente. Víctor respondió escurriéndose hasta los muelles de Marsella para ofrecerse al primer barco que zarpara, sin importarle el rumbo. Puesto que el primero iba a México, allí fue él. A los diecisiete años estaba en el puerto, trabajando como un hombre adulto. Más adelante visitaría varios puertos del Caribe, pero dondequiera que fuese, con cualquier trabajo, manifestaba la única característica que llamaba la atención del prójimo: su insaciable pasión por las mujeres. A los once años se acostó ya con la primera. En el Caribe, su pasión llegó a proporciones enormes: en México, muchachas callejeras; en Porto Bello, la hija de un capitán de barco; en Jamaica, una criada, en Barbados, una joven inglesa recién casada. Y otras, dondequiera que amarrara su barco.

Pese a su febril actividad, no era un pillo común, de los que tratan a sus conquistas con desdén. Él adoraba a las mujeres, las respetaba y les hacía saber que las consideraba, individualmente y en grupo, como lo mejor de la vida. Pocas de cuantas lo conocieron lo recordaban con rencor. Sin embargo, su pasión tenía un lado oscuro, que podía producir desagradables consecuencias al final de un amorío, y algunas de sus amantes desaparecieron misteriosamente de la comunidad.

Si llegó a ser dueño de la barbería en Saint-Domingue fue por esta combinación de pasión y oportunismo. Al llegar a Puerto Príncipe, a los diecinueve años y casi sin un céntimo, se relacionó por casualidad con un mulato que tenía una barbería y una joven esposa de exquisito color ambarino. Tras implorar al barbero, que le enseñara el oficio, pasó mucho tiempo con la esposa, y, quizá también por casualidad, cuando Víctor dominó la profesión de barbero, el marido desapareció y, tras un tiempo, Hughes se apropió tanto de la tienda como de la joven viuda.

Esa fortuita desaparición ocurrió en 1785. Durante los dos años siguientes, Hughes tuvo un establecimiento próspero. Cortaba el pelo a los plantadores blancos que dominaban en Saint-Domingue y a los pocos mulatos de reconocida capacidad que les servían de asistentes. Los negros, que constituían las nueve décimas partes de la población, tenían la entrada prohibida en el local, aunque algunos atestiguaron más adelante que: «Por la noche, cuando no había blancos ni mulatos allí, Víctor invitaba a cualquier negro liberto que tuviera dinero a entrar por una puerta trasera; y le cortaba el pelo en una habitación interior. Siempre sintió gran simpatía por los negros, sobre todo con los que habían sido esclavos. Cierta vez comentó que eran los desposeídos del mundo y merecían caridad».

Demostó su preocupaci3n por este asunto de un modo extraño, pues ese a1o cerr3 su barbería, alquil3 una casa grande en Puerto Príncipe y, con la ayuda de la bella mulata heredada, abri3 un burdel de primera, en donde empleaba a seis muchachas de color procedentes de cuatro islas distintas. Su clientela se restringía a los plantadores blancos y a los mulatos de importancia. Pero también allí, cuando nadie prestaba atenci3n, abría la puerta trasera para admitir a los negros libres. Y continu3 haciéndolo aun despu3s de recibir amenazas. Como dijo a un funcionario del gobierno: «He estado en todos los rincones de este mar, en todas sus islas, y creo que un lugar así est3 destinado a ser una zona en donde hombres y mujeres de cualquier color vivan juntos y en libertad».

Indignado por pensamientos tan revolucionarios, el funcionario despach3 un informe secreto a las autoridades de la oficina central, que resumía la naturaleza de este hombre pendenciero:

*En la capital tenemos aun ex barbero que ahora dirige una lujosa casa de lenocinio. Se trata de ceno Victor Hughes, que dice ser de Marsella y de padres blancos por muchas generaciones, aseveraci3n que el color de su piel podría refutar. Es de carácter rebelde y pendenciero, pero lo más peligroso, potencialmente, es que defiende los derechos de los negros y con frecuencia habla contra la esclavitud. Os recomiendo ordenéis a vuestra gente que vigile de cerca a este tal Victor Hughes.*

Este informe lleg3 a París en noviembre de 1788. Un espía liberal de la oficina a la cual iba dirigida hizo una copia para un cofrade de cierto club político, llamado «los jacobinos». De esta oblicua manera, el barbero prostibulario, llam3 la atenci3n de Maximilien Francois Marie Isidore de Robespierre, miembro de la aristocracia francesa y revolucionario cuyas ideas estaban germinando a una velocidad fantástica.

A principios de 1789, cuando Francia hervía, Robespierre comenz3 a pensar en las colonias, en especial, en Saint-Domingue, que era, según le decían sus asociados, «el mayor productor de riqueza de todo el sistema francés». Despu3s de designar una comisi3n de jacobinos para que le aconsejaran cómo manejar las colonias si alguna vez llegaba al poder una forma revolucionaria de gobierno, record3 de pronto a ese barbero de Saint-Domingue y le envi3 un mensaje: «Venid a París. Requero vuestra presencia por cuestiones de importancia».

Cuando Hughes lleg3, en junio de 1789, no pudo localizar a Robespierre, pero uno de los amigos del líder, que estaba al corriente de la invitaci3n, introdujo al recién llegado en un poderoso club de filósofos: la Soci3té des Amis des Noirs, cuyos pensadores revolucionarios se sintieron encantados de tener a alguien que conociera de primera mano las colonias y los problemas relacionados con la esclavitud. Hughes fue recibido como una celebridad y di3 una serie de conferencias, demostrando ser tan avanzado en su pensamiento práctico como ellos en sus análisis especulativos. El 14 de julio de 1789 march3

con ellos para celebrar la caída de la Bastilla.. Esa misma noche, mucho más tarde, se acostó con una joven que había marchado junto a él, gritando contra la policía. Con palabras cansadas, casi como en sueños, le dijo: «Era mi destino venir a París. Aquí van a ocurrir grandes cosas y harán falta hombres como yo».

Su predicción se convirtió, dramáticamente, en verdad, pues cuando por fin conoció a Robespierre, que por entonces trepaba por la sangrienta escala del ascenso, el feroz líder lo abrazó de igual a igual. Y cuando la Asamblea Legislativa, el nuevo órgano de gobierno que había reemplazado a Luis XVI, decidió enviar al ejército francés a Saint Domingue para pacificar a los mercaderes europeos, se pidió a Hughes que informara al comisionado a cargo de las tropas que irían a la isla. El presentó un informe oral tan agudo que los líderes del gobierno lo señalaron como digno de promoción:

*General comisionado, hallaréis en Saint-Domingue tres naciones: los blancos franceses, que tienen todo el poder visible; los mulatas que esperan heredarlo si las franceses se van, y los negros que podrían adueñarse de él si alguna vez se organizaran. Por muy numeroso que fuera el ejército francés con que contarais. nunca tendréis suficientes soldados si os aliáis sólo con los blancos. Si podéis disponer una unión de intereses entre blancos y mulatos, quizá lograréis ...una tregua momentánea.*

*Pero si queréis una paz duradera en esa isla que tan íntimamente conozco, debe estar fundamentalmente basada en los negros; con concesiones a los otros dos grupos. Sin eso, sólo veo una revolución constante en los años venideros, sobre todo cuando en la isla se sepa lo que está ocurriendo aquí, en Francia.*

-¿No sería posible una unión de interés entre blancos, mulatos y un decidido ejército francés para mantener la paz y el flujo de azúcar?, -preguntó el comisionado.

-Jamás lograríais un ejército lo bastante grande ... ni lo bastante fuerte. Aquéllas son tierras calurosas, comisionado, la fiebre derriba más hombres que las balas --replicó Hughes.

Al comisionado no le gustó el consejo. Cuando Hughes hubo salido, de la habitación, dijo a un ayudante:

-¿Qué se puede esperar de mi barbero que dirige un prostíbulo?

Probablemente sacó esas ideas sobre el poder negro de alguna esclava africana con la que se acuesta.

Después de ese rechazo, Hughes se mantuvo en las sombras, viviendo con las pocas monedas que le daban sus amigos revolucionarios. Pero a partir de enero de 1793, tras la decapitación del rey, cuando el terror empezó a apoderarse de las calles, Robespierre reconoció su peculiar talento y le asignó la misión de hacer entrar en vereda a las poblaciones menores que rodeaban París. El barbero, con el apoyo de una guillotina viajera que se podía desarmar y transportar en un carro pequeño, tuvo entonces oportunidad de revelar un aspecto de su carácter durante mucho tiempo dormido: la falta de misericordia. Sin dar muestras de emoción, sin permitirse ninguna exhibición personal, ese hombre tan común marchó con su lúgubre cortejo de pueblo en pueblo, siguiendo procedimientos idénticos. Los empleó primero en Brasse, a unos treinta kilómetros de París, hacia el sudoeste. Allí, acompañado sólo por dos funcionarios con tricornos, detuvo en las márgenes de la ciudad su cortejo, formado por un carta, dos carpinteros y dos agentes de policía. Se encaminó lentamente hacia el centro de la localidad, de unas setecientas almas, y pidió ver al alcalde:

-Órdenes de la Convención Nacional. Quiero que todos los habitantes de la ciudad se reúnan inmediatamente en la plaza.

Obedecida esta orden, indicó a los espías locales, identificados mucho tiempo antes, que ayudaran a los los agentes de policía a mantener juntos a los ciudadanos.

Luego se encaminó lentamente hasta el sitio en donde esperaban sus otros hombres y les hizo una seña para que llevaran hasta el centro de la plaza el carro, tirado por una yunta de bueyes. Allí los dirigió en el fascinante proceso de armar la guillotina. Primero, se levantaron los dos postes que guiarían la terrible cuchilla en su descenso; después, la estructura de soporte para mantener erguidos los postes; a continuación, la plataforma en la que se arrodillaría el condenado y la parte curva en donde debía poner el cuello, más la pieza móvil que sostendría con firmeza cuello y hombros; por fin, la cuchilla enorme y centelleante, pesada, veloz, definitiva. Cuando hubo comprobado, degollando una col, que la milagrosa máquina estaba en buenas condiciones de funcionamiento, ordenó a sus espías que señalaran a los enemigos más ricos del nuevo régimen. Esas personas, entre las que se contaban mujeres, fueron inmediatamente apartadas y puestas bajo guardia armada.

Luego, con una celeridad que pareció increíble a los aterrorizados espectadores, Hughes dijo, en voz tan baja que sólo unos pocos de los presentes pudieron oír:

-Que se adelante el acusado.

En esos primeros momentos de su desempeño, le gustaba ver cómo arrastraban ante él al representante más poderoso del antiguo régimen, siempre algún noble antojadizo, ostentoso en el ejercicio de sus prerrogativas, o un terrateniente que debía su gordura al producto de sus vastas tierras. En Brasse,

para gran satisfacción suya, cuando preguntó, en voz baja y amenazadora por la identidad del primer prisionero, uno de los espías le respondió:

-El conde Henri de Noailles.

-¿Y cuáles son los cargos contra él? -continuó Hughes.

Cualquier espectador imparcial se habría horrorizado ante la maldad y la falta de precisión con que los acusadores vertían sus pequeñas quejas.

-Ha sido siempre un enemigo del pueblo.

-Deja que sus cerdos se paseen por mi huerta.

-Nos hacía trabajar en días festivos y pagaba salarios miserables.

Con las dos manos en alto para interrumpir el torrente de acusaciones, Hughes dijo, con voz sepulcral:

-¡Está condenado!

Y aquel despojo estremecido, demasiado asustado para comprender del todo lo que ocurría, se vio arrastrado hasta la guillotina y por los tres peldaños, hasta la plataforma. Allí se hicieron cargo los carpinteros, que le ataron las manos a la espalda, obligándolo a hincarse de rodillas, y le bajaron la cabeza para que su cuello quedara apoyado en la parte curva del cepo. Con un ruidoso crujir de madera contra madera, descendió la barra superior, sujetando bien el cuello. Luego, lentamente, uno de los carpinteros accionó una manivela para levantar muy, alto la inmensa cuchilla sesgada en las ranuras gemelas de los postes. Cuando estuvo, en su sitio, Hughes se dirigió a la muchedumbre:

-He aquí el castigo que espera a todos los enemigos de Francia.

Y, levantando la mano derecha, indicó a los carpinteros que soltaran la cuchilla; que descendió con silenciosa celeridad hasta el cuello, con tanta fuerza que la cabeza rodó, mientras del cuello cortado manaba sangre a borbotones.

En cada población que visitaba, Hughes gustaba de guillotinar a tres ciudadanos eminentes el primer día. Había descubierto que, de este modo, toda la zona se ponía alerta y facilitaba la inquisición de los restantes, pues quien más quien menos estaba dispuesto a atestiguar contra sus vecinos antes de que éstos atestiguaran contra él. Sus procedimientos, sumarios, implacables y certeros, fueron causa de dos informes divergentes referidos a su trabajo, ambos enviados a Robespierre:

Hughes es un tirano. No finge siquiera un proceso legal. Jamás declara inocente a quien los vecinos se apresuran a acusar. Y deja detrás de sí una

sensación de espanto que con el tiempo puede afectar adversamente nuestros objetivos generales.

Pero el segundo informe representaba el criterio mayoritario sobre su trabajo en las provincias cercanas:

La gran virtud del modo en que Hughes realiza sus ataques -pues no son otra cosa- radica en la celeridad con que actúa sin llamar la atención sobre sí. presentándose tan inevitable e inmisericorde que parece hablar con la autoridad de la Convención. Entra y sale como una tormenta inevitable. sin dejar nada contra lo cual enojarse.

Sólo tiene una debilidad, pero con el tiempo podría ser su perdición. Parece insaciable en su deseo de mujeres. En una ciudad tras otra se apodera de la que esté más a mano. Termina con la guillotina al oscurecer, consume una cena abundante y una hora después está en la cama con alguna mujerzuela de la zona.

Se comenta que obtiene sus favores amenazándolas con la guillotina si no acceden, lo cual es igualmente efectivo, con guillotinar a su esposo o a su hijo.

Algún día alguien lo matará de un balazo o atravesándolo con una espada.

Robespierre leyó estos informes en septiembre de 1793, pensando:

¡Qué expeditivo es este barbero para sus cortes de cabellera! Ojalá tuviera a diez o doce como él en Lyon y Nantes. Estas eran dos ciudades monárquicas donde, en breve, se eliminaría a un gran número de opositores de manera mucho menos limpia y efectiva que la utilizada por Hughes con su guillotina viajera. En Lyon morirían diez mil personas; en Nantes, quince mil. Mientras tanto, Hughes avanzaba metódicamente, cortando ocho o diez cabezas al día, sin que jamás se produjera un alzamiento en protesta.

-Ese hombre es un genio -dijo Robespierre a sus camaradas.

A mediados de octubre cuando iban a decapitar a la reina María Antonieta, esa pobre y alocada criatura, Hughes fue invitado a regresar a París para participar en las celebraciones que iban a tener lugar.

Fue durante esos festejos cuando intimó con Robespierre, y éste le dio a entender que le esperaban misiones importantes. Como no le dijo cuáles eran, Hughes volvió a sus arriesgados viajes y a sus aventuras amorosas, seguro de que en París apreciaban sus esfuerzos en pro de la libertad. Por fin, ya próximo el final de ese año aterrador, llegó la orden que estaba esperando:

Ciudadano Hughes, en el reverenciado nombre de Culto de la Razón, se os ordena presentaros inmediatamente en el puerto de Rochefort, para asumir el



mando de los barcos y las tropas allí reunidos y encaminaros hacia nuestra isla de Guadalupe. en la cual serviréis como comisionado en funciones, con una única responsabilidad: que esa isla permanezca en manos de Francia. Vuestro ejemplar trabajo en los alrededores de París nos prueba que merecéis este importante ascenso.

Hughes viajó inmediatamente a Rochefort, un diminuto puerto del Atlántico, entre Nantes y Burdeos. Allí descubrió, disgustado, que la supuesta flota consistía en dos fragatas viejísimas, una corbeta, dos pequeñas embarcaciones y dos lentos cargueros, con mil ciento cincuenta y tres agricultores mal adiestrados como tropa. Cuando se quejó, el burgomaestre le aseguró:

-No te preocupes. La semana pasada llegó un barco desde Guadalupe, La isla está sana y salva en nuestras manos. Bastará con que refuerces los barcos y las tropas que ya están al mando.

El burgomaestre tema razón, y también la tenían los oficiales del barco mercante que acababa de llegar, pues al zarpar ellos, la isla aún era francesa. Lo que no podían saber era que, poco después de la partida, el almirante Oldmixon había desembarcado con un fuerte contingente británico para capturar la isla, instalar sus cañones y edificar fortificaciones para sus soldados. El prostibulario barbero de Saint Domingue se encaminaba hacia un caos del que nada sabía.

Así y todo, estaba nervioso, pues la carreta que había despachado desde Pads con bastante antelación aún no había llegado. Al parecer, tendría que hacerse a la mar sin su preciosa carga:

-¿No podemos esperar dos días más? –rogó a los capitanes de sus barcos.

-Nuestra misión es evitar los barcos de guerra británicos. Zarparemos cuando estaba previsto -respondieron ellos.

Para alivio de Hughes, al amanecer del último día, la carreta llegó al muelle y descargó sus siete grandes paquetes mal envueltos.

Hubo muchos rumores sobre cuál era esa preciosa carga que tanta preocupación causaba. Los marineros que forcejeaban para llevar los paquetes a bordo hicieron muchas suposiciones, hasta que un joven campesino, más atrevido que los demás, desgarró furtivamente la envoltura de un bulto por un extremo y se encontró frente a frente con una inmensa hoja de acero.

-¡Mon Dieu! –susurró. Es una guillotina.

Sería difícil determinar quién fue el más atónito en aquel luminoso día de junio, si Hughes, al encontrar su isla ocupada por el enemigo, u Oldmixon, al ver la harapienta armada que venía a presentar batalla. Las probabilidades estaban abrumadoramente a favor de los ingleses. En el mar, unos veinte barcos de combate contra siete carracas inclasificables; en tierra, diez mil hombres contra mil ciento cincuenta y tres. Además, los ingleses tenían el control del gobierno civil, gracias a la cooperación de los monárquicos como Paul Lanzerac. Naturalmente, Oldmixon no podía convocar inmediatamente a todos sus barcos y muchos destacamentos de sus tropas estaban diseminados entre las islas más pequeñas; pero, aun así, las fuerzas contra las que se enfrentaba Hughes no sólo eran intimidantes sino terroríficas.

Hughes, que sabía demasiado poco de guerra como para darse cuenta de que no tenía posibilidades de triunfar, ordenó a sus barquichuelos que despejaran el puerto, cosa que asombrosamente hicieron. A continuación, condujo sus tropas a tierra, en una carga tres veces más valerosa que cuanto Oldmixon había visto hasta entonces. Después de increíbles heroicidades, las fuerzas de Hughes recapturaron esa mitad de la isla.

Un coronel inglés diría, más tarde:

-Ese barbero francés, que nunca leyó un libro de tácticas militares, era demasiado estúpido como para entender que no podía triunfar. Y por eso triunfó

Lo primero que hizo Hughes al tomar posesión de Point-a-Pitre fue redactar un informe para la Convención de París. En él se describió diez veces más valiente de lo que había sido, que ya era bastante. El mensaje fue tan inspirado que las autoridades lo hicieron publicar en un periódico parisino, ilustrado con un buen grabado que mostraba a Hughes, sable en mano, encabezando una carga contra los cañones británicos. Se titulaba: Sangfroid intrépide de Victor Hughes. commissaire du gouvernement a la Guadeloupe.

*El 16 de floreal del año 2 de la Revolución, el valiente Victor Hughes condujo a sus bravos franceses contra aciagos pronósticos. Aunque no había esperanzas de triunfar. Hughes y sus hombres lucharon como leones, pero fueron aplastados. En el momento de máximo peligro se oyó una voz que gritaba en inglés: ¡Rendíos. Pero el heroico Victor Hughes repondió inmediatamente: ¡No! ¡Nos defenderemos hasta la muerte!». Fue esta admirable respuesta la que permitió a los franceses bajo su gallardo liderazgo, arrancar Guadalupe a los invasores ingleses y devolverla a la gloria de Francia: ¡Bravo. Victor Hughes.*

Tanto ingleses como franceses atestiguaban que, en verdad, Hughes había hecho todo eso. Con un puñado de compatriotas derrotó un enemigo inmensamente superior. Pero sus admiradores se equivocaban en un aspecto: en

ningún momento cargó hacia la costa, sino que desembarcó caminando, como un gran conquistador, humilde en la victoria y abrumado por sus responsabilidades de comisionado. Después de recuperar prontamente su aspecto y su postura anónimos, representó ante los ciudadanos de Point-a-Pitre el cuadro de un francés corriente de treinta y dos años, algo más bajo de lo que cabía esperar de un conquistador, con cierto exceso de peso, pelo de rata, cara marcada de viruela, piernas muy flacas, brazos largos, y unos ojos entornados que volaban de un lado a otro como para interceptar a cualquier posible asesino.

Cuando desembarcó, Hughes se sentía abrumado por la firme determinación de ser el gobernador revolucionario de esa preciosa isla, que tan lejos estaba de los principios por los que ahora se regía Francia. Y los ciudadanos de Point-a-Pitre se habrían aterrorizado de saber qué contenían los siete enormes paquetes que él llevaba consigo.

Sus hombres empezaron a descargarlos a las dos de la tarde: Llevaron cada una de las piezas a la soleada plaza, frente a la Casa de Encaje. Mientras lo hacían, Hughes siguió la rutina que tan buenos resultados le había dado en las pequeñas poblaciones francesas. Después de reunir a los espías revolucionarios de la isla, inspeccionó las listas de los partidarios de la monarquía, los verificó y con un gesto del índice, ordenó:

-Arrestadlos a todos, -Pero antes de que los hombres pudieran cumplir la orden; auxiliados por marinos armados, preguntó:-¿Quiénes son el banquero y el plantador más ricos? -Una vez identificados ambos, indicó:- Aseguraos de que estén presentes. ¿Quién es el monárquico más notorio? Ese es el que necesitamos.

Alrededor de las cinco menos cuarto, aquella primera tarde la guillotina se erguía ya en el centro de la plaza, y cuando los tajos de prueba demostraron que funcionaba bien, el silencio cayó sobre la multitud de observadores. Hasta entonces sólo habían oído hablar de esa monstruosa máquina, utilizada en el lejano París, sin soñar nunca que algún día pudiera aparecer en su isla.

-Debe usted darse prisa -advirtió a Hughes uno de los espías-. En los trópicos no hay crepúsculo. A las seis se hace de noche.

-Lo sé, lo sé -replicó Hughes. Y añadió:- Ya veréis. Este atardecer será inolvidable. Sólo necesitamos un cuarto de hora.

E indicó por señas que trajeran al primer grupo de prisioneros.

Cuando estuvieron allí, Solange Vauclain, que lo observaba todo no muy lejos, emitió un grito tan horrendo que Hughes se giró para ver de dónde provenía. Al hacerla se encontró ante la mujer más deslumbrante de cuantas había visto jamás: alta, con una cara como las de las vírgenes de Rafael, graciosa hasta en el modo en que se llevaba las manos a la barbilla, horrorizada por lo que veía,

y dotada con esa extraña cualidad que hace vacilar a los hombres antes de echar otro vistazo.

-¿Quién es? -preguntó Hughes.

Un mulato, que había participado en los primeros disturbios, pero que ahora actuaba como espía de los revolucionarios, susurró:

-Se llama Solange. Es hija de un plantador blanco al que mataron los rebeldes y de esa negra que usted acaba de poner en libertad.

-¿Y porqué ha gritado?

-Porque se crió con esos dos -respondió el espía, señalando a Paul y Eugénie Lanzerac, que estaban entre los primeros para ser ejecutados.

Aunque parezca ridículo, en el instante mismo en que ese hombre sanguinario y frío vio a la mujer de Lanzerac, más deseable en su peculiar modalidad francesa que la misma Solange, su tortuosamente ideó un plan: esas dos mujeres serían para él.

Un marinero tocó un redoble de tambor. Un ayudante del comisionado Hughes se acercó una hoja de papel a los ojos y leyó:

-Joubert, propietario de una plantación, usted ha robado azúcar que pertenecía al pueblo, ha maltratado a sus esclavos y se ha declarado enemigo de la revolución. Se le condena a muerte.

El hombre, aterrorizado, fue conducido a rastras hasta la plataforma, puesto de rodillas y sujeto al cepo. Sonó el tambor, casi con suavidad. El sol se hundió un poco más en su veloz descenso y la cuchilla, se precipitó, golpeando el cuello con una fuerza tal que la cabeza de Joubert rodó a la calle, donde un marinero la recogió para arrojarla al cesto.

-Paul Lanzerac -gritó el hombre que leía la lista.

Dos marineros lo llevaron apresuradamente a la zona de ejecución.

Aquella tarde de junio tenía veintitrés años, había recibido, la mejor educación que Francia podía proporcionar, poseía una mente, un carácter y un precioso talento que hubieran podido ser valiosísimos para la nación. Sin embargo, allí estaba, escuchando las acusaciones:

-Usted ha tratado de derrotar a la Revolución, poniendo a un rey estúpido en el trono. Ha maltratado a sus esclavos y utilizado abusivamente la propiedad pública. ¡Se le condena a muerte!

Unas manos brutales lo arrastraron hasta la plataforma y fijaron el cepo a sus hombros.

Pero antes de que cayera la fatídica cuchilla, Solange emitió otro grito, se abrió paso entre los marineros que protegían la zona de ejecución y corrió a la guillotina, para arrojar los brazos a la cabeza del prisionero, cubriéndole los labios con los besos que le habían sido negados durante años. Los marineros la habrían apartado desdeñosa mente de allí, pero Víctor Hughes, verdugo extraordinario, levantó la mano:

-Dejadla que se despida.

La acallada muchedumbre oyó entonces la voz de la mujer:

-Paul, siempre te hemos amado.

Hughes comprendió que eran palabras extrañas, pero también que hablaba por toda la ciudad, por toda Guadalupe. Puesto que todos amaban a ese joven brillante, era aun más imperativo eliminarlo con un efecto teatral.

-Lleváosla -dijo, sin amenaza en la voz. Después, dio la señal, la cuchilla descendió y la mejor cabeza de las islas rodó por el suelo.

Se sucedieron una serie de órdenes. Eugénie Lanzerac fue llevada hacia delante, se leyó la lista de crímenes que, supuestamente, había cometido su difunto padre y se la arrojó a las tablas que conducían al cepo. Pero entonces el verdugo se encontró ante un verdadero dilema, pues Solange, aturdida por haber presenciado la ejecución de Paul Lanzerac no quiso permitir que ejecutaran también a su más querida amiga, se liberó para trepar a la plataforma y se arrojó sobre el cuerpo prostrado de Eugénie, gritando: „¡Matadme a mí. A ella no!". La aferraba con tanta fuerza que no pudieron desasirla. Era preciso hacer algo drástico. Los encargados de la guillotina miraron al jefe como preguntando: «¿Soltamos la cuchilla?». Y Hughes, casi automáticamente, dijo:

-Detened la cuchilla. Soltadlas.

Los hombres que sostenían la soga, frenando la cuchilla, inquirieron:

-¿A las dos?

-Si.

Antes de que la oscuridad natural se apoderara de la hermosa plaza, la oscuridad moral ennegreció el lugar. Los tres jóvenes jinetes que habían acompañado a Paul y Solange en sus excursiones por la campiña fueron arrastrados hasta el cepo y arrodillados para saludar la caída de la hoja. Al caer la noche, completadas las cinco ejecuciones de la primera ronda, mientras el cesto

llo de cabezas permanecía al pie de la guillotina para que los habitantes de la ciudad pudieran verlo, Hughes. felicitó a los hombres que habían realizado los juicios y las ejecuciones. Luego dio indicaciones para las del día siguiente y anunció, en voz baja:

-Ocuparé ésa.

Señalaba la Casa de Encaje, de la que Eugénie había sido expulsada, mientras el verdugo de su esposo se instalaba allí con una joven blanca quien lo acompañó obedeciendo las órdenes transmitidas por un ayudante:

-Atiende al ciudadano Hughes si no quieres ser la próxima en esa máquina.

Los cuatro años que duró la dictadura de Hughes, entre 1794 y 1798, se caracterizaron por una brutalidad extrema, un excelente gobierno, una legislación social de carácter liberal muy adelantada a su tiempo y las incesantes correrías del tirano tras las mujeres.

Eliminó á la clase alta con rapidez y efectividad. Llevó su guillotina portátil a todos los rincones de la populosa ala oriental de la isla; la erigió en puntos centrales; donde convocó a cuantos tenían riqueza, tierras, esclavos o tendencias monárquicas sospechosas, y cortó cabezas en demostraciones que se convirtieron en algo así como eventos deportivos o celebraciones rurales.

De este modo murieron cien líderes en las primeras semanas, setecientos al terminar el primer año y, por fin, más de un millar entre los mejores ciudadanos de la isla, aquellos de los que habría dependido el futuro de Guadalupe. Todos desaparecieron, dejando la cabeza en los cestos. Cuando ese sistema de ejecución resultaba demasiado lento, se los alineaba de diez en diez o de veinte en veinte para fusilarlos:

Puesto que era difícil llevar la guillotina al ala occidental de la mariposa verde y dorada, en esa zona las ejecuciones tomaron la forma no sólo de fusilamientos masivos sino de ahorcamientos públicos, mientras la chusma festejaba las locas danzas en el aire de sus así llamados superiores. Hubo asimismo estallidos de venganza en los que se utilizaron garrotes, rastrillos y horquillas para heno. En esa mitad de la isla también se produjo una extinción casi completa de los líderes, incluidos monjas y curas que representaban y defendían al antiguo régimen. Mientras Hughes fue comisionado, las matanzas nunca menguaron.

Ese deseo salvaje de venganza no tenía límites racionales y a veces llegaba a extremos ridículos, como en el caso del cadáver del general Thomas

Dundas. En los meses previos a la llegada de Hughes, cuando los ingleses capturaron la isla, las tropas de tierra que apoyaban al almirante Oldmixon habían estado a las órdenes de un gallardo oficial de ilustre reputación: el general Thomas Dundas, vástago de una familia escocesa cuyos numerosos hijos varones habían iluminado la historia de Escocia e Irlanda. Entre los miembros de esa familia se contaban el barón Amesbury, lord Arniston, el vizconde Melville, además de muchos generales, jueces supremos y otros honrosos funcionarios con cargos que, normalmente, se concedían sólo a los descendientes de familias distinguidas e importantes.

El general Dundas no era un militar de poca monta, pero, pese a su cuidada educación -o tal vez precisamente por ella-, había adquirido esa actitud de superioridad de los caballeros rurales escoceses, que se ponía de manifiesto en carraspeos y aires severos y autoritarios. Por lo que a Dundas concernía, cualquier ser humano que tuviera una gota de color en la sangre o en la piel, revelador de la «pincelada de brea», era merecedor de desprecio y estaba fuera de la ley. Por lo tanto, resultó irónico que; pocos meses después de su triunfal conquista de Guadalupe, cayera víctima de una enfermedad y muriera rodeado de enfermeras mulatas y negras que hacían lo posible por aliviarle la fiebre.

Se lo enterró en las islas, en una tumba señalada por una pequeña lápida, cuya inscripción en inglés informaba al mundo de que allí descansaba un valiente héroe británico. Pero cuando Victor Hughes tropezó con esa piedra, tras su ocupación de la isla, cayó en un arrebató de furia ciega y emitió una proclama:

*Liberté, Égalité, Droit et Fraternité. Queda resuelto que el cadáver de Thomas Dundas, enterrado en Guadalupe, sea exhumado y entregado como presa a las aves del aire. Y en ese sitio se erigirá, a expensas de la República, un monumento que tenga grabado este decreto en una cara y en la otra una inscripción adecuada.*

Así pues, el cadáver del héroe británico fue desenterrado y colgado para que las aves lo picotearan, después se lo arrojó a la cloaca pública. Un albañil, llegado en uno de los buques franceses, desembarco para cincelar un monumento, que contenía la condena reproducida en una cara y, en la otra, estas palabras:

*Esta tierra, restaurada su libertad por el valor de los republicanos, fué contaminada por el cuerpo de Thomas Dundas. general y gobernador de Guadalupe en nombre del rey sanguinario. Jorge III de Inglaterra.*

El mismo Hughes había compuesto la segunda inscripción, pues tal como explicó a sus ciudadanos: Todos los hombres honrados deploran los crueles actos del infame rey inglés.

Sus peores acciones resultaban incomprensibles, no tenían explicación por la venganza ni por el sadismo, era una conducta oscura, emergida de los ocultos abismos de los días en que los seres humanos asomaban desde su brutal existencia de animales. Durante una acalorada acción, en que doscientos cincuenta soldados británicos recibieron el apoyo de trescientos franceses monárquicos que despreciaban a Hughes, éste demostró una vez más, su genio militar, pues con una fuerza inferior atacó por tres lados, aplastando al enemigo. Con los soldados británicos actuó con la formalidad de un gran general, permitiéndoles que se retiraran con honor, espada en mano, hacia el cuerpo principal del ejército, pero para los franceses monárquicos tenía planes muy diferentes. Después de arrojarlos a un campamento de prisioneros, con esposas e hijos, llevó su guillotina portátil, la erigió personalmente dentro de los portones del campamento y comenzó a cortar cabezas a un ritmo que dejó aturcidos a quienes lo ayudaban en el horrible rito. Apenas habían retirado de la plataforma el tronco sangrante de un hombre, para arrojarlo a un montón, cuando, ya estaba poniendo el cuello, de otro bajo la hoja.

Pero aunque esa frenética velocidad le permitió decapitar a cincuenta personas en el curso de una hora, no quedó satisfecho. Ordenó que los restantes, hombres, mujeres y niños, fueran encadenados de dos en dos y de tres en tres y llevados hasta el borde de un foso, donde leñadores sin adiestramiento los fusilaron disparando al azar. Algunos de los monárquicos murieron de inmediato, otros quedaron heridos y hubo quienes escaparon por completo a la descarga, pero a una señal de Hughes todos fueron arrojados al foso, donde se los cubrió de tierra a paladas, enterrando vivos a quienes habían sobrevivido a las balas, sin prestar atención a los gritos, con que pedían misericordia.

Pese al sadismo, deseaba sinceramente imponer el orden. Como cualquier buen político, brindó a la isla una excelente administración, duplicó la producción de azúcar y ron, produjo alimentos en abundancia, ahí donde escaseaban a su llegada, eliminó cargos inútiles y costosos, e introdujo una efectiva policía criolla que cumplió bien con sus funciones, una vez que casi todos los blancos de origen francés fueron asesinados.

También tenía algo que podía llamarse política exterior, puesto que, cuando tuvo en orden su propia isla, decidió exportar su revolución a otras. Sus barcos, pequeños y veloces, se escurrieron por entre los grandes buques, británicos para invadir y capturar Todos los Santos, Granada y Tobago, en cada una de las cuales alentó a los esclavos a que se alzaran en armas contra sus amos. Cumplido esto, envió a sus agentes secretos por todo el Caribe, a fomentar la rebelión de los esclavos contra los plantadores franceses, ingleses y españoles.

Su aventura internacional más extraordinaria fue una especie de declaración de guerra contra los recién nacidos Estados Unidos, hacia los cuales había engendrado un salvaje desprecio.



-Miradlos. Hace diez años estaban combatiendo contra los ingleses. De no haber sido por la ayuda francesa, habrían sido aplastados. Ahora envían provisiones a esos mismos británicos que tratan de derrotarnos.

Ordenó que su Marina, pequeña pero capaz, capturar a cualquier navío norteamericano que navegara por el Caribe y logró apresar casi un centenar. Un almirante norteamericano dijo de él: «Es la peste, pero ¿alguna vez habéis tratado, de libraros de esos mosquitos invisibles que atacan en las cálidas noches de verano?». Y agregó, triste: «Ese maldito cerdo sabe aprovechar lo que tiene».

Una de sus acciones internacionales con excelentes resultados fue el fomento del contrabando holandés. Como en siglos pretéritos, los holandeses operaban imaginativamente en el Caribe. Puesto que sólo poseían las islas más pequeñas; llevaban sus barcos a las grandes, burlando las leyes que se lo prohibían. Y transportando las mercancías necesarias a sitios tales como Barbados, Jamaica, Trinidad y Cartagena. «Un pirata holandés honrado», decía Hughes, «es un hombre de valor infinito».

Una noche, mientras arengaba a un grupo de administradores jóvenes, mulatos y negros, gritó con gran entusiasmo:

-No sueño con la victoria aquí, en Guadalupe, ni en el Barbados de los británicos, sino con el día en que el benévolo gobierno francés que hemos introducido aquí se extienda a todas las islas del Caribe. No sólo en Saint-Domingue y en la Martinica, que ya son nuestras, sino también en Jamaica, Trinidad y todas las islas Vírgenes. Cuba, sobre todo. Un solo gobierno, un solo idioma, todos guiados espiritualmente por nuestro Culto de la Razón.

Con frecuencia explicaba su visión a otros:

-Este glorioso mar ... bien sabéis que he estado en todos sus rincones ... debe ser gobernado por una sola potencia. España tuvo la oportunidad y la malogró. Inglaterra podría haber triunfado, pero perdió energías. Esas colonias norteamericanas lo intentarán algún día. Pero el pueblo que mejor puede reclamarlo, el que tiene los conceptos más apropiados, es el francés. Este debería ser un mar francés, y lo será.

En la base de su idea de la hegemonía francesa estaba la convicción de que los franceses comprendían, como ninguna otra nación europea, la fuerza fundamental del negro caribeño.

-Mirad lo que ya hemos logrado en Guadalupe. Lo primero que hice al desembarcar fue abolir la esclavitud. Es una idea muerta. Malgasta la energía humana. Y también he puesto fin a los sistemas sociales que frenaban a los mulatos. Si los blancos son más inteligentes y los negros son más fuertes, ¿por qué no unirlos? Creemos una nueva raza de dioses. No habrá dueño blanco ni esclavo negro en la isla que yo gobierne.

Hacía exactamente lo que predicaba, pues decía a los negros:

-Ya no sois esclavos. Eso acabó para siempre. Pero tampoco sois inútiles. Si no trabajáis; iréis ala cárcel. Y os advierto que para los prisioneros hay muy poca comida.

Con este esclarecido caudillaje instaba a los negros a producir más que nunca; sin palizas ni exhortaciones constantes.

También atendía problemas menores, eliminando las arbitrarias restricciones a los mulatos y a los negros, que tanto importunaban y provocaban animosidad. Quería que todos los niños disfrutaran de educación gratuita y vació las cárceles de prisioneros que no fueran blancos. Ansioso de demostrar que los ex esclavos podían ocupar puestos hasta entonces reservados a los blancos, estaba siempre en busca de negros capaces. Cuando la madre de Solange salió de la cárcel a raíz de su perdón, él vió su capacidad de gobierno y la convirtió en una especie de ayudante. Desde ese puesto, ella pudo salvar de la guillotina a varios franceses que se habían comportado respetablemente en el trato de los esclavos.

Hughes era un político brillante, sin duda alguna, pero, al promediar su gobierno, debido a ciertos actos suyos, los observadores se preguntaron hasta qué punto era sincero en sus convicciones. Al enterarse, con casi un año de retraso, de que su amigo y protector Robespierre también había sido guillotinado, ablandó inmediatamente sus delirios revolucionarios. Una vez que algo llamado Directorio asumió el mando en París, Hughes, sin entender una palabra, de lo que representaba, se proclamó su fiel partidario. Los observadores decían: Ved que ha dejado de designar a negros para los puestos importantes. Recordad lo que os digo, cualquier día de éstos volverá a imponer la esclavitud.

Pese a sus éxitos y a sus fracasos, Hughes sería siempre recordado en Guadalupe por su guillotina y sus ojos huidizos. En los últimos meses de su régimen, toda la isla se divirtió viéndolo cada vez más enredado con las dos jóvenes, Eugénie Lanzerac y Solange Vauclain: Lo que daba un carácter grotescamente divertido a su frenético cortejo era que, como todo el mundo sabía, esas dos criollas habían estado enamoradas de Paul Lanzerac y, por tanto, debían de odiar a Hughes y hasta representaban una amenaza para él, por su sed de venganza.

También él lo sabía, pero saboreaba el desafío de llevarlas a su cama pese al rencor, se imaginaba como el jorobado Ricardo III de Inglaterra, que hallaba placer sexual en cortejar a la viuda del joven rey a quien había hecho asesinar.

Sus intentos, de conquista de las dos mujeres habrían podido ser representados en cualquiera de esas deliciosas comedias europeas, en las que un pomposo funcionario de la capital entraba pavoneándose en alguna aldea italiana,

española o francesa, echaba el ojo libertino a dos bonitas amas de casa y quedaba convertido en el hazmerreír de todos por la superioridad del ingenio femenino. Pero ese argumento magistral no tenía validez en Pont-ll-Pitre, porque, el feo Hughes no era el gordo Falstaff sino un ogro con guillotina propia.

Como Eugénie era inabordable, pues estaba dedicada al luto por su esposo y al cuidado de su hijo, él se volcó en Solange, quien, desde la destrucción de su plantación familiar, vivía en la ciudad con su madre liberada. Cuanto más la veía caminar por la plaza, más deseable era a sus fantasías. Esa mujer era la gloria de esos negros y mulatos que él había rescatado de la nada, representaba su visión del futuro en el que todas las islas caribeñas existirían bajo lo que él interpretaba como benévolo gobierno francés, tras exterminar a los tiránicos blancos. Así, ella no le parecía sólo una bella joven, de atractivo rostro y exquisitos movimientos, sino una especie de símbolo espiritual del mundo nuevo que él estaba creando.

Por supuesto, mientras crecía su enamoramiento por Solange, llevaba a su cama a cualquier mujer con la que pudiera saciar su cuerpo hambriento. Algunas de las estrategias que ideó para lograrlo eran tan retorcidas que parecían opuestas a cualquier concepto moral de la pasión sexual. ¿Cómo podía hablar de amor a una mujer, si hacía guillotinar al marido un martes y gozaba forzándola a aceptar su cama en la Casa de Encajes el jueves siguiente?" Hughes no veía contradicción alguna en esa conducta. También ejercía presión en los niños para atraer a sus madres y separaba a las muchachas de quince años de los jóvenes de dieciséis que trataban de protegerlas. Un francés observador, abogado de la Revolución francesa, tal como él la entendía, escribió en una secreta carta a París: «En vuestra ciudad se habla del Reinado del Terror. Aquí susurramos sobre el Reinado del Horror, pues toda decencia parece haber desaparecido».

El destinatario de esa carta la leyó, resopló con disgusto y la envió nuevamente a Hughes, con esta anotación: «Ahora es usted quien tiene un espía entre la población". Al atardecer de su llegada a Guadalupe, el firmante de la queja fue guillotinado entre redoble de tambores.

Hughes inició sus embates contra Solange ascendiendo a su madre negra a un puesto que le requería trabajar en la oficina de él. Cuando ella estuvo cómodamente instalada, le expresó claramente que sólo conservada sus favores si le allanaba el camino para ver a su hija con frecuencia.

-Puedes invitarla a venir para que te ayude -sugirió.

-Solange ya no está bajo mi autoridad -replicó ella.

-Será mejor que lo esté -dijo él en un tono que no podía ser mal ,interpretado.

Cuando la señora Vauclain informó a su hija, Solange no dijo nada.

Debido a la barbarie que imperaba en Guadalupe, tenía miedo de confiarle nada, puesto que su madre había recibido favores del asesino, bien podía ser una de sus espías. Por eso guardó silencio. Pero a veces, ya entrada la noche, se deslizaba hasta la casa de Eugénie para reanudar la conspiración con su única confidente.

-Ayer tuve una extrañísima sensación, Eugénie. Mientras conversaba con mi madre, ella me hizo una pregunta. No recuerdo cuál fue, pero me pareció que trataba de averiguar algo, y me dije: Será mejor no revelar nada; puede ser una de sus espías.

-Bajó la vista al suelo y luego miró furtivamente alrededor, pues los espías de Hughes estaban por doquier, De cualquier modo, necesitaba compartir su amargura con alguien-. Ese hombre horrible -continuó-. Debemos actuar.

Eugénie dijo en voz baja, pero con más vigor del que la misma Solange había mostrado:

-Un puñal, veneno, un revólver ... pero es difícil conseguirlos.

¿Cómo terminó la Corday con su tirano? ¿Lo ahogó en la bañera o lo apuñaló mientras él estaba allí?

Hacia fines de 1797, las dos mujeres decidieron que, puesto que la presa estaba tan ansiosa por llevar a Solange a su lecho, ella debería disimular su asco y permitirse. Pero Eugénie señaló:

-Sólo si puedes hacerlo ... digamos ... de forma permanente o algo así. -Vaciló--., Así dispondrás de oportunidades para hacer lo que, llegado el momento, decidamos.

-Decidamos, no; eso va a ser cosa mía, protestó Solange, Una vez que vaya no podré volver aquí, Eugénie. Sería demasiado peligroso para ti. -Miró a su preciosa amiga, que tanto la había ayudado mientras crecían, y añadió con suavidad. No soportaría perderte después de haber perdido ya a Paul. Debo hacer esto sola, y lo haré.

Cuando iba a salir, Eugénie le cogió la mano. Durante un rato las dos jóvenes permanecieron así, en la penumbra de la casa del boticario.

-¿Lo amabas tanto como para arriesgar ahora tu vida? -preguntó Eugénie:

-Tú también estás dispuesta a arriesgar la tuya -contestó Solange,

-Por supuesto -replicó Eugénie discretamente-, pero nosotros estábamos casados.

-Nosotros también lo estábamos, en otro sentido -respondió la bella mulata, aún más encantadora en las sombras-. Y Hughes debe morir por el gran daño que nos ha hecho a las dos.

Con esa confesión del pasado y ese compromiso para el futuro, las dos criollas se abrazaron por última vez, aceptando el hecho de que, si algo salía mal, quizá nunca volvieran a verse. Al separarse en la oscuridad, Eugénie susurró:

-Quédate tranquila, querida hermana. Si tú no triunfas, lo haré yo.

En diciembre de 1797, Solange Vauc1ain se mudó a la Casa de Encaje con el hombre a quien quería asesinar. A lo largo de seis semanas, el grotesco amorío se fue desarrollando. Ella disimulaba con tanta habilidad sus sentimientos que Hughes vivía con el regocijo de cualquier hombre de treinta y cinco años al ganar el afecto de una bella mujer de veinticuatro. Pero como nunca subestimaba a sus posibles enemigos, dijo a sus espías:

-Haced averiguaciones sobre ella.

-No ve a su amiga Eugénie Lanzerac desde la ejecución. No hay peligro. La mujer es, desde luego hija de un monárquico francés, ya fallecido. En cuanto a su madre, podría ser digna de confianza o no-; usted es el mejor juez al respecto -respondieron los espías.

Hubo más datos, pero nada hacía sospechar de Solange, salvo una cosa:

-En otros tiempos; no lo olvidemos, estuvo enamorada de Lanzerac, pero hasta donde se ha podido averiguar, nada resultó de ello.

Tranquilizado por estos informes y seguro de que Solange no visitaba a la viuda de Lanzerac, Hughes continuó con el amorío, felicitándose de haber organizado tan agradablemente su vivienda. Una mañana, después de una cena en la que Solange actuó como radiante anfitriona,-él llegó a admitir, mientras se afeitaba: «Esta mujer sería una joya en cualquier salón. A veces tengo la sensación de que está hecha para vivir en París».

Pasó el resto de esa mañana con sus deberes de costumbre, entre los cuales se incluía el de aprobar la siguiente serie de ejecuciones, Después almorzó con Solange en el balcón de sus habitaciones, frente a la plaza.

Por la tarde, ambos salieron a cabalgar, y él volvió a quedar impresionado por la muchacha, que tenía todo lo que correspondía a una mujer de alcurnia. Se sentía como un esposo enamorado al verla desmontar. Cuando estuvieron dentro de la casa que ella había conocido tan íntimamente, ocupada por Paul y Eugénie, Hughes la besó con ardor.

Polvoriento por el galope, Hughes se retiró a una habitación del piso alto, a la que los ex esclavos llevaron cántaros de agua caliente para un baño. Cuando se hubieron retirado, mientras él disfrutaba de la bañera traída desde París, oyó un susurro junto a la puerta y preguntó:

-¿Eres tú, Solange?

Ella entró con lentitud, llena de decisión: blandía ante sí un largo y afilado cuchillo. De un brinco, con extraordinaria velocidad y destreza, Hughes salió de la bañera, esquivó el ataque y le arrancó el arma de la mano, gritando de terror:

-¡Socorro! ¡Asesinos!

Luego se quedó acurrucado en un rincón,

La primera en entrar en el baño fue la señora Vauclain, la madre de Solange, quien comprendió de inmediato lo que su hija había intentado.

-¡Ay, niña mía! -exclamó--. ¿Por qué has fallado?

Acto seguido, saltó hacia Hughes, tratando de arrancarle el puñal, para terminar el trabajo. Antes de que pudiera hacerlo, los guardias irrumpieron en el cuarto e inmovilizaron a las dos mujeres, mientras Hughes continuaba gimiendo:

¡Han intentado matarme!

Pero mientras se llevaban a las mujeres, la señora Vauclain se soltó del guardia y corrió hacia Solange para abrazarla:

-Has hecho bien. No temas, que ese monstruo será aniquilado:

Al día siguiente, Con el sol en el cenit y su guillotina privada instalada en la encantadora plaza, Víctor Hughes presenció la llegada de Jeanne Vauclain, esclava africana. Iba cargada de cadenas y con la cara hecha una masa de moretones a causa del interrogatorio, La arrastraron hasta la plataforma de ejecución. Ya de rodillas, fue sujeta al potro y la gran cuchilla cayó. Momentos después, su exquisita hija, esbelta y graciosa como una palmera tierna mecida por la brisa tropical, fue obligada a subir los tres peldaños hasta la plataforma y a arrodillarse hasta que su cuello quedó debidamente expuesto. La cuchilla volvió a caer.

En esta ocasión la hoja no descendió al instante, pues Hughes consideró que era preciso dar una advertencia a su pueblo:

-Ved lo que Ocorre cuando los monárquicos reaccionarios seducen y confunden a nuestros mulatos y nuestros negros. Estas mujeres fueron traidoras a la causa de la libertad, y por eso deben morir.

Levantó despacio la mano para poner más énfasis en su heroico comentario; la sostuvo en alto por un instante y la bajó teatralmente. La cuchilla cayó con un crujido. Solange Vauclain, la criolla más hermosa de su generación, había muerto. Mientras su cabeza rodaba por la plaza, el verdugo miró hacia la casa del boticario, donde vivía ahora Eugénie, y vio que la viuda lo había presenciado todo.

Eliminada Solange, Hughes se concentró en la persecución de Eugénie. Aunque no podía esperar que, ella se instalara en su alojamiento, aplicó todo su ingenio en la táctica más conveniente para obligarla a estudiar la posibilidad de una alianza con él.

-Necesitamos un nuevo boticario en la ciudad, señora Lanzerac, Es inevitable que cedáis vuestra casa a otros, para que le den mejor uso.

-¿Y dónde viviré? -preguntó ella.

-Siempre habrá sitio en vuestra vieja casa -respondió él, vacilante:

Pero ella fingió no comprender lo que le proponía. Cierta vez, sumamente irritado, Hughes le dijo:

-¿Recordáis, sin duda, que en la noche de mi llegada fuisteis sentenciada a muerte? Sólo os salvó mi generosidad. La sentencia aún pende sobre vos.

Pero ella seguía rechazando sus sugerencias, sin disimular el desprecio que le inspiraban. De modo que él adoptó métodos más duros.

Una mañana, al volver del mercado que estaba en el extremo opuesto de la plaza, frente al océano, la saludaron los gritos de una mujer.

-¡Eugénie! ¡Se han llevado a tu hijo!

Cuando ella corrió al cuarto en donde lo había dejado, descubrió que la criatura ya no estaba allí.

En los días siguientes recibió un bombardeo de rumores, todos orquestados por Hughes, aunque él nunca los formulara; pues su intención era presentarse más adelante, en el papel de salvador.

-El niño Jean-Baptista ha aparecido muerto,

-El pequeño Lanzerac fue hallado en un mercado, cerca de Basse-Terre.

En esa cruel desesperación dejaría a Eugénie hasta que ella estuviera, según las palabras del tirano, «lista para una aterición más íntima».

Puesto que ya no tenía amigas que la apoyaran, y todos los jóvenes monárquicos que habrían podido ayudarla habían sido ejecutados, Eugénie no tenía a quién confiar su dolor, Hasta los sacerdotes que habrían podido auxiliarla habían sido guillotinado en aquellos primeros y terribles días. Naturalmente, habría podido hacer lo que muchas jóvenes como ella, buscar la ayuda de las generosas esclavas que ahora tenían algún poder. Pero la señora Vauclain había muerto y Eugénie no conocía a nadie como ella. Por eso se acurrucaba sola en su casa desierta, preguntándose cuándo se vería expulsada y obligada a aceptar la hospitalidad de Hughes.

Cuanto más se acercaba esa eventualidad, más segura estaba de que, transcurrida apenas una semana de esa mudanza, asesinaría al dictador, aunque también ella resultara guillotinado a la mañana siguiente. No se puede permitir que él viva, disfrutando de sus crímenes, pensaba. Y esa frase se convirtió en su idea fija, en la rúbrica que la definía. Permitiría que la poseyera sobre los cadáveres de su esposo y de su hijo, pero al lograr ese triunfo Hughes estaría firmando su sentencia de muerte. Ella, a diferencia de Solange, no le permitiría verla cuando se acercara con un puñal. Ella lo asesinaría cuando estuviera dormido a su lado.

Pero Hughes, que adivinaba más o menos sus pensamientos, complicó la situación al comentarle una noticia asombrosa:

-Sabe, Eugénie -dijo en la calle, un día-, si quiere, compartir mi alojamiento, tal vez haya algún modo de hallar a su hijo.

Ella no levantó la voz ni lo acusó de inhumano por utilizar al niño, pues no quería que nadie viera su cólera y recordara a Hughes lo peligroso del juego al que se dedicaba. En cambio preguntó, serena:

-¿Insinúa usted que mi hijo puede estar con vida, comisionado?

-Lo que quiero decir es que, dadas las debidas circunstancias, yo podría indicar a mis hombres que buscaran mejor -respondió él' con una sonrisa cuidadosamente compuesta,

La dejó para que estudiara su oferta. Ella permaneció en la plaza. Lo siguió con la vista hasta que él entró en la Casa de Encaje. Cada parte de su feo cuerpo le parecía más repulsiva que las otras. Ese pelo canoso, se decía, ese andar encorvado, esas piernas ridículas de tan flacas, y los zapatos demasiado grandes. Esos brazos largos, como de mono, y las manos manchadas de sangre. Al



compararlo en sus recuerdos con Paul se sintió desfallecer, era inconcebible que alguien tan mal parecido viviera, mientras Paul había muerto.

Estaba más decidida que nunca a que Hughes muriera, pero la posibilidad de que su hijo estuviera vivo y pudiera hallarlo, la refrenaba. Pasó unos días vagando por Point-a-Pitre, tratando de resolver su dilema. No había solución. Si Jean-Baptiste aún vivía, ella también debía vivir para criarlo, y para eso debía tolerar al único hombre que podrá devolverle a su hijo, el horrible Hughes.

Resignada a la perspectiva de, una vida con Hughes, que debía terminar en el asesinato, fue voluntariamente a verlo.

-Comisionado, vivo sólo por mi hijo. Si sus hombres pueden hallarlo.

-Ya lo han hecho --dijo Hughes, con una chispa de deseo en sus ojos opacos.

Desde un cuarto interior apareció una doncella negra, llevando a Jean-Baptiste, que tenía cuatro años y se parecía cada día más a su padre.

-¡Mamá! -gritó él, corriendo a abrazarla, y Hughes sonrió con benevolencia ante la imagen de ese reencuentro entre un niño que quizás algún día fuera su hijo adoptivo y la madre que pronto sería su amante. Luego, mientras ella -se disponía a cruzar la plaza con Jean-Baptiste, él le advirtió:

-Recuerde, señora Lanzerac, que aún pesa sobre usted una condena a muerte .

Milagrosamente, al día siguiente ocurrió un hecho, inesperado que protegió a Eugénie de Hughes y tornó innecesario el asesinato. Llegó un barco de Francia con noticias esperanzadoras.

-Napoleón ha logrado victoria tras victoria y ahora se encamina hacia Egipto.

El gobierno estaba en manos de un grupo mucho menos radical; sus miembros, más sobrios, se sentían disgustados con Hughes y lo reemplazaron por un comisionado nuevo, que traía órdenes sorprendentes:

-Enviad a Hughes a París, bajo arresto.

Al caer la noche fue expulsado de su alojamiento y embarcado en un pequeño camarote del barco recién llegado.

Cuando Hughes, desafiante e impertérrito, supo que el barco tardaría siete días en descargar y poner en sus bodegas el azúcar y las provisiones que París requería, exigió:

-Dadme papel y pluma.

Cuando sus carceleros así lo hicieron; sabiendo que era un funcionario importante, él se sentó en su camarote a hacer correr su pluma sin pausa y componer una obra maestra. Sumó sesenta páginas, en las que se describían los muchos milagros de buen gobierno que él solo había forjado. Hablaba con brillantez de su valor en la batalla, de la revolución económica que había inspirado, de las numerosas victorias que su agresiva flota había ganado contra Gran Bretaña y Estados Unidos, de la liberación de los esclavos y, sobre todo, de su total probidad e incomparable percepción de los problemas caribeños.

Este panegírico era tan convincente que habría sido digno de Pericles y Carlomagno. Logró su propósito, pues cuando los mismos funcionarios que habían ordenado su arresto lo leyeron, exclamaron:

-¡Este Hughes ha de ser un genio!

Y de inmediato lo designaron gobernador en otra colonia, desde donde redactó informes similares sobre sus logros en el nuevo puesto. No permaneció mucho tiempo allí, pues cuando Napoleón asumió el poder, ordenó:

-Basta ya de esa tontería de declarar ilegal la esclavitud. Vamos a reinstaurarla.

Hughes fue retornado a París, donde se convirtió en el portavoz principal del nuevo orden. Con frecuencia se le oía dar duras instrucciones a los jóvenes oficiales que iban hacia las colonias.

-Cuidad de mantener en su lugar a esos malditos negros, son esclavos. No permitáis que lo olviden.

Sin embargo, su giro más increíble se produjo en 1816, tras la coronación de un nuevo rey para reemplazar a Napoleón. Declaró entonces que siempre había sido un ferviente monárquico, pasando por alto el hecho de que varios años antes, en Guadalupe, había decapitado a más de mil monárquicos sin darles la menor posibilidad de defenderse.

Fueron varias las razones que le permitieron ese asombroso cambio. En realidad, era un administrador de primer orden. En 1794, con sólo ciento diez soldados, había derrotado a diez mil, y en las guerras navales sus naves capturaron a más de cien barcos norteamericanos y a igual número de británicos. Hay testimonios de que a los sesenta años aún seguía persiguiendo a las mujeres bellas, y a veces las atrapaba.

Murió en el lecho, cubierto de honores.

Mientras tanto, Eugénie Lanzerac; libre de su opresor y con su hijo, se convirtió en una de las viudas jóvenes más deseables de las islas francesas. Varios oficiales, refugiados allí para escapar de los horrores de París, pidieron su mano, pues anhelaban la tranquilidad de Guadalupe. Por fin se casó con un joven del valle del Loira, vástago de una familia acomodada. Con él trabajó para restaurar la sosegada belleza de Point-a-Pitre.

Cuando ya llevaban varios meses casados, ella buscó al albañil que había hecho la infame lápida para la tumba de Dundas y le hizo un extraño encargo:

-Conseguid una piedra pequeña y sólida. Dadle forma de dos lápidas unidas. Hecho eso, le pidió que inscribiera en ella los nombres de pila de las dos personas a las que había amado: Paul y Solange. Y la hizo adosar en la pared de su Casa de Encaje, donde permaneció muchos años.

## X

### LA TIERRA TORTURADA

En 1789, la colonia más fructífera -y en muchos sentidos la más bella- era la porción francesa de La Española, la isla de Colón. Esta parte constituía el tercio occidental de la isla, pues el resto permanecía en manos de España, y se la llamaba Saint-Domingue o Santo Domingo.

Su territorio era montañoso, estaba cubierto de árboles tropicales y regado por caudalosos arroyos. Las lluvias anuales eran exactamente las requeridas para cultivar la caña de azúcar, café y frutas tropicales desconocidas en Europa, especialmente los succulentos mangos y el plátano. Entre las montañas bajas había muchas zonas llanas, ideales para el cultivo; tanto es así que había más de un millar de plantaciones, cada una de las cuales daba fortuna a sus propietarios.

¿Cómo llegó a ser francesa esta colonia, anteriormente tan unida a España? Su historia cumple el viejo dicho: «Nada hay tan permanente, como un arreglo temporal». En el siglo precedente, cuando los bucaneros de Henry Morgan prosperaban en la pequeña, isla de Tortuga, los piratas franceses llegaban y se iban, aprovechando sólo pasajeramente las ventajas que ofrecía este refugio, pero algunos de ellos llegaron y se quedaron. Los gobernantes provisionales de Tortuga y de las zonas de caza del jabalí de la costa oeste de La Española eran franceses, de ahí que, en 1697, cuando se formalizó un acuerdo global entre las naciones europeas, Francia propuso: Puesto que la costa occidental de La Española ya está ocupada por franceses, ¿por qué no nos la cedéis?. Y así se hizo. Los piratas franceses habían conseguido un tesoro para su patria.

Santo Domingo o Saint-Domingue, que pronto cambiaría su nombre por el antiguo de Haití, producía tanta riqueza que un plantador dijo, antes de volver a París con su fortuna: «Uno planta caña de azúcar y la tierra vuelve oro». Las dos poblaciones principales; Cap-Francais o, Cabo Francés al norte, y Portau-Prince o Puerto Príncipe al sur; ambas ciudades pequeñas, ofrecían prueba de ello por la liberalidad con que utilizaban sus riquezas.

De las dos, Cabo Francés era la más grande e importante, pues estaba frente al océano Atlántico y, por lo tanto, era el puerto más a mano para los barcos que llegaban desde Francia. Contaba con espaciosos amarraderos, una costa espléndida y una población de unas veinte mil personas. Su mayor motivo de orgullo era un inmenso teatro, con un aforo de más de mil quinientas localidades y un escenario semicircular que ponía a los actores en medio del público. Puesto que los artistas debían viajar desde Francia, era buen negocio mantenerlos en la

colonia por periodos, de tres o cuatro años, lo cual resultaba posible gracias a que había un teatro todavía mejor en Puerto Príncipe, con setecientas localidades, y otros cinco o seis en pequeñas poblaciones rurales. Así pues, la colonia podía mantener con facilidad dos o tres compañías, y los actores parisinos hacían circular entre sus colegas que “Santo Domingo es una buena experiencia”.

Los teatros ofrecían cuatro clases de espectáculos: dramas populares de la época, obras musicales, una especie de vodeviles y, de vez en cuando, los dramas clásicos de Racine y Moliere; de modo que hasta el niño educado en una población pequeña tenía la oportunidad de ver obras de gran calidad en el teatro de su región.

En Le Cap, como se llamaba popularmente, a Cabo Francés, había numerosas tiendas que ofrecían más o menos lo mismo que podía verse en establecimientos similares de Nantes o Burdeos: artículos de piel, plata, la última moda para hombres y mujeres y varias confiterías francesas realmente excelentes. Había hábiles médicos; elocuentes abogados, carruajes tirados por caballos y policías que patrullaban. Las escuelas para varones ofrecían una educación apenas superficial, pues cualquier jovencito que demostrara tener condiciones era enviado a estudiar a Francia, pero como casi todos ellos volvían a Santq Domingo, el nivel cultural de la colonia era elevado. No existían escuelas para niñas ni antecedentes de que alguna hubiera ido a educarse a la capital, pero había libros y revistas para las señoras, de modo que entre los residentes franceses la educación era generalizada y las conversaciones de alto nivel. Todo lo que ocurría en París se sabía muy pronto en Le Cap, aunque al cruzar el Atlántico tendía a adquirir tintes fuertemente conservadores.

Por grande que fuera el esplendor de la colonia (y en los días apacibles, que abundaban durante casi todo el año, las brisas nocturnas eran agradables, el paisaje majestuoso, y la comida, una exótica mezcla entre la mejor cocina francesa y la exhuberancia caribeña), no habría podido producir su infinita riqueza sin seres humanos capaces de hacerlo. En este aspecto, Santo Domingo contaba al mismo tiempo con una bendición y una maldición.

La bendición era que alguna deidad parecía haber dicho: «He dado a esta colonia hermosura y riquezas, ahora la poblaré con gente acorde con ella». Como consecuencia, la magnífica tierra estaba ocupada por ciudadanos que se contaban entre los más aptos del Caribe. Los colonos franceses eran educados, trabajadores y fuertes; los negros, sin duda los mejores que habían salido de África. Con todo esto, la colonia habría debido ser una zona estable, destinada a la grandeza.

Su maldición era que existían en ella tres grupos sociales que se odiaban entre sí, y veinte años de salvajes alzamientos (desde 1789 hasta 1809), no sólo fueron inútiles para unificar a esos grupos, sino que los dividieron por completo, hasta un punto en que la tragedia era ya inevitable. El grupo superior estaba claramente definido: terratenientes, profesionales capaces y funcionarios

enviados desde París. Eran invariablemente blancos, ricos y dueños de todo. Las plantaciones eran suyas, poseían las tiendas y contribuían con fondos al teatro, para monopolizar las mejores butacas. Tendían a ser apasionadamente francófilos, aún más apasionadamente conservadores y católicos indiferentes; la religión no desempeñaba un papel importante en Santo Domingo, pero el blanco tradicional habría mirado con mala cara a cualquier protestante que intentara establecer su negocio o su hogar en Le Cap.

Había en esta clase dos facciones, cuyos intereses solían divergir: los *grands blancs*, de la máxima categoría social y económica, y los *petits blancs*. A principios de 1789, no obstante, estaban más o menos unidos.

En el fondo de la estructura de grupos, tan abajo que resultaban casi invisibles desde la posición ocupada por los blancos, estaban los *noirs*: los negros, los esclavos. En su mayor parte habían nacido en África, eran analfabetos, desconocían las complejidades del funcionamiento de una plantación y estaban rígidamente excluidos del cristianismo por sus dueños, quienes temían que las enseñanzas de Jesús los llevaran a exigir su libertad. Conservaban muchas costumbres africanas, mantenían sus religiones de origen y se habían adaptado al calor, la comida y las condiciones laborales de Santo Domingo de una manera asombrosa. En esa masa, aparentemente amorfa, existía poco más o menos la misma proporción de posibles artistas, cantantes, filósofos, líderes religiosos y jefes políticos que en cualquier otro grupo humano del mundo, y también el mismo porcentaje de posibles jefes militares que entre los blancos de su colonia. Pero como carecían de educación y de oportunidades, esa capacidad permanecía oculta, en estado latente hasta que algún acontecimiento las pusiese, al descubierto. Cuando eso sucediera, los negros de Santo Domingo exhibirían una habilidad que asombraría al mundo.

Atrapado en medio, entre esas dos poderosas piedras de molino constituidas por los plantadores blancos y los esclavos negros, había un considerable grupo de ciudadanos que no eran blancos ni negros. Sus hermanos, todos aquellos racialmente mezclados se hallaban por todas las islas del Caribe y se enfrentaban siempre con los mismos impedimentos, promesas, esperanzas y abrumadoras desventajas. En otras colonias podían llamarse mulatos, mestizos, criollos o bastardos, pero en Santo Domingo se evitaban todos estos términos, especialmente el de «mulato», el que se consideraba peyorativo. Aquí se los llamaba gente de color o, simplemente hombres libres de color.

Despreciados por los blancos, que los consideraban arribistas dispuestos a escalar posiciones a las que no tenían derecho, y odiados por los negros, que veían en ellos una raza intermedia y un obstáculo para alcanzar el poder, los libres de color eran rechazados por los de arriba y los de abajo." Su historia, en Santo Domingo, discurrió paralela a la de los grupos mestizos del Caribe británico, de la India y de África del Sur: no tenían raíces, aliados en los que confiar ni futuro discernible. Pero aunque existieran similitudes con la situación que se vivía en otras colonias del mundo, el papel desempeñado por

ellos en Santo Domingo era más frustrante que ninguno. Una y otra vez, cuando estaban a punto de alcanzar una solución, se veían traicionados y perseguidos como animales.

En 1789, los blancos de la colonia sumaban unos, cuarenta mil; los libres de color, veintidós mil, y los esclavos, no menos de cuatrocientos cincuenta mil. Y como la tasa de mortalidad entre los negros, mal alimentados y explotados, era enorme, cada año había que importar alrededor de cuarenta mil esclavos de África. Este lucrativo comercio estaba en manos de grandes compañías negreras, situadas en puertos franceses del Atlántico, como La Rochelle, Burdeos y, sobre todo; Nantes.

En 1770, cuando para los observadores comerciales quedó claro que las colonias inglesas de América del Norte no tardarían en tener disturbios o rebeliones, la compañía de transportes marítimos Espivent, en el puerto francés de Nantes, comprendió que debería incrementar en gran medida el tráfico de esclavos entre África y el Nuevo Mundo en los tiempos previos al estallido de la guerra. La rama principal de la familia, que había recibido un título nobiliario siglos antes, decidió poner al mando de sus nueve barcos a los capitanes más osados; además, les ofreció grandes bonificaciones, a fin de que sus barcos llegaran a Virginia y Carolina en menos tiempo que antes, con lo cual las ganancias ascenderían al máximo mientras ese comercio siguiera siendo posible.

Como sólo hallaron ocho capitanes, buscaron entre los numerosos miembros de la familia, y dieron con Jérôme Espivent, que por entonces tenía veintinueve años, era hombre de carácter y había servido en varios de los barcos familiares. Conocía la costa negrera de África y los mercados de esclavos de Carolina y el Caribe. Se podía confiar en sus informes. Sus parientes, al asignarle uno de los barcos más grandes, le dijeron: «Haz tu fortuna y la nuestra», y él se aplicó tan a fondo que en 1776, cuando estalló la rebelión norteamericana, había amasado una considerable fortuna y un gran conocimiento del Caribe. En 1780, cuando la guerra empezaba a perder intensidad, puesto que burlar los bloqueos ingleses ya no rendía dividendos, Espivent decidió abandonar Nantes, donde estuvo siempre bajo las órdenes de la rama más aristocrática de la familia, y se instaló en el Caribe. Primero pensó en las islas francesas, especialmente en la Martinica, pues allí había un alto nivel cultural y una rica vida social, pero también tuvo en cuenta a la más plebeya Guadalupe. Sin embargo, acabó por elegir una buena ladera en la ciudad de Cabo Francés, pues, según casi todas las opiniones, superaba en mucho a cualquier otro sitio.

En esa colina construyó su residencia: una tosca fortaleza de piedra, por afuera, un delicado chateau por dentro, con habitaciones de amplios y costosos decorados. La mansión dominaba el Atlántico, lo cual le permitía ver llegar los barcos de Francia antes que nadie, y también la ciudad, que yacía obediente a sus pies. Allí reinaba Jérôme Espivent, dictador social y político de aquel puerto, epítome de la influencia francesa en el Caribe.

Tenía ya cuarenta y ocho años, era un hombre alto; de aspecto noble, pelo grisáceo, bigote bien recortado y una barbilla afilada. Pese al calor de los trópicos, le gustaban las capas amplias usadas por los nobles franceses del siglo anterior, por eso pedía a un comerciante de la zona que importara de la India telas de ligerísimo peso, con las cuales las costureras le hacían capas celestes o en negro brillante. Y cuando aparecía en el teatro con una de ellas, el sombrero calado sobre un ojo, parecía estar diciendo a los ciudadanos de Le Cap que representaba la antigua gloria de Francia.

Era monárquico, admirador de la aristocracia con la que estaba emparentado y astuto inversor de sus ahorros; al parecer cuanto él tocaba prosperaba más allá de cualquier expectativa. Ya no comandaba su barco; servía de agente a los buques mandados por otros. Año tras año parecía ganar más con ellos que sus propios dueños. También compraba mascabado a otras plantaciones que carecían de instalaciones como las suyas y lo refinaba, para lo cual importaba arcilla de Barbados. Era un hombre muy rico, pero no tacaño, pues colaboraba con el mantenimiento del teatro, enviaba a estudiar a Francia a muchachos prometedores que no eran hijos suyos y estaba siempre disponible para cualquier contingencia, pues consideraba que los franceses de buena posición, estaban obligados a cuidar su imagen pública.

Tenía una curiosa ocupación, que se inició como afición y acabó convirtiéndose en idea obsesiva, como suele ocurrir con las aficiones. Convencido de que Dios había puesto en el mundo la sangre blanca para que lo ayudara a proteger a la humanidad de la barbarie, le fascinaba lo que él llamaba «contaminación del negro». Eso lo llevó a una convicción que arrastró toda su vida: una gota de sangre negra, mezclada con la blanca, se detecta hasta la séptima generación. Como esto significaba que un niño, en siete generaciones, tenía ciento veintiocho antepasados, ideó una tabla donde se mostraban todas las combinaciones posibles, desde ciento veintiocho blancos puros y ningún negro hasta el desdichado polo opuesto del espectro: ciento veintiocho negros y ningún blanco.

Y había codificado en orden los nombres populares de esas mezclas, tal como gustaba explicar a quienquiera que lo escuchase:

-Supongamos que un hombre blanco, de sangre totalmente límpida, se casa con una negra recién salida de la selva africana, de sangre sucia. El hijo que tengan es un «mulato», mitad y mitad. Ahora bien, ninguno de los hombres de nuestro ejemplo vuelve jamás a casarse con otra negra, sino sólo con blancas puras. La siguiente generación, tres partes, blancas y una negra, es lo que llamamos “cuarterona”. Si un cuarterón se casa con una blanca pura, el hijo es un “cotaron”: siete partes limpias, una sucia. La siguiente generación de quince blancos y un negro, se llama «mameluco”.

Claro que en la realidad las mezclas eran más confusas que en este ejemplo. Algunos de los nombres correspondientes, a las ciento veintiocho



mezclas posibles eran fascinantes: el niño con una parte blanca y siete negras era un “sacatra”; tres partes blancas y cinco de color equivalían al «marabú».

Pero una de las mezclas más apasionantes, en su opinión, era la “griffe”: una parte blanca, tres negras. «Esas muchachas no saben cuándo parar”. Su increíble sistema llegaba al número 8.192, que representaba los antepasados de un ser humano contados hasta la decimotercera generación: «Sólo en esa generación puede un hombre volver a la respetabilidad del blanco, del que su antepasado se apartó vergonzosamente». También decía a los jóvenes: «Contando un promedio de veintidós años por generación, vuestros descendientes tardarán, doscientos ochenta y seis años en corregir vuestro espantoso error si os casáis con una negra. Moraleja: cuando llegue el momento de casaros, manteneos lejos de las mujeres libres de color».

Con puntos de vista como éstos, era obvio que Espivent tenía una firme actitud para con los no blancos de su colonia. Tenía que comerciar con ellos, permitirles que le recortaran la barba, comprar pasteles. en sus confiterías y emplearlos como capataces cuando no conseguía a uno francés. Dondequiera que iba tropezaba con ellos: hombres jóvenes e inteligentes, de piel reluciente y buenas dentaduras, «tratando siempre de fingir lo que no son». Pero cuanto más los veía, más los despreciaba, pues estaba seguro de poder detectar en sus ojos huidizos las señales de la venganza que no dejarían de buscar algún día. De ellos, todo lo encolerizaba:

-Dios mío, pero si algunos hablan mejor francés que nuestros propios hijos. ¿Sabías que Prémord, ese charlatán de la sastrería, tuvo el valor de educar a sus dos hijos en París? Esta gente de color compra libros, llena los teatros, asiste a nuestras misas y exhibe a sus bonitas niñas ante nuestros hijos, con la esperanza de atraparnos. Son peores que los mosquitos, la maldición de nuestra colonia.

A veces caminaba por las calles de Le Cap clasificando a cada hombre, a cada mujer de color, y pensaba: Aquél tiene tres cuartas partes de sangre negra; el otro, sólo un octavo. Aquélla, tan bonita, tratará de pasar por blanca uno de estos días, pero la mancha siempre estará allí y la traicionará, tarde o temprano. La visión de una bella mujer libre de color no le complacía, lo angustiaba, pues la imaginaba siempre casándose con algún inocente soldado, recién llegado de Francia, e infiltrándose en la sociedad metropolitana, con su imborrable sangre negra, para contaminar a la madre patria. Con frecuencia sentía que la patria y la colonia estaban condenadas, pero se quedaba en Santo Domingo porque allí tenía un chateau en la ciudad y una gran plantación en el campo. Las actitudes raciales de Espivent eran antiéticas con respecto a las que sustentaba la mayoría de sus compatriotas. A veces lo acusaban de ser peor que los ingleses, pero él nunca cedía un centímetro en su posición. Por el contrario, disfrutaba con ella.

Jérôme Espivent llamó a su plantación Colibrí. Para cultivar la tierra utilizaba unos trescientos esclavos. «Los mejores del Caribe», se jactaba ante

otros plantadores. Y tenía razón, pues durante los años que había pasado supervisando el tráfico de esclavos de su familia, hacía anclar a cada barco llegado de África, frente a Cabo Francés, donde inspeccionaba a los recién llegados seleccionando para su plantación los más fuertes y los de aspecto más inteligente. El resto era enviado a las colonias norteamericanas, donde la mercancía no cumplía los mismos niveles de calidad,

Pero César, el mejor de sus esclavos, no llegó en sus barcos, sino por una ruta muy curiosa. En 1733, cuando se rebelaron los negros en la isla danesa de San Juan, casi todos los sublevados fueron ejecutados de forma horrible; sin embargo, uno de los líderes de la revuelta, un esclavo llamado Vavak, padre de César, huyó de la isla en un bote pequeño, acompañado por su mujer. Remando furtivamente, rodearon Santo Tomás, la isla danesa más grande, donde esperaba una muerte segura para cualquier fugitivo negro, y llegaron a la costa norte de Puerto Rico, donde pasaron siete días escondidos en tierra, antes de proseguir en el mismo bote de remos, hasta el extremo oriental de la isla de La Española. Allí cayeron en manos de un plantador español que volvió a hacerlos esclavos. Pero lograron huir al lado francés, donde nuevamente fueron arrojados a la esclavitud, en una plantación situada justo al norte de Puerto Príncipe.

En 1780, cuando Espivent comenzó a formar el equipo de Colibrí, oyó decir que un terrateniente a punto de quebrar vendía un esclavo. Se lo consideraba «uno de los mejores de estas islas, hombre inteligente y trabajador». Cuando fue a verlo se encontró con un joven de veinticuatro años, casado, llamado Vavak, como su padre. Espivent tardó apenas unos minutos en decir que, si bien ese hombre era bastante bajo de estatura, parecía idóneo como esclavo jefe para su plantación. Después de comprado a muy bajo precio, atendió las súplicas de Vavak, que le pidió, en buen francés, que comprara también a su mujer. «No está mal» dijo Espivent.. «Los hombres trabajan mejor cuando tienen a una mujer que los guíe y cuide de ellos.»

Los tres iniciaron el viaje de regreso a Colibrí, pero por el camino Espivent dijo: «Vavak no es un nombre francés». Después de reflexionar un momento, chasqueó los dedos, exclamando: «¡Vaval! Y de nombre, César. Tu mujer se llamará Marie».

César y Marie vieron por primera vez la gran plantación que sería su hogar en una tormentosa tarde, en la primavera de 1780, mientras marchaban tras el nuevo amo, que les precedía montado en su brioso caballo. De pronto, el blanco frenó su paso, les ordenó que se detuviesen y señaló un magnífico paisaje:

-Esa casa de piedra que se alza a la derecha, la colina al oeste, las tierras que descienden hacia el océano oculto tras esa loma; todo eso es mío. Y vosotros lo atenderéis.

La primera reacción de César fue de placer, el placer de un buen conocedor de su oficio, que percibía que en aquel terreno la caña azucarera debía

de crecer con facilidad; después sintió la satisfacción de ver que todo estaba en buenas condiciones, con caminos nivelados, pequeñas casas con tejados y campos debidamente arados; Pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, Espivent se alzó sobre los estribos, señalando una cumbre distante que sus esclavos no podían ver.

-Allí está Chateau Espivent, mi casa. Trabajaréis allí cuando haya que cortar los setos. y azuzó a su caballo para continuar la marcha hacia las chozas donde sus nuevos esclavos instalarían su hogar.

En los años siguientes, César no vio apenas a su amo, pues Espivent no iba demasiado a su plantación, y cuando iba no era para examinar a los esclavos, sino los cañaverales: Mientras inspeccionaba sus posesiones, era capaz de dirigir su mirada a lo largo de los surcos de caña, sin ver siquiera a sus trescientos esclavos. No era que no los tuviese en cuenta, simplemente pasaba ante ellos como ante los árboles que rodeaban los sembrados.

Era razonablemente bondadoso con los esclavos, pero suscribía la teoría de que lo más rentable era tratarlos como a animales -unos pantalones, una camisa, ramas en el suelo a modo de cama, comida barata- y hacerlos trabajar sin descanso, para reemplazados por esclavos comprados a poco precio en los barcos de su familia. Mientras vivían no los maltrataba, y si descubría a uno de sus capataces haciéndolo, lo despedía: “¡Si uno trata a sus esclavos de manera decente, no sólo viven más, sino que trabajan mejor mientras viven”. Los esclavos de Espivent sobrevivían, unos nueve años, así que, como cubrían su coste en cinco años, representaban una buena inversión.

Como a César le era imposible imaginar cualquier sistema de esclavitud mejor que el que conocía, aceptó lo que se decía con frecuencia en Colibrí: «La nuestra es la mejor plantación. He estado en otras donde nos azotaban; No hay nadie tan bueno como el señor Espivent».

Al acercarse el fatídico verano de 1789, acontecimientos tremendos convulsionaban la Francia metropolitana, pero los esclavos de Santo Domingo no tenían modo de saberlo. Temerosos de que los anhelos de libertad encendieran alzamientos indomables, Espivent inició entre los *grands blancs* una campaña para ocultar a los esclavos todas las noticias llegadas de Francia, y lo consiguió.

•••

Si los Vaval no sabían nada de las revoluciones que asolaron Francia en los tumultuosos días siguientes al ataque a la Bastilla, Xavier Prémord y Julie, su esposa, sí lo sabían, pues tenían dos hijos en Francia, que les enviaban cartas detalladas sobre los cambios acaecidos.

-Después de esto, las cosas ya no volverán a ser como antes --dijo Xavier a su esposa.

Pero las mejoras que él buscaba eran superficiales, comparadas con los cambios radicales con los que soñaba Julie.

-Todo será diferente -repetía ella, en tanto llegaban las noticias de alzamientos campesinos en las zonas rurales de Francia, de acciones masivas en París y de propuestas de nuevas formas de gobierno.

-Ahora los hombres libres de color obtendremos el voto y se nos mostrará algún respeto en Cabo Francés -pensaba Xavier.

Pero su esposa aspiraba a una completa modificación de los esquemas Sociales.

-No volveremos a ser pisoteados ni despreciados.

Estaba decidida a que Espivent, en su próspero chateau, dejara de officiar de árbitro en la vida social y política de la comunidad norteña. Quien escuchaba a Xavier imaginaba una transición lenta y estable hacia nuevos patrones de vida, pero quien prestaba atención a las frases de Julie percibía ecos de revolución.

Aunque Espivent detestaba hacerlo, si quería telas escogidas de la India para una capa nueva, tenía que comprarlas en la tienda de Xavier Prémord, cerca del teatro; si necesitaba una chaqueta nueva y pantalones de un corte especial, también le era preciso ir allí, como lo hacían los otros elegantes de Le Cap, pues Prémord no era sólo agente exclusivo de los tejedores de Nantes y Burdeos para la importación de finas lanas y sutilísimos algodones, sino que también contrataba a las mejores costureras y los sastres locales más competentes, que trabajaban sólo para él. Cualquier francés de Le Cap, si deseaba vestir bien, debía recurrir a Prémord, quien habitualmente iba más a la moda que ninguno de ellos.

Xavier y su esposa eran excelentes ejemplos de por qué los *grands blancs* temían a los libres de color. El era un hombre alto y apuesto, de treinta y tantos años, de manifiesta inteligencia y prudente en el manejo de sus negocios. Ella, por su parte, pertenecía a ese tipo de mestizas que despertaba la ira de Espivent; esbelta, atractiva y con una piel ambarina que le daba un resplandor dorado; además, tenía la agudeza y la astucia de un buen comerciante y ese instinto para la cautela y la ganancia tan común en las francesas de clase media.

No ayudaba a su esposo en la tienda, pues había asumido la responsabilidad de administrar la pequeña plantación heredada de su padre, que estaba cerca de Meduc, una aldea situada frente a la isla pirata de Tortuga. A las tierras ocupadas a la sazón por esa plantación habían ido, más de un siglo antes, los bucaneros Ned Pennyfeather y su tío Will Tatum a cazar jabalíes.

Cierta vez en que Espivent se encontró con los Prémord. que salían de la tienda para ir a la ópera, el gran personaje de la sociedad de Le Cap les explicó a los amigos blancos que le rodeaban:

-Ese pícaro tiene unas ochenta y ocho partes de blanco y cuarenta de negro, un tipo muy presuntuoso. ¿Y ella? Yo diría que noventa y seis de blanco y treinta y dos de negro. Suerte que ya está casada, porque si no, los oficiales jóvenes recién llegados de Francia se la disputarían. -Y luego expuso el máximo elogio-: Maneja su plantación de Meduc tan bien como podría hacerla un hombre.

Como los otros libres de color que poseían tierras, los Prémord contaban con unos cuarenta esclavos para cultivar y triturar la caña. Pero Julie, desde sus primeros días de administración, se había diferenciado de los otros terratenientes. Con frecuencia, los mestizos trataban a sus esclavos peor que los blancos a los suyos. Esto se debía en parte, al miedo visceral que tenían a sus esclavos, pues los consideraban criaturas sumidas en el abismo del cual ellos mismos habían salido, y al cual podían verse empujados otra vez por los *grands blancs* como Espivent. Julie, por el contrario, veía en sus esclavos a seres humanos y les daba el trato de tales.

La postura de su esposo, aquella de la que hablaba sin cesar, quedó claramente establecida una noche de verano.

-De año en año crece la población negra. Cuando los barcos negreros traen esclavos para sustituir a los que han muerto, dejan siempre a unos doscientos de más. Con el tiempo llegarán a superarnos. Nuestra única esperanza es aliarnos ahora mismo y con todas nuestras fuerzas, con los blancos para hacerles ver que su única esperanza de sobrevivir es asociarse con nosotros.

-Yo también pensaba así, reconoció Julie, eligiendo sus palabras con cuidado. Pero las últimas experiencias en la plantación me han hecho dudar. En esta colonia tenemos un gran número de esclavos. Nos superan peligrosamente.

-Eso siempre lo hemos sabido.

-Y estoy segura de que no siempre serán esclavos. Los disturbios de Francia acabarán por llegar hasta aquí.

-Son analfabetos. Son salvajes. No saben nada de Francia.

-Nuestros abuelos también lo eran; pero aprendieron. Cuando nuestros esclavos comiencen a avanzar, como lo hicieron nuestros abuelos, por cientos de millares, será mejor que nos olvidemos de tus vanas esperanzas de ser aceptado por los blancos. Tendremos que unirnos a los esclavos, pues ellos se impondrán. Debemos hacerlo con rapidez y firmeza. Así verán que lo hacemos por propia voluntad, y que lo hacemos para ayudarlos a obtener su libertad.

-No será en esta generación Julie --dijo su esposo-. Nosotros los hombres libres de color somos civilizados. Ellos no.

Lós Prémord eran amigos de dos matrimonios, también mestizos, que poseían plantaciones en las cercanías de Meduc. Por lo tanto, las discusiones de estos temas incluían a veces a seis personas preocupadas. Tres querían la alianza con los blancos, Julie aconsejaba unirse a los negros y dos decían: «Esperemos a ver qué pasa».

-Escuchad lo que se dice en Le Cap. He estado en Puerto Príncipe. y nunca había habido tantas tensiones. Tal vez los acontecimientos decidan por nosotros.

-Te estás contradiciendo -apuntó Julie, exasperada- Responde clara y simplemente: ¿qué deberíamos hacer?

-Es lo que trato de decir: nada. Sigamos como hasta ahora. No permitamos que nos utilice ninguno de los dos bandos. Y cuando se despeje el humo, que no dejará de haberlo, estaremos en situación de imponer nuestras condiciones -replicó irritado el vecino.

Cuando la discusión llegaba a este punto, los participantes intercambiaban una mirada silenciosa, pues comprendían que estaban debatiendo sobre una disyuntiva de vida o muerte.

Los Prémord estaban habituados a las tensiones, pues las leyes de Santo Domingo, dictadas e impuestas por Espivent y los demás *grands blancs*, eran mezquinas para con los libres de color. Cuando Xavier conversaba con otros de su casta, durante reuniones informales en la trastienda de su establecimiento, los hombres daban rienda suelta a la ira que les provocaban las injusticias bajo las cuales se los obligaba a vivir.

-Tenemos prohibido ocupar los mejores asientos del teatro -decía uno.

-Lo que me irrita es que soy el mejor tirador de esta colonia. Lo he demostrado en veinte campeonatos. Pero no me está permitido formar parte de la milicia. Los franceses dicen que no se puede confiar en un hombre como yo ... del color que no es debido -se quejaba otro.

Se les prohibía vestir a la moda de París o practicar deportes europeos. Pero lo que enfurecía a Julie, cuando participaba de estas discusiones, era la perversa naturaleza de las reglas impuestas por las mujeres blancas de la colonia:

-Se me prohíbe recibir a más de cinco amigos libres de color para almorzar, por miedo a que conspiremos, y ni siquiera podemos celebrar las bodas en grupo cuando se casan nuestros jóvenes. “Los libres de color no pueden participar en ninguna actividad que reúna a mucha gente”, dice la ley. Y si algún espía nos sorprendiera hablando en secreto, como ahora, iríamos todos a la cárcel.

Por eso, ella y Xavier estaban encantados cuando, en ocasiones, un grupo de gallardos mestizos de Meduc invitaba a los amigos de las partes septentrionales de la colonia para una fiesta clandestina: cena; discusión y baile. Cuando Julie susurró «Xavier, van a hacerla, otra vez», él supo que los audaces Brugnon convocaban nuevamente a los libres de color, a espaldas de la ley. El matrimonio se reunió discretamente con otras dos parejas en las afueras de Le Cap y, montados a caballo, con tres esclavos a lomo de mula para hacerse cargo de los animales y del equipaje, viajaron hacia el oeste. El ambiente era festivo, verdaderas vacaciones que los alejaban del azúcar, la tienda y las tareas cotidianas. Pero Julie se tornaba cada vez más recelosa, conforme se acercaban a Meduc. Al fin advirtió a su esposo:

-Este año, en la fiesta, nada de esas ideas tuyas.

-A mí tampoco me gusta -la tranquilizó él.

-No me pierdas de vista. Elígeme como compañera de baile -le hizo, prometer ella.

El dijo que así lo haría. Y entraron en el bello puerto marítimo.

Buscaron alojamiento con sus amigos mestizos Y pasaron el resto de la tarde sumidos en profundas discusiones sobre lo que pasaba en París. Y sobre el futuro de Santo Domingo.

Un forastero, con una cicatriz lívida que le cruzaba la cara, atrajo considerable atención cuando se les acercó y le susurró a Prémord: -Vincent Ogé, uno de nosotros, a quien los revolucionarios de París tienen en buen concepto, podría visitaros para pedir os ayuda. -¿Ayuda para qué? -preguntó Xavier.

-Tarde o temprano, tendréis vosotros también que dar un golpe por la libertad. Tal como lo hicimos en París -replicó evasivo el desconocido.

Como Prémord desoyó su petición, el hombre se encogió de hombros y se paseó entre los otros, planteando la misma pregunta.

Una orquesta formada por seis esclavos, que tocó música ligera durante la cena, acometió una animada melodíaailable en cuanto se retiraron las sillas para dar paso al verdadero entretenimiento. La danza de los libres de color era vigorosa. Como los movimientos estaban cada vez menos sujetos a

inhibiciones, Julie buscó la mirada de su esposo Y él hizo una señal de asentimiento, dándole a entender que se mantendría cerca.

En esos momentos, antes de que se iniciaran los excesos de la noche, Xavier tuvo una intensa sensación de confusión. En su juventud había encontrado un salvaje deleite en las danzas de su pueblo; ahora, ya maduro, con una esposa guapa y una posición de cierta importancia en la colonia, tenía la impresión de que la danza a punto de iniciarse, denigraba a los libres de color, justificando algunas de las cosas desagradables que los blancos decían de ellos. También experimentaba un entusiasmo creciente, acompañado de cierta repugnancia, al pensar que el forastero procedente de París veía la mala conducta de los mestizos.

A una señal de los hombres que dirigían la danza, la orquesta empezó a tocar cada vez más rápido. Tanto hombres como mujeres se llamaban entre sí y hasta gritaban al aire, sin mensaje alguno. Hubo un repentino grito de los directores, la música cesó Y se apagaron las luces, hombres y mujeres empezaron a buscarse a tientas, casi a ciegas. Una joven especialmente atractiva, de las que había muchas, podía recibir manotazos de tres o cuatro individuos; los hombres apuestos como Prémord, estarían rodeados de varias mujeres que luchaban por ellos.

Cuando se establecieron las parejas al azar y los menos agresivos se conformaron con las sobras, los concurrentes se retiraron al piso alto, a escondites en el prado o a los establos; a cualquier sitio donde dispusieran de intimidad. Así se iniciaron los actos sexuales, los chillidos y los juramentos, que durarían hasta bien entrada la noche, según se intercambiaran las parejas y se sucedieran las reyertas.

Prémord, tal como había prometido, saltó al lado de su esposa en cuanto cesó la música. Cuando se formaron las parejas, él la tenía sana y salva bajo su protección y la condujo a un porche, lejos de todos. En el momento en que ella susurraba «Gracias, Xavier», el forastero de la cicatriz fue a reunirse con ellos. Señalando con el hombro la pista de baile, ya silenciosa, comentó:

-No me extraña que no nos consideren dignos de ocupar un puesto elevado en la sociedad.

-Esto cambiará cuando obtengamos el respeto que todo hombre desea -aseguró Xavier.

-¿Qué hacéis aquí? -preguntó Julie, con una franqueza que su esposo conocía bien.

-Estoy de visita.

-¿Y qué habéis estado susurrando a nuestros hombres?



A la escasa luz de una lámpara solitaria, que colgaba en el extremo del porche, el visitante miró con extrañeza á Xavier. Éste asintió:

-Ella está al tanto de todo lo que yo sé.

-Bien. Mi esposa también. Si estoy aquí, señora Prémord, es para informar a vuestro pueblo de que Vincent Ogé, un líder libre de color con cierto talento, podría visitaros para pedir os ayuda... pronto -dijo el hombre.

-¿Para hacer qué? -preguntó Julie, serena.

-Para conseguir las libertades que necesitamos -respondió el extranjero;

-Y este Ogé, ¿habla de revolución?

-¡No, no! Sabe lo que vosotros y yo sabemos, que vuestro grupo de gente de color es el más pequeño de la colonia. No sois nada, pero os ocupáis de las actividades que mantienen viva la colonia. Y si bajo el liderazgo de Ogé presentáis vuestras demandas como es debido ...

-Nos matarán --dijo Julie, en voz baja.

-Pues que nos maten. Pero ya no podemos seguir esperando.

Julie, notando que el visitante en esa firme declaración había dicho «nos» en vez de «os», preguntó:

-¿Sois uno de nosotros?

-Desde el día en que nací -respondió él.

-¿En dónde? -preguntó Xavier.

-En el sur., En la ciudad portuaria de Jérémie.

-¿De quién es la tienda que hay en la plaza pública?

-De los Lossier -respondió él, sin vacilar.

-Son primos míos.

En este interrogatorio, el desconocido se negó a dar su nombre, pero cuando abandonaban el porche, Julie notó que observaba con un gesto de disgusto a dos hombres que se despojaban de la ropa mientras perseguían a dos muchachas casi desnudas.

Los padres de César Vaval habían dedicado mucho esfuerzo a enseñarle las cosas que, según creían ellos, debía saber: «Ninguna esclavitud es buena. La peor es la danesa. La francesa puede ser la mejor. Pero se vive sólo para una cosa: para ser libre». Ambos habían muerto más o menos al mismo tiempo, agotados por el trabajo impuesto por el propietario de la plantación, pero antes de morir dijeron a su hijo: «Estudia todo lo que hace el blanco. De dónde saca su poder. Dónde esconde sus armas. Cómo vende el azúcar que hacemos. Y de un modo u otro, no importa cuál, aprende a leer sus libros. Es allí donde guarda siempre sus secretos, y si no los dominas, serás siempre esclavo».

Pasaron sus últimos días convenciendo a un esclavo instruido de que enseñara el abecedario a su hijo. Al final, César pudo leer las crónicas de lo que estaba ocurriendo en Francia y en otras partes del mundo. Supo, por ejemplo, que las colonias norteamericanas, situadas hacia el noroeste, no muy lejos, habían arrancado su libertad a Gran Bretaña, país que también poseía Jamaica, una colonia muy parecida a Santo Domingo, que estaba más al sur. Pero las noticias que más le habrían interesado, las rebeliones de Francia, no las leyó, pues Espivent repetía constantemente en su club: «No permitáis que los esclavos se enteren de nada. La locura parece haberse apoderado de Francia, convendría ocultar los documentos y los diarios a los libres de color también». Pero César dedujo que estaban ocurriendo cosas importantes en Francia y en otras zonas de Santo Domingo, y quiso averiguar más.

César, a los treinta y tres años, era un negro inteligente, que conocía su propio valor. Pero tenía un sentimiento que oscurecía su vida: despreciaba a los libres de color. Comprendía con toda claridad que el enemigo último de los negros eran los blancos como Jérôme Espivent, que dominaban todas las fuentes de dinero y poder, y sabía que era inevitable un conflicto entre los *grands blancs* y los *noirs*, por eso le molestaba la intromisión del grupo intermedio.

-¿Quiénes son los libres de color? -preguntaba a los esclavos más sabios-. No son blancos, no son negros. Nadie puede confiar en ellos. Ocupan los mejores puestos, que deberían ser nuestros, como los de vigilancia o las reparaciones y por eso nosotros seremos siempre peones.

Cuando se le permitía ir a Le Cap, miraba a los libres de color como Xavier Prémord, con sus ropas de hombre blanco y sus modales presuntuosos, y sentía desprecio; pensaba que eran barreras que separaban a los esclavos de cualquier posibilidad de lograr una vida mejor.

Julie Prémord lo dejaba perplejo. Obviamente, era una mujer encantadora, pero el hecho de que dirigiera una plantación con muchos esclavos la convertía en un enemigo. Sin embargo, algunos esclavos le habían dicho: «Esa

es la mejor. En su plantación, las reglas son duras; pero se come bastante y hay ropa para cambiarse». Una vez, mientras, transportaba plantas para embellecer Chateau Espivent, se encontró con ella en la calle, frente a frente, Sin motivo alguno, ella le sonrió con cálida humanidad, que dejó a César complacido y desconcertado. Esa noche; ya de regreso en Colibrí, le dijo a su esposa:

-Casi parece una de los nuestros, más negra que blanca. Pero en cuanto lo hubo dicho comprendió que era ridículo. No, están lejos, muy lejos de nosotros, todos ellos; y a fin de cuentas serán peores que los blancos.

Pese a esta situación, él y su familia no odiaban a nadie, salvo a un capataz, pero estaban dispuestos a dar todos los pasos necesarios para lograr la libertad de la que le había hablado su padre. En otro tiempo, la palabra “revolución”, con su inevitable acompañamiento de incendios y matanzas, les habría parecido abominable, pero en los últimos meses había llegado a su vida una fuerza nueva, que introdujo la idea de la revolución en la plantación misma. Llegó con un hombre llamado Boukman, un esclavo fugitivo de temperamento feroz, que ya no pertenecía a ninguna plantación.

-No me preguntéis de dónde vengo. Preguntadme sólo a dónde voy - les dijo.

Era un sacerdote. vudú, un hombre de poderosa oratoria y gran capacidad de persuasión. En las reuniones nocturnas de diversas plantaciones, predicaba, después de realizar ritos que recordaban a los esclavos sus orígenes africanos. Entonaba antiguos cánticos de la selva y ejecutaba ritos centenarios y decía frases que ellos tenían casi olvidadas, pero sobre todo les comunicaba las noticias que había oído mientras ayudaba a descargar los cargueros recién llegados de Francia.

-Grandes luchas en París. Es una ciudad de Francia, más grande que Le Cap. Gente como vosotros, como yo, tomaron el mando. Todo nuevo, todo nuevo. Muy pronto aquí en Le Cap, también gran cambio.

Cuando acaparaba la atención de su público nocturno, abandonaba su lengua natal y predicaba en buen francés.

-Debe haber libertad para todos. Debe haber una verdadera fraternidad entre amo y esclavo. Y debe haber igualdad. ¿Sabéis qué es la igualdad? -y gritaba-: Significa que uno vale tanto como el hombre blanco. Y todos debemos trabajar juntos, codo con codo, para demostrarlo.

No ignoraba que la mayoría de los esclavos asistían a sus reuniones para renovar su contacto con el vudú. Sabía que participaban ansiosamente de los cánticos; quedaban sobrecojidos ante los trances y encontraban una gozosa liberación en la danza, pero, sobre todas las cosas, anhelaban restablecer el contacto con un pasado casi perdido. Por su parte, nunca perdía de vista su misión

y, bajo sus manipulaciones, el vudú se convertía en la antecámara de la revolución, pues sabía mejor que ninguno de sus seguidores que ésta debía estallar pronto.

Los esclavos instruidos, como los Vaval, de los que había unos cuantos en cada plantación, prestaban poca atención a las exhortaciones del vudú, pero cuando hablaban con Boukman oían las mismas palabras pronunciadas por el forastero de la cicatriz durante el baile de Meduc.

-Se acerca el día ... Habrá libertad ... La justicia está a la vuelta de la esquina ... Enviaré un mensaje ... Te necesitaremos.

Boukman no podía decir cuándo llegaría el mensaje, pero César y su esposa quedaron convencidos de que llegaría, y se prepararon para el gran acontecimiento .. Un ánimo vibrante flotaba en el aire de todas las plantaciones, pues los embriagadores argumentos de París habían penetrado, al fin, en Santo Domingo.

En febrero de 1791 hubo una discreta llamada a los libres de color de toda la colonia. Debían reunirse bajo el estandarte de Vincent Ogé, uno de ellos, educado en Francia y dedicado a predicar que había llegado el momento de exigir la igualdad con los blancos. Xavier y Julie Prémord dejaron su plantación para acudir a la cita, pero las instrucciones eran tan deficientes que se alejaron mucho hacia el sur, sin establecer contacto con los insurrectos. Tuvieron suerte, pues la rebelión acabó con enfrentamientos, y Ogé y su ayudante, el hombre de la cicatriz, escaparon a La Española.

El intento de rebelión tuvo éxito en un aspecto: despertó en los libres de color una firme determinación de conseguir su libertad dentro de una Francia liberada. Sumidos en esta mezcla de patriotismo, confusión y mayor entrega a la causa de su casta, los Prémord volvieron silenciosamente a Cabo Francés.

En esta ciudad, la intentona de alzamiento de los libres de color había exacerbado los odios.

-Debemos atrapar a ese infame de Ogé y dar ejemplo con él. No habrá castigo demasiado severo -repetía Espivent, indignado, y vagaba, por las calles y clubes, predicando su doctrina de salvaje represalia y convirtiéndose en centro de atención para todos aquellos asustados por estos primeros signos de revolución locales ¿Os imagináis -tronaba; con el pelo gris y largo, enredado por la brisa de invierno, qué ocurriría si se salieran con la suya? ¡Un hombre de color comiendo a la misma mesa que vuestra esposa y vuestras hijas! ¿Os imagináis a un patán como ,Prémord entrando en vuestro club? Y la verdadera amenaza: ¿imagináis a esa especie manchando la sangre pura de Francia?

Estaba tan obsesionado. por su odio a los libres de color que, cuando Ogé y sus partidarios fueron expatriados de La Española, instó a sus amigos del

gobierno a aplicar un castigo que, por si solo, habría bastado para iniciar una rebelión en toda la colonia. Los Prémord, mestizos instruidos, de criterio y patriotismo incuestionables; salieron de su tienda y se mezclaron disimuladamente con la muchedumbre reunida para presenciar la ejecución. César Vaval también estaba en la ciudad para entregar un carro de mercancías en el Chateau Espivent.

Si Espivent, Prémord y Vaval, los actores principales de la tragedia que estaba a punto de iniciarse, hubieran podido reunirse para discutir tranquilamente, siendo los tres hombres de sabiduría e intachable amor por su colonia, tal vez habrían llegado a un entendimiento que permitiera a Santo Domingo capear pacíficamente la revolución. Si hubiera habido, como creían los griegos, dioses deseosos de ayudar a los mortales en momentos de crisis, cabe imaginar que esos dioses deberían haberlos empujado hacia un pacto que salvara a su patria. Pero ese día los dioses estaban distraídos, los Prémord se confundieron entre la multitud, Vaval permaneció con su carro en el extremo opuesto y Espivent se irguió como una furia vengadora al pie del patíbulo erigido en el centro de la plaza, gritando:

-¡Traed a los prisioneros!

Cuando éstos aparecieron, los Prémord ahogaron un grito. Delante iba el forastero que habían conocido aquella noche, en Meduc, el provocador de la cicatriz lívida, y detrás de él, Vincent Ogé, apuesto hombre de color con un porte aristocrático, que parecía enfurecer a sus carceleros, pues dos de ellos lo derribaron al suelo y le dieron de patadas. El desconocido permaneció erguido, y en la confusión que siguió a la caída de Ogé, paseó la mirada entre los presentes y al ver a los Prémord, les envió un mensaje, sin delatar que ellos hubieran podido formar parte de la conspiración: «Ved a donde han llegado las cosas»:

Los dos revolucionarios debían ser ahorcados por desafiar las leyes de los blancos, eso, era evidente., Pero no de inmediato, pues los dos carceleros de Ogé lo arrastraron hasta una gran rueda, de la cual colgaban sogas que le fueron atadas a piernas y brazos. Cuando estuvo estirado al máximo, un hombre enorme, armado de una barra de hierro, caminó alrededor de su cuerpo, quebrándole en dos los brazos y las piernas. Luego se aumentó la tensión de las sogas hasta que los miembros .comenzaron a desgarrarse. Sus gritos de angustia llenaban la plaza, complaciendo a los hombres cuyas ventajas sociales había amenazado, provocando el terror en los libres de color a quienes había defendido y el desconcierto en los esclavos presentes. Cuando se aflojaron las sogas, dos carceleros lo elevaron hasta el patíbulo, puesto que no podía sostenerse sobre sus piernas, y una vez que acabó de retorcerse, se lo dejó caer a tierra y fue decapitado. A continuación arrastraron al extranjero hasta la rueda, y él gritó desafiante:

-¡Libertad para todos!

Entonces empezaron a torturarlo, mientras el bruto de la barra aguardaba su turno.

Éstas fueron las imágenes que los libres de color Prémord y el esclavo César se llevaron esa noche a sus casas.

-Después de estos horrores no puede haber retirada –juraron los Prémord.

-Ha sido una brutalidad para diversión de los espectadores; Reina la locura, Debemos estudiar cómo aprovecharla en nuestro beneficio cuando se inicien los disturbios ... pues seguro que los habrá –comentó César con su esposa y sus hijos.

Acertaba en sus predicciones, pues el resentimiento estaba a punto de estallar, pero lo hizo en un sector completamente inesperado. En la oscura noche del 20 de agosto de 1791, Boukman, el sacerdote de vudú, se deslizó hasta Colibrí para arengar a los esclavos con una furia que Vaval y su esposa nunca habían oído en él. Ya no había tonos religiosos ni conjuros selváticos, sólo la palpitante llamada a la revolución. Por primera vez, César oyó a Boukman pedir la muerte de todos los blancos:

-¡Nos han esclavizado y deben desaparecer! ¡Han matado de hambre a nuestros hijos y deben ser castigados!

Al oír ese último grito, César pensó: en nuestra plantación nunca le ha faltado comida a nadie. Es una protesta equivocada, y éste mal lugar para hacerla. Fue esa idea la que lo guiaría, junto con su familia, en los días tumultuosos que estaban a punto de iniciarse. Odiaba la esclavitud y se oponía a Espivent, pero no quería verlo muerto.

En la mañana del 22 de agosto, Boukman interrumpió su sermón y arrojó ramas encendidas a los barriles de pólvora acumulados en el norte. Congregó a mil esclavos, a diez mil, a cincuenta mil, que partieron de los puntos más alejados de Cabo Francés y avanzaron como una enorme masa hacia la ciudad. Todas las plantaciones del trayecto fueron incendiadas; todos los hombres blancos, asesinados, al igual que las mujeres y niños atrapados en el caos. La destrucción fue absoluta, como cuando una plaga de langostas ataca un sembrado en otoño. Derribaron árboles, destruyeron acequias, quemaron graneros. Las grandes casas yacían entre las cenizas. Cien plantaciones fueron barridas en el primer ataque. Después; doscientas, y por fin casi un millar. Ninguna produciría más azúcar ni más café. La riqueza del norte estaba siendo devastada hasta un punto del que no se recobraría jamás.

Pero el verdadero horror fue la pérdida de vidas, el odio extremo que los negros manifestaban hacia los blancos. Cientos y cientos de vidas blancas se perdieron en ese primer día de salvajismo: hombres muertos a garrotazos, mujeres

estranguladas, niños atravesados con palos para llevarlos en alto como estandartes del alzamiento. Hubo otros desmanes demasiado espantosos para relatarlos. Una negra que no había participado en los asesinatos dijo, al pasar junto a montones de cadáveres: «Hoy matan hasta la tierra».

La plantación Colibrí, en el centro mismo de la tormenta, no fue destruida, pues César Vaval y su familia montaban guardia, alejando a los revoltosos con sosegadas palabras: «Aquí no. El amo es bueno»,

FALTAN DESDE 450 A 479

entre casi quinientos mil negros, estaban plenamente convencidos de que con el terror podrían dominar a los ex esclavos.

-Lo mejor que ha hecho Napoleón, hasta ahora, general, es restablecer la esclavitud. Pero tal vez tengamos que matar a todos los que conocieron la libertad al mando de Toussaint y de ese infame Vaval. No se rendirán, de modo que no os contengáis.

Espivent aplaudió cuando su nuevo amigo castigó a una brigada negra rebelde de un modo que el general Leclerc no habría aprobado. El centenar de negros fue llevado hasta la plaza pública, rodeado por soldados franceses armados, de fusiles y obligado a mirar en tanto sus esposas eran ejecutadas una a una de maneras diversas. Luego, las armas giraron hacia los hombres y todos cayeron.

Espivent participó en el linchamiento de todos los negros de Cabo Francés que, según denuncias de blancos, estaban «tan contaminados por el mal de la libertad que jamás volverían a ser buenos esclavos». Instaló un despacho en los muelles, desde donde instó a unos ocho mil negros a que abordaran unos barcos, con la promesa de que «os llevarán a la, libertad de Cuba". Cuando los barcos estuvieron cargados, navegaron alrededor de un kilómetro y medio por la bahía, y allí, los marineros, armados de pistolas y espadas, los mataron a todos, arrojando sus cadáveres al mar a tal ritmo que las costas cercanas se llenaron de cuerpos en descomposición. Espivent solucionó el problema ordenando a los capitanes: «Navegad un poco más allá, para que las corrientes lleven los cadáveres mar adentro».

No participó en una de las agresiones más ingeniosas contra los negros, pero sí proporcionó un barco para el experimento y supervisó los detalles: debajo de la cubierta se instaló una pequeña caldera, en donde se podía quemar sulfuro mojado. La cantidad de humo que aquello producía se conducía por medio de tuberías hasta una bodega inferior, atestada de negros. Bastaba una olla de sulfuro quemado para asfixiar a sesenta negros, matándolos sin necesidad de malgastar balas ni de construir patíbulos.



Pero estas atrocidades no sirvieron de nada a Rochambeau. Cuando el general Vaval, en sus montañas se enteraba de alguna, escuchaba sin interrumpir, con la cabeza gacha y los puños apretados hasta clavarse las uñas en las palmas, luego se entregaba con más furia que, antes a una única tarea:

-Expulsaremos a todos los franceses de esta colonia. No puede haber negociaciones ni tregua,

Diez años antes ni siquiera conocía palabras como expulsar y negociación, pero ahora las usaba con fluidez para ayudar a construir una nueva nación.

Noche a noche, antes de que sus hombres efectuaran algún movimiento contra las fuerzas de Rochambeau, él caminaba entre ellos, diciéndoles con su voz suave:

-Mañana obtendremos una victoria por Toussaint.

Y al día siguiente, cuando atacaba, su embate era tan implacable, tan lleno de furia, que los franceses no podían resistir tales oleadas de destrucción. Hacia finales de 1803, el enfurecido Rochambeau dijo a sus generales:

-¡Maldición, no hay modo de manejar a ese pequeño demonio!

Una tarde renunció, sin más, a seguir haciendo el esfuerzo. No hubo gestos grandilocuentes ni honroso reconocimiento de la victoria negra. Se limitó a llamar a sus barcos y pasó una noche entera redactando un informe para Napoleón, en donde explicaba cómo, mediante las trampas y el engaño, Vaval había ganado algunas escaramuzas sin importancia, aunque habría sido derrotado por completo si no hubiera intervenido la fiebre amarilla.

Junto a la borda del último barco francés que partía de Santo Domingo se erguía Jérôme Espivent, que iba hacia el exilio desde la colonia que tanto amaba. Ya tenía más de sesenta años, y el pelo y la barbilla completamente blancos. Se cubría los hombros con una de sus capas negras. Mientras veía empequeñecer su chateau de piedra con la distancia, en sus ojos había una niebla de profunda pena.

-Nunca debimos perder esta tierra -dijo a un joven oficial del valle del Loira- Todo fue por culpa de los libres de color. -y cuando se volvió a mirar a Le Cap, tanto la ciudad como su mansión habían desaparecido de la vista.

El intento de imponer nuevamente la esclavitud a los negros de Toussaint y Vaval había fracasado. El gran Napoleón, tras haber perdido la colonia más rica del mundo y a casi cien mil de sus mejores soldados, volvería su atención a su coronación como emperador y sus correrías por Europa, que culminarían con su retirada de Moscú. En su viaje inmortal humillaría a diez o

doce reyes y a veinte generales, pero sólo consiguió burlar al esclavo Toussaint mediante un acto de traición, mientras que el general Vaval lo desafió hasta el fin.

En 1804, César Vaval, como el general romano Cincinnatus en el año 458 antes de Cristo, se retiró a sus tierras tras una serie de victorias y el establecimiento de la única república negra del mundo. Puesto que él había sido esclavo en esa plantación, tenía derecho a reclamar toda la Colibrí de Espivent, pero cogió sólo la parte occidental, donde estaba la colina en la que los soldados polacos habían preferido el suicidio en masa a la rendición. Allí vivía con su esposa y sus tres hijos. A veces, por las noches, les narraba no sus hazañas, que consideraba duplicadas o superadas por las de otros generales de Toussaint, sino el extraordinario heroísmo de su padre, el esclavo Vavak, el de la plantación danesa. Al hacerla, el pasado se tornaba muy real para sus hijos. Se imaginaban en África, bajo el látigo danés en Saint John o en un bote pequeño, escapando a Puerto Rico y a Haití. Vaval les inculcaba que eran descendientes de personas excepcionalmente heroicas, y ellos se sentían obligados a sostener la tradición. De su heroísmo en las guerras de liberación no hablaba nunca, y tampoco era necesario, pues se daba por sentado que ellos se comportarían de igual modo.

Al acercarse ya a los cincuenta años, no se sentía feliz con lo que veía en su nueva nación. Jean-Jacques Dessalines, uno de los generales de Toussaint, se había proclamado en tiempos recientes emperador vitalicio. Qué hombre tan cruel, pensó Vaval un atardecer, sentado en lo alto de la colina polaca. El año anterior, Dessalines había transmitido una amnistía a todas las islas del Caribe y hasta a Carolina del Sur: «Los blancos que huisteis de Haití, volved a la patria. El pasado está olvidado. Venid a ayudarnos a construir una gran nación». Volvieron, claro que volvieron: blancos enfermos de nostalgia por la colonia que amaban. ¿Y qué pasó cuando llegaron?

Vaval permaneció algún tiempo sentado, con la cabeza gacha, en tanto recordaba aquellas escenas horribles. Cuando Dessalines los tuvo a todos en sus manos, una mañana proclamó: «¡Muerte a todos los blancos de Haití!». Y se inició la matanza. En Cabo Francés, sitio al que ahora llaman Cap Haitien, alineó a cientos de blancos. Estos creyeron que iban a oír algún sermón sobre sus deberes de ciudadanos en la nueva nación. ¡No, no, nada de eso! Los asesinó a todos, cuatrocientos, quinientos, quizá. Dijo que eso era purificar la nación, y todos los blancos de Haití fueron aniquilados.

Al caer la noche, Vaval miró hacia Cap Haitien y se preguntó: ¿Acaso no se pueden eliminar de un país esas horribles traiciones? ¿Existen crímenes que nunca quedarán perdonados? Y entonces, como era hombre de honor, tuvo que reconocer su propia culpa. Eliminados los blancos, la atención se fijó en los libres de color, y Dessalines decretó: «Todos los libres de color deben ser erradicados de

Haití». y como se sabía que Vaval los despreciaba y que había tenido frecuentes batallas con ellos, se le asignó la tarea de perseguirlos en el norte.

Mortalmente avergonzado de su conducta en aquellos días pasados, Vaval recordó el sitio de Meduc. Bajo el liderazgo de los Prémord, los mestizos de la región se reunieron en la plantación de la pareja, donde la lucha fue brutal. Vaval no pudo someterlos, y uno de sus hombres preguntó, burlón:

-Vaval, si te las arreglaste tan bien con Leclerc, ¿por qué no lo haces con estos libres de color?

Él no halló respuesta.

Siguió un recuerdo más apacible. Al terminar las batallas, cuando Vaval tuvo que retroceder sin haberlos desalojado, Julie Prémord acudió a él con la sugerencia de que se estableciera una tregua en toda la nación, para acabar con las matanzas. Aseguraba la aceptación de los libres de color, siempre que Vaval hablara por los negros. Pero cuando él envió a un jinete hasta Cap Haitien con esa propuesta, Dessalines replicó: «No hay tregua. Extermíalos». Eso no se pudo hacer, porque los Prémord, los Toussaint de su raza, defendían con mucha habilidad su plantación. Así que Vaval tuvo que retirarse, consciente de que se había perdido la última oportunidad de hallar una solución sensata.

Su memoria se remontó a una plaza de aldea, bordeada de palmeras. En toda la nación se perseguía a los libres de color para asesinarlos. En el norte se congregaron finalmente en Meduc, la ciudad donde en otros tiempos se habían reunido en secreto para sus danzas. Eran sólo unos cuantos y carecían de poder, de modo que se vieron obligados a rendirse. Como Vaval había llegado a respetarlos, suplicó al gobierno que se permitiera a esos pocos sobrevivientes subsistir en su rincón del norte. Y se le escuchó. Más aún, fue designado para negociar las condiciones de la rendición y el perdón.

En un hermoso día, Vaval reunió en Meduc a los libres de color que se rendían y, junto con Prémord y su esposa, acordó los últimos detalles.

-La guerra ha terminado --exclamó Prémord, con una voz clara y sólida, que exigía respeto.

Vaval se volvió a mirarlo, pensando: ¡Qué hombre tan apuesto! Su color es mucho más atractivo de lo que yo pensaba. Prémord continuó:

-Tenemos una nueva nación y un nuevo gobernante. Francia se ha ido para siempre y, con ella, el dominio de los blancos. En este día feliz iniciamos una amistad duradera entre dos grupos que han estado separados por demasiado tiempo. -Y abrazó a Vaval, gritando a sus seguidores-: ¡Ved a estos dos viejos enemigos, que inician la nueva amistad!

Y todos los vitorearon.

En ese momento, desde una cabaña próxima a la plaza en donde estaban reunidos salió el emperador, gritando con voz salvaje:

-¡Matadlos a todos!

Y sus soldados negros se adelantaron a, toda carrera, con bayonetas y pistolas, para asesinar a los quinientos hombres que habían acudido a hacer las paces. Prémord y su esposa, que estaban junto a Vaval, se aferraron a sus brazos. Xavier gritó, angustiado:

-¿Qué pasa, Vaval?

Antes de que el negro pudiera interceder, los arrancaron de su lado, los atravesaron diez o doce veces con las bayonetas y los arrojaron a una zanja. No sobrevivió uno solo de los libres de color. Los pocos que se habían escondido en el resto del territorio septentrional fueron perseguidos y exterminados como animales. (*La conducta de Dessalines se tornó tan irracionalmente asesina que sus dos cohortes militares, Pétion y Christophe, decidieron que no había sino matarlo, y lo hicieron. Así se inició el ciclo recurrente de dictadura, mal gobierno y asesinato político que en adelante sería la plaga de Haití.*)

Esos recuerdos resultaron demasiado dolorosos para Vaval. Con un gemido salvaje, ahogado, se apretó el cuello. ¡Dios mío! ¡Qué carga tan terrible hemos puesto sobre nuestra tierra! En 1789 tenía medio millón de personas prósperas y de buen comportamiento. Ahora quedan probablemente menos de doscientas mil, según dicen., Más todos los invasores ingleses, españoles y polacos que murieron. ¿Puede un país tolerar un abuso tan brutal? ¿No se contamina con la sangre derramada? Nuestra nueva Haití, ¿no estará condenada a ser un fantasma?

Al mirar nuevamente hacia el norte, vio el tejado del palacio de Cap Haitien y recordó las múltiples masacres que sus habitantes habían conocido: 1791, 1793, 1799, 1802 ... No había tierra capaz de absorber tanta devastación. Las cicatrices no se borrarían jamás. Pensó en los hombres responsables de esa tragedia: los *grands blancs* como Jérôme Espivent, que odiaba a los negros y a los libres de color. Luego hizo una mueca de dolor: Y los negros como yo, que purificamos la nación, tanto de blancos como de mestizos. Bueno, ahora tenemos nuestra nación negra, totalmente negra. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Mientras la negra nube de la noche se: extendía sobre su tierra atormentada, se preguntó si la oscuridad desaparecería alguna vez.

•••

Si los Vaval no sabían nada de las revoluciones que asolaron Francia en los tumultuosos días siguientes al ataque a la Bastilla, Xavier Prémord y Julie, su esposa, sí lo sabían, pues tenían dos hijos en Francia, que les enviaban cartas detalladas sobre los cambios acaecidos.

-Después de esto, las cosas ya no volverán a ser como antes --dijo Xavier a su esposa.

Pero las mejoras que él buscaba eran superficiales, comparadas con los cambios radicales con los que soñaba Julie.

-Todo será diferente -repetía ella, en tanto llegaban las noticias de alzamientos campesinos en las zonas rurales de Francia, de acciones masivas en París y de propuestas de nuevas formas de gobierno.

-Ahora los hombres libres de color obtendremos el voto y se nos mostrará algún respeto en Cabo Francés -pensaba Xavier.

Pero su esposa aspiraba a una completa modificación de los esquemas Sociales.

-No volveremos a ser pisoteados ni despreciados.

Estaba decidida a que Espivent, en su próspero chateau, dejara de oficiar de árbitro en la vida social y política de la comunidad norteña. Quien escuchaba a Xavier imaginaba una transición lenta y estable hacia nuevos patrones de vida, pero quien prestaba atención a las frases de Julie percibía ecos de revolución.

Aunque Espivent detestaba hacerlo, si quería telas escogidas de la India para una capa nueva, tenía que comprarlas en la tienda de Xavier Prémord, cerca del teatro; si necesitaba una chaqueta nueva y pantalones de un corte especial, también le era preciso ir allí, como lo hacían los otros elegantes de Le Cap, pues Prémord no era sólo agente exclusivo de los tejedores de Nantes y Burdeos para la importación de finas lanas y sutilísimos algodones, sino que también contratava a las mejores costureras y los sastres locales más competentes, que trabajaban sólo para él. Cualquier francés de Le Cap, si deseaba vestir bien, debía recurrir a Prémord, quien habitualmente iba más a la moda que ninguno de ellos.

Xavier y su esposa eran excelentes ejemplos de por qué los *grands blancs* temían a los libres de color. El era un hombre alto y apuesto, de treinta y tantos años, de manifiesta inteligencia y prudente en el manejo de sus negocios. Ella, por su parte, pertenecía a ese tipo de mestizas que despertaba la ira de Espivent; esbelta, atractiva y con una piel ambarina que le daba un resplandor dorado; además, tenía la agudeza y la astucia de un buen comerciante y ese instinto para la cautela y la ganancia tan común en las francesas de clase media.

No ayudaba a su esposo en la tienda, pues había asumido la responsabilidad de administrar la pequeña plantación heredada de su padre, que estaba cerca de Meduc, una aldea situada frente a la isla pirata de Tortuga. A las tierras ocupadas a la sazón por' esa plantación habían ido, más de un siglo antes, los bucaneros Ned Pennyfeather y su tío Will Tatum a cazar jabalíes.

Cierta vez en que Espivent se encontró con los Prémord. que salían de la tienda para ir ala ópera, el gran personaje de la sociedad de Le Cap les explicó a los amigos blancos que le rodeaban:

-Ese pícaro tiene unas ochenta y ocho partes de blanco y cuarenta de negro, un tipo muy presuntuoso. ¿Y ella? Yo diría que noventa y seis de blanco y treinta y dos de negro. Suerte que ya está casada, porque si no, los oficiales jóvenes recién llegados de Francia se la disputarían. -- Y luego expuso el máximo elogio-: Maneja su plantación de Meduc tan bien como podría hacerla un hombre.

Como los otros libres de color que poseían tierras, los Prémord contaban con unos cuarenta esclavos para cultivar y triturar la caña. Pero Julie, desde sus primeros días de administración, se había diferenciado de los otros terratenientes. Con frecuencia, los mestizos trataban a sus esclavos peor que los blancos a los suyos. Esto se debía en parte, al miedo visceral que tenían a sus esclavos, pues los consideraban criaturas sumidas en el abismo del cual ellos mismos habían salido, y al cual podían verse empujados otra vez por los *grands blancs* como Espivent. Julie, por el contrario, veía en sus esclavos a seres humanos y les daba el trato de tales.

La postura de su esposo, aquella de la que hablaba sin cesar, quedó claramente establecida una noche de verano.

-De año en año crece la población negra. Cuando los barcos negreros traen esclavos para sustituir a los que han muerto, dejan siempre a unos doscientos de más. Con el tiempo llegarán a superarnos. Nuestra única esperanza es aliarnos ahora mismo y con todas nuestras fuerzas, con los blancos para hacerles ver que su única esperanza de sobrevivir es asociarse con nosotros.

-Yo también pensaba así, reconoció Julie, eligiendo sus palabras con cuidado. Pero las últimas experiencias en la plantación me han hecho dudar. En esta colonia tenemos un gran número de esclavos. Nos superan peligrosamente.

-Eso siempre lo hemos sabido.

-Y estoy segura de que no siempre serán esclavos. Los disturbios de Francia acabarán por llegar hasta aquí.

-Son analfabetos. Son salvajes. No saben nada de Francia.

-Nuestros abuelos también lo eran; pero aprendieron. Cuando nuestros esclavos comiencen a avanzar, como lo hicieron nuestros abuelos, por cientos de millares, será mejor que nos olvidemos de tus vanas esperanzas de ser aceptado por los blancos. Tendremos que unirnos a los esclavos, pues ellos se impondrán. Debemos hacerlo con rapidez y firmeza. Así verán que lo hacemos por propia voluntad, y que lo hacemos para ayudarlos a obtener su libertad.

-No será en esta generación Julie --dijo su esposo-. Nosotros los hombres libres de color somos civilizados. Ellos no.

Lós Prémord eran amigos de dos matrimonios, también mestizos, que poseían plantaciones en las cercanías de Meduc. Por lo tanto, las discusiones de estos temas incluían a veces a seis personas preocupadas. Tres querían la alianza con los blancos, Julie aconsejaba unirse a los negros y dos decían: «Esperemos a ver qué pasa».

-Escuchad lo que se dice en Le Cap. He estado en Puerto Príncipe. y nunca había habido tantas tensiones. Tal vez los acontecimientos decidan por nosotros.

-Te estás contradiciendo -apuntó Julie, exasperada- Responde clara y simplemente: ¿qué deberíamos hacer?

-Es lo que trato de decir: nada. Sigamos como hasta ahora. No permitamos que nos utilice ninguno de los dos bandos. Y cuando se despeje el humo, que no dejará de haberlo, estaremos en situación de imponer nuestras condiciones -replicó irritado el vecino.

Cuando la discusión llegaba a este punto, los participantes intercambiaban una mirada silenciosa, pues comprendían que estaban debatiendo sobre una disyuntiva de vida o muerte.

Los Prémord estaban habituados a las tensiones, pues las leyes de Santo Domingo, dictadas e impuestas por Espivent y los demás *grands blancs*, eran mezquinas para con los libres de color. Cuando Xavier conversaba con otros de su casta, durante reuniones informales en la trastienda de su establecimiento, los hombres daban rienda suelta a la ira que les provocaban las injusticias bajo las cuales se los obligaba a vivir.

-Tenemos prohibido ocupar los mejores asientos del teatro --decía uno.

-Lo que me irrita es que soy el mejor tirador de esta colonia. Lo he demostrado en veinte campeonatos. Pero no me está permitido formar parte de la milicia. Los franceses dicen que no se puede confiar en un hombre como yo ... del color que no es debido -se quejaba otro.

Se les prohibía vestir a la moda de París o practicar deportes europeos. Pero lo que enfurecía a Julie, cuando participaba de estas discusiones, era la perversa naturaleza de las reglas impuestas por las mujeres blancas de la colonia:

-Se me prohíbe recibir a más de cinco amigas libres de color para almorzar, por miedo a que conspiremos, y ni siquiera podemos celebrar las bodas en grupo cuando se casan nuestros jóvenes. “Los libres de color no pueden participar en ninguna actividad que reúna a mucha gente”, dice la ley. Y si algún espía nos sorprendiera hablando en secreto, como ahora, iríamos todos a la cárcel.

Por eso, ella y Xavier estaban encantados cuando, en ocasiones, un grupo de gallardos mestizos de Meduc invitaba a los amigos de las partes septentrionales de la colonia para una fiesta clandestina: cena; discusión y baile. Cuando Julie susurró «Xavier, van a hacerla, otra vez», él supo que los audaces Brugnon convocaban nuevamente a los libres de color, a espaldas de la ley. El matrimonio se reunió discretamente con otras dos parejas en las afueras de Le Cap y, montados a caballo, con tres esclavos a lomo de mula para hacerse cargo de los, animales y del equipaje, viajaron hacia el oeste. El ambiente era festivo, verdaderas vacaciones que los alejaban del azúcar, la tienda y las tareas cotidianas. Pero Julie se tornaba cada vez más recelosa, conforme se acercaban a Meduc. Al fin advirtió a su esposo:

-Este año, en la fiesta, nada de esas ideas tuyas.

-A mí tampoco me gusta -la tranquilizó él.

-No me pierdas de vista. Elígeme como compañera de baile -le hizo, prometer ella.

El dijo que así lo haría. Y entraron en el bello puerto marítimo.

Buscaron alojamiento con sus amigos mestizos Y pasaron el resto de la tarde sumidos en profundas discusiones sobre lo que pasaba en París. Y sobre el futuro de Santo Domingo.

Un forastero, con una cicatriz lívida que le cruzaba la cara, atrajo considerable atención cuando se les acercó y le susurró a Prémord: -Vincent Ogé, uno de nosotros, a quien los revolucionarios de París tienen en buen concepto, podría visitaros para pedirnos ayuda. -¿Ayuda para qué? -preguntó Xavier.

-Tarde o temprano, tendréis vosotros también que dar un golpe por la libertad. Tal como lo hicimos en París -replicó evasivo el desconocido.

Como Prémord desoyó su petición, el hombre se encogió de hombros y se paseó entre los otros, planteando la misma pregunta.



Una orquesta formada por seis esclavos, que tocó música ligera durante la cena, acometió una animada melodíaailable en cuanto se retiraron las sillas para dar paso al verdadero entretenimiento. La danza de los libres de color era vigorosa. Como los movimientos estaban cada vez menos sujetos a inhibiciones, Julie buscó la mirada de su esposo Y él hizo una señal de asentimiento, dándole a entender que se mantendría cerca.

En esos momentos, antes de que se iniciaran los excesos de la noche, Xavier tuvo una intensa sensación de confusión. En su juventud había encontrado un salvaje deleite en las danzas de su pueblo; ahora, ya maduro, con una esposa guapa y una posición de cierta importancia en la colonia, tenía la impresión de que la danza a punto de iniciarse, denigraba a los libres de color, justificando algunas de las cosas desagradables que los blancos decían de ellos. También experimentaba un entusiasmo creciente, acompañado de cierta repugnancia, al pensar que el forastero procedente de París veía la mala conducta de los mestizos.

A una señal de los hombres que dirigían la danza, la orquesta empezó a tocar cada vez más rápido. Tanto hombres como mujeres se llamaban entre sí y hasta gritaban al aire, sin mensaje alguno. Hubo un repentino grito de los directores, la música cesó Y se apagaron las luces, hombres y mujeres empezaron a buscarse a tientas, casi a ciegas. Una joven especialmente atractiva, de las que había muchas, podía recibir manotazos de tres o cuatro individuos; los hombres apuestos como Prémord, estarían rodeados de varias mujeres que luchaban por ellos.

Cuando se establecieron las parejas al azar y los menos agresivos se conformaron con las sobras, los concurrentes se retiraron al piso alto, a escondites en el prado o a los establos; a cualquier sitio donde dispusieran de intimidad. Así se iniciaron los actos sexuales, los chillidos :y los juramentos, que durarían hasta bien entrada la noche, según se intercambiaran las parejas y se sucedieran las reyertas.

Prémord, tal como había prometido, saltó al lado de su esposa en cuanto cesó la música. Cuando se formaron las parejas, él la tenía sana y salva bajo su protección y la condujo a un porche, lejos de todos. En el momento en que ella susurraba «Gracias, Xavier», el forastero de la cicatriz fue a reunirse con ellos. Señalando con el hombro la pista de baile, ya silenciosa, comentó:

-No me extraña que no nos consideren dignos de ocupar un puesto elevado en la sociedad.

-Esto cambiará cuando obtengamos el respeto que todo hombre desea - aseguró Xavier.

-¿Qué hacéis aquí? -preguntó Julie, con una franqueza que su esposo conocía bien.

-Estoy de visita.

-¿Y qué habéis estado susurrando a nuestros hombres?

A la escasa luz de una lámpara solitaria, que colgaba en el extremo del porche, el visitante miró con extrañeza á Xavier. Éste asintió:

-Ella está al tanto de todo lo que yo sé.

-Bien. Mi esposa también. Si estoy aquí, señora Prémord, es para informar a vuestro pueblo de que Vincent Ogé, un líder libre de color con cierto talento, podría visitaros para pedir os ayuda.... pronto -dijo el hombre.

-¿Para hacer qué? -preguntó Julie, serena.

-Para conseguir las libertades que necesitamos -respondió el extranjero;

-Y este Ogé, ¿habla de revolución?

-¡No, no! Sabe lo que vosotros y yo sabemos, que vuestro grupo de gente de color es el más pequeño de la colonia. No sois nada, pero os ocupáis de las actividades que mantienen viva la colonia. Y si bajo el liderazgo de Ogé presentáis vuestras demandas como es debido ...

-Nos matarán --dijo Julie, en voz baja.

-Pues que nos maten. Pero ya no podemos seguir esperando.

Julie, notando que el visitante en esa firme declaración había dicho «nos» en vez de «os», preguntó:

-¿Sois uno de nosotros?

-Desde el día en que nací -respondió él.

-¿En dónde? -preguntó Xavier.

-En el sur, En la ciudad portuaria de Jérémie.

-¿De quién es la tienda que hay en la plaza pública?

-De los Lossier -respondió él, sin vacilar.

-Son primos míos.

En este interrogatorio, el desconocido se negó a dar su nombre, pero cuando abandonaban el porche, Julie notó que observaba con un gesto de disgusto a dos hombres que se despojaban de la ropa mientras perseguían a dos muchachas casi desnudas.

Los padres de César Vaval habían dedicado mucho esfuerzo a enseñarle las cosas que, según creían ellos, debía saber: «Ninguna esclavitud es buena. La peor es la danesa. La francesa puede ser la mejor. Pero se vive sólo para una cosa: para ser libre». Ambos habían muerto más o menos al mismo tiempo, agotados por el trabajo impuesto por el propietario de la plantación, pero antes de morir dijeron a su hijo: «Estudia todo lo que hace el blanco. De dónde saca su poder. Dónde esconde sus armas. Cómo vende el azúcar que hacemos. Y de un modo u otro, no importa cuál, aprende a leer sus libros. Es allí donde guarda siempre sus secretos, y si no los dominas, serás siempre esclavo».

Pasaron sus últimos días convenciendo a un esclavo instruido de que enseñara el abecedario a su hijo. Al final, César pudo leer las crónicas de lo que estaba ocurriendo en Francia y en otras partes del mundo. Supo, por ejemplo, que las colonias norteamericanas, situadas hacia el noroeste, no muy lejos, habían arrancado su libertad a Gran Bretaña, país que también poseía Jamaica, una colonia muy parecida a Santo Domingo, que estaba más al sur. Pero las noticias que más le habrían interesado, las rebeliones de Francia, no las leyó, pues Espivent repetía constantemente en su club: «No permitáis que los esclavos se enteren de nada. La locura parece haberse apoderado de Francia, convendría ocultar los documentos y los diarios a los libres de color también». Pero César dedujo que estaban ocurriendo cosas importantes en Francia y en otras zonas de Santo Domingo, y quiso averiguar más.

César, a los treinta y tres años, era un negro inteligente, que conocía su propio valor. Pero tenía un sentimiento que oscurecía su vida: despreciaba a los libres de color. Comprendía con toda claridad que el enemigo último de los negros eran los blancos como Jérôme Espivent, que dominaban todas las fuentes de dinero y poder, y sabía que era inevitable un conflicto entre los *grands blancs* y los *noirs*, por eso le molestaba la intromisión del grupo intermedio.

-¿Quiénes son los libres de color? -preguntaba a los esclavos más sabios-. No son blancos, no son negros. Nadie puede confiar en ellos. Ocupan los mejores puestos, que deberían ser nuestros, como los de vigilancia o las reparaciones y por eso nosotros seremos siempre peones.

Cuando se le permitía ir a Le Cap, miraba a los libres de color como Xavier Prémord, con sus ropas de hombre blanco y sus modales presuntuosos, y sentía desprecio; pensaba que eran barreras que separaban a los esclavos de cualquier posibilidad de lograr una vida mejor.

Julie Prémord lo dejaba perplejo. Obviamente, era una mujer encantadora, pero el hecho de que dirigiera una plantación con muchos esclavos la convertía en un enemigo. Sin embargo, algunos esclavos le habían dicho: «Esa es la mejor. En su plantación, las reglas son duras; pero se come bastante y hay ropa para cambiarse». Una vez, mientras, transportaba plantas para embellecer Chateau Espivent, se encontró con ella en la calle, frente a frente. Sin motivo alguno, ella le sonrió con cálida humanidad, que dejó a César complacido y desconcertado. Esa noche; ya de regreso en Colibrí, le dijo a su esposa:

-Casi parece una de los nuestros, más negra que blanca. Pero en cuanto lo hubo dicho comprendió que era ridículo. No, están lejos, muy lejos de nosotros, todos ellos; y a fin de cuentas serán peores que los blancos.

Pese a esta situación, él y su familia no odiaban a nadie, salvo a un capataz, pero estaban dispuestos a dar todos los pasos necesarios para lograr la libertad de la que le había hablado su padre. En otro tiempo, la palabra “revolución”, con su inevitable acompañamiento de incendios y matanzas, les habría parecido abominable, pero en los últimos meses había llegado a su vida una fuerza nueva, que introdujo la idea de la revolución en la plantación misma. Llegó con un hombre llamado Boukman, un esclavo fugitivo de temperamento feroz, que ya no pertenecía a ninguna plantación.

-No me preguntéis de dónde vengo. Preguntadme sólo a dónde voy - les dijo.

Era un sacerdote. vudú, un hombre de poderosa oratoria y gran capacidad de persuasión. En las reuniones nocturnas de diversas plantaciones, predicaba, después de realizar ritos que recordaban a los esclavos sus orígenes africanos. Entonaba antiguos cánticos de la selva y ejecutaba ritos centenarios y decía frases que ellos tenían casi olvidadas, pero sobre todo les comunicaba las noticias que había oído mientras ayudaba a descargar los cargueros recién llegados de Francia.

-Grandes luchas en París. Es una ciudad de Francia, más grande que Le Cap. Gente como vosotros, como yo, tomaron el mando. Todo nuevo, todo nuevo. Muy pronto aquí en Le Cap, también gran cambio.

Cuando acaparaba la atención de su público nocturno, abandonaba su lengua natal y predicaba en buen francés.

-Debe haber libertad para todos. Debe haber una verdadera fraternidad entre amo y esclavo. Y debe haber igualdad. ¿Sabéis qué es la igualdad? -y gritaba-: Significa que uno vale tanto como el hombre blanco. Y todos debemos trabajar juntos, codo con codo, para demostrarlo.

No ignoraba que la mayoría de los esclavos asistían a sus reuniones para renovar su contacto con el vudú. Sabía que participaban ansiosamente de los cánticos; quedaban sobrecogidos ante los trances y encontraban una gozosa liberación en la danza, pero, sobre todas las cosas, anhelaban restablecer el contacto con un pasado casi perdido. Por su parte, nunca perdía de vista su misión y, bajo sus manipulaciones, el vudú se convertía en la antecámara de la revolución, pues sabía mejor que ninguno de sus seguidores que ésta debía estallar pronto.

Los esclavos instruidos, como los Vaval, de los que había unos cuantos en cada plantación, prestaban poca atención a las exhortaciones del vudú, pero cuando hablaban con Boukman oían las mismas palabras pronunciadas por el forastero de la cicatriz durante el baile de Meduc.

-Se acerca el día ... Habrá libertad ... La justicia está a la vuelta de la esquina ... Enviaré un mensaje ... Te necesitaremos.

Boukman no podía decir cuándo llegaría el mensaje, pero César y su esposa quedaron convencidos de que llegaría, y se prepararon para el gran acontecimiento .. Un ánimo vibrante flotaba en el aire de todas las plantaciones, pues los embriagadores argumentos de París habían penetrado, al fin, en Santo Domingo.

En febrero de 1791 hubo una discreta llamada a los libres de color de toda la colonia. Debían reunirse bajo el estandarte de Vincent Ogé, uno de ellos, educado en Francia y dedicado a predicar que había llegado el momento de exigir la igualdad con los blancos. Xavier y Julie Prémord dejaron su plantación para acudir a la cita, pero las instrucciones eran tan deficientes que se alejaron mucho hacia el sur, sin establecer contacto con los insurrectos. Tuvieron suerte, pues la rebelión acabó con enfrentamientos, y Ogé y su ayudante, el hombre de la cicatriz, escaparon a La Española.

El intento de rebelión tuvo éxito en un aspecto: despertó en los libres de color una firme determinación de conseguir su libertad dentro de una Francia liberada. Sumidos en esta mezcla de patriotismo, confusión y mayor entrega a la causa de su casta, los Prémord volvieron silenciosamente a Cabo Francés.

.. En esta ciudad, la intentona de alzamiento de los libres de color había exacerbado los odios.

-Debemos atrapar a ese infame de Ogé y dar ejemplo con él. No habrá castigo demasiado severo -repetía Espivent, indignado, y vagaba, por las calles y clubes, predicando su doctrina de salvaje represalia y convirtiéndose en centro de atención para todos aquellos asustados por estos primeros signos de revolución locales ¿Os imagináis -tronaba; con el pelo gris y largo, enredado por la brisa de invierno, qué ocurriría si se salieran con la suya? ¡Un hombre de color comiendo a la misma mesa que vuestra esposa y vuestras hijas! ¿Os imagináis a un patán

como ,Prémord entrando en vuestro club? Y la verdadera amenaza: ¿imagináis a esa especie manchando la sangre pura de Francia?

Estaba tan obsesionado. por su odio a los libres de color que, cuando Ogé y sus partidarios fueron expatriados de La Española, instó a sus amigos del gobierno a aplicar un castigo que, por si solo, habría bastado para iniciar una rebelión en toda la colonia. Los Prémord, mestizos instruidos, de criterio y patriotismo incuestionables; salieron de su tienda y se mezclaron disimuladamente con la muchedumbre reunida para presenciar la ejecución. César Vaval también estaba en la ciudad para entregar un carro de mercancías en el Chateau Espivent.

Si Espivent, Prémord y Vaval, los actores principales de la tragedia que estaba a punto de iniciarse, hubieran podido reunirse para discutir tranquilamente, siendo los tres hombres de sabiduría e intachable amor por su colonia, tal vez habrían llegado a un entendimiento que permitiera a Santo Domingo capear pacíficamente la revolución. Si hubiera habido, como creían los griegos, dioses deseosos de ayudar a los mortales en momentos de crisis, cabe imaginar que esos dioses deberían haberlos empujado hacia un pacto que salvara a su patria. Pero ese día los dioses estaban distraídos, los Prémord se confundieron entre la multitud, Vaval permaneció con su carro en el extremo opuesto y Espivent se irguió como una furia vengadora al pie del patíbulo erigido en el centro de la plaza, gritando:

-¡Traed a los prisioneros!

Cuando éstos aparecieron, los Prémord ahogaron un grito. Delante iba el forastero que habían conocido aquella noche, en Meduc, el provocador de la cicatriz lívida, y detrás de él, Vincent Ogé, apuesto hombre de color con un porte aristocrático, que parecía enfurecer a sus carceleros, pues dos de ellos lo derribaron al suelo y le dieron de patadas. El desconocido permaneció erguido, y en la confusión que siguió a la caída de Ogé, paseó la mirada entre los presentes y al ver a los Prémord, les envió un mensaje, sin delatar que ellos hubieran podido formar parte de la conspiración: «Ved a donde han llegado las cosas»:

Los dos revolucionarios debían ser ahorcados por desafiar las leyes de los blancos, eso, era evidente., Pero no de inmediato, pues los dos carceleros de Ogé lo arrastraron hasta una gran rueda, de la cual colgaban sogas que le fueron atadas a piernas y brazos. Cuando estuvo estirado al máximo, un hombre enorme, armado de una barra de hierro, caminó alrededor de su cuerpo, quebrándole en dos los brazos y las piernas. Luego se aumentó la tensión de las sogas hasta que los miembros .comenzaron a desgarrarse. Sus gritos de angustia llenaban la plaza, complaciendo a los hombres cuyas ventajas sociales había amenazado, provocando el terror en los libres de color a quienes había defendido y el desconcierto en los esclavos presentes. Cuando se aflojaron las sogas, dos carceleros lo elevaron hasta el patíbulo, puesto que no podía sostenerse sobre sus piernas, y una vez que acabó de retorcerse, se lo dejó caer a tierra y fue

decapitado. A continuación arrastraron al extranjero hasta la rueda, y él gritó desafiante:

-¡Libertad para todos!

Entonces empezaron a torturarlo, mientras el bruto de la barra aguardaba su turno.

Éstas fueron las imágenes que los libres de color Prémord y el esclavo César se llevaron esa noche a sus casas.

-Después de estos horrores no puede haber retirada –juraron los Prémord.

-Ha sido una brutalidad para diversión de los espectadores; Reina la locura, Debemos estudiar cómo aprovecharla en nuestro beneficio cuando se inicien los disturbios ... pues seguro que los habrá –comentó César con su esposa y sus hijos.

Acertaba en sus predicciones, pues el resentimiento estaba a punto de estallar, pero lo hizo en un sector completamente inesperado. En la oscura noche del 20 de agosto de 1791, Boukman, el sacerdote de vudú, se deslizó hasta Colibrí para arengar a los esclavos con una furia que Vaval y su esposa nunca habían oído en él. Ya no había tonos religiosos ni conjuros selváticos, sólo la palpitante llamada a la revolución. Por primera vez, César oyó a Boukman pedir la muerte de todos los blancos:

-¡Nos han esclavizado y deben desaparecer! ¡Han matado de hambre a nuestros hijos y deben ser castigados!

Al oír ese último grito, César pensó: en nuestra plantación nunca le ha faltado comida a nadie. Es una protesta equivocada, y éste mal lugar para hacerla. Fue esa idea la que lo guiaría, junto con su familia, en los días tumultuosos que estaban a punto de iniciarse. Odiaba la esclavitud y se oponía a Espivent, pero no quería verlo muerto.

En la mañana del 22 de agosto, Boukman interrumpió su sermón y arrojó ramas encendidas a los barriles de pólvora acumulados en el norte. Congregó a mil esclavos, a diez mil, a cincuenta mil, que partieron de los puntos más alejados de Cabo Francés y avanzaron como una enorme masa hacia la ciudad. Todas las plantaciones del trayecto fueron incendiadas; todos los hombres blancos, asesinados, al igual que las mujeres y niños atrapados en el caos. La destrucción fue absoluta, como cuando una plaga de langostas ataca un sembrado en otoño. Derribarón árboles, destruyeron acequias, quemaron graneros. Las grandes casas yacían entre las cenizas. Cien plantaciones fueron barridas en el primer ataque. Después; doscientas, y por fin casi un millar. Ninguna produciría

más azúcar ni más café. La riqueza del norte estaba siendo devastada hasta un punto del que no se recobraría jamás.

Pero el verdadero horror fue la pérdida de vidas, el odio extremo que los negros manifestaban hacia los blancos. Cientos y cientos de vidas blancas se perdieron en ese primer día de salvajismo: hombres muertos a garrotazos, mujeres estranguladas, niños atravesados con palos para llevarlos en alto como estandartes del alzamiento. Hubo otros desmanes demasiado espantosos para relatarlos. Una negra que no había participado en los asesinatos dijo, al pasar junto a montones de cadáveres: «Hoy matan hasta la tierra».

La plantación Colibrí, en el centro mismo de la tormenta, no fue destruida, pues César Vaval y su familia montaban guardia, alejando a los revoltosos con sosegadas palabras: «Aquí no. El amo es bueno»,

Y como César se había ganado el respeto de todos, cada vez que la turba llegaba hasta allí, se disgregaba y volvía a juntarse para incendiar la plantación siguiente.

Mientras tanto, todos los blancos que pudieron se refugiaron en Le Cap, donde Jérôme Espivent estaba organizando la defensa. Su primer acto fue representativo de las contradicciones de ese día terrible; como no había suficientes blancos para defender la ciudad, tuvo que recurrir a los libres de color. No le dio vergüenza pedir auxilio a los mismos que había querido aterrorizar con la brutal ejecución de su paisano Vincent Ogé. Cuando corrió a la tienda de los Prémord, no se le ocurrió siquiera disculparse por su conducta anterior.

-Voy a asignaros puestos importantes. Somos nosotros contra los esclavos. Si logran pasar, podemos darnos todos por muertos.

Los Prémord, que no tenían alternativa salvo obedecerle, pues la seguridad de la población dependía del valor y el liderazgo que él pudiera demostrar en las horas siguientes, ocuparon sus puestos a lo largo del perímetro más expuesto, donde podrían matar al mayor número de negros.

Durante esa terrible primera noche, mientras llegaban a la ciudad noticias de la destrucción y la pérdida de vidas, Espivent no durmió, marchando, tenazmente de una posición de batalla a la siguiente, alentando a los hombres y consolando a las mujeres cuyos esposos habían ido a las plantaciones.

-Si, es triste. Yo tengo buenos hombres en Colibrí y espero que ellos se las compongan para sobrevivir. Vuestro esposo saldrá con bien, no lo dudéis.

-Por más de una semana tronó la furia. Espivent rechazaba a los esclavos que trataban de entrar en Le Cap y César Vaval protegía Colibrí.



Cuando las violaciones y los incendios empezaron a declinar, los líderes negros del alzamiento, agradecieron a César que hubiera protegido la plantación, pues ésta se convirtió en un oasis de cordura dentro de aquel mundo destrozado. Allí iban los negros en busca de agua y comida y a descansar entre los árboles. Fue toda una ironía que la detestada plantación Espivent se salvara.

Durante ese periodo, la buena reputación de César se difundió ampliamente entre los otros negros. «Ese hombre tiene sentido común; sabe qué se puede hacer y qué no», decían. Un día de septiembre, como resultado de esos informes, recibió la visita de un negro alto e imponente, que le dijo:

-Ha sido difícil rebasar las líneas. Llegan tropas nuevas desde Francia. Han atrapado a Boukman. Van a someterlo al potro y a la horca.

-¿De qué plantación eres? -preguntó César, suponiendo que el hombre era un esclavo.

-De Bréda. -Era una plantación bien considerada, casi tan buena como Colibrí. Luego dijo:- Soy el capataz. Por lo que me han dicho, tú deberías ser el capataz de ésta.

-El señor Espivent nunca nombraría capataz a un negro.

-Lo haría, si fuera un poco inteligente -replicó el hombre alto.

-Pero ¿cómo te llamas? ¿Y a qué has venido?

-Toussaint L'Ouverture y he venido a verte. A ver con mis propios ojos cómo eres.

Se quedó dos noches, tiempo durante el cual se reunió con todos los esclavos de los que tenía buenos informes. Al terminar su visita le dijo a César:

-Ya tendrás noticias mías. Ahora no, hay demasiada confusión., Pero debes estar preparado. Recuerda mi nombre: Toussaint. Cuando te llame, ven.

El terror, el asesinato y la traición se extendieron a todos los rincones de Santo Domingo. El 15 de mayo de 1791, el gobierno de París dictó una ley, por mucho tiempo postergada, que concedía a los libres de color de Santo Domingo las libertades políticas que deseaban. Pero el edicto era tan limitado que sólo unos ciento cuarenta libres de color, en Santo Domingo, resultaron beneficiados.

Eso provocó una afligida protesta, pero cuando el documento llegó a Le Cap, Jérôme Espivent, olvidando el papel que los libres de color habían desempeñado en la defensa de la ciudad, lanzó un violento ataque contra la ley, gritando de asamblea en asamblea:

-Admitirlos en el gobierno de esta colonia con su sangre contaminada equivaldría a destruir el significado de la palabra Francia.

Se mostró tan convincente que el consejo local negó esos derechos, aun a los ciento cuarenta beneficiarios.

Esto significaba claramente, que no había esperanzas de justicia para los libres de color, ni entonces ni en el futuro. Para nadie fue tan grande la desilusión como para los Prémord, que se sintieron rechazados y humillados.

-Debemos arreglar esto con Espivent .. : ¡ahora mismo! -gritó Julie .Y obligó a su marido a ir con ella al chateau, donde en un primer momento se les negó la entrada. Pero, cuando el propietario oyó el alboroto ante su puerta salió de su despacho.

-¿Qué pasa aquí? -Al ver a los Prémord gruñó-: ¿Qué queréis?

-Justicia -le espetó Julie.

Espivent, un *grand blanc* con todas las de la ley y, por añadidura, relacionado con la aristocracia, no le prestó atención, dando a entender que no estaba dispuesto a discutir asuntos de importancia con una mujer. En cambio dijo a Xavier: -Pasad. -Y, cuando estuvieron dentro los mantuvo de pie, rehusándoles hasta la cortesía de ofrecerles asiento-. Hablad ahora -dijo de mala gana- ¿Qué os trae por aquí?

-Vuestra negativa a permitir que las leyes de Francia tengan validez en estas tierras -manifestó Julie, con tanta fuerza que esa vez él se vio obligado a escucharla.

-Francia es Francia. Si allí enloquecen, esta colonia decidirá por su cuenta -fue la respuesta.

-¿Y vos elegís mantenernos para siempre sometidos? -preguntó la mujer.

-Tenéis más libertades de las que merecéis -replicó él, señalándoles la puerta para darles a entender que no cabía esperar mejor suerte mientras él y sus amigos mandaran en la isla.

-En los malos tiempos, señor Espivent, cuando parecía que los negros iban a quemar toda Le Cap, pedisteis ayuda a los libres de color para que salváramos vuestra casa, vuestros clubes, vuestro teatro. ¿Recordáis que a Xavier y a mí nos disteis puestos de suma importancia? -replicó Julie.

-En tiempos de crisis, los generales sabios convocan a todas las tropas que están bajo su mando contestó Espivent.

-No estaremos eternamente bajo vuestro mando -dijo Julie.

-Yo creo que sí -concluyó él.

Así pues, mientras la revolución amenazaba con destruir la Francia metropolitana, sus colonias y hasta su, civilización, el pueblo de Santo Domingo permaneció dividido en tres grupos, cada uno incapaz de conducir la colonia hacia una conducta racional. Es difícil adivinar qué provocó esa reyerta constante en la colonia, pero un norteamericano, primer oficial en un barco mercante, que zarpó de Charleston, Carolina del Sur, informó de lo que había visto al desembarcar en Puerto Príncipe para reunirse con su tripulación en Cabo Francés:

*Pasé cada día por ocho plantaciones quemadas, cien en total, y me encontraba yo solo en el camino. Vi cadáveres de blancos por el suelo, atravesados con estacas. Vi innumerables muertos blancos y negros colgando de los árboles, y oí que docenas de familias blancas habían sido asesinadas en la revuelta. En los bordes de los asentamientos, donde los blancos habían logrado reunirse y defenderse, había montones de esclavos muertos que habían atacado con palos y azadas a los blancos que tenían armas de fuego. Cuando llegué al fin de mi viaje y me reuní con mi tripulación y mi barco, ya no me molestaba en contemplar tanta desolación, pero me pregunté si, en este estallido de terror y muerte, no había existido algún esclavo que se limitara a matar a su amo, algún blanco que se contentara con disparar contra su esclavo sin profanar el cadáver. Que Dios nos proteja de tales horrores.*

Concluyó con los siguientes comentarios, que resumen su opinión de viajero experimentado en esas aguas:

*Hace años, cuando nuestras colonias aún formaban parte de Inglaterra, yo era un jovencito que trabajaba en un barco de Boston. Cuando anclamos frente a Santo Domingo, nuestro capitán nos advirtió: «Tratad a esta colonia con respeto; pues cada año envía a Francia más mercancías que las trece colonias, nuestras a Inglaterra». Después de la destrucción que he visto, jamás podremos volver a decir lo mismo.*

Y en ese estado caótico, Santo Domingo, que había sido la perla del Caribe, envidia de todas las islas, continuaba penosamente su marcha. Pero en Francia se estaban tomando decisiones que reconstruirían la comunidad. Llegaron órdenes severas: “-Se otorgará inmediatamente una igualdad limitada a los ciento cuarenta libres de color designados anteriormente”. Cuando esta noticia llegó a Xavier Prémord, éste abrazó a su esposa.

-Hoy el mundo empieza de nuevo.

-Para nosotros sí, pero ¿qué pasará con los demás? -preguntó ella.

En su club, Jérôme Espivent gruñía ante sus camaradas:

-La revolución ha cruzado finalmente el Atlántico. Este es el fin de la decencia que conocimos.

Pero aquello, apenas era el comienzo de una época de convulsiones, ya que poco después llegaron noticias asombrosas: -“Todos los libres de color gozarán de igualdad legal, militar y social”. Y después: -“Libertad completa para todos los esclavos que hayan servido en el ejército francés, y también para sus esposas, e hijos”.

Este último decreto fue saludado con un aullido de ira, no sólo entre el enfurecido Espivent y sus *grands blancs*, sino también entre Xavier Prémord y sus libres de color. Habría sido difícil determinar qué facción detestaba más las nuevas normas. Prémord las consideraba un temible primer paso en el movimiento que, en último término, debía alterar su vida, pues cuando los esclavos fueran libres los mestizos no serían necesarios. Al rechazar la nueva ley utilizó casi las mismas palabras que Espivent:

-El dique se está rompiendo.

-No podemos alterar lo que ha ocurrido y debemos prepararnos para lo que sobrevenga después -dijo su esposa, y le hizo saber que, en su plantación, empezaría a tomar las medidas que les permitieran adaptarse a la libertad de los esclavos, cuando ésta llegara.

Y llegó con asombrosa rapidez, pues el 14 de junio de 1794 amarró un mercante procedente de Francia, con órdenes definitivas del gobierno revolucionario: «Todos los esclavos de Santo Domingo recibirán libertad completa». Por fin parecía que esa espléndida isla iba a recuperar la cordura. Sus tres grupos trabajarían juntos para lograr el propósito común de igualdad y productividad. Los optimistas calcularon que, en el curso de dos años, las plantaciones se recobrarían y podrían producir tanta azúcar como antes. Pero Julie, que conocía sus esclavos, aseguró a otros terratenientes:

-Estaremos mejor, porque cuando los esclavos sean libres trabajarán más que antes.

Pese a esta oportunidad de recuperación, Espivent y sus poderosos amigos, declararon la guerra al nuevo decreto y amenazaron con fusilar a cualquier terrateniente que intentara ponerlo en práctica. Consciente de que se necesitaría una unión entre los ciudadanos si los negros llegaban a rebelarse al negárseles lo que les correspondía por derecho, fue a la tienda de Prémord, vestido con todas sus galas militares, y preguntó:

-¿Podríamos reunirnos en vuestra cocina?

Cuando estuvieron sentados alrededor de la mesa tosca y sólida, construida por la misma Julie, dijo en actitud persuasiva:

-Es obvio que debemos trabajar juntos, pues una vez que los negros obtengan la libertad vendrán contra nosotros.

Xavier asintió, pero Julie gritó:

-¡No! ¡Eso no está bien! Los negros deben ser libres y nosotros, los de color, debemos trabajar con ellos, porque vosotros -agitaba el índice casi en la cara de Espivent- jamás nos aceptaréis, aunque esta vez os ayudemos a ganar.

-Señora -dijo Espivent, sin levantar la voz-, si hubierais pronunciado esas palabras en la calle, habríais sido fusilada. Esto es la guerra, una guerra a muerte. Debéis apoyarnos, o ambos seremos barridos por un huracán negro.

Esa noche, los libres de color de Cabo Francés se pusieron, una vez más, a las órdenes de los grandes blancos para defender la ciudad. ¿Por qué se sometían tan pasivamente a esa humillación, a esa traición repetida? Xavier Prémord lo había dicho desde un comienzo:

-No tenemos alternativa. Estamos atrapados entre los blancos inflexibles y los negros vengativos, pero los blancos tienen armas y barcos. Por eso debemos aliarnos con ellos y confiar en que, tarde o temprano, nos muestren su generosidad.

-Los negros son tan numerosos que se impondrán a las armas y a los barcos. Debemos aliarnos con ellos -argumentaba su esposa.

Pero como era mujer, su voz importaba poco en el Consejo.

Cuando empezó a prepararse el terreno para la guerra civil que destruiría aún más las riquezas de Santo Domingo, César Vaval, satisfecho como líder de los negros de la Plantación Colibrí, dijo a su esposa:

-Nosotros no tenemos nada contra Espivent, y él no tiene nada contra nosotros. Mantengamos la calma. No hagamos nada que provoque otro frenesí como el de Boukman.

Y entre los dos convencieron a los esclavos de Colibrí de que debían mantenerse ajenos a los frentes de batalla que se estaban formando.

Pero una noche volvió el líder negro de la Plantación Bréda. Se irguió amenazador en el vano de la puerta y dijo a Vaval:

-Te avisé que volvería a buscarte, y aquí estoy.

La sola presencia de Toussaint L'Ouverture era tan imponente, su dedicación a la causa negra tan poderosa, que Vaval preguntó sólo con una palabra:

-¿Batalla?

-Sí.

-¿Otra vez contra Le Cap? -Ante esa pregunta, tan rápida y audaz, Toussaint se mostró evasivo, pero César insistió: - ¿Contra Cap no?

¿Vamos al sur, pues, a Puerto Príncipe?

-¡No! Los españoles nos han ofrecido excelentes condiciones si combatimos junto a ellos ... contra los franceses -gritó Toussaint.

Vaval quedó atónito. Siempre había supuesto que la lucha por la libertad de los esclavos sería un esfuerzo prolongado, contra los blancos franceses, como Espivent, su amo. Pero que se le pidiera incorporarse a un ejército extranjero, combatir contra el que él consideraba su propio país ... ,eso le parecía traicionero e indigno.

-No me sentiría tranquilo --dijo.

Toussaint alargó una mano para asirlo por el cuello y le preguntó: - ¿Confías en mí o no?

-Sí -respondió Vaval.

-¡Ven entonces!

Así, a mediados de 1793, el líder negro condujo a Vaval y a cinco, o seis lugartenientes a través de la frontera montañosa, hacia los campamentos donde los españoles preparaban un ataque a gran escala contra Santo Domingo. Fue una decisión terrible, pero Toussaint, que había visto en París aprobar una serie de leyes constructivas que seguían sin vigencia en la colonia, no hallaba medio de corregir semejante injusticia, como no fuera uniéndose a los españoles, expulsando a los franceses y haciendo después el mejor trato posible con los nuevos vencedores.

La estrategia dio resultado, al menos en un principio, pues los ejércitos españoles, reforzados, cruzaron en tropel la frontera y sometieron el montañoso tercio oriental de la colonia francesa. Con un júbilo arrebatador, Toussaint gritó a sus soldados negros:

-¡Pronto tendremos todo el país!

Pero el cauteloso Vaval le preguntó, cuando estuvieron solos:

- Y después, ¿qué? Los españoles no nos quieren más que los franceses.

Toussaint, que sacaba fuerzas del hecho de estar nuevamente en territorio conocido, respondió

-Debes confiar en mí, viejo amigo .. Yo quiero lo mismo que tú, pero el secreto radica en mantener la calma. Si estás alerta, generalmente descubres cuál debe ser tu siguiente paso.

-No te pases de listo -le advirtió César.

Apenas había acabado de hablar cuando unos mensajeros, provenientes de la costa, trajeron noticias desconcertantes.

-¡Toussaint! Los británicos han declarado la guerra a todo el mundo: a los franceses, a los españoles y también a nosotros. Ven aquí la oportunidad de quedarse con toda la colonia. Sus barcos de guerra ya han arruinado a todos los puertos de la costa del Caribe.

-¿También Le Cap?'

-No. Allí aún resisten los franceses.

Cuando los correos siguientes confirmaron la noticia, otros generales negros se reunieron en el campamento situado entre las pequeñas colinas. Los aliados españoles ocupaban la colina del este y, a mayor distancia, el ejército francés esperaba en la del oeste. Los hombres que se reunían con Toussaint sabían que esa entrevista tendría una importancia crucial, pero ninguno de ellos podía adivinar qué iban a discutir, y Vaval, menos que nadie.

Toussaint comenzó dibujando en la tierra un tosco mapa de Santo Domingo.

-Si los españoles, con nuestra ayuda, retienen este tercio oriental de la colonia y los británicos, con sus barcos, el tercio de poniente, los franceses sólo podrán dominar esta estrecha banda del medio. -Sus hombres vieron las enormes zonas bajo dominio extranjero-. Pero hay una importante diferencia, la parte de los franceses es casi toda montaña, fácil de defender. A los españoles y los ingleses les ha resultado muy fácil hasta el momento. Aún no ha empezado la verdadera batalla.

Durante tres días, este hombre rudo, disciplinado, de enorme, valor e imaginación, se debatió a solas. Apenas llevaba dos generaciones fuera de África, donde sus antepasados habían sido jefes, por ese motivo sentía gran respeto por los negros como Vaval, cuyos padres también habían conocido África. En la tercera noche de su solitaria vigilia, invitó a César a pasear con él. Ambos ascendieron hasta una pequeña loma, desde donde se veía la colina más baja, dominada por los soldados españoles:

-Me atormenta lo que dijiste Vaval, que los españoles no nos quieren más que los franceses. ¿Qué harías en mi lugar?

Los dos pasaron varias horas dedicados al esfuerzo de desentrañar el futuro, aunque apenas podían comprender el presente.

-Ahora durmamos. Mañana seguiremos hablando -dijo Toussaint. y se fue a la cama, pero a las tres de la mañana un asistente despertó a Vaval.

-¡A la tienda del general Toussaint, inmediatamente!

Cuando él y los otros generales se presentaron, el general negro les descubrió sus planes:

-Esta mañana, ahora ... nos reuniremos con los franceses. Les ayudaremos a combatir contra, los españoles por el este y contra los ingleses por el oeste.

-¿Por qué? -preguntó un canoso combatiente.

-Porque si gana España o Inglaterra, viejo amigo, y capturan nuestra colonia, nosotros volveremos a la esclavitud. En cambio, si ayudamos a Francia, tendremos una posibilidad. Cuando menos, ellos han dado la libertad a su propio pueblo -respondió Toussaint.

-Es cierto que en París aprobaron una ley que. nos da la libertad, pero cuando cruzó el océano para llegar a Santo Domingo ya no había ley ni libertad -replicó el anciano.

-Cierto, sabio viejo, pero esta vez seremos nosotros quienes estemos al mando y nos encargaremos de que haya libertad par todos -le animó Toussaint, dándole una palmada en la espalda.

Después, antes de que los españoles dormidos en la otra colina tuvieran noción de lo que ocurría, Toussaint, Vaval y todo el ejército negro marcharon a reunirse con los franceses Vaval susurró a Toussaint

-No dormí ni una noche tranquilo mientras vestí uniforme español.



-Tampoco yo. Soy francés -confesó.

Toussaint demostró ser tan buen estratega como líder, pues, tras ser ascendido de mala gana a general por el alto mando francés, inició una serie de ataques, primero contra los españoles del este, y luego hacia el oeste, para desequilibrar a los británicos. En estos ataques exhibió un desacostumbrado dominio, no sólo en la espectacular incursión contra un objetivo aislado, sino también de la operación estratégica de largo alcance que hacía retroceder a todo el frente enemigo unos cuantos kilómetros. Se había convertido en un verdadero general, con lugartenientes de confianza que ejecutaban sus órdenes.

En una serie de salidas relámpago hacia el este, prácticamente liquidó a los españoles. Pero aún debía ajustar cuentas con los británicos que habían enviado un gran número de soldados a Santo Domingo, con la esperanza de dominar esa colonia para su imperio. El éxito fue intermitente: tan pronto avanzaban y barrían a los franceses como retrocedían ante los negros de Toussaint. Pero en 1797 iniciaron un ataque final. Toussaint les permitió atacar los objetivos menores mientras los mantenía alejados de los grandes. En los cuarteles del ejército británico se difundió la frase «ese maldito Aníbal», reacia alabanza al negro enemigo. Él, al igual que el Aníbal de Cartago, había de las montañas un lugar infranqueable.

Toussaint, sin ayuda de los franceses, acosó implacablemente a los británicos durante un prolongado periodo de tiempo, y los hizo retroceder hasta la costa de la cual habían partido cuatro años antes. A finales del verano de 1798 había recobrado todos los puertos importantes, dejando a los ingleses inmovilizados en el rincón noroccidental de la isla.

Allí, un comandante británico, escocés de familia noble, tuvo uno de esos gestos gallardos que provocan sonrisas ante la caballería de esta nación, pero también respeto por su devoción al honor: Al comprender que los generales negros lo habían burlado, reunió a su plana mayor en su puerto de desembarco y les dijo:

-Esos tercios harapientos son un enemigo valiente. Brindémosles un verdadero saludo, que se lo han ganado.

Sus soldados decoraron la ciudad, construyeron un arco triunfal con flores, reclutaron a músicos locales para ampliar la banda militar y reunieron a los cocineros de la ciudad para que prepararan un banquete.

En el día designado, los oficiales británicos se levantaron temprano, vistieron sus uniformes de gala, cargados de insignias y medallas, y marcharon tras la banda hasta los límites de la ciudad, donde saludaron con todos los honores a los dos generales negros. Al acercarse los vencedores, los británicos tuvieron que sonreír, pues el alto Toussaint marchaba a pasos tan largos que el pequeño Vaval, un palmo más bajo, debía mover a doble velocidad sus piernas para

mantenerse a la par. Junto con el escocés, formaron la vanguardia del desfile y entraron en la ciudad, entre los locos vítores de los ciudadanos negros y el cortés aplauso de los blancos. Ante la iglesia local, Toussaint recibió una cruz de plata, que lució con orgullo en el trayecto hacia el salón de banquetes. Allí, en actitud de grandiosa solemnidad, escuchó al oficial escocés, gallardo adversario., que decía:

-En un principio, los británicos contamos con todas las ventajas: dominábamos todos vuestros puertos, ocupábamos la mayoría de ellos y os hicimos retroceder tierra adentro. Era una victoria total para nuestro bando. Los oficiales británicos aplaudieron. El orador continuó:

Pero pasamos por alto a estos dos generales: Toussaint L'OUverture, a quien no pudimos dominar por mucho que lo intentamos, y Vaval, que nos atacaba una y otra vez sin que lográramos atraparlo. -En este punto, los oficiales británicos se volvieron hacia los generales negros, aplaudiendo vigorosamente, entre gritos de: «¡Muy bien, muy bien!». Cuando volvió a hacerse el silencio, el escocés preguntó:- Decid con franqueza: ¿cómo lo hacíais?

Los dos generales negros, con los ojos llenos de lágrimas, no pudieron siquiera hablar.

Toussaint y Vaval permanecieron de pie en los muelles hasta que se hubo retirado el último de los soldados británicos. Cuando los siete barcos abandonaron el puerto, el primero dijo, casi quejumbroso: -Nuestros propios jefes franceses, Vaval, nunca nos demostraron siquiera la mitad del respeto con el que nos han tratado aquí nuestros enemigos. ¡Qué distinto pudo ser si nos hubieran tratado con honor!

-No era posible --dijo Vaval. -Ahora nosotros conquistaremos este país.

-¿Para los esclavos, quieres decir? ¿Para nosotros?

-Podemos cultivar la tierra igual que los franceses.

-Pero ¿por qué arriesgarse a combatir contra un león como Napoleón?

Toussaint, esclavo que no había tenido educación ni acceso a los libros ni amistad con hombres letrados, guardó silencio. También a él lo asombraba lo que estaba proponiendo: entablar una guerra contra el primer genio militar de su época.

-Ha llegado la hora, viejo amigo, de atacar a los franceses. -¡Espera! -rogó Vaval, levantando la voz en un tono desacostumbrado. No puedes seguir haciendo esto. Primero luchamos junto a los franceses; después, con los españoles; a continuación, otra vez con los franceses. Y ahora, ¿de nuevo contra ellos? Quedarás como un tonto.

-Nadie es tonto si calcula estrategias para obtener su libertad. Además, no tenemos alternativa. -¿Por qué no?

-Porque Napoleón jamás nos permitirá ejercer mando alguno en esta colonia. Tarde o temprano enviará tropas contra nosotros, -y con los hombros echados hacia adelante, como el pugilista que se prepara para atacar o defenderse, añadió un lúgubre comentario: Ahora nos prepararemos para lo que Napoleón mande contra nosotros. ¡Y qué sorpresa le daremos!

Los dos generales negros fueron a instruir a sus tropas para las batallas inevitables.

Durante su marcha a través de Europa; Napoleón solía recrearse leyendo, por las noches, los informes llegados de sus colonias. Por lo que se refería al Caribe en general, no estaba disgustado.

-Guadalupe está otra vez en nuestras manos; los alzamientos de esclavos, bajo control. Nuestra Martinica continúa en manos británicas, pero como represalia nos hemos adueñado de tres de sus islas más ricas. Ahora bien, ¿qué pasa en esa maldita Santo Domingo? ¿Qué hacen esos esclavos? ¿Están dirigidos por oficiales ingleses? Algún extranjero los guía. -y terminaba-: Tenemos que dar una lección a esos esclavos. Hay que enseñarles quién manda ahora en Francia.

Un asistente, que acababa de regresar de Santo Domingo para reunirse en Austria con Napoleón, le dijo:

-Ese tal Toussaint es una especie de genio militar innato. Como bien sabéis, se pasó a nuestro bando después de luchar por mucho tiempo contra nosotros, a favor de los españoles.

-Así que desertó para unirse a los españoles, ¿no? -lo interrumpió Napoleón.

-Con el general Vaval, un asistente muy capaz.

-El apellido parece francés.

-Es negro como la pez y un gran combatiente, pero es muy pequeño. Ayudó a Toussaint a expulsar a puntapiés de Santo Domingo a los británicos. Ahora se dice entre los esclavos que también nos echará a nosotros.

-¡Jamás! -gruñó Napoleón-. Ha llegado el momento de darles una lección. Que vuelvan a las plantaciones de azúcar.

Después de dar esta orden, sus asistentes vieron que los ojos le brillaban como si tramara algo. Supusieron que había ideado alguna estratagema para sorprender y aplastar a Toussaint y Vaval. No era así. Lo que le complacía era la perspectiva de librarse de Pauline, su hermana menor. Desde hacía cinco años le causaba un problema tras otro y cada uno siempre más difícil que el anterior. Apenas tenía veintiún años, pero ya se había visto envuelta en cinco o seis escándalos amorosos y parecía dispuesta a aumentar la lista en cuanto conocía a algún apuesto coronel o a un general casado.

Meses antes, Napoleón había creído resolver el problema desposándola con un joven oficial, de buena familia, llamado Charles Leclerc, hombre de estatura mediana, porte erguido, aspecto atractivo e ingenioso, Él mismo había asistido a la boda como padrino.

-Pondremos a Leclerc a cargo de la expedición a Santo Domingo. Que se gane su ascenso. Lo nombraremos duque o algo así. Eso alegrará a Pauline.

Cuando la orden estuvo lista, Napoleón advirtió a sus ayudantes: -Esto no figura por escrito, pero es muy importante, Pauline debe acompañarle. Tenemos que sacarla de París.

Se organizó una expedición de gran magnitud, utilizando nueve puertos desde Hónfleur al norte, hasta Cádiz, al sur, más treinta y dos mil soldados y equipo suficiente para un año de campañas en el trópico. Cuando Napoleón vio el informe final de lo que se enviaba a Santo Domingo -municiones, uniformes de recambio, medicinas y algunos barcos pequeños y rápidos, que servirían de mensajeros entre los grandes-, comentó:

-Si bien el joven Leclerc no es un mariscal Soult o Ney, contará con asistentes de probado mérito, que lo mantendrán en la dirección correcta.

Era una expedición enorme, todo un homenaje a Napoleón, por haberla armado, y a Francia, por tener hombres y equipo de sobra.

-Hemos pensado en todo -clamó Napoleón, cuando los diversos componentes de esta flota empezaron a hacerse a la mar desde distintos puertos. Pero ni siquiera él podía prever con qué clase de enemigo iba a enfrentarse su tropa.

Al anochecer del 9 de febrero de 1802, César Vaval, que ya tenía cuarenta y seis años, de pie en las rompientes de Cabo Francés, vio con temor y asombro once barcos franceses, que echaban anclas en la rada; mientras barcos más pequeños correteaban entre ellos.

El general Toussaint, a su lado, calculaba en silencio el número de soldados que traerían los barcos. Por fin dijo, sin emoción alguna: -Unos doce mil, quizá,

Y de pronto, el astuto negro se puso en acción; arrastrando al enmudecido Vaval a la ciudad, donde le ordeno:

-Esta noche será peligrosa, Pero enviaremos a esa muchedumbre que espera ahí afuera, de regreso a París ... si haces bien tu trabajo.

-Lo intentaré.

-Eso no basta. Tienes que hacerla. Mañana, y al día siguiente, y durante todo el tiempo que sea posible, manténlos allí. No les dejes desembarcar. Di que hay una plaga, cualquier cosa, con tal de mantenerlos a bordo durante dos días.

-¿Dónde estarás tú?

-Bajando con nuestras tropas de las montañas. Y mientras yo hago eso, tú te encargarás de que todos los blancos y los libres de color que aún haya en esta ciudad sean expulsados ... ¡expulsados!

Para sorpresa de Vaval, Toussaint echó a correr como una liebre por las calles desiertas, gritando:

-¡Montones de leña aquí! ¡Acumulad ramas secas allá! ¡Traed heno de los graneros! Vamos a encender una fogata que se verá desde Francia. -Después de indicar a Vaval qué casa debía incendiar primero para obtener un gran fuego, añadió con gesto sombrío -: Quienquiera que sea el general que espera allí afuera, cuando mire hacia la costa tendrá una buena muestra de lo que le espera si pone la punta de un pie en nuestro suelo.

Toussaint suponía, acertadamente, que los soldados franceses tardarían algún tiempo en comprender que Vaval, el jefezuelo local, los estaba haciendo pasar por tontos. En esos días de espera, Vaval tuvo tiempo de llevar a cabo las órdenes. Sacó de la ciudad a los blancos y a la mayoría de los mestizos que quedaban y amontonó material combustible en las esquinas. Pero dos de las órdenes no pudo cumplirlas, pues dio con hombres tan bravos y resueltos como él. El Chateau Espivent fue imposible de someter, pues un grupo de *grands blancs* se había reunido allí bajo la dirección del propietario y resistía todos los ataques.

Tampoco pudo contra un grupo de libres de color, dispuestos a vencer o a morir, que habían huido al gran teatro llamados por Xavier Prémord y disparaban con mortífera precisión.

En el segundo anochecer, cuando el repiqueteo de los disparos en la costa se oyó desde todos los barcos de la flota, Leclerc ordenó:

-Al anochecer desembarcaremos. Que todas las fuerzas aborden naves pequeñas para atacar la playa..

-¡Charles! ¡La ciudad está en llamas! -le gritó su esposa una hora antes del alba.

Leclerc subió a cubierta con el resto de los generales y vio llamaradas elevándose sobre la ciudad destinada a ser capital de la colonia y sede de su gobierno.

Fue un día horrible, casas y edificios se quemaron hasta los cimientos. La mayor parte de la ciudad quedó arrasada, pero los dos centros reciamente defendidos por Espivent y los libres de color, aún se mantenían desafiantes al apagarse las brasas. Desde las murallas del chateau, los *grands blancs* disparaban contra todos los negros atacantes y lograron mantenerlos a raya. Aun así hubo un momento en que las defensas estuvieron a punto de ceder, pero el general Vaval en persona, tal como en otros tiempos había defendido Colibrí, corrió a dar una seca orden: «Retiraos; ése era decente». Y el chateau se salvó.

También sobrevivió el teatro, pues allí los libres de color, con Prémord a la cabeza, con sus fusiles disparando incesantemente, obligaron a retroceder a los esclavos; las ramas encendidas que éstos blandían eran inútiles contra los fusiles.

El general Leclerc, quien desde ese distante punto de observación no podía apreciar si algo se había salvado, se mostró valiente. Con los ojos enrojecidos por el humo que envolvía la flota, exclamó:

-¡Todo el mundo preparado para atacar las playas! ¡Yo iré a la cabeza!

Los pequeños botes se llenaron de soldados. Cuando Leclerc se disponía a unirse a ellos, Pauline le cogió un brazo y susurró: -Cuando se es el jefe, la primera impresión lo es todo.

Entonces lo obligó a vestir uno de sus mejores uniformes, con faja y bicornio. Cuando desembarcó, Pauline iba de su brazo, ataviada con sus mejores galas. Eran emisarios del gran Napoleón, llegados para tomar el mando de la capital, desde donde se iniciaría la reconquista de la colonia. Como llegaban decorosamente vestidos y sin miedo, infundieron en los sobrevivientes blancos de Le Cap un valor que de otro modo les habría faltado.

Mientras la apuesta pareja caminaba por la desolada ciudad, un residente salió de su chateau de piedra, desde el cual veía el mar, y se adelantó agitando una bandera francesa:

-¡Soldados de Francia! -gritó-. ¡Venid a salvarnos! -Era Jérôme Espivent, que los saludó diciéndoles -: El general negro que incendió la ciudad ha

mantenido a sus hombres lejos de mi casa. Era uno de mis esclavos y me respeta por la caridad con que lo traté.

-Buen presagio -dijo Pauline, graciosamente.

Entonces Espivent abrió su capa azul, hizo una profunda reverencia, y le besó la mano.

-Mi casa es vuestra. -Y, dirigiéndose al general, añadió-: Mi ciudad .en cenizas es vuestra capital, pues estoy seguro de que la reconstruiréis.

Con tan emotivos términos, Leclerc tomó posesión de la casa y se sumergió en aquel torbellino de colonia que debía someter y gobernar. Mientras Pauline permanecía abajo, dando indicaciones a los cuatro esclavos domésticos de Espivent, sobre cómo colocar los muebles, su esposo se retiró a un cuarto de la planta alta, donde abrió una carta que Napoleón le había entregado ocho semanas antes, en París.

Es uno de los documentos más maquiavélicos de la historia, todo un tesoro para los estudiosos que más adelante tratarían de desentrañar los misteriosos mecanismos de la mente de Napoleón. Nadie se explica por qué consintió el gran general que sobreviviera una copia del mismo, pero ahí está, bajo la dura luz de la historia, revelando la inmoralidad y la hipocresía de su autor.

Nápoleón daba a Leclerc minuciosas instrucciones, sin saber que sus órdenes, en muchos sentidos, coincidían con las que el rey Felipe de España había dado a Medina-Sidonia, el infortunado almirante de su Armada. Si Bonaparte hubiera tenido conciencia de la similitud y de los lamentables resultados que obtuvo el rey Felipe, quizás habría dado a su hermana y a su cuñado más libertad para tomar sus propias decisiones.

La recuperación de Santo Domingo, según escribía, sería relativamente sencilla si se seguía un plan rígido: quince días para ocupar todas las ciudades portuarias, alrededor de, un mes más para atacar a los ejércitos de esclavos desde varias direcciones, y no más de seis meses para rastrear a las unidades aisladas que, sin duda, tratarían de refugiarse en las montañas. Después de eso, se proclamaría la victoria y las tropas podrían volver a la patria.

Esa estrategia militar era de primera clase, aunque el tiempo fijado parecía más acorde con el ataque a un principado europeo sin montañas; pero las órdenes subsidiarias resultaban vergonzosas. Leclerc, según ellas, debía variar completamente de actitud en cada una de las tres etapas de ocupación:

*En cuanto hayas asegurado la victoria, desarmarás sólo a los negros rebeldes, hablarás con Toussaint y le prometerás todo lo que pida hasta que*

*domines los enclaves vitales de la colonia. En esta fase, los principales agentes de Toussaint, blancos o de color, serán indiscriminadamente cargados de honores, atenciones y garantías de que, con el nuevo gobierno, retendrán sus cargos. Y todos los negros que ocupen cualquier tipo de cargo serán halagados y bien tratados; asimismo, les harás todas las promesas que consideres necesarias.*

Pasados los quince primeros días e iniciada la segunda etapa, habría que apretar las tuercas y se aplicaría sobre Toussaint tanta presión que le sería imposible confiar en las unidades aisladas en las montañas para continuar la lucha.

*Ese día, sin escándalo ni daño, sino con honor y consideración, se lo pondrá a bordo de una fragata para su inmediato envío a Francia. Y ese mismo día, en toda la colonia, arrestarás a todos los sospechosos, cualquiera que sea su color, y también a los generales negros, sin tener en cuenta su patriotismo ni sus servicios pasados.*

*No permitirás el menor desvío en el cumplimiento de estas instrucciones, y quienquiera que hable de los derechos de los negros, que tanta sangre blanca han derramado, será enviado a Francia, sin importar el pretexto, el rango ni los servicios prestados.*

La cuarta instrucción era tan infame que no podía ponerse por escrito. Napoleón no quería arriesgarse a que alguien viera las explosivas palabras «vuelta a la esclavitud», así que durante la última reunión con su cuñado en París le había dicho personalmente: "Esclavitud" es una palabra que no debe ser pronunciada. Pero ese sistema habrá de reinstaurarse tan pronto como lo permitan las condiciones».

Siguiendo estas órdenes, Leclerc se reunió por primera vez con los líderes de la colonia. Como en los viejos tiempos, descubrió que lo esperaba un grupo compuesto sólo por blancos. Les aseguró que, con las tropas traídas desde la patria, restauraría prontamente el orden en la colonia rebelde, si contaba con la guía y la ayuda de todos ellos. Durante la frugal cena que siguió a la reunión, Jérôme Espivent brindó:

-Por nuestros salvadores venidos de Francia. -Después le aconsejó a Leclerc:- No acerquéis las manos a los libres de color, que no harán sino mancharos. Y no confiéis en las tropas negras, que son tan variables como el viento. Los hombres y las mujeres presentes en esta habitación son los únicos en quienes podéis confiar. Estamos dispuestos a morir por Francia, siempre que se pueda detener este desdichado alboroto, esta destrucción de nuestras propiedades.

Espivent no hablaba por hablar; en todos los sucesos acaecidos desde el alzamiento de 1791, se había mostrado dispuesto a dar su vida en defensa de los



principios en los que había sido educado. Ahora, cumplidos ya los sesenta años, seguía pensando igual.

Comenzó entonces la histórica batalla por Santo Domingo. En las regiones costeras del norte, el general Leclerc y su inmenso ejército lo dominaban todo: Con el entusiasta apoyo de los blancos, comandados por Jérôme Espivent, trazaron cuidadosos planes para someter a los esclavos rebeldes y capturar a Toussaint y a Vaval. Para ello, las tropas francesas sofocaron la rebelión de los esclavos en zonas cada vez más pequeñas, en el centro y el sur de la colonia. Cuando el nudo corredizo estuviera tan ajustado que los negros ya no pudieran conseguir armas, provisiones ni reclutas nuevos, Toussaint y Vaval no tendrían más opción que rendirse.

Leclerc ejecutó admirablemente el plan, demostrando un talento para las tácticas militares que asombró incluso a sus propios subordinados. No cometió un solo error, y casi en el plazo fijado por Napoleón consiguió expulsar a los hombres de Toussaint de las zonas septentrionales y acorralarlos en las montañas. Conseguido este objetivo, pudo informar a Napoleón en una carta: «Hemos desmoralizado por completo a los esclavos; en cualquier momento se rendirán sus generales».

Toussaint y Vaval se negaban a pensar siquiera en la rendición. Cuando las perspectivas parecían pésimas el general decía a su asistente:

-Mi fiel amigo, somos más fuertes con cada paso que damos hacia atrás ... más compacto nuestro bando ... más disperso el de ellos.

Pero cierto día en que Leclerc penetró con sus hombres nueve kilómetros más en las montañas, Vaval se recostó contra un árbol, exhausto, y preguntó:

-Este Leclerc, ¿nunca renuncia?

-Renunciará -replicó Toussaint:-. El tiempo, las montañas y otros sucesos que no podemos prever lo obligarán a embarcarse nuevamente para retornar a Francia.

Mientras tanto, Jérôme Espivent, siempre a cargo de su chateau, utilizado a modo de cuartel general, estaba perplejo ante los desagradables incidentes que allí ocurrían. Notó que un oficial francés tras otro acudían allí a tomar té o vino con la señora Leclerc, mientras su esposo estaba ausente. Como estos visitantes subían a las habitaciones que Pauline ocupaba en el piso alto, Espivent comenzó a sospechar que el general tendría más dificultades para manejar a esa bella joven que a los generales negros. Pero ella era hermana de Napoleón, de modo que guardaba silencio. Después de un escandaloso incidente, se dijo:

Es italiana, a fin de cuentas, y tal, vez eso lo explique todo. Como caballero de educación casi aristocrática, no podía creer que la esposa francesa de un general se comportara de ese modo con oficiales de menor rango.

En cierta ocasión, mientras observaba los juegos de Pauline con un coronel casado, perdió los estribos y le preguntó a un teniente:

-Esa mujer, ¿nunca está satisfecha?

-Espero que no lo esté demasiado pronto -replicó el joven con una sonrisa lasciva.

Espivent consideraba que, por ser miembro de una noble familia francesa, debía discutir este asunto con el general Leclerc, pero cuando veía al joven volver exhausto de sus persecuciones, no osaba inquietarlo con la conducta de Pauline. Lo que este hombre necesita no es un sermón sino descanso, se decía. Cuando ellos dos cenaban solos, pues muchas noches Pauline marchaba con algún otro a la ciudad en ruinas, Espivent se limitaba a preguntarle por Toussaint.

-Lo hemos puesto nervioso --era cuanto decía Leclerc-. Lo noto por los movimientos que hace.

-¿Cómo podéis notar una cosa así?

-Lo he visto ya tres veces. Tenía una huida obvia hacia el sur y hasta podría habernos hecho bastante daño al descender. Pero rechazó la retirada que le dejábamos. ¿Sabéis por qué?

-Mi mente no funciona como la de los negros.

-No es un negro, Espivent. ¡Maldita sea, es un general de pies a cabeza! Y si yo no tuviera en el campo de batalla tres ejércitos más que él, no lo cogería jamás.

En marzo y abril de 1802, Toussaint L'Ouverture entró en la historia militar debido a una operación magistral de retirada estratégica, con la que atrajo a Leclerc aún más hacia las montañas. Con su táctica provocó la admiración no sólo de los adversarios franceses, sino también de los capitanes de barcos norteamericanos que llegaban a Cabo Francés con municiones enviadas por los arsenales de Boston.

-Todavía no habéis cazado a ese negro, ¿verdad? Será mejor que os andéis, con cuidado. Cuando os tenga atrapados en las montañas, girará en redondo para incendiar otra vez esta ciudad.

Un capitán tenía un diario de Charleston, donde aparecía un artículo sobre la repercusión de las hazañas de Toussaint sobre los esclavos de Carolina

del Sur: «Napoleón debe aplastar definitivamente a ese hombre, porque no puede permitirse que su ejemplo contagie a nuestros dóciles esclavos de los estados sureños».

Sin embargo, pese a la brillantez y el valor de los generales negros, Leclerc demostró ser tan tenaz como un sabueso al aferrarse a los talones del enemigo. Llegó el día en que Toussaint tuvo que enfrentarse con el hecho de que no podía continuar indefinidamente la lucha. Por lo tanto, una noche oscura de fines de abril, pidió al único hombre en quien podía confiar que pasara con él entre las sombras.

-Querido compañero de batallas, no puedo continuar con esta lucha.

-¡Toussaint! --exclamó Vaval-. ¡Si están huyendo!

-¿Qué tonterías dices, viejo amigo?

-Hablo en serio.

-Leclerc nunca ha renunciado. En este mismo instante viene siguiéndonos. Está ahí fuera.

-No me refería a los soldados que tiene en el campo de batalla, sino a los que están ya en la tumba. -A continuación, le explicó a Toussaint la información que le habían dado sus espías: Esa combativa unidad que sirvió a orillas del Rin y que tantos problemas nos causó al principio; ¿por qué no nos ataca? Una negra que ayuda a atenderlos explicó la razón: hace tres meses comenzaron con unos mil trescientos hombres.

-¿Y cuántos son ahora?

-Quedan sólo seiscientos con vida, de los cuales cuatrocientos están en el hospital; así que quedan sólo doscientos en condiciones de combatir.

-Pero siguen llegando refuerzos -advirtió Toussaint.

-Sí, pero siempre del norte de Europa -respondió Vaval.

-¿Qué importancia tiene eso?

-No están habituados a los trópicos. Veamos cuántos pueden enfrentarse contra nosotros dentro de dos semanas.

Toussaint sentía que su vida y sus esfuerzos se acercaban al fin; no podía permitirse el lujo de esperar siquiera las dos semanas que habrían servido para verificar la predicción de Vaval, y a la mañana siguiente despertó a César antes del alba:

-Viejo amigo, no tengo escapatoria. Debes acompañarme.

Juntos, bajo bandera blanca, se acercaron a las líneas francesas para acordar condiciones honorables que permitieran la rendición de Toussaint, Vaval y los demás. Los oficiales franceses que representaban a Leclerc, sumamente satisfecho de recibir esa noticia" ofrecieron al líder negro las condiciones exactas que Napoleón había dispuesto. Leclerc y Toussaint se estrecharon la mano como respetables generales: «Francia otorga la libertad a todos vuestros soldados negros. Nunca más habrá esclavitud. Vos y vuestros oficiales, como Vaval aquí presente, seréis parte de las fuerzas imperiales de Napoleón, sin pérdida de rango. Y si preferís vivir retirado en vuestra antigua plantación, hacedlo; Francia os concederá una guardia de honor de cuatro hombres escogidos entre vuestra plana mayor, de por vida»:

Era más generoso de lo que esperaban los revolucionarios negros, y Vaval lo consideró como reconocimiento a la integridad de Toussaint, quien rara vez mataba a los civiles y que se adhería con decisión a un principio único: «Los esclavos deben ser libres». En el mundo entero, desde los primeros esfuerzos de Espartaco, era el primer general de esclavos, y negro por añadidura, que había alcanzado su meta.

El 6 de mayo de 1802, exactamente tres meses después de la llegada del general Leclerc, las unidades francesas estacionadas en Le Cap recibieron un tardío y generoso desayuno a las ocho. A las diez se les ordenó vestir uniforme de gala y a las once formaron para saludar a los generales Toussaint L'Ouverture y César Vaval, que rendían sus espadas al poder superior del primer cónsul Napoleón Bonaparte y a su cuñado Leclerc. Pauline, que presenciaba la ceremonia desde un pequeño trono instalado en la plaza, pensó: ¡Qué apuesto es ese Toussaint! Dicen que ya ha cumplido sesenta años, pero tiene el porte de un potro.

El 5 de junio de 1802, tras un mes de ociosidad en su plantación, Toussaint fue invitado a una cena de gala en los cuarteles vecinos del general Brunet.

Estaba tan ávido de pasar una tarde entre serenos recuerdos militares que invitó a su asistente, el general Vaval, a que lo acompañase. -En cuanto estos franceses toman una botella de vino, conversan como nadie, y eso me gusta.

Pero al acercarse a la plantación donde esperaba Brunet, Vaval tuvo una visión apocalíptica, sofrenó su caballo y ordenó a los soldados negros que acompañaban a los dos generales que se adelantaran. Entonces dijo, con pánico en la voz:

-¡Toussaint! Te espera la muerte si entras ahí. Vuelve, por el amor de Dios. Por lo que más quieras, ¡no vayas!"

-¿Qué tienes, viejo amigo?

-¡Terror! ¡Tiemblo de terror! -contestó Vaval, y mostró su mano trémula.

-¡No seas, tonto! Recoge tus riendas y continuemos hacia nuestra pequeña celebración.

-¡No puedo! Sobre esa casa ronda el ángel de la muerte.

Vaval giró entonces en redondo y se alejó al galope, como si enemigos infernales le pisaran los talones. Jamás volvería a ver a su héroe.

Toussaint y sus nueve acompañantes entraron a caballo en el recinto de la plantación, e hicieron la, venia a los soldados franceses que allí aguardaban. Éstos, a su vez, saludaron a Toussaint, quien arrojó las riendas a uno de los hombres:

-Que los caballos descansen aquí.

Después de dar órdenes a los soldados franceses de alimentar a sus acompañantes, fue a reunirse con los oficiales.

Apenas había entrado en el salón cuando el general Brunet se adelantó para abrazarlo como a un hermano, luego se disculpó por un momento para ocuparse del vino. En cuanto salió de la habitación, los oficiales franceses que rodeaban a Toussaint desenvainaron las espaldas y dirigieron las puntas hacia su cuello y su corazón:

-Ciudadano Toussaint, estáis arrestado.

Brunet, visiblemente alterado por el desgraciado acto que, se había visto forzado a cometer, volvió al salón.

"Yo no he tenido nada que ver con el arresto del general Toussaint», declararía más tarde en los interrogatorios. Pero en ese momento se limitó a informar al detenido:

-Se os envía a Francia ... atado de pies y manos.

Traicionado con una falta al honor tan sucia que todos los uniformados la repudiaron, Toussaint fue inmediatamente arrojado a bordo de un pequeño barco francés y, maltratado como prisionero por haber deshonrado a Francia, se lo llevó a Brest, desde donde fue trasladado rápidamente a una fortaleza en la frontera suiza. Allí, estuvo bajo el cuidado de un carcelero que le hizo pasar

hambre y lo ridiculizó como negro que había aspirado, absurdamente, a la igualdad con los franceses.

Con frecuencia, durante esos días de degradación; reflexionaba sobre el tratamiento que había recibido de sus dos enemigos.

-Los ingleses, a quienes hice sufrir mucho -decía a su carcelero-, me ofrecieron un banquete, brindaron por mí, considerándome un enemigo honorable, y me abrazaron antes de embarcarse. Vosotros, los franceses: me ofrecisteis una cena como cebo, vuestro general faltó al honor y se me arrojó a esta mazmorra mugrienta. -y mirando fijamente al carcelero, añadía-: ¿Cómo podéis hacer estas cosas a un ciudadano francés que luchó por Francia contra los españoles y los ingleses para proteger vuestros derechos?

El hombre no comprendía nada de este dilema moral. Un día de primavera, en 1803, cuando llevó el desayuno al general Toussaint' L'Ouverture, lo encontró muerto de frío en su celda, protegido por una delgada manta.

Con el arresto y la deportación de Toussaint, el general Leclerc estaba seguro de que la victoria definitiva se acercaba. Tal como aseguró a los amigos de Espivent, durante una cena ofrecida en el castillo:

-Sólo tengo que someter a ese Vaval y la pacificación de Santo Domingo estará terminada-. Nuestras tropas podrán entonces volver, a Francia.

Si Leclerc hubiera podido consultar en ese momento con su último adversario, el general Vaval, habría descubierto que el comandante negro valoraba la situación en idénticos términos, pues estaba en las montañas, con un puñado de soldados negros, y esa fuerza disminuía de semana en semana. Sus otros generales, Jean-Jacques Dessalines y Henri Christophe, se habían pasado al bando francés, mientras que los líderes libres de color André Rigaud y Alexandre Pétion habían huido a París, donde los hombres de su casta estaban a salvo, por el momento. Sólo quedaba él, con algo parecido a un ejército.

Una noche, cuando la derrota y la rendición parecían ya inevitables, se sentó con su esposa al borde de un bosque. No se lamentaba de su destino, pues estaba dispuesto a todo, sino del de su noble líder, Toussaint..

-Él los derrotó a todos, Marie. Era fantástico, un genio. Derrotó a los españoles antes de unirnos a ellos. Empujó a los ingleses hasta el mar. Venció a los ejércitos de libres de color cuando lo atacaron y, sobre todo, derrotó a los franceses antes de que nos lanzaran miles de reclutas nuevos. ¿Y qué consiguió? Nada. Ganó todas las batallas, pero perdió la guerra.

-Nos consiguió la libertad. Ya no somos esclavos -replicó su esposa.

-Por lo que sé, eso fue obra de hombres de buen corazón, allá en Francia.

-Pero somos libres. Aunque te rindieras mañana, eso no cambiará. Eso no lo cambia ni siquiera el hecho de que Toussaint esté encarcelado.

Esta victoria era pobre consuelo para Vaval, quien sólo preveía la inminente derrota de sus últimos soldados y su propia rendición, la del general negro que había resistido hasta el fin. Esa noche durmió en un tosco jergón bajo los árboles, sumido en la sensación de derrota.

Pero al amanecer lo despertaron unos centinelas que traían aun mendigo negro que había tratado de infiltrarse entre las filas. Tenía más de setenta años y estaba flaquísimo; su cuerpo enjuto y encorvado daba muestras del hambre y las penurias soportadas para unirse a los esclavos rebeldes de Santo Domingo. Mantenía la cabeza gacha en tant los centinelas lo empujaban hacia el general.

-¿Quién eres? -preguntó Vaval consciente de que aquel hombre, que hasta temía levantar la vista, era de poca utilidad a un ejército.

Tanto él como los soldados negros se llevaron una sorpresa al oír que el hombre respondía, en excelente francés:

-Yo era esclavo en Guadalupe. Hubo un júbilo indecible cuando los de París nos enviaron la maravillosa noticia: «Ya no sois esclavos, sino hombres libres para siempre, como nosotros, en Francia». Podíamos comprar tierras, trabajar por un salario, casarnos y tener un hogar, como deben tenerlo hombres y mujeres;

-Como aquí --dijo Marie Vaval-. Ya no somos esclavos.

-Mi esposa dijo lo mismo: «¡Ya no somos esclavos!». Pero entonces vino ese monstruo de Napoleón y nos gritó: «¡Sois esclavos otra vez, y esclavos seréis siempre!» -dijo el mendigo.

-¿Qué? -gritó Vaval. Los soldados que habían capturado al forastero llamaron a otros para que se acercaran a oír la horrenda noticia.

-¡Sí! La esclavitud vuelve a oprimirnos en Guadalupe. Y volverá aquí también; a menos que luchéis hasta la muerte. Vendrá en el próximo barco ... o en el siguiente. Miradme la espalda. -El hombre se levantó la delgada camisa para mostrar las cicatrices entrecruzadas de su piel negra- Me lo hicieron cuando me cogieron tratando de escapar de la isla por primera vez. «No debes decir en las otras islas que la esclavitud vuelve. Ya se enterarán cuando convenga.» Temían desesperadamente que otros esclavos se enteraran en un mal momento para sus,

intereses, como ahora en esta isla, mientras vosotros tenéis todavía ejércitos en el campo. Tienen miedo de que la noticia os haga combatir con más fuerzas.

Aunque la novedad infundió en Vaval una súbita ira, no estaba seguro de que el hombre dijera la verdad; bien podía ser un agente enviado por los franceses para instar al resto del ejército negro e iniciar acciones precipitadas.

-¿Cómo llegaste hasta nosotros desde Guadalupe?

-Con dificultad ... ocultándome de los perros rastreadores, golpeado casi hasta la muerte en mi primer intento, confiando en compañeros que perdieron el valor cuando vieron la inmensidad del mar que debían cruzar. Sin comida ... luchas en los cañaverales ... una canoa robada ...

Mientras el refugiado hablaba, Vaval oía sólo el inicio de sus frases, pues recordaba los tiempos pasados en los cañaverales del sur, cuando su padre, el esclavo Vavak, contaba a sus hijos la misma historia: «Un bote robado ... una playa de Puerto Rico ... escapar de los perros en . Santo Domingo ... ». La historia de los refugiados negros que buscaban la libertad no tenía fin, no cambiaba jamás. A veces, como en esa conversación, las palabras y las imágenes estallaban con terrible furor, cegando a los hombres hasta empujarlos a un riesgo de muerte.

-:Eres uno de nosotros -interrumpió Vaval-. Trabajarás conmigo ... cerca ... porque necesito oír tus palabras: ,«Napoleón nos llevará otra vez a la esclavitud». ¡No, por Dios que no! y reunió a su, esposa, al mensajero y a todos los lugartenientes.

Juntos juraron, en las lindes del bosque, ante un barranco que los separaba de las tropas francesas estacionadas en Le Capl. Desafiaremos a Napoleón hasta la muerte. Nunca más volveremos a ser esclavos.

A partir de ese día, el general Vaval, luchando solo, se convirtió en un huracán militar comparable a los ciclones naturales que asolaban periódicamente el Caribe. Batalla tras batalla, sorprendió a los ejércitos franceses, cuyas tropas lo superaban en una proporción de seis a uno.

"Pero como Charles Leclerc también era un hombre heroico y sabía. aprovechar su superioridad numérica, logró hacer retroceder poco a poco al harapiento ejército de Vaval, hacia el último valle, donde no tendrían escapatoria. Vaval, al comprenderlo así, se acercó aún más a su esposa, que lo había apoyado en tantas noches tristes, y juntos juraron:

-Jamás volveremos a ser esclavos. Los franceses no nos capturarán con vida.

Pese a la valiente altivez de su general, los ex esclavos habrían sido empujados hacia la encerrona final si no hubiera llegado a Santo Domingo un



tempestuoso aliado dispuesto a combatir por ellos. Era un implacable adversario: el general Fiebre Amarilla. La predicción de Vaval iba a convertirse en realidad. La enfermedad atacó a los soldados franceses con tal furia que los europeos fueron aplastados por su embestida. El mal, transmitido por los mosquitos, hecho por entonces ignorado, atacaba el hígado, provocando ictericia, pero también provocaba fiebres e implacables dolores de cabeza y de espalda; después se producían diminutas roturas en los tejidos blandos de la garganta y los pulmones, que terminaban en terribles hemorragias.

La celeridad con la que sobrevenían estas diversas manifestaciones era horrorosa. Con frecuencia, la muerte llegaba a los tres días del primer ataque, y una vez que la enfermedad se presentaba ya no había curación conocida. A veces la enfermedad desaparecía sola, el descanso, el sueño y una buena dieta favorecían el proceso; después el paciente quedaba inmune por el resto de su vida. Y esa era la principal diferencia entre los recién llegados del general Leclerc y los veteranos de la colonia, como el general Vaval y sus tropas negras; éstos, por haber tenido leves ataques en la juventud, eran inmunes, mientras que los hombres de climas nórdicos eran víctimas vulnerables.

Las bajas fueron mucho mayores de lo que Vaval había previsto aquella noche en su conversación con Toussaint. Como promedio, en cada unidad de mil soldados morían ochocientos cincuenta y cien iban al hospital. Si el comandante tenía suerte, quedaban unos cincuenta disponibles para un servicio limitado, pues podían estar contagiados por una forma más leve de la misma enfermedad. Era monstruoso. Las tropas que llegaban de Europa no proporcionaban refuerzos a las filas, sino nuevos blancos para los mosquitos.

Así pues, la traición contra el general Toussaint dio poco resultado. Aunque algunas unidades negras se unieron a los franceses, con la esperanza de hallar puestos decentes una vez terminada la guerra civil, los patriotas empecinados como Vaval se retiraron a los refugios de la selva y sólo emergían sigilosamente, de vez en cuando, para castigar a las unidades francesas que se descuidaban. De este modo mantenían una presión implacable, respondiendo siempre que los franceses cometían barbaridades contra ellos.

Eri Puerto Príncipe, los franceses que defendían la ciudad –ayudados como siempre, por los libres de color que aún confiaban en ser aceptados por los blancos cuando el problema acabara si los auxiliaban en esos momentos difíciles creyeron desalentar a Vaval erigiendo un alto patíbulo en el límite de la ciudad, para que los soldados negros pudieran ver los ahorcamientos. Todos los mediodías ejecutaban ahí un prisionero negro.

-Erigid un patíbulo alto en esa loma y traedme a todos los prisioneros blancos que tengamos -dijo Vaval a sus hombres.

Al día siguiente, al mediodía después de que los blancos de la ciudad hubieron ahorcado a un negro, los rebeldes hicieron lo mismo con un blanco. Después de tres días, Vaval convocó a todos los prisioneros blancos y les dijo:

-Escribid vuestros nombres en una lista, luego elegid a uno del grupo para que lleve este mensaje a la ciudad: «Podemos jugar a esto tanto tiempo como vosotros. He aquí los nombres de los próximos en morir». Así cesaron los ahorcamientos públicos.

Santo Domingo se había convertido en un mundo fantasmagórico, sin motivo ni justificación, tal como puede verse en una experiencia del general Vaval con el Segundo Batallón Polaco. Napoleón, profundamente preocupado por la posibilidad de que las tropas polacas que servían en Europa pudieran dedicar sus energías a establecer una Polonia libre, suspendiendo su lucha en favor de Francia, decidió enviarlos a Santo Domingo para que apoyaran a Leclerc. Cinco mil polacos, sin ningún contacto previo con los trópicos y temerosos de ellos, desembarcaron en Cabo Francés a fines de 1802 y fueron inmediatamente obligados a luchar contra las tropas negras de los sucesores de Toussaint.

Tras una serie de escaramuzas en las que los polacos combatieron bien, se encontraron prestando apoyo a las tropas francesas en una bonita ciudad edificada junto al Caribe, el puerto marino de San Marcos, donde ellos, los polacos, tuvieron que desempeñar el papel de villanos en un cruel conflicto. Un general negro, que había estado combatiendo como fiel aliado de los franceses, decidió que le esperaba un futuro mejor si él y sus hombres se pasaban al ejército de esclavos del general Vaval. Fue una decisión prudente, pero al alejarse abandonó una unidad de su ejército, formada por más de cuatrocientos soldados negros que estaba estacionada dentro de la ciudad de San Marcos, entre las unidades francesas y polacas.

Cuando el general francés al mando del batallón polaco se enteró del vergonzoso acto de su ex camarada -el de pasarse con más de la mitad del ejército conjunto al enemigo- ordenó a sus subordinados:

-Los negros de ahí fuera todavía ignoran lo que ha pasado. Desarmadlos y reunidlos en la plaza pública..

-El general quiere hablar con nosotros sobre el próximo ataque. Guardad vuestras armas y seguidnos -explicaron los oficiales

Cuando los confiados negros obedecieron, adelantándose para escuchar los planes del general, le oyeron gritar, a sus propios hombres y a los polacos:

-¡Cerrad filas! En el perímetro de la plaza, los soldados armados, franceses y polacos, formaron una rígida barrera, con las bayonetas apuntando a los negros. Luego llegó la orden grave y temible: ¡Soldados, matadlos a todos!

La orden se ejecutó con bayonetas, pero sólo con las de los polacos, mientras los franceses aguardaban, dispuestos a usar sus armas sobre cualquier negro que escapara. Fue espantoso y rápido. Los hombres, desarmados, eran destripados de un solo movimiento poderoso, recibían un bayonetazo en el corazón o caían de rodillas, heridos, para acabar muriendo a golpes. Los pocos que lograron huir hacia las casas cercanas fueron arrastrados nuevamente hasta la plaza, donde los mataron mientras suplicaban piedad de rodillas. No escapó un solo soldado negro ni un solo soldado francés tuvo que disparar su arma. Los polacos lo hicieron todo.

Cuando la noticia de esta masacre llegó al general Vaval, que esperaba para dar la bienvenida al destacamento, el asco se apoderó de él. -¿Quién llevó a cabo la matanza? -preguntó.

-El batallón polaco -dijo alguien.

Él guardó silencio durante un rato, luego dijo:

-No deberían siquiera estar aquí. La fiebre amarilla matará a la mitad. -y luego hizo un juramento-: Los perseguiré hasta exterminarlos, hombre por hombre .

-Yo estuve allí, señor. Fue el general francés quien dio la orden .. y los soldados franceses rodeaban la plaza -le dijo un soldado. -Naturalmente-dijo Vaval.

En los siguientes meses -atacó varias veces con la esperanza de ajustar cuentas con los polacos asesinos. No tuvo éxito. Sin embargo, los espías le informaban que los europeos sucumbían a los embates de la fiebre amarilla, aún más rápido de lo que él había pronosticado: «Dos de cada tres polacos han muerto o están en el hospital»

Pero él continuaba rastreando obstinadamente sus movimientos. Más de un año después, tras varias victorias con su ejército de esclavos, considerado ya por la masa de negros el mejor de sus generales, inició un ataque que lo llevó a un rincón montañoso de su antigua plantación. Mientras sus asistentes armaban su tienda, un espía le llevó noticias:

-Esa colina alta está ocupada por tropas. Todos los cañones apuntan hacia aquí

-Si tratamos de tomarla, perderemos muchas vidas -murmuró Vaval.

-Los soldados son todos polacos -dijo entonces el espía-: El Segundo Batallón.

Al oír esto, Vaval quedó paralizado por la indecisión, Esos hombres eran el cruel grupo que, en San Marcos, había exterminado a los soldados negros indefensos. Esos polacos no conocían la decencia ni las reglas de la guerra, y merecían morir. Morirían, sin duda, si él rodeaba la colina para impedirles la fuga y luego lanzaba un ataque contra ellos. Pero si lo hacía perdería a muchos de sus mejores hombres, e inútilmente. Por una vez no supo qué hacer. Temía atacar al amanecer sólo para calmar viejos rencores, pues perder hombres de ese modo sería poco honroso.

A medianoche, cuando la luna descendía hacia el horizonte, el general negro pidió tres valientes voluntarios que deberían marchar delante de él, con antorchas, para iluminar la bandera blanca que él llevaría en alto. Cuando se formó el grupo, los cuatro se adentraron en la noche:

-¡Tregua, tregua! Queremos salvaras la vida.

Cuando llegaron al punto en donde el camino empezaba a elevarse abruptamente, recibieron la voz de alto de unos soldados franceses. El teniente que los comandaba se adelantó para parlamentar. Entonces los soldados negros tiraron sus antorchas al suelo y apuntaron con sus armas a los franceses.

-Soy el general Vaval. -Las antorchas iluminaban su rostro grave y decidido-. Vengo para ofreceros condiciones honrosas, si queréis abandonar esta colina. ¿Quién está al mando?

-No se me permite decirlo, pero es un coronel. Un buen combatiente.

-Decidle que puede obtener buenas condiciones -si conversa conmigo ... algo honorable.

El teniente dio una orden a sus hombres, que esperaban detrás de él, en la oscuridad:

-Tres pasos al frente. Es una tregua legítima.

Cuando aparecieron los polacos para enfrentarse con los soldados negros, el teniente y uno de los hombres de Vaval desaparecieron. -¿Qué pasará? -preguntó uno de los negros.

-Espero que reine el sentido común -respondió Vaval.

Con bastante prontitud, el teniente francés y el soldado negro bajaron por la cuesta, acompañados por cuatro soldados blancos bien armados, entre los cuales iba un oficial polaco, que se presentó:

,Coronel Zembrowski, Segundo Batallón Polaco.

Vaval se adelantó con el brazo tendido, apretó cálidamente la mano del polaco y preguntó:

-¿Podemos conversar a solas?

Caminaron hacia una colina. Había armas apuntadas hacia ellos desde todos lados. Entonces Vaval recordó la dignidad con que había sido tratado por los oficiales ingleses y su primer pensamiento fue: «Yo no puedo hacer menos». Por lo tanto, dijo:

-Como sin duda habréis visto antes de oscurecer coronel, tenemos tropas suficientes para tomar esta colina.

Con mucha calma, Zembrowski, un hombre que se acercaba ya a los cuarenta años y estaba muy lejos de su patria, dijo:

-Y vos habréis visto, sin duda, que tenemos hombres y municiones, suficientes para cobrárselo caro; Por eso estáis aquí.

Para sorpresa del polaco, Vaval cambió completamente el curso de la conversación:

-¿Cómo marchan las cosas?

Zembrowski, de militar a militar, en un momento de franqueza profesional, repitió casi textualmente lo que el mismo Vaval había dicho meses antes:

-Nunca debimos venir aquí. Napoleón nos tenía miedo.

-¿Y la fiebre?

-Vinimos con cinco mil hombres, Ahora no llegamos al millar.

-Los británicos corrieron la misma suerte cuando trataron de derrotarnos.

-¿Y vosotros? ¿Obtendréis una nación?

-Ya la tenemos.

-Nunca debimos tratar de deteneros. Pero Napoleón acabará por hacerlo.

-Él también fracasará -respondió Vaval, sosegado pero con enorme convicción: -Los blancos trataron y los aplastamos. Lo intentaron los libres de color y los derrotamos. Lo intentaron los españoles, los ingleses, vosotros y hasta traidores de nuestro propio grupo, pero todos habéis fracasado. -Entonces

desapareció la aspereza de su voz y dijo, con profunda pena: -Hasta los franceses trataron de destruir a sus propios hijos. Napoleón envió a sus legiones contra nosotros y pronto se irán para siempre. -Se detuvo en la oscuridad para mirar a sus negros portadores de antorchas y a los polacos, con sus propias teas- Nunca he comprendido por qué la fiebre mata a los blancos y nos deja a nosotros en paz. - luego Vaval preguntó: ¿Cómo es eso ... de que vuestros soldados luchan con los franceses?

-Los franceses no quieren a los polacos. Bueno, la verdad es que no quieren a nadie. Sin embargo, sus generales son brillantes. Están bien adiestrados. Dominan la historia. Estudian cuidadosamente el terreno. -Rompió en una risa suave- ¿Os molesta que nos sentemos? Recibí un pequeño disparo en la pierna izquierda. -Cuando estuvieron ambos encaramados en unas rocas, se echó a reír-: A veces comprendo a los franceses. Un general vino a mí con una hoja de papel: «¿Qué vamos a hacer con esto, Zembrowski?». Vi que había escrito los nombres de dos de mis oficiales jóvenes: Zdzblo y Szczygiet. «No podemos con nombres así.» Y yo le dije: «Llamaremos Dupont al primero y Kessel al segundo». -Al cabo de un instante de silencio agregó: -No pueden aceptarnos. Como no hacemos las cosas a su modo, creen que somos cobardes. Proclaman que no cumplimos con nuestro deber en el combate. Cuando nuestros hombres oyen eso, cuando yo mismo lo oigo, nos parece que han mancillado nuestro honor. Y para los polacos el honor lo es todo.

Por un momento, entre el titilar de las antorchas, los dos militares contemplaron sólo las móviles sombras. Luego Zembrowski se sintió obligado a hablar francamente, por respeto al poderoso general negro.

-¿Sabéis, supongo, que nuestro batallón estuvo en San Marcos?

-Sí -replicó Vaval-. Os he estado siguiendo desde entonces, con la esperanza de atraparos.

-Sabéis también que fueron los oficiales franceses quienes dieron la orden. Amenazaron con pasarnos por las bayonetas si no lo hacíamos nosotros con los vuestros.

-Lo supuse -reconoció Vaval, con seriedad.

-Nos deshonramos, general Vaval. Ese día nos deshonramos. Ruego a Dios que podáis perdonarnos --dijo Zembrowski con la cabeza entre las manos.

-Lo he hecho ... esta noche, al veros en el campo de batalla, hombre a hombre. Pero en esta colonia, como vos mismo decís, los, polacos no tienen honor. -Después de una breve vacilación, se levantó para caminar hacia, sus soldados. Mientras marchaban juntos, añadió:

-Por la mañana, por supuesto, subiremos a tomar esta colina. Habéis mantenido vuestro honor intacto, general. Os lo ruego, no vayáis mañana al frente de vuestras tropas. No lo hagáis -le pidió el coronel.

No dijo más, pero mientras se despedían bajo las antorchas, abrazó impulsivamente a su enemigo negro.

Temprano por la mañana, cuando los ex esclavos, con Vaval a la vanguardia, treparon por la colina para arrebatársela a los polacos, se llevaron la sorpresa de ver que dos oficiales franceses corrían hacia ellos, agitando banderas blancas y gritando:

-¡Nos rendimos! ¡Bandera de rendición!

Apenas habían llegado al pie de la cuesta, con las caras pálidas de miedo, cuando una serie de titánicos estallidos envolvió la cumbre de la colina, haciéndola pedazos. Allí murieron todos los soldados que la ocupaban, incluido Zembrowski.

El honor de las tropas polacas estaba restaurado. Antes que rendirse, habían preferido volar a la eternidad en una explosión.

Pese al terco heroísmo de generales como Vaval y los estragos de la fiebre amarilla, Leclerc iba construyendo penosamente su victoria, siguiendo bastante de cerca las directrices de Napoleón. Las unidades negras, al ver la futilidad de oponerse a todo el imperio francés con sus interminables recursos, comenzaban a desertar. Hasta un genio de la improvisación como Vaval debía comprender que la derrota estaba a la vuelta de la esquina. Los franceses eran demasiado fuertes, Leclerc exhibía una entereza que nadie esperaba y la causa de los negros parecía condenada.

Los franceses habrían alcanzado la victoria probablemente, a no ser porque Napoleón, convencido de su ilimitado poder sobre los hombres, emitió el espantoso decreto por el cual reinstauraba la esclavitud en Guadalupe. Esa devastadora noticia, que hasta el momento Leclerc había mantenido en silencio, comenzó a circular. Los negros ya no podían vendarse los ojos con respecto a lo que les esperaba, sobretodo a partir del momento en que llegaron refugiados de Guadalupe, con relatos de lo que había ocurrido en esa isla al restablecerse la esclavitud.

Leclerc, aún seguro de que podía dominar a los esclavos, reunió a su plana mayor en el castillo y les dijo:

-Estoy convencido de que, con una embestida más, lograremos nuestro objetivo. Voy a las montañas para atrapar a ese maldito Vaval. -Pero antes de partir en esa expedición, que esperaba fuera la última, ordenó a Espivent: -Cuidad de Pauline por mí. -Luego azuzó a su caballo.

Espivent, de pie en el portón de, su casa, siguió con la vista al gallardo general que se dirigía hacia las montañas, donde esperaba Vaval y se sintió invadido por sentimientos de compasión y remordimiento.

Cuando desembarcó nos reímos de él. El cuñado de Napoleón, un perfecto inútil. Pero, ¡por Dios!, llevó a Toussaint a la rendición y ahora tiene inmovilizado a Vaval. y allá va, hacia la batalla final, dejando aquí, en mi casa, un burdel con una única ocupante: su esposa.

En cuanto Pauline tuvo la seguridad de que su esposo había ido a las colinas, comenzó a recibir a una serie de oficiales. Tan descarada era en sus sesiones del piso alto -un hombre diferente cada tres días- que Espivent se sintió en la obligación de intervenir, pues era su chateau el contaminado y el honor de su amigo el mancillado.

-¡Por Dios; señora! -la amonestó-. ¿No podéis dominar vuestros apetitos?

Pero al reprender a tan bella italiana se sentía incómodo. Pauline había cumplido los veintidós años, era fascinante y conocía plenamente su efecto sobre los hombres y sus habilidades en la coquetería. -Vamos, señor Espivent -replicó con suavidad, mordiéndose la uña del pulgar izquierdo-, no os referiréis a cosas del siglo pasado, ¿verdad?·

-Me refiero a cosas de todos los siglos. A la dignidad de Francia. A la hermana del jefe de Estado. Y sobre todo al honor de un valiente esposo, que se ausenta para dirigir a sus tropas en una batalla difícil.

Gritaba estas palabras vestido con un casquete rojo y una de sus capas azules, con su barbilla recortada y sus ojos encendidos; bien habría podido pasar por un moralista del siglo anterior. De cualquier modo, impresionó poco a Pauline, que esa misma tarde recibió a un coronel de Nantes, la ciudad natal de Espivent.

Durante la cita, él permaneció en la planta baja, paseándose, presa de una ira creciente. Cuando el coronel bajó, sonriendo y acomodándose la espada, Espivent dio un brinco para cerrarle el paso.

-Si volvéis a pisar mi casa, señor, os mataré.

-¿Qué decís?

Pauline, al oír el altercado, bajó de su alcoba y se interpuso entre los dos, preguntando:

-¿Qué pasa aquí?



-Si este hombre vuelve, lo mataré -respondió Espivent con los dientes apretados.

-Sois un viejo loco -gritó ella.

-¡Salid de esta casa! -gritó él a su vez, cada vez más furioso-.

He protegido este palacio del fuego, de los disturbios y del desorden. No permitiré que se lo deshonoré en mis últimos días. Informaré al general Leclerc.

Entonces Pauline y el coronel no pudieron contener una carcajada.

-Siempre lo ha sabido.

Espivent tenía la intención de aclarar el desdichado asunto con Leclerc en cuanto éste volviera. Sin embargo, a mediados de octubre de 1802, apenas ocho meses después de su llegada a Le Cap, el general, cayó víctima de una fiebre virulenta.

-Creo que me ha tocado -le dijo a su asistente, jadeando.

Lo llevaron apresuradamente desde el campo de batalla al Chateau Espivent, pero cuando llegaron había pasado ya a la tercera fase de la temible enfermedad. Todo el que vio su cuerpo consumido y su cara contraída comprendió que la curación era imposible. Pauline, frente a la certeza de que su honorable marido se moría, se convirtió en digna hermana de Napoleón para combatir la enfermedad con sus cuidados constantes, sin prestar atención a las advertencias de sus amigos.

-Pero, señora! ¡Podéis contagiaros!

-Él me necesita -contestaba, desafiante.

Durante aquellas largas noches tropicales, bañó el cuerpo febril de su marido e hizo lo posible por aliviar sus dolores. Pero en la quinta mañana, cuando él empezó a echar sangre por la boca, llamó a gritos a Espivent:

-¡Ayudadme!

Juntos le limpiaron la sangre de la cara, pero no sirvió de nada.

Charles Leclerc, que había demostrado su valor en el rincón más implacable de la Francia colonial, murió a la edad de treinta años.

Cuatro oficiales fueron designados para acompañar el cadáver y a Pauline Buonaparte -ella escribía su nombre a la manera italiana- de regreso a Francia. Como el viaje fue largo, pues el barco francés debía esquivar a los

merodeadores ingleses, la muchacha se distrajo con tres oficiales de más edad que habían sido amantes suyos en Le Cap: Un oficial a quien nunca invitaba a su camarote dijo a uno de los marineros:

-Cuando veo a esos cuatro me siento como la quinta rueda del carro.

Y como el marinero le preguntó a qué se refería, aclaró: -Nunca he tomado parte en sus alegres juegos.

-¿Os gustaría? -preguntó el marinero.

-¿A quién no? -respondió el oficial.

-Pues el viaje aún no ha terminado.

Cuando el barco fúnebre llegó a Francia, Leclerc fue sepultado con todos los honores de valeroso combatiente. Napoleón le presentó sus respetos, pero estaba preocupado por otros asuntos. Al comprender que podía perder Santo Domingo, se deshizo apresuradamente de la otra colonia que tenía en Luisiana, vendiéndola por un precio asombrosamente bajo a Jefferson, presidente de la nueva república americana; en su opinión, probablemente correcta, Luisiana, sin Santo Domingo como punto de apoyo, era imposible de defender.

También se ocupó de su hermana. Con sorprendente celeridad, la casó por segunda vez con un noble italiano, miembro de la gran familia Borghese. Como muestra de aprecio, el joven Borghese vendió a Napoleón, por una suma simbólica, la vasta colección de arte de la familia, y se supervisó su traslado a París. Para corresponderle, Napoleón nombró duquesa a Pauline, pero esto sólo sirvió para acicatear sus actividades de alcoba.

Desaparecido Leclerc y con Vaval aún suelto, el mando de las tropas francesas enviadas a Santo Domingo cayó en manos del hijo de un general ilustre que había ayudado a las colonias norteamericanas a obtener su independencia. Donatien Rochambeau resultó ser uno de los horrores del Caribe, famoso por su lamentable conducta y sus aficiones, similares a las de Nerón.

Para imponer el terror entre los restos del ejército negro que allí se oponían a los franceses, importó desde Cuba un gran número de perros salvajes, especialmente adiestrados para atacar a los negros, y los presentó en una reunión de gala a la que sólo asistieron blancos. Tres hombres negros, desnudos hasta la cintura, fueron llevados a un espacio cercado, se abrieron las puertas, y los perros saltaron a la pista. Pero sólo provocaron risas burlonas, pues se limitaron a olfatear a los negros, pasearon a su alrededor y se apartaron para luchar entre ellos.

Rochambeau, enfurecido por aquellas risas despectivas, ordenó a sus soldados:

-Verted un poco de sangre. Eso los animará.

Hombres armados con bayonetas entraron al cercado, protegiéndose de los perros que querían atacarlos a ellos y no a los negros, y pincharon en el vientre a los prisioneros hasta hacer brotar sangre. Entonces sí, los animales saltaron contra los hombres y los destrozaron para devorarlos. El público aplaudió.

Como Leclerc anteriormente, Rochambeau vivía en el castillo de Espivent, donde todas las noches el propietario lo alentaba a continuar con sus ataques contra los negros y los libres de color. -Tengo que mostraros mis estudios, general. Una gota de sangre negra contamina a una familia por trece generaciones, ocho mil ciento noventa y dos descendientes., Por lo tanto, cualquier cosa que hagáis para eliminar a los negros, aunque sólo sea en parte, es elogiabile.

Estos dos patriotas, que representaban apenas a cuarenta mil blancos entre casi quinientos mil negros, estaban plenamente convencidos de que con el terror podrían dominar a los ex esclavos.

-Lo mejor que ha hecho Napoleón, hasta ahora, general, es restablecer la esclavitud. Pero tal vez tengamos que matar a todos los que conocieron la libertad al mando de Toussaint y de ese infame Vaval. No se rendirán, de modo que no os contengáis.

Espivent aplaudió cuando su nuevo amigo castigó a una brigada negra rebelde de un modo que el general Leclerc no habría aprobado. El centenar de negros fue llevado hasta la plaza pública, rodeado por soldados franceses armados, de fusiles y obligado a mirar en tanto sus esposas eran ejecutadas una a una de maneras diversas. Luego, las armas giraron hacia los hombres y todos cayeron.

Espivent participó en el linchamiento de todos los negros de Cabo Francés que, según denuncias de blancos, estaban «tan contaminados por el mal de la libertad que jamás volverían a ser buenos esclavos». Instaló un despacho en los muelles, desde donde instó a unos ocho mil negros a que abordaran unos barcos, con la promesa de que «os llevarán a la libertad de Cuba". Cuando los barcos estuvieron cargados, navegaron alrededor de un kilómetro y medio por la bahía, y allí, los marineros, armados de pistolas y espadas, los mataron a todos, arrojando sus cadáveres al mar a tal ritmo que las costas cercanas se llenaron de cuerpos en descomposición. Espivent solucionó el problema ordenando a los capitanes: «Navegad un poco más allá, para que las corrientes lleven los cadáveres mar adentro».

No participó en una de las agresiones más ingeniosas contra los negros, pero sí proporciono un barco para el experimento y supervisó los detalles: debajo de la cubierta se instaló una pequeña caldera, en donde se podía quemar sulfuro mojado. La cantidad de humo que aquello producía se conducía por medio de tuberías hasta una bodega inferior, atestada de negros. Bastaba una olla de

sulfuro quemado para asfixiar a sesenta negros, matándolos sin necesidad de malgastar balas ni de construir patíbulos.

Pero estas atrocidades no sirvieron de nada a Rochambeau. Cuando el general Vaval, en sus montañas, se enteraba de alguna, escuchaba sin interrumpir, con la cabeza gacha y los puños apretados hasta clavarse las uñas en las palmas, luego se entregaba con más furia que, antes a una única tarea:

-Expulsaremos a todos los franceses de esta colonia. No puede haber negociaciones ni tregua.

Diez años antes ni siquiera conocía palabras como expulsar y negociación, pero ahora las usaba con fluidez para ayudar a construir una nueva nación.

Noche a noche, antes de que sus hombres efectuaran algún movimiento contra las fuerzas de Rochambeau, él caminaba entre ellos, diciéndoles con su voz suave:

-Mañana obtendremos una victoria por Toussaint. y al día siguiente, cuando atacaba, su embate era tan implacable, tan lleno de furia, que los franceses no podían resistir tales oleadas de destrucción. Hacia finales de 1803, el enfurecido Rochambeau dijo a sus generales:

-¡Maldición, no hay modo de manejar a ese pequeño demonio! Una tarde renunció, sin más, a seguir haciendo el esfuerzo. No hubo gestos grandilocuentes ni honroso reconocimiento de la victoria negra. Se limitó a llamar a sus barcos y pasó una noche entera redactando un informe para Napoleón, en donde explicaba cómo, mediante las trampas y el engaño, Vaval había ganado algunas escaramuzas sin importancia, aunque habría sido derrotado por completo si no hubiera intervenido la fiebre amarilla.

Junto a la borda del último barco francés que partía de Santo Domingo se erguía Jérôme Espivent, que iba hacia el exilio desde la colonia que tanto amaba. Ya tenía más de sesenta años, y el pelo y la barbilla completamente blancos. Se cubría los hombros con una de sus capas negras. Mientras veía empequeñecer su chateau de piedra con la distancia en sus ojos había una niebla de profunda pena.

-Nunca debimos perder esta tierra --dijo a un joven oficial del valle del Loira-: Todo fue por culpa de los libres de color. -y cuando se volvió a mirar a Le Cap, tanto la ciudad como su mansión habían desaparecido de la vista.

El intento de imponer nuevamente la esclavitud a los negros de Toussaint y Vaval había fracasado. El gran Napoleón, tras haber perdido la colonia más rica del mundo y a casi cien mil de sus mejores soldados, volvería su atención a su coronación como emperador y sus correrías por Europa, que

culminarían con su retirada de Moscú. En su viaje inmortal humillaría a diez o doce reyes y a veinte generales, pero sólo consiguió burlar al esclavo Toussaint mediante un acto de traición, mientras que el general Vaval lo desafió hasta el fin.

En 1804, César Vaval, como el general romano Cincinnatus en el año 458 antes de Cristo se retiró a sus tierras tras una serie de victorias y el establecimiento de la única república negra del mundo. Puesto que él había sido esclavo en esa plantación, tenía derecho a reclamar toda la Colibrí de Espivent, pero cogió sólo la parte occidental, donde estaba la colina en la que los soldados polacos habían preferido el suicidio en masa a la rendición. Allí vivía con su esposa y sus tres hijos. A veces, por las noches, les narraba no sus hazañas, que consideraba duplicadas o superadas por las de otros generales de Toussaint, sino el extraordinario heroísmo de su padre, el esclavo Vavak, el de la plantación danesa. Al hacerla, el pasado se tornaba muy real para sus hijos. Se imaginaban en África, bajo el látigo danés en Saint John o en un bote pequeño, escapando a Puerto Rico y a Haití. Vaval les inculcaba que eran descendientes de personas excepcionalmente heroicas, y ellos se sentían obligados a sostener la tradición. De su heroísmo en las guerras de liberación no hablaba nunca, y tampoco era necesario, pues se daba por sentado que ellos se comportarían de igual modo.

Al acercarse ya a los cincuenta años, no se sentía feliz con lo que veía en su nueva nación. Jean-Jacques Dessalines, uno de los generales de Toussaint, se había proclamado en tiempos recientes emperador vitalicio. Qué hombre tan cruel, pensó Vaval un atardecer, sentado en lo alto de la colina polaca. El año anterior, Dessalines había transmitido una amnistía a todas las islas del Caribe y hasta a Carolina del Sur: «Los blancos que huisteis de Haití, volved a la patria. El pasado está olvidado. Venid a ayudarnos a construir una gran nación». Volvieron, claro que volvieron: blancos enfermos de nostalgia por la colonia que amaban.

-¿Y qué pasó cuando llegaron?

Vaval permaneció algún tiempo sentado, con la cabeza gacha, en tanto recordaba aquellas escenas horribles. Cuando Dessalines los tuvo a todos en sus manos, una mañana proclamó: «¡Muerte a todos los blancos de Haití!». Y se inició la matanza. En Cabo Frans, sitio al que ahora llaman Cap Haitien, alineó a cientos de blancos. Estos creyeron que iban a oír algún sermón sobre sus deberes de ciudadanos en la nueva nación. ¡No, no, nada de eso! Los asesinó a todos, cuatrocientos, quinientos, quizá. Dijo que eso era purificar la nación, y todos los blancos de Haití fueron aniquilados.

Al caer la noche, Vaval miró hacia Cap Haitien y se preguntó: ¿Acaso no se pueden eliminar de un país esas horribles traiciones? ¿Existen crímenes que nunca quedarán perdonados? Y entonces, como era hombre de honor, tuvo que reconocer su propia culpa. Eliminados los blancos, la atención se fijó en los libres de color, y Dessalines decretó: «Todos los libres de color deben ser erradicados de Haití». y como se sabía que Vaval los despreciaba y que había tenido frecuentes batallas con ellos, se le asignó la tarea de perseguirlos en el norte.

Mortalmente avergonzado de su conducta en aquellos días pasados, Vaval recordó el sitio de Meduc. Bajo el liderazgo de los Prémord, los mestizos de la región se reunieron en la plantación de la pareja, donde la lucha fue brutal. Vaval no pudo someterlos, y uno de sus hombres preguntó, burlón:

-Vaval, si te las arreglaste tan bien con Leclerc, ¿por qué no lo haces con estos libres de color?

Él no halló respuesta.

Siguió un recuerdo más apacible. Al terminar las batallas, cuando Vaval tuvo que retroceder sin haberlos desalojado, Julie Prémord acudió a él con la sugerencia de que se estableciera una tregua en toda la nación, para acabar con las matanzas. Aseguraba la aceptación de los libres de color, siempre que Vaval hablara por los negros. Pero cuando él envió a un jinete hasta Cap Haitien con esa propuesta, Dessalines replicó: «No hay tregua. Extermíalos». Eso no se pudo hacer, porque los Prémord, los Toussaint de su raza, defendían con mucha habilidad su plantación. Así que Vaval tuvo que retirarse, consciente de que se había perdido la última oportunidad de hallar una solución sensata.

Su memoria se remontó a una plaza de aldea, bordeada de palmeras.

En toda la nación se perseguía a los libres de color para asesinarlos. En el norte se congregaron finalmente en Meduc, la ciudad donde en otros tiempos se habían reunido en secreto para sus danzas. Eran sólo unos cuantos y carecían de poder, de modo que se vieron obligados a rendirse. Como Vaval había llegado a respetarlos, suplicó al gobierno que se permitiera a esos pocos sobrevivientes subsistir en su rincón del norte. Y se le escuchó. Más aún, fue designado para negociar las condiciones de la rendición y el perdón.

En un hermoso día, Vaval reunió en Meduc a los libres de color que se rendían y, junto con Prémord y su esposa, acordó los últimos detalles.

-La guerra ha terminado --exclamó Prémord, con una voz clara y sólida, que exigía respeto.,

Vaval se volvió a mirarlo, pensando: ¡Qué hombre tan apuesto! Su color es mucho más atractivo de lo que yo pensaba. Prémord continuó: -Tenemos una nueva nación y un nuevo gobernante. Francia se ha ido para siempre y, con ella, el dominio de los blancos. En este día feliz iniciamos una amistad duradera entre dos grupos que han estado separados por demasiado tiempo. -y abrazó a Vaval, gritando a sus seguidores-: ¡Ved a estos dos viejos enemigos, que inician la nueva amistad!

Y todos los vitorearon.

En ese momento, desde una cabaña próxima a la plaza en donde estaban reunidos salió el emperador, gritando con voz salvaje:

-¡Matadlos a todos!

y sus soldados negros se adelantaron a, toda carrera, con bayonetas y pistolas, para asesinar a los quinientos hombres que habían acudido a hacer las paces. Prémord y su esposa, que estaban junto a Vaval, se aferraron a sus brazos. Xavier gritó, angustiado:

-¿Qué pasa, Vaval?

Antes de que el negro pudiera interceder, los arrancaron de su lado, los atravesaron diez o doce veces con las bayonetas y los arrojaron a una zanja. No sobrevivió uno solo de los libres de color. Los pocos que se habían escondido en el resto del territorio septentrional fueron perseguidos y exterminados como animales. *(La conducta de Dessalines se tornó tan irracionalmente asesina que sus dos cohortes militares, Pétion y Christophe, decidieron que no había sino matarlo, y lo hicieron. Así se inició el ciclo recurrente de dictadura, mal gobierno y asesinato político que en adelante sería la plaga de Haití. )*

Esos recuerdos resultaron demasiado dolorosos para Vaval. Con un gemido salvaje, ahogado, se apretó el cuello. ¡Dios mío! ¡Qué carga tan terrible hemos puesto sobre nuestra tierra! En 1789 tenía medio millón de personas prósperas y de buen comportamiento. Ahora quedan probablemente menos de doscientas mil, según dicen. Más todos los invasores ingleses, españoles y polacos que murieron. ¿Puede un país tolerar un abuso tan brutal? ¿No se contamina con la sangre derramada? Nuestra nueva Haití, ¿no estará condenada a ser un fantasma?

Al mirar nuevamente hacia el norte, vio el tejado del palacio de Cap Haitien y recordó las múltiples masacres que sus habitantes habían conocido: 1791, 1793, 1799, 1802 ... No había tierra capaz de absorber tanta devastación.

Las cicatrices no se borrarían jamás. Pensó en los hombres responsables de esa tragedia: los grands blancs como Jérôme Espivent, que odiaba a los negros y a los libres de color. Luego hizo una mueca de dolor: Y los negros como yo, que purificamos la nación, tanto de blancos como de mestizos. Bueno, ahora tenemos nuestra nación negra, totalmente negra. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Mientras la negra nube de la noche se extendía sobre su tierra atormentada, se preguntó si la oscuridad desaparecería alguna vez.

# XI

## LEY MARCIAL

Las décadas posteriores a la rebelión de los esclavos en Haití conocieron una gran mejoría en la suerte de los negros de todo el Caribe. Gran Bretaña abolió la esclavitud en todo su imperio a partir de 1834; Francia, en 1848. Estados Unidos ideó una cínica treta en 1863: el presidente Lincoln abolió la esclavitud en medio de la Guerra Civil, pero sólo en los estados sureños, sobre los que no tenía control. El sistema se mantuvo en los estados fronterizos, sobre los cuales sí tenía autoridad, pero en 1865 se abolió en todas partes. Las propiedades españolas del Caribe mantuvieron la esclavitud hasta mucho tiempo . después de que fuera eliminada en otras zonas. En Cuba continuó hasta 1886.

Los negros eran técnicamente libres, pero a veces resultaba difícil darse cuenta de ello al analizar una situación determinada. En la Jamaica de 1865, por ejemplo, George Gordon, el volátil predicador baptista negro, pronunció un sermón en el que exclamaba: «Dios quiso que la esclavitud terminara y terminó». Pero mientras decía estas palabras se estaba gestando un siniestro retorno -los viejos tiempos.

-Si Dios vuelve alguna vez para ver cómo andan las cosas por aquí -susurró el joven-, estoy seguro de que se parecerá al gobernador Eyre.

Jason Pembroke, propietario de Trevelyan, la plantación de azúcar donde se producía el oscuro ron tan apreciado en Europa, miembro además del Consejo Ejecutivo de la isla, ejemplificaba lo mejor de Jamaica. Tenía veintiocho años y el aspecto, pulcro de quien está decidido a mantenerlo todo en orden a su alrededor, llevaba una barba negra, bien recortada, y cumplía con cautela sumisión de dar sabios consejos al gobernador.

El hombre con quien hablaba era su primo, también miembro del Consejo, pero totalmente distinto, - tanto en carácter como en aspecto. Oliver Croome poseía una finca azucarera más grande y valiosa que la de Pembroke. Era un hombre sanguíneo, que pasaba de cuarenta años, de rostro rubicundo y rasurado, con cierto exceso de peso y dado a explosivos ataques de risa. Cumplía sus funciones de manera muy diferente a la de Pembroke: «La reina nos dice lo que debemos hacer y nosotros lo hacemos». para él habría sido inconcebible pronunciar siquiera una palabra contraria a las órdenes recibidas de la Oficina Colonial de Londres. «Y si nuestros truhanes se creen con derecho a pasar por alto las instrucciones de la reina, siempre habrá marineros para ponerlos en vereda.»



Eran buenos amigos, estos primos tan poco parecidos: Pembroke, austero y cauteloso; Croome, rimbombante y propenso a las ideas descabelladas. Solían diferir en política, puesto que Pembroke era serena y prudentemente liberal, mientras que Croome proclamaba su archiconservadurismo. No obstante, ambos estaban de acuerdo en las posiciones comunes a su clase: la lealtad a la corona, el amor a Inglaterra, en donde sus familias pasaban más tiempo que en Jamaica, y la decisión de proteger el bienestar de los plantadores de azúcar. Para lograr estos objetivos, daban su apoyo a Eyre, un hombre heroico con aspecto de resabido y paternal Júpiter bajado de los cielos para enderezar las cosas en Jamaica.

-Ese hombre sabe lo que hace -susurró Oliver a su primo. y los dos saludaron con deferencia al austero personaje que ocupaba la cabecera de la mesa del Consejo. Edward John Eyre, que por entonces tenía cincuenta años, era una persona altísima, de poblada barba y con un bigote tan grueso que le ocultaba la boca. Tenía un hablar entrecortado y daba a su voz un tono ronroneante. Cierta vez, Jason Pembroke, escuchándole, había dicho: «Cuando Dios habló a través de la zarza en llamas, sin duda su voz sonaba más o menos como la de él».

Eyre no era un gobernador de colonias al estilo tradicional: distaba mucho de los decadentes hijos de notables familias inglesas que habían obtenido su cargo gracias a los parientes aristócratas. Tercer hijo de un clérigo anglicano arruinado, cuyos antepasados habían sido ricos jerarcas eclesiásticos, a los diecisiete años se encontró con una buena educación: pero sin perspectivas. En ese aprieto; su prudente padre hizo dos cosas para ayudarlo: recolectó entre sus amigos dinero suficiente para comprar al muchacho un puesto en el ejército; pero cuando Edward estaba a punto de alistarse, su padre le sugirió: «¿Por qué no guardas el dinero y pruebas fortuna en Australia?».

La idea era audaz, inesperada. En octubre de 1832, Edward John Eyre compró un pasaje hacia el continente desconocido, donde llegó a fines de marzo del año siguiente, tras un tedioso viaje de más de ciento cuarenta días. En Sidney, como cualquier inglés culto de la época, pasó de casa en casa, de despacho en despacho, enseñando las cartas de presentación que los amigos de su familia le habían proporcionado. Pero de esas solicitudes no surgió nada, y quedó librado a su suerte, sin amigos, sin más que el vasto y desierto continente para proporcionarle un hogar y una ocupación.

Gracias a su voluntad de hierro y a un cuerpo bien disciplinado, inició heroicas exploraciones en las partes más solitarias de Australia, viajó miles de kilómetros, con frecuencia asistido por un solo acompañante: el sonriente e infatigable Willy, un muchacho aborígen. Juntos penetraron en el continente de un modo que los expertos posteriores calificarían de imposible, y Eyre acabó siendo reconocido como uno de los exploradores más valientes de Australia. Para honrarlo, se dio su nombre al lago más grande del continente. Su valor no tenía igual, sus percepciones eran mucho más agudas que las comunes en la época, y

sentía un incomparable amor por la tierra. Si hubiera decidido pasar la vida en Australia, habría muerto reverenciado como héroe nacional:

Pero como anhelaba la fama, la pompa del cargo público, las prerrogativas del mando, abandonó Australia para unirse al servicio colonial de Gran Bretaña, decidido a obtener un rápido ascenso como gobernador de alguna colonia remota, donde pudiera mandar. Su objetivo tropezó inmediatamente con problemas: cuando se le asignó a Nueva Zelanda, para un puesto de menor jerarquía, no hizo gran cosa. Tuvo algo más de suerte en la isla caribeña de San Vicente y un periodo casi soporífero en Antigua, después de lo cual, a la edad de cuarenta y siete años, en 1862, fue enviado a la isla de Jamaica como gobernador, cargo que desempeñó con entusiasmo y capacidad, sobre todo cuando Kingston, la ciudad principal de la isla, se vio amenazada por un gran incendio. Un periódico de esos días informaba:

El gobernador Eyre fue rápidamente a caballo desde su residencia, situada en Spanish Town, hasta el corazón de nuestra ciudad, y dedicó todas sus energías a combatir el incendio que estaba provocando tanto alboroto. Hasta entonces nunca habíamos visto a un representante de la reina comportarse con tal valentía ante un peligro. Todos alaban al gobernador Eyre, hombre a carta cabal.

Sin embargo, había rumores de insatisfacción entre los terratenientes de la isla. «¿Cómo se han atrevido a enviarnos un gobernador sin antecedentes familiares decentes, si estamos habituados a miembros de la aristocracia?», comentaban unos. Otros decían: "Su única cualidad para ocupar este alto cargo, antes desempeñado siempre por hombres de rango más elevado, es que en otros tiempos cuidaba ovejas en los perdidos páramos de Australia: No es lo bastante bueno para esta isla». Una de las acusaciones más graves que se levantaron contra él fue: «Ha sido visto en varias ocasiones viajando, no en su carruaje privado, sino en un vehículo público. ¡Lamentable! ¡Qué falta de dignidad y respeto por su cargo!». Cuando el informe de esta falta al decoro llegó a Londres, el superior inmediato de Eyre garabateó en la hoja: «En cuanto a la acusación de viajar en un vehículo público, yo he conocido incluso a un secretario de Estado culpable de la misma indecencia». A lo cual el jefe del departamento, el duque de Newcastle, respondió con su aprobación:

“Yo también lo he hecho”.

A principios de 1865, año crítico en el que tantos acontecimientos agitarían Jamaica, el gobernador Eyre estaba tan firmemente asentado que sus más fervorosos partidarios, como Pembroke y Croome, tenían motivos para suponer que permanecería en su puesto de modo permanente, aunque el primero empezaba a dudar de la capacidad de aquel hombre en lo relativo a mantener en armonía los diferentes grupos de la isla. Mientras seguía con la vista a Eyre, que salía de la habitación con majestuosidad, comentó, tirándose reflexivamente de la barba:

-Comienzo a detectar señales de gran arrogancia en nuestro gobernador.

-¿Qué diantres quieres decir con eso? -preguntó Oliver.

-Está tan aferrado a la Iglesia anglicana...

. -También yo. También tú. Es lo correcto. ¿Qué otra cosa quieres que haga?

-Pero tratándose de nuestro gobernador ... En realidad, debería escuchar con más paciencia a los creyentes de otras religiones que están adquiriendo fuerza en esta isla. Sobre todo a los baptistas.

-Debería hacerlos matar a todos, sobre todo a los baptistas.

-No digas tonterías, Oliver. Los baptistas están aquí y es preciso respetarlos.

-Eyre ha tenido demasiadas consideraciones con esos malditos disidentes. Demasiada generosidad. Después de todo, la Iglesia anglicana es la religión de esta isla, así lo dice la ley. Pagamos impuestos para sostenerla y sus clérigos apoyan a la reina. Los baptistas, ¿quién sabe en qué creen? -Antes de que Pembroke pudiera responder, Croome agregó, ya enrojecido-: Te digo, Jason, que no me gusta nada el informe que los baptistas hacen circular.

Pembroke comprendió, por fin, la intranquilidad de su primo. Varios años antes, un clérigo baptista, llamado Underhill había publicado, a su regreso a Londres, un libro favorable sobre Jamaica, pero pronto comenzó a recibir desde la isla un torrente de cartas enviadas por los baptistas locales, que se lamentaban de las condiciones imperantes allí. Sus corresponsales se expresaban duramente sobre las desventajas que las sectas disidentes, como la baptista, sufrían a manos de la mayoría anglicana, insensible y nada generosa: «Debemos pagar impuestos para mantener a sus clérigos bebedores y sus iglesias, pero, ellos no ofrecen un solo penique a nuestras capillas, como retribución, aunque nuestro dogma está más cerca del espíritu de Jesús. Además, el gobernador odia a todos los que tienen un toque de color».

Atormentado por estas protestas, Underhill había presentado, a fines de diciembre de 1864, un informe a las autoridades británicas. Pronto se enviaron copias a Jamaica, donde los líderes de la Iglesia anglicana, incluidos el gobernador y sus partidarios, se mostraron indignados porque un simple baptista se atreviera a quejarse no sólo de la Iglesia escogida por Dios, sino también, por extensión, de la reina misma, puesto que los representantes locales habían sido designados por ella.

-Eso se aproxima a la herejía -gruñía Croome- o a la traición.

-y luego, con su carácter franco y simple que no daba pie a la menor ambigüedad, dijo con gran fuerza, golpeando la silla contigua al hablar-: Esos malditos baptistas son negros en nueve décimas partes, y los sacerdotes que los guían, todos ellos mestizos en nueve décimas partes, se han ordenado a sí mismos. Este informe atenta contra el corazón mismo del imperio. Habría que fusilar a su autor.

Como sus antepasados, Croome era muy partidario del fusilamiento. - Calma, calma, Croome. Quien acuse al gobernador Eyre de tener algo en contra de los negros, ya seas tú o algún necio baptista, ignora el pasado de ese hombre. Me he tomado el trabajo de averiguarlo, porque he advertido una creciente animosidad entre nosotros y esos negros, mientras los mestizos saltan de un bando a otro.

-¿Qué antecedentes son éstos?

-En Australia fue un gran protector de los aborígenes. En sus grandes exploraciones, cuando no hallaba a un hombre blanco lo bastante valeroso para acompañarlo, confiaba en un joven aborigen. Cuando lo designaron vicegobernador de San Vicente, se mostró gran defensor de los negros, y lo mismo en su puesto de Antigua. Ese hombre es el adecuado para Jamaica.

-Por eso sería horrible permitir que los malditos baptistas empañaran su figura. ¿Quién permitió que las copias de esa carta de Underhill llegaran a estas costas? -Antes de que Pembroke pudiera responder, su primo, ya rojo, pronunció las palabras que dictarían gran parte de la conducta jamaicana en ese año de disturbios-: Nuestra tarea, Jason, como miembros del Consejo Ejecutivo, es hacer todo lo posible para que no se repitan los horrores del motín indio ni las atrocidades que ocurrieron en Haití cuando los negros enloquecieron.

Esas eran las imágenes que dominaban: Cawnpore, la ciudad del Ganges donde habían muerto cientos de ingleses, hombres y mujeres por igual, brutalmente asesinados y arrojados a pozos profundos, y la cercana Haití, que apenas distaba ciento cincuenta kilómetros, donde las masacres habían sido todavía peores.

-Debemos hacer todo lo posible por mantener la paz-dijo Croome, con profundas arrugas marcadas en la cara rasurada-. Y si pudiera echar mano a ese Underhill o a los agitadores baptistas, los fusilaría.

El gobernador Eyre, que en ese momento volvía a la cámara, vio a los primos y se detuvo ante ellos, alto y parecido a un dios con su gran barba.

-Vosotros sois los hombres a quienes debo confiar mi protección cuando trasladéis vuestra residencia a Londres -dijo, con tanta emoción como le

permitía su carácter austero-. Allí os sentís tan a gusto como aquí, en vuestras plantaciones. Sois una rara especie, vosotros,

Los dos primos, terminadas sus funciones como consejeros, cabalgaron juntos por las magníficas sendas que conducían hacia el norte desde Spanish Town, siguiendo arroyos que debían vadear de vez en cuando. Cuando se acercaban a la plantación de Croome, Jason se despidió de su vigoroso primo.

-Esta semana hemos trabajado duro para el imperio -dijo, en tanto Oliver dirigía su caballo hacia la verja de entrada.

En Trevelyan, Jason fue saludado por una delegación que no tenía muchos deseos de recibir: un abigarrado grupo de agricultores, de la cercana parroquia de Santa Ana, encabezado por uno de los más conflictivos entre los predicadores baptistas mestizos, un hombre presumido y testarudo, de cuarenta y siete años, llamado George William Gordon. Era de ese color que los jamaicanos blancos llamaban «oscurecido» y poseía una mirada casi insolente, fruto de sus incesantes luchas en nombre de sus feligreses negros y de color. Tenía la cara enmarcada por una extraña barba, que se extendía desde su melena rizada, bajaba por los lados de la cara, y se unía bajo el mentón, de modo que el resto de la cara, que llevaba sin afeitar, presentaba un severo aspecto, como si los dientes estuvieran permanentemente apretados. Usaba gafas con montura metálica y traje de pastor, aunque nadie sabía si estaba legalmente ordenado o no. Pembroke pensaba que sí, pero su primo estaba seguro de que Gordon había asumido a un tiempo el hábito y el título.

En cuanto Pembroke reconoció a quien encabezaba el grupo de granjeros de Santa Ana, de los cuales la mayoría vivía en los límites de la parroquia que incluía Trevelyan, comprendió que podía haber problemas, pues Gordon tenía, un gesto duro en la mandíbula.

Era un hombre duro, pues se había criado en un medio difícil. Su padre había sido un blanco llorón, que se permitió una alianza con una de sus esclavas, de la cual tuvo siete hijos. Más adelante, después de acumular un poco de dinero, arrojó a la calle a la esclava con su prole, se casó con una blanca y se negó a permitir la entrada a su nuevo hogar a ninguno de sus mestizos, George William entre ellos. Aun así, acudió gimoteando a su hijo cuando tuvo problemas económicos, mendigándole el dinero que le permitiera mantener la decencia. Mientras tanto, el joven había prosperado gracias a diversas empresas comerciales, lo cual le permitió no sólo financiar la compra de una casa para su padre, sino también ayudarlo a atender a su esposa blanca y a los hijos de ésta. Un hombre así no podía ser tratado con desdén, pese a su infortunado color.

Pembroke procuró mostrarse simpático e invitó a los agricultores negros y mulatos a entrar en la mansión, donde pidió un refrigerio y escuchó la razón de la visita.

-Usted es el miembro más prudente del Consejo, señor Pembroke - dijo uno de los granjeros-, y conoce nuestras tierras de Santa Ana como nadie, salvo quizás el párroco Gordon, quien predica allí de vez, en cuando. Somos trabajadores, pero necesitamos tierra para sembrar.

Allí hay centenares de hectáreas en barbecho, sin que nadie las labore. Cuando llegó la emancipación, hace años, se suponía que íbamos a recibir esa tierra... que la compraríamos, si era necesario. Hemos ahorrado. Tenemos dinero para comprar, si el precio es razonable. Pero el gobierno no la pone a nuestra disposición. Nos dicen: «Vuestra misión es trabajar para el blanco por el salario que éste quiera pagaros». Pues bien, no hay en Santa Ana ningún plantador blanco que quiera contratarnos ni tierra en la que podamos sembrar.

Las patéticas protestas continuaron, y no eran más que la repetición de lo mismo que podía oírse en todas las parroquias de Jamaica. Al llegar la emancipación al Caribe británico, en 1834, los antiguos esclavos habían sido engañados, haciéndoseles creer, que se pondrían tierras a su disposición. Pero la Asamblea Legislativa, compuesta en gran parte por terratenientes blancos y sus empleados mestizos, se negó a ceder sembradíos, y las clases inferiores no tenían recursos. En cierto momento, había en Jamaica cuatrocientos cincuenta mil habitantes, de los cuales sólo setecientos cincuenta y tres tenían derecho al voto. Y éstos no pensaban entregar tierras a los seguidores baptistas del predicador Gordon, a quien despreciaban.

Pembroke, que comprendía todo eso, escuchó con atención a los campesinos. Cuando hubieron terminado, les sugirió que se retiraran y redactaran una carta a la reina Victoria, exponiendo el problema y sus opiniones en cuanto a cómo se podía resolver. Cuando Gordon se ofreció a escribir la carta, Pembroke objetó suavemente:

-No me, parece bien, señor. A usted se lo conoce como radical; no me sentiría inclinado a entregarle una de sus proclamas agitadoras a la reina, aunque me consta que tiene razón.

Así, con la ayuda de Jason, se redactó la carta: una apelación sensata, que pedía ayuda en la sequía y suplicaba a la reina la liberación de algunas tierras de la corona, que ellos cultivarían con las manos y el corazón, pagando las rentas requeridas. Cuando se leyó en voz alta, los agricultores reconocieron que expresaba acertadamente tanto su causa como su afecto por la reina, y quedaron convencidos de que ella escucharía favorablemente. El predicador Gordon pensaba que podría haber sido más enérgica, pero Pembroke le aseguró que ése era el modo correcto de dirigirse a una reina cuya generosidad era conocida por todos:

-Seguirá los canales debidos y puedo aseguraros que ella responderá.

Y la bulliciosa reunión se disolvió con mutuas felicitaciones. Dos días después, Oliver Croome entró en Trevelyan a grandes pasos, lívido.

-En el nombre de todos los infiernos, ¿qué has hecho, Jason?

-¿A qué te refieres?

-Esa petición a la reina. La que escribió ese cerdo de Gordon en nombre de las gentes de Santa Ana.

-¡Pero si la escribí yo! Y en el tono debido, según creo.

-¡Tú! Por Dios, Pembroke, ¿te has vuelto loco? ¿No te das cuenta de que todos esos baptistas repiten las mentiras del informe de Underhill? Son revolucionarios. ¿Quieres que se repita aquí lo que pasó en Haití?

Cuando Pembroke trató de discutir con él, aduciendo que les había ayudado a escribir la carta justamente para evitar la revolución, Croome, lo cortó en seco.

-No comprendes la situación de los negros, Jason. Como miembro del Consejo deberías pensar en eso con más claridad. Aquí tienes, algo que puede ayudarte.

Puso en manos de Jason uno de los productos más asombrosos del intelectualismo británico. Había sido escrito en 1849, dieciséis años antes, el año de las revoluciones en toda Europa, y estaba influido por esos levantamientos de las clases inferiores. Se titulaba «Discurso monográfico sobre la cuestión de los negros», y estaba escrito por Thomas Carlyle, escocés conocido por su culto a los héroes como guía, para la vida personal y nacional. También creía firmemente en el derecho británico a gobernar a las que definía, en general, como razas inferiores. Consideraba asimismo correcto que los hombres decidieran y que las mujeres y los niños obedecieran.

Mientras Jason comenzaba a leer los delirios de Carlyle, Croome dijo:

-Voy a ver cómo haces tu gran ron Trevelyan. y dejó a su primo solo en su estudio.

Jason no tardó en captar las dos palabras clave del autor. Todos los negros; especialmente los esclavos libres recibían el nombre de «Quashee», eufónico apelativo que una de las tribus africanas aplicaban a cualquier niño nacido en domingo. Al parecer, a Carlyle le gustaba la palabra, pues la usaba casi hasta la náusea en sus mordaces comentarios. También había recogido, posiblemente de algún plantador de azúcar o algodón de las Carolinas de visita en Gran Bretaña, la idea de que los negros pasaban todo el tiempo holgazaneando a la sombra y comiendo sandías. Pero como Carlyle nunca había visto una sandía,

la confundía con las calabazas: su ensayo estaba colmado de humorísticas referencias a los Quashee y sus calabazas.

Con frecuencia, Jason ahogó exclamaciones mientras leía el ensayo; no podía creer que un británico inteligente escribiera semejantes tonterías: «Así, nuestros queridos negros son, por fin, felices gracias a su poco trabajo, salvo para los dientes, que en esas excelentes mandíbulas de caballo, sin duda no fallarán. Con un penique de aceite se puede hacer de Quashee una cosa bonita y reluciente. No, los dioses quieren que, además de calabazas, en las Indias Occidentales, se cultiven especias y productos valiosos. Quieren también que hombres fuertes ocupen sus Indias Occidentales, y no ese indolente ganado bípedo, por muy felices que sean debido a la abundancia de calabazas».

Después venía la solución que Carlyle daba a la cuestión de los negros: «Quashee conseguirá que se lo vuelva a esclavizar si no quiere ayudar a cultivar especias y, con el benéfico látigo, ya que otros métodos no logran nada, será obligado a trabajar». En otras palabras, Carlyle, devoto de la teoría de una raza superior, pedía la reimplantación de la esclavitud, cuando menos en las Indias Occidentales, donde la falta de esclavos había mermado la industria azucarera.

Luego cantaba loas a los bravos británicos que habían llevado la civilización a las islas: «Antes de que las Indias Occidentales pudieran dar una calabaza a ningún negro; ¿cuánto heroísmo europeo hubo que gastar en oscuras batallas ...? Bajo el suelo de Jamaica, antes de que pudiera siquiera producir especias o calabazas, hubo que sepultar, los huesos de muchos millares de británicos. ¡Cuánto se habrían alegrado al pensar que todo eso era a fin de cultivar calabazas para mantener a Quashee en una cómoda situación de ociosidad!».

Carlyle describía su propia visión del mundo: «Mis oscuros amigos negros, tendréis que ser sirvientes de quienes nacen más sabios que vosotros Y destinados a ser vuestros señores. Ésa es la ley del mundo, que los más tontos sean sirvientes de los más sabios».

Tan impresionado estaba Jason Pembroke al acabar la lectura del escrito que salió para gritar a Su primo:

-¡Qué maravilla! ¡Burlarse de seres humanos, hablar de ellos como si fueran caballos, pedir la reinstauración de la esclavitud!

-¡Un momento! ¿Quieres que pase aquí lo mismo que en Haití? ¿Quieres otro motín indio? Carlyle dice la verdad, la cruda y fea verdad. Los negros son poco más que animales, y si no labran nuestros campos por los salarios que les ofrecemos, se les debe obligar a trabajar. Y si para eso hay que reimponer la esclavitud, ¡sea! Se lo han buscado.



Espantado por el hecho de que Oliver adoptara con tanta vehemencia todo lo que Carlyle decía, Jason mencionó el único nombre que podía enfurecer a su primo:

-No me extraña que Gordon gane adeptos entre los negros.

-¡Gordon! -aulló Oliver, como si lo hubieran apuñalado cerca del riñón--. ¿Has estado escuchando a ese chiflado? La gente como tú dice que fue bondadoso con su padre blanco, pero ¿sabías que hizo todo su dinero robando tierras y casas a ese padre? ¿Sabías que indujo a sus trabajadores a reducir el valor de las granjas de su padre, para que el viejo vendiera con grandes pérdidas? ¿Y quién compró? Gordon. -Su desprecio era insondable, pero guardó para el final su condena más dura-: ¿Sabes, Jason, que su esposa es blanca? ¿Que se casó con ella para mejorar su posición en la comunidad? ¿Y has oído esos sermones en los que suele ridiculizar a nuestra Iglesia con sus herejías baptistas? ¿Sabes que en su constante agitación lanza insultos contra nuestra bien amada reina? Ese hombre debería ser aniquilado. Me sorprende que le permitas entrar en tu casa.

Jason, en un esfuerzo por bajar la temperatura de la retórica de su primo, preguntó sosegadamente:

-Pero ¿no te parece que Thomas Carlyle hace tanto daño como él al predicar su odio?

-"Es que ellos son negros, Jason -respondió Oliver .

Cuando Pembroke entregó la súplica de los vecinos de Santa Ana al gobernador Eyre, éste le dio las gracias, pero en cuanto se hubo marchado, llamó a Oliver Croome y a cuatro plantadores que pensaban como Carlyle, para que le ayudaran a redactar el comentario de Jamaica sobre la solicitud de los agricultores. Ellos, recurriendo con frecuencia al «Discurso monográfico sobre la cuestión de los negros», restaron importancia a la súplica de los agricultores, asegurando a la reina que en Jamaica todo marchaba bien y que la protesta provenía casi exclusivamente de negros y mestizos descontentos, de religión baptista. «Ni uno solo de los caballeros y los plantadores de toda la isla se rebajaría a firmar una carta tan impertinente.» Y así fue despachada.

Nunca se sabrá con seguridad quién redactó la respuesta a los hambrientos campesinos, pero, dado que fue entregada en Jamaica como contestación personal de Victoria a sus súplicas, pasó a la historia como «Consejo de la Reina»:

La prosperidad de las clases trabajadoras depende en Jamaica de que trabajen por un salario, no incierta ni caprichosamente sino con estabilidad y continuidad, en los momentos en que se requiera de sus esfuerzos y por tanto tiempo como sea necesario... Han de tener la seguridad de que es mediante su propio trabajo y su prudencia, al aprovechar las ocasiones de prosperidad que se

presenten ante ellos, y no por estratagemas que puedan haberles sido sugeridas, que deben buscar la mejora de su situación. Su Majestad contemplará con interés y satisfacción los progresos que hagan por propio mérito y esfuerzo.

No se decía ni una palabra sobre el hambre, no había una sola promesa de liberar la tierra sin cultivar, pues los plantadores argumentaban que si los negros conseguían tierras para su propio uso, ya no trabajarían en los cañaverales ni en las destilerías de ron. Sólo esa orden terriblemente cruel: -Trabajad para vuestros amos blancos cuando ellos lo deseen, por tanto tiempo como deseen y a los salarios que os ofrezcan». Jason Pembroke, al acabar la lectura de la carta, murmuró:

-Bien podría haber sido escrita por Thomas Carlyle.

Cuando el gobernador Eyre mostró el Consejo de la Reina a Croome y a algunos de sus amigos más Conservadores, éstos se regocijaron con el hecho de que Victoria hubiera adoptado una postura favorable para ellos. Todos estuvieron de acuerdo con Eyre cuando dijo:

-Bueno, creo que esto contesta a las preguntas del hermano Gordon.

-Es tan clara y tan justa que debemos poner copias en los árboles y en los edificios de toda la isla -dijo Eyre, y dio autorización para imprimir cincuenta mil carteles.

Croome y sus amigos corrieron a todos los rincones de la isla, repartiéndolos entre todo el mundo, con una actitud que parecía decir:

«¡Bueno, esto acaba con vuestra estúpida petición!».

Pero cuando Pembroke vio lo que se estaba haciendo, y la ira de los agricultores, los niños y las madres desnutridas al leer la carta, contra la que algunos escupían; dijo para sus adentros: «Lo de aquí será peor que en Haití». Entonces saltó a lomos de su caballo y galopó hasta Kingston en busca del predicador. Gordon.

-Amigo mío, he llegado a respetar lo que trata de hacer. Por el amor de Dios, cuide sus pasos en las semanas venideras. Mantenga la boca cerrada.

-¿Por qué, ante el mensaje tan insultante de la reina?

-Porque es la reina. y porque hombres de mucho poder desean acallaros.

Entonces, para calmar la desilusión y el disgusto de Gordon, dijo algo que se traduciría en doscientas muertes:

-Puede estar seguro de que no fue la reina quien escribió esa carta. A continuación, giró en redondo camino de su plantación para tratar de tranquilizar a sus propios peones, asegurándoles que la reina no podía haber escrito réplica tan cruel.

Los cincuenta mil carteles que se clavaron en árboles y lugares públicos tenían como finalidad -a los ojos del gobernador Eyre, que había previsto la respuesta, y de los hombres ricos como Oliver Croome, que la hacían circular con tanto entusiasmo- sofocar el disgusto por la dura manera de gobernar Jamaica.

Croome dijo después de una larga excursión a las parroquias del oeste:

Si saben leer, aplaudirán la inteligente réplica de la reina; si no saben, se les puede explicar. De un modo u otro, debe ser el fin de las discusiones, reclamaciones de tierra y distribución de alimentos que no han sido ganados como es debido.

En otras plantaciones, los propietarios mejor informados también creyeron que el Consejo había resuelto todos los problemas por diez años.

Sin embargo, el resultado fue exactamente el opuesto, pues los agricultores de Santa Ana, que habían colaborado en la redacción del suplicatorio original, vieron que la reina evadía la respuesta a todas sus quejas.

-¿Cómo vamos a trabajar si no se nos ofrece trabajo? ¿Cómo prosperaremos si no se nos permite comprar tierras para demostrar lo que valemos?

En toda la isla, en el litoral y en los valles interiores, los hombres que veían denegadas sus demandas comenzaron a analizar el mensaje, y sus frases insolentes, casi crueles, crearon una gran furia. No veían esperanzas para el futuro. La más poderosa de todas las voces era la del predicador Gordon, que se paseaba por la isla arengando a sus bautistas y pronunciando discursos cada vez más provocadores: «Habrà otra Haití en esta isla. Detesto la revolución, pero si debe ser, espero que resuelva estos terribles problemas; es vergonzoso que un inmigrante alemán sea el custodio de Santo Tomás del Este, la parroquia que tanto amo». Esta última protesta, con el correr de los meses, cobraría una importancia especial.

Según la ley jamaicana, el gobernador designaba a los custodios de las parroquias, que ejercían una autoridad considerable. El custodio de la parroquia de Gordon era, como él señalaba con tanta frecuencia, un inmigrante alemán recalcitrantemente conservador, para quien toda reivindicación era repugnante. Maximilian Augustus, barón von Ketelhardt, había tenido el buen tino de cortejar a una viuda rica apenas llegado a la isla. Ella le proporcionó con el casamiento cinco fértiles plantaciones y su aceptación como miembro de la facción

gobernante. Era un hábil manipulador, que supo congraciarse con las clases inferiores, y no actuaba tiránicamente, aunque así lo juzgara Gordon, que estaba bajo su custodia.

La parroquia de Santo Tomás del Este, cuyos asuntos supervisaba Augustus, debía ese curioso nombre a dos motivos: estaba en el extremo más oriental de Jamaica y había sido llamada así porque una parroquia anterior, situada en el centro de la isla, ya utilizaba ese nombre. Tenía también otras características únicas: por estar tan lejos de Kingston y Spanish Town, se creía libre, de las restricciones que limitaban a otras parroquias; era decididamente baptista, lo cual provocaba muchos problemas, sobre todo con el barón von Ketelhardt, y contaba con un desacostumbrado número de tenaces predicadores negros y Mestizos, hacendados y semieruditos. Parecía inevitable que George William Gordon, procediendo de allí, fuera disciplinado de algún modo por su custodio.

El largo verano de 1865 fue especialmente caluroso y húmedo. Los azucareros atentos, como Oliver Croome, notaron que el humor de las clases bajas se tornaba sombrío, hasta tal punto que el plantador, presintiendo el peligro, pidió audiencia con el gobernador Eyre para advertirle:

-Si las cosas empeoran, gobernador,- podríamos sufrir una rebelión importante. Los plantadores que me acompañaron en el recorrido anual por los distritos están profundamente preocupados por la situación en Santo Tomás del Este. Recomendamos que cite usted a su custodio para que él mismo le dé su opinión.

Eyre, siempre aterrorizado por los nombres de Haití y Cawnpore, aceptó la sugerencia. Pocos días después, el barón von Ketelhardt, alto, rígido y presto a sofocar cualquier levantamiento incipiente en su parroquia, se presentó ante el gobernador.

-Ese idiota de Gordon ha estado provocando disturbios. Y parece que ha inculcado sus ideas en uno de sus subordinados, un tal Bogle, un verdadero payaso ...

-¿No es también predicador baptista?

-En efecto. Gordon lo ordenó, igual que se ordenó a sí mismo.

Además, por lo visto, los carteles con el Consejo de la Reina han suscitado mucho resentimiento.

-¿Resentimiento? ¿Y cómo se expresa?

-Han escupido contra los carteles. Y en tres casos han sido arrancados.

La expresión de Eyre se tornó más seria, arrugándose su ancha frente y percibiéndose un suave temblor en su larga barba.

-¡Qué escupieron contra el Consejo de la Reina! -dijo-. Eso no podemos consentirlo, Ketelhodl. ¿Qué hizo usted para impedirlo? -Obrar con cautela -dijo el barón, con su grave acento germánico-. No alterar los ánimos. Observar atentamente.

-¿Y qué ha descubierto?

-Que George Gordon está detrás, de cada paso. Que está incitando a la rebelión. Que tarde o temprano tendremos que arrojarle una red, pero con cuidado, para no incitar a esos condenados renegados baptistas.

Cuando Eyre convocó a Croome y a Pembroke para participar en la reunión, el primero apoyó todo lo que el barón había dicho, acentuando algunos puntos:

-Gordon predica activamente la rebelión. Tendríamos que silenciarlo ahora mismo.

Pembroke, en cambio, recomendó paciencia:

-Gobernador, la gente más sensata de esta isla opina que la carta de la reina demuestra cierta insensibilidad con el problema. Es comprensible que ...

Eyre abandonó el asiento para mirar fijamente a Pembroke y dijo, con mucha severidad:

-¿Osa usted denigrar a la reina?

-Por cierto que no, señor -dijo Pembroke, humildemente-, pero esa carta ha decepcionado a la gente, pues no llega a ...

-La reina se ha pronunciado -tronó Eyre, como si las clases inferiores lo estuvieran importunando como las moscas a un noble animal... -y la gente no tiene más que obedecer.

-¡Bien, bien! -exclamaron a un tiempo Croome y el barón. Y la reunión llegó a su fin.

Pero eso no acabó Con la agitación en Jamaica. Seis días después, mientras Gordon predicaba en Kingston, su colega Bogle encabezó un alzamiento en Santo Tomás del Este, donde los negros enfurecidos, hartos de esperar que sus quejas fueran atendidas, se desmandaron, asesinando del modo más brutal a dieciocho blancos, incluidos varios dignatarios reales, algunos dueños de plantaciones, funcionarios menores, y el propio custodio, el barón von Ketelhodt,

con cuyo cuerpo se ensañaron especialmente, pues le cortaron los dedos de las manos; éstos Circularon como recuerdos del triunfal alzamiento. A algunos negros que participaban en la salvaje sublevación se les oyó gritar: «Ahora haremos, como en Haití».

Así pues, la rebelión amenazaba a la isla.

Los dos protagonistas de la tragedia jamaicana, el gobernador Eyre y el predicador Gordon, estaban en Kingston cuando estalló el alzamiento en Santo Tomás del Este, a muchos kilómetros de distancia.

En situación tan extrema, el gobernador, viendo la amenaza de masacre, se comportó de un modo magnífico. Sereno, decidido, estudiando detenidamente el aspecto estratégico, dio pocas órdenes, pero todas correctas. En el atardecer del día en que recibió noticias de la rebelión, dijo:

-Por cuenta propia no puedo declarar la ley marcial. Eso sólo puede hacerlo nuestra Junta de Guerra.

Croome, que era miembro de dicho Consejo, se ofreció para reunir ,a lo largo de esa noche a todos sus miembros, y anticipándose a la decisión, él mismo redactó el decreto.

Mientras tanto; Eyre, en un arrebato de la antigua energía que había mostrado en Australia, galopó hasta Spanish Town para atender sus funciones allí; luego, al alba, volvió raudamente a Kingston para presidir una reunión, en la cual se declaró la ley marcial en Santo Tomás del Este y en todas las parroquias contiguas. Eyre demostró sentido común y firme decisión, pues cuando todos, especialmente Croome, clamaron que la ciudad de Kingston también debía ser puesta bajo la ley marcial, él dijo:

-¡No! Basta con las acciones mínimas para controlar la situación.

La ley marcial, en un sitio tan habitado como éste, podría tener consecuencias atroces.

No hubo modo de hacerle cambiar de idea.

A solas con Croome y Pembroke, el gobernador preguntó a Jason: - ¿No tiene usted un antepasado famoso por haber pacificado a los cimarrones, hace ya un siglo?

Jason asintió con la cabeza.

-Y no fue él quien pacificó a los del extremo oriental de la isla? El joven volvió a asentir. Tomando entonces una decisión instantánea, de gran importancia futura, el gobernador Eyre exclamó: -¡Galope inmediatamente hasta

los cimarrones, Pembroke, e implóreles que no se unan a los negros en este horrible asunto!

-¡Sí, señor! -dijo Jason.

-Hágales cualquier concesión. Ofrézcales cualquier ventaja. Pero impida que participen de la rebelión -insistió Eyre.

Era la primera vez que utilizaba esa temible palabra. En las cuatro décadas siguientes la emplearía sin cesar para justificar sus actos: «Fue una rebelión, y yo tuve que sofocarla».

Antes de las siete de la mañana, Jason galopaba hacia el peligroso sector de las montañas en donde su tatarabuelo había penetrado durante una situación semejante, para probar su fibra de pacificador.

A las ocho, la Junta de Guerra proclamó la ley marcial en el este.

Tan pronto como esto le dio la autoridad requerida, el gobernador Eyre, acompañado por Oliver Croome, despachó un paquebote francés que bordearía la costa hasta la zona en conflicto. A las diez de la mañana estaba en marcha. Al interceptar otro barco que volvía penosamente a Kingston, atestado de refugiados que huían de la rebelión, oyó los espantosos detalles de que había pasado en una de sus parroquias más apacibles y prósperas:

-El reverendo Herschell, anglicano, con la lengua arrancada en vida y muerto a hachazos; las negras aún intentaron desollarlo. Pricé, miembro de la Asamblea, negro, con el vientre abierto y destripado vivo. El teniente Hall, hombre valiente, encerrado en una letrina y quemado vivo. Ojos arrancados, cabezas abiertas, sesos aplastados. El barón alemán, muerto a hachazos, aunque resistió hasta el final.

Después de agradecer a los refugiados los horribles informes, descompuesto por lo escuchado, Eyre les dijo que continuaran viaje hacia Kingston, mientras él se encaminaba hacia Santo Tomás del Este.

Allí encontró a los consejos de guerra ya en activo, formados por oficiales jóvenes de los regimientos estacionados en Jamaica o de los b:rcos que habían acudido apresuradamente a la zona. Los procedimientos eran brutales. Se llevaba a los prisioneros ante el tribunal en grupos enteros y se los sentenciaba del mismo modo. Cualquier negro arrestado por una conducta desacostumbrada, sin importar cuál fuera -incluso mirar furtivamente a un soldado-, era condenado sin ninguna oportunidad de defenderse.

-Ahorcadlos a todos -exclamaba el oficial de guardia. Inmediatamente seis negros eran colgados de las vigas que quedaban en pie después del incendio. Era una horrible forma de morir, tanto para los culpables como para los inocentes,

pues el prisionero, con una soga al cuello, era izado, en vez de dejarlo caer de la manera normal para romperle el cuello; de este modo, el hombre se asfixiaba lentamente.

Durante tres días, Eyre recorrió la costa hasta comprobar que la rebelión de Santo Tomás no se había extendido a las parroquias vecinas. Cuando regresó al lugar del alzamiento, vio que, cada mañana, el consejo de guerra ahorcaba por docenas a los prisioneros negros, sin hallar nunca a uno inocente. Entonces le dijo a Croome:

-Le hemos roto el espinazo a la rebelión. Permanezca aquí con las tropas y cuide de que la pacificación continúe.

Luego abordó un navío francés para regresar a Kingston, desde donde inmediatamente envió un informe a Londres, asegurando que había sofocado la rebelión con un mínimo de pérdidas entre los blancos y sin necesidad de abocar a toda Jamaica la muerte imponiendo la ley marcial en todo el territorio. Cuando por fin se metió en la cama, se sintió aliviado al considerar que había actuado rápidamente y según la gran tradición de los gobernadores coloniales británicos. Tan complacido estaba de su labor que se levantó para añadir una posdata a su informe: «Mediante la acción pronta y severa contra los enemigos de la reina, creo haber evitado otro motín indio u otro alzamiento al estilo de Haití».

Durante once horas, Eyre permaneció en la cama, casi inmóvil, como si saboreara el sueño del héroe que se ha comportado bien en una crisis grave. Pero al despertar se notó la boca seca, pues comprendió que no había logrado una verdadera victoria.

-¿Dónde está Gordon?, se preguntó. Porque el instigador de la rebelión había desaparecido. No, se dijo, es demasiado astuto como para presentarse en Santo Tomás, sabiendo que lo ahorcaría si lo encontrara. En sus silenciosas cavilaciones, el gobernador no tuvo en cuenta el hecho de que Gordon podía no haber estado en el escenario de los asesinatos y no haber siquiera participado, directa ni indirectamente. Para Eyre, Gordon era el responsable de todo: tenía que haber dado a otros las órdenes de provocar el alzamiento y por eso debía morir ahorcado. Su obsesión era tan grande que no se molestó en estudiar las razones que justificasen el ahorcamiento de Gordon, ni siquiera en qué tribunal civil podía juzgarse al predicador. Ningún tribunal civil de Kingston lo condenaría; no se podían presentar cargos válidos contra él en procedimientos normales. No había asesinado a nadie. No se había alzado contra la reina. No había pruebas de que hubiera incitado a la rebelión, salvo su franca insatisfacción con respecto a la carta real. Y ni siquiera el testigo más embustero podía asegurar haber visto a Gordon en Santo Tomás durante los disturbios ni en las semanas previas. Pero Eyre sabía que, si podía atraer al predicador báptista hasta Santo Tomás, el consejo de guerra se ocuparía de él, sin andarse con miramientos por las sutilezas de la tradición legal ni por, la lógica.



Eyre juró entonces: Buscaré a Gordon para llevarlo a Santo Tomás.

Pero nadie podía decirle dónde estaba el criminal. ¡Por Dios! ¿Habrá huido de la isla? ¿Habrá escapado a la acción de la justicia que merece?

Eyre pasó dos días echando chispas y diciendo a sus subordinados: - ¡Tengo que hallar a ese criminal! ¡Buscadlo, buscadlo!

Pero Gordon no fué hallado, y Eyre siguió sin dormir, pues lo obsesionaba la imagen del predicador Gordon de pie en el patíbulo, con una soga al cuello. La frustración de no poder arrastrar a ese hombre ante la justicia lo enfurecía.

-Encontradlo -rugía a sus subordinados-. Rastreadlo.

Pero ni siquiera los espías mezclados con la población negra sabían dónde estaba. Después de llamar al custodio local, tronó:

-Firma una orden de arresto.

Así se hizo, pero sin efecto alguno. Mientras, el enojo de Eyre seguía cada vez más vivo...

De pronto, en la mañana del tercer día, George William Gordon, , siempre con su expresión de predicador agresivo, entró serenamente en los cuarteles del ejército, en Kingston, y dijo sosegado:

-Creo que me estáis buscando. Soy el reverendo Gordon.

El atónito oficial llamó a su comandante, quien ahogó una exclamación y voló al despacho de Eyre, para informarle de que Gordon había sido apresado. El gobernador, conteniendo su entusiasmo, dijo:

-Es una gran suerte. Lo estábamos buscando.

Cuando condujeron al prisionero ante su presencia, le dijo en voz baja y dominada:

-Tenéis que venir conmigo... a Santo Tomás del Este.

Gordon, con una leve reverencia, repitió lo que había estado diciendo a sus amigos negros y mestizos en los días que pasó escondido: -Si me presento ante un consejo de guerra, será mi muerte.

-Tal vez -respondió Eyre, con los dientes apretados.

El barco Wolverine debía hacerse a la mar una hora después, pero se postergó la partida, ya que un hombre, con las credenciales más respetables, irrumpió en la oficina de Eyre, polvoriento y casi exhausto, exclamando:

-¡Señor! ¡No debéis enviarlo a Santo Tomás!

Puesto que el gobernador estaba obligado a atender su petición, el envío de Gordon a una muerte segura tuvo que demorarse.

Casi una semana antes, aquella mañana en que Jason Pembroke había recibido la orden de utilizar el honroso nombre familiar para impedir que los salvajes cimarrones se unieran a los negros rebeldes, se inició una aventura que evocaba hechos de un siglo atrás. Tras una resuelta cabalgada, abandonó la zona de Kingston y entró en Santo Tomás del Este. En cuanto se acercó a Monklands, el asentamiento más alejado hacia el oeste, vio señales de alzamiento. Un plantador blanco, al reconocerlo, le gritó:

-¡Si avanzáis más correréis peligro!

-Asuntos de gobierno -respondió Jason, en tanto se encaminaba decididamente hacia las Montañas Azules. Tal vez no fueran impresionantes, comparadas con el Himalaya o los Andes, pero eran mucho más altas que cuanto había en Gran Bretaña, pues a veces superaban los mil ochocientos metros y estaban cubiertas de árboles y surcadas por profundos barrancos. Cuando hubo cubierto la mitad del trayecto hacia la costa este, desvió su caballo hacia el norte, por un sendero escarpado en donde se veían unas pocas chozas de esclavos, encaramadas en sitios solitarios. Una vez más recibió la advertencia; esa vez de boca de los negros:

-¡No más adelante, amo! ¡Más allá gran problema! ¡Cimarrones!

-A ellos busco -replicó él.

-No ir, amo, pronto oír cuernos -le dijeron.

No mucho después de haber dejado atrás la última choza del barranco que atravesaba, oyó ese sonido lastimero, grave, que aterrorizaba a los jamaicanos: el palpitante gemido de tres o cuatro cuernos al unísono, el grito solitario de los cimarrones, los esclavos fugitivos que sobrevivían en las montañas de Jamaica, llevando una existencia libre y sin límites desde hacía ya doscientos años. Las leyes no les concernían. La policía jamás entraba en sus montañas, y hasta las tropas preferían no entrometerse en la vida de esos formidables guerreros. Ningún hombre blanco podía siquiera imaginar cómo vivían. De vez en cuando descendían de su montaña para trabajar por un salario, araban los campos y efectuaban incursiones en pequeña escala, pero se retiraban prontamente a sus guaridas, y así subsistían.

Los cuernos estaban hechos con materiales diversos: conchas marinas que pasaban de padre a hijo, cuernos de ganado que robaban en sus andanzas, raros instrumentos de madera. Usaban lo que usasen -a veces la simple manipulación de la voz humana-, lograban efectos intimidantes, pues el sonido de los cuernos cimarrones significaba conflictos: significaba que los negros de la montaña estaban nuevamente en pie de guerra.

En los últimos años, sin embargo, representaban una amenaza principalmente para los otros negros y rara vez para los blancos. Como ocurría a menudo en otras partes del mundo -en Panamá y Brasil, por ejemplo, donde los esclavos renegados huían a la selva para obtener su libertad- veían a los otros negros como el principal enemigo: gente en la que no se podía confiar. Los cimarrones habían conseguido las mayores concesiones de los blancos por servir de sabuesos: rastreaban, capturaban y devolvían a los esclavos fugitivos, pero también admitían a otros esclavos en su hermandad, sobre todo a las negras, para mantener el número de población.

Eran formidables guerreros, que habían sabido defenderse durante más de dos siglos, conservando vivas las tradiciones heredadas de Africa y proporcionando una especie de trasfondo mítico a la vida jamaicana. Entendían el inglés, pero preferían su propio dialecto, rico en vocablos africanos, y eran muy oscuros de piel, tanto que sus rostros resultaban temibles para un blanco. Ni siquiera una de cada diez personas blancas de la isla había visto nunca a un cimarrón, pero todos tenían conciencia de que estaban allí, desde la niñez misma. «Pórtate bien o te llevará un cimarrón», decían los mayores a los niños. Y era en lo más recóndito de su guarida donde Pembroke se proponía entrar; Mientras ascendía por las montañas se dio cuenta de que los cimarrones lo habían localizado, pues oyó primero un cuerno distante, y luego, otro. Pero recordó a su valiente antepasado, sir Hugh, considerado el principal artífice de la pacificación de los cimarrones, Y siguió adelante, con la esperanza de que se le permitiera cuando menos un momento para identificarse ante alguien que recordara su apellido. Era peligroso y él lo sabía; por eso, cuando la senda se tornó más empinada, como si se acercara al sitio en donde los cimarrones tenían sus viviendas, desmontó para caminar junto al flanco derecho de su caballo, decidido a protegerse, al menos por un costado. Luego comenzó a gritar:

-¡Viene Pembroke!

E iba repitiendo estas mismas palabras a intervalos, mientras se intensificaba el sonido de los cuernos.

Al aproximarse a la cresta de una leve colina fue sorprendido por dos hombres negros que saltaron bruscamente ante su caballo. Ambos aferraron las riendas con una mano y lo amenazaron con el garrote que sostenían en la otra.

-¡No! ¡Quietos! -gritó él. Los garrotes se detuvieron cerca de su cabeza.

Los hombres no eran salvajes. Llevaban pantalones y camisas, aunque en harapos, e iban bien afeitados. Pembroke, consciente de que sus actos en esos primeros momentos podían valerle la vida, les permitió apoderarse de su caballo, sin hacer gesto alguno que pudiera parecer poco amistoso, en tanto repetía, una y otra vez:

-Pembroke tu amigo. Pembroke tu amigo.

Los hombres, sin comprender nada, se miraban como preguntándose: «¿Qué hacemos con éste que parece valiente?». Debieron llegar a alguna decisión, pues uno de los hombres guió el caballo hacia delante, mientras el otro custodiaba a Pembroke con su garrote, y continuaron ascendiendo por la cuesta.

Pronto llegaron a una especie de aldea, rodeada de pequeños campos donde había mujeres arando. La veintena de viviendas era poco más que un montón de toscos cobertizos, pero en el centro había uno más grande, con tejado de metal, que obviamente albergaba al jefe: un negro de más edad, cuyos antepasados habían huido a esa montaña desde los sembrados en 1657, dos años después de ser desembarcados como esclavos por sir William Peno, el almirante británico que había capturado la isla a los españoles. Cuando el jefe vio al blanco caminando hacia él, su primer impulso fue hacerlo matar por su insolencia y arrojarlo desde la montaña, con la idea de conservar su caballo como un tesoro. Pero Jason, con la esperanza de impedir esas desgracias, comenzó a hablar rápidamente, confiando en que alguien comprendiera la fuerza de lo que decía:

-Soy Pembroke. El mismo Pembroke que trajo la paz, hace mucho tiempo.

Las palabras tuvieron un efecto mágico, pues el jefe cimarrón contuvo el aliento y se adelantó para inspeccionar al visitante, luego lo abrazó:

-Conocemos Pembroke. Muchos años. Buen hombre, De confianza.

-y añadió, -largando su mano derecha-: Soy coronel Seymour... al mando aquí.

Jason lo saludó como si fuera un coronel de verdad. El coronel pidió un banco toscamente tallado, lo puso junto al suyo e invitó a Jason a unírsele. Después de intercambiar algunas gentilezas, Jason abordó el propósito de su visita:

-Gran problema, Morant Bay.

-Sabemos antiguos esclavos matan y mueren.

-El nos dijo -informó el coronel, señalando a uno de sus hombres que se había deslizado hasta Morant Bay al iniciarse los disturbios, para observar lo que ocurría y qué efectos podía tener en los asentamientos cimarrones de la montaña.

-Gobernador, gran hombre, me manda pedir que no participéis en los desmanes.

-Conozco gobernador. Nombre Eyre. Bastante buen hombre. ¿Qué promete, nosotros fuera?

-Caballos. Como ése. Quizá más balas para vuestras pistolas. Después de un prolongado regateo, el coronel asombró a Jason diciendo con firmeza:

-Nosotros, casi listos para marchar a Morant.

-¡Oh, no! -suplicó Paul, casi ahogado por la desesperación-. Si vais con los alborotadores ...

-No vamos con ellos -aseguró el coronel-. Los matamos.

-¡No, no! -imploró Jason-. No los matéis. No matéis a los negros. No matéis a nadie.

-Antiguos esclavos no sirven. Matan vosotros blancos, después pronto vienen por nosotros. Nosotros matamos primero.

Ninguna de las súplicas de Jason tuvo efecto alguno en el coronel, quien había decidido, mucho antes de llegar Pembroke, que lo mejor, para los cimarrones sería asolar la zona de los disturbios y matar a los alborotadores negros.

Con una celeridad que dejó atónito a Pembroke, el coronel Seymour hizo una seña para que los cuernos volvieran a sonar y, a los pocos minutos, se había reunido una fuerza expedicionaria compuesta de unos doscientos negros de distintas aldeas, que llevaban consigo un sorprendente número de buenos caballos. Después de ordenar a los hombres que devolvieran la montura a Jason, el coronel Seymour dijo:

-Tú montas también. Dices oficiales lo que hacemos.

Cuando Jason se acercó a su caballo, sin querer participar en lo que podía convertirse en un temible ataque, oyó que Seymour añadía: -Termina batalla, puedes irte.

Decidió, pues, que lo más prudente era acompañarlos. Los cimarrones descendieron por la senda a un paso que dejó sin aliento a Jason, y cuando

llegaron al camino, se desviaron hacia el este, rumbo a las zonas pobladas en donde se habían producido los disturbios. En la primera media hora de la carga, Pembroke descubrió qué cariz iba a adoptar esa expedición, pues cuando llegaron a la aldea negra de Conari, así llamada en honor de cierta antigua población africana, Seymour dividió a su fuerza en dos grupos. Uno debía rodear el sitio; el otro entrar a la carrera con ramas encendidas, para incendiar todas las chozas. Mientras los aterrorizados ocupantes salían precipitadamente, tratando de escapar a la inmolación, él gritó:

-¡Matar, matar!

Todos los aldeanos fueron perseguidos en medio, del humo. Hombres, mujeres y niños por igual eran asesinados a golpes de garrote y con largos cuchillos de caña, cuando se los podía atrapar, o por magistrales descargas de fusil en medio de la espalda si trataban de correr. No sobrevivió uno solo.

-Seymour -gritó Jason, al continuar la matanza en una segunda aldea-, ¡basta de muerte!

-:Negros no sirven. Matar todos -replicó el coronel y alentó a sus cimarrones para que aniquilaran a cuanto negro se les cruzara. Las mujeres y los niños eran quemados vivos en las chozas incendiadas o derribados a tiros si intentaban escapar. De este modo, los cimarrones se aproximaron a la ciudad de Morant Bay.

Afortunadamente, allí estaba al mando el coronel Hobbs, hombre del ejército, que, adivinando que se provocaría una gran confusión si se permitía a los cimarrones entrar en una ciudad ya asolada por los disturbios y los ahorcamientos, dispuso en línea a sus soldados para impedir que los cimarrones entraran. El coronel Seymour, sin dejarse perturbar, volvió grupas y condujo a sus atacantes hacia otras zonas rurales donde pudieran desmandarse a voluntad. Pembroke, que había quedado atrás, sobrecogido por la tempestad que se había desatado y por sus feroces resultados en forma de muerte y destrucción, dijo a Hobbs:

-He venido con órdenes del gobernador, para persuadir a los cimarrones de que no se unieran a los alborotadores negros. Nunca imaginé que los asesinarían.

-Olvídese de ellos. Son negros rebeldes y morirán cientos más antes de que terminemos. -Luego volvió su caballo hacia el norte, diciendo-: Antes de volver a Kingston, tal vez quiera usted ver uno de nuestros consejos de guerra en acción.

Lo condujo hasta una choza de paja improvisada, en donde tres oficiales muy jóvenes, del Ejército y la Marina, estaban realizando los juicios de la jornada.

Había un grupo de veintisiete hombres y dos mujeres, negros todos, encadenados en un rincón del cuarto, bajo la custodia de marineros armados y perros. El juicio duró exactamente nueve minutos, durante los cuales el presidente del tribunal, un hombre del Ejército de veintidós o veintitrés años, preguntó:

-¿Cuáles son los cargos contra estos criminales?

Pembroke supuso que Hobbs, el oficial de mayor graduación entre los presentes, objetaría a la brutal afirmación de que los acusados eran ya criminales antes de ser presentadas las pruebas. Pero luego descubrió que no habría prueba alguna., Un hombre blanco declaró al tribunal: -Todos ellos participaron en la rebelión.

-¿También las mujeres?

-Sí.

-¿Veredicto? -preguntó el juez a sus dos compañeros. -Culpables - respondieron.

-Ahorcad a los hombres, setenta y cinco azotes para las mujeres - sentenció el juez.

Los veintisiete fueron conducidos al exterior, donde serían ahorcados. Sin embargo, en la viga suspendida había espacio sólo para veinte cuerdas, de modo que el sargento encargado, sin consultar con el tribunal, mató a los otros a disparos, pasando de uno a otro para atravesar cada cabeza con una bala; en cuanto el cadáver caía, lo apartaba con un puntapié.

En cierto sentido, esos siete tuvieron suerte, pues el ahorcamiento improvisado no permitía una muerte súbita. Se izaba a los hombres, que pataleaban y se debatían hasta asfixiarse lentamente. Por fin, el sargento gritó:

-¡Tiradles de las piernas!

Y los soldados se adelantaron para levantar un poco a los hombres ya casi muertos y estirar de ellos hacia abajo, con toda la fuerza posible:

Pero como de esta manera no se lograba gran cosa, la mayoría de los ajusticiados continuaron ahogándose y girando en sus sogas hasta que el sargento, disgustado, pasó ante ellos disparándoles.

Pembroke sintió repugnancia ante aquella brutalidad ejercida en nombre del gobernador Eyre y de la reina Victoria, pero fue al presenciar la tortura de las dos prisioneras cuando comprendió lo horrible que podía ser la actuación de un consejo de guerra sin las restricciones de la ley. Las dos mujeres fueron desnudadas de cintura para abajo, arrojadas al suelo con las nalgas

descubiertas y castigadas con veinticinco azotes en la piel; no se utilizaba un látigo común, sino uno entretejido con duros alambres. Los marineros encargados de fustigar a las mujeres parecían disfrutar con la tarea, pues golpeaban con tanta fuerza que al quinto latigazo, las mujeres tenían el trasero y las piernas en carne viva. Los soldados jóvenes que presenciaban el castigo contaban los azotes a gritos. Al terminar los primeros veinticinco, la operación se interrumpió. Aunque las mujeres estaban casi inconscientes, aquello estaba lejos de ser el final. Después de reanimarlas arrojándoles agua a la cara, se las tendió otra vez en el suelo para aplicar otros veinticinco golpes, con creciente vigor. Los enérgicos marineros recibieron el aplauso de los soldados que contaban. Una vez más, Jason esperaba que Hobbs interviniera, pero éste permanecía cerca de las dos mujeres, sonriente y con los puños apretados, contando los azotes.

Cuando el quincuagésimo latigazo desgarró la piel palpitante, el castigo cesó y Jason se sintió obligado a protestar:

-Coronel Hobbs, impida esta crueldad, por favor.

-Ya há oído usted el veredicto. Culpables de rebelión. Y ésta ha sido la sentencia.

El militar continuó sonriendo, mientras las mujeres eran arrojadas al suelo por tercera vez y los horribles látigos metálicos volvían a cortar la carne sangrante. Sólo mediante un supremo control de sí mismo pudo Pembroke contenerse para no saltar en defensa de las prisioneras. y tuvo suerte de lograrlo, pues si hubiera intentado cualquier movimiento compasivo en medio de aquel frenético ambiente de venganza, los jóvenes militares presentes, que no veían nada malo en el castigo, podrían haberse vuelto contra él, matándolo.

Terminada la horrible escena, inconscientes las mujeres flageladas entre los siete hombres muertos a tiros y bajo las piernas bamboleantes de los veinte ahorcados, Pembroke quiso huir, pero cuando se disponía a volver a Kingston entraron otros quince acusados al cobertizo donde los esperaba el mismo juicio imparcial. En ese momento, Hobbs dijo algo que incitó a Jason a una acción precipitada-, sin tener en cuenta las consecuencias:

-¡Buenas noticias de Kingston! Han atrapado a ese cretino de Gordon. El gobernador Eyre nos lo envía para que lo juzguemos.

Pero logró dominarse una vez más y decidió alejarse del sanguinario Hobbs. Escapó discretamente y galopó hacia el este, con la esperanza de convencer al gobernador Eyre para que retirara esa orden, indudablemente errónea.

Imponiendo un galope implacable a su caballo, ya fatigado, Jason llegó a la residencia de Eyre antes de que se llevara a efecto la decisión de



embarcar a Gordon y someterlo al consejo de guerra, irrumpió sin hacerse anunciar en el despacho del gobernador, barbotando:

-Señor, por amor a Dios, por misericordia, no envíe a George Gordon al consejo de guerra de Santo Tomás del Este. Allí se han vuelto locos.

-Están cumpliendo con su deber -aseguró Eyre, manteniéndose muy erguido y dando a su voz una fuerza controlada-. Los que se rebelan contra la reina deben pagar el precio.

-Pero la conducta del tribunal es inhumana. Azotan a las mujeres con látigos de alambre.

-Las mujeres suelen ser las peores delincuentes. Habría que ahorcarlas también.

-Me reuní con los cimarrones, gobernador. Impedí que participaran en los disturbios junto a los negros.

-Excelente trabajo, Jason. Misión peligrosa, la vuestra.

-Pero los cimarrones se desataron contra los negros. Matanzas, incendios. Contra niños y mujeres.

-Cuando un hombre como Gordon provoca una rebelión debería calcular las consecuencias.

-Pero él no estaba en Santo Tomás. No intervino en la sublevación.

El gobernador Eyre se enfureció tanto ante esa defensa del hombre a quien estaba decidido a ahorcar que estuvo a punto de despedir a Pembroke. Pero la valentía del joven, al adentrarse solo en territorio cimarrón, merecía su admiración, y tuvo que dominarse.

-Se ha comportado usted como un verdadero inglés, Pembroke. El deber lo llamó, y usted ha respondido.

-Ahora mi deber, gobernador, es decirle una verdad elemental. Cuanto usted ha hecho hasta ahora, todas las acciones que ha iniciado, ha sido impecable. El gobierno está en las mejores manos. Los disturbios han sido controlados. Se ha evitado un alzamiento en toda la isla.

-Gracias. Hice lo que pude ... aun con grandes dificultades, a decir verdad. Todos querían que declarara la ley marcial en la isla.

-Gracias a Dios no lo hizo. Y ahora debe levantada allí donde está impuesta.

Eyre, ante tal consejo, apenas pudo contenerse:

-Gordon ha hecho muy mal en iniciar esta rebelión. El castigo debe continuar como lección para los rebeldes. Y es preciso que él sufra su parte.

-Pero usted no puede enviarlo a Santo Tomás. Eso es un asesinato legal.

-Debe aprender la lección.

-Todo lo que usted ha hecho hasta ahora lleva el sello de la grandeza, gobernador Eyre. Pero si hace esto contra Gordon, si mantiene los consejos de guerra, corre un tremendo peligro. Se dirá que corrompió los canales de la justicia. Inglaterra podría condenarle -dijo Pembroke con voz angustiada.

Las palabras herían, pues tocaban el punto débil en la actitud de Eyre: su deseo de venganza personal, tan poderoso que estaba dispuesto a pasar por alto las tradiciones de la justicia inglesa. Sabía que Gordon no era legalmente responsable de los disturbios, que él denominaba rebelión. Sabía que un tribunal civil jamás lo condenaría y que, en caso de condenarlo, no lo ahorcaría. Y lo peor, de todo: era plenamente consciente de no tener autoridad para secuestrar a Gordon, apartándolo de las leyes civiles de Kingston, y arrojado en manos de un consejo de guerra que no tenía autoridad sobre él, acto equivalente al asesinato. Pero su odio contra aquel individuo conflictivo era tan grande que, para defenderse, admitió algo horrible:

-Siempre he detestado a George Gordon. ¡Un hombre de color, casado con una mujer blanca para obtener ventajas! ¡Miembro de una secta baptista, que siempre denigra nuestra religión nacional! Peor aún: un campesino analfabeto que se atreve a ridiculizar a nuestra reina.

-No creo que lo haya hecho nunca -dijo Pembroke-. Sólo protestó contra la carta que se hizo pública en nombre de Su Majestad.

-Escupió sobre esa carta -insistió Eyre.

-Lo hicieron algunas mujeres, no él -corrigió Jason, nuevamente.

-Él las alentó y debe pagar la pana -espetó entonces Eyre-. Vamos. Hoy nos embarcaremos hacia Santo Tomás.

-Debo protestar otra vez, gobernador. Con esto, arriesga usted su reputación. Todos los hombres honrados, gobernador, dirán que sus acciones fueron ilegales, teñidas por un deseo de venganza personal. Por el bien de su honorable nombre, no lo haga.

Fue imposible detener a Eyre. George Gordon, hombre frágil, con aspecto de ratón de biblioteca gracias en parte a sus gafas de montura metálica, fue llevado al Wolverine esposado. El gobernador se embarcó ayudado por Pembroke, quien todavía esperaba disuadido de cometer ese acto abominable. Así se inició el viaje fatal hacia Santo Tomás del Este. Pero el breve trayecto marítimo fue como un relato salido de algún drama antiguo, en donde dioses y naturaleza conspiraran contra un acto maligno: se levantó una tempestad, que sacudió al barco durante tres días con sus noches, demorando al gobernador Eyre en su propósito de entregar al predicador al consejo de guerra que esperaba. Durante esas turbulencias, Pembroke tuvo una última oportunidad de dialogar con Gordon, quien le dijo, con asombrosa calma:

-Mañana me ahorcarán, y Jamaica no olvidará jamás ese día. Cuando amainó la tormenta, el predicador fue conducido a la costa bajo custodia de la Marina. Se lo llevó a través de las calles hacia donde se hallaba instalado el tribunal. Mientras marchaba, soldados y marineros, convencidos de su culpabilidad, le gritaban:

-¡Aquí viene el pastor Gordon, camino de la horca!

-¡Me encantaría hacerte probar el azote antes de la muerte, traidor! Los ánimos estaban tan enardecidos que un observador comentó acertadamente: «Sin duda, si se hubiera permitido a los soldados ejercer su propia voluntad, aquel hombre habría sido despedazado en vida».

En el cobertizo improvisado desde donde se arrastraba a tantos acusados a la horca, el consejo de guerra estaba compuesto por dos jóvenes oficiales de la Marina y otro del Ejército, más joven todavía. No tenían noción alguna de qué era la jurisdicción ni de la autoridad con que contaban para juzgar a un hombre que no había estado en Santo Tomás; y mucho menos, de qué constituía una prueba admisible. Se les había ordenado aplicar justicia a los criminales y no veían dificultad alguna en reconocer al predicador Gordon como instigador de la rebelión, pues se les había asegurado que lo era.

Había pruebas: cartas escritas al tribunal por personas residentes en otros sitios de la isla, que no estaban allí para ser interrogadas. Varios testigos decían estar seguros de que Gordon había sido responsable de la rebelión. Existían pruebas contundentes de que despreciaba el Consejo de la Reina. La encargada de correos de Morant Bay atestiguó que, como ella leía siempre todo el material que llegaba a su oficina como impreso o en sobre abierto, podía afirmar contundentemente que Gordon había despachado panfletos subversivos, aunque no recordara exactamente en qué consistía.

El joven juez permitió que Gordon hiciera una declaración en defensa propia, pero el predicador repitió sólo lo que había dicho siempre a Pembroke y a otros amigos suyos, que deseaba ayudar a los ciudadanos de Jamaica a mejorar su

suerte. Los tres jueces prestaron poca atención a sus divagaciones y no tuvieron dificultades para hallarlo culpable ni para sentenciarlo a la horca.

El juicio se llevó a cabo el sábado por la tarde. Como el oficial encargado de cumplir la sentencia consideró indecoroso ahorcar a un clérigo en domingo, la ejecución se postergó hasta el lunes por la mañana. El domingo por la noche llovió; el lunes, gruesas nubes ribeteadas por el sol, oculto tras ellas, oscurecieron el arco de piedra desde donde pendía la soga. El predicador se irguió en una plancha de madera, atado para que no pudiera escapar. Cuando las tablas fueron retiradas, cayó hacia su lenta muerte por estrangulamiento.

El gobernador Eyre se veía vengado así por los insultos que, según él, Gordon había acumulado sobre su persona.

Jason Pembroke, ya ansioso por volver a Trevelyan, esperaba que, con el ajusticiamiento de Gordon, la ley marcial fuera levantada en todo Santo Tomás y disueltos los diversos consejos de guerra, sobre los que nadie tenía el menor control. Sin embargo, no se promulgó ninguna de las órdenes por él deseadas.

Por el contrario, el gobernador Eyre le encomendó ayudar al coronel Hobbs, a quien había conocido, mientras estaba con los cimarrones. Hobbs, que había actuado en ultramar, sobre todo en el sitio de Sebastopol, durante la guerra de Crimea, se ganaba fácilmente el afecto de sus subordinados, pues trataba bien a sus hombres y tenía un agudo sentido del deber militar. Jason, consciente de que la supuesta rebelión exigía que Hobbs ejerciera una severa disciplina, mantenía a rienda corta sus acusaciones juveniles e informó que la ley militar debía ser levantada, cuando menos en su sector, puesto que allí no había señales de mayores disturbios.

Pero el análisis de Jason no era plenamente acertado, pues el verdadero horror de la ley marcial aún no había mostrado su rostro más cruel. Los cimarrones, considerándose libres de incendiar y saquear, mataron a unos doscientos negros, regocijándose como si participaran en una alegre partida de caza. Los hombres del coronel Hobb se especializaban en disparar contra cualquier negro que vieran en colinas remotas, compitiendo entre sí para ver quién acertaba a la mayor distancia. Cuando Jason protestó contra estas barbaridades, Hobbs le mostró la carta recibida de los cuarteles isleños a los cuales servía:

Continuad... El coronel Hobbs está haciendo un estupendo trabajo: dispara contra cualquier negro que no sepa dar cuenta de sí; sesenta durante una sola marcha. El coronel Nelson ahorca a diestra y siniestra. Confío en que usted no traiga prisioneros. Castigue bien a esos tizones del infierno.

Eso, por supuesto, equivalía a un permiso para el exterminio, y Hobbs cumplía su misión con entusiasmo, deleitándose especialmente en ahorcar a los hombres o flagelar a las mujeres cuando de ellos se decía: «Ése se burló de la

reina». No podía tolerar la idea de que un negro hubiera lanzado insultos contra Su Majestad. Sus ojos se tornaron vidriosos cuando Jason argumentó:

-¿No se da cuenta, Hobbs, de que la protesta no fue por falta de respeto hacia la reina?

-¿Cómo es posible eso?

-No pudieron creer que ella los tratara con tanta frialdad, porque la aman.

-Ya sabe cómo están las cosas -respondió Hobbs, con los ojos aún fulgurantes-. Se rieron de su Consejo. Hay que ahorcarlos.

Jason no era capaz de anticiparse a lo que el coronel haría de un momento a otro. Cierta vez, en un camino lejano, encontraron a un negro que no podía tener vinculación alguna con los disturbios. Pero cuando Hobbs supo que se llamaba Arthur Wellington y que tenía fama de obi, de hechicero, montó en cólera:

-¿Cómo se atreve ese negro a tomar el nombre de un gran hombre, como el duque? ¿Cómo se atreve a afirmar que posee poderes extraños? ¡Ya le enseñaré yo!

Hizo amarrar a Wellington a un árbol, en el lado opuesto de un barranco, y luego ordenó que todos los negros de las cercanías se reunieran a mirar, mientras sus hombres formaban para disparar desde una distancia superior a los ciento veinte metros. Varias de las balas dieron contra el condenado y lo mataron. A continuación Hobbs gritó a los observadores:

-y ahora ¿qué poderes mágicos tiene?

Todos quedaron impresionados por la superioridad de las armas del blanco sobre los poderes del negro.

Un soldado a las órdenes de Hobbs mostró a Jason la carta que iba a enviar a sus padres, residentes en Inglaterra:

Os aseguro que nunca nos hemos divertido tanto. No dejamos en pie a hombre, mujer o niño, si son negros. Los matamos a todos, a veces hasta a cien al día. A algunos los reservamos para mayor diversión. Los atamos a un árbol, les damos cien azotes y los arrastramos a los barcos para colgarlos del cordaje. Creo que el promedio es entre cincuenta y sesenta todos los días. Es muy entretenido.

Pembroke, asqueado por tales excesos, suplicó a Hóbbbs que terminara con la matanza, pero el honorable veterano de Crimea, hombre de probado valor,

parecía haberse convertido en un salvaje frenético, pues sólo supo responder:

-Es como en la India ... la gente de color contra los blancos. Y eso no se puede permitir.

- Mientras Pembroke vivía el tormento de ver a los ingleses comportándose como salvajes, su primo Oliver había adoptado una actitud muy diferente ante la ley marcial. Actuaba como ayudante de un héroe militar, Gordon Dewberry Ramsay, quien había galopado a la vanguardia durante la carga de la Brigada Ligera, en Balaklava, por lo cual le había sido concedido el más alto honor de Inglaterra: la Cruz de la Victoria. En Jamaica actuaba en calidad de inspector de policía, y como era un hombre efusivo, Croome se entendía bien con él; le ayudaba en las flagelaciones, en los fusilamientos y en los ahorcamientos. Como, Ramsay, estaba convencido de que los negros habían traicionado el honor del hombre blanco, de que los bautistas despreciaban a la Iglesia establecida y de que casi todos los negros habían insultado a la reina. Dadas esas circunstancias no había lugar para la misericordia; prácticamente cualquier castigo que Ramsay impusiera estaba justificado.

Ramsay, armado de un pequeño palo que usaba como batuta, cruzaba una aldea y ordenaba perentoriamente a sus hombres: -Dad una docena a éste. Y el azote de metal era aplicado al punto.

-Ese parece mala persona -gruñía a veces-. Dadle una veintena. y el hombre era azotado.

En una ocasión, mientras presenciaba cómo azotaban a un negro flaco, que no había cometido ningún delito, el pobre hombre, tras cuarenta y siete golpes, hizo una mueca debido al dolor insoportable. Ramsay, presa de la ira; gritó:

-Ese hombre me ha mostrado los dientes. Desatadlo y ahorcadlo. Croome no veía nada malo en esos excesos, aprobaba todo lo que Ramsay ordenara, por muy absurda que fuera la venganza, como la de ahorcar a una veintena de personas sin siquiera fingir un juicio. Tal como manifestaba repetidas veces a su superior: «Se alzaron en armas contra la reina. Merecen todo lo que se les imponga». Y aplaudía cuando algún negro malcarado recibía el debido castigo.

-Ese tipo parece mala persona -exclamaba Ramsay, señalando con su batuta-. Ahorcadlo.

Jason Pembroke, que había presenciado una conducta similar en Hobbs, al menos ponía en tela de juicio la estabilidad mental del coronel, mientras que Oliver Croome no veía nada malo en las actuaciones. de Ramsay hasta le ayudaba a asolar Santo Tomás, aplicando su ciega venganza. ,Cierta vez, mientras los dos observaban a una negra que recibía cien azotes, Ramsay dijo:

-Tres personas la oyeron hablar mal del Consejo de la Reina.

-Hace usted bien en terminar con tales traiciones -aseguró Croome.

Un periodista que viajó durante unos días con Ramsay y Croome, escribió, admirado:

Estos valientes, que protegen la seguridad de todos los blancos de la isla, cuentan con un marinero enorme, que es un verdadero maestro del látigo. Con cada golpe que aplica se oye un sonoro, zumbido, y doce azotes de su brazo derecho equivalen a cuarenta de cualquier otro. Le vi aplicar setenta de los mejores a un hombre y al terminar, el criminal apenas podía mantenerse erguido. Alguien que estaba cerca. de mi comentó: «Caminará encorvado por el resto de sus días».

En cuanto a ahorcamientos rutinarios, Hobbs y Ramsay se hicieron responsables de unos doscientos.

En el último día de octubre de 1865, el gobernador Eyre, hombre humanitario en el fondo; ignorante de los desastres que Hobbs y Ramsay habían estado provocando, dio por levantada la ley marcial, excepto para los ya arrestados; más importante, fue aún que, declaró una amnistía general. Luego, para demostrar que era un líder político perspicaz, el 8 de noviembre convenció a la inepta Asamblea Legislativa, que había demostrado ser capaz de detener la rebelión, de que se aboliera a sí misma, dando así por terminada la autonomía de Jamaica y restableciendo la isla a las posesiones coloniales de la Corona. Desde ese momento, Jamaica pasaba a ser gobernada por edicto desde Londres.

Esta medida recibió la entusiasta aprobación de toda la isla. Aparecieron artículos laudatorios en los periódicos, que ensalzaban tanto el heroísmo como la sagacidad del gobernador, y se ofrecían testimonios por docenas. Al terminar, el año, Jamaica estaba bajo el dominio de la Corona, con las matanzas olvidadas y una honrosa paz reinante en toda la isla. Por lo tanto, Eyre pudo razonablemente proclamar que sus actos audaces y directos, su inmediato levantamiento de la ley marcial y su dedicación al bienestar de todas las clases sociales jamaicanas habían dado a la isla una tranquilidad desconocida durante años. Puesto que el perturbador Gordon había sido eliminado, podía confiar en que gobernaría fructíferamente veinte años más, seguro del amor de su pueblo, que lo miraba como a un verdadero héroe. Pero aun mientras expresaba estas esperanzas -a solas, pues se tenía por hombre modesto, en Gran Bretaña se estaba gestando una tormenta que lo sacudiría en sus violentas marejadas, haciendo de él, durante tres años, uno de los hombres más destacados del reino.

Es notable que los horribles hechos acaecidos en un rincón remoto de una isla caribeña pudieran repercutir en el cuartel general del imperio; pero Jamaica no era una colonia como cualquier otra. Durante dos siglos había sido la

fueron no sólo de las fortunas procedentes del mar, sino también del poder político. Unas leyes egoístas, rápidamente aprobadas gracias a sus representantes en el Parlamento, habían sido la causa principal de la revolución norteamericana. Por eso, lo que ocurría, en las grandes plantaciones era siempre motivo de preocupación en Londres.

Por Gran Bretaña circulaban entonces los peores rumores... «¡Alzamiento de los negros en las colonias!», aullaban algunos. Otros murmuraban: «Un gobernador inglés se ha estado comportando como si estuviera en 1766 y en una isla salvaje». Antes de que terminara el año se habían formado en Gran Bretaña las líneas del combate.

Eyre, no obstante, contaba con el firme e incesante apoyo de cinco de los escritores más grandes de la nación: Thomas Carlyle, el moralista, que se burlaba de los negros; John Ruskin el popular estadista; Charles Dickens, a quien todos leían; Charles Kingsley, quien predicaba sobre la cristianidad viril y escribía novelas muy populares; y sobre todo, Alfred Tennyson, el aclamado poeta. Estos cinco formaban una especie de batallón patriótico sentimental alrededor del heroico nombre de Eyre, ganando las batallas de la publicidad y defendiendo hasta el fin el derecho del gobernador de matar a los negros si éstos, por algún motivo, se alzaban en armas contra los blancos. Les aterrorizaban las consecuencias del motín indio y juzgaban que los actos de Eyre, destinados a impedir una repetición en Jamaica, no eran sólo correctos sino también bastante moderados. Veían en él, no a un héroe del azar, sino a un protector de la raza blanca contra cualquier negro insurgente; para ellos, era intolerable que otros le acusaran de imprudencia al declarar la ley marcial o al administrarla. Estos cinco escritores estaban de acuerdo en que los negros sólo habían obtenido lo que merecían.

Pero existía otro grupo de líderes británicos, más sobrios y menos sentimentales, que deploraban la conducta exhibida por Eyre en una isla lejana, apartada del escrutinio del Parlamento. También en este caso eran nombres célebres los que apoyaban esta otra versión de la causa:

Charles Darwin, el biólogo; Herbert Spencer, el filósofo; Thomas Huxley, el Científico; John Bright; el poderoso reformador cuáquero, y, muy especialmente, John Stuart Mill, quizá el hombre más sabio y brillante del mundo en esa época. Estas personalidades, siempre reflexivas sobre los problemas del bien y el mal, consideraban que si Gran Bretaña respaldaba la frenética conducta del gobernador Eyre en la remota parroquia de Santo Tomás del Este, se ponía en peligro la seguridad del imperio; por eso estaban decididos a llevar ante la justicia a ese hombre; para que rindiera cuentas de sus actos. Interpretaban su crueldad para con los negros como un temible retorno a los tiempos de la esclavitud, postrer intento de los terratenientes adinerados para proteger sus intereses y afrentar a todos los cristianos decentes, a todos los amantes de la libertad.



Ninguno de los dos bandos se destacaba por su discreción ni por su voluntad de aceptar términos medios.

Todo estaba dispuesto para una feroz batalla entre dos grupos de hombres que evaluaban el futuro de manera drásticamente distinta. Los escritores querían recuperar el esplendor pasado o, cuando menos, retener lo que quedaba de él en todo el imperio; los científicos confiaban en construir un mundo nuevo y mejor. Los escritores anteponían la lealtad a la corona a todo lo demás; los científicos, la lealtad a la razón y el inevitable progreso. Los escritores estaban consagrados a la defensa del blanco en su benévolo dominio sobre el resto de la población; los científicos, a la fraternidad entre los pueblos, lo único que, en opinión suya, podía forjar el futuro. Curiosamente, cada uno de estos grupos mantenía una ferviente lealtad a la idea de «Un imperio británico». Los escritores sostenían que sólo se lo podía preservar mediante los actos audaces de gobernadores como Eyre mientras que para los científicos, unos pocos gobernadores como él aniquilarían toda posibilidad de mantener el imperio en pie.

Era un debate honorable, centrado en la conducta deshonrosa de hombres como Hobbs y Ramsay, un enfrentamiento gigantesco, intelectual y moral, basado en un personaje histórico relativamente poco importante. Con el correr del tiempo, la discusión arrastró asimismo a periódicos, parlamentarios, los mejores juristas, y hasta las columnas de publicaciones humorísticas, que utilizaron sus ingeniosas rimas para demostrar que ellas, como casi todo el reino, apoyaban enérgicamente a Eyre.

En todos los rincones de las Islas británicas, la gente se declaraba partidaria de Eyre o contraria a él. Pero había también otro asunto de singular importancia que agitaba a la opinión pública. En esos años, Gran Bretaña se esforzaba por hacer aprobar una ley de reforma que, por fin, brindase a las ciudades de menor importancia la debida proporción de votos; eso significaba que se privaría de escaños a las zonas rurales conservadoras para entregarlos a las urbanas liberales. Los líderes del grupo anti-Eyre, Mili y Bright en especial, eran vigorosos defensores de esta reforma, mientras que los hombres pro-Eyre estaban contra ella. Sin embargo, por el momento la atención no se centraba en el Parlamento, sino en lo que había ocurrido en Santo Tomás del Este. Tal como en la década de 1760, cuando los plantadores jamaicanos dominaban la política, británica, los descendientes de aquellos hombres desempeñaban a la sazón un papel importante en la historia del imperio.

En un día soleado, a principios de 1866, el rubicundo Oliver Croome salió de la mansión que poseía en la londinense Cavendish Square, la misma que habían levantado sus ricos antepasados azucareros al comprar sus escaños en el Parlamento. Quedó atónito al ver que de la mansión Pembroke, en el lado opuesto de la plaza, salía su primo, el barbudo y diestro Jason. Oliver corrió hacia él, exclamando con placer:

-¡Jason! ¿Qué te trae por aquí?

Y allí, bajo los árboles, estos dos hombres, que tanto tiempo habían trabajado juntos, se explicaron los sorprendentes acontecimientos que los llevaban a Londres, por caminos diferentes. Oliver fue el primero en hablar:

-Cuando el comité de los mejores escritores del mundo se constituyó en defensa del gobernador Eyre y en contra de sus enemigos, que son un grupo detestable, los miembros se preguntaron: «¿Quién puede venir desde Jamaica para contrarrestar las mentiras que cuentan los otros?». Eyre dijo que yo conocía los hechos como nadie. Y aquí estoy, con todos los gastos pagados, aunque habría sido un orgullo venir a mi propia costa para salvar la reputación de ese hombre.

Jason inclinó la Cabeza para mirarse las manos y dijo, en voz baja: - Lamento decírtelo, Oliver, pero los hombres que han decidido arrastrar a Eyre a los tribunales me pidieron qué viniera a ayudarlos.

Lamentable asunto.

-¿Has venido con tu esposa? -preguntó Oliver para disimular su impresión.

-No. Beth dijo que estaba harta de Eyre y sus problemas.

-Nell tampoco quiso venir, por el mismo motivo.

-Bueno, no estaremos aquí mucho tiempo -comentó Jason para consolar a su compañero de soledad.

Oliver, generoso, le propuso a su primo que se hospedara en su casa, argumentando: -Así ahorraremos tiempo y problemas.

-Mill tiene un alojamiento muy reducido y celebramos las reuniones de nuestro Comité en mi casa: Allí hay espacio de sobra-rechazó Jason.

Se despidieron, jurando no permitir que el asunto Eyre afectara la relación entre ambos. Croome, desde su casa, vio reunirse en la casa de enfrente a los hombres que se oponían a Eyre. ¡Qué montón de mojigatos!, se dijo. No hay una sola sonrisa en el grupo...

John Stuart Mill, en, cualquier grupo del que formara parte se constituía automáticamente en presidente y los demás lo aceptaban. Poseía un intelecto glacial; parecía tallado en mármol. Aquel día llegó tarde y, en su ausencia, John Bright se sentó con Jason entre las dos, ciclópeas estatuas que adornaban el salón desde la década de 1760:

-Venus resistiendo los acosos de Mane y La Victoria recompensando al Heroísmo. En un primer momento Bright se sentó frente a Venus, pero, sus

voluptuosas curvas molestaban tanto su austeridad de cuáquero que acabó por decir:

-Será mejor que cambie de asiento con usted, Pembroke. -Entonces se encontró frente a una flagrante glorificación del heroísmo, que, también le resultó intolerable-: Me hace pensar, en las tontadas de Carlyle, con sus héroes y esas cosas. Sentémonos aquí. -Y tras haber huido de las opresivas estatuas; dijo- Debe saber, Pembroke, que nuestro Mill es un hombre prodigioso.

-He notádo que siempre atrae la atención general.

-Pero ¿sabe de su educación? -Como Jason sacudió la cabeza, Bright dijo, con entusiasmo y envidia obvios-: Nunca se le permitió asistir a la escuela ni a la universidad, siquiera por un día.

-¿Por qué no?

-Su padre, un hombre extraordinario y de fuerte carácter; consideró que el niño era demasiado valioso para entregarlo a maestros comunes. «Lo educaré yo mismo», dijo. A los tres años John dominaba el griego. A los seis había leído todas las obras fáciles de los autores griegos, como Herodoto y Xenofonte, y ya estaba avanzado en el estudio de Platón. A los ocho inició sus estudios de latín y dominó las teorías de Eúclides. A los once empezó a escribir su propia historia de Roma, un trabajo excelente y maduro, que completó a los doce años. Desde entonces se ha limitado a rellenar sus lagunas, abordando todos los campos del saber humano, sobre todo las matemáticas, las ciencias; el francés, el alemán ... en fin, todo.

-¿Y, eso no le agrió el carácter?

-Al contrario. Su padre no consintió tal cosa. Lo llevaba de viaje, le daba libros divertidos para leer, le presentaba a hombres importantes: Cualquier cosa que hiciera de él un hombre de sabiduría y buen juicio. En los esfuerzos que hago por otros he conocido a muchos de los grandes hombres de este mundo, pero el mejor de ellos vale cuatro puntos, comparado con sus diez. Por mi parte, apenas valgo tres.

-Lo que me impresionó -reconoció Jason- fue que, al saber él que yo era de Jamaica, se adelantó apresuradamente para hacerme sentar a su lado y dijo, mirándome fijamente: «Lo que necesitamos desesperadamente es la verdad. Me dicen que usted ha estado allí, en todas partes. ¿Qué sucedió? No me cuente cosas que sepa de oídas, sino sólo lo que haya visto».

-¿Y qué le dijo usted? ,

-Que, según los informes oficiales, habían muerto asesinadas cuatrocientas treinta y nueve personas, seiscientas habían sido azotadas, y un

millar de casas incendiadas. El me preguntó: «Pero ¿qué ocurrió en realidad?». Y yo le dije: «Vi por lo menos seiscientos muertos, muchos de ellos abatidos en rincones apartados por los cimarrones, cadáveres que sería imposible contar. Con mis propios ojos vi azotar a más de trescientos; de los cuales más de la mitad eran mujeres. Y puesto que pasé como mínimo frente a mil casas destruidas, la cifra real ha de, ascender al doble.

-¿Y qué dijo él?

-Se llevó las manos a la cabeza unos instantes. Luego, me miró, diciendo con voz grave; «Horrible carnicería. Horrible equivocación».

En ese momento entró Mill, Como una luna fría y clara que se elevara en una noche de otoño. Al ver a Bright se apresuró a acercarse: -Mi buen amigo, hemos dado un paso adelante en el caso Eyre.

Hemos obligado a las cortes a librar órdenes de detención por asesinato contra dos de los oficiales que participaron en esos consejos de guerra.

- Esto provocó vítores entre los otros, salvo en Bright; que exclamó:

-Pero Eyre en persona sigue escapándosenos, ¿verdad?

-En efecto reconoció Mill, con disgusto-. Huyó a Market Drayton, una población rural al noroeste de Birmingham, donde las cortes de Londres no pueden alcanzarlo, -y agregó, con visible decisión-: Pero lo haremos salir. El gobernador Eyre pagará por sus crímenes, porque no descansaremos hasta que eso llegue.

Gritos de, «¡Bien, bien!» saludaron esta reafirmación de la guerra, y Jason pensó: ¡Cómo se parece a Eyre cuando perseguía a Gordon! Pero entonces Mill empezó a hablar en voz más suave y, por primera vez, Pembroke tuvo oportunidad de escuchar a aquel oráculo de sesenta años, que exponía toda la sabiduría a la cual debía su fama; Era totalmente calvo y se afeitaba la cara, dejando sólo las patillas que enmarcaban sus cinceladas facciones romanas; hablaba lentamente, como si, calculara el peso exacto de cada palabra:

-Me han impresionado mucho las reflexiones, de un científico alemán, estudioso del funcionamiento de la mente humana. Él me ha llevado a reflexionar sobre el error que obligó a Eyre a perseguir, a Gordon, pasando por alto la ley y el decoro y los principios de la justicia militar. El profesor ha acuñado para esta afección una palabra nueva, «monomanía compuesta de dos palabras griegas: mono, que significa uno o único, y monta, que es locura, por supuesto. Eyre es un ejemplo clásico de esta aberración. Actuó movido por una única compulsión: la venganza contra Gordon. Cuando demostremos esto ante la corte, estará condenado.

-¿Podemos hacerlo salir de Market Drayton? -preguntó Bright.

-Si no, llevaremos a cabo nuestra lucha allí, a su propio patio -repuso Mill.

Ante lo cual Bright, veterano pendenciero de los difíciles callejones que conformaban, la opinión pública, advirtió:

-La rústica justicia de Market Drayton no se preocupará mucho por lo que pasó en Jamaica, pero se mostrará muy molesta si importunamos a un hombre decente; que sólo trató de cumplir con su deber.

Jason, algo perplejo, escuchaba al grupo de hombres, que ya estaban a punto de levantada sesión, Como Mill, él estaba decidido a que Eyre, fuera castigado públicamente, para que ese hombre de temperamento deficiente no se convirtiera en un héroe nacional. Estaba dispuesto a hacerse oír por él, pero no a aplicarle sanciones legales. Y esa confusión lo llevó a reflexionar: Cuando Oliver y yo vinimos a Londres lo hicimos, con vistas a quedarnos cinco o seis meses, a lo sumo. El otro día oí decir a un abogado que si se lleva a cabo un juicio, tal vez dure tres años .. Necesito a Beth junto a mí..

Al hablar con Croome descubrió que su primo pensaba lo mismo.

Por lo tanto, despacharon notas urgentes a Jamaica: "Venid a Londres cuanto antes. Os necesitamos». Cuando llegaron las mujeres para hacerse cargo de las mansiones, Cavendish Square volvió a estar como en los viejos tiempos, cuando las familias pasaban allí nueve meses de cada año.

-Al terminar la primera semana, Nell Croome le dijo a su mujer: Beth, nuestros hombres no piensan estar aquí unos meses, sino años enteros.

-Mejor para nosotras, me encanta vivir aquí -replicó Beth, y comenzó a hacer de anfitriona en las reuniones de John Stuart Mill y su grupo, cuyo lema era: «El gobernador Eyre al patíbulo por asesinato».

La intimidad de las dos esposas llevó a Croome a convencerse de que, tenía alguna posibilidad de arrancar a su primo de la locura de Mill, -para incorporarlo a su bando de patriotas responsables que defendían a Eyre.

-Tienes que conocer a los nuestros; Jason. Son la columna vertebral de Gran Bretaña. Ahora mismo te llevaré a ver al mejor de todos, Thomas Carlyle, que te hará ver las cosas de diferente modo.

-Tal vez sea indecoroso que me presentes haciéndome pasar por lo que no soy. Bien sabes que estoy contra Eyre -observó Jason.

-A partir de hoy no lo estarás más- aseguró Oliver.

Jason lo acompañó, pues deseaba conocer al hombre formidable, que tan atónito lo había dejado con sus escritos en favor de la esclavitud y que ahora luchaba tan tercamente por defender a Eyre. Llegaron a una modesta casa londinense, donde los recibió un hombre de estatura más bien escasa, con un traje escocés de tweed muy grueso; un flequillo a la altura de las cejas, barba agrisada y bigote algo desaliñado. Pero sus ojos hundidos destellaban con la inteligencia que asombraba a sus lectores.

Carlyle reconoció en Croome a uno de sus partidarios en el caso Eyre y alargó la mano.

-Este joven, ¿es también uno de los nuestros? -preguntó luego.

-En efecto. Lo he traído para fortalecerlo en esa convicción -mintió Croome.

Ante eso, Carlyle los invitó a pasar a su estudio. En el trayecto se encontraron con la señora Carlyle, que dijo, casi con indiferencia y sin esperar a que los presentaran:

-¿Conque sois los hombres que van a proteger de los negros al querido gobernador Eyre?

-:Sí -dijo Croome, ansioso..

-Luchad Por una buena causa, jóvenes. Hay malos espíritus en acción.

Cuando los tres estuvieron cómodamente sentados, Carlyle les informó sobre sus recientes esfuerzos en beneficio de Eyre y concluyó con una noticia excitante:

-El conde de Cardigan, héroe de la «Carga de la caballería ligera», ese excelente poema de nuestro amigo Tennyson, se ha puesto de nuestra parte. ¡Hombre gallardo! El público lo quiere y lo escuchará. Su mente aguda, dura como el acero, pasaba de un tema a otro.

Jason reunió valor para preguntar:

-¿Todavía sostiene usted las ideas que expresó en su ensayo sobre los negros?

-Más que nunca desde esa rebelión en vuestra Jamaica -gruñó Carlyle. y antes de que Jason pudiera protestar, añadió: Si leéis con atención mi ensayo; escrito en 1848 ó 1849, no recuerdo bien descubriréis que yo preví casi todo lo que ocurrió. Quashee, insatisfecho, pese a tener calabazas gratuitas, inició una rebelión contra la ley y el orden público, y pagó el precio. Debemos alertar a toda

Gran Bretaña de los peligros que representaría la persecución de Eyre por haber cumplido con su deber si triunfara.

Jason notó que Carlyle, como devoto escocés, nunca hablaba de Inglaterra sino de Gran Bretaña.

Mientras el escritor enumeraba las acusaciones de John Stuart Mill y su comité, a quienes él denominaba «Lunáticos» y «corruptos», sus denuncias se fueron tornando más feroces:

-¡Parecen no darse cuenta de que amenazan la existencia misma del imperio, las buenas obras que nuestros hombres han hecho para civilizar a esos salvajes, todo para proteger al perezoso Quashee, para que pueda seguir comiendo sus calabazas.

Luego, antes de que ninguno de sus visitantes pudiera interrumpir, procedió a informarles sobre la realidad de la situación británica:

-Todos los hombres sensatos, durante estos últimos años problemáticos, han apoyado al Sur en la rebelión norteamericana, porque éste representa la estabilidad y la fortaleza de carácter. Aquellos que no se preocupan por la libertad última de su nación o de la humanidad favorecen al Norte. Los mismos factores operan en el caso Eyre. Los que no se preocupan por la continuidad del imperio, lo atacan.

Jason habría querido contradecirlo, pero el agrío escocés continuó atronando con la barba casi chispeante con el fuego de sus propias palabras:

-y recordad esto jóvenes: se están incubando problemas en Europa. Si llega el triste día en que Gran Bretaña se alinee con Francia, y contra Alemania; el imperio estará condenado.

-¿Por qué? -preguntó Jason.

-Porque Alemania representa la conducta viril, las más elevadas aspiraciones de la nación, mientras que Francia es la divagación pusilánime de lo femenino.

-En ese caso, ¿porqué Francia es una nación y Alemania no?

-Por lo patético del liderazgo de ésta. Pero cuando nuestros fuertes hombres entren en escena, verdaderos héroes en el sentido antiguo de la palabra, Alemania no tendrá rival en el continente., Nosotros debemos apoyarla y aliarnos con ella. -También dio su opinión de que sólo bien entrado el siglo siguiente habría que tomar en serio a Estados Unidos desde Europa: -: Carecen de hombres fuertes. Lincon fue un desastre. -Y volvió bruscamente al tema de Eyre-: Si todos trabajamos como es debido, nos encargaremos de que ni un solo cabello de esa

apuesta cabeza sea tocado por los perros que ladran en los callejones. Se comportó como un hombre de carácter, recordó a Quashee que la vida no es sólo comer calabazas indolentemente a la sombra de un árbol. El trabajo, el trabajo es lo que salva al hombre. Y nosotros tenemos un trabajo que hacer. Trabajo de hombres honrados: contener a esos necios que atacan a un hombre por haber cumplido con su deber.

-¿Cómo lo defenderá usted contra la acusación de haber consentido el asesinato? -preguntó Jason.

Carlyle lo miró echando chispas, era un hombre autoritario, rebosante del fuego de la moralidad.

-A largo plazo, en la historia y en la defensa del progreso humano, joven, no se debe llorar sentimentalmente la suerte de Quashee y unos pocos de sus amigos come calabazas. Nosotros luchamos por la salvación, Eyre también luchaba por ella, por la salvación de la especie humana. Quashee no tiene nada que ver con eso; jamás hará contribución alguna. Eyre contribuyó enormemente a la pacificación de Jamaica. Olvidémonos de Quashee y defendamos a Eyre.

Al elevar él su voz para reiterar su arenga contra Quashee, Croome estalló en un aplauso:

-¡Qué explícita es la verdad presentada por usted, señor!

Pero Jason pensaba: ¿Cuál fue la palabra que usó Mill para definir la ira ciega? Monomanía. ¿Y no es Carlyle también un ejemplo de ella?

En el trayecto de regreso, Croome interpretó, mal el silencio perplejo de su primo, considerándolo prueba de que la poderosa lógica de Carlyle le había hecho cambiar sus puntos de vista sobre Eyre. Estaba convencido de que si su primo se sometía a continuación al poder persuasivo de Alfred Tennyson, el principal defensor del gobernador, quedaría convertido por completo. Y con ese fin indicó a su cochero que se detuviera junto a la casa en donde se hospedaba el gran poeta durante las reuniones del comité pro-Eyre. Allí garabateó una nota en el dorso de un sobre, pidiendo al mayordomo que abrió la puerta que la entregara al señor Tennyson.

-Sumamente irregular, esto -objetó el hombre, muy tieso.

-Somos miembros de su comité, ¿comprende usted? -insistió Croome.

El hombre le cerró la puerta en la cara, pero no sin antes asegurar: - Voy a preguntarle.

De este modo los dos primos jamaicanos llegaron a ver al poeta más famoso de su época.



Era un hombre alto y lánguido, que vestía formalmente de negro; una densa barba le cubría la mayor parte de la cara; su frente muy alta, rayaba la calvicie, pero el pelo restante, muy largo, ocultaba casi por completo el decoroso cuello blanco. Pero su rasgo más característico era algo inolvidable para los visitantes: una nariz de desacostumbrado tamaño, enmarcada entre dos ojos hundidos que parecían angustiados y entristecidos por su modo de ver el mundo. En todos los aspectos exteriores, era un poeta según la gran tradición de Byron, Shelly y Keats; especialmente.

-Me honran ustedes-dijo con voz resonante-. Dos caballeros de Jamaica.

-Quizá me recuerde usted -dijo Croome-: Estoy en su comité. Apoyo enérgicamente al gobernador Eyre.

-No hace falta que me lo recuerde. Tengo muy en cuenta el importante papel que desempeñó en esta ciudad, en el siglo pasado, el viejo y gruñón Pentheny Croome, ese antepasado suyo que formaba parte del Parlamento.-Luego se volvió suavemente hacia Jason, preguntando-: Y me equivoco al suponer que el nombre de este joven es Pembroke? «Dos guisantes en su vaina», así les llamaban en los viejos tiempos.

-¿Cómo lo sabe usted? -preguntó Jason, asombrado.

-Sé mucho de los viejos tiempos los gallardos luchadores que siempre apoyaban el bando correcto antepasados de los mismos que hoy libran la buena batalla -dijo Tennyson con voz aguda y algo vacilante.

Después de ofrecerles asiento, pidió té. Mientras lo servían señaló una taza que permanecía vacía;

-Es una suerte que hayan llegado ustedes en este momento. Espero al conde, de Cardigan y quiero presentarlos. Es el gran héroe de la carga de Balaklava, un verdadero león para la defensa de Eyre. -Al pronunciar ese apellido bajó la voz, dándole un tono más grave y penetrante-; Tenemos mucho que hacer, caballeros... John Stuart Mill y sus científicos están montando un formidable ataque contra ese hombre estupendo al que debemos defender -Pero decidió reservar sus principales comentarios para cuando Cardigan estuviera presente, por lo que, preguntó a Jason-: ¿se consiguen buenos libros en Jamaica?

-¡Oh,sí! Recuerdo muy bien ese día maravilloso en que llegó el primer ejemplar de Looksley Hall. Yo no tenía más de catorce años y mi madre pensó que era demasiado complejo para mí, pero de igual modo lo leí. Y se me llenaron los ojos de lágrimas al comprender que él no conquistaría a la muchacha que amaba.

-Es bueno conocer las lágrimas cuando se es muy joven y uno está tratando de comprender el mundo, también cuando uno es muy viejo y comprende lo que se ha perdido. Pero nada de lágrimas en los años intermedios. En ese periodo hay una obra que realizar, y el hombre debe ser hombre.

-Siendo mayor me fascinó una de sus frases más intensas, señor Tennyson: «Mejor cincuenta años en Europa que un milenio en Catay»...

-Tiene usted buen oído. Eso fue muy eficaz, pues aclara un punto importante con palabras sencillas, fácilmente comprensibles.

-Ese verso me vino durante mucho tiempo a la mente mientras trataba de decidir, como su héroe, si viviría en Londres como mis abuelos o en Jamaica como mis padres.

-Ya ve usted que la vida imita al arte. El problema surge en cada generación: dónde aplicar el talento propio.

-Pero ¿cree usted sinceramente que cincuenta años en Luxemburgo; digamos, es preferible a mil años en la China y el Japón?

-¡No es justo, no es justo! Yo no mencioné Luxemburgo, aunque no dudo que sea un sitio agradable, pero ¿no significan más para la raza humana cincuenta años en la Europa de París, Berlín, Roma y Londres que un milenio de la China y Japón? Sí, cien veces sí, porque la gran obra del mundo ha sido ejecutada aquí. Aquí se forjaron las ideas valederas, mientras que Asia ha aportado poca cosa, de importancia-. Lo dijo con gran firmeza, para continuar:- Claro que en el futuro, según mejore el intercambio entre distintas partes del mundo, se puede esperar, que eso cambie. Hasta la India, bajo nuestra tutela, descollará, sin duda, la capacidad de efectuar contribuciones. Pero, por el momento; suscribo esa frase que tan problemática os resulta .

Estas cavilaciones terminaron cuando el mayordomo anunció la llegada del rimbombante hombre de la época: el esplendoroso conde de Cardigan, hombre delgado y apuesto, que mantenía el paso firme pese a aproximarse a los setenta años. Su cabeza blanca conservaba algunas vetas doradas, llevaba patillas, y un bigote ciclópeo, majestuoso en sus extendidas puntas aceitadas, que corrían paralelas a las orejas. Vestía un uniforme pulcro, decorado con sólo tres de las veinticuatro medallas a las que tenía derecho, y con un pesado cinturón de cuero rodeándole la cintura. Era un guerrero que merecía admiración, y ello sabía bien.

Tennyson fue el primero en hablar:

-Ah, Cardigan, nuestro fuerte brazo derecho. Le presento a dos jóvenes amigos de Jamaica, que conocen con todo detalle el caso Eyre y han venido para ayudarnos a proteger a nuestro héroe:

Cardigan se sentó remilgadamente, con una taza de té en la mano izquierda, y dijo con el murmullo carraspeante que usaba para dirigirse a los oficiales jóvenes del regimiento cuyo cargo de coronel había comprado; en el cual gastaba, según rumores, diez mil libras anuales de su propio dinero:

-Condenado asunto, perseguir así a un gobernador. En vez de matar a cuatrocientos de esos malditos negros, debió matar a cuatro mil. Cuando se envía a un hombre al fin del mundo para que gobierne, se supone que debe gobernar.

Para sorpresa de Pembroke, fue Croome quien objetó, no por lo de las ejecuciones, sino por lo de fin del mundo aplicado a Jamaica. -Con su perdón, milord, hace cien años los plantadores de Jamaica dominaban un tercio del Parlamento y promulgaban leyes sabias. ,

-Gallardo grupo, me han dicho. ¿Y cómo perdieron su valor hasta el punto de permitir, que se maltratara así a un espléndido gobernador?

-¿Qué se siente, milord, al ser el héroe de un poema que el mundo entero está recitando, con tanta admiración tanto por el poeta como por su protagonista? - : intervino Jason.

Cardigan; aprobando la pregunta y la gracia con que había sido expresada, saludó con la cabeza, primero a Tensión y luego a Pembroke, murmurando a través de su elegante bigote:

-Un hombre da a un artista algo con que trabajar, y éste, si es un genio, lo aprovecha bien, ¿verdad, Tennyson? -dijo, y descargó una palmada en la rodilla del poeta, que asintió. Luego Cardigan preguntó--: ¿Estamos progresando contra esos, que quieren destrozarse el imperio? .

-Tenemos millares de hombres como éstos, que están de acuerdo conmigo. Daremos la vida por no permitir que se maltrate a Eyre, pues sabemos que estamos combatiendo por el alma y el futuro de Inglaterra -respondió Tennyson.

-¡Bien, bien!-:-exclamó Cardigan, plantando en la mesa su taza:-. Se han acabado los tiempos en que los ateos como Mill, ese cuáquero Bright y ese Darwin condenadamente hereje, podían corromper a nuestros gobiernos en el extranjero . ¡Maldita sea, cualquiera diría que aprendimos algo del motín indio! En cuanto se permite a los negros dar un paso por cuenta propia, quieren gobernar el mundo. Hay que eliminar esas tonterías por la fuerza. Por la fuerza, digo.

Todas las tazas, salvo la de Pembroke, repiquetearon con la potencia del golpe. -Su Señoría tiene razón -dijo Tennyson-. No se puede permitir que las clases inferiores den órdenes a los designados para gobernar. De ese modo se va al caos. Debemos mantener esa sagrada disciplina que permitió a Cardigan, aquí presente, conducir a sus hombres hacia las bocas de los cañones nisos,

alentándolos a seguirle. Cuando se pierda en el mundo ese espíritu de nobleza, el mundo mismo estará perdido.

-Lo que se debe hacer, en todas las naciones, en todos los tiempos - aseguró Cardigan-, es dar a los hombres una misión que cumplir y apoyarlos cuando lo hacen; Eyre no será perseguido mientras yo tenga un brazo derecho para defenderlo.

-No hay que combatir el fuego con fuego, Cardigan -replicó Tennyson-. Combatamos la sinrazón con la razón, apelando a las inaccesibles cualidades del patriotismo, la lealtad y el amor a la reina. Un retorno a la fe que nos hizo grandes en un principio.

Cardigan hizo repiquetear nuevamente su taza. Luego preguntó: -¿Qué piensa usted de las sugerencias de Charles Willgsley?" ¿Debemos pedir a la reina que dé un título nobiliario a Eyre? El sugirió que se lo nombrara conde. Yo me sentiría muy orgulloso de tenerlo como par, muy orgulloso.

-No debemos apresurarnos -dijo Tennyson- -. No hagamos ruido, que pueda provocar preguntas o inducir al ridículo. Después de todo; en su vida privada Eyre apenas puede llamarse, caballero. ¿El título de conde? No, sería demasiado apresurado. Distraería la atención. Nuestra función consiste en apagar el incendio.

El resto de la tarde fue dedicado a idear estrategias para librar al gobernador Eyre de los tribunales y de la cárcel. Jason notó que, en la discusión, la fuerza impulsora era Tennyson, el poeta afeminado, que demostraba una y otra vez, en los momentos difíciles; el valor necesario para tomar decisiones ,y ejecutarlas.

-Se ve a si mismo -comentó Jason a su primo- como uno de los caballeros asediados de sus trovas. Una meta, un único camino honorable, un brazo derecho para dar el golpe por la justicia. Será formidable y salvará al gobernador Eyre.

Ese fortuito encuentro con Carlyle y Tennyson desorientó a Jason hasta tal punto que, en el trayecto de regreso a Cavendish Square, escuchó con atención a Oliver, dedicado a convencerlo de que abandonara su fidelidad a los perseguidores de Eyre para, unirse a la vasta mayoría de patriotas que lo defendían:

-Eyre es un guía de nosotros, Jason; Representa todo lo bueno de Inglaterra, todo lo decoroso y estable: nuestra Iglesia, nuestra reina ... ¿Cómo puedes volver la espalda a todo lo que los Pembróke defendieron a través de los siglos? Eyre nos representa a nosotros, nos defiende contra las hordas... y nosotros debemos corresponderle.

El martilleo continuó sin respiro, obligando a Jason a poner en tela de juicio la conveniencia de acosar a un hombre a quienes tantas personas sensatas tenían por un valiente injustamente asediado. En un esfuerzo por defenderse; preguntó:

-Pero ¿por qué las brutalidades durante la ley marcial? Ya viste a Ramsay. Yo estaba con Hobbs. Esos hombres, supuestamente oficiales, se comportaron como bestias.

-¡Era una guerra, Jason! Los negros contra todo lo que estimamos.

Yo no vi excesos. Sólo un duro castigo por actos delictivos,

-Si no viste excesos en la conducta de Ramsay, te falta juicio.

-Aun si yo te concediera eso, no afecta en absoluto al gobernador. El no estaba allí. No autorizó esa conducta.

-¿Qué quieres decir? ¿Que en persona no fue culpable?

-¡No, no! Y puso fin a la ley marcial en cuanto pudo. Es inocente. Tienes que encerrar a tus perros.

Mientras Oliver establecía estos últimos argumentos llegaron a Cavendish Square. Jason tuvo que reconocer que todos eran válidos. Por un rato estuvieron en el jardín que se extendía entre las dos casas, y el mayor continuó con su intento de persuasión:

-Se mató a unos cuantos negros por haber asesinado a los representantes de la reina -Nada más. Mañana debes presentarte ante Tennyson conmigo para informarle que vas a participar en nuestra cruzada para salvar a un inocente.

Jason, desconcertado, cruzó la plaza rumbo a su mansión, donde las ciclópeas estatuas se retorcían en su tormento de mármol. Aturdido, se sentó entre ellas; sabía, por una parte, que el gobernador Eyre era moralmente responsable de una terrible cadena de crímenes, pero también que Oliver tenía razón, Eyre no había ordenado a Hobbs y a Ramsay cometer los horribles actos que llevaron a cabo ni había estado presente para verlos. -Ningún tribunal lo reconocerá -dijo a Marte y a Venus-. Nuestros esfuerzos por castigarlo serán inútiles.

Esta conclusión lo preocupó tanto que abandonó la mansión, llamó a un coche y voló a la modesta casa en donde se alojaba John Stuart Mill. Allí le comunicó sus aprensiones:

-No se puede hacer técnicamente responsable a Eyre por algo que no ordenó ni supervisó personalmente. Mucho me temo que nuestros esfuerzos serán inútiles.

Mill se comportó como lo hacía siempre que se le presentaba un problema: deteniéndose a evaluar los hechos importantes. Luego, el hombre del rostro plácido y la frente infinita preguntó, sin alzar la voz:

-Veamos, amigo Jason, ¿qué experiencia te inspiró esa derrotista conclusión?

Mill escuchó con atención a Pembroke, que describía su conversación con Carlyle, Tennyson, el conde de Cardigan y su primo, Oliver Croome. Al concluir el largo informe, Mill guardó silencio, con los dedos entrelazados. Por fin dijo,- con voz serena, que no delataba desdén ni enojo:

-Sin duda, Jason, por lo que has leído y escuchado, sabes que Thomas Carlyle tiene una mente enfermiza, que sólo se enorgullece del poder y es incapaz de reconocer la piedad, las distinciones morales o los derechos de los oprimidos. No se puede escribir jocosamente sobre la esclavitud, como él lo ha hecho, ni apoyar el retorno a ella, y ser un testigo fidedigno con respecto al gobernador Eyre. Para Carlyle, la peor conducta de ese hombre se convierte en su distintivo de honor, sólo porque actuó en defensa de lo que nuestro escritor denomina «la sagrada obligación para con la ley y el orden». ¿Qué ley? ¿Qué orden? ¿Los suyos o los de la humanidad?

-Pero Tennyson es convincente. A ese poeta inmortal no lo podéis acusar de bruto.

-Dentro de cien años, Jason, Tennyson será descubierto como lo que es, un viejo balbuciente, en pantuflas, que actúa de comparsa para cualquiera que esté más elevado en la escala social. Su poesía inmortal, según la llamas, será motivo de risa para quienes sepan lo que es la verdadera poesía: el grito del corazón humano. Mi padre aconsejaba que se aislara a los poetas de la sociedad, asegurando que el los tornaba en plausible la mentira y lo superfluo, engañando al público con ingenio y falta de cerebro. Tennyson, con sus azucaradas confituras, es el mejor ejemplo de lo que mi padre despreciaba. No lo adoptes como guía moral en este conflictivo año en el que deben decidirse tantas cosas.

-El conde de Cardigan dijo lo mismo que Tennyson: que Eyre no debe ser condenado, sino elogiado.

Al oír citar a este dudoso héroe como autoridad, Mill se echó hacia atrás, volvió la cara hacia el techo y cerró los ojos para reflexionar unos instantes: -¿Cómo puedo expresar esto para hacer justicia a la verdad y al debate presente? Lo intentaré. -Abrió los ojos y volvió la mirada hacia Pembroke. Luego dijo, sereno-: Cardigan es un asno. Lejos de haber sido héroe en Balaklava, demostró que era un asno: en su estupidez, sacrificó a su Brigada Ligera. Y es el perfecto

ejemplo de las estupideces de Carlyle sobre los héroes y su veneración. Los héroes suelen ser contrahechos en su creación y absurdos en la adoración que reciben. Y, ninguno más que Cardigan.

-Pero condujo personalmente a sus hombres. No lo hay más valiente. Así lo dijo Tennyson.

-Te describiré a Cardigan en pocas palabras, Jason. Fue increíblemente incapaz en sus estudios. Sólo pudo incorporarse a un regimiento pagando el ingreso. No tiene el menor talento Militar; es coronel porque compró el título. Manejaba a sus oficiales como un tirano demente, tan mal que muchos de ellos lo abandonaron, y uno de ellos; hombre de carácter, llegó a batirse en duelo con ese viejo necio, tratando de matarlo. En Balaklava, tanto él como su cuñado, el conde de Lucan, igualmente estúpido, recibieron órdenes de lord Raglan, un típico incompetente. Todo era confusión y resultó un desastre. Los tres habrían debido ser sometidos a un consejo de guerra y fusilados; en cambio, un ridículo poema convierte en héroe al peor de los culpables. Te lo ruego: no tomes como guía a un inútil como Cardigan.

-¿Todos los miembros del otro bando son despreciables?

-Charles Kingsley quiere que Eyre sea nombrado conde... No necesito hacer comentarios, ¿verdad? Creo que hasta Carlyle y Tennyson le han rogado que guarde silencio, y muy a tiempo, por cierto.

-Pero Dickens...

-Un narrador magistral, a quien el tiempo no tratará con bondad. Es capaz de tocar el corazón, pero no tiene cerebro. :-Se llevó las puntas de los dedos al labio inferior, con la cabeza inclinada en gesto de espanto. Luego levantó la mirada con una sonrisa triste-. En la actualidad nuestra nación no tiene buenos líderes... -Como Jason, no decía nada, Mill agregó, dando a su voz un tono más decidido-: Luchamos en muchos campos de batalla, Jason, y perdemos alguna escaramuza individual aquí y allí, pero a la larga ganamos la guerra. Tal vez perdamos nuestra batalla por llevar a Eyre ante un tribunal, pero al hacerlo educaremos al pueblo en las cuestiones más grandes de la justicia social. Lo, que ganaremos, en verdad, es la guerra para reformar el Parlamento, Gran Bretaña será un sitio mejor cuando tú y yo hayamos terminado.

-¿Eso significa que usted se rinde en el caso del gobernador Eyre?

La respuesta a esta pregunta fue algo extraño. No vino en palabras, sino en actos, pues un mensajero del comité jamaicano irrumpió en el cuarto, con asombrosas noticias:

-¡Los magistrados de Market Drayton se han negado a acusar al gobernador Eyre! ¡Lo dejan en libertad!

Mill no abandonó el asiento ni habló hasta que hubo tocado la campanilla para convocar a un sirviente, a quien le ordenó:

-Será mejor que corras para reunir a los otros.

En esa noche de derrota con Bright a su lado y apoyado por hombres poderosos, como Huxley y Darwin, Mill explicó su estrategia:

-La ley inglesa permite a todo ciudadano que se sienta ofendido ante la negativa de los canales ordinarios a tratar un caso repugnante, sobre todo si es un asesinato, a presentar su propia acusación, que las cortes deberán juzgar. Mañana presentaré una acusación formal de asesinato contra el gobernador Eyre y llevaré a Jason Pembroke para establecer una conexión con Jamaica.

Algunos miembros opinaron que se trataba de un paso muy, arriesgado y destinado al fracaso, por lo que se excusaron del intento. Pero la gélida decisión de Mill mantuvo a raya a Jason y a otros. A la mañana siguiente, temprano, Mill y él se presentaron ante las autoridades y dieron los primeros pasos para presentar una acusación de asesinato contra el gobernador, arrojando así a toda la Gran Bretaña pensante a un gran debate.

Degeneró en salvajismo. Carlyle arrojaba las bombas incendiarias de su indigesta prosa contra quienquiera que hablase o actuase contra su héroe. Mill se aferraba como un perro de presa, indignando a la estable porción central de la población, a quienes enfurecía cualquier ataque contra «un valiente que sólo ha cumplido con su deber». Jason, se ofreció para atender la inundación de correspondencia que Mill recibía. Todas las semanas abría muchas cartas que prometían «expulsarlo del Congreso en las próximas elecciones»; nunca faltaban dos o tres que amenazaban, anónimamente, asesinar al austero filósofo.

Una noche, mientras regresaba caminando a Cavendish Square, Jason pensó: He observado a tres estupendos hombres atrapados en los meandros de sus monomanías, tal como el pecar de la selva sudamericana se deja enredar por el pitón. Eyre estaba tan decidido a castigar a Gordon que su buen tino quedó afectado. Carlyle llega casi a la demencia en su deseo de hacer un héroe de Eyre y protegerlo de toda acusación. Y Mill; pese a su frialdad, se ve como un ángel vengador... Entonces Jason estalló en una carcajada y se dijo: Y los fanáticos, anglicanos consideran todo esto como el debido castigo a los disidentes bautistas. ¡Qué, mundo tan loco!

Pero al llegar a su puerta y volverse hacia la otra mansión jamaicana construida frente a la suya, comprendió dolorosamente lo mucho que ese caso había separado a las dos familias y pensó: Allí están Oliver y Nell, en su salón solitario; aquí estamos Beth y yo, en el nuestro. Es insoportable.



Pese a lo avanzado de la hora, decidió mantener una conversación con su primo. Cruzó apresuradamente la plaza y llamó a la puerta de Oliver hasta que se encendió una luz. El mayordomo preguntó, con voz soñolienta:

-¿Qué ocurre?

El pasó rozándolo y corrió escalera arriba. Encontró a Oliver y a Nell en su alcoba, exhaustos tras horas de correrías por Londres, buscando apoyo para Eyre.

-¡Jason! -exclamó Oliver, sobresaltado por esa brusca aparición-. ¿Qué te trae por aquí?

-Mi comité va a arrastrar al gobernador Eyre a los tribunales ... bajo la acusación de asesinato:

-¡Oh, Dios mío! -El primo saltó de la cama, como un resorte en tensión al liberarse-. Eso es horrible. ¿Es que todos habéis enloquecido? ¿No comprendéis que Inglaterra entera está contra vosotros? -Mill dice que eso no tiene importancia. Lo que busca es establecer un principio.

-Pues que escriba un libro en vez de destruir a un hombre bueno. - Oliver aferró a su primo por el brazo, añadiendo con gran fervor-: y es bueno, Jason. Tal vez se equivoque en pequeños detalles pero es muy bueno.

-Empiezo a darme cuenta de eso. Mill me obligó a presentar, esa queja, pero me negaré a testimoniar contra el gobernador. Puedes decírselo.

-Se lo dirás tú y Croome llamó a Nell para que le trajera los pantalones. Luego se reunió con su primo en la plaza y lo esperó, mientras Jason corría a informar a Beth que tardaría un rato más en llegar.

-¿Qué vas a hacer? -imploró ella.

-Tengo que corregir una equivocación -le dijo Jason besándola.

Y Corrió al coche en donde su primo le esperaba. Cruzaron a gran ,velocidad la noche londinense, rumbo a la modesta casa que ,había ocupado Eyre al abandonar su santuario de Market Drayton. El gobernador, en ropa de dormir, se sentó ante ellos y escuchó en silencio las palabras.

-He apoyado a Mill y a los suyos porque, tal como le dije a usted en Kingston, me pareció que perseguía al pobre Gordon sólo por motivos personales. Por eso lo atacan muchas personas. Pero no puedo permanecer cruzado de brazos mientras se acusa de asesinato a un servidor público leal, por las atrocidades que cometieron subordinados medio enloquecidos, en las que él no participó.

El desgarrado héroe de la exploración australiana, que ya tenía la vida hundida pese a estar apenas en los primeros años de la cincuentena, inclinó respetuosamente la cabeza ante, el joven que, en los últimos años, se había convertido en enemigo suyo. Mantenía el pelo completamente negro, pero la copiosa barba presentaba ya motas blancas; los ojos, antes fieros, habían perdido su ardor.

-Gracias, Pembroke, por su caballeresco apoyo. Me presentaré ante la corte y prestaré testimonio en cuanto a mis motivos. Pero puedo, asegurarle algo: nunca he vacilado en mi convicción, de que el pueblo inglés y sus estupendos tribunales acabarán por rehabilitarme, considerándome un servidor civil que se enfrentó a una crisis cruel y la solucionó como mejor pudo. ¿Si me arrepiento de las crueldades que otros perpetraron durante la ley marcial por mí proclamada? Por supuesto. Pero ¿si me arrepiento de lo que hice personalmente para salvar a Jamaica y conservarla dentro del imperio?, ¡No, jamás!

Después de agradecer a Croome el haberle llevado la noticia, saludó gravemente a Pembroke con la cabeza y fue a acostarse.

Mill se salió con la suya. En respuesta a sus presiones, un tribunal londinense acusó a Eyre de asesinato... y por la población corrió un escalofrío. Se duplicaron las amenazas contra la vida de Mill, pero antes de que el caso llegara a juicio, los funcionarios de la corte decidieron, en vista privada; que las acusaciones contra Eyre no eran válidas, pues un caso más o menos similar, referido a los oficiales que habían presidido los consejos de guerra de Jamaica, había sido descartado por falta de méritos. Eyre quedó en libertad, desechadas definitivamente todas las acusaciones contra él, para deleite de las multitudes vitoreantes que habían corrido a defenderlo. Por dos veces Mill había tratado de hacerlo encarcelar; por segunda vez fallaba.

Cuando Jason corrió a sus habitaciones con la noticia, vio al gran líder en su mejor expresión, pero también en la peor. Al saber que había perdido nuevamente, no mostró ira ni desilusión.

-Las cortes han hablado y todos debemos obedecer. -Pero luego, , con la frente empañada y los puños apretados-: Esas cortes han hablado. Hay otras,-y ante ellas lo llevaremos.

-¡Oh, señor! ¿Va usted a empezar otra vez con todo esto?

-He decidido que Eyre debe ser castigado, públicamente humillado por el gran daño que hizo a la idea de un gobierno colonial justo. Como el perro que roe su hueso, inició inmediatamente los procedimientos para obligar a Eyre a comparecer ante otro tribunal, en otra jurisdicción, y responder a otra Serie distinta de cargos. El tribunal, renuente, ordenó a Eyre que se sometiera a juicio una vez más, en esta ocasión por graves crímenes y ofensas. Se fijó para la primera audiencia. el día 2 de junio de 1868; habían pasado casi tres años desde

los alzamientos y la ley marcial, pero el apasionado abogado defensor pidió a los miembros del gran jurado preliminar: pónganse ustedes en el lugar de Eyre y consideren qué pasos debería dar un hombre frente a una salvaje rebelión, para salvar su isla, su imperio y el honor de su reina. Los observadores públicos presentes en la sala pronunciaron vítores. Temprano por la mañana, el jurado anunció que todos los cargos eran retirados. Por fin, Eyre estaba realmente en libertad. En las elecciones siguientes, John Stuart Mill sería expulsado de su escaño parlamentario.

No se lamentó por la derrota. -Al saber que Jason Pembroke y su esposa retornaban a Jamaica, pasó por su casa para despedirse de ellos. Sentado en el salón en donde los Pembroke de 1760 habían ayudado a crear las leyes que determinarían el futuro de Gran Bretaña, contempló con una tranquila sonrisa las enormes estatuas de Hester Pembroke y dijo:

-Hemos perdido todas las batallas, Jason, tú y yo. Hemos permitido que un gran pillo se escape sin castigo de nuestras redes. Voy a perder mi escaño parlamentario, mientras Carlyle, Tennyson y Cardigan reinan triunfantes. Y tú vuelves subrepticamente a Jamaica, sin haber logrado nada, hasta donde el público puede juzgar. Pero en realidad; mi joven amigo, tú y yo hemos logrado una victoria tremenda. En el futuro, los gobernadores de colonias, esos soldaditos de plomo, lo pensarán dos veces antes de imponer la ley marcial en una isla, antes de, permitir que sus subordinados aterroricen a las gentes de piel más oscura. Se ha aprobado la reforma del Parlamento. Gracias a nuestros esfuerzos, Gran Bretaña será un sitio mejor. -Luego señaló con su bastón la contorsionada silueta de Marte, que luchaba con Venus, y ,confesó-: Si el jurado hubiera declarado a Eyre culpable de asesinato, como debía, yo habría sido el primero en suplicar clemencia y un perdón total. Lo que importaba era la idea, establecer un principio.

Jason, confundido por todo lo que había presenciado en esos tres años, preguntó:

-Profesor Mill, con respecto a esa interesante palabra que usted utilizó, ¿no cree que su modo de perseguir al gobernador Eyre fue un ejemplo de monomanía?

Mill, apreciando la agudeza de la pregunta, dejó que una sonrisa tocara su glacial semblante y respondió:

-Cuando lo hace el otro, lo llamamos monomanía. Cuando lo hago yo, lo calificamos de inflexible defensa de los principios. -Al levantarse para salir, apuntó el bastón hacia una de las enormes estatuas y gruñó-: Saca esta monstruosidad de tu casa, Jason, deja esas imágenes pasadas de moda a Tennyson y Carlyle .

Jason siguió su consejo. En su último día de estancia en Londres dispuso que unos picapedreros desmontaran las estatuas, las sacaran de la mansión y volvieran a armarlas en un parque cercano al zoológico.

La última palabra sobre estos acontecimientos fue una que, si hubiera sido anticipada, habría podido salvar a Jamaica de sus pesares y a Gran Bretaña de la amargura de un debate inflamado. Poco después, de las turbulencias ocurridas en Santo Tomas del Este, tanto el coronel Hobbs, el monstruo sonriente a quien Pembroke había asistido, como el inspector de policía Ramsay, cuya conducta atroz recibía la aprobación de Croome, se suicidaron: el primero, de un disparo; el segundo, saltando de un vapor en medio del océano. Médicos competentes dictaminaron que los hombres ya eran dementes al ejecutar sus atrocidades. Pero nadie lo notó porque cuando impera la ley marcial, la demencia se convierte en norma .

## XII

### CARTAS DE PRESENTACIÓN

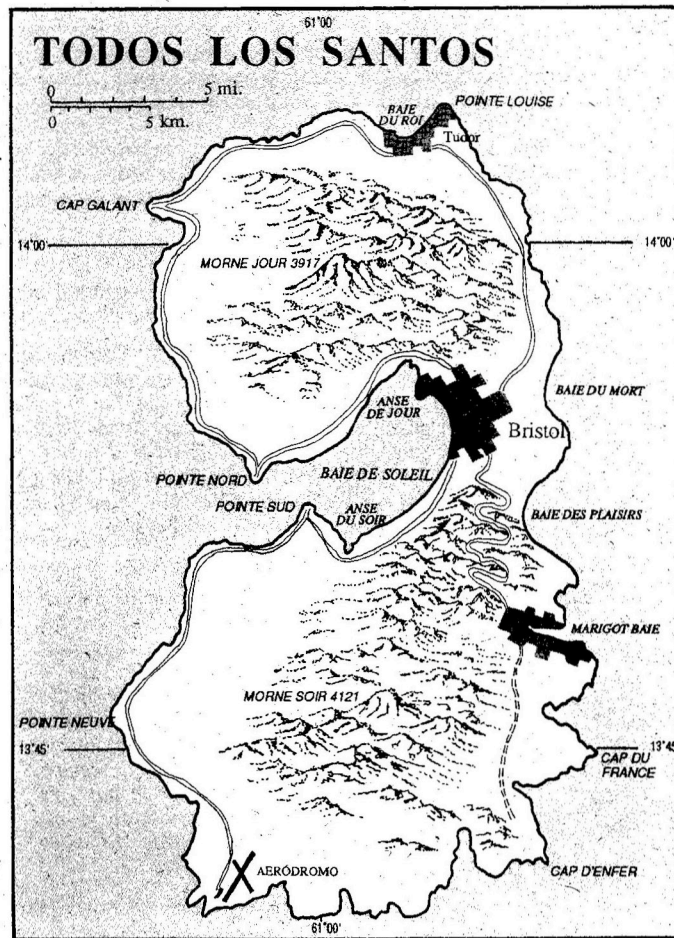
El 8 de enero de 1938, Dan Gross, jefe de redacción del Detroit Chronicle, vio en el teletipo una información de la Associated Press. Aunque sólo podía interesar a unos pocos redactores norteamericanos, a él le venía como anillo al dedo.

El Chronicle se enfrentaba con un problema especial. Debido a los meandros que describía la frontera internacional entre Canadá y Estados Unidos para buscar paso entre el sistema formado por los Grandes Lagos, Canadá, en aquel punto, se encontraba “al sur” de los Estados Unidos. Por eso, los habitantes de Detroit se referían a Windsor, la importante ciudad canadiense, como “nuestro barrio del sur”. Los periódicos de Detroit tenían una amplia difusión allí e iban siempre detrás de reportajes que pudieran atraer a los lectores canadienses.

El artículo que tanto entusiasmó a Gross decía:

Hoy, el rey de Inglaterra nombró a lord Basil Wrentham, famoso capitán de críquet, gobernador general de la isla de Todos los Santos, en las islas de Sótavento de las caribeñas Indias Occidentales. Cabe suponer que el nombramiento será bien recibido en Todos los Santos, pues lord Wrentham capitaneó el primer equipo inglés de críquet que jugó en esa isla, donde obtuvo una gran popularidad por la elegancia con la que encajó la única derrota sufrida hasta entonces en las Indias Occidentales por un equipo inglés de primera. Aunque Inglaterra ganó la serie por tres partidos a uno, Todos los Santos recuerda aún como un acontecimiento histórico la apabullante victoria de los isleños. El nuevo gobernador general jurará el cargo el 10 de febrero de 1938.

Gross arrancó la noticia del largo rollo de papel que surgía del teletipo y corrió a la pequeña estantería en donde guardaba sus libros de consulta, gracias a los cuales dominaba gran parte del conocimiento humano; una enciclopedia, dos grandes atlas, un diccionario francés para el material canadiense y un valiosísimo libro, cuya cubierta de papel estaba desgarrada y sucia de grasa, el Manual de la Historia Universal, de Ploetz. Consultó el índice, que había aprendido a utilizar con toda precisión, y vio que confirmaba la sospecha despertada por el teletipo. En 1763, en el Tratado de París, que puso fin a lo que Europa conoció



como «guerra. de los siete años» y Norteamérica como «guerra entre franceses e indios», las grandes potencias debatieron muy seriamente una curiosa opción: ¿debía Gran Bretaña recibir todo Canadá o la diminuta isla caribeña-de Todos los Santos? Sí, ese. era el asombroso hecho. Pero ¿qué hacer con él?

Gross tenía entre su personal a un joven y eficiente periodista, cuyo nombre era Millard McKay, graduado en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Columbia. El muchacho demostraba tener un gran talento, aunque no era muy imaginativo, y mejoraba mes a mes desde que trabajaba para el Chronicle. En opinión de Gross, con el tiempo llegaría a ser el principal

columnista del periódico, el hombre a quien se podría confiar cualquier noticia con la seguridad de que la cubriría perfectamente.

Tras observarlo durante el primer año, Gross había descubierto que McKay mostraba esa debilidad común a todos los jóvenes educados en las universidades de la Costa Este y apasionados por la lectura, lamentaba profundamente no haber nacido inglés, para tener acceso a los teatros londinenses y a una casa de veraneo en la campiña de Thomas Hardy o tal vez en la Región de los Lagos, que los poetas habían hecho famosa. Pese a que aún no conocía Inglaterra, de sus profesores había adquirido un deje del acento de Oxford, y se horrorizaba cuando alguien sugería que podía ser de ascendencia irlandesa.

-No -era su firme réplica-. En realidad, mi familia era inglesa. Mi madre se llamaba Cottsfield.

Al iniciar una nueva vida en Detroit, había estudiado la posibilidad de cambiar su nombre por el de Malcolm Cottsfield, qué le sonaba más inglés, pero los requisitos legales eran tan complejos y costosos que desistió.

En cierta ocasión, el señor Gross le había preguntado: -¿De dónde has sacado ese gran amor por todo lo inglés?

Y él respondió con una historia poco verosímil:

-Crecí en una aldea de trescientos habitantes, al sur de Nueva Jersey, en Pinos Secos; y están en efecto muy secos. Conseguí una beca para estudiar en la Universidad de Rutgers, en la parte norte de Nueva Jersey. Allí caí bajo el hechizo de un profesor, un especialista en Rhodes. Ese hombre vivía para Inglaterra, y yo hice tres cursos con él. Nos hacía escribir largos trabajos sobre diversos aspectos de la vida inglesa, asignándonos diferentes temas. Los míos fueron: en el primer curso, «Cómo funciona el parlamento inglés»; en el segundo, «Seis novelistas ingleses, de Hardy a Greene», y en tercero, se lo crea o no, escribí sobre el criquet en los condados ingleses. Cuando se estudia así, algo se aprende.

-El señor Gross quiere verte -anunció el botones, y McKay pensó de inmediato: ¿Qué error habré cometido? Pero un rápido inventario de sus últimos artículos le convenció de que no había puntos vulnerables. Así pues, dio por sentado que iba a recibir un nuevo encargo y; con relativa confianza, entró en el despacho del director, que le puso el trozo de papel en las manos.

-A ver, tú que eres un entusiasta de la historia inglesa -dijo Gross- ¿tienes alguna idea de lo que significa esto?

Millard estudió el texto y no halló nada que se relacionara con sus conocimientos de la historia y las costumbres inglesas. Wrentham no era un apellido que hubiera desempeñado un papel importante en la historia de

Inglaterra, y en cuanto al críquet, si. bien él sabía cómo se jugaba, no hallaba nada de especial interés en esa breve referencia.

-Pues no .....,dijo.

-No creo que entiendas mi siguiente pregunta, pero ¿te dice algo la fecha en que Wrenthain debe llegar a Todos los Santos? ¿El 10 de febrero? .

-No.

-¿Y qué me dices del Tratado de París?

-Señor Gross, me está hablando con acertijos.

-Claro que sí. -Riendo entre dientes, Gross empujó hacia él su manual de Ploetz-. Busca el Tratado de París. 1763.

Millard, al hacerlo, se encontró con una asombrosa anotación referida al: complejo tratado que había puesto fin a las largas guerras europeas y a las escaramuzas en el Caribe. Francia confirmaba que ya tenía previsto ceder el territorio de Luisiana. a España; Inglaterra entregaba Guadalupe y la Martinica a Francia; España transfería Florida a Inglaterra. Y luego venía la observación que había acicateado la imaginación de Gross: «Tanto Francia como Inglaterra deseaban la estratégica isla de Todos los Santos, en el Caribe, pero nadie quería Canadá. Los almirantes ingleses argumentaban que sus flotas necesitaban la isla, llave del Caribe y de América del Sur; por el contrario, no les parecía una pérdida dejar a los franceses un páramo lúgubre como el Canadá. Pero no consiguieron sus propósitos. Gran Bretaña recibió el Canadá y Francia. se quedó con Todos los Santos, isla que Inglaterra le arrebató después a la primera oportunidad; por lo tanto, Francia acabó sin nada .

-¡Eso no lo sabía! -exclamó Millard-. ¡Todo el Canadá a cambio de una isla pequeña

-Y fijate en la fecha: 10 de febrero de 1763. Lord No sé cuántos, asume el gobierno de Todos los Santos en ese aniversario. -¿Quiere que redacte un artículo sobre esto para nuestros lectores canadienses?

-Mucho más; Quiero hacerlo como es debido .. Debes ir a Todos los Santos, estudiar la isla y enviarnos un artículo largo, bien pensado; una serie, quizá, comparando la Todos los Santos del presente con Canadá. A ver si nuestros amigos canadienses se divierten un rato. -Sacó un atlas de su estantería: -Sí, aquí está Canadá; 9.937.618 kilómetros cuadrados.. Todos los Santos, 782. Población: Canadá, 11.120.000 habitantes; Todos los Santos, 29.779. Retén esas cifras en la memoria y escríbenos un buen artículo. -Se interrumpió para inclinarse por encima del escritorio, preguntando. -Conoces Canadá, ¿no?



-Sí, señor. Visité Calgary para ver la Estampida. Desde Winnipeg a Nueva Escocia, lo conozco bastante bien.

-Bueno. Prepárate. Tomas el tren a Miami esta misma noche. Tienes más o menos una semana y media antes de que Su Excelencia llegue a la isla, Quédate tanto tiempo como haga falta, pero recuerda que es un viaje de trabajo, no unas vacaciones pagadas.

En cuanto McKay salió del despacho del señor Gross, se encaminó a la biblioteca del Chronicle de donde sacó la guía nobiliaria de Burke para enterarse de los antecedentes de Wrentham. La familia había iniciado el ascenso a la nobleza a mediados del siglo XVII, cuando un Wrentham, residente en Barbados, fue nombrado caballero, bajo el nombre de sir Geoffrey, por haber defendido las prerrogativas del rey Carlos contra los partisanos radicales de Oliver Cromwell. Algunos años más tarde fue nombrado par del reino, bajo el título de lord Wrentham, por su audaz viaje hacia el oeste en una frágil embarcación, desde Barbados, con sesenta y un ingleses a bordo; el grupo desembarcó en la lóbrega costa oriental de la isla de Todos los Santos, que entonces estaba en poder de los franceses, y bajo el heroico liderazgo de sir Geoffrey cruzó las montañas para descender a la bahía donde los franceses habían establecido una ciudad. Tras caer sobre el asentamiento por sorpresa, Wrentham alejó a los franceses hasta los promontorios del oeste, desde donde abandonaron la isla;

El tercer lord Wrentham abandonó el Caribe para volver a Inglaterra, donde realizó misiones tan arriesgadas para la Corona, que obtuvo el importante nombramiento de conde de Gore, título que desde entonces había sido heredado sucesivamente por siete Wrentham.

Los consecutivos condes de Gore hicieron pocas cosas de mérito, salvo cultivar sus enormes fincas azucareras, de Barbados y Todos los Santos. Estos propietarios ausentes, obtuvieron de esas tierras grandes fortunas, que gastaban ostentosamente en Londres. Uno de los nietos menos importantes, Alistair Wrentham, regresó al Caribe como teniente, primero a bordo del Boreas, bajo el mando del gran Horacio Nelson, con quien volvió a servir en Trafalgar. Por su heroísmo fue, tiempo más tarde, nombrado almirante de la flota caribeña, cargo con el cual obtuvo varias victorias notables contra los franceses.

McKay, que disfrutaba con las intrincadas normas que rigen los títulos ingleses, descubrió, en esa rápida consulta de la guía; que el conde de Gore, quienquiera que fuese, poseía también el título subsidiario de Lord Wrentham, y entonces pensó: Pero la información hablaba de lord Basil Wrentham, y si usa el nombre de pila es porque no le corresponde heredar el título; eso significa que no es el primogénito y que sólo se le llama lord por cortesía, sin que sus hijos tengan derecho al mismo tratamiento. Lord Basil no será jamás conde de Gore, a menos que muera, su hermano mayor. Pero aún en estos términos restringidos; sería agradable ser lord.

En su investigación descubrió una anécdota que se propuso utilizar en el primer artículo, contaba cómo llegó Todos los Santos a llamarse así:

*Como Colón pasó dificultades en su viaje de descubrimiento, en 1492 con sólo tres barcos pequeños, hoy se supone que en las travesías siguientes padeció las mismas limitaciones. Sin embargo no fue así. En 1493, al realizar la segunda expedición, conducía una verdadera flota de diecisiete barcos, algunos de buen tamaño. Si la primera travesía desde las Canarias le costó cinco largas semanas y dos días, esta segunda vez la realizó en tres semanas sin dificultades.*

*Uno de los barcos llegó a mejorar esta velocidad. Se trataba de una carabela nueva y grande, bautizada Todos los Santos, y su navegante era un versado sacerdote italiano llamado Fra Benedetto, tan hábil para calcular vientos y corrientes que convenció a su capitán de que escogiera un rumbo más al sur que el de la flota principal. Colón, con sus dieciséis barcos, navegaría entre las pequeñas islas de levante y entraría en el Caribe el 3 de noviembre de 1493: Todos los Santos, en cambio, lo haría algo más al sur, dos días antes, y se desviaría hacia el norte para reunirse con la flota. A medida que pasaban los días de octubre, Fra Benedetto concibió una feliz presunción: ¿no sería señal del favor divino si su barco, Todos los Santos, tocara tierra en alguna isla nueva el primero de noviembre, Día de Todos los Santos?*

*Tras efectuar algunos cálculos, Fra Benedetto se convenció de que el primero de noviembre, después de la tradicional víspera de las almas errantes y los duendes, tenía que haber tierra cerca. Apostó algunos vigías para que estuvieran alertas, pero pasó el día entero y anocheció sin que se viera ninguna isla. Poco antes de medianoche, Fra Benedetto invirtió el reloj de arena para . pasar un poco de su contenido a la sección superior, con lo cual obtenía algún tiempo adicional para avistar tierra antes de que acabara el día de Todos los Santos. Dio en pasearse por cubierta, buscando ansiosamente señales de tierra. Pasados quince minutos de esa hora robada, un muchacho apostado en lo alto del palo. divisó algo que tomó por una luz parpadeante. Se alertó a la tripulación, y al surgir la luna de detrás de una nube; iluminó los dos majestuosos picos, que más adelante los ocupantes franceses denominarían Morne Jour y Morne Soir.. -¡Ya tenemos nuestra nueva isla! -exclamó Fra Benedetto brincando por todo el barco-. Y se llamará Todos los Santos.*

A principios del siglo XVI, los españoles hicieron cuatro intentos no muy serios de arrebatarse la isla a los feroces caribes, pero fueron rechazados por aquellos terribles guerreros. Los ingleses, más adelante, lo intentaron tres veces sin mejores resultados. Pero en 1671 lograron su objetivo, sólo para ser inmediatamente expulsados por los franceses. En los ciento setenta y cuatro años siguientes, la isla cambió de manos dieciocho veces: de los indios caribes a los españoles, los franceses, los ingleses, los holandeses. Trece de estos cambios

fueron el resultado de acciones militares: los ingleses, tratando de desembarcar frente a la oposición de los franceses; los holandeses, al expulsar a los británicos; los caribes, en alzamiento contra los holandeses; Francia otra vez, recobrando un dominio sustancial hasta reintegrar la isla a sus territorios. Cinco de esos cambios no resultaron de acciones en el Caribe, sino de tratados que se firmaron en Europa, desde donde se movían las islas antillanas como peones en un tablero de ajedrez. Todos los Santos figuró en once de esos tratados, y tanto entonces como más adelante hubo quienes pensaron que la disposición definitiva -que, en 1814, la convirtió en colonia británica- no la había puesto en las manos adecuadas. Habría debido ser de Francia.

En un librito que Millard cogió en el último momento, descubrió el dato más curioso de todos: «A la largo de todos aquellos cambios de propietario, una rama menor de la familia Wrentham permaneció tenazmente en Todos los Santos; algunos de sus miembros se tornaron más oscuros generación tras generación, conforme sus padres se iban mezclando con los esclavos negros. Pero, pese al color, todos eran parientes lejanos del conde de Gore".

Antes de volver apresuradamente a su casa para preparar el equipaje, McKay demostró ser prudente. Volvió al despacho de Dan Gross para plantearle un problema:

-Se trata de una colonia inglesa, señor, y mis profesores me inculcaron que no se debe irrumpir en un grupo social inglés sin el respaldo de unas cartas de presentación, en las cuales se establezca quien es uno, y se dé testimonio de su carácter. ¿Podría escribirme esas cartas, señor?

-¡No! En primer lugar, es una colonia británica, no inglesa: Y ya conoces nuestras reglas: no nos inclinamos ante nadie ni buscamos privilegios especiales. Llegas a Todos los Santos como un turista cualquiera, para ver las cosas de un modo despreocupado y tranquilo.

-Es cierto que, desde 1603, el nombre correcto es Gran Bretaña, pero suena mejor hablar de Inglaterra. Y me consta que en una colonia inglesa, las cartas.....

-No habrá cartas. Hazlo a nuestro modo.

McKay llegó a Todos los Santos por el sitio más bello del Caribe. En una mañana llena de sol, erguido en la proa de su barco, vio asomar dos encantadores picos desde el mar.

-El del norte es Morne Jour -explicó otro viajero.- El del sur; Morne Soir.

-No sé qué significa la palabra morne -confesó Millard.

-Colina, según creo. Aquí todos los nombres geográficos son franceses  
-le respondió el viajero.

-Es comprensible, puesto que la isla pasó más tiempo en poder de  
.Francia que de Inglaterra.

El viajero, que era inglés; no recibió con simpatía el comentario y se  
alejó, dejando solo a McKay, en tanto el barco pasaba entre dos columnas rocosas  
que custodiaban la entrada a Baie de Soleil. Pero en ese momento McKay le oyó  
explicar las glorias del lugar a otro pasajero:

-“Pointes Nord y Sud” -dijo, pronunciando con elegancia el francés.

McKay apreció entonces la prodigiosa experiencia de aproximarse a  
aquella isla tropical, pues las dos rocas protectoras estaban puestas de tal modo  
que ocultaban el mar.

-Estamos en Baie de Soleil -se alegró el viajero-, Bahía del Sol.

-Y mire usted ese sol!

En el extremo opuesto de la bahía, encaramada en lo alto de un  
promontorio que le garantizaba una buena vista, se levantaba la colonia de Bristol  
Town, una congregación de casas blancas, grises y ocre, de dos o tres plantas,  
ninguna de las cuales se destacaba más que las otras.

-¡Qué armonioso! -exclamó McKay. Pero el inglés no le escuchó.  
Tenía la vista fija en una majestuosa edificación que ocupaba la cima de una  
pequeña colina, detrás de ciudad, una mansión protegida por árboles altos.

-La Casa de Gobierno -informó el hombre, volviéndose hacia McKay.  
El modo reverente en que pronunció esas palabras evocaba la grandeza del  
imperio británico. -Bristol Town puede ser una de las capitales más pequeñas del  
imperio; pero es inolvidable. -Su observación encerraba una amenaza implícita:  
«Aunque los nombres geográficos y los antepasados del pueblo que ocupa la isla  
sean franceses, el gobierno es británico ... no lo olvides

En el muelle de Bristol había mucho ajetreo. Docenas de estibadores,  
caminaban a paso lento y parejo, descargando el barco y llevando a tierra el  
equipaje de los pasajeros. -¡Eh,eh! -gritó McKay a un hombre que se alejaba con  
sus dos maletas-. ¡Ésas son mías!

-Lo sé, señor McKay. Lo esperábamos. -Entonces Millard vio que el  
hombre llevaba un distintivo que lo identificaba como empleado del Belgrave  
Hotel. -Sígame. -y con seguridad se lanzó por entre el intenso tráfico de la zona  
portuaria, Se dirigía hacia un destartalado edificio de tres pisos, con galerías en  
cada planta. Cómo éstas sé, sostenían gracias a numerosos postes de madera, de

poco grosor, el hotel tenía una elegancia de cuento de hadas, aunque estuviera un poco venido a menos. Millard se dijo que cualquiera podía llegar a encariñarse con un sitio así.

Pero cuando se disponían a entrar en el oscuro interior, el periodista se volvió súbitamente hacia el mozo:

-¿Y si paso por recepción más tarde? Usted puede dejar mi equipaje en cualquier parte. Me gustaría empezar a ver la ciudad de inmediato. -Yo me encargo de todo -le contestó-. Usted espere aquí.

Al regresar, cogió a Millard por un brazo y lo llevó por la calle principal.

-Usted viene conmigo, yo le enseñaré lo mejor de Bristol Town. Apretando el paso, llevó a McKay hasta un edificio de una sola planta, nada espectacular, que podría haber albergado un restaurante barato. Resultó ser el Waterloo, un bar con seis mesas de un sólo pie, al estilo antiguo, donde los parroquianos pasaban el rato ante una copa matutina. El propietario, que sonreía detrás del mostrador, era mulato, pero no muy oscuro. La mitad de sus clientes eran mulatos también, aunque de tono más claro; la otra mitad, mucho más oscuros. Los dos camareros eran muy negros, sin aparente mezcla de sangre, McKay era allí el único blanco. La concurrencia resultaba sorprendente y, considerando que se había reunido al azar, daba una buena idea de la importancia del color de la piel en la isla.

El propietario, hombre corpulento y afable de unos cuarenta años; guiñó un ojo al mozo del hotel, dándole a entender que habría propina para él por haber llevado al parroquiano a su establecimiento.

-Este buen hombre es el dueño del Waterloo. Se llama Bart Wrentham, pero lo conocen por Bart el Negro, un pirata famoso -le dijo el mozo a McKay, y retrocedió con una amplia sonrisa para asegurarse de que Bart no olvidara que a aquel cliente lo había llevado él.

-Y usted, ¿cómo se llama? -preguntó Bart Wrentham el Negro, con la desenvuelta familiaridad del tabernero que quiere ver cómodos a todos sus parroquianos

McKay dio su nombre y añadió, para dejar sus intenciones en claro desde el principio:

-Periodista. De Detroit.

Wrentham, al oír esas palabras, mostró una actitud aún más cordial, pues no ignoraba las ventajas de que su bar apareciera nombrado en los periódicos norteamericanos. McKay no era un turista como otro cualquiera, sino un importantísimo visitante, cuya paso por la isla merecía una cuidadosa

planificación. Además Bart, como todo hombre de color cuyos antepasados hubieran vivido en la isla casi trescientos años, tenía ciertas ideas que deseaba explicar al escritor norteamericano. Por eso se le acercó, apoyándose en el mostrador, y dijo en buen inglés, con la encantadora cadencia de la isla:

-A todo recién llegado que Hippolyte trae a mi establecimiento se le sirve un “ramillete tropical”.

McKay quedó fascinado por la copa -un cóctel decorado con tres flores de la isla y una rodaja de ananá-, pero también por el ambiente de la taberna y el curioso descubrimiento de que el propietario se llamaba igual que el futuro gobernador.

- Tiene usted un apellido famoso. El mismo. que el nuevo gobernador;

-Mis antepasados ingleses vinieron.....

-Lo sé -interrumpió McKay, para hacer uno de los incisos más productivos de toda su carrera periodística-: Su familia vino de Barbados en 1662, con sir Geoffrey Wrentham.

. El tabernero sonrió, boquiabierto al descubrir que el norteamericano, en una muestra de respeto a Todos los Santos, había estudiado la historia de la isla. En el acto dio una sonora palmada en el mostrador y gritó a uno de los camareros:

-Otro ramillete tropical para este norteamericano tan bien informado. Aunque sin el ananá, que cuesta dinero. -Lo más importante, sin embargo, fue que abandonó la barra para acompañar a McKay hasta una de las mesas, llevándole la copa -Y ahora, dígame -continuó en tono de conspiración, mientras se sentaba junto al periodista, - ¿a qué ha venido, en realidad?

-Prepara, unas copas excelentes -comentó McKay, eludiendo la pregunta.

-Hacemos lo posible -replicó Wrentham, acercándose un poco más para mirarlo a los ojos - Y ahora responda a mi pregunta.

Sus palabras eran desafiantes, Millard se reclinó en el asiento y revolvió su bebida.

-Trabajo para el Chronicle, uno de los mejores diarios del Medio Oeste. Se lee mucho en Canadá -dijo con cautela, y volvió a concentrarse en su bebida, dando tiempo a su interlocutor para que asimilara esa información.

-Claro. Ha venido para informar sobre el juramento de nuestro nuevo gegé.

-¿Así llaman ustedes a su gobernador?

Al oír la pregunta, Wrentham aspiró hondo, rió entre dientes y dijo: - No es fácil explicarlo a quien no conoce la isla. Como colonia de la Corona, nos corresponde un gobernador. En otras islas llaman al gobernador S.E., por Su Excelencia. Nuestro gobernador tiene autoridad sobre otras seis islas, y es, por eso, gobernador general. Así que .aquí lo dejamos en G.G ... o gegé, que es como lo escribimos siempre, hasta en el periódico .. Usted debería hacer igual .cuando escriba su artículo.

-McKay le apuntó con el índice extendido: -

-Es usted muy sagaz, Wrentham.

-Todos me llaman Bart

El desparpajo con el que Wrentham había hecho su presentación, unido a su obvia inteligencia, llevó a McKay a pensar que podía ser un buen informante. Por eso le dijo:

-Cuando salí de Detroit para ocuparme de esto, pedí a mi. Jefe algunas cartas de presentación; Él me dijo que en nuestro periódico eso no se hacía, que debía lanzarme al agua y nadar. Este bar es mi primera zambullida.

Wrentham se echó hacia atrás para estudiar al periodista y dio dos palmadas contra la mesa, como indicando que acababa de decidir algo.

-¿Dispone de un rato?

-Todavía no he firmado en el registro del hotel. Hippolyte se encargará de eso. ¿Le apetece dar un paseo?

-Me encantaría.

Los dos salieron a la calle, donde el tabernero había aparcado su Chevrolet cupé de 1932, con volante a la izquierda.

-Suba. Haremos el circuito del norte. Siempre me resulta estimulante contemplar la belleza de mi isla.

Se dirigió hacia el este, a buena velocidad, abandonando la ciudad por una tortuosa carretera que ascendía entre bosques hasta una elevación del terreno. Desde allí se podía ver el océano Atlántico, oscuro y ceñudo.

-Mis antepasados desembarcaron en esa peligrosa playa que se ve allí abajo, Baie du Mort. Supongo que habla usted francés.

-No tengo más remedio, pues trabajo mucho en Canadá. Bahía de la Muerte. . .

-Durante el resto del trayecto, dieciocho kilómetros hacia el norte, los dos hombres hablaron del paisaje. Pero Millard tenía la firme sospecha de que ésa no era la finalidad de aquel paseo.

-Nuestra isla no es una gran llanura, como la mayor parte de Barbados. Aquí no se podían establecer grandes plantaciones de caña azucarera, como en Jamaica. Pero cuando se trata esta tierra con respeto, ella lo trata a uno del mismo modo. Nunca pasamos hambre. -Cuando la carretera se desvió hacia el oeste, rumbo al Caribe, Wrentham comentó: -Deberíamos almorzar al aire libre.

Entró entonces, en la adormecida población de Tudor, donde un comerciante, también llamado Wrentham y mucho más oscuro que Bart, les preparó una cesta de provisiones para una comida campestre.

-“Danos también algo para beber” , -dijo Bart.

Su primo lejano añadió dos botellas de cerveza inglesa y una lata de zumo de frutas norteamericana.

Con esa reconfortante carga, los expedicionarios continuaron la marcha hacia el oeste por la parte más alta de Todos los Santos. McKay, que iba sentado a la derecha, disfrutaba del océano sereno, pero aún no tenía idea de por qué Wrentham lo había invitado a un paseo tan largo. No podía ser por pura amabilidad. Cuando estuvieron a buena distancia de Tudor, el hombre empezó a describir, con una mezcla de amargura y humor, la estructura social de su isla. Era evidente que tenía mucho que contar, sobre todo a un escritor norteamericano. Intentando suavizar sus palabras, comenzó:

-Usted debe comprender, señor Detroit, que en esta isla, casi todos lo odiarán un poquito .

-Yo no le he hecho mal a nadie.

-Ah, pero es norteamericano, Igual que ella.

-¿Que quién?

-Wally Simpson. En esta isla sentimos un gran respeto por la realeza; todos nosotros, cualquiera que sea nuestro color. Y adorábamos al rey Eduardo, que nos visitó cuando era príncipe de Gales. Un joven estupendo. Si usted entra en cien de nuestras casas, como aquellas que vemos allí, en sesenta o setenta encontrará un retrato de Eduardo. No podemos perdonar a esa señora Simpson que lo haya destronado.



-Yo creía que se había destronado por propia voluntad:

Apenas había acabado de hablar cuando Wrentham aminoró la marcha y dijo:

-Sería mucho más prudente que no expresara ese tipp de opiniones en Todos los Santos. Se le cerrarían todas las puertas; porque aquí reverenciamos la memoria de Eduardo.

-Le pido disculpas.

-Y hace bien. Esa bruja provocativa estuvo apunto de destruir un imperio.

Tras este asombroso arrebato hubo unos segundos de silencio, pero pronto se vio que Bart tenía otras cosas en mente y deseaba hablar de ellas; pues aferró el volante con ambas manos y se inclinó, hasta casi tocar el parabrisas con la frente, diciendo en tono conciliador:

-Aunque, el volante a la izquierda es algo incómodo, los coches norteamericanos son superiores.

-¿No es difícil? -preguntó Millard- Conducir desde el lado opuesto, quiero decir.

-Claro que es difícil, porque el conductor no ve todo lo que necesitaría ver. Pero vale la pena, éste es un buen coche, que se agarra a la carretera y gira con mucha facilidad. - Después de romper nuevamente el hielo, inició la explicación para la cual todo lo anterior había sido sólo un preludio. -No quiero que use mi nombre en sus despachos, pero puede referirse a mí como un comerciante de color bien informado. Según el último censo, Todos los Santos tenía una población de veintinueve mil personas, agrupadas en cientos de niveles sociales diferentes, cada uno determinado por el color de la piel. Yo estoy un plano por encima del hombre que tiene la piel un tono más oscuro que yo, y un plano por debajo del que es un tono más claro. Recuerde que sólo cuenta el color de la cara, no el de aquí abajo -añadió, dándose una palmada en el vientre. -Pero para fines prácticos, sólo hay doce niveles importantes. Arriba de todo: cualquiera que haya nacido puramente blanco en Inglaterra, con título o derecho a heredar uno. Es decir, el gegé y su círculo de íntimos. Alguien de mi color, ni en un millón de años podría alcanzar ese Valhala. En el segundo nivel está quien pueda demostrar que proviene de una buena familia rural inglesa; no hay sitio para escoceses ni galeses.

-¿Qué significa eso de «buena familia rural»?

-Nadie lo sabe claramente, pero todos intuyen cómo funciona el asunto.

-¿Por ejemplo?

-La hija de un clérigo respetado, siempre que no sea baptista ni metodista. El hijo de un funcionario que se haya comportado bien. «Buena familia rural» Aquí, con eso está dicho todo.

Millard lanzó cinco o seis preguntas rápidas, demostrando que, gracias a sus estudios universitarios, conocía las delicias de la vida rural inglesa. Wrentham, tras responderlas, continuó:

-Las mujeres que deciden quiénes pertenecen a cada nivel mantienen el grupo rural bastante reducido. Luego sigue un tercer plano, bastante amplio, al que podría aspirar usted si se estableciera aquí, se comportara bien y hubiera votado a los Republicanos en Norteamérica. Incluye a todos los blancos de buena reputación; sobre todo a las familias de agricultores francesas, establecidas aquí desde antes que ningún inglés

- Después se produce un salto brutal, implacable como el movimiento de la guadaña. El nivel cuatro: damas y caballeros de color. Piel clara, mucho más clara que la mía. Probablemente hayan estudiado en Oxford, en Harvard o en la Escuela de Economía de Londres. Trabajan en la administración pública. En una isla como Todos los Santos, la administración es todopoderosa, y los principales funcionarios de color tienen derecho a formar parte de este ambicioso cuarto nivel. También algunos comerciantes adinerados, algunas viudas ricas y, de vez en cuando, alguien que resulta difícil de clasificar. Pero de una cosa puede estar bien seguro, señor Detroit, todos serán de color mucho más claro que el mío. Ese es el distintivo de honor.

Era obvio que a Wrentham le asqueaba el sistema que estaba describiendo, por más que se refiriera a él con cierta ligereza.

. -La gente de los niveles cinco, seis y siete es toda más clara que yo y tenga eso bien presente; porque yo soy un ocho: hombres y mujeres trabajadores, que ahorran, envían a sus hijos a la escuela y saben comer con cuchillo y tenedor:

-Pero si usted queda relegado al nivel ocho, ¿cómo ha adquirido un vocabulario tan amplio y cultivado? -preguntó McKay.

-Tenemos escuelas, hombre. Aquí hay maestros maravillosos, abnegados, que adoran hasta el último rincón de Inglaterra, hasta la última palabra escrita por Shakespeare. Yo no he leído un solo libro norteamericano, si es que existen, pero Walter Scott, Charles Dickens y Jane Austen ... ¡a éstos Claro que sí!

Explicó -entonces que había ,unos seis niveles para los mulatos más oscuros que él.

-Más abajo, no hay nada. Los negros de labios gruesos, buenos dientes y carentes de toda instrucción. esclavos, esclavos perpetuos.

-¿Y si llegara un inmigrante de ... Carolina, digamos, o de la India?

-Si es negro, es negro.

-¿No se puede aspirar a los grupos superiores? ¿A estar entre ustedes, los de piel más clara?

Wrentham continuó conduciendo en silencio, pasando por alto la pregunta. Por fin dijo:

-Mire, señor periodista, pronto estaremos en Cap Galant, donde verá la gran belleza de nuestra isla. Ahí, en esa manta que llevo siempre en mi Chevrolet, tomaremos nuestro almuerzo, su primer almuerzo en el Caribe. Tiene que ser inolvidable.

Pero antes de parar a almorzar quiso explicarle la regla básica de Todos los Santos, que todos los jóvenes conocían:

-Esto le aclarará las cosas si decide visitar otras islas del Caribe.

Un joven de color que demuestre aptitudes, para progresar, debe forzosamente casarse con una muchacha de piel más clara. Para logrado, luchará; mentirá o incluso llegará al robo y el asesinato. Así mismo toda muchacha de color que sea hermosa, si quiere llegar a algo, debe casarse con un hombre de piel más clara. Observar lo que ocurre en este revuelto. callejón sin salida es lo más divertido de la vida caribeña, y también su mayor tragedia.

Después de un breve recorrido hacia el sudoeste, alejándose del Atlántico, llegaron a una pequeña península elevada, que sobresalía hacia el oeste, ofreciendo un panorama incomparable. Al norte, el océano lejano; al este, las laderas de Morne Jour, que se alzaban casi mil doscientos metros hacia el cielo sin nubes; al sur, una pequeña bahía perfecta, con una playa de arena clara. Y lo mejor de todo: al oeste, el tranquilo y azul Caribe, que se extendía hasta las ruinas mayas de Cozumel.

-¿Qué paisaje prefiere usted? -preguntó Millard.

-Todo es tan maravilloso que soy incapaz de decidirme -replicó Wrentham

Era obvio que se sentía muy orgulloso de su isla. Mientras él extendía la manta y distribuía en ella las provisiones compradas en Tudor, Millard paseó la mirada por el promontorio que se alzaba sobre el cabo y por la cala que encerraba la playa. Lo que vio se correspondía con el análisis de la vida isleña que Bart había expuesto. Si bien había allí ocho o nueve grupos almorzando, cada uno se mantenía aislado y estrictamente restringido en cuanto al color. Los blancos comían con blancos, los mulatos claros con otros similares, los bulliciosos negros con los de su clase. La bella península y su playa no estaban reservadas a ningún grupo en especial; cualquiera podía comer allí, siempre que lo hiciera con los de su mismo color.

Wrentham había dispuesto la manta de tal modo que su huésped norteamericano pudiera reclinarsse cómodamente contra una roca bastante grande. Mientras los dos bebían cerveza y comían sus sándwiches y sus pastas inglesas, Bart reanudó sus lecciones!

-En la colina que está detrás de la Casa de Gobierno, la que usted vio, sin duda desde el barco, hay un edificio que no llama la atención, rodeado por pistas de tenis, boleras y campos de cróquet. Es el Club, rigurosamente reservado a sus socios blancos. Casi toda la gente de los niveles uno, dos y tres, incluyendo sobre todo a los franceses ... A propósito, los franceses casi no hablan francés en esta isla, se los distingue por el apellido, no por su manera de hablar. ¿Qué le estaba diciendo?

-Algo sobre los miembros del Club.

-Ah, sí. Supongamos que usted se instala aquí. Cumple con todos los requisitos, se comporta bien, paga sus facturas, demuestra respeto hacia sus superiores. Aun así, quizá no lo aceptarán en el Club.

-¿Porqué?

-Porque no es inglés, sino norteamericano. O sea, que por fuerza ha de ser usted un patán sin cultura.

-¿Así que nunca veré el Club?

-¡Claro que sí! Puede ir invitado por un socio, pero ingresar como miembro ... ¡jamás!

-¿Es muy lujoso?

-¡No, por Dios! Las cuotas son mínimas. El decorado, según me han dicho, deplorable. Comprenda que yo nunca he estado. Pero su atractivo, al parecer, es que funciona como un capullo de crisálida, como un vientre materno. Usted está allí con la gente de su clase, de su mismo color.

-¿Quién lo dirige?

-Las mujeres, con ferocidad. Las esposas de los funcionarios de mayor jerarquía, auxiliadas, claro está, por el mayor Leckey. El se encarga de que se mantenga puro.

-¿Y quién es?

-El edecán del gegé. Hace años que está aquí. Se ganó una buena reputación en la India. Estaba en un buen regimiento y todo eso. Mayor Devon Leckey. Y si usted le cae antipático, a él o a Pamela, su mujer, lo mejor será que prepare la maleta y se vaya; porque él y la divina Pamela son quienes elaboran las listas.

-¿Cómo?

-Más o menos deciden a qué grupo pertenece cada cual. A qué festejos se lo puede invitar. Quiénes deberían asistir si su hija se casa en esta isla.

-¿Son mala gente?

-¡No, no! Los Leckey son la sal de la tierra inglesa. Si a él le dieron tres medallas y una mención, no fue por idiota. Ese hombre es capaz de vencer a cualquiera jugando al tenis, sin duda. -Wrentham vaciló, Después de dar un buen mordisco a la salchicha, resumió la opinión que le merecía el inefable mayor: -Me resulta difícil sentir afecto por los hombres que pesan diez kilos menos de lo debido y conservan todo el pelo, tal como hace veinte años. -Luego añadió un comentario cauto: -Si desea conocer lo mejor de Todos los Santos, debe llegar hasta el mayor Leckey. Si lo hace, se le abrirán todas las puertas: invitaciones a la Casa de Gobierno, bailes en el Club, todas las entrevistas que desee. Si no ... ¡Siberia para usted!

-¿ y cómo puedo llegar hasta él?

-Pues verá amigo, no le va a ser fácil. Bromas aparte, aquí llegan docenas de turistas como usted de los Estados Unidos y Canadá. Muchas, veces en su patria son personas notables por su fortuna y su poder; aquí son patanes. Se niegan a hacer las cosas ala manera británica y tratan de entrar a empujones. Así no logran otra cosa que el rechazo. El mayor Leckey y su esposa, se niegan a recibirlos. Jamás llegan a conocer al gegé. Y se van maldiciendo a Todos los Santos, con la idea de que la isla es un. sitio hostil, donde se maltrata a los negros. Eso es lo que pasará con usted, amigo, si trata con la gente como yo en vez de relacionarse con los Leckey,

-Pero ¿cómo se logra eso?

-Siguiendo las arraigadas tradiciones de esta colonia británica. Uno va a la Casa de Gobierno, antes de terminarse el día de su llegada y firma en el libro

de visitantes, para hacer saber a los funcionarios que está en la ciudad y que presenta los debidos respetos. Después muestra sus credenciales, para asegurar a todos que es quien dice ser y que alguna persona importante de su país de origen responde por él. Por fin, se retira a su hotel, se comporta como es debido en el comedor, y espera.

-Si me dejo ver en su taberna, ¿será una ayuda o un obstáculo?.

-Usted es inteligente, McKay. Eso revelaría que usted corresponde apenas a. un nivel siete u ocho, pese a su piel blanca.

-Pero si hago las cosas que usted sugiere ¿se me aceptará en ese nivel tres, digamos?

-¡Muchacho, el gobierno de esta isla no es estúpido! Quieren que los periódicos norteamericanos hablen bien de la isla, siquiera para aumentar el turismo. Si usted se comporta bien, el mayor Leckey caerá sus pies, pero si trata de entrar por las malas, no. Inténtelo y, quedará aislado. Lo frenarán en seco.

-¿Y si informara de este esnobismo en mis artículos?

-No lo hará, amigo, porque usted es parte del sistema. Por esta breve conversación me doy cuenta de que es material de primera para el Club. Ya disfruta de esta isla más que yo mismo. Una pareja de piel clara, que estaba almorzando a poca distancia, reconoció a Wrentham y se acercó lentamente.

-Hola, Bart. ¿Irás esta noche al Tenis?

-Por supuesto. Reservadme sitio en la mesa. Os presento a un amigo que acaba de llegar de Norteamérica. El señor "Detroit Periodista"

Los saludos fueron cordiales. La mujer le dijo:

-Si podemos serle útil en algo, no deje de llamarnos. Roger tiene una tienda de importación, no lejos del Waterloo de Bart.

Cuando ellos se hubieron ido, Millard preguntó:

-¿Qué es eso del Tenis? ¿Hay pistas iluminadas para jugar por la noche o algo así?.

-Ahora llegamos a la siguiente, parte del informe. El Tenis, así solamente, porque ése es su nombre, es a los mulatos lo que el Club a los blancos. Se trata de un edificio bastante bonito, frente a Anse de Jour. La admisión es tan exclusiva, a su modo, como en el Club. Ni siquiera los hombres y mujeres de mucho mérito podrían pertenecer al club por tener la piel... bueno ... -Se señaló la cara, riendo- Yo no estudié en una universidad inglesa, pero muchos jóvenes

como yo lo han hecho. Si destacan en los deportes, cosa, que suele ocurrir, en Gran Bretaña los reciben con los brazos abiertos. Pueden ingresar en los mejores clubes, se los invita a todas partes, se mueven en los principales círculos. Si saben escribir cuentos se convierten en literatos conocidos. Durante cuatro o cinco años viven en el corazón del imperio. Y de pronto, ¡bum!, se acabó la fiesta. En cuanto desembarcan en nuestro muelle, Cenicienta vuelve a los harapos. Vuelven a ser mulatos. Y aunque consiguen buenos cargos en el gobierno, como suele ocurrir, nunca jamás serán admitidos en el Club, donde se reúnen por la noche los verdaderos líderes, ni siquiera como invitados. Pero pueden ser miembros del Tenis.

Sin decir más, recogió los restos del almuerzo, arrojó los desechos en un bidón de lata pintado de verde, que estaba allí con esa finalidad, y ambos reanudaron el recorrido por la mitad occidental de la isla. McKay observaba el Caribe, magnífico en esa latitud. De pronto vio algo que lo apasionaría durante toda su estancia en las islas: un seto de arbustos bajos, de grandes hojas multicolores, seis hojas extremadamente distintas en un mismo tallo, cinco colores diferentes en una misma hoja.

-¿Qué es esa planta tan magnífica? –exclamó.

-El crotón, símbolo del Caribe. Un tallo central y muchos colores contrastados -respondió Wrentham.

-¿Cómo no prendarse de un camino frente al mar adornado con esas plantas?

Tras quince kilómetros de Crotones a lo largo de la carretera; llegaron a la dorada playa de Anse de Jour y al Tenis. Al pasar frente al edificio bajo, de bellos jardines, Wrentham dijo:

-La verdad es que está mejor conservado que el Club: Pero así debe ser. Su función es dar cobijo a muchos pesares.

-Ya sé .. de dos clubes muy reservados - señaló Millard-. Pero ¿cuáles son los clubes para la mayor parte de la población?

-Mi Waterloo, ¿qué otra cosa es? Allí es donde se reúnen a divertirse los que no pueden pertenecer a ninguno de los otros dos. En el Waterloo usted será siempre bien recibido. Y allí encontrará a muchas de las personas que le conviene conocer.

-Pero los negros de verdad, los que usted llama esclavos, ¿dónde se reúnen?

-En el puerto: Hay un bar llamado Tonton.

-Cuatro clubes. Si yo fuera al Tenis y al Tonton, ¿me recibirían bien?

-Para entrar en el Tenis necesitaría una invitación. En cuanto al Tonton, yo que usted no iría. Allí son orgullosos. Podrían pensar que ha ido a husmear.

Cuando volvieron al Waterloo, McKay invitó a su anfitrión a tomar un té con pastas, que muchos de los parroquianos tomaban a la manera inglesa.

-¿Es necesario -en una isla tan poco poblada mantener este riguroso sistema de castas? -le preguntó a Bart.

-Así lo queremos. Cada grupo está muy decidido a proteger su pequeño rincón. - Tras una breve vacilación, añadió: - Claro, que a los ciudadanos de las islas francesas no les parece muy necesario. Tampoco a los holandeses, los brasileños ni los españoles, en cierto modo. Pero ésta es una isla inglesa, no británica, y protegemos con celo nuestra herencia inglesa.

Cuando Millard se levantó para ir, por fin, a su hotel, Wrentham concluyó:

-Y somos nosotros quienes la preservamos. Todos, cualquiera que sea nuestro color.

Hacia siete horas que McKay estaba en la isla y todavía no conocía el interior de su hotel. Realmente no sabía qué esperar, pero cuando abrió la doble puerta del Belgrave y contempló su arcaico vestíbulo, el amplio comedor con sus sillas de teca, y más allá, el porche con muebles de mimbre y una amplia vista de la Baie de Soleil, exclamó en voz, alta:

-¡Para decorar este sitio debieron de contratar a Joseph Conrad y a Somerset Maugham!

Supo de inmediato que pasaría horas felices y productivas bajo los siete grandes ventiladores, que giraban con lentitud para mantener el aire fresco sin enfriar la comida servida en las mesas, todas con mantel de hilo y cubertería de plata reluciente.

La mulata clara que atendía la recepción le dijo con la suave cadencia isleña:

-Señor McKay Hippolyte ha llevado sus maletas a la habitación número seis, que tiene una de las mejores vistas de la bahía.

Desde la habitación número seis, se veía el estupendo panorama de la bahía, y un trozo del Caribe a lo lejos. Apareció una criada negra, con una



inmensa sonrisa, para decirle que ya había sacado sus ropas de las maletas y que encontraría sus camisas aquí y sus calcetines allá:

-:Mi trabajo amo, verlo contento. Toque campanilla, dígame cuándo quiere agua caliente en su baño.

-El agua de los grifos, ¿se puede beber?

-Puedo yo, a lo mejor usted no. Traigo botellas

El preguntó cuándo se servía la cena

Ocho en punto, señor -dijo ella- Muy en punto.

Después de un baño caliente y una breve siesta, McKay se sentó en su balcón, con una generosa copa, y contempló el sol tropical, que descendía hasta estrenarse en la bahía. Con tres semanas de atardeceres como éste, Todos los Santos será cada día mejor, se dijo.

Cuando bajó al comedor lo encontró mucho más animado que antes. Una bandada de camareros negros, descalzos y con uniformes verdes, casi militares, se movía cuidadosamente por la sala, entregando a los comensales que llegaban grandes cartas impresas. La comida parecía ser típicamente inglesa y pesada, como la que se hubiera servido en cualquier pequeña posada rural al norte de Londres, en cualquier día del año. Se tenía poco en cuenta que Todos los Santos estaba en el trópico y que las aguas cercanas hervían en peces. Mientras se preguntaba de dónde sacaría carne de vaca; cerdo y cordero una isla sin apenas agricultura ni ganadería, Millard se, decidió por un pollo asado relleno. Al levantar la vista de la carta notó que un joven bien vestido, de buen porte y de color muy claro -quizás un nivel cuatro -calculó McKay- lo observaba atentamente. Tanto se prolongó esta situación que McKay acabó por sentirse incómodo. Pero entonces el hombre abandonó su mesa para acercarse a la recepción del hotel, obviamente para preguntar quién era el recién llegado.

Al regresar al comedor se encaminó directamente hacia la mesa de McKay, para decirle con el acento inglés de todo hombre culto: -¡Caramba, le pido disculpas por mi grosería! ¿No es usted McKay, el hombre que estoy buscando? -Tras una tosecita de modestia, añadió: -Y creo que usted también puede estar buscándome. McKay se levantó, tendiéndole la mano para presentarse:

-Millard McKay, del Detroit Chronicle.

-Lo sé. Siéntese por favor. Me llamo Etienne Boncour. Joyero y presidente de la Cámara de Turismo. Mi función es saludar a los escritores como usted y facilitarles la tarea que hayan venido a realizar. Apreciamos la importancia de su visita.

-¿No quiere comer conmigo?

-Oh no, no debo importunar a los huéspedes. Pero ciertamente me sentiría muy complacido si usted quisiera compartir mi mesa: -Al comprender que eso también podía parecer importuno, rió afablemente, agregando: -Ya que, más o menos, nos dedicamos a lo mismo

,McKay puso cara de desconcierto, sin comprender cuál podía ser la relación entre la joyería y el periodismo. El joven le explicó:

-Con frecuencia debo redactar publicidad para nuestra isla. Y usted también escribe.

La aclaración era tan graciosa y, obviamente tenía tan buena intención que McKay no pudo resistirse. Después de recoger, su servilleta, pasó a la otra mesa diciendo:

-Ya casi me he decidido por el pollo. Pero dígame: ¿cómo hacen en esta isla para conseguir tanta carne como ofrece este menú? De vaca, de cerdo...

-Buques frigoríficos desde Miami. Pero olvídense de la carne y del pollo. El cocinero siempre tiene una o dos clases de pescado que preparar para los clientes esciales. Eso es lo que yo voy a pedir. Y si usted gusta, le indicaré que prepare una pieza grande.

-Por mí, encantado. Mientras esperaban queJes sirvieran el róbalo asado con hinojo, Boncour le explicó:

-No se deje engañar por mi acento. Soy parte del contingente francés de Todos los Santos. Mi familia está aquí desde 1620, más o menos, sin haberse marchado nunca. Pero me eduqué en Durham, Inglaterra. -Dueño de una joyería, presidente de la Cámara de Turismo ...y miembro del Consejo Ejecutivo del gegé. Eso es lo más gracioso.

-¿Y cómo ha llegado a todo eso? Ç

-En cuanto al negocio, mi padre abrió la tienda cuando empezaron a llegar los turistas. Lo de la educación, era buen alumno y conseguí una beca bastante sustanciosa. Y lo del Consejo... En los viejos tiempos se componía sólo de blancos, con unos antecedentes intachables y casi siempre nacidos en Gran Bretaña. Últimamente, las autoridades han añadido algunos hombres de color, y yo pertenezco a esa variedad afortunada

Acerté, es del cuatro, se dijo McKay.

-¿Ese Consejo tiene poder real? ¿O es sólo fachada?

-Buena pregunta. En cierto modo, se nos hace creer que tenemos poder, pero a la hora de la verdad el gegé lo decide todo a su voluntad. -De inmediato, por miedo a que sus palabras fueran citadas, se corrigió: -Llegan aires de libertad desde el mar. Estamos impacientes por ver cómo responde a ellos nuestro nuevo gegé.

-Espero que la comida no se retrase mucho. Estoy muerto de hambre comento McKay.

Boncour echó un vistazo a su reloj y eso dio paso a una conversación muy distinta, pues McKay preguntó:

-¿Ese reloj es un Rolex? -Como el joyero asintió, McKay añadió como un colegial deslumbrado: - Nunca había visto ninguno, salvo en la publicidad de las revistas.

Boncour se quitó la pieza de la muñeca para entregársela. El periodista quedó fascinado ante las nítidas líneas y la solidez del reloj.

-Parece capaz de funcionar cien años.

-La publicidad no dice nada de eso.

-Desde que vi por primera vez un buen reloj suizo, a los catorce años, en una tienda canadiense, he deseado tener uno .. Pero son monstruosamente caros ¿verdad? El Rolex más barato que he visto costaba noventa y cinco dólares americanos.

-Ese que yo llevo, con caja de oro macizo; se vende por un precio muy superior -corrigió Boncour-.no es mío. Sólo me lo pongo de vez en cuando para asegurarme de que funciona.

-¿Y cuánto porlría costar un Rolex común, del tipo que yo podría comprar si tuviera dinero ... ? -comentó Millard.

-No lo he visitado para venderle relojes, señor McKay, pero si pasa mañana por mi tienda, tal vez le tenga alguna sorpresa.

Cuando llegó el pescado con la piel bien crujiente y adornado con hinojo, Boncour pidió también, una botella de vino, con lo que la comida se transformó en una cena de gala. El joyero describía la isla como si fuera un lugar muy diferente del limitado rincón que le había pintado Wrentham durante la tarde.

-Aquí hay mucha libertad de espíritu. Mucha felicidad humana. Una vez consumido el pescado, McKay reunió valor para preguntar: -Un hombre como usted, instruido y familiarizado con los países y las costumbres europeas, ¿no

experimenta aquí ninguna discriminación?. -De inmediato añadió:- Soy periodista, como usted sabe, pero no citaré sus palabras.

-Aquí no hay censura.

-¿Y en las otras islas caribeñas?

-Todas las islas inglesas son bastante parecidas. Tengo otras dos joyerías, ¿sabe? En Barbados y en Trinidad. No hay mucha diferencia. En las islas donde tengo sucursales, todo el mundo conoce mi punto de vista. Hay discriminación, claro, pero está atemperada por la decencia, y los blancos son lo bastante sensatos como para hacernos ciertas concesiones, que a usted podrían parecerle ínfimas pero que para nosotros, son muy importantes.

-¿Por ejemplo?

-Digámoslo de este modo, el acontecimiento social supremo, para quienes no somos blancos, es ser invitado a la Casa de Gobierno. El mayor Leckey llama por teléfono y uno tiembla, pensando que va a recibir una invitación. Y él dice, con su voz seca y titubeante: “¿Es usted, Boncour? Habla, Leckey. ¿Estaría libre para venir a una pequeña recepción del gegé? Será el jueves al atardecer. Bien».

-¿Y qué pasa después?

-Corro a cortarme el pelo, le pido a mi criada que me planche el traje blanco, y allá voy, a: la Casa de Gobierno, donde descubro que los hombres de color somos sólo siete. Para decirlo con franqueza, me siento en la gloria por haber sido recibido en el lugar sagrado. Y el gegé no es tonto; al menos el último que tuvimos, en medio de la muchedumbre, perdido, habrá un hombre negro como el azabache, para demostrar que la Casa de Gobierno está abierta a todos. Pero cuando termina la celebración, llegan los ,taxis para llevar a los blancos importantes al Club, donde ellos cenar. Los de color, con sus coches familiares, van a cenar al Tenis. Yo voy al Waterloo, y el único negro baja al Tonton, donde sus compañeros lo felicitan, llenos de envidia, por haber estado entre los ricachones.

Todos los Santos; como Trinidad y otras islas, era una colonia de la Corona y sus habitantes no solían olvidarlo. Nunca había tenido una legislación local, como Barbados o Jamaica, aunque esta última había perdido su autonomía tras el gobernador Eyre, para volver a la condición de colonia de la Corona. Todos los Santos tenía dos pequeños cuerpos de asesores, que los blancos y los mestizos aspiraban a constituir, pero como la isla pertenecía teóricamente a la Corona, el poder último estaba en manos del representante del monarca: el gobernador general. Si éste era prudente, escuchaba a sus consejeros y trataba de no actuar en contra de sus fuertes convicciones, pero tanto uno como .otros sabían que, en

último término, cuando llegaba la hora de los codazos y los empujones, el gobernador empujaba con más fuerza que nadie.

El sentido común impedía que el sistema se convirtiera en tiranía, la cooperación entre el Consejo Ejecutivo, compuesto en su mayoría de funcionarios blancos nombrados por designación; y el Consejo Legislativo de doce miembros, incluidos cinco nombrados por votación, servía para mantener la ilusión de que la población tenía alguna voz en el gobierno.

Etienne Boncour era uno de los cinco miembros electos, y oficialmente representaba a la comunidad mercantil de Bristol Town, pero desde el punto de vista emocional se clasificaba junto con los tres miembros que mantenían fuertes vínculos con el componente francés. En cualquier votación de importancia, él y los otros dos franceses, se veían anulados por lo que se llamaba «la alianza de los ingleses bien nacidos», situación que no generaba, sin embargo, mala voluntad, pues tal como un inglés afirmaba en el Club: «¿Nuestros franceses? Desde hace más de cien años son ingleses bien nacidos»

Por la mañana, pero no demasiado temprano, para disimular su impaciencia, Millard caminó hasta la joyería de Boncour para ver, tal como le había dicho al propietario, «cómo estaba el asunto de los Rolex». Y efectivamente los precios eran de escándalo. Un Rolex de oro macizo podía costar más de dos mil quinientos dólares; uno sencillo, de un metal menos valioso pero con todas las características de la marca, ciento veinticinco. Cuando Millard hubo inspeccionado los más baratos, convencido ya de que no podía pagar ni siquiera éstos, Boncour sacó de la vitrina opuesta una imitación bastante buena, hecha en Hong Kong, que era imposible distinguir de un Rolex verdadero; costaba diecisiete dólares y medio.

-Asombroso-dijo Millard. -¿En qué se diferencian?

-La imitación se estropea a los tres meses. El auténtico es eterno. Así descubrió McKay uno de los secretos del comerciante caribeño: en su tienda había joyas y regalos exquisitos para los compradores blancos de la isla, pero también montones de imitaciones baratas para los turistas, los negros de la zona y los marineros de paso.

En ese momento, un cliente que entraba distrajo a Boncour, y Millard, solo, pudo estudiar el establecimiento a placer. Antes de acabar de ver las vitrinas, dos muchachas de piel dorada, que atendían la tienda, llamaron su atención; eran tan bonitas y, graciosas, con sus adornos de flores en el pelo, que le hicieron pensar: no es justo para los jóvenes ingleses solteros tener alrededor muchachas tan bellas como éstas, y que no sean del color debido.

Boncour, al volver, le dijo seriamente:

-Yo sé lo que es desear un buen reloj. Por eso fue, en parte, por lo que me metí en este negocio. Aquí tengo un Rolex usado, casi nuevo, que un hombre trajo a reparar. Debió de robarlo, porque lo asesinaron dos semanas después. La policía y yo pusimos avisos por todos lados, hasta en otras islas, pero no hallamos al propietario. Quiero deshacerme de él y recuperar lo que gasté en piezas de repuesto y en avisos. Se lo dejo por treinta y dos dólares.

Millard dio un paso atrás para mirar a Boncour. Como periodista, había estudiado todas las clases de estafa: el supuesto millonario que ha muerto en las minas auríferas de Nevada, sin dejar testamento; las falsas ventas; los crueles engaños en los que las viudas perdían ahorros. No sólo conocía los viejos trucos, sino que también había aprendido a estar alerta para detectar las triquiñuelas que aún no hubieran salido a la superficie.

-Es un buen reloj. Vale mucho más de treinta y dos dólares.

-Acierta usted en las dos cosas.

-Pero para quedármelo, necesitaría tener una acreditación de la policía.

-¡Y la tendrá! -respondió Boncour, para sorpresa de McKay. -Yo también quiero dejar sentado que el caso está resuelto;

Se guardó en el bolsillo el reloj y algunos papeles relacionados con él; luego condujo a McKay hasta la comisaría. Podría haber sido falsa, pero tenía fuera un cartel permanente y dentro, detrás de un escritorio, había dos oficiales de uniforme.

-¿Está el jefe? -preguntó Boncour:

Uno de los hombres sentados tras el escritorio indicó con el hombro una puerta, que permanecía abierta, Ya dentro, McKay se encontró con un sargento de policía, de color, muy elegante con un pulcro uniforme, quien preguntó jovialmente:

-¿Quién ha hecho qué cosa?

-Vengo por este reloj que me dejó el hombre asesinado. He gastado unos treinta y dos dólares en él, contando las piezas nuevas y los avisos que publiqué. El señor McKay, periodista de Detroit, necesita un reloj y está dispuesto a pagar los treinta y dos dólares -dijo Boncour.

-¿Y qué quiere usted?

-Ún testimonio policial de qué yo no lo robé, y un recibo, para que el señor McKay pueda llevarlo consigo a Estados Unidos.

-¿Y por qué no ha buscado comprador aquí?

-Treinta y dos dólares es mucho dinero para la mayoría de mis clientes. Y se trata de un reloj usado.

El sargento movió los papeles en su escritorio, y cuando se disponía a firmar el recibo preparado miró más allá de sus visitantes y exclamó, con inmenso afecto:

-¡Sir Benny! ¡Pase!

En el despacho entró un hombre poco común. Era negro como la pez, algo regordote, y medía alrededor de un metro sesenta y cinco; su actitud era serena y se envolvía en una simpática sonrisa. Saludó graciosamente con la cabeza a McKay y a Boncour y al sargento como si fueran viejos amigos. Luego dijo, en voz baja y suave, con impecable acento inglés:

-Antes de que siga adelante sargento, debo decirle que mi hermana ha encontrado ya su carretilla.

-¿No se lo había dicho? -Luego se volvió hacia McKay y dijo: -Este delincuente es sir Benny Castain.

El periodista, pensando que sir Benny sería uno de esos cantantes de calipso que adoran nombres tales Como Lord Invasor o Emperador Divino, cometió la mayor torpeza de su vida:

-¿Ha grabado alguna de sus canciones?

-¡No, no! -El sargento soltó una carcajada.,-. Es caballero de verdad. Espadachín del mismísimo rey. Uno de nuestros más grandes jugadores de críquet, tanto bateador como lanzador.

-EI no debe saber nada de críquet -observó sir Benny, en tono de disculpa.

-Claro que sí. Don Bradman, Douglas Jardine, -le corrigió Millard.

Los tres isleños quedaron boquiabiertos, y sir Benny preguntó: - ¿Cómo es posible que un norteamericano conozca esos nombres?

-En la Universidad de Rutgers, cerca de Nueva York, sobre cualquier pedazo de césped había siempre un grupo de las Indias Occidentales jugando al críquet Leí algo al respecto en un libro de Neville Cardus. Fue parte de mi curso de inglés.

-¡No puedo creerlo! -exclamó sir Benny.

Los cuatro se sentaron, mientras el sargento recordaba los momentos gloriosos del críquet de Todos los Santos:

-Lord Basil Wrentham, que va a ser el nuevo gegé, trajo en 1932 un equipo inglés de primera a las Indias Occidentales. Cuatro partidos. En Jamaica ganaron sin dificultad; en Trinidad les fue más difícil, y en Barbados volvieron a ganar con amplio margen. Nosotros nunca habíamos tenido un partido internacional de alto nivel, pero para la ocasión construimos un nuevo óvalo, le pusimos buen césped y pudimos ofrecer un terreno de juego en excelentes condiciones. . .

"Había gran expectación cuando el barco trajo a los dos equipos desde Barbados. Los jugadores ingleses, tan blancos, tan caballeros, conquistaron los corazones de todos cuando bajaron del barco, detrás de, Lord Basil y Douglas Jardine, dos hombres altos y solemnes. Después, los grandes bateadores, Patsy Hendreny Walter Hamrillond. y los lanzadores, Leslie Ames y Bill Voceo

Cada vez que pronunciaba uno de esos nombres reverenciados, los otros, dos isleños asentían con aire de aprobación.

-¡Ése sí que era un equipo! -comentó Boncour

-Olvida usted al mejor lanzador de todos. Hedley Verity, que me burló tres veces antes del juego de Todos los Santos -replicó sir Benny.

Los otros estuvieron de acuerdo. El sargento, deseoso de que el interesado norteamericano comprendiera la grandeza de sir Benny, empezó a recitar los detalles del memorable encuentro de cuatro días, pero de inmediato McKay tuvo una inspiración feliz:

-¡Por qué no vamos todos al Waterloo para hablar de esto? Yo pago la bebida.

Los hombres aceptaron en el acto. Al salir de la comisaría el sargento le dijo a McKay: -No se olvide de su reloj.

-Ya es suyo confirmó Boncour.

En el Waterloo, Bart Wrentham los saludó con entusiasmo, hizo una reverencia a sir Benny y preguntó si podía sentarse con ellos.

-Sí, siempre que mande a buscar un almuerzo como el que comimos ayer -dijo McKay, y le dio a Wrentham varios billetes de una libra.

-Usted paga la comida: -dijo Bart.- Yo pongo la cerveza.



Pronto estuvo de regreso con otro festín.

-Inglaterra bateó primero -dijo el sargento reanudando el relato- Brutal. Alcanzaron un tanteo de 352 y sólo habían perdido seis wickets -Se volvió hacia McKay preguntando: -¿Sabe lo que significa «declarar,,?»

-Sí. Si Inglaterra ya lleva 352 carreras, una gran ventaja, imaginan que podrán derrotar a vuestro equipo y os hacen seguir, es decir, volver a entrar de inmediato para que juguéis tan pobremente que vuestra puntuación conjunta no llegue a 352. De ese modo Inglaterra, bateando sólo una vez, os aplasta y gana el partido 352 a 207, quizás. Una gran victoria.

-Asombroso -dijo sir Benny-. Nunca pensé que conocería a un norteamericano tan bien informado en cuestiones de críquet.

-Lord Basil había hecho un juego muy arriesgado por el bando inglés -dijo el sargento-. Pero estaba convencido de que iba a ganar, porque nuestro equipo no tenía grandes bateadores. -Hizo una pausa: -Todos miraban a sir Benny, que sonreía con satisfacción al recordar una vez más aquel glorioso día -Claro, que lord Basil no contaba con nuestro amigo aquí presente. Por aquel entonces, era sólo Benny Castain, nieto de un esclavo, aunque tenía una buena educación recibida en nuestras escuelas. Nunca olvidaré el momento en que salió a batear. No era alto ni fornido. Cayeron dos de nuestros wickets, de un total de 29, e Inglaterra con aquel formidable 352. Pero Benny plantó los pies y lanzó la pelota a lo largo de todo el óvalo. Nunca he visto un inning igual.

Al final, lo barrió Yerity, pero había hecho subir 139 puntos al marcador, e Inglaterra estaba nerviosa, porque nuestros innings terminaron en 291. Gracias a Benny perdieron todo deseo de hacernos seguir.

-Al día siguiente éramos dieciocho o más los Wrentham de color que estábamos en el óvalo. -lo interrumpió entonces Bart Wrentham; y los demás se sentían igual que yo: orgullosísimos de que un Wrentham blanco, fuera capitán de la selección inglesa, pero también entusiasmados porque los nuestros se habían portado tan bien contra los mejores.

-¿Pensaban que Todos los Santos tendría alguna oportunidad de ganar?  
-preguntó McKay.

-¡Espere, espere! Ese no era el equipo de Todos los Santos. Eran, jugadores de todas las islas caribeñas. Benny era el único de Todos los Santos. Y, con toda la isla entusiasmada por su manejo del bate, se puso a lanzar. Cuando salieron los grandes bateadores de Inglaterra, Hammond, Hendren y Jardine, presumían menos, pues sabían que les hacían falta muchos puntos más en el marcador para que su equipo no corriera riesgos. Necesitaban algo así coma doscientos cincuenta más.

El sargento quiso tener el honor de relatar el inmortal lanzamiento. de sir Benny aquella tarde:

-Consiguí un mix de tres: una pelota rápida, un chinaman con el brazo derecho y un googly. Créase o no, derrotó a siete de los mejores bateadores de Inglaterra por un total de sólo. 57 carreras. Al final del cuarto día del partido, Inglaterra vencía a las Indias Occidentales por 409 a 291, pero teníamos aún posibilidades de alcanzarlos.

No imagina cómo, nos sentíamos aquella noche aquí, en Todos los Santos. Yo tuve que levantarme cinco veces a orinar y al amanecer todavía estaba despierto. Ese día, a las once de la mañana, creo que toda la población de la isla estaba en el óvalo o cerca de él. Cuando se inició el juego, Inglaterra tenía tres bateadores más, pero este hombre -dio una palmada en la rodilla de sir Benny- los eliminó por sólo 21 carreras adicionales. Inglaterra 430, Indias Occidentales 291.

Entonces habló Bart, lenta y reverentemente, pues estaba relatando uno de los momentos más importantes de su isla.

-Abrimos nuestros últimos innings contra los grandes lanzadores ingleses a falta de ciento cuarenta puntos para ganar. Nos ahogábamos de angustia cuando los dos Y, Yace y Yerity, tomaron cinco de nuestros wickets por sólo 41 carreras. Acechaba la derrota, pero entonces entró Benny. Nunca se había visto a un isleño castigar a los lanzadores ingleses como lo hizo él ese día. En las últimas etapas del juego, siendo ya obvio que teníamos la posibilidad de ganar el partido, el maldito .Hedley Yerity sorprendió a Benny otra vez. -Hicieron una pausa en el relato para recordar ese tremendo instante de la historia local. Luego Wrentham siguió:

Pero los otros bateadores de nuestro equipo recogieron el desafío. -Entonces su voz se convirtió en un rugido y descargó un puñetazo contra la mesa- ¡y ganamos! Habíamos derrotado a Inglaterra.

Obedeciendo un impulso, tanto Boncour como el sargento se levantaron para abrazar a sir Benny, el negro que había proporcionado dignidad a las gentes de color de aquella isla.

-La parte que mejor recuerdo -dijo Wrentham- fue cuando los jugadores abandonaron el terreno. Lord Basil buscó a Benny; le rodeó los hombros con su brazo derecho y se alejó del óvalo con él -Se interrumpió para mirar a McKay: -Preveo que será un gegé muy popular.

Se podía aprender mucho de la vida en una colonia de la Corona británica con sólo observar las leyes sociales que gobernaban «el once» de lord Wrentham, como se llamaba invariablemente al equipo inglés de críquet, puesto que Wrentham había escogido a sus hombres y asumido la responsabilidad de su

paga, que ascendía a unos setecientos dólares americanos por cabeza para toda la gira, más el pasaje en vapor y las comidas.

Sólo los jugadores profesionales recibían una paga, pues el equipo se dividía entre caballeros, es decir, aficionados de buena familia, y jugadores profesionales que se ganaban la vida así. La diferencia entre ellos era tajante. En el viaje, los caballeros iban en primera clase; los jugadores, en segunda. En los clubes había una entrada para caballeros y otra para jugadores. A un caballero se lo nombraba siempre por sus iniciales y su apellido -W.H.B. Wickham, por ejemplo- y se le llamaba con deferencia «señor»; los jugadores, en cambio, eran conocidos simplemente por el apellido ' rara vez se les llamaba “señor ..”.

En las actividades nocturnas, el equipo también se dividía. Los caballeros solían asistir a las fiestas dadas por buenas familias del lugar, mientras que los profesionales cenaban en el hotel; el miembro más antiguo del equipo trinchaba la carne y el más reciente era el último en ser servido. Pero esas diferencias estaban tan arraigadas que se aceptaban y provocaban pocos rencores.

Había otros refinamientos menores, como la forma de trato que se establecía entre los miembros con gorra y sin gorra. Todo el que hubiera sido seleccionado para el equipo nacional recibía una “gorra” los profesionales que no la tenían rara vez hablaban directamente con el caballero que sí la luciera. Pero era un notable tributo a la naturaleza pragmática de los ingleses el hecho de que esas distinciones de casta no afectasen jamás al juego en el óvalo. El críquet era, a un tiempo, el custodio de las principios sociales y la pista en donde los hombres se encontraban como iguales. Un lanzador profesional que tomara el wicket del mejor caballero bateador del equipo contrario podía ser vigorosamente aplaudido por ambos equipos.

Llegó el día en que los negros se agolparon en las calles, gritando: -¡El gegé, su barco en la bahía!

Cuando el navío procedente de Southampton entró en el muelle, ,McKay estaba allí para presenciar la llegada del nuevo gobernador general. Observó que el gobernador en funciones, un militar sesentón, alto y delgado, de buen porte, esperaba en el único Rolls Royce de la isla, un imponente Silver Ghost. La multitud lanzó gritos de júbilo, pues lord Basil Wrentham acababa de aparecer en la pasarela del barco, casi una réplica exacta del hombre del, Rolls: alto, flaco, austero, de porte marcial y modales altaneros. En, algún lugar de Inglaterra, -se dijo, McKay-, deben de tener una fábrica donde montan estos muñecos para impresionar a las colonias.

El nuevo gegé, muy erguido, dirigió un saludo militar al barco que abandonaba y bajó por la pasarela con andar majestuoso. Pero no se acercó al Rolls, se limitó a inclinarse ante su predecesor, recibió los saludos de la guardia y recorrió a la muchedumbre con una mirada inquisitiva. De pronto, al hallar lo que buscaba, se adelantó con paso enérgico, sin hacer caso a nadie hasta hallarse

frente a frente con sir Benny Castain. Entonces abrió ampliamente los brazos y estrechó al negro regordete, tal como lo había hecho años antes, al terminar aquella tarde esplendorosa.

-En el críquet debe de haber algo que no figura en los libros -musitó McKay en voz alta, al presenciar la escena. Pero apenas pudo oír sus propias palabras, pues la muchedumbre vitoreaba como enloquecida el gesto.

Al tercer día de la llegada de lord Wrentham, se publicó en Todos los Santos, el texto del primer artículo que Millard McKay había enviado a Detroit y provocó una favorable reacción. El autor, después de explicar que en 1763 muchos ingleses habían abogado por conservar Todos los Santos y ceder el Canadá, pasaba a describir la isla tal como era en, el presente, ofreciendo un retrato fiel y afectuoso. Cuantos conocieran Todos los Santos, se verían obligados a admitir que McKay había captado los puntos débiles y los méritos de la vida isleña, además de comprender la importancia de la piel en la determinación del nivel social.

Quienes habían leído los resúmenes aparecidos en el All Saints Journal, por cortesía de Associated Press, le saludaban con la cabeza cuando lo veían en la calle. Puesto que Bristol Town tenía una población de seis mil personas, pronto hasta el último habitante. sabía quién era McKay y qué había escrito. El párrafo que más comentarios suscito fue el que había redactado con más cautela, basándose, en datos proporcionados por Bart Wrentham y Etienne Boncour.

*Todos los Santos tiene, según el último censo, una población de 29.779 habitantes. Si el visitante frecuenta sólo las oficinas públicas sacará la impresión de que todos son blancos. Si visita las tiendas de las calles principales pensará que todo el mundo es de color, aunque muy claro. Y si pasea por las calles apartadas o por el campo, jurará que Todos los Santos tiene una población completamente negra, muy negra, recién llegada de África. El cálculo más acertado, entre los que este periodista ha escuchado, divide a la población de este modo: los blancos, incluyendo ingleses y franceses, suman unos novecientos; los de color, alrededor de siete mil; los negros constituyen el resto, unos veintidós mil. La isla es negra, aunque a veces pase un día entero sin que el visitante lo note.*

*Es la segunda, categoría la que provoca una mayor desorientación, pues incluye a muchos hombres y mujeres atractivos, bien vestidos y con amplia educación, que en Estados Unidos o en Canadá pasarían por blancos, sin lugar a dudas. Pero aquí todos conocen hasta la enésima generación cuáles son los antecedentes del vecino, y basta una parte negra. entre treinta y dos para que una persona sea clasificada como "de color".*

*Como consecuencia de esto, cuando un hombre de Todos los Santos, dotado de algún talento especial, desea ingresar en el mundo de los blancos o si alguna joven muy bella quiere casarse con alguien de un círculo social más elevado, emigra a otra isla donde pueda comenzar de nuevo. Claro que, tarde o temprano, llegan los rumores y se descubre la verdad; pero para entonces ya se ha alcanzado una nueva condición social.*

*De ahí que en Todos los Santos haya una veintena de recién llegados, procedentes de Barbados, Jamaica y Trinidad, que desempeñan activos papeles en la vida social de la isla, pero sobre los cuales se murmura. Y la tenue línea divisoria entre negros y de color permite las mismas maniobras. Dicen que, a veces una muchacha clasificada como «de color» hace lo imposible para evitar que sus nuevos amigos conozcan a su hermana, que bien puede ser varios tonos más oscura.*

Este informe -duro pero veraz- sobre el modo en que el color de la piel determinaba la condición social, quedaba atenuado. Por la poética descripción que había hecho McKay de las bellezas naturales de la isla, incluido el crotón; y por el cálido relato de la antigua relación deportiva entre sir Benny Castajn y el nuevo gobernador general. El artículo terminaba así: *«Si este invierno piensa, usted pasar unas vacaciones en algún lugar del Caribe, pruebe en Todos los Santos. Puede que sea el sitio mejor».*

Tanto Etienne Boncour como Bart Wrentham se mostraron complacidos con el artículo.

-Halagador, pero no demasiado-le dijo Bart.

-El gobierno está encantado -le aseguró Boncour. -El gegé, al leerlo, dijo: «Bueno, comenzamos bien». Aunque el mayor Leckey le advirtió: «Escribió eso antes de que usted llegara. Esperaremos. Es norteamericano; no sería la primera vez que nos quemáramos con uno de ellos».

En el Belgrave se hospedaba una pareja inglesa, cuya opinión sobre McKay y su artículo era mucho más circunspecta. Los Ponsford, un matrimonio que ya se acercaba a los sesenta años y provenía de un elegante barrio londinense, habían llegado a Todos los Santos en el mismo barco que lord Wrentham y su hija Delia. Puesto que eran en extremo discretos, no trataron de relacionarse con Su Excelencia durante el viaje, pero al desembarcar en Todos los Santos, tomaron inmediatamente un taxi para ir a la Casa de Gobierno y firmar en el libro. A su debido tiempo, el mayor Leckey los llamó para invitarlos a tomar el té; en esa ocasión contaron a lord Wrentham y a su hija que, si bien habían compartido el vapor con ellos, no les había parecido correcto importunarlos en su intimidad. La cortesía fue agradecida y el mayor Leckey en persona se encargó de entregar sus cartas de presentación a las autoridades correspondientes. Así pues, a los pocos

días los Ponsford estaban alternando con lo que se denominaba «la crema de Todos los Santos», ese restringido círculo de ingleses de buena familia que gobernaban la isla. McKay, que llevaba cinco semanas en la isla, aún no conocía a nadie de ese grupo.

Los Ponsford sabían quién era McKay y qué había escrito, pero no se acercaban a él durante su jornada de trabajo, pues no habían sido presentados. El periodista no lograba descifrar quiénes eran ni a qué se dedicaban, pues estaban siempre solos. El encuentro se produjo cuando Boncour, almorzando en el Belgrave, notó que el matrimonio permanecía sentado a su mesa y McKay a la suya. Entonces se atrevió a decir a los Ponsford: -Creo que les gustaría conocer a ese joven.

Ellos le permitieron llevar a Millard a su mesa.. Después de presentarlos Boncour volvió a su almuerzo y el periodista se encontró ante , una pareja bastante glacial, a quienes no les había gustado la ligereza, según sus propias palabras, de su artículo; y así se lo hicieron saber:

-No veo ningún motivo -dijo el señor Ponsford, con magnánima condescendencia- para poner de relieve el lado oscuro de esta, isla.

-No creo haberlo hecho -dijo atónito McKay.

Pero la señora, una mujer bien conservada y pulcramente, peinada, con una nariz aguileña que parecía siempre al borde del estornudo, le explicó:

-Usted destacó el hecho de que Todos los Santos es, en su mayor parte, de raza negra.

-¡pero sí. Lo es! -exclamó McKay, con manifiesto deseo de acentuar la veracidad de su declaración-. Basta con echar una mirada alrededor.

-En todo caso -replicó el señor Ponsford, con sus modales de director de banco-, es una circunstancia lamentable y, no debería ser revelada al mundo entero. Aquí hay hombres y mujeres excelentes, que gobiernan ésta isla con las mejores intenciones y merecen todo el apoyo que uno pueda brindarles.

-El otro, día le decía yo a mi esposo: «No hay nada mejor que ver a un hombre distinguido como lord Basil, circulando por las calles en su Rolls Royce símbolo de todo lo bueno y lo decoroso del imperio británico».

McKay, conteniendo una sonrisa; se dijo para sus adentros: Tengo que recordar esa frase. La gente se burla de los norteamericanos que viajan por el extranjero. Supongo que podemos ser bastante ridículos, pero hace falta una pareja inglesa, como estos dos pesados, para caer en lo detestable. Sin embargo, consciente de que tal vez tuviera que compartir con ellos el comedor durante varias semanas, se volvió hacia la señora.

-¿Y qué opina usted de los mulatos, que ocupan tantos cargos aquí, en Bristol Town? ¿Puedo atreverme a hablar de ellos?

-Con el tiempo, según se instruyan y asciendan en la escala social -dictaminó el señor Ponsford, magistral-, se irán pareciendo más y más a los blancos. Ya han obtenido tres cargos en el Consejo Ejecutivo.

-¿Y se les aclarará la piel a medida que medren? -preguntó McKay, sin intención de sarcasmo.

-¿No es eso lo que ya está ocurriendo? -apuntó la esposa-. Justamente ayer me decían que los tres mulatos miembros del Consejo son blancos en tres cuartas partes.

-Es lo menos que se puede esperar -señaló el marido.

Pero la conversación se vio interrumpida y la pareja no pudo continuar con su interpretación de la Vida en Todos los Santos, al acercase, un apuesto joven inglés, con traje blanco, bien cortado que destacaba su porte atlético. Rubio y con el pelo muy corto, lucía la sonrisa profesional de quien está acostumbrado a repartir saludos.

-Este señor es el mayor Leckey -presentó la señora Ponsford. con gesto aprobador-, el inestimable factótum del gobernador general. Mayor, le presento al señor McKay, el que escribió sobre esta isla para su periódico de los Estados Unidos.

El momento siguiente quedaría grabado para siempre en la memoria de Millard: el mayor Leckey, que sabía desde un primer momento quién era McKay y a qué se dedicaba, aunque, por una cuestión de honor se sintiera obligado a hacer como si no existiera mientras no presentara debidamente sus credenciales, desvió ligeramente la cara de los Ponsford y dedicó al norteamericano intruso una breve y gélida sonrisa de semisaludo. Después, sin extenderle la mano, continuó su conversación con la pareja inglesa, a quien venía a buscar para una especie de celebración en la Casa de Gobierno. Los tres desaparecieron en un segundo, sin que nadie se molestara en disculparse ante McKay.

Al día siguiente volvió a ver a Leckey en la joyería de Boncour. Puesto que Etienné estaba ocupado con una turista, inglesa, los dos tuvieron que permanecer incómodamente juntos, y nuevamente el mayor se resistió a dirigirle su atención. Sólo cuando otro cliente chocó con ambos, se vieron obligados a saludarse. El mayor dedicó a McKay una sonrisa marchita, a la que Millard respondió con una ligerísima inclinación de cabeza, sin mover los hombros. Era obvio que entre ambos se había declarado la guerra.

No estalló en ese momento, porque Leckey había ido a la joyería por cuestiones más importantes.

-Tengo entendido -dijo a Boncour, en tono de seca superioridad que la honorable Delia, me espera aquí.

-No ha estado en este establecimiento -dijo Boncour.

McKay, hombre de aguda percepción, creyó detectar en él cierta excitación al referirse a la hija del gegé. De inmediato comprendió por qué, pues a la tienda llegó una joven de veintidós años, que la colmó por completo con su belleza. Llevaba un sutil vestido de encaje y tul almidonado. El encaje era blanquísimo, mientras que el tul tenía un toque amarillo, y ambos colores se fundían hasta formar una suave sinfonía, acorde con la belleza de la joven.

Su pelo dorado; que no llevaba completamente moldeado pues por lo visto, prefería un estilo más libre, formaba una especie de marco en torno de la cara. Esta era algo más grande de lo que cabía esperar más grande en todas sus facciones y por tanto, maravillosamente proporcionada, de suerte tal que la muchacha parecía sonreír continuamente, como si le divirtieran los disparates del mundo circundante. Tenía unos ojos grandes y chispeantes, la boca generosa y una graciosa manera de inclinar la cabeza, como si estuviera a punto de dirigir una palabra amable a quienquiera que la mirase. Era hasta tal punto el paradigma de la joven de su época que resultaba imposible no formularse dos preguntas: «¿Por qué no se ha casado?» y «¿Cómo pudo su padre traerla a un lugar como Todos los Santos?».

-¡Si señorita Wrentham!, -exclamó Boncour, corriendo a atenderla-. Tengo tres para mostrarle.

Se disponía a acercarle una bandeja de pequeñas joyas, pero el mayor Leckey lo interrumpió:

-Lo siento mucho, Delia, pero su padre la espera y me ha enviado a buscarla.

Sin decir más ni disculparse ante Boncour o McKay, se la llevó de la tienda hacia el automóvil con chofer que los esperaba.

Cuando ella hubo salido, dejando tras de sí un vacío lleno de ecos McKay silbó suavemente para romper la tensión:

-Nunca habría imaginado que las hijas de los gobernadores fueran así.

Por unos instantes, los dos hombres hablaron del aspecto de la muchacha y sus modales.



-La semana pasada vino sin hacerse anunciar. La clienta más simpática que he atendido en mi vida. Sin caprichos, sin exigencias. Sólo quiso preguntar, muy sensatamente sobre ciertos dijes para su brazalete-dijo el joyero.

-¿Qué es eso?

-Creo que la moda surgió en Francia. Se trata de un brazalete formado por eslabones de oro o de plata, de cada uno de los cuales se cuelga ... -Se giró apenas para pedir.

-Enséñale esas fotografías,

Una muchacha bonita, de piel muy clara, sacó de la trastienda una revista londinense con fotografías de brazaletes como el descrito, encantadores y delicados si los dijes eran pequeños, y chabacanos si eran demasiado grandes o carentes de estilo. Después de echar un vistazo a las fotografías, McKay volvió algunas páginas y exclamó:

-¡Eh, fíjense en esto!

La muchacha que había traído la revista confirmó:

-Sí, en efecto. No me extraña que lord Basil la trajera a la isla. El artículo ilustrado, contaba las escapadas de la honorable Delia Wrentham con un hombre casado, bastante mayor, iininuando asimismo que la muchacha había tenido ya otros deslices anteriormente con varios jóvenes de Oxford y Cambridge. Irene parecía ser toda una experta en la vida de la honorable Delia; sin que nadie se lo pregunra, dijo audazmente:

-El padre la trajo a tiempo. Yo creo que aceptó el cargo de gobernador en este rincón perdido sólo para tener dónde serenarla.

McKay quedó boquiabierto. No esperaba que una empleada de color hablara tan procazmente, pero tras un momento de reflexión lo tuvo todo claro: Caramba, son las muchachas como estas vendedoras quienes fijan los patrones de vida; ellas son las islas. Y le preguntó a la joven una serie de cosas. Por ella supo que la honorable Delia había sido una de las principales animadoras de la revuelta vida social londinense, «una, mujer estupenda, en mi opinión; y un gran apoyo para su padre viudo, que pasa por alto su frívolo comportamiento. Según las revistas, la adora. Y basta con mirarla para saber por qué».

En los días siguientes, toda la isla pareció centrarse en sir Basil y su encantadora hija. En el Waterloo, las conversaciones apenas se apartaban de ese asunto, y en el Belgrave, McKay descubrió un tema sobre el cual los Ponsford se mostraban inclinados a conversar: la historia de los Wrentham ingleses y sobre todo, las andanzas del conde de Gore y sus parientes directos.

-Muy distinguidos. Se remontan bastante atrás en nuestra historia.

Famosos por la hermosura de sus hijas -dijo la señora Ponsford. -La Delia del gegé ha de ser una de las mejores -comentó McKay, y los dos ingleses coincidieron con él.

Una vez roto el hielo, McKay descubrió que la pareja era relativamente interesante: sólidos ingleses de clase media, que adoraban a sus superiores. Son estrechos de miras, se dijo el periodista. Supongo que así los educaron; pero, eso aparte, no son mala gente.: Sin embargo; aun se preguntaba qué hacían en Todos los Santos y el matrimonio seguía sin darle pistas.

Comenzaba a tenerles simpatía, pues estaban dispuestos a hablar de los Wrentham cuando él comía en la mesa de ellos, cosa que ocurría cada vez con mayor frecuencia.

-En realidad, conocíamos al padre de lord Basil antes de que heredara el título. Un hombre excelente, muy franco, y gran jinete.

-¿Cómo era?'

-Usted debe entender que, cuando pasó a ser: conde, dejamos de verlo. No formamos parte de esos círculos.

McKay, ansioso por atravesar el manto de reticencia en que se envolvía la pareja, preguntó con la doble impertinencia de un periodista y de un norteamericano:

-¿Qué hacían ustedes antes de retirarse?'

El señor Ponsford hizo una mueca ante una pregunta tan directa; en la sociedad inglesa no se estilaba esa forma de curiosidad. Pero el respeto que empezaba a inspirarle la sinceridad de McKay lo alentó a responder:

-Me dedicaba a los seguros marítimos en una pequeña compañía.

-Pero cuando se jubiló ... Bueno, en realidad no tenía por qué jubilarse, pues para entonces era- ya el dueño de esa pequeña compañía, y tenía otra más grande en Liverpool -añadió su esposa con orgullo:

-¿Qué saben ustedes de la hija de Gegé?

-Es un tesoro -dijo la señora Ponsford.

-Le ha dado más de un quebradero de cabeza a su padre -agregó el esposo.

Y allí terminó la incipiente conversación sobre Delia, porque apareció el mayor Leckey, vistiendo un traje gris y un casco colonial, para llevar a los Ponsford a una excursión a Cap Galant, con el gegé y su hija. Al oír eso, McKay quiso informar al matrimonio que él había almorzado en Cap Galant, pero Leckey se los llevó sin dejarle terminar la frase. Mientras McKay no tuviera carta de presentación, seguía siendo un don nadie.

En los días siguientes, McKay interrogó a los Ponsford, a Barty, a Etienne sobre la honorable Delia, y así consiguió cierta información.: -Por lo visto, Lord Wrentham, el auténtico; el heredero del condado, estaba muy preocupado por la conducta de su sobrina, Delia se negaba a escuchar a lady Gore. Hizo falta una severa reprimenda de Su Excelencia en persona para: que rompiera con un coronel, alemán al que le había cobrado afecto. Cómo usted ya sabe, tiene veintidós años. Ya piensa por su cuenta -le dijo Bart.- del coronel alemán, según dicen, estuvo apunto determinar en tragedia -añadió un hombre sentado en una mesa cercana

-¿Con qué tragedia podía tropezarse una joven de su edad? -preguntó McKay.

El hombre no le dio explicaciones, y McKay se despidió, diciendo:

-Quiero que el joyero me grave las iniciales en el Rolex que me vendió el otro día.

Fue a la tienda de Boncour, donde, por una feliz coincidencia, encontró a Delia, que estaba cerrando la compra interrumpida por el mayor Leckey en su visita anterior.

-Hola dijo, alegre, mientras McKay miraba sobre su hombro los dijes que ella había elegido para su brazalete. Soy Delia Wrentham y usted ... ya sé quién es usted. El que escribió ese artículo sobre nosotros.

Cuando acababa de elegir el último dije, la puerta del local se abrió bruscamente. El mayor Leckey entró, la asió por un brazo y se la llevó sin decir una palabra a nadie. McKay, que miraba a Boncour mientras eso ocurría, lo vio enrojecer como si alguien lo hubiera golpeado. El incidente le resultó incomprensible, hasta que la dependienta que le había mostrado la revista susurró, mientras Boncour atendía a otro cliente:

-Ella viene aquí a menudo.

Cuando el segundo artículo de McKay llegó a las islas el periodista se convirtió en héroe, pues describía con sutileza y admiración la vida social de Todos los Santos y ofrecía un lisonjero retrato del nuevo gegé. La honorable Delia quedaba como un don del cielo para cualquier isla que escogiera ocupar; su padre, como un personaje increíblemente recto y estirado para las costumbres

norteamericanas y canadienses, pero perfecto para la isla, según las costumbres británicas. McKay describía el Club, el Tenis, el Waterloo y el Tonton, invitando a cada lector a decidir en cuál de ellos se sentiría cómodo en caso de visitar la isla.

-¿Cómo se atreve a escribir sobre el Club y el Tenis, si no ha sido invitado a ninguno de los dos? -se preguntaron algunos ingleses. Claro que podía describir el Waterloo y el Tonton, puesto que frecuentaba el primero y había entrado un par de veces en el segundo, acompañado por sir Benny Castain.

-¿Cómo sabe qué es el Club? -le preguntaron los Ponsford; ellos habían sido invitados ya en varias ocasiones.

-Sé escuchar -les respondió McKay.

Este segundo artículo atrajo favorablemente la atención en la Casa de Gobierno, y el mayor Leckey no pudo mantener en el olvido a su autor por más tiempo sin quedar en ridículo. Pero la demorada invitación no surgió de él, sino de una fuente mucho más inesperada:

-Hola, ¿hablo con McKay, el escritor norteamericano? Bien, aquí el gobernador general. He leído sus artículos, McKay. Excelentes. Le agradecemos lo que dice de nuestra isla; con defectos y todo. El jueves, a las seis, ofrezco una recepción algo diferente. ¿Le sería posible asistir?

Bien, bien, Ya le llegará la invitación.

El gegé no era tonto. En su larga relación con los periodistas que cubrían los partidos de críquet y la vida política, había descubierto lo valioso que puede ser a veces, un artículo publicado en un periódico. Sospechaba que su próxima recepción ocuparía mucho espacio en el diario de McKay.

Un anochecer de un jueves, a principios de marzo de 1938, lord Basil Wrenthain, el gobernador general de Todos los Santos, invitó a una recepción en su residencia a todos los otros Wrentham de la isla. Fueron treinta y nueve los que pudieron asistir hombres como Bart Wrentham el Negro, propietario del Waterloo; mujeres como Nancy Wrentham, que ejercía como jefa de enfermeras del turno de noche en la sala de caridad del hospital. Se presentaron vestidos de forma muy diferente, y cada uno tenía un color de piel diferente. Sólo dos eran blancos: un matrimonio que poseía una granja cerca de Anse du Soir. Más de la mitad ,eran decididamente oscuros, casi negros, hasta tal punto se había diluido en ellos la noble sangre de los Wrentham.

Pero eran un grupo escogido de hombres y mujeres cuyos antepasados habían conocido el triunfo y la tragedia de esa isla. Cuatro habían estado en la cárcel; cuando el gegé lo supo, por boca del mayor Leckey, dijo: «Pero ahora están en libertad». La comida servida fue un poco más fuerte que de costumbre; las bebidas, mucho menos alcohólicas. Pero tocaba la misma orquesta que en las

recepciones para blancos, y las flores habían sido distribuidas por las salas con el mismo esmero. Lord Basil saludó personalmente a cada uno, dándoles el tratamiento de primo, y convirtió la velada en una magnífica reunión.

También estaban invitados cinco o seis miembros de cada uno de los grupos sociales de Todos los Santos: comerciantes blancos, sir Benny Castain, tenderos de piel clara, y políticos como Etienne Boncour. El gegé presentó a McKay en las diversas salas, diciendo a sus invitados:

-Es un honor contar con este distinguido escritor norteamericano, que visita nuestra isla para compartir con sus lectores nuestras vidas. Mientras pasaban de un salón a otro, le usurró: Cuando acabe la reunión iré a cenar al Club. Me encantaría que usted me acompañara.

La velada habría podido ser un verdadero éxito, pues hasta el mayor Leckey, consciente de que debía seguir, el ejemplo del gegé, se acercó para dar la bienvenida al periodista como si de un amigo se tratase. Pero cuando él y McKay se dirigían juntos hacia otra sala quedaron petrificados ante la escena que presenciaron en un rincón: allí estaba la honorable Delia, abrazando al joyero Etienne Boncour con gran pasión.

En ese instante, cuando la pareja se sintió descubierta por los dos hombres, hubo un intercambio de miradas sin que las gargantas pudieran formar palabras. De inmediato, Leckey aferró a McKay por el brazo y lo llevó apresuradamente a otra habitación. Ninguno de los dos dijo una palabra. Ninguno comentaría el incidente. Pero ambos sabían que lo sucedido era de gran importancia para el mayor Leckey, porque la escena atentaba contra el orden social de Todos los Santos; para Millard McKay, porque era un periodista ducho, pero también porque se había enamorado de Delia Wrentham.

Durante la cena en el Club la tensión era palpable. Delia, Leckey y, McKay tuvieron que compartir la misma mesa para doce, con lord Basil sentado a la cabecera, aunque apenas podían cruzar una mirada. Etienne Boncour, como hombre de color, no podía cenar en el Club, aunque la hija del gegé se hubiera encaprichado de él.

Varios de los invitados de más edad felicitaron a McKay por su segundo artículo: «Mucho mejor que el primero, que decía tantas tonterías sobre blancos y negros». Un matrimonio le preguntó: «¿Encuentra el Club tal como lo imaginaba?». McKay pasó por alto la indirecta y sonriente, contestó señalando las deslumbrantes flores: «Es un refugio, un maravilloso refugio tropical»;

Esa noche se acostó impresionado por el gesto de lord Wrentham al reunir a sus parientes isleños, pero preocupado por el descaro con que su hija exhibía sus relaciones con Boncour. Mientras se retorció en la cama, sin poder dormirse, empezó a ver la aventura como lo habría hecho cualquier periodista: «Ella es una niña malcriada. Hasta en el fin del mundo tiene que buscar a un

hombre más o menos atractivo. Es igual, quién sea. Esto no durará mucho. Dentro de poco se dedicará a otro, tal como lo hacía en Inglaterra».

Finalmente se quedó dormido, sin haber pensado por un momento qué escribiría sobre la reunión de los Wrentham.

Cuatro días después, mientras terminaba su solitario almuerzo, aparecieron los Ponsford. Tras sentarse a comer a una mesa, algo alejada de la que ocupaba McKay, la señora Ponsford se le acercó discretamente para decirle:

-No haga ningún gesto; no diga nada. Delia Wreiltham pasará dentro de poco, por delante de la puerta principal, en un coche oficial. Usted tiene que esperarla.

Con el corazón acelerado, Millard salió del comedor con aire desentendido y se detuvo tras unos arbustos, donde no llamara la atención, para esperar a Delia. ¿Qué podía significar esta cita? ¿Para qué iba a buscado la nieta de, un conde? No había empezado siquiera a pensar en las posibilidades cuando un pequeño MG inglés se arrimó a la acera. El corrió a su encuentro.

-Necesito su ayuda dijo ella, secamente, al tiempo que el coche saltaba hacia adelante.

Para sorpresa de McKay, la muchacha se dirigió hacia la esquina sudeste de Bristol Town, rumbo a la carretera de montaña, cuyo ascenso comenzaba con una serie de curvas muy cerradas, para luego descender sinuosamente hasta la ciudad costera de Ely. Delia conducía a gran velocidad por los tramos rectos que unían las curvas y en la curva siguiente, pisaba los frenos, y gritaba durante el giro. McKay, sentado en lo que a su modo de ver, era el lado indebido del asiento delantero, se sentía aterrorizado.

Más tarde diría que aquellos quince kilómetros fueron los peores de su vida, pero cuando se habituó tuvo tiempo de pensar, sobre todo, en los tramos rectos: ¡Qué maravilla! Voy hacia un destino desconocido con una inglesa desconocida. Un gran aventura para, un periodista de Detroit, educado en Rutgers. Y se rió de sí mismo por sentirse como un novato. Por fin preguntó:

-¿A dónde vamos?

-Ya lo verás --dijo ella.

Millard no se atrevió siquiera a hacer una suposición sobre lo que estaba ocurriendo. Esperaba que la joven se detuviera en Ely, ciudad que deseaba conocer por su puerto sobre el Atlántico. Pero ella pasó volando por las calles estrechas, aterrorizando a los pollos y a los habitantes.

-¡Disminuya la velocidad, asesina! -exclamó su pasajero'-. ¡Estamos en una población!

Pero ella no le hizo el menor caso. Salió del pueblo. por un angosto camino, que corría a lo largo de los acantilados, junto al océano.

Después de un viaje aterrador, llegaron a lo alto de una larga pendiente, al pie de la cual se veía la pintoresca localidad de Cork, que de hecho no era más que una aldea grande, dispuesta a ambos lados de Marigot Baie, una desnuda y bonita bahía del Atlántico. Millard había leído que, en la temporada de los huracanes, York solía quedar arrasada, pues llegaban grandes olas hasta la bahía y caían violentamente sobre las calles y las casas de las zonas más bajas. Pero unos cuantos días de sol secaban el estropicio y York retomaba sus tranquilas costumbres.

-¿Qué hacemos en York? -preguntó McKay. Delia se limitó a ahuecarse el pelo con la mano derecha. Luego le dio una palmada en la rodilla con la izquierda, asegurándole.

-Ya lo verás.

Era adorable, A McKay no se le ocurría otra palabra al verla conducir a gran velocidad hacia el brazo meridional de la bahía. Después de volar de un camino sin salida a otro impaciente, se vio obligada a detenerse y llamar a un campesino negro para preguntarle, casi irritada:

-¿Dónde está la carretera a Cap d'Enfer?

-No hay carretera, señora; sólo una senda -le replicó el hombre.

-Lo sé -le espetó ella - Pero ¿dónde está? ,

Él le indicó una salida casi invisible, desde las calles pavimentadas de la ciudad hasta un sendero de tierra adecuado para las vacas, pero no para un automóvil hecho para carreteras bien conservadas: Pero el hombre quería ayudar:

-Conduciendo despacio, coche fuerte, se llega bien.

Ella le agradeció la recomendación con una amplia y cálida sonrisa, antes de salir disparada por el sendero de tierra, a velocidad mucho mayor de la aconsejable.

-Dime adónde vamos, o me bajo. -le gritó McKay

-Lo veo difícil! -se burló ella-. Si saltas del coche a esta velocidad, date por muerto.

-¿Tiene algo que ver con lo que Leckey y yo vimos la otra noche?

-Digamos que sólo eres mi coartada -Delia, ruborizada, apartó los ojos del camino para clavarle una mirada casi angustiada. Luego dijo, medio entre lágrimas: -¿Sabes lo que ha hecho ese cerdo de Leckey? Como Etienne se atrevió besar a una blanca, ha sido expulsado del Consejo, ha perdido su puesto en la Cámara de Turismo, y su joyería ya empieza a sufrir las consecuencias.

-No puedo creerlo. ¡Qué bajeza!

Ella se inclinó hacia el volante, como para distanciarse de McKay, y dijo, con sincera frustración:

-¿Alguna vez has pensado que Etienne, en Londres, causaría sensación con su tipo, sus modales, su sólida educación? Ese hombre es un hallazgo. En París sería el rey de la Ribera Izquierda. Pero aquí, en Todos los Santos...

-Como en Detroit -agregó McKay.

Ella trató de seguir, pero se le quebró la voz y tuvo que morderse el labio inferior, gesto que la hizo todavía más deseable, hasta tal punto, que McKay se acercó impulsivamente para darle un beso. Por lo visto, no era la primera vez que Delia, se encontraba en una situación como aquella, pues dijo con tranquilidad:

-Si vuelves a hacer eso, nos estrellaremos: -De inmediato, para devolverle la confianza, le dio otra palmadita en la pierna, susurrando: -Pero te agradezco el voto de confianza.

-Bueno, ahora cuéntame.

Ella aminó la marcha para evitar las profundas grietas que hacían peligroso el camino.

-Nunca había venido por aquí. .. -Luego, secamente: -Necesito la ayuda de alguien en quien pueda confiar.

-Pareces la mujer menos necesitada de ayuda en el mundo entero,-le contestó McKay, mientras ella maniobraba para esquivar los baches.

-Pero necesito tu discreción. Confío en ti Millard. He de confiar -repuso ella con una sonrisa.

En ese momento llegaron al final de aquel fragmentario camino; pero a la izquierda nacía un pequeño sendero, apenas una huella, rumbo a Cap d'Enfer, el rocoso extremo sudeste de la isla, donde en la antigüedad tantos veleros habían pasado malos momentos. Delia condujo cautelosamente su automóvil, por el borde de un profundo acantilado, aminó la marcha con mano segura; poniendo



el vehículo a paso de hombre, y, por fin llegaron al extremo de la isla. Allí se hallaba Etienne Boncour, aguardando junto a su Ford azul.

Delia saltó del asiento y cruzó corriendo el sombrío promontorio para abrazar a Etienne; luego lo llevó tras el montón de rocas que marcaba el fin de la isla. Allí permanecieron durante más de una hora, mientras McKay se atormentaba imaginando lo que estarían haciendo. Cuando reaparecieron - Etienne, más apuesto que nunca; ella, bellísima con el pelo revuelto por el viento y la silueta recortada contra el Atlántico; formaban una pareja tan magnífica que McKay se sintió orgulloso de conocerlos a ambos.

Delia sacó del asiento trasero un gran cesto, de los que se usan para llevar la merienda al campo en Inglaterra y Francia, como para demostrar que el encargado de preparar la comida lo había hecho con la debida seriedad. Fue un festín triste, el que compartieron allí, en el fin del mundo, con un acantilado por mesa y un océano furioso a manera de tapiz. Eran tres desconocidos, inquietos: una terca inglesa que rechazaba las normas, un excelente isleño que se esforzaba por descubrir su papel exacto en un mundo de definiciones cambiantes, y un intruso norteamericano, audaz y perceptivo, heredero del sistema inglés de valores, respetuoso con las tradiciones de la isla. Prueba de la condición que se encontraban es el hecho de que apenas, probaron la comida; se dedicaron a contemplar desoladamente el oscuro océano hacia levante.

-¿De dónde ha sacado Leckey la autoridad para darte este escarmiento, Etienne? -preguntó McKay, en su papel de periodista.

-No hemos venido a proporcionarte material para un artículo, Millard - le replicó Delia.

Sin embargo, Boncour quería explicarle algo:

-Leckey ha actuado tal como viene haciéndolo desde hace nueve años. Si algo amenaza la figura del gobernador general, aunque sea algo fútil, él tiene que eliminarlo. Esta isla está al borde de la revolución, como todas las islas caribeñas, créeme. Me doy cuenta cuando voy a mis otras joyerías.

-¿También Barbados? -preguntó McKay.

-Barbados más que ninguna. Pero en Todos los Santos resolveremos el problema haciendo participar en la política a los negros y los mulatos. Tal vez incluso tengamos un gobierno propio, antes de lo que piensas;

-Creo que tienes razón -confirmó Delia-. Y por lo que he visto hacer a mi padre, como lo de esa reunión con los Wrentham ... -Se interrumpió para echarle un brazo sobre los hombros. Luego continuó en voz baja:- La noche en que nos descubrieron.....-Pero no completó lo que había comenzado a decir sobre su padre.

-Bueno -reanudó Boncour-, si la hija de nuestro gegé y un isleño de color provocan rumores ... -descargó la mano como en un hacha- ... se acaba con él. -Luego dio un beso a Delia-. Y también con ella, si es preciso. Lady Delia, no está usted en mejor situación que yo.

-Ya me di cuenta de eso en Alemania, cuando surgió un problema semejante. Ambos bandos querían echar a la pequeña Delia por la borda -dijo la muchacha. Después se levantó para acercarse al borde del acantilado. Trató de arrojar piedras al océano, pero ninguna, cubrió la distancia.

Durante la media hora siguiente conversaron de muchas cosas, hasta que Millard dijo:

-Me gustaría prolongar mi estancia aquí. Tal vez si telegrafio al jefe, pidiéndole que me permita hacer mis vacaciones en Todos los Santos ... He llegado a querer a esta isla ... a la gente como vosotros ... estos paisajes.

-¿Por qué no lo haces? -propuso Delia -Podrías escribir un libro sobre nosotros.

-Harían falta más conocimientos de los que tengo.

-Pero Etienne y yo te proporcionaríamos el material. Él conoce Todos los Santos. Yo conozco el gobierno de las colonias británicas. McKay los miraba. Aquella hermosa pareja empezaba a ser importante para él.

-Una pregunta:-dijo- ¿qué vais a hacer vosotros dos?

-Si esto fuera territorio francés y decidiéramos vivir aquí, podríamos casarnos ahora mismo. Pero en una colonia inglesa ... -respondió Delia girándose hacia McKay para darle la mano-. Si viviéramos, en Detroit, ¿sería más fácil?

-Estaríais condenados al ostracismo. Mi periódico no publicaría ni siquiera el anuncio de la boda. Demasiado provocativo.

-¿Qué tendría de provocativo? -preguntó ella irritada. -Blanca y, negro. Nadie está preparado para aceptar eso todavía.

-Pero este hombre no es negro. Míralo. Es casi tan blanco como tú.

-¿Y qué opina el mayor Leckey al respecto? Porque eso es lo que importa.

Cuando llegó el momento de abandonar el refugio, Delia subió de un brinco a la camioneta de Boncour y arrojó sus llaves a McKay, diciéndole:

-Ya pasará por el Belgrave para recogerlas.

Pero Etienne no lo permitió. Sabía que era necesario protegerla de ella misma y, obligándola a abandonar su vehículo, le dijo:

-Debes ir con él, Delia.

Insistió asimismo en que ella y McKay salieran primero.

-Yo os seguiré más tarde y entraré en York por una carretera secundaria. Así, si el mayor Leckey tiene espías observándote, no se enterarán.

Delia entró en York rugiendo. La nube de polvo y el ruido alertaron a todos sobre su presencia. «¡No conduzcas así, loca!», le gritó McKay, pero sólo sirvió para hacerle pisar más a fondo el acelerador.

Cuando McKay presentó su tercer artículo. una valoración del futuro de Gran Bretaña en las islas más pequeñas, como Todos los Santos, el jefe de redacción dio por sentado que el muchacho no tardaría en regresar, pero McKay estaba tan interesado en el destino que correrían Delia, y Etienne, en el éxito o el fracaso de lord Wrentham y el mayor Leckey, en la suerte de sus dos amigos Bart Wretham y el deportista sir Benny -y hasta por lo que podía ser de los Ponsford-, que pidió al periódico permiso para, adelantarse sus vacaciones de 1938 y pasarlas en Todos los Santos. Gross respondió que sus artículos habían aumentado mucho las ventas en Canadá y, por lo tanto, el editor quería que hiciera una gira por Barbados y Trinidad.

El respondió: PARTO TRINIDAD ESTA NOCHE, LUEGO BARBADOS., Después pasó a ver a Etienne por la joyería y a Delia por la Casa de Gobierno, para informarles de su viaje y desearles suerte. Cuando se disponía a dejar el Belgrave se encontró con el mayor Leckey, que iba a acompañarlo hasta el barco.

-Nos han complacido muchísimo sus artículos, McKay. Es notable que un norteamericano haya podido penetrar con tanta precisión en nuestros misterios. El gegé.le envía sus saludos.

Mientras caminaban juntos hacia el barco que hacía el trayecto entre las islas, los alcanzó Boncour, que también iba hacia el muelle para encontrarse con un cliente de otra isla. McKay repitió su despedida y con afectada formalidad para disimular la estrecha amistad que los unía,

-Le deseo buena suerte en sus diversos proyectos, señor Boncour. El mayor, por su parte, no se molestó siquiera en mirar al joyero cuando lo saludó:

-Buenas noches, Boncour.

Cuando Etienne hubo pasado, apretando el paso, Leckey regañó a McKay; como si el norteamericano planeara establecerse en Todos los Santos:

-Nunca debe referirse a un hombre como él llamándolo señor. Es un comerciante. -Y como Millard le preguntó qué significaba eso, explicó: -Entre las clases superiores de cualquier isla británica hay dos tipos de hombres bien diferenciados: los caballeros y los que se dedican al comercio. A estos últimos se los puede tratar en un plano político y comercial, pero nunca en el social.

-¿Qué representa eso para un hombre como Boncour, que es comerciante?

-Si se comporta muy, pero que muy bien, existe la posibilidad de que su hija se case con un caballero. Entonces, según sean los hábitos de su padre. - Hizo un gesto indistinto con la mano derecha- Podría ser muy bien recibido en los mejores círculos y, en sus últimos años, hasta pasar por caballero ... si en el comercio consiguiera una respetable fortuna.

-Eso significa que Boncour tiene posibilidades? -Eso no. Me temo que las ha echado a perder.

Ya en el barco, Leckey le dijo -cuando termine en Barbados y Trinidad, vuelva a esta isla. Le hemos cogido cariño, de verdad. -Luego exclamó: ¡Dios mio, mire quién ha venido!,

Eran el gobernador general y su hija, que repitieron lo dicho por el mayor:

-Nos gustaría volver a verlo.

McKay pasó seis días en Trinidad, el primer puerto que tocó su barco. Allí encontró tanto material que no escribió uno sino dos artículos para su periódico. Por ejemplo, hasta entonces ignoraba que en Trinidad hubiera tal cantidad de indios asiáticos, tantos que, en cierto modo, parecía más una colonia de la India que de Inglaterra. Al respecto escribió: «Los hindúes y los musulmanes que llegaron a Trinidad el siglo pasado para trabajar en las plantaciones azucareras, mantienen las mismas tensiones que en su patria. Pero en el futuro, si superan sus diferencias, pueden construir una nueva y vibrante fuerza política en la isla».

Su segundo artículo estudiaba la afinidad de Trinidad con Venezuela: «En realidad, esta isla es una prolongación geográfica de Venezuela. Sólo la indiferencia de la España imperial permitió que, ya muy tarde, cayera en manos británicas, puesto que la isla tiene pozos petrolíferos, cabe esperar que, en el futuro, Venezuela la reclame para sí, sobre todo en el caso de que Trinidad se independice de Gran Bretaña Y ruego malogre su libertad, pues los observadores están seguros de que, en cuanto se imponga el caos en esta isla, Venezuela

intervendrá». Esta información dejó atónitos a muchos lectores, sobre todo a los canadienses.

En Barbados, en cambio, era la manifiesta admiración de McKay por la pulcritud y el orden de la isla lo que destacaba en su primer artículo: «En diversos periodos de la historia, Estados Unidos ha especulado sobre la posibilidad de ocupar ésta o aquella isla caribeña: Cuba, Santo Domingo, las islas Vírgenes; Nicaragua en el continente o Haití. Hubiera sido mucho más inteligente no realizar negociaciones por ninguna de ellas. Lo que debimos hacer fue comprar Barbados a Gran Bretaña: Habríamos conseguido un paraíso que, además, se autoabastece. Quizá todavía deberíamos pensar en ello».

Envió este artículo el miércoles, pero el jueves por la noche llamó a Detroit: NO PUBLIQUE ARTÍCULO MIÉRCOLES. EN BARBADOS HA ESTALLADO EL CAOS. VA ARTÍCULO. A la mañana siguiente, muy temprano, mandó la primera de seis largas descripciones sobre los disturbios raciales que se habían desencadenado en Barbados, isla aparentemente tan pacífica; y en varias otras colonias británicas del Caribe, incluida Jamaica. El paternalismo condescendiente que había visto en Todos los Santos había acabado por irritar tanto a los negros, que ya no podían tolerarlo más. Las muchedumbres, furiosas y resentidas, se manifestaban por ciudades y pueblos, mientras pequeñas bandas trataban de incendiar las plantaciones. En Barbados, el alzamiento fue violento y provocó numerosas muertes. La experiencia que McKay había acumulado en Todos los Santos le permitió escribir con gran acierto sobre las causas de fondo.

En cuanto Dan Gross leyó en Detroit los despachos de McKay, comprendió que tenían alcance internacional y los entregó a Associated Press, asegurándoles así difusión, nacional y hasta mundial. Esos artículos convirtieron a McKay en un personaje famoso; además del jefe de redacción de su propio diario, otros empezaron a analizar favorablemente su obra.

Cuando los disturbios de Barbados quedaron sofocados, el joven contempló la isla con objetividad y redactó un magnífico mea culpa: «El buen gobierno colonial que se me permitió ver en Todos los Santos, más los razonables progresos hacia algún tipo de autonomía en Trinidad, me llevaron a creer que comprendía estas islas. Y, desde Juego, cuando ví por primera vez la apacible belleza de Barbados; sentí deseos de escribir un poema en prosa sobre su encanto irresistible. Lo que no había visto, ni comprendido era el profundo odio que muchos negros albergan contra este sistema, que los mantiene en una especie de servidumbre espiritual. Si llevé a conclusiones erróneas a mis lectores, lo lamento. Me regocija que la paz, haya vuelto a estas admirables islas, y confío en que los gobiernos comiencen a enmendar los antiguos errores».

Seis días después, cuando su barco entró en Baie de Soleil, Todos los Santos, continuaba dormitando al sol, como si no se hubieran producido levantamientos en las otras islas. Allí reinaba la paz. Aquello era el gobierno colonial británico en su mejor expresión. A medida que se le van revelando las

múltiples bellezas de la bahía, compendió que su corazón había quedado ligado a esa isla de manera definitiva. Cuando llegó al Belgrave, se adelantó para saludar a los Ponsford, a quienes en otros tiempos había considerado insufribles. En cuanto hubo dejado sus maletas en la habitación, corrió al Waterloo, donde Bart el Negro salió de detrás de la barra para abrazarlo y escuchar las aventuras que había vivido durante los disturbios.

Después, caminó lentamente hacia la joyería de Etienne Boncour, donde encontró al refinado francés -como habitualmente se lo llamaba- con visibles ganas de hablar. Pasaron a un cuarto trasero, donde gozarían de intimidad para compartir confidencias. McKay tenía poco que contar, puesto que Boncour dirigía sucursales tanto en Barbados, como en Trinidad, pero el francés era un torrente de novedades:

-Delia habla seriamente de casarse conmigo e instalarnos en otra isla. Mantendríamos esta joyería en marcha, porque es la que da más dinero. Ella cree que nos iría bien.

- ¿Y tú qué piensas?

-Imposible. Una vez me dijo que era hija de Europa.

-También a mí me lo dijo. -McKay hizo una pausa- Mira Etienne, esa joven me gustaba mucho. Todavía me gusta.

-¿Ya quién no? Parece haber roto corazones por toda la rosa de los vientos.

-¿Y qué va a pasar?

Boncour se puso rígido, como si tantas decisiones hubieran endurecido la columna vertebral.

-No se sabe -dijo-. Pero una cosa es segura: esa muchacha no podría vivir y ser feliz en una pequeña isla británica.

Fue esta afirmación lo que tuvo preocupado a McKay durante todo el día siguiente. ¡Qué interesante!, se decía. Para mí y para los otros norteamericanos, son las islas Antillanas; para Delia, Etienne y los otros ingleses, son las Indias Occidentales británicas, como si las islas francesas no existieran. Pero de inmediato sus pensamientos giraron en otra dirección: Hasta los holandeses tienen islas aquí. ¿Quién falta? Los españoles, sus verdaderos propietarios. ¿No sería una buena recompensa que una de las islas grandes, fuera total y decididamente española? De ese modo podríamos observar a qué hubiera llegado esa otra forma de gobierno. Y aunque sabía poco de España y su herencia, lamentó la pérdida.

Este momentáneo sentimentalismo, por la perdida grandeza española, no menguó su satisfacción por estar sano y salvo en la segura isla de Todos los Santos. En realidad, le gustaba todo en la isla, salvo el mayor Leckey y la comida pesada. Pensándolo bien, una de las cosas que más le gustaba era la competencia con la que gobernaba el gegé. Como el otro día en el campo de críquet, pensó, que se presentó con su vieja chaqueta de la selección inglesa, persiguió las pelotas bajas que arrojaban los jugadores negros, tomó su turno con el bate y lanzó dos o tres veces hacia la meta. Tanto a los jugadores como a los espectadores les encantó. Era uno de ellos.

McKay también percibía las astutas triquiñuelas que lord Basil empleaba para que los negros se sintieran a gusto en sus recepciones, excluidas las comidas en la Casa de Gobierno o las veladas de gala en el Club. No demostraba animosidad personal hacia ellos y predicaba entre los blancos, que se acercaba el momento en que sería preciso admitir a los negros en los círculos de gobierno, pero a la vez mantenía, rigurosamente la dignidad de su cargo; nunca ofrecía mejor aspecto que cuando viajaba, uniformado, en la parte trasera de su Rolls Royce, saludando con gestos grandilocuentes y apeándose, con austera autoridad, para inaugurar una escuela o una nueva sección en algún hospital. McKay nunca había visto a un gobernador británico en acción y se sentía impresionado. Mantiene una imagen más creíble de un gobierno noble, que el gobernador de Dakota del Sur, pensaba.

El primer día después de su regreso se llevó una agradable sorpresa, pues Delia pasó por el Belgrave en su MG para invitarlo a recorrer la zona septentrional de la isla. Cuando llegaron al incomparable Cap Galant, el sitio de los almuerzos al aire libre, a él le pareció oportuno abordar la pregunta obligada mientras descansaban perezosamente bajo el sol de primavera:

-Si en esta isla no es posible que te cases con Boncour, Delia ...

-¿Quién ha dicho eso?

-El. No es tonto.

-Debería dejar que yo tomara mis propias decisiones.

-¿No podríais casaros y vivir en Barbados?

-¿Conoces Barbados? -rió ella con insolencia.

-Vengo de allí ya lo sabes.

-Pero ¿has notado apenas que es un poco más grande que la mitad de esta isla?

-Pero antes de que se iniciaran los disturbios era tan bonita y acogedora ...

-¡McKay, grandísimo tonto! En Barbados lo pasaste, estupendamente, tuviste muy buena acogida. Pero ¿acaso has conocido a una familia negra en alguna de las islas? Me refiero a la gente que trabaja en los campos, es decir, las cuatro quintas partes de la población. Como dicen en las películas: «¡Hijo, todavía no has visto nada!». No me pidas que vaya a instalarme en Barbados.

El se quedó reflexionando, mientras la muchacha arrojaba los restos del almuerzo al interior del cesto. Luego le dijo:

-Para ti todo es cuestión de raza.

-¿No te das cuenta, Millard, de que todas las relaciones humanas de esta isla son cuestión de raza? Supón que invitas a cenar a una de las bonitas empleadas de Etienne, la cosa se convierte inmediatamente en una cuestión de Estado. Ella te preguntaría: «¿Adónde, iremos a cenar? Debo tener cuidado de dónde me dejo ver con un blanco». ¿Por qué crees que aquel día te llevé hasta Cap d'Enfer?

-Me lo he preguntado muchas veces.

-Para empezar, nunca había conducido por esa carretera y no conocía el camino. Pero sobre todo fue para que no vieran a Etienne conmigo.

-No me engañes, Delia. A la vuelta querías viajar con él. .. para que todos te vieran -replicó él.

-Eso fue a la vuelta. El amor, a veces, te hace libre. De pronto, te importa un comino todo. -La muchacha contempló un momento el mar. Luego agregó: -Aquella vez, con el coronel alemán, me hubiera dejado matar

-¿Tenías miedo?

-¡No! -exclamó ella, con mucho énfasis - Me importa un bledo lo que me pase. Nunca me ha importado. Pregúntale a mi padre, que me ha ayudado a salir, de muchos aprietos.

-Volvamos a mi pregunta: ¿qué pasará con Boncour?

- Tarde o temprano nos haremos mucho daño mutuamente. El lo sabe, pero los dos creemos que vale la pena correr el riesgo. Vivir plenamente, eso lo es todo. -Miró con atención a McKay y repitió: -Vivir. De eso se trata, ¿no? -y subió de un brinco al coche.



Mientras volaban hacia el sur, acompañados por el sobrecogedor paisaje del Caribe, cuya espuma centelleaba a la luz del sol, y por setos de crotón que flanqueaban la carretera, McKay pensó: esta debe de ser una de las carreteras más bellas del mundo; y Delia una de las mujeres más hermosas. Pero ambas están en peligro. Los disturbios de Barbados demuestran lo precaria que puede ser la estabilidad. ¡Y Delia! ¿Qué será de este maravilloso duende? Es como el mercurio, que se desliza de un lado a otro, esquivando siempre los dedos que tratan de apresarlos. De pronto, sin pensar, gritó:

-¡Delia! ¿Qué va a ser de ti? Por lo que sé, allí a donde vas encuentras problemas. En Alemania estuviste al borde de la tragedia; en Malta, también, y ahora aquí, en Todos los Santos. Un día de éstos se te acabará la suerte.

-¡Qué atento eres al preocuparte!, Pero de verdad, ¿crees que importa?  
-le contestó ella, besándole.

El extraordinario modo en que lo miraba de soslayo al hablar hizo pensar al periodista: ¡Dios mío! Me está diciendo que si yo quisiera hacerle el amor, no tendría inconveniente. Confundido, se acurrucó en el punto más alejado del asiento, con los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

-Delia -dijo, suavemente-, sabes que estoy enamorado de ti.

-¡Qué encanto! -comentó ella, despreocupadamente, como si la declaración no mereciera ser estudiada con detenimiento. ....

-Y deseo desesperadamente que hagas las cosas bien. -Al comprender que esto debía de sonar demasiado serio, agregó sin la menor convicción una frase hecha que lo empeoró todo-: Quiero que seas feliz.

-¡McKay! Parece que estás hablando como mi tía, la solterona, la que echó a perder su vida soñando con el dependiente del que se había enamorado.

Ahí terminó la seria discusión que Millard había tratado de iniciar.

Cuando llegaron a Bristol Town, ella lo dejó en el Belgrave, donde encontraron al mayor Leckey, visiblemente enfurecido. Los estaba esperando.

-Delia, debería informar adónde va. Ha llegado una visita importante a la Casa de Gobierno y su padre...

-Bueno, aquí estoy. Vamos.

-Con esa ropa, no; Se trata del embajador alemán. Ha venido desde Barbados en el barco de la Marina Real que seguramente habrán visto en la bahía ... si es que se han molestado en mirar.

Dicho esto, se marcharon. Leckey iba delante en su enorme coche y conducía de prisa; Delia lo seguía con el suyo, pocos metros por detrás.

Cuando McKay bajó a cenar, encontró a los Ponsford deseosos de compartir su mesa con él, pues rebosaban de asombrosas noticias: -El gobierno alemán ha solicitado formalmente permiso para que el Graf Spee, uno de sus grandes cruceros de combate, amarre en Baie de Soleil. Visita de cortesía durante unas maniobras en el Atlántico Sur.

-¿Autorización concedida?

-Por supuesto. Nuestras relaciones con los alemanes nunca han sido mejores. Dicen que también se firmará un pacto de mutua amistad con Italia. La gente de mala voluntad que ha estado tratando de mantener distantes a nuestras naciones ha perdido.

McKay tenía una vaga noción de que entre las diversas naciones europeas existían ciertas diferencias y de que Adolf Hitler era blanco de comentarios muy duros; pero al oeste de Detroit, donde vivían muchos norteamericanos de ascendencia alemana, esos rumores eran objeto de burlas. También sabía, aunque sólo de un modo somero, que desde su partida de Detroit, Alemania y Austria se habían unido en una especie de acuerdo. Sin embargo, su escasa información le inducía a pensar que todo aquello eran acciones en favor de la paz en esa parte del mundo.

-No soportamos a los franceses. Hitler tendrá sus más y sus menos, pero es cierto que los judíos estaban a punto de dominar Alemania y Austria - sostenían los Ponsford .

-Por mi parte -comentó el marido-, me encantaría ver entrar al Graf Spee en el puerto. Los alemanes podrían ser aliados nuestros uno de estos días, y me gustaría ver qué aportarían ellos a esa unión -comentó el marido.

Esa noche, alrededor de las nueve menos cuarto, McKay recibió una llamada telefónica.

-Hola, ¿McKay? Soy Leckey. El gegé quiere saber si usted podría reunirse con nosotros y otra gente ... Sí., ahora mismo ... ¡Bien! Pasaré a buscarlo, pero ¿quiere tener la bondad de esperarme fuera?

Cuando lo hicieron pasar al estudio de lord Wrentham, encontró allí a cuatro hombres de la isla, todos blancos, y un europeo de unos cuarenta y cinco años:

-Embajador Freundlich, éste es el distinguido corresponsal norteamericano de esa parte de Estados Unidos por la que usted preguntaba. Quería que ustedes dos se conocieran para intercambiar ideas y todo eso.

Pero durante la entrevista no se abordó ese tema, pues en cuanto el embajador supo que McKay acababa de volver de Barbados, quiso conocer de primera mano la magnitud de los disturbios en esa isla, Sin embargo, una mirada fugaz del Gegé advirtió al periodista que debía eludir los aspectos de ese episodio más bochornosos para el gobierno británico, de modo que él dio sólo una explicación superficial. La conversación fue cordial y amplia; bajo la diplomática guía del gegé, no llegó nunca a la indiscreción. El gegé parecía impaciente por presentar a su hija, y ordenó a Leckey:

-Por favor, pregúntele a Delia si puede hacer que los sirvientes nos preparen un poco de café.

Cuando la muchacha apareció, radiante en su encantador vestido de un tono pastel, precediendo a dos criados negros que repartieron las tazas y las pastas, hubiera podido tomarse por el modelo de inglesa bien criada cuyos padres comienzan a buscarle esposo. Pero al pasar con el café junto a McKay, él vio que le hacía un guiño astuto y aprovechó la oportunidad para preguntar, como se sentía siempre obligado a hacer:

-¿Les importa si, telegrafío a Detroit para decirles que el Graf Spee va a hacernos una visita?

-Fue por sugerencia del embajador que usted fue invitado pese a lo avanzado de la hora -respondió, lord Wrentham.

-Creo que estas visitas de cortesía son una gran idea. Fomentan las amistades.

McKay se interrumpió, consciente de que se estaba mostrando más efusivo de lo que la situación exigía, pero entonces intervino el mayor Leckey:

-Sin duda usted sabe que el apellido del embajador significa «amistad». ¡Puede ser un buen presagio! y todos brindaron.

Como había quedado acordado, todos estaban en el muelle a las diez de la mañana siguiente, hora en que el gran crucero alemán debía maniobrar lenta y majestuosamente entre las rocas que protegían la bahía. Resonaron los vítores y las salvas de cañón, en tanto el poderoso navío se acercaba al muelle. Pero McKay no participaba en la ruidosa celebración, pues Bart Wrentham, que pertenecía al Departamento de Voluntarios para el Rescate Marítimo, le susurró al oído:

-Eso no es un crucero. Es un verdadero barco de guerra.

El barco era inmenso. Sus baterías de cañones apuntaban en distintas direcciones. Al mando del Graf Spee estaba el capitán Vreimark, que fue conducido a tierra tras saludar a su castillo de popa, El hombre se mostró especialmente cortés con lord Wrentham, a quien había conocido en Alemania y a quien presentó a un joven civil alemán, que cumplía una función no especificada a bordo del Spee:

-Excelencia, tengo el honor de presentarle a un miembro muy valioso de esta delegación, el barón Siegfried Sterner.

El barón se adelantó con elegancia, entrechocó los talones, hizo la venia y dijo, en impecable inglés:

-Milord, le traigo saludos personales de mi ex compañero de tenis, el barón Gottfried van Cramm, que un año, cuando participaba en el torneo de Wimbledon, se alojó con ustedes.

-¡Ah, sí! Estuvo en nuestra casa en tres ocasiones. Todos los años llegaba a las finales, pero tenía mala suerte. La última vez perdió ante un norteamericano llamado Don Budge.

-Le envía sus mejores saludos.

En ese momento, al ver a Delia en la segunda fila y dando por sentado que era la hija del gobernador, la saludó con una reverencia, que ella devolvió. Luego se acercó al mayor Leckey, reconociéndolo como asistente del gobernador por la bonita enseña de oro que llevaba suspendida del hombro. Después de saludarlo con una profunda reverencia, preguntó:

-¿Sería usted tan amable de entregar esta carta de presentación?

Aun sabiendo que el barón lo estaba tratando con insolencia, Leckey tuvo que aceptar la carta. Al echarle una mirada vio que estaba dirigida a «la honorable fraulein Delia. Wrentham. El sello indicaba que provenía del mayor Gottfried van Cramm.

Los ocho días que el Graf Spee paso en Todos los Santos, en la primavera de 1938, vinieron a completar el trío de acontecimientos más memorables en la historia reciente de la isla: la visita del príncipe de Gales en 1929, el partido de críquet con lord Wrentham en 1932, y ahora la presencia de aquel enorme barco de guerra, gris azulado y lustroso.

Ante eso, las anteriores visitas de los pequeños destructores británicos, que en otros tiempos les habían parecido tan poderosos, resultaban casi risibles.

El jueves, todos los isleños fueron invitados a subir a bordo.

Acudieron varios millares, Por medio de sogas cuidadosamente tendidas y postes de madera debidamente instalados, se condujo a los lugareños por el barco. Pero los supuestos «secretos militares» que pudieron ver, también habrían podido sacarlos de cualquier tarjeta postal. Sin embargo, McKay observó que los alemanes ofrecían tres recorridos diferentes a los visitantes. Los blancos eran discretamente desviados aquí y allá, para ver los camarotes de los oficiales y parte del puente: Los de color seguían otros caminos, por donde veían los camarotes de los reclutas y, algunos cañones pequeños; las personas decididamente negras eran conducidos en una larga y serpenteante fila de modo que apenas veían nada, salvo lo que podía verse desde el muelle.

Cuando McKay buscó a un oficial que hablara inglés para preguntarle a ese respecto, el alemán dijo, con franqueza:

-Son animales. No me explico cómo ustedes, los ingleses, pueden respirar en una isla atestada de individuos así.

-Soy norteamericano -aclaró McKay.

-Pues entonces ha de comprender lo que quiero decirle -le, contestó el oficial.

Durante cuatro noches sucesivas se dieron cenas. El gegé invitó a los principales oficiales a la Casa de Gobierno, donde les obsequió con una recepción llena de flores y una cena formal para veinte personas. Tres hombres sobresalían ahí como lo mejor de sus respectivas profesiones: lord Wrentham, alto, esbelto, erguido y muy apuesto con su atuendo militar y sus tres bandas honoríficas; el capitán Vreimark, prototipo del marino alemán, con el pecho cubierto de condecoraciones como testimonio de sus años de servicio en la flota; y el barón Sterner, joven, apuesto y muy formal, con una insignia a la izquierda del pecho. De los tres, se dijo McKay, el inglés era el más impresionante. A la noche siguiente, cuando los oficiales del Spee ofrecieron una recepción a bordo, el gegé estaba rutilante: se presentó con el uniforme de gala de uno de los grandes regimientos británicos.

En la tercera noche, los funcionarios civiles de Todos los Santos dieron la bienvenida a los alemanes con una cena fría y música isleña. Pero el cuarto día fue el mejor de todos, pues un largo cortejo de automóviles de todo tipo llevó a los oficiales alemanes hacia el norte hasta la antigua ciudad de Tudor, donde se ofreció una gran recepción, con discursos y música. Después, toda la comitiva continuó hasta Cap Galant, donde se habían instalado tiendas para proteger de la lluvia a la multitud. Allí se organizó una típica merienda isleña. Un cuarteto de calipso, llegado casualmente de Trinidad, entretenía a los asistentes con su música. Los alemanes que entendían el inglés no se sintieron cómodos con las mordaces críticas sociales y políticas de los desinhibidos cantantes.

-Esto nunca se permitiría en Alemania -comentó un oficial a McKay-. Eso puedo asegurarlo.

Fue, durante esos días de ensueño cuando McKay notó que Delia aparecía y desaparecía sin cesar. Puesto que no conocía a nadie en el grupo de funcionarios a quien interrogar al respecto, tuvo que recurrir a los Ponsford, a quienes les encantaba chismorrear sobre sus superiores y despreciaban a las clases medias inglesas. La señora Ponsford, adoptando una actitud de conspiración - estaba compartiendo un almuerzo frío con McKay-, le confió:

-Sale con ese apuesto barón tantas veces como puede. Y hasta creo que ha pasado la noche a bordo con el joven, una o dos veces. -¿Sabemos algo de él? - preguntó McKay como si fuera el preocupado tío de la muchacha.

-¡Oh, es un hombre intachable! -aseguró el señor Ponsford, que era tan chismoso como su mujer- Tengo entendido que el gegé lo comprobó telegrafando a Asuntos Exteriores.

-Hablando de telegramas, ¿qué puedo decir a mi periódico sobre la finalidad de esta visita del Spee? Me parece muy extraña.

-Han venido a lo que ellos llaman «mostrar la bandera». Hitler quiere hacernos saber que cuenta con barcos como el Spee.

-¿Creen ustedes que el gegé ha enviado noticias a la patria sobre este enorme barco?

-Sin duda. No es ningún tonto.

-Si es tan inteligente, ¿qué hace con respecto a su hija y ese falso barón?

La señora Ponsford rió al ver a su amigo norteamericano tan afligido por el asunto del alemán.

-No es falso, como usted dice -observó-. Es un barón muy legítimo, de una distinguida familia militar prusiana. Pero eso no es lo que usted preguntaba. Con respecto al gegé, creo que debe de estar satisfecho de saber que su adorable hija no va a casarse con un isleño de color ni con un norteamericano. Y yo no sabría decirle cuál de la dos cosas sería peor -comentó el señor Ponsford.

En un intento de calmar su inquietud, McKay fue a la joyería de Boncour. Allí, en ausencia del francés, pensó seriamente por primera vez en lo que Delia le había dicho en Cap Galant: «Supón que invitas a cenar a una de las bonitas empleadas de Boncour ... ». De pronto miró a las dos muchachas, esbeltas, agraciadas con la más cálida de las sonrisas, y comprendió que sería muy fácil

caer bajo sus hechizos y muy difícil librarse después de ellos. Realmente, ¿dónde podía llevarlas a cenar, en qué círculos sociales se moverían? Las dos eran casi blancas. ¿Y si él permanecía en Todos los Santos y se enamoraba de alguna de esas encantadoras mujeres, varios tonos más oscuras que Bart el Negro? Eso sí que sería un verdadero problema.

Cuando Boncour volvió de una reunión en el Spee, donde los oficiales alemanes querían comprar relojes a bajo precio -deseo de los marineros de cualquier nación-, no se encontraba con ánimos de hablar con nadie. Llevó a McKay a su trastienda, que estaba tan pulcra como el resto del establecimiento, y se dejó caer en una silla, echando a su amigo una mirada de desolación. Sin que mediara pregunta alguna, dijo:

-Delia está cometiendo una terrible equivocación, McKay. Una inglesa en el corazón del nazismo alemán.

-Pero él es un aristócrata, no un nazi de tebeo. Su padre telegrafió a Asuntos Exteriores para averiguar sus antecedentes.

-¿No te das cuenta del papel que desempeña ese hombre en el barco de guerra? -preguntó Boncour-. Es el gauleiter nazi.

-¿Cómo dices?·

-El gauleiter. El encargado de observar a la tripulación y asegurarse de que obedecen las órdenes de Hitler. -Estás loco.

-McKay, Delia va a casarse con él. Se habla de eso en el barco. Tal vez haya una gran boda militar. Oficiará el capitán Vreimark.

-Oh ... -Este monosílabo no iba encerrado entre signos de admiración; tal como McKay lo pronunció, era el gruñido del hombre que ha recibido un fuerte golpe en el estómago. Estaba envuelto en asuntos de los que poco sabía y sobre los que no ejercía ningún control- ¿No sería mejor que habláramos de esto con Delia francamente, poniendo las cartas sobre la mesa?

-Va a venir aquí a despedirse.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Pensaban en la gran equivocación que Delia podía estar cometiendo. Y en ese momento la oyeron entrar en la tienda, preguntando muy animada:

-¿Dónde está Etienne?

Cuando las empleadas se lo dijeron, fue a la oficina trasera. -¡Vaya, estáis los dos aquí! ¡Qué cómodo me lo ponéis!

-No puedes casarte con ese alemán, Delia: Es un nazi. Vivir con esa gente sería un infierno.

Ella se puso tiesa y fulminó con la mirada a los dos hombres, el amante y el admirador; luego decidió poner fin a esas tonterías. -Siegfried es exactamente lo que parece ser: un leal funcionario del nuevo gobierno alemán.

-¿Lo que parece ser? -barbotó McKay-. Nadie sabe qué diablos es ni qué hace a bordo de ese barco.

Pero fue el sagaz Boncour, educado en Inglaterra, quien vio las cosas con mayor claridad.

-¿No te das cuenta de lo que va a pasar, Delia? Hitler y Gran Bretaña tendrán que enfrentarse, tarde o temprano.

La discusión era inútil, pues los tres veían lo absurdo de la situación: un hombre de color sin nada que lo distinguiera, habitante de una isla pequeña, competía por el amor de una aristócrata inglesa contra un barón alemán, obviamente condecorado con el jefe de su Estado. El combate era demasiado desigual. Y las posibilidades de McKay no serían mucho mejores: las de un escritorzuelo norteamericano de provincias tratando de emparentarse con una buena familia, por encima de su condición social. Era tan ridículo que McKay no pudo evitar echarse a reír. Pero Boncour estaba más allá de eso, pues luchaba por salvar una vida.

-Por amor a Dios, Delia, no cometas esta imprudencia.

-¿Imprudencia? -exclamó ella, elevando la voz-. Toda mi vida he sido imprudente y así he conseguido lo que deseo: regocijo y emociones. No voy a cambiar ahora.

-Pero con un miembro del partido nazi no, Algún día estaremos en guerra con Alemania.

-¿Te has vuelto loco? Ya has dicho eso dos veces. Alemania y Gran Bretaña han firmado un pacto de no agresión, y yo quiero ser parte de ese acuerdo. -La muchacha se paseó por el atestado despacho, nerviosa, y por fin se paró frente a McKay, como si ya hubiera descartado a Boncour. -Cuando fui por primera vez a Alemania me apasionó la vitalidad que ví allí era el nacimiento de un mundo nuevo. Alguien ha dicho que es «la ola del futuro», y yo lo creo.

Boncour. iba a replicarle, pues nada deseaba tanto como salvar a esa mujer maravillosa, pero ella lo interrumpió:

-Tengo que irme. Quería que los dos lo supierais por mi que, Siegfried y yo nos casamos pasado mañana, en el Spee.



Besó a McKay en la mejilla y trató de hacer lo mismo con Boncour, pero él apartó la cara. Delia, como para angustiarse más, añadió: -¡Y pasaremos la luna de miel en Brasil!

La boda se celebró la víspera del día en que el Spee debía hacerse a la mar, a las cinco de la tarde. En el castillo de popa se había erigido una especie de capilla, decorada con cientos de flores. Dentro de ese refugio esperaba el capitán Vreimark, más severo y erguido que nunca, con su uniforme de gala. A su lado había tres oficiales de menor graduación, también solemnes; más allá, la orquesta de la isla, a la que se habían unido los músicos del Spee. Bajo una batería de grandes cañones, Delia esperaba con su padre; él, con su uniforme completo; ella, con un vaporoso vestido de tono pastel.

Mientras la banda interpretaba a Mendelssohn y la novia se adelantaba, del brazo de su padre, al encuentro del barón Sterner, McKay no pudo dejar de pensar: ¿Qué será de ella? Será digno de verse. Entonces cayó en la cuenta de que el hombre que más amaba a esa mujer estaba ausente. Etienne, humillado por la pérdida de sus dos cargos; el del Consejo Ejecutivo y el de la Cámara de Turismo, no había querido exhibir su degradada condición ante los principales ciudadanos de la isla. Dónde estaba en esos momentos, McKay lo ignoraba, pero tenía la seguridad de que estaba solo, tomando un té.

La novia y el apuesto padre pasaron rápidamente, se detuvieron para, que el barón se les uniera, también vestido con su uniforme de gala, y todos comparecieron ante el capitán Vreimark, que los saludó. Después de leer un breve discurso ritual en alemán y en inglés, los declaró marido y mujer. Mientras los invitados se alineaban para firmar el documento como testigos del casamiento, Delia vio a McKay y pidió al mayor Leckey que fuera a buscarlo:

-Por favor, Millard, firma tú también, así sabré que todo está perdonado.

-Tienes mi bendición -le aseguró él.

Cuando el sol se puso en aquella magnífica bahía, con las grandes columnas de roca protegiendo su entrada, McKay tuvo la breve sensación de que tal vez Delia estaba en lo cierto. Tal vez la visita de ese barco señalaba la unión entre Alemania y Gran Bretaña. El no disponía de conocimientos suficientes sobre historia contemporánea como para advertir lo improbable de esa esperanza, pero aun así, la formulaba como bendición para Delia, que era una persona excepcional. Se había enamorado de ella y jamás lo negaría. Le disgustaba que hubiera escogido al barón alemán, pero él había sido rechazado y no se lamentaba por ello ni se dejaría carcomer por la pérdida.

Como no estaba permitido que una mujer navegara a bordo de un barco de guerra alemán, los participantes en la ceremonia, acompañados por muchos de los testigos, pasaron a la improvisada rampa para hidroaviones de

Anse Du Soir, donde un aparato de Pan American, grande y pesado, había retrasado su vuelo para llevar a los recién casados a Río de Janeiro. La banda tocó una canción de despedida hawaiana, llamada .Aloha Oe. El capitán Vreimark y lord Basil saludaron a todo el mundo. Delia repartió besos por doquier, y el barón Sterner puso cara de satisfacción por haberse casado con la nieta de un conde inglés. McKay, que aún lamentaba la ausencia de Etienne Boncour, saludó a la novia con la mano y, al verla subir al hidroavión, susurró para sus adentros: Buena suerte, ondina. Supiste nadar hasta mi corazón. Súbitamente se apartó de la ruidosa multitud, pues las lágrimas amenazaban con empañarle los ojos.

Cuando regresó al Belgrave para una cena tardía, oyó voces apagadas al pasar junto a la puerta de los Ponsford, camino de su cuarto para lavarse. Como no reconoció las voces, sospechó que allí estaba ocurriendo algo extraño e, impulsivamente, trató de abrir. Pero la puerta estaba cerrada con llave. Entonces la forzó de un golpe, y se encontró ante el mayor Leckey, todavía de uniforme, y el matrimonio inglés. La señora Ponsford apuntaba un revólver a la cabeza de McKay. Contra dos de las paredes en ángulo había adosado un enorme transmisor de radio de alta potencia, operado por un hombre de color que él, no había visto nunca. Una voz autoritaria; desde Londres, daba unas instrucciones que McKay no logró comprender.

-Cierre la puerta -ordenó secamente el mayor Leckey.

-¿Qué significa esto?

-¡Cierre! -le espetó la señora Ponsford, con los labios apretados y sin desviar ni un instante el cañón del revólver.

Poco a poco el periodista fue captando fragmentos de lo que se transmitía y de lo que se recibía. Dedujo que el pomposo y servil mayor Leckey encabezaba en la isla una organización secreta, que dependía directamente de algún servicio de inteligencia similar con sede en Londres. Por alguna razón, Leckey y su equipo consideraban necesario pasar por alto al gegé y su radio de onda corta oficial.

Por las palabras que escuchaba, comprendió que los Ponsford, agentes con años de experiencia en distintos países, habían sido enviados por la agencia central para reforzar la operación dirigida por Leckey. El hecho de que hasta entonces hubieran engañado al periodista demostraba que también habrían engañado a otros.

McKay, boquiabierto, contempló al matrimonio, en tanto reinterpretaba las insinuaciones que ellos habían hecho con respecto a la misión del Spee: Dijeron, sí, que eran amigos del conde de Gore. Probablemente por eso fueron enviados aquí. Parecían conocer todos los antecedentes de Delia; debió extrañarme que se hubieran tomado tanto trabajo y cuando supieron que yo era periodista, hicieron todo lo posible por convencerme de que eran ingleses

bobalicones de comedia musical. Aparecían siempre en el momento justo. ¡Qué estúpido me siento con ese revólver apuntándome, después de haber tenido a esta mujer por una chismosa cualquiera!

-Diles que les enviaremos detalles en cuanto llegue nuestro hombre- dijo Leckey al operador de la radio-. Mientras tanto, señora Ponsford, puesto que nuestra, Delia probablemente constará en alguna parte como espía alemana, ¿quiere dar a la central los detalles de esa repugnante boda?

Después de entregar el arma a su esposo, que la mantuvo apuntada hacia McKay, la mujer detalló un informe glacial y objetivo:

-Delia se comportó de modo muy similar al que demostró en Malta, el año pasado, pero esta vez se enredó con un respetable comerciante mulato de la zona, a quien prácticamente arruinó. Tal vez por sugerencia de su padre, se tomó el trabajo de deslumbrar a un simplón periodista norteamericano; con la esperanza de que el muchacho enviara artículos favorables a Hitler. Hoy se ha casado con ese barón Sterner, el que fue compañero de tenis del otro barón alemán, el respetable: Gottfried van Cramm, que ha tenido diversos gestos de amistad con Gran Bretaña.

La mujer devolvió el micrófono, cogió nuevamente su arma y siguió vigilando a McKay, pero la transmisión fue interrumpida por la llegada del sofocado agente de Leckey, que había estado observando y fotografiando el Graf Spee; era Bart Wrentham, el del Waterloo. Al ver a McKay y el revólver apuntado a su cabeza, barbotó:

-¿Qué diantre hace éste aquí?

-Entró de pronto -informó Leckey secamente-. No podemos permitirle que salga mientras el Spee no se haya hecho a la mar.

Bart el Negro, sin prestar más atención a su amigo, se acercó al transmisor para pedirle al operador:

-Comunicame con Brasil.

Durante diez minutos dio a un agente del Almirantazgo británico una descripción del barco de guerra. Después Leckey volvió a hacerse cargo y llamó a Londres.

-¿Que por qué esta extraordinaria visita del Gral Spee? Por lo que el capitán Vreimark comentó como por descuido, pero asegurándose de que lo escucháramos, querían que nuestro gobernador general informara favorablemente sobre las buenas relaciones germano-británicas, Y como ellos debían de saber que algún grupo como el nuestro trataría de averiguar la capacidad del barco, nos invitaron a recorrerlo. Querían asustarnos, para que nosotros los asustáramos a ustedes. La maniobra surtió, efecto, pues en verdad es un barco formidable.

McKay estaba fascinado por lo que escuchaba, pero no esperaba lo que Leckey dijo a continuación:

-Lord Wrentham ha caído en las redes de la propaganda nazi. Ensalza a Hitler, dice que ha visto a ese nazi elevarse hasta el poder y ahora considera que es imparables. Trata de convencer a cualquier visitante de que Alemania está destinada a dominar Europa Central, y más aún. Desprecia a Francia y a Norteamérica, pero tiene la inteligencia de engañar a los periodistas norteamericanos ingenuos, ocultándoles sus convicciones. Sabemos que es un asno, pero un asno peligroso, porque la gente le tiene mucha simpatía. Todos los Santos es una buena isla para mantenerlo aislado de las capitales europeas, pero habrá que vigilarlo constantemente.

Deseosos de presentar sus informes, los cinco desarmaron velozmente la radio y metieron todas sus piezas en un cajón asombrosamente pequeño, con asas. Luego Leckey se volvió hacia los Ponsford: -¿Qué vamos a hacer con él?

-Sabe demasiado -advirtió el señor Ponsford-. Y es periodista.

-¿Qué recomienda usted? ¿Que lo matemos?

-En otras circunstancias diría que sí. Está claro que no podemos permitir que corra a su máquina de escribir con lo que sabe.

-Yo creo que es honrado. Basta con leer sus artículos -dijo Bart.

-Si -corroboró Leckey, echando una mirada desdeñosa a McKay-. Basta con mirarlo. Capaz de enamorarse de una zorra como Delia y de escribir cánticos de alabanza.

-¿Y qué vamos a hacer? -preguntó el señor Ponsford.

Fue Leckey quien decidió:

-Lo mantendremos aquí hasta que el Gral Spee esté ya en marcha hacia Brasil. Es preciso que lord Wrentham siga convencido de que su estrecha vinculación con el embajador alemán ha pasado desapercibida. -Por fin, dirigiéndose a McKay, dijo-: Con que se queda aquí, hasta por la mañana. Entonces decidiremos. -y se volvió hacia la señora Ponsford -¿Podrá usted vigilarlo hasta entonces?

Ella asintió.

Los cuatro hombres -Leckey, Ponsford, Bart el Negro y el operador- abandonaron la habitación, llevándose el equipo a otro escondite. Por esa noche no se los volvió a ver.

La señora Ponsford, sin acobardarse, mantuvo a McKay en la mira de su arma y rechazó todas sus tentativas de inducirla a una conversación reveladora. En cierto momento le dijo:

-Esto podrá parecer algo sucio, pero el enemigo es incalificable. -  
¿Usted cree que habrá guerra con Alemania?

-¿Y usted no? ¿Después de lo que vio a bordo del Spee?

-Si yo tratara de escapar, ¿dispararía contra mí?

-Haga la prueba.

McKay no volvió a abrir la boca hasta que sintió necesidad de ir al baño.

-Vaya -dijo ella. Pero lo siguió al cuartito, advirtiéndole-: Nada de escapar por la ventana, como hacen en las películas.

-Uno no puede orinar con una mujer detrás, apuntándole con una pistola a la cabeza -replicó McKay.

-Inténtelo. -y luego le sugirió-: Pruebe sentado.

Mientras él se agachaba sobre el inodoro, la señora Ponsford hizo correr el agua en el lavabo, con lo cual lo indujo a superar sus inhibiciones.

Hacia el amanecer el periodista preguntó:

-¿Por qué representaron ante mí esa comedia tan inglesa?

-Desde un principio sospeché que usted podía sernos útil. Actué como usted esperaba que yo hiciera, para que usted llegara a aceptarme.

-Pero Leckey, ¿por qué se hace el tonto?

-Desde hace ocho años desempeña uno de los trabajos más difíciles del mundo: vigilar a los tontos de verdad. Si alguna vez abandonara su papel, podrían descubrirlo.

-¿Es él quien dirige el grupo?

-Eso no se lo voy a decir -respondió ella-. Podría ser Bart, el del Waterloo, o mi esposo. O yo.

-Pero es Leckey quien da las órdenes.

-Eso es lo que parece; Tal vez ése sea el secreto de su largo éxito.

Cuando el amanecer se reflejó en las Pointes Nord y Sud, el mayor Leckey y Bart volvieron a la habitación e indicaron a la señora Ponsford que podía dormir un rato. Ella entregó el revólver a Bart, y a los pocos minutos estaba dormida. Leckey preguntó al periodista:

-¿Bajo qué condiciones podemos dejarle con vida?

-Podríamos hacerle entender que su Norteamérica también entrará en guerra con Hitler. Si lo comprendiera, podríamos obligarle a jurar, que no dirá nada de lo que ha visto aquí, sobre nuestro estúpido gegé ni sobre Sterner, el gauleiter nazi -sugirió Bart.

-¿Aceptarías su palabra en algo de importancia tan vital?

-Creo que es preciso.

-¿Nos daría esa seguridad, McKay? -preguntó Leckey, y sin dejar responder a Millard, agregó: -Antes de hacer un juramento que no pueda mantener, recuerde que, si juega sucio, tenemos más gente como los Ponsford que una tarde llegará discretamente a Detroit y se encargará de que sufra usted un accidente horrible.

-Creo que ya estoy montando el rompecabezas dijo McKay-. No sé si estén ustedes en lo cierto con respecto a Alemania, pero al menos piensan que es así. -Se humedeció los labios secos- Les doy mi palabra.

-¿No contará a nadie que el gegé, consciente o inconscientemente, es cómplice de los alemanes? ¿Ni dirá nada sobre el barón Sterner? ¿Ni sobre nuestra radio? ¿Tampoco sobre Bart o sobre mí, que debemos seguir viviendo en esta isla?

Llegaron a un acuerdo que cubría todas las circunstancias del caso.

McKay juró que olvidaría todos los aspectos significativos de la visita alemana y que no pondría en peligro, en modo alguno, la cobertura de Leckey, Bart Wrentham o los Ponsford. Pero todo eso quedó eclipsado por los ecos de un gran alboroto en la calle. Corrieron afuera, y se encontraron con una muchedumbre reunida ante la joyería de Etienne Boncour.

-¿Qué pasa? -preguntó Leckey, bruscamente.

Dos mujeres, estremecidas de espanto, señalaron la entrada del local sin decir palabra.

Los dos hombres se abrieron paso entre la muchedumbre que murmuraba y entraron en el pulcro establecimiento, cuyos mostradores se mantenían relucientes y en orden. Pero al mirar hacia la vitrina donde estaban guardados los caros relojes Rolex vieron, caído sobre ella, el cuerpo inerte del joyero, con los brazos y las piernas grotescamente extendidos. Etienne Boncour se había disparado con una pistola en la cabeza. El cadáver, al caer hacia adelante, había hecho trizas la estantería de vidrio.

McKay quedó espantado ante la horrible imagen de su amigo muerto, pero el mayor Leckey se limitó a echarle un vistazo profesional. Luego asumió prontamente su papel de asistente del gobernador. Mientras, agitaba las manos para dispersar a los boquiabiertos espectadores, dio una serie de órdenes:

-Cada uno a lo suyo. ¡Vamos, circulen, circulen! ¡Dejen paso! Empujando a la gente, abrió un pasillo hasta un pequeño furgón que llevaría el cadáver al depósito.

## XIII

### EL ERUDITO

A los cincuenta y un años, Michael Carmody comenzaba a preguntarse si alguna vez hallaría en sus clases a ese alumno inteligente a ese genio, que hace soportable la docencia.

-Hasta ahora, ninguno -gruñó un lunes por la mañana, al presentarse a primera hora para la reunión semanal-. Estudiantes aceptables; sí, pero nunca ese talento vivo que de pronto se libera y le hace pensar a uno que se encuentra ante un joven Rafael o un Mozart. Tal vez ya no los fabrican.

Michael Carmody, inmigrante irlandés establecido en Trinidad, era profesor en el Queen's Own College en la agradable ciudad de Tunapuna, unos doce kilómetros al este de la capital, Puerto España.

El Queen's Own recibía el título de collage, a la manera británica -en otras partes del mundo se lo llamaría escuela secundaria-, por suponerse que si un muchacho inteligente deseaba mejorar su educación pasaría de allí a la universidad. El nivel era .alto; y sus graduados más aptos no tenían ninguna dificultad para obtener becas en las mejores universidades, de Gran Bretaña ni para conseguir buenos resultados cuando ingresaban en ellas. Por eso, Carmody mantenía la esperanza de que, cualquier día, entrara en su aula un futuro Isaac Newton.

Ese lunes de 1970, cuando llegó a su escritorio y dejó caer en él los libros que se había llevado el viernes, vio que allí le esperaba una hoja de papel blanco que decía: "Profesor Carmody ... Al recogerla, descubrió otra hoja prendida a ella, con catorce versos dispuestos en la forma clásica del soneto inglés. Después de ocupar su silla, y reclinarsse en ella, con los pies sobre el escritorio, leyó el soneto, levantó la vista al techo y dijo:

-¡Caramba!

En los pocos minutos que faltaban para que los estudiantes entraran en el aula, volvió a leer el soneto y pensó: Este tiene que ser Banarjee. E imaginó al tímido muchacho indio: quince años, flaco como una vara de ébano, la tez oscura, una mata de pelo negro casi brillante, unos ojos, chispeantes que siempre parecían asustados de mostrarse en público. Ranjit Banarjee era anormalmente tímido, sobre todo con las niñas, y aunque presentaba todas las señales de poseer una mente de asombrosa capacidad, no se destacaba en ninguna de las materias tradicionales. Clasificado por sus maestros cómo «alumno difícil, aunque nunca



alborotador», avanzaba discretamente de curso en curso, siempre un poco al margen de los otros estudiantes: hindú en una escuela católica; indio entre negros y mestizos.

Sonó la campana que indicaba el comienzo de las clases y los jóvenes de Trinidad entraron en tropel; todos eran varones, puesto que se trataba de un colegio católico no mixto, fundado en la época en que la isla era española. Allí estaban representados todos los colores: desde el negro más intenso, aquel cuyos antepasados habían sido esclavos, hasta el seminegro, semiblanco de los mestizos, el cobrizo claro de los hindúes y musulmanes, el delicado moreno de las familias españolas y francesas con cruces negras en algún tiempo lejano, y los blancos, como el propio Carmody, llegados principalmente de las islas británicas en días relativamente cercanos. Mientras los veía entrar en el aula, jugueteos, pensó: Un ramillete tropical, mucho más estimulante que el blanco mar de caras pálidas que me saludaba cuando estaba en Dublín.

Cuando los estudiantes concentraron la atención, el profesor dijo, mostrando las dos páginas en su mano izquierda:

-Hoy comenzaremos con una sorpresa, y puedo asegurar que muy agradable. Esta mañana, al llegar, me he encontrado con un poema en mi escritorio. Por la forma en que está compuesto, ¿puede alguien decirme qué tipo de poema es?

-Un soneto inglés -dijo uno de los alumnos.

-¿Cómo lo identificas?

-Ocho versos arriba, seis abajo.

-Bien. Además, el poema es bueno.

Carmody comenzó a leerlo, con su marcado acento irlandés, hecho para recitar poesía:

*Las inmortales carabelas dejan  
atrás la media luna de las antillanas  
islas; los hombres ya festejan  
la aparición de un mar de aguas lozanas.  
Atrás queda el Atlántico sombrío.  
Las brisas son serenas y la gloria  
del sol lo irradia todo. Las vistosas aves  
celebran en vuelo la sutil victoria.*

*Extraño tesoro el que aquí brilla,  
para Colón, el de la férrea voluntad:  
no es plata ni oro, fácil potestad*

*deseada por su reina de Castilla,  
sino tierras nuevas de ordinaria arcilla,  
un continente para la Humanidad.*

Dejando entrever el deleite que le causaba, el soneto Carmody comentó, en voz baja:

-Sin duda podemos adivinar quién escribió estas palabras. Automáticamente, los jóvenes se volvieron para mirar a Ranjit Banarjee, cuyo azoramiento demostró que gozaba con los frutos de su autoría.

-Sí-dijo Carmody-, nuestro poeta es Ranjit, un muchacho silencioso cuyas aguas corren a gran profundidad. -La clase aplaudió, pero él los interrumpió con una asombrosa observación que ninguno de los presentes olvidaría jamás-. Pero hay muchos errores en este poema; no debemos permitir que el entusiasmo nos lleve a pasarlos por alto. Estudiemos primero el octeto.

Pero después de un largo repaso de las reglas para la composición de sonetos, Carmody se interrumpió, apoyando las manos abiertas sobre el escritorio, y se inclinó hacia delante:

-Alumnos: ¿qué es lo que he estado practicando en estos últimos minutos?

Como nadie hablaba, pues no habían comprendido lo que el profesor trataba de lograr con su áspera crítica, Ranjit respondió, en voz baja:

-La pedantería.

-¡Exacto! -exclamó Carmody, descargando una vigorosa palmada contra el escritorio-. La pedantería. ¿Recordáis lo que dijimos sobre Beclrn1esser en Die MeiStersinger? ¿Qué fue, Víctor?

-El conocía todas las reglas de composición de sonetos, pero no era capaz de escribir ninguno.

-¡Sí! Nuestro Ranjit, en cambio, ha incumplido todas las reglas, pero ha escrito un pequeño soneto realmente encantador, inmortalizando a un gran aventurero. -Con una sonrisa de aprobación para el muchacho, concluyó-. Y yo que sé todas las reglas para hacer sonetos, no podría escribir uno decente ni en cien años. Ranjit: tú eres poeta; yo, no.

Puesto que por fin había identificado a un posible genio, Carmody decidió obrar con energía. Esa misma tarde pidió a Ranjit que se quedara en el aula, en tanto los otros muchachos se dirigían hacia el campo de críquet.

-Eres un muchacho callado, Ranjit, pero tienes un gran potencial. ¿Qué piensas hacer de tu vida cuando crezcas?

El niño indio miró con candidez al profesor, que tanto respeto le inspiraba.

-No sé -dijo.

Esta respuesta irritó a Carmody hasta el punto de hacerle golpear el escritorio y gritar:

-Por todos los diablos, muchacho, tienes que dedicar tu mente a algo! El tiempo vuela. Fíjate en Dawson. Quiere ser médico, a fines del año próximo habrá terminado aquí mismo, en Queen's, muchas de las asignaturas que necesitará en el primer año de su carrera universitaria. ¿Qué habrás hecho tú? ¿En qué dirección te encaminas?

-Es que no sé -insistió Ranjit, a la defensiva-. Todo es muy confuso.

Carmody decidió tomar el asunto en sus manos. Después de solicitar la autorización del rector, montó con el muchacho en su pequeño Austin y condujo el coche hacia Puerto España, pidiéndole a Ranjit que le indicara cómo llegar a la Tienda Portuguesa, propiedad de su abuelo.

-Mi abuelo se llama Sirdar Banarjee. Sirdar es un nombre tradicional en nuestra familia.

Sirdar era un activo hombre de pelo blanco, que centraba la actividad de su Tienda Portuguesa en dos servicios esenciales: proporcionar ropas de buena hechura y bajo precio a los lugareños y artículos costosos a los turistas, siempre manteniendo satisfechos a los dos grupos. Tendió ansiosamente la mano y dijo, con efusividad:

-Me dice Ranjit que usted es su profesor favorito y hombre muy inteligente. Trinity College, de Dublín, ¿verdad? Bien, ¿en qué puedo servirle?

-¿Podríamos hablar de su nieto, por favor?

-¿Ha hecho algo malo? -preguntó Sirdar, mirando al niño con el entrecejo fruncido.

-¡Todo lo contrario! Ha hecho tantas cosas buenas que quiero hablarle seriamente sobre su futuro.

-¿Su futuro? Aquí está su futuro -dijo el abuelo; extendiendo los brazos para abarcar la tienda.

-¿No sería conveniente pedir a su madre que participara en la conversación? Se trata de algo muy importante, señor Banarjee.

-Las cuestiones importantes deben tratarse entre hombres -replicó el anciano, acentuando la última palabra. Condujo a Carmody y a Ranjit hasta su atestado despacho. Una vez allí, dijo, abriendo las manos contra el escritorio- Bien. Dígame cual es el problema y lo resolveremos juntos, como hombres sensatos.

-Su nieto, aquí presente, es un muchacho con un talento latente.

-¿«Latente» significa «dormido»? -Como Carmody asintió, Sirdar dió un coscorrón a su nieto-: ¡Pues despierta, niño!

-En realidad, es usted quien debe despertar, señor Banarjee.

-¿Yo? ¿Cree usted, que una tienda como ésta puede uno llevarla dormido, aquí en Trinidad?

-¿Por qué la llama «Portuguesa .. ? -preguntó Carmody, tratando de aplacarlo.

-Cuando los indios llegamos aquí, en 1850, poco más o menos, para trabajar en los cañaverales, casi todas los comercios pertenecían a portugueses. Puesto que ellos tenían fama de ofrecer los mejores precios, todo el que abría una tienda nueva la llamaba Portuguesa, como mi abuelo.

-Muy práctico. Y ahora quiero que usted también sea práctico.

-Esto va a costarme dinero, ¿verdad?

-Sí. Quiero que envíe a Ranjit a la universidad. Lo merece.

-¿Ala universidad? ¿Adónde?

-Estoy seguro de que podría conseguir una beca para cualquiera de las mejores. Su nieto es muy inteligente, señor Banarjee. Merece una oportunidad.

Carmody vio de inmediato que había utilizado palabras eficaces: beca, inteligente, mejores, y oportunidad. La conversación se elevaba a un plano que el abuelo sabía reconocer y apreciar.

-Esa palabra, beca, ¿significa lo que yo creo?

-¿Que la universidad pagará la mayor parte de sus gastos? Sí.

-¿Qué universidad, por ejemplo?

-Cambridge, Oxford, nuestra propia universidad caribeña, la de Jamaica.

-Columbia, en Nueva York -dijo Ranjit.

Sirdane reclinó en el asiento y dirigió una sonrisa a Carmody y otra a Ranjit:

-¿Dice usted que el muchacho podría estudiar en esos sitios?

-Sí, si usted lo ayudara económicamente, y él pusiera todo su empeño en lograr algo específico -aseguró Carmody.

-¿En qué está fallando?

Cuando Carmody le explicó que Ranjit, en las pequeñas cosas, lo hacía muy bien, pero que no se había concentrado en dar una dirección a su vida, a prepararse para una contribución importante, el viejo tendero no demostró extrañeza.

-Sé desde hace tiempo que Ranjit no se sentiría a gusto ocupando mi lugar. Tengo otros planes ... Uno de sus primos, que trabaja en un ingenio azucarero. Ese muchacho tiene ambiciones. -Luego se volvió hacia Ranjit-. El tiempo es un carro que cruza el cielo, fugaz, a tal velocidad que al oscurecer se oculta tras las nubes: Habla con el profesor Carmody. Averigua qué puedes hacer y, si en verdad tienes condiciones, como dice tu profesor, ya encontraremos el dinero. ¡Oxford! ¡Caramba!

En el trayecto de regreso a la escuela, Carmody estableció su plan:

-Has demostrado que sabes escribir, pero no que eres capaz de abordar un tema importante y desarrollarlo a fondo. Si puedes hacer eso, estoy seguro de poder conseguirte una buena beca. Recuerda esto, Ranjit: todas las universidades están en busca de muchachos muy inteligentes. Los de aptitud media se encuentran a montones.

-¿Qué debo hacer?

-No debes hacer nada, pero quiero que te dediques a un proyecto importante y que después me muestres lo que hayas logrado.

El niño no respondió, pero cuatro días después Carmody volvió a encontrar en su ,escritorio una hoja de papel, nuevamente rotulada: «Profesor

Carmody». Pero esta vez encabezaba un fajo de nueve cuartillas. El título del trabajo era: «Enseñanzas de mi abuelo Sirdar ... Antes de haber leído la cuarta página, tan india en su tema, tan madura en sus observaciones, el profesor murmuró:

-Es capaz. ¡Dios mío! Este indio salido de la nada es capaz.

*¿QUIÉNES SON LOS INDIOS DE TRINIDAD?: En 1845, los plantadores blancos de Trinidad despertaron, por fin, a los duros hechos: como los sentimentales de Inglaterra han declarado ilegal la esclavitud, no se nos permite tener más negros africanos, y los que ya poseemos andan brincando por ahl y gritando: «¡Somos libres! ¡Basta de esclavitud!».* Así pues, los propietarios enviaron barcos a Calcuta, con el encargo de importar grandes cantidades de campesinos indios. Estos, a su llegada, fueron clasificados en susurros como «nuestros esclavos de piel clara» y tratados como tales.

*MI ANTEPASADO, EL PRIMER SIRDAR: En uno de los barcos que tratan hindúes a Trinidad viajaba un hombre joven, de mente aguda y casta desconocida. Al ver que los propietarios británicos del barco necesitaban la ayuda de alguien para mantener el orden entre los hindúes, se anunció como antiguo Sirdar de casta distinguida, una especie de director general de todo, y se hizo tan útil que los comandantes lo aceptaron como sirdar, y el título le gustó tanto que lo conservó. Desde entonces, los Banarjee continuamos usándolo. Más adelante, cuando ya estaba ganando mucho dinero con su Tienda Portuguesa, reveló a sus nietos un secreto que ellos atesoraron, sin divulgarlo jamás: "Yo no me llamaba Banarjee. Mi casta era la más baja. No provenía de Calcuta. Y aprendí francés mientras estuve exiliado en Reunión». Según cuenta mi abuelo, cuando nuestro primer Sirdar, su propio abuelo, le contó la verdadera historia, concluyó diciendo: «Y soy el mejor comerciante, de cualquier color, que ha llegado a Trinidad».*

Carmody quedó encantado: en dos, párrafos, Ranjit, había definido sucintamente su linaje; pero le impresionó mucho más lo que el muchacho revelaba sobre los Banarjee del siglo actual:

*ELECCIÓN DE ESPOSA: Una de las primeras cosas que mi padre me enseñó fue lo importante que es hallar la esposa adecuada: «Ningún indio puede casarse con una negra. Sería imposible». Y en los años transcurridos desde 1845, con la llegada de los primeros indios a Trinidad, eso no ha ocurrido nunca entre los indios que conocemos. Pero me dijo lo mismo sobre las chinas, las portuguesas y, especialmente, sobre las blancas inglesas o francesas: «El hombre indio sólo puede casarse con una mujer india. Esa es la Ley que se antepone a cualquier otra». Los hombres como él esperan años enteros para casarse, hasta que pueden importar de la India una esposa como es debido.*

**LAS JOYAS COMO PRUEBA DE AMOR:** *Mi abuelo dice que cuando un indio ama realmente a su esposa, le regala joyas para demostrarlo. Encontré un diario íntimo de cierto viajero francés que en 1871, escribió sobre la esposa de mi tatarabuelo: «En Puerto España conocí a madame Banarjee, mujer de gran encanto, que usaba en cada brazo doce o catorce brazaletes de oro o plata macizos. Del cuello le colgaban cadenas de los mismos metales, con grandes discos de plata embellecidos con piedras preciosas del Brasil, en la nariz llevaba un diamante inmenso. En el momento en que caminaba hacia mí para saludarme, el valor de lo que llevaba encima debía de ser tremendo».*

**CÓMO TRATAR A LOS LADRONES DE TUMBAS:** *Cuando murió la esposa de mi tatarabuelo, él la enterró con todas sus alhajas. Un funcionario inglés protestó: «¡Está tirando usted una fortuna!»; y él replicó: «Ella me trajo una fortuna. No me gustaría encontrarla en otro mundo más pobre que cuando vino a mí». Tres días después, la policía se presentó en la Tienda Portuguesa para informarle que los ladrones de tumbas habían abierto el ataúd, llevándose todas las gemas y los metales preciosos. El dijo: "Las joyas eran de ella. Las usó como le pareció mejor». Pero cuando aparecieron algunas de las alhajas en las ferias de Trinidad, tiempo después, él tomó atenta nota de quiénes las tenían y cómo las habían obtenido. Poco más tarde varios hombres fueron hallados muertos, uno a uno.*

Carmody leía con creciente interés esas notas de la vida india, Ranjit no conocía sólo su herencia racial, sino también las fascinantes complejidades y contradicciones de la vida en Trinidad.

**LOS MUSULMANES:** *En Trinidad, de cada cuatro indios tres son hindúes, y el resto es musulmán, religión que no nos gusta a los hindúes. Cuando se habla de un esposo indio que ha cortado a su mujer la nariz o las orejas, uno puede estar seguro de que se trata de un musulmán que la ha sorprendido mirando a otro hombre. La desfigura a fin de restarle belleza, para que no pueda atraer a otros hombres. Los hindúes actúan de modo diferente. El hermano de mi abuelo imaginó que su esposa demostraba un indebido interés por otro hombre y le cortó la cabeza. Cuando lo arrestaron por el asesinato, no logró comprender a qué venía tanto alboroto. Al oír la condena del juez inglés, que lo condenaba a la horca, gritó al magistrado, a todo pulmón que se fuera al diablo. El sistema musulmán me parece mejor, pues el esposo aún dispone de su mujer, con nariz o sin ella. Mientras que el hermano de mi abuelo perdió a su esposa también su propia vida.*

Carmody estaba impaciente por ver qué podía decir Ranjit de la capacidad india para destacarse en los negocios, cualquiera que fuese la parte del mundo a la que emigraran. El muchacho no lo decepcionó:

LA ADMINISTRACIÓN DE UNA TIENDA: *El abuelo me dijo: "Puesto que la mayor parte del dinero está en manos de los blancos, debes ser amable con ellos pase lo que pase, sean cuáles sean sus protestas. Si dicen que la tela es mala, te la llevas. Y sigues enseñándoles mercancía hasta que queden satisfechos. Pero recuerda que no hay muchos blancos en la isla, por eso debes ser atento también con los ex esclavos. Si bien ellos gastan sólo peniques, se puede ganar mucho dinero haciendo que mucha gente gaste sus peniques. En los musulmanes no debes confiar, pero su dinero es legítimo. Y la gente que baja de los barcos, aunque sólo sea por unas horas, merece una atención especial, pues viaja y habla con otras personas. A veces uno recibe cartas de alguien a quien no conoce, sólo porque ha sido amable con otra persona y ésta habló bien de uno. Y esas cartas suelen incluir pedidos importantes. El abuelo me ha dicho, como a todos sus nietos: «La integridad lo es todo. Vive de modo tal que todos acepten tu palabra como compromiso de honor».*

Al leer esa cita, Carmody no pudo menos que sonreír; había oído en su club, por boca de dos abogados y un juez: .Sirdar Banarjee es el peor mentiroso de toda Trinidad, más Tobago y Barbados». Otra persona al oír ese comentario, agregó desde su mesa: «Cuando Sirdar jura que es jueves, consulta tu calendario, sin duda: es viernes, pero él jurará que es cualquier otro día de la semana, si así le conviene». Carmody, fascinado, trató de imaginar lo que su alumno diría al respecto.

LA LEY: *Puesto que los indios de Trinidad tienen la mala reputación de ser mentirosos y perjuros ante los tribunales. quise saber cómo explicaba eso mi abuelo. El me respondió: «Dicen que, como los hindúes no sabemos lo que significa jurar sobre la Biblia, todos somos perjuros. No es así. Yo sé muy bien lo que significa, Ranjit. Significa que Dios, allá en el cielo me está observando y quiere que diga la verdad. Pero el juez está aquí abajo, y mi deber consiste en decirle lo que él necesita para llegar a la decisión correcta. Tienes que abrirte camino entre esas dos personas que están por encima de ti. Y una buena regla para ello es la que adopté hace años: lo que, es bueno para la familia Banarjee es bueno para la isla de Trinidad. Eso me ayuda a saber qué debo declarar ante los tribunales». Más adelante me hizo un breve resumen de su enfoque del problema que los blancos denominan perjurio: "Das a Dios lo que El espera y al juez lo que él necesita».*

Carmody encontró tan diestra la redacción de Ranjit y tan ingeniosos y maduros sus irónicos comentarios, pese a que habrían podido pasar inadvertidas, que decidió insistir en su educación futura. Una tarde, terminadas las clases, invitó al muchacho a acompañarlo en un paseo por las colinas que rodeaban Tunapuna. Mientras contemplaban los verdes campos de Trinidad, le dijo:

-Puesto que tu abuelo está dispuesto a ayudarte a costear tu educación, Ranjit, y yo estoy convencido de que puedo conseguirte una beca, debes tomar



dos decisiones importantes. ¿A qué universidad irás? Y una vez en ella, ¿en qué vas a especializarte? Primero, la universidad: ¿Oxford o Cambridge?

-Tal vez preferiría ir a una buena facultad de Nueva York.

-Sería un error.

-¿Por qué?

-Vives en el Caribe. Tu futuro está en estas colonias inglesas ... digo, naciones ... entre los líderes que se han educado según el patrón inglés.

-Puede que ese patrón ya no sea tan útil. Tal vez me convenga ir al Japón. Como todos los Banarjee, tengo facilidad para los idiomas.

La idea desconcertó a Carmody. Ninguno de sus amigos, ya en Irlanda, ya en las islas, había tenido siquiera en cuenta la posibilidad de un breve viaje al Japón; ese muchacho indeciso, en cambio, hablaba de pasar allí los años formativos de su vida. Era absurdo.

-¿Qué opinas de la Universidad de las Indias Occidentales ... en Jamaica ... al menos, para la licenciatura? -Se interrumpió de repente-. Porque luego querrás doctorarte, ¿verdad?

-Bueno, si todo sale bien, quizá.

Irritado por la indecisión del muchacho, Carmody preguntó, gruñón: -¿Por qué no vas a Jamaica para tantear el camino? Te recibirán con todos los honores, no lo dudo. Y entonces podrás decidir dónde prefieres continuar. Oxford ... estoy casi seguro de que podrías ingresar. Tal vez la London School of Economics si tienes inclinaciones políticas.

-Sigo pensando que podría ir, a Columbia, en Nueva York.

-Como ya te he dicho, Ranjit, de nada te servirá estudiar en una universidad norteamericana si quieres vivir en una isla que, esencialmente, es británica. -El muchacho no replicó. -Debes decirme qué quieres ser.

-Un erudito. Como John Stuart Mili o John Dewey; Me gusta saber cosas. Tal vez estudie la historia de los pueblos caribeños. -Casi con timidez, añadió:- Sé leer en francés y en español.

Carmody analizó ese giro inesperado. Por fin se dio por vencido.

-Podrías rendir bien en ambos terrenos, Ranjit. Podrías seguir esos estudios y prepararte para un doctorado. en cualquiera de esas dos especialidades: la literatura o la erudición.

-¿Por qué antepone usted siempre la literatura?

-Porque el hombre que tiene pasta de escritor y no la aprovecha es un perfecto idiota.

-Carmody pateó unas piedras y acabó plantándose frente a Ranjit:-  
¿Has leído a alguno de los escritores irlandeses? ¿Yeats, Synge, Juno and the Paycock? Tienes que leerlos. Ellos tomaron una masa amorfa y la convirtieron en una nación. Alguien hará lo mismo con las Indias Occidentales. Podrías hacerla tú.

-No. Yo seré quien reúna los datos para que otro lo haga.

-En ese caso deberías pasar los tres primeros años en la Universidad de Jamaica.

-¿Por qué?

-Porqué allí conocerás a estudiantes, de las otras islas. Podrás aprender de ellos el carácter del Caribe.

-¿Por qué debo hacer eso?

-¡Maldita sea! -tronó Carmody, lanzando furioso piedras al valle que se extendía bajo ellos-. No te hagas el indiferente. Tú mismo has dicho que deseabas estudiar el Caribe. La contribución para la que estás óptimamente cualificado gira en torno a esta región. Eres nativo de Trinidad, una isla especial con oportunidades especiales. Eres indio, y tienes cierta perspectiva de las islas británicas y francesas. Eres hindú, y eso te dota con una visión única de las otras religiones que se practican en la isla. Y estás dotado de un excepcional sentido de las palabras y las frases inglesas. Tienes obligaciones, no sólo para contigo mismo.

Antes de que Ranjit pudiera reaccionar, el irlandés hizo algo de lo que todo profesor, llegado el caso, es consciente, aunque poco lo revelen: vincular al muchacho consigo.

-No sólo tú inviertes en esto, Ranjit; yo también. Todo profesor descubre a lo sumo uno o dos estudiantes prometedores en toda su carrera. Hay muchos buenos,- sí, pero muy pocos con verdaderas posibilidades de alcanzar la grandeza. Tú eres mi única posibilidad. Te he enseñado, he seguido tus progresos y escrito cartas para conseguirte becas. ¿Y para qué? Para que puedas aprovechar tu talento al máximo por el resto de tu vida. No tienes derecho a la indiferencia, pues yo voy contigo hasta la cima o hasta el abismo. Te he dedicado todos estos años míos en Trinidad. Tienes que avanzar, porque me llevas contigo.

Esa declaración sorprendió mucho a Ranjit, quien hasta entonces, nunca se había creído capaz de hacer ningún tipo de contribución; ni siquiera se veía como un adulto, dedicado a algo. Permaneció en silencio, con las manos cruzadas bajo el mentón, contemplando Trinidad como por primera vez. Vió los cañaverales en donde sus antepasados habían, trabajado como esclavos. A lo lejos, tanto que la vista no alcanzaba a distinguirlos, se alzaban los pozos de petróleo y las canteras de asfalto de los que dependían las riquezas de la isla. Tuvo una visión de sí mismo actuando como una especie de árbitro, reuniendo datos sobre ésta y otras islas, formándose opiniones sobre ellas para compartirlas con otros. En pocas palabras: había sucumbido a la tentación de imaginarse como erudito.

-Iré a Jamaica -dijo con solemnidad--, y me informaré bien.

Cuando Ranjit Banarjee, precoz hindú de quince años voló desde Trinidad a Jamaica para matricularse en la Universidad de las Indias Occidentales, quedó asombrado por la distancia que había entre las dos islas: más de mil quinientos kilómetros. Al estudiar el mapa del Caribe, descubrió que Barbados, mucho más al este, distaba más de mil ochocientos kilómetros de Jamaica, y le dijo a un estudiante negro que estaba también en la cola para matricularse:

-Jamaica debe de ser el peor sitio posible para abrir una universidad.

-Lo mejor habría sido ponerla en mi isla, pero Todos los Santos es demasiado pequeña -replicó en broma el muchacho-. En el Caribe, la geografía y la historia nunca se han puesto de acuerdo.

-¿A qué te refieres?

-Si Jamaica estuviera mil quinientos kilómetros más al este, donde hace falta, todo estaría bien -respondió el joven.

Las conversaciones de ese tipo se dieron con frecuencia durante el primer trimestre de Ranjit en la universidad. Cuando no lo dejaba atónito la amplia variedad de estudiantes muchachos negro azabache como el de Todos los Santos, chinos del extremo occidental de Jamaica, francófonos de la República Dominicana, y atractivas muchachas de tez clara, procedentes de Antigua y Barbados-, le sorprendía lo instruidos que parecían ser. Actuaban con serena seguridad, como si hubieran acudido a Jamaica para aprender algo. Seguro que fueron tan buenos alumnos como yo, se decía Ranjit, y sus primeros días de clases confirmaron esa opinión.

Esos jóvenes eran capaces. Todos se habían graduado en alguna de las loables escuelas que Inglaterra había diseminado por sus colonias, donde casi siempre había un excelente profesor como el señor Carmody del Queen's Own. Pero Ranjit notó también que la universidad no tenía estudiantes de Cuba, la mayor de todas las islas antillanas, ni al parecer, de Guadalupe o la Martinica.

Esos primeros días el joven no identificó a ningún estudiante indio, de las otras islas y sólo a dos de Trinidad. Por eso se encontró inmerso en una embriagadora mezcla de jóvenes procedentes de veinte islas distintas. Conforme escuchaba lo que iban diciendo, comenzó a adquirir cierta percepción del Caribe que con el tiempo se convertiría en uno de sus rasgos distintivos. Si un joven con fuerte acento holandés decía ser de Aruba, Ranjit quería saberlo todo sobre esa isla y preguntaba cómo se relacionaba con las otras islas holandesas del grupo: Curacao y Bonaire. Lo fascinó descubrir que Aruba tenía idioma propio: el papiamento, compuesto por palabras tornadas del lenguaje de los esclavos africanos, algo de holandés e inglés, y un poco de español.

-Lo hablan sólo cien mil personas en el mundo entero -dijo el joven de Aruba-, pero tenemos periódicos en papiamento.

Mientras Ranjit se preparaba para tres años de duro trabajo - presentándose a alguna materia durante las vacaciones se licenciaría en menos tiempo- descubrió que lo mejor de la Universidad de las Indias Occidentales era el profesorado, tan fascinante que, como antes, el muchacho se sintió atraído por varias disciplinas diferentes: antropología, historia y literatura.

La doctora Evelyn Baker, profesora blanca procedente de la Universidad de Miami, era una brillante socióloga que había realizado estudios especializados en cuatro islas distintas mientras preparaba su doctorado en la Universidad de Columbia, Nueva York. Poseía una comprensión global del Caribe que atrajo a Ranjit, pues el joven aspiraba a alcanzar lo mismo algún día. La mujer tenía unos cuarenta años, había escrito dos libros sobre las islas y era muy estricta con respecto a los exámenes, pues enseñaba como si cada uno de sus alumnos estuviera destinado a ser un sociólogo o un antropólogo. No tardó en detectar la capacidad de Ranjit y le dedicó una atención tan especial que, antes de terminar el primer trimestre, estaba segura de haber hallado en el inteligente muchacho indio un nuevo antropólogo cultural para la zona que amaba.

Sin embargo, el profesor Philip Carpenter -un joven negro de Barbados, menudo, nervioso y severo, que había estudiado en la London School of Economics, semillero de líderes coloniales- pronto vio en Ranjit una persona sumamente apta para la historia.

-Leí su aportación a la antología, Banarjee. Notable, su percepción histórica con respecto a los diversos Sirdar de su familia. Podría hacer una gran contribución. La historia de la comunidad india de Trinidad ... o de todo el Caribe. ¿Por qué prosperaron en esa isla? ¿Por qué no en Jamaica? -Se paseó durante un momento antes de preguntar-: ¿Se probó alguna vez a los indios para labores agrarias en Barbados? En realidad, no lo sé. Me gustaría que usted lo investigara, Banarjee. Prepare un trabajo sobre el tema. Los dos necesitamos saberlo.

Entre todos sus profesores, la más interesante era una negra de Antigua, que, se había especializado en la Universidad de Chicago, Illinois, y en Berkeley, California. Como experta en la literatura de los territorios coloniales, la profesora Aurelia Hammond había estudiado a los escritores religiosos del siglo XVII en Nueva Inglaterra y a los primeros novelistas australianos. Peco su talento inigualable consistía en saber relacionar la literatura con la realidad y fijar la etapa exacta del desarrollo de cualquier colonia, independientemente de su grado de servidumbre o libertad.

-Si una lee lo que dicen los soñadores y los poetas; sabe qué está ocurriendo en la sociedad,-dijo a Ranjit. Despreciaba mucho de lo que veía en el Caribe y no tenía reparos en decirlo-: Barbados y Todos los Santos siguen siendo, espiritualmente, colonias inglesas. Guadalupe y la Martinica deberían avergonzarse por haberse dejado convencer de que son una región indígena de la Francia metropolitana. La República Dominicana no sabe qué pensar y Haití es una deshonra. -En cambio, tenía un gran concepto de Trinidad-: Su mezcla de negros africanos, hindúes y comerciantes blancos tiene muchas probabilidades de crear un prototipo nuevo en la zona. -Pero reservaba su afecto personal a Jamaica-: No se imagina lo fascinante que fue para mí, una chiquilla negra de la recóndita Antigua, llegar a esta universidad y encontrar aquí un ambiente creativo, en donde confluían la música, el arte, la política, y los cambios sociales, y además en una isla pletórica de energía y esperanza.

Pocos de sus alumnos olvidarían su incandescente visión del Caribe. La educación de Ranjit no giraba sólo en torno de sus profesores; sus compañeros eran igualmente instruidos, sobre todo un jamaicano cuyos padres trabajaban en Londres.

-El año pasado me pagaron el viaje hasta allí. ¡Qué maravilla de ciudad! Hay cientos de indios de Trinidad, Ranjit. Te sentirías como en tu casa. - Tan encantado estaba con las virtudes de Londres que se proponía llevar a Ranjit. en las vacaciones siguientes-: Cuando la conozcas la convertirás en tu segunda patria. Por mi parte, en cuanto me licencie, ¡a la vieja Londres!

Ranjit se tomaba sus vacaciones en serio, como todo lo demás; a fin de recabar datos para sus trabajos, visitó unas cuantas islas antillanas aprovechando vuelos económicos. Conoció Cozumel, frente a la costa del Yucatán, pero no sintió afinidad alguna con los desaparecidos mayas: «Los egipcios son mucho más interesantes, por lo que he leído». Con otros dos jóvenes de otras islas, hizo un breve viaje a Haití y, al igual que sus compañeros, quedó aterrorizado por lo que allí vio. Uno de ellos dijo:

-¡Qué diferente es de una ordenada isla británica! ¡Por Dios, viven en chozas con los suelos de tierra y una sola habitación para ocho personas!

Cualquier estudiante negro o mulato de las otras islas quedaba invariablemente perplejo, sin comprender que los negros haitianos pudieran gobernar tan mal aquel atractivo país.

Una de las mejores excursiones que hizo, con los fondos limitados que su abuelo podía proporcionarle, fue un peculiar peregrinaje aéreo, organizado para estudiantes por una línea aérea caribeña, que cubría siete islas diferentes. No sólo conoció islas fascinantes, como San Martín, medio holandesa, medio francesa, sino también las grandes islas de Francia. Guadalupe lo dejó fascinado.

-En realidad son dos islas -señaló el guía-, separadas por un canal tan estrecho que casi se podría cruzar de un salto.

Cuando los estudiantes se reunieron en Basse-Terre para comparar notas, una joven muy atractiva se sentó junto a Ranjit. El muchacho quedó encantado, pues no se habría atrevido a acercarse a ella jamás. Supo que se llamaba Norma Wellington y era sobrina del médico de San Vicente, de religión anglicana. Norma cursaba los estudios preparatorios de medicina, y planeaba ir a Estados Unidos para doctorarse en administración hospitalaria. Era muy despierta, evaluaba las islas con objetividad y no demostraba una preferencia nacionalista por su propia isla. Por lo visto, el joven erudito hindú le resultó interesante, quizás, exótico, pues se acercó a hablarle muchas veces durante la excursión.

Ranjit, aún tímido con las mujeres, tenía dificultades para entablar ese tipo de conversación trivial con que los jóvenes de su edad intentaban impresionar a sus amigas. Sin embargo, mientras caminaba con Norma por una tranquila calle de Granada, hizo acopio de valor y preguntó:

-Siendo tan guapa, Norma., ¿cómo es que no tienes novio? Hasta podrías haberte casado.

-¡Bah, Ranjit!, tengo mucho que hacer antes de pensar en esas cosas -respondió ella, riéndose.

El muchacho interpretó eso como un rechazo, aunque Norma sólo había querido decir que antes debía ocuparse de sus estudios. Entonces descartó su incipiente interés por las mujeres y buscó consuelo en los trabajos que desarrollaba para sus tres profesores.

La profesora Hammond, que le enseñaba literatura, le dijo: -Usted puede ser escritor. Al menos sabe qué es un párrafo, cosa que no puedo decir de la mayoría de mis alumnos.

La doctora Baker, socióloga de Miami, comentó:

-Excelentes percepciones, señor Banarjee. En algún punto de sus estudios quizá le convenga escribir más a fondo sobre el síndrome de Barbados.

-¿Qué es eso? -preguntó él.

-La convicción de que uno, cuando lo desea con suficiente fuerza, puede detener la corriente del cambio.

Pero fue el profesor Carpenter quien dio un inmediato impulso al siguiente trabajo de Ranjit, con una inspirada conferencia sobre cierto personaje histórico, a quien definió como -el hombre más capaz que han producido hasta ahora las Indias Occidentales y uno de los principales arquitectos de la forma de gobierno norteamericana. Su conferencia se inició con el dramático relato de un típico huracán de las Indias Occidentales:

En 1755 nació, en la insignificante isla de Nevis, un niño ilegítimo que su pobre madre apenas podía mantener. Con la esperanza de mejorar su fortuna, la mujer se mudó a la isla danesa de Sainr Croix; allí, en la noche del 31 de agosto de 1772, su hijo vivió la experiencia de un gran huracán. Seis días después compuso un notable relato de la tormenta, que más adelante fue publicado por el Royal Danish American Gazette.

Sin revelar quién era el niño, el profesor leyó los primeros párrafos, de la carta, señalando lo conciso de la redacción y lo exacto de los datos científicos. Sólo al terminar la lectura de aquellos párrafos descubrió el nombre de su autor:

-Alexander Hamilton escribió este relato, cuando tenía quince o diecisiete años, no se puede precisar, pues, mintió sobre su edad durante toda su vida.

Luego inició una dura crítica sobre la presuntuosa parte central de la carta.

*Supongamos; aceptando su palabra, que sólo tenía quince años. Fijense ustedes en lo pomposo de estas frases: «Mis reflexiones y sentimientos, en esta tremebunda y melancólica ocasión son los que expreso seguidamente». Y con esta modesta introducción procede a escribir ocho párrafos de las tonterías teocráticas más, exageradas que puedan leerse. Permítanme ofrecerles algunos ejemplos:*

*«¿Dónde está ahora, oh, vil gusano, toda tu jactanciosa fortaleza y resolución? ¿Por qué tiembles y estas horrorizado?*

*¡Oh necio presuntuoso e impotente! ¿Cómo te atreviste a ofender a la Omnipotencia, de quien basta apenas una señal para detener la destrucción que pende sobre ti o para desintegrarte en átomos?*

*¡Oh pobre desgraciado! mira aún un poco más; contempla el abismo abierto de la miseria eterna. Allí podrías hundirte en breve justa recompensa a tu vileza.*

*"Pero mira, el Señor cede: Escucha tu plegaria. Los relámpagos cesan. Los vientos se apaciguan ... Espera aún. ¡oh vano mortal! Refrena tu inoportuno regocijo. ¿Tan egoísta eres que te alegras porque tu suerte es feliz en un momento de universal tristeza?"*

Cuando hubo atraído toda la atención de sus estudiantes, procedió a leer las peores efusiones de Hamilton, párrafos que hicieron estallar en carcajadas a los alumnos. Pero de inmediato las sofocó:

*Son los últimos párrafos de esta carta extraordinaria los que nos interesan. pues revelan como lámparas en la noche, al futuro político y organizador económico. Pronuncia un sentido grito en nombre de los pobres, desolados por la tormenta y apela a los ricos para que contribuyan con una justa porción de sus bienes a fin de ayudar a los desdichados. Me siento muy orgulloso de Hamilton cuando grita: «Mi corazón sangra; pero no tengo medios para consolar. ¡Oh. tú, que disfrutas de holgura, contempla las aflicciones de la humanidad y dona lo que te es superfluo para aliviarlas!». Aquí habla Hamilton, el hombre, el futuro genio financiero de una nueva nación: cargar impuestos sobre los ricos para socorrer a los pobres.*

*Pero es el último párrafo el que mayor admiración me causa.*

*Este niño de quince años se siente obligado a juzgar al gobernador de Saint Croix, y ahí vemos al futuro político, desplegando su capacidad y su deseo de intervenir: «Nuestro general ha promulgado varias reglas muy saludables y humanas; tanto en sus medidas públicas como en las privadas, ha demostrado ser el Hombre». Aquí habla el vigoroso capataz de principios del siglo XIX.*

Concluyó su conferencia con la información de que Hamilton, sólo por haber escrito esta carta, fue invitado a viajar a Norteamérica, con los gastos pagados por hombres mayores que veían en él un toque de genialidad. Allí recibiría educación gratuita en una escuela de Nueva Jersey y, más tarde, en el King's College de Nueva Cork. Con un garboso ademán, el profesor Carpenter finalizó:

-Por lo tanto, si ustedes redactan buenos trabajos, nadie sabe qué benéficos efectos podrían tener en su futuro.

Los alumnos aplaudieron tan briosa disertación.

La historia de Alexander Hamilton inflamó hasta tal punto la imaginación de Ranjit que, durante unos días, se paseó por el agradable recinto de la universidad, imaginándose en el centro, de un huracán que azotara Jamaica, después, como coronel combatiente junto a Lafayette y Kosciusko, y, por fin, pronunciando un discurso en Filadelfia, ante la Convención Constituyente, y actuando como ministro de Economía para salvar a la nación.



Pero en sus ensueños regresaba, insistentemente, al famoso huracán de 1772, al Hamilton juvenil, atrapado en medio del poderoso torbellino y, aun así, tomando nota mentalmente de lo que ocurría. El suceso cobró tan vívida realidad que dejó de asistir a clase durante toda una semana para componer un poema heroico, de ciento sesenta y ocho dodecasílabos. Al terminar, escribió a máquina tres copias y las repartió entre sus profesores, con una lacónica explicación: "Estaba ocupado. Perdone mis ausencias, por favor», Cada uno de los tres profesores leyó su poema con la convicción de que Ranjit había pasado sus arbitrarias vacaciones trabajando sobre las ideas promulgadas en su propia cátedra:

#### A ALEXANDER HAMILTON EN EL HURACÁN DE 1772

*El huracán que de mi isla me arrancó  
no tuvo un bello nombre como Bruce.  
Pudo llamarse Absurdo, Odio Racial,  
Injusticia, Pobreza, Desesperación.  
Tretas siniestras de países buenos  
para exiliar en tierras extrañas  
a sus mejores hijos ...*

Los primeros cincuenta versos de su poema resumían los motivos por los cuales un hombre como Hamilton, en su tiempo, o Ranjit en la actualidad, podían sentirse impulsados a emigrar. Algunas de las razones eran ridículas; la mayoría, verdaderas e ineludibles. Su exaltada recitación demostraba lo mucho que había madurado aquel muchacho indio de Trinidad desde que dejó la relativa calma de las clases de Michael Carmody en el Queen's Own, dos años antes.

Los sesenta versos siguientes pintaban el tipo de Antillas que habría podido retener a Hamilton: una sociedad utópica, en donde las razas y las clases sociales cooperaran para administrar las riquezas del azúcar, el algodón y las bananas, sin necesidad de recurrir al marxismo para que las condujera. Y los últimos cincuenta y ocho eran una sarcástica exposición de las causas por las que la cooperación no era posible, ni en el presente ni en el futuro.

En las últimas líneas hacía un amargo balance de la triste actuación de los líderes políticos en el doloroso periodo de 1958-1961, en que las islas británicas del Caribe estuvieron desesperantemente cerca de constituir una federación, y el intento se vio frustrado por la vanidad personal de tres hombres: Alexander Bustamante, el rimbombante líder jamaicano; Eric Williams, fatuo y novelesco portavoz de Trinidad, y sir Grantley Adams, blando anciano al frente de Barbados, quien aceptó el cargo de primer ministro de una federación que ya no existía, tratando en vano, aunque heroicamente, de mantener los fragmentos unidos. Los últimos versos eran luctuosos:

*El huracán regresa, el barco es arrastrado.*

*Pero ¿quién. como Hamilton habrá de hallar  
tierras nuevas en donde aplicar su talento  
y su visión de un mundo capaz de rehacerse?  
Hoy nuestro exilio lleva a tierras aún peores,  
donde se impone el odio, prevalece la fuerza  
y muere la esperanza.*

Tal como antes Michael Carmody en Trinidad, los tres profesores de Ranjit se encargaron de que el poema fuera leído en diversos lugares y recomendaron al muchacho para varias becas. Así, al igual que en el caso de Hamilton, como si las buenas acciones y los huracanes se repitieran, recibió tres ofrecimientos de becas para cursar el doctorado. Podía elegir entre tres campos de especialización diferentes, según cuál de sus profesores lo hubiera recomendado a determinada universidad: Chicago lo quería para historia; Iowa, para literatura; Miami para sociología.

Él oscilaba entre los tres, inclinándose primero hacia un lado, después hacia el otro. Lo primero que descartó fue la carrera literaria, pues seguía pensando que escribir no era su fuerte. Le resultaba fácil, obviamente, pero no lo hacía con la fuerza que creía necesaria para hacer de eso una carrera.

-Amo las palabras -explicó a su profesora de literatura, que le había conseguido la beca de Iowa-, pero, francamente me falta convicción, y ella, basándose en su larga experiencia con la literatura del Tercer Mundo, dijo en el dialecto de la zona:

-Si no tienes ese fuego en las entrañas, Ranjit, no tienes nada.-y le deseó buena suerte-. Tal vez tengas algo aún mayor, Ranjit. Tienes una integridad palpitante. Tal vez sea eso lo que más necesitamos en el Caribe.

En la primavera de 1973, al acercarse a su fin aquellos años de universidad, Ranjit consciente de que su decisión sobre el futuro flotaba aún sin rumbo sobre las bellas colinas de Jamaica, buscó el consejo de Norma Wellington:

-¿Qué debo hacer? ¿Qué harías tú, Norma?. Juntos vagaron por los cerros que se levantaban al este del campus, discutiendo el futuro de ambos.

-Yo tengo una beca para estudiar en la mejor escuela de enfermería de Estados Unidos -dijo ella.

-¿Por qué ofrecen eso a una joven de esta universidad?

-Porque los hospitales norteamericanos han descubierto que las mujeres antillanas son las mejores enfermeras del mundo. Llévate a las enfermeras caribeñas de Norteamérica y, en los estados del este, uno de cada dos hospitales tendrá que cerrar. -De inmediato, dándose cuenta de su propia

jactancia, añadió:- Quieren prepararme para administración hospitalaria. En Boston.

-¿Y vas a estudiar eso?

-Pues, la verdad, no lo sé. No vaya sentirme segura tan lejos de casa. Además, en Estados Unidos existe el problema racial.

-¡Vamos, si eres tan guapa como Lena Horne! Ella ya ganó esa batalla.

- Tú siempre piensas en términos histórico-sociológicos, ¿no?

-Sí. Me gusta anticipar cuál va a ser el resultado de las diversas combinaciones.

-¡Maldita sea, Ranjit! Tienes que decidirte. ¿Enfoque histórico? ¿Enfoque sociológico?

-Sencillamente, no lo sé.

Con ese melancólico egocentrismo que sólo describe adecuadamente la palabra francesa tristesse, los dos jóvenes, el oscuro hindú, de Trinidad y la bella mulata clara de San Vicente, pasearon por las colinas que cercaban la universidad, conscientes de que con la graduación terminaría hasta esa efímera amistad, apenas establecida. Para Ranjit habría sido imposible introducir una muchacha de color, por encantadora que fuese, en su círculo de amigos y parientes indios, sobre todo teniendo en cuenta que ella era anglicana. Para Norma resultaba igualmente inconcebible presentar a su familia un hindú, por instruido que fuera. Mientras caminaban bajo los altos árboles, él preguntó con cierta desesperación:

-Dame una respuesta franca, Norma. ¿Tú qué harías en mi lugar? Como ella vaciló, Ranjit añadió:- Hace más de un año que me conoces.

-Entre las universidades de Chicago y Miami, elegiría la de Chicago por un estrecho margen. Entre las dos ciudades, preferiría Miami por un margen muy amplio.

-¿Por qué? -preguntó Ranjit.

La respuesta de Norma le reveló lo que pensaban muchos jóvenes de las islas, tras haber estudiado el tema:

-Estemos de acuerdo o no, Miami está destinada a ser la capital del Caribe. No comerciamos con Londres, sino con Miami. Nuestro dinero proviene de allí. Cuando los antillanos queremos recibir atención médica u odontológica de primera, tomamos un avión a Miami. Allí hacemos nuestras compras. Cuando salimos de vacaciones no vamos a París ni a Londres, sino a Miami. En pocas

palabras: la mayor parte de nuestras ideas prácticas se concentran allí. Por tanto, si tienes la oportunidad de seguir el doctorado en Miami y no lo aprovechas, estás mal de la cabeza. -La muchacha vaciló, pues lo que iba a decir era doloroso, sobre todo para una joven nacida en una isla británica que estaba cayendo poco a poco bajo la dominación norteamericana-. Conviene conocer al enemigo. Ve a Miami.

De pronto dejó de caminar y se detuvo junto a un árbol para mirarlo. - Es horrible, ¿verdad?

-¿A qué te refieres? -preguntó Ranjit.

-Irás a Miami, encontrarás una plaza de profesor en Estados Unidos y no volverás jamás a Trinidad para ayudar a tu patria. Y en mi caso es aún peor, porque estoy más segura de eso: Iré a Bastan, seré la primera de mi promoción y conseguiré buenas ofertas para colaborar con la administración de los mejores hospitales norteamericanos. Maurice trabajará para DuPont, en Delaware, y no para alguna empresa de Granada que lo necesite. -Apartó la vista y siguió, bajando la voz: ¡Qué derroche tan lamentable! Año a año se priva al Caribe de sus mejores individualidades. ¿Cómo va a sobrevivir una región si permite semejante cosa?

Cuando volvieron al campus no había entre ellos ningún sentimiento de despedida trágica, al estilo de Romeo y Julieta. Eran dos jóvenes sensatos, pertenecientes al grupo más inteligente y educado del Caribe; sabían que sus dos culturas no podían mezclarse, pero esa imposibilidad no les producía sensación de pérdida: Norma sabía valorar la oportunidad que había tenido de conocer el pensamiento hindú, mientras que Ranjit agradecía esa escapada de las limitaciones que se le imponían en Trinidad. Cuando se separaron, ya en el recinto universitario, ni siquiera se dieron un beso. Norma habría deseado hacerlo, como gesto, de despedida, pero Ranjit era demasiado tímido. Tres días después se cruzaron en el vestíbulo.

-Será Miami -dijo él.

Iba a continuar la marcha, pero ella lo detuvo sujetándolo de un brazo.

-Me alegro mucho de que te hayas decidido por Miami. Allí se centrará la acción de ahora en adelante. Te envidio.

-Cuando esté nevando en Boston, ven a conocer la ciudad -propuso Ranjit..

-Quizá lo haga.

Pero la partida de Jamaica no sería tan plácida. Dos días antes de su regreso a Trinidad, cuando aún no se había matriculado para el doctorado de sociología, en la Universidad de Miami, estalló un disturbio mientras él estaba en

el centro de Kingston, disfrutando de una cena de despedida en un restaurante barato. Un grupo de negros, con largos mechones de pelo trenzado que les llegaban casi a la cintura; pasaron rugiendo por las calles, entre gritos incomprensibles. Algunos llevaban machetes y los blandían como enloquecidos. Otros acosaban a todos los turistas blancos que encontraban, gritándoles:

-¡Vete a tu casa, cerdo blanco!

En la confusión, Ranjit vio a una pareja blanca que caía en la calle; los dos estaban heridos y sangraban.

En lo peor del alboroto tuvo la idea de adelantarse para gritar: «¡No han hecho, daño a nadie!». Pero lo detuvo el miedo de lo que pudieran hacer aquellos negros con alguien como él, un hindú que no tenía privilegio alguno en Jamaica y despertaba antipatía en muchos isleños, blancos o negros.

Por eso permaneció inmóvil a la puerta del restaurante, tratando de hacerse invisible. Cuando los alborotadores pasaron a otro sector de la ciudad, los estudiantes jamaicanos que lo acompañaban le explicaron:

-Son falsos rastafaris, matones que asustan a la gente.

Pero al día siguiente, mientras viajaba en avión a su patria; el diario de Kingston decía, en grandes titulares: CUATRO MUERTOS EN DISTURBIOS RASTAFARIS.

Años más tarde, Banarjee diría: «Cuando bajé del avión en Miami, para el semestre de otoño, se me expandieron los pulmones, como en respuesta al clima de libertad y entusiasmo reinante. En aquellos años, los despreocupados inmigrantes cubanos estaban convirtiendo aquel soñoliento paraíso para ricos en una capital internacional. ¡Ah, qué vitalidad había en Miami por aquel entonces!».

Por suerte para Ranjit, cuando desembarcó en Miami, un joven negro que había viajado en el asiento contiguo al suyo lo vio mirar hacia todos lados, sin saber adónde ir, y gritó:

-¡Eh! Jamaica! ¿Buscas la universidad? Ranjit asintió con la cabeza.

-Pues quédate conmigo. Mi novia me espera en mi coche.

Al llegar al coche deportivo, Ranjit vio en el asiento delantero a una joven blanca, muy atractiva. Para sorpresa del hindú, la muchacha abrazó con

ardor a su compañero negro y se deslizó en el asiento para cederle el volante, mientras decía, alegremente:

-El coche es suyo, señor. ""Después explicó, volviéndose hacia Ranjit:- Cuando alguien es una estrella del rugby, los admiradores le consiguen un coche como éste. -Besó otra vez al conductor-. Y Paul es una estrella . ¿Tú adónde vas?

-A la Miami University -respondió Ranjit.

La muchacha lanzó un grito de fingido espanto y apuntó a Ranjit con el dedo:

-¡No digas eso nunca más! ¡Es una blasfemia!

-La Miami University es un rincón perdido en Ohio, que produce entrenadores de rugby. La Universidad de Miami está aquí, en el paraíso, y produce jugadores de rugby. Además, recuerda no llamarla nunca por su antiguo sobrenombre, Universidad del Bronceado, si no quieres que te rompan los dos brazos-le explicó Paul.

-Al principio -dijo la muchacha-, era un centro para hijos de buena familia incapaces de aprobar en el norte. Puro buceo y tenis. Los estudiantes le pusieron Universidad del Bronceado. Ahora es estupenda. Tiene buenos profesores y se estudia mucho.

-¿A qué te dedicas tú? -preguntó Ranjit, sorprendido de que ella estuviera tan enterada.

-Historia y filosofía, todo sobresaliente.

-¿Dónde vas a vivir, Jamaica? -le preguntó Paul.

-No soy de Jamaica, sino de Trinidad -explicó Ranjit-. Y no tengo ni idea.

-Un principio básico de estas tierras: la Autopista Dixie, también conocida por US-1, corre desde Cayo Hueso hasta la frontera con el Canadá, y separa a las ovejas de las cabras. Tú pareces cabra, e informó el deportista.

-¿Qué significa eso?

-Si tienes dinero y coche, vives al oeste de la Dixie, en el recinto universitario, en un edificio nuevo de dormitorios. Si no tienes dinero ni coche, has de vivir hacinado en alguna de las casas que hay al este de Dixie, para poder ir a clase andando. Yo conozco varias de esas casas.

Allí viven muchos antillanos. Te gustaría.

Para Ranjit, la universidad resultó tan apasionante cómo Miami. Atravesaba entonces la etapa de transición entre la Universidad del Bronceado y un centro de primera clase para el estudio de oceanografía, medicina, derecho, música, especializaciones en temas latinoamericanos, y artes liberales en general. Poco a poco, estaba formando una biblioteca importante y reclutando a enérgicos profesores para su claustro. Todavía no podía figurar entre las mejores universidades del país, pero tampoco era de las malas. Y era el sitio ideal para un estudiante como Ranjit.

Aunque sólo tenía dieciocho años al iniciar sus cursos de doctorado, Ranjit era tan inteligente y organizado que aprobó con mucha facilidad las materias obligatorias. Muy pronto se lanzó de cabeza al trabajo más avanzado. Como antes en su antigua universidad, tenía la ventaja de trabajar durante todo el año, sin tomarse vacaciones en verano. Los estudiantes del norte gruñían al ver acercarse el verano de Miami, con su calor atroz y su humedad. Ranjit, en cambio, florecía, como si su piel oscura rechazara los rayos del sol.

-Es que el verano de Miami es mucho más fresco que el de Trinidad - explicaba a sus compañeros.

-¿Allí hace más calor que aquí? Deben de asarse todos -le comentó un compañero.

-Así es -confirmó él.

Pero la rapidez de sus progresos y la aprobación de sus profesores lo catapultaba hacia un precipicio singular, que solía tragarse a los estudiantes extranjeros. Ranjit se habría mantenido en una feliz ignorancia del peligro hacia el que galopaba si no hubiera encontrado, un día de 1974, a un alto y cadavérico estudiante de filosofía, originario de Pakistán, que se lo llevó aparte para hacerle una paternal advertencia.

Mehmed Muhammad tenía unos treinta y cinco años. Desde hacía tiempo, Ranjit lo veía trajinar en la biblioteca, siempre muy respetuoso ante todos los profesores y con una perpetua media sonrisa que ningún desastre podía borrarle de los labios. Por su nombre y su origen, Ranjit suponía que era musulmán, y estaba en lo cierto.

-Soy de Labore. Mi difunto padre era un pequeño prestamista. -y añadió, en tono susurrante y confidencial-: Yo tenía un tío que me pagó los primeros siete años en Miami, pero ha muerto.

-¿Hace siete años que estás aquí?

-Sí. Déjame ver tus papeles de inmigración.

Ranjit le enseñó el formulario F-1 que le habían entregado en el Consulado Estadounidense de Trinidad, autorizándolo a visitar Norteamérica como no-inmigrante; eso significaba que no podía trabajar ni contar más adelante el tiempo dedicado a sus estudios en una solicitud de ciudadanía. En el aeropuerto, habían agregado a su pasaporte un formulario 1-94 -relativo a la duración de tal estatuto-, donde se advertía a Ranjit y a todo funcionario que examinara sus credenciales, que su presencia era válida sólo mientras mantuviera su condición de estudiante. Finalmente, de la universidad había recibido un 1-20, para certificar que era estudiante de una especialidad; en su caso, el doctorado en sociología.

-Bueno, tus papeles están en regla, pero estás sentado en una bomba de tiempo, amigo mío.

-¿Por qué?

-En conjunto, estos documentos significan sólo una cosa: que estás legalmente en Estados Unidos sólo mientras mantengas tu condición de estudiante. En cuanto eso termine, te vas.

Hablaba con esa persuasiva cadencia irlandesa que los indios y los musulmanes del subcontinente habían adquirido siglos antes de los primeros profesores de inglés llegados a la India: un grupo de irlandeses necesitados. Era una forma de hablar melodiosa, en cierto modo isabelina, y encantadora.

-El problema es, mi joven amigo, que si sigues aprobando al mismo ritmo que hasta ahora, en dos años sacarás el título y entonces perderás tu condición de estudiante y tendrás que volver a Trinidad. -Se estremeció. Nunca había estado en Trinidad y poco sabía de ella, salvo, que estaba llena de hindúes.

-¡Pero si yo quiero volver! -dijo Ranjit-. Para trabajar con mi pueblo. - Al, ver la estupefacción de Muhammad, le preguntó con ingenuidad:- ¿Tú no quieres volver a Pakistán?

Mehmed lo miró como a un niño idiota, cuyas preguntas fueran incomprensibles pero disculpables, y preguntó con mucha lentitud, mirándose los nudillos:

-¿Quién volvería a Pakistán, pudiendo quedarse en Estados Unidos?

-¿Y por qué no te quedas? -preguntó Ranjit.



-Es lo que quiero -explicó Mehmed-. Es lo que quieren diez mil paquistaníes. Pero en cuanto obtenga mi título de doctor en filosofía, ¡a casa! .

-¿Por qué sacarlo, entonces? -insistió Ranjit.

-No lo voy a sacar. Completaré todo el curso, redactaré la mitad de mi tesis y me pasaré a otra carrera. Tal vez a sociología, como tú.

-¿Por qué no a historia, con la preparación que tienes?

-Hace tres años me faltaban seis semanas para doctorarme en historia asiática, pero me pasé a filosofía justo a tiempo.

-Podrías pasarte así toda la vida. ¿Quién te paga la matrícula y el alojamiento? -Tengo otro tío.

-¿Por qué haces esto?

-Porque tarde o temprano aparecerá algo ... una nueva ley ... una ampliación de privilegios ... -replicó Mehmed.

-¿No piensas volver jamás a tu casa?

-América me necesita. Y créeme, señor Banarjee, cuando te falten seis semanas para doctorarte y te enfrentes a la perspectiva de volver a Trinidad, entonces tú también comprenderás que América te necesita.

Unas semanas después, en el semestre de primavera, volvió a encontrarse con Mehmed Muhammad. El paquistaní tenía buenas noticias:

-Me han aceptado en tu facultad. Sociología del conflicto entre musulmanes e hindúes. Podría escribir la tesis este fin de semana, si fuera necesario.

-Pero ¿habías hecho los cursos necesarios para cambiar de carrera?

-Pasé siete años en colegios y universidades de Bombay. Con la de cursos preparatorios que aprobé, podría seguir el doctorado en cualquier cosa, hasta en cálculo matemático.

En el verano de 1976, Ranjit interrumpió su larga zambullida hacia el doctorado para hacer una excursión en autobús a los estados norteamericanos que lindaban con Canadá. Quedó fascinado por el Glacier National Park y la fresca belleza de sus montañas, pero cuando un compañero de viaje que disfrutaba con su compañía le sugirió cruzar al Canadá; para ver la prolongación del parque, Ranjit se negó con visible miedo.

-¿,Qué pasa? -preguntó el otro viajero.

-Si saliera de Estados Unidos podría tener dificultades para volver a entrar.

-Es cierto. Siendo tan moreno, algún idiota de la frontera se regodearía deteniéndote. Bueno, de todo hay en este mundo, y lo que más abunda son idiotas.

Cuando se separaron, Ranjit permaneció en la mitad norteamericana del parque, recorriendo los llanos inferiores. Mientras contemplaba las Montañas Rocosas, con sus bonetes blancos, comprendió que se estaba enamorando de los Estados Unidos. Le gustaba Miami, especialmente, y ahora estaba dispuesto a aceptar la opinión de Norma Wellington: .. Es la capital del Caribe ... Ella tenía razón al asegurar que la mayor parte de las ideas que circulaban por el Caribe procedían de Miami. Con cierta melancolía, Ranjit pensó: Las Antillas son un hermoso grupo de islas; Norteamérica es el mundo real. Entonces, entre las altas cumbres de las Montañas Rocosas, se planteó por primera vez la posibilidad de permanecer definitivamente en Estados Unidos. Es aquí donde se tomarán todas las decisiones. España, Inglaterra, Francia .... todas esas naciones tuvieron su oportunidad, pero no lograron retener la supremacía. Ahora, para bien o para mal, le toca el turno a Norteamérica, y esta situación, añadió con cierto cinismo, puede durar cincuenta años, o hasta setenta y cinco. Pero ¿y después? Llegado a este punto de su razonamiento, se encogió de hombros.

Cuando volvió a Miami ese otoño, era un hombre nuevo, decidido a hacerse un lugar en el mundo académico estadounidense, y fue entonces cuando cobró conciencia de lo peligrosa mente cerca que estaba de doctorarse y de que todavía no había conseguido plaza en el profesorado de ninguna universidad. Su derecho a permanecer en el país en calidad de estudiante peligraba. Así pues, cambió rápidamente de especialidad y se dedicó a la historia. Esta vez, no se apresuró con las materias obligatorias. Las alargó durante cuatro semestres. y tomó largas vacaciones en verano, buscando excursiones baratas a lugares como Yellowstone y el Gran Cañón. Espaciando minuciosamente su trabajo y gastando con cautela la asignación que le enviaba su abuelo, estaba seguro de permanecer cuando menos tres años más como estudiante.

Fue en una peluquería de la Autopista Dixie donde su vida sufrió un cambio radical, tanto en su condición de ser humano como de estudiante. En 1981, tras haber logrado retrasar su doctorado en historia, había caído en la gratificante rutina del erudito: pasaba sus días en la biblioteca, redactando trabajos sobre uno u otro tema, y hacía de sustituto sin paga cuando sus profesores debían asistir a sus congresos anuales. Tanto para él como para muchos de sus compañeros era obvio que dominaba las diversas materias mucho mejor que los profesores titulares, y conocía infinitamente más a fondo las sutiles relaciones entre las diferentes disciplinas. Además, había logrado suavizar el áspero acento de Trinidad hasta que su forma de hablar resultó comprensible para los estudiantes norteamericanos.

Aquel día, en la peluquería, Ranjit tuvo que esperar a que dos estudiantes hispanos quedaran servidos. Cuando llegó, por fin, al sillón, el peluquero, un hombre alto que debía de haber llegado a Miami desde algún lugar del norte, se alegró de verlo.

-¡De dónde es usted, joven? Seguro que de algún país soleado, ¿eh? . Cuando Ranjit dijo que era de Trinidad, el peluquero se mostró encantado.

-¿No es allí donde hay un lago de asfalto? Eso nos dijo la maestra de sexto. Y los que habíamos visto construir carreteras con asfalto la tomamos por mentirosa.

-Ésa es Trinidad, en efecto.

-Pero ¿en Trinidad son todos del mismo color que usted?

Por su modo de preguntarlo era obvio que no tenía prejuicios. Sólo buscaba cordialmente información.

-Yo soy un poco fuera de lo común. Soy hindú.

-¡Caramba! ¿Los hindúes no son de la India? ¿Las cobras, Gandhi y todo eso?

-Correcto otra vez.

Ranjit comenzaba a disfrutar de ese cálido interés, pero entonces el peluquero dijo:

-Bueno, me alegro de que no sea un maldito cubano.

El muchacho se quedó petrificado, pues en la tienda de su abuelo, donde era preciso tratar con respeto a los clientes de cualquier color, había aprendido a ser tolerante.

-A mí me caen bien los cubanos -dijo sosegadamente.

-¡Que a mí también, eh, no vaya a creerse! -exclamó el peluquero, con franco entusiasmo-. Ellos han reconstruido Miami. Una de las mejores cosas que nos han pasado es que hayan venido los cubanos.

-Entonces, ¿qué ha querido usted decir?

-Me gustan los cubanos como grupo, y mucho. Pero lo que no me gusta es tener a un caballero cubano sentado en mi sillón. No me gusta nada.

-¿Por qué? -preguntó Ranjit, notando vagamente que otro hombre había entrado en la peluquería y se estaba sentando en una silla para esperar, aunque no habría podido decir de qué raza era.

-Usted se sienta aquí -explicó el peluquero-, un hindú bien parecido, y me dice: «Elmer, quiero que me corte el pelo». Quince o veinte minutos después, se levanta y me paga. Pero con un cubano nunca es así, y menos si tiene aproximadamente su edad. Se sienta en este sillón y pasa cuatro o cinco minutos indicándome cómo debo cortar el pelo. Lo quiere así y así. -El peluquero imitaba el acento cubano; era evidente que tenía bien ensayada su queja. Abandonó a Ranjit por un momento para dirigirse a sus otros clientes-. Uno de esos cubanos que acaban de salir estuvo cinco minutos dándome instrucciones. Tenía que ser exactamente de una determinada forma. Y cuando le he dado el espejo ... ¡horror! Lo mismo de siempre. «¿Puede cortar un poco más aquí? Y un poco más rebajado de este lado». Otros diez minutos de indicaciones. Y se pasa en mi sillón treinta y cinco minutos, por lo menos. Los últimos quince, con el espejo en la mano, pidiendo un .poquito más de aquí y un poquito más de allí. No quiere un corte, sino una obra de arte. -Interrumpió la imitación para dirigirse en especial a Ranjit:- ¿Y sabe por qué lo hacen? Pues porque para los jóvenes cubanos de esa edad, lo más importante del mundo es su aspecto. En el fondo, están convencidos de que si les hago un corte perfecto a las diez y media de la mañana y salen de aquí perfumados, alguna muchacha de la universidad pasará en su descapotable, se prenderá de ellos y se detendrá junto a la acera para preguntarles, con toda dulzura: «Oye, ¿te llevo a algún sitio?». Ellos subirán al coche y su vida habrá cambiado para siempre. -Concluyó garbosamente el corte de pelo, permitió a Ranjit una fugaz mirada al espejo y añadió:- Eso es lo que significa un corte de pelo para un cubano. Para un muchacho cualquiera, como usted, venido de, Dios sabe dónde, es sólo un corte de pelo. Usted era Juan Nadie cuando entró en mi peluquería y seguirá siendo Juan Nadie cuando salga - bromeó-. No espera ningún milagro. -Mientras cepillaba a Ranjit concluyó, afable.....: Pero reconozco una cosa: sería bonito que un buen chico como usted se encontrara en la calle con una niña rica, de la universidad, con un Cadillac descapotable, y ella lo invitara a subir. Porque si se casara con una así no tendría que volver a Trinidad al terminar sus estudios. -Ante los aplausos de dos clientes, puso fin a su monólogo:- Los cubanos, en general, sí. Pero un cubano en mi sillón, no, por favor.

Al salir de la peluquería, reconfortado por las joviales bromas del propietario, el desconocido que había entrado último se levantó para seguirlo. El peluquero, desolado al ver que perdía a un cliente, le advirtió:

-Sólo hay dos antes que usted.

Antes de que la puerta se cerrara, el hombre anunció con voz ronca, muy grave:

-En seguida vuelvo.

Así fue como Ranjit conoció a Gunter Hudak. No era hombre que se pudiera tomar a la ligera. Tenía unos cuarenta años y era de torso encorvado y musculoso, brazos potentes y cara morena y prognata, enmarcada en pelo negro que le cubría buena parte de la frente. Ranjit tuvo la sensación de que estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

-¿Podría hablar un momento contigo?

En ese primer momento, Ranjit comprendió que no debía acercarse en absoluto a aquel hombre, pero también que podía correr un peligro más grave si lo rechazaba. Por eso dijo, con voz débil:

-Sí.

-Me llamo Gunter Hudak. Yo a ti te conozco. Eres Ranjit Banarjee, de Jamaica y Trinidad.

-¿Y cómo lo sabe?

-Es mi oficio. Cuando un estudiante extranjero cambia de especialidad poco antes de doctorarse, la gente toma nota y me llama. -Hablaba en tono de conspiración, como dando a entender que él también podría haber sido extranjero- ¿Te importa que te acompañe, Ranjit?

A Banarjee le molestaba, pero tuvo miedo de admitirlo, por la actitud de sanguijuela que había adoptado aquel hombre.

-Mi oficio consiste en hacerte ver que el peluquero tenía mucha razón al contarte ésa historia.

-Yo no tengo nada contra los cubanos.

-Me refiero a la parte en que te salvarías de volver a Trinidad si alguna norteamericana se enamorara de ti y se casara contigo. -Antes de que Ranjit pudiera protestar, prosiguió-: Ella se casa contigo. Todo completamente legal. Como esposo inmigrante, estás dentro de la ley y nadie puede obligarte a abandonar el país. A los seis meses, ella pide el divorcio y hete aquí rumbo a la ciudadanía norteamericana. -Sin soltar el brazo del joven, susurró-: Y todo por cinco mil miserables dólares. La ciudadanía estadounidense para toda la vida.

-No soy tonto -dijo Ranjit, apartándole la mano.

-Tonto serás si no me escuchas. Pregunta en la residencia universitaria. Pregunta cuántos jóvenes como tú han obtenido la ciudadanía mediante una boda y un divorcio, Tal como yo lo hago es infalible -replicó Hudak.

Antes de irse metió en el bolsillo de Ranjit un trozo de papel. Luego desapareció entre el tráfico, Por la Autopista Dixie. Ya en la intimidad de su habitación, Ranjit leyó el papel: .. Gunter Hudak, San Diego 2119, Coral Gables. Podrían bastar cuatro mil dólares.

En los meses siguientes, Ranjit tropezó con Hudak más o menos una vez por semana. Si el hombre le dirigía la palabra, siempre con su voz grave y ronca, era para decir algo terrible: «Buenas noches, señor Banarjee. Supongo que ha oído usted hablar de los tres estudiantes que fueron deportados a Irán la semana pasada, porque expiraron sus formularios I-94.

Al comenzar el semestre de septiembre de 1981; su octavo año en Miami, algo distrajo la atención de Ranjit de sus propios problemas. Fue el asombroso anuncio de su compañero paquistaní, Mehmed Muhammad:

617

-¡Estupendas noticias! El gobierno norteamericano acaba de añadir profesores de matemáticas a la lista de ocupaciones preferentes.

-¿Qué significa eso?

-Bueno, la norma existe desde hace años. Si quieres entrar en Estados Unidos no tienes ninguna posibilidad. Hay una lista de espera de varios kilómetros. Pero si eres sastre y quieres entrar, el gobierno te dice «¡Perfecto, necesitamos sastres!», y te recibe con los brazos abiertos. Más aún, te busca, porque en este país no tenemos sastres suficientes.

Ranjit notó que hablaba de Estados Unidos con la primera persona plural, como incluyéndose. Esa misma semana Mehmed había pedido el traslado a la Politécnica de Georgia, donde iniciaría estudios para el doctorado en ciencias.

-Con los certificados que traigo de la India dijo a Ranjit-, puedo matricularme en un curso acelerado. Tal vez en un año me permitan inmigrar como profesor de matemáticas.

Cuando se hubo ido, Ranjit hizo cautelosas averiguaciones sobre las supuestas categorías exentas y se enteró de que Mehmed tenía razón. Hacían falta sastres, sopladores de vidrio para la fabricación de instrumentos científicos y todo un conjunto de curiosas ocupaciones, para ninguna de las cuales se hallaba Ranjit ni remotamente cualificado. Ese camino hacia la libertad le estaba vedado.

Se negaba a pensar en la proposición de Gunter Hudak, pese a que le había bajado el precio a tres mil dólares. Pasó el periodo de otoño en extraño estado entre la euforia y el aturdimiento. Sus estudios se acercaban poco a poco al doctorado en historia, y uno de sus trabajos sobre la experiencia holandesa en las colonias caribeñas había sido aceptado para su publicación en un periódico de

Amsterdam, lo cual provocó un comentario de generosa envidia en un joven profesor, doctorado en Yale:

-Banarjee, deberíamos establecer un doctorado en todo. Usted sería el primero en obtener el diploma. ¿Cómo marcha esa tesis?

Ranjit tuvo, la tentación de responder: «Despacio, gracias a Dios». Antes de empezar noviembre, Mehmed estaba nuevamente en la universidad, exhibiendo el mismo entusiasmo que al partir hacia la Politécnica de Georgia:

-¡Tengo noticias estupendas, Ranjit! Las matemáticas eran más difíciles de lo que yo esperaba. Podría haberme doctorado, claro, pero en un año, no. ¿A que no adivinas qué ha pasado?

-Algo prometedor, sin duda.

-Mejor que eso -dijo Mehmed-. Tengo la salvación a mi alcance, y en bandeja de plata.

-Cuéntame.

-El gobierno ha añadido una nueva categoría a sus ocupaciones preferentes., ¡Enfermeros de sexo masculino! Sí; la escasez ha alcanzado un punto crítico. Me he matriculado en un curso avanzado, aquí mismo, y con mis certificados ... En mis tiempos estudié ciencias. Dicen que hacia junio podría obtener el diploma. Y en cuanto lo tenga ...

Cuando Ranjit estudió las nuevas listas, descubrió que, efectivamente, había demanda de enfermeros, pero como no tenía condiciones para ese trabajo y se estaba acercando peligrosamente al fin de su doctorado en historia, cambió su especialidad por la filosofía, justo a tiempo. En realidad, eso había sido desde el principio lo que más le interesaba: el estudio de los valores permanentes de la humanidad y el modo de organizar el pensamiento.

Aliviado por esta salvación de último momento, pasó gran parte de ese año académico, 1981-1982, explorando el sistema de valores de Miami. A medida que iba comprendiendo las complejidades de la ciudad, apreciaba más y más los heroicos reajustes sociales realizados. La invasión de cubanos había sido digerida con relativa facilidad. Sin duda, éstos no tardarían en apoderarse del mando político de la ciudad y también del estado; a algunos anglos .. -como se llama a los norteamericanos blancos de origen no hispano- eso no les gustaba, pero eran muy libres de marcharse a las elegantes comunidades costeras de más al norte, como Palm Beach.

Le preocupaba el índice de delincuencia. Cierta día, cuando volvía a su casa desde el centro de Miami, se rió de sí mismo: En Trinidad me irritaba la aversión de los blancos por la costumbre india de acuchillar a la gente,

especialmente a las esposas, y ahora heme aquí, en Miami, horrorizado porque los hispanos apuñalan con mucha frecuencia a sus mujeres y a sus mejores amigos. Plus ça change, plus c'est la même chose. Nunca pudo tomarse a broma, en cambio, la amenaza de la droga, que incidía en casi todos los aspectos de la vida en el sur de Florida, era incapaz de imaginarse a sí mismo introduciendo voluntariamente en su cuerpo cualquier sustancia destructiva: nicotina, alcohol, medicamentos adictivos y, mucho menos, drogas inyectadas en el riego sanguíneo.

Miami tenía su lado oscuro, sí; pero, en general, era una ciudad mágica, con kilómetros de tentadoras playas, rascacielos cada vez más hermosos y el encanto permanente de la calle Ocho, tal como se llamaba ahora a Eighth Street, pues allí se manifestaba en todo su sabor la vida caribeña mediante carnavales, celebraciones y la diaria expresión de la raza hispana. «No es tan divertido como el carnaval de Trinidad», decía Ranjit a sus amigos, «pero puede pasar ...

Sin embargo, Ranjit sabía que no podía seguir engañándose indefinidamente. El no estaba en Miami para disfrutar del carnaval; su obligación era obtener un doctorado universitario, y corrían rumores de que los alumnos extranjeros que llevasen demasiados años de residencia, recibirían un ultimátum: - Termine su tesis, recoja su título y váyase ... Ranjit era consciente que esa última palabra significaba «salga del país».

Puesto que estudiaba en la universidad desde 1973 y ya corría 1984, sus días estaban contados. La universidad, naturalmente, ya había tomado enérgicas medidas contra Mehmed Muhammad, que iba y venía de una especialidad a otra desde 1967, durante diecisiete ostensibles años; pero el paquistaní había evitado la expulsión matriculándose una vez más en otra especialidad exenta: la enfermería. Mehmed era un hombre con iniciativa, pues tras haberse concurado con uno de los médicos del hospital en donde trabajaba como voluntario para cumplir las necesarias, prácticas preliminares, lo persuadió para que le prestara su coche mientras estaba de guardia e invitó a Ranjit a compartir una de las aventuras más apacibles que ofrecía Miami: contemplar los barcos que se hacían a la mar. Con Mehmed al volante, los dos se pusieron en marcha entre el turbulento tráfico de la Autopista Dixie, una de las más transitadas de Norteamérica, donde los jóvenes veraneantes, los universitarios irresponsables y los cubanos anarquistas interpretaban un semáforo en rojo como una orden de pisar el acelerador y circulaban a más de cien kilómetros por hora en pleno centro de zonas pobladas.

-¿Sabes conducir? -preguntó Ranjit.

-He observado a otros -dijo Mehmed-. No ha de ser muy difícil.

-¿No tienes carné?



-No, pero ¿quién va a detenemos?

Y con un aplomo que asombró a Ranjit; el flaco paquistaní se introdujo en medio del tránsito, aullando maldiciones en urdu a todo el que se negaba a apartarse de su camino. Así llegó milagrosamente a un lugar mágico, donde todos los sábados, a las cinco de la tarde, la gente aparcaba sus coches para contemplar a los grandes cruceros de distintas compañías que partían hacia las islas del Caribe.

En Norteamérica no había otro sitio como aquél, pues el canal era tan increíblemente estrecho que los observadores veían con claridad las caras de los pasajeros alineadas sobre las barandillas de los grandes barcos cuando éstos pasaban. Sonaban las graves sirenas, tocaban las bandas, los viajeros lanzaban gritos de júbilo, y los congregados en tierra hacían sonar las bocinas. El desfile continuó durante una hora, para regocijo de Mehmed.

-Podría alargar la mano y tocar a ése. -¡Míralos, ahí van! -exclamó Mehmed-. Cuando consiga el diploma de enfermero, estudiaré medicina. Al acabar, pediré un puesto de médico en ese barco que pasa. .. Señora, temo que se le ha reventado el apéndice. Es cuestión de vida o muerte. Debo operar de inmediato. Y en pleno vaivén del barco, quizás incluso durante un apagón, un par de tijeretazos y .. ; ¡fuera el fatídico apéndice! ¡Otra vida salvada!

Ranjit, pese a su deseo de permanecer en Estados Unidos, experimentó un atisbo de nostalgia.

-¡Cómo me gustaría ir a bordo de alguno! Jamaica, San Vicente, Trinidad...

-¿Tan hermosas son las islas?

-Sí.

Siguiendo un impulso, Mehmed se apeó de un salto y corrió al borde del canal para gritar al último barco, que pasaba a pocos metros:

-¡Gran barco! ¡Detente! ¡Llévate a mi amigo Ranjit!

Desde la barandilla, los pasajeros saludaron con gritos al paquistaní, que agitaba frenéticamente los brazos.

Era imposible seguir evitando lo que Mehmed llamaba «el destino implacable». Por eso llegó la noche en que Ranjit debió morder el anzuelo. Paseando lentamente por las calles al este de la Dixie, llegó por fin a la dirección anotada en el papel que guardaba en su billetera. Al acercarse al 2119 de San Diego desde el lado opuesto de la calle, estudió aquella casa vulgar, de dos plantas, imaginando que dentro ocurrían todo tipo de cosas desagradables. En el

momento en que estaba a punto de escapar, por detrás, una mano firme lo sujetó del brazo derecho.

-Buenas noches, señor Banarjee. Lo estaba esperando. Hablemos. Era Gunter Hudak. No lo hizo entrar en la casa, sino que caminaron por callejuelas apartadas hasta llegar a un restaurante de la calle May, nada cerca de la universidad. Sin explicar por qué habían ido allí, Hudak le hizo entrar y acercarse al mostrador. Una amable mujer, que ya se aproximaba a los cincuenta años, le preguntó:

-¿Sí? ¿Qué va a tomar?

Como Ranjit vacilaba, Hudak respondió por él:

-Una gigante con patatas fritas y un batido de vainilla.

Para él pidió una hamburguesa más pequeña y un batido de frutas. Mientras se acomodaban en los taburetes giratorios, atornillados al suelo, el hombre dijo, con su voz ronca e insinuante:

-Aquí trabaja mi hermana. ¿Quién supones que es?

Ranjit estudió al grupo de muchachas que servían los pedidos. Una de ellas, tal vez ante una señal de su hermano, se puso en un sitio donde se la viera con claridad. Así, de pie bajo la luz intensa, parecía una joven hermosa.-¿Su edad? Nadie habría podido determinarla. Tenía más o menos la estatura de Ranjit, la esbelta silueta de los veinte años, y un rostro atractivo, de facciones regulares, enmarcadas por un pulcro pelo castaño. Pero su cara, además de invitar, resultaba perturbadora, pues revelaba lo que podría ser la dureza adquirida de una mujer de cuarenta años. Aun así, cualquier hombre la habría mirado dos veces, y Ranjit lo hizo.

-Creo que ésa -dijo.

-Acertaste. Ella es la que quiere casarse contigo.

Entonces hizo una señal claramente perceptible, y la hermana dejó de vigilar las patatas fritas para acercarse, con andar remilgado y a la vez resuelto, hasta donde se encontraban su hermano y el nuevo cliente.

-Hola -dijo, al acercarse al taburete de Ranjit-. Me llamo Molly.

La muchacha lo miró de arriba abajo, con unos ojos que parecían estar diciendo: «¡Por Dios, qué guapo eres!». Ranjit, que nunca había sido objeto de semejantes miradas, quedó demasiado aturullado para hablar, pero ella continuó:

-Mi hermano me ha contado cosas muy interesantes de usted, señor Banarjee. No sería sólo un placer, sino una experiencia de lo más excitante. Un príncipe indio. Elefantes, tigres, el Taj Mahal... Sería maravilloso.

-Estoy muy lejos de ser un príncipe indio. Y también estoy muy lejos de la India. Crecí en una tienda de Trinidad -murmuró Ranjit torpemente.

-Estoy segura de que es un buen sitio -comentó ella. Se disculpó, pues acababa de sonar un timbre para indicar que se estaban acumulando las patatas fritas. Tengo que dejarle, señor Banarjee; aquí se despide al que no cumple con su trabajo. Pero sería un honor.

Puesto que nadie había dicho una palabra sobre qué sería tanto honor para ella, Ranjit se quedó en ayunas. Pero en cuanto estuvo otra vez con Gunter en la calle, éste empezó a insistir:

-Bueno, Banarjee, sé perfectamente que necesitas hacer algo antes de que termine junio. No puedes volver a cambiar de especialidad. Y ya has terminado la tesis. Conozco a la muchacha que la mecanografió. Así que esta vez te doctorarás y tienes que volver a la vieja Trinidad. A menos que te cases con Molly y hagas lo que hemos pensado. Es seguro, es rápido, y cuesta poco. Molly y yo podemos hacer nuestra parte por dos mil quinientos. Decídete. ¡Ya!

Espetó la orden con tanta energía que Ranjit creyó no tener alternativa. Totalmente confundido, aceptó la propuesta. Hudak, tan pronto como tuvo el sí del hindú, se convirtió en un organizador duro y astuto. Llevó a Ranjit a casa de los Hudak, lo presentó a sus padres y dijo que esperarían allí hasta que volviese Molly. En cuanto la muchacha apareció, el hermano dio comienzo al programa de adiestramiento:

-Cada una de las palabras que voy a decir es crucial. De ahora en adelante, vosotros dos actuaréis como si estuvierais enamorados. La gente debe veros juntos, para que más adelante podamos citar testigos. Tú, Banarjee, te dejarás ver en el restaurante cinco noches por semana; la mirarás embobado y la acompañarás a casa. Os pararéis bajo las farolas de la calle, para que se os vea bien. Comerás aquí tres veces por semana. Iréis a los cines de la Dixie. Estáis profundamente enamorados y lo demostráis con pasión.

Dió algunas instrucciones adicionales a Ranjit. Debía dejar un rastro de papeles en la universidad, discutir el asunto con sus profesores, mantener una sesión con un consejero religioso sobre los problemas del casamiento entre hindúes y católicos y otras dos sesiones con el cura de Molly. Debía comprar un anillo en compañía de la muchacha y conservar el recibo fechado. Hudak había adquirido mucha experiencia en otras bodas acordadas anteriormente; sabía cómo fabricar las pruebas de que el enlace entre Banarjee y Hudak era un puro acto de amor, y cómo dirigir a sus actores para crear y mantener esa ilusión.

Durante seis semanas, Ranjit vivió en un doble mundo de sueños. Permitted que su doctorado en filosofía galopara hacia el final; y al mismo tiempo cortejó a Molly Hudak, lo cual implicaba algunos elementos extraños. Cuatro o cinco noches por semana se sentaba en el restaurante, contemplándola como si la amara; al terminar la segunda semana, ya no necesitaba fingir, pues ella era una muchacha deliciosa. A veces, Ranjit imaginaba lo estupendo que sería estar casado con ella, aunque fuera por un tiempo breve. La acompañaba fielmente a su casa, pero la muchacha nunca le permitía que la besara. Por fin, cuando entregó los dos mil dólares que habían acordado, no fue Molly quien los cogió, sino Gunter, diciéndole:

-Ni el olor de este dinero debe rozarte, Molly. Investigarán cada centavo que tengas.

-¿Cómo que investigarán? -exclamó Ranjit.

-No lo creerías -le explicó Hudak-. Lo revisarán todo como perros de presa. Pero nosotros sabemos cubrir nuestro rastro. De ahora en adelante haz lo que yo te diga.

Nunca llegó a decir, aunque sin duda lo pensaba: "Sé que podemos confiar en Molly, que ha hecho esto muchas veces. Pero temo que tú, estúpido indio, no estés a la altura de las circunstancias.

El incómodo noviazgo seguía su curso. Ranjit no se limitaba a convencer a los espectadores de su enamoramiento: lo gratificaba que una joven tan atractiva se interesara por él, de modo que no tenía que fingir mucho. Llegó el día en que los Hudak, Ranjit Banarjee y Mehmed Muhammad, disfrazado de padrino, entraron en un juzgado del centro de Miami para la ceremonia civil.

El resto del día fue un infierno tan espantoso que Ranjit, en años posteriores, trataría de creerlo irreal. La pareja llegó a la casa de los Hudak haciendo bastante ruido; así los vecinos podrían atestiguar que los recién casados vivían juntos allí, en caso necesario. Cuando la puerta de la calle se cerró tras ellos, Gunter, con una voz como un rugido que Ranjit no le conocía -una voz fea, siseante-, estableció las reglas:

-Vivirás en esta casa hasta que Molly pida el divorcio, Banarjee; pero dormirás en el sótano. Como cuarto de baño usarás el lavadero. No comerás nunca con nosotros. Y si llegas a tocar a mi hermana con la punta de un dedo, por Dios que te rompo las dos piernas por encima de las rodillas. ¿Has entendido? – Acercó la cara a la de su aterrorizado cuñado con un gesto tan amenazador que Ranjit retrocedió un paso. Pero Gunter continuó: ¿Has entendido, hindú mugriento? Si tocas a mi hermana, te mato.

En Coral Gables, las casas modernas no tienen sótanos, pues la tierra es demasiado plana y el océano cercano podría inundarlos de agua lodosa. Sin

embargo, la vieja casa de los Hudak había sido construida en una pequeña elevación, por lo que el constructor se había arriesgado a ponerle un sótano, que ahora era un cuartucho mohoso y fétido. Allí, Gunter había instalado una tabla de madera, sobre la que su madre arrojó dos mantas a manera de colchón, y una manta más como abrigo. Sería el dormitorio de Ranjit, sin la mínima ventilación necesaria y con un herrumbroso lavadero de zinc por baño, donde sólo tenía agua fría. Le dieron una lata a manera de orinal, e instrucciones de utilizar baños públicos cuando pudiera. Bajo ninguna circunstancia podía entrar en el de los Hudak.

Para completar el tormento, debía presentarse en el restaurante cuando menos cinco noches por semana y acompañar a su esposa a casa después del cierre. En cierto sentido, ésa era la parte más cruel del trato, pues él se encaramaba en uno de los taburetes y contemplaba a Molly mientras ella se ocupaba de sus tareas, una mujer joven y hermosa de quien cualquiera se hubiese enamorado. La esperaba hasta el final de su jornada, y cuando salía, paseaban juntos, en silencio, ya que ella se negaba a dirigirle la palabra. Una vez, en su desesperación, le gritó mientras caminaban junto a la autopista:

-¿Cómo te metiste en algo tan sucio; Molly?

Ella se negó a responder. Debió de informar al hermano de que su esposo se estaba poniendo pesado, pues esa noche Gunter lo cogió por el cuello y empezó a golpearle la cabeza contra la pared de la sala.

-Te advertí que no tocaras a mi hermana.

-No la he tocado -jadeó Ranjit.

-Pero le has gritado -chilló Hudak-. Si vuelves a hacerlo, te mato.

Como ésa era la segunda vez que Gunter repetía la amenaza, Ranjit tuvo que tomarla en serio. Cada vez que se acostaba en el húmedo sótano, despertaba sobresaltado al menor ruido, temiendo, con razón, que los Hudak bajaran a asesinarlo.

Ranjit se distrajo del horror en el que vivía con la inesperada aparición de una amiga de confianza, que llegó como suelen hacerlo los amigos, justamente cuando más la necesitaba, pero también en un momento decididamente incómodo, cosa que también ocurre con frecuencia. Era Norma Wellington, administradora hospitalaria, la inteligente muchacha de San Vicente. Ahora contaba con la ciudadanía estadounidense, un diploma de enfermera obtenido en Boston y un puesto de responsabilidad en un hospital medio de Chicago. Había llegado a

Miami como miembro de un comité de cuatro personas enviado para asesorar sobre la interrelación entre los distintos hospitales de la ciudad. Como sabía que Ranjit Banarjee vivía en Miami, lo rastreó por toda la universidad, hasta enterarse de que tenía un cubículo permanente en la biblioteca, donde guardaba la pila de libros que usaba día a día en sus diversos estudios.

El cuartito no tenía teléfono. Un bibliotecario acompañó a Norma hasta la puerta. Al abrirse ésta, apareció Ranjit, sentado entre sus montañas de libros.

-¡Ranjit, qué maravilla! -exclamó ella, con sincera satisfacción. Los años pasados, y el puesto importante que ocupaba la habían madurado de un modo que él no habría podido prever. Cuando Norma y aquel hombre de casi treinta años quedaron a solas, la diferencia entre ambos se hizo muy visible. Norma era una mujer adulta, madura, que todos los días actuaba entre adultos tan capaces como ella, pues había aceptado y absorbido los años según iban pasando, sin luchar contra lo inevitable ni rendirse a ello. En Chicago, su piel de mulata clara no era un estorbo ni una ventaja, pero le había permitido esquivar fácilmente los romances con los médicos y los miembros masculinos de su personal. Norma Wellington estaba tan bien adaptada como podía estarlo cualquier joven de veintinueve años, procedente de una isla diminuta como San Vicente.

Ranjit, por el contrario, siempre había sido reservado, muy retraído en su adolescencia, tímido con las chicas cuando el sexo opuesto empezó a tener importancia en su vida, y ahora estaba totalmente desorientado por su relación con los espantosos Hudak. Vaciló al dar la bienvenida a Norma; teniéndola frente a frente, no supo cómo hablar de sí mismo.

Hablaron de cosas intrascendentes durante un rato. Luego, con una sutileza que ninguno de los dos habría podido explicar, ella insinuó que no había viajado a Miami sólo por motivos profesionales. Sus experiencias en el refrescante aire de libertad de Chicago habían barrido casi todos los prejuicios adquiridos en San Vicente y Jamaica; ahora le importaban un comino las diferencias entre hindúes y anglicanos, indios y antillanos. A veces, presionada por un hombre u otro, los había comparado con Ranjit Banarjee. Siempre ganaba éste, pues ella lo recordaba estudioso, siempre en busca de la verdad, cualquiera que fuese, y con un corazón grande; capaz de abarcar a toda la especie humana. Era, para ella, un hombre de mérito. Cuanto más pensaba en él, en esos años de progresos, más atractivo lo encontraba; más deseaba poder reanudar la relación.

Cuando ese propósito quedó casi expuesto, Ranjit se echó atrás, temblando de miedo. ¡Por Dios, ha venido a verme a mí!, pensó. Ella, al mismo tiempo, se dijo: He ido muy lejos, pero él sigue siendo tan tímido que debo decirle algo.

Lo que dijo no fue prudente, pero surgía del corazón de una joven muy equilibrada; que no disponía de muchos años para malgastar:

-Muchas veces he deseado verte, Ranjit. Esas conversaciones que manteníamos en la universidad ... fueron, en cierto modo, la mejor parte de mi educación. -Como él no decía nada, Norma continuó:- En aquellos tiempos, me parece, tú y yo pensábamos que un hindú y una anglicana ... eran irreconciliables. Pero después de trabajar en Chicago ...

-Norma -barbotó él, con su ineptitud de siempre, estoy casado. Ella vaciló apenas un momento. Luego, serena y diestramente, dio por finalizada la exploración:

-¡Qué estupendo, Ranjit! ¿Puedo invitarte a almorzar con tu esposa?

El no tuvo valor para contarle en qué desastre se veía atrapado.

-Lo siento, pero ella trabaja -se disculpó.

Norma, ante tan patética respuesta, pensó: Pobre Ranjit, ha ocurrido algo horrible. Pero no trató de averiguar qué era. En vez de eso, se retiró a su propio caparazón y empezó a evaluar más favorablemente a cierto joven ginecólogo de Iowa. Sin embargo, tanto ella como Ranjit sabían que entre ambos pendía una propuesta matrimonial rechazada.

El viaje hasta la universidad no fue, no obstante, tiempo perdido. Ranjit, para escapar de su bochorno, recurrió a su amigo paquistaní, Mehmed Muhammad:

-¡Norma! Hay una persona que Jlle gustaría presentarte.

Mandó a un bedel de la biblioteca al cubículo que Mehmed ocupaba desde hacía diecinueve años. Cuando el alto muchacho acudió, arrastrando los pies calzados con pantuflas, Ranjit exclamó:

-¡Mehmed! Tengo una noticia maravillosa. Te presento a la doctora Norma Wellington, directora de un importante hospital de Chicago. Norma, éste es mi gran amigo Mehmed Muhamrnad, que está a punto de recibir el diploma de enfermero ... y va a ser de los mejores.

Norma y Mehmed se entendieron de inmediato, pues ella lo catalogó en pocos segundos: ¡Cuántas veces te he visto! El estudiante perpetuo. ¡Quién sabe cuántos años llevas en la universidad! Soltero, simpático, . afectuoso. Te esfuerzas desesperadamente por permanecer en Norteamérica. Y Norteamérica te necesita.

-¿Cuánto le falta para doctorarse? -preguntó.

-En junio -fue la respuesta.

Ranjit, que los observaba con atención, no pudo dejar de ver el amable desdén con que Norma, una muchacha trabajadora y seria, trataba a Muhammad, el estudiante vagabundo. Lo asaltó un pensamiento horrible: ¡Dios mío! ¿Así me verán a mí? ¿Un indio silencioso, que se mantiene al margen de todo sin molestar a nadie, trajinando por aquí año tras año? Este torrente de dudas se interrumpió al oír que Norma decía con simpatía

-Siempre estamos buscando hombres de confianza como usted, señor Muhammad.

-¿Sabes, Norma? Mehmed ha cursado muchas carreras que no figuran en sus antecedentes -dijo Ranjit, deseoso de ayudar a su amigo.

-No lo dudo -afirmó ella.

Esa noche, aturdido por la visita de Norma, Ranjit no pudo resistir la parodia de acompañar a su esposa a casa. Sin embargo, después de iniciar por dos veces la marcha hacia la casa de los Hudak, giró en redondo y acudió, responsablemente, al restaurante. En parte, porque temía recibir un golpe de Gunter si no cumplía; pero, sobre todo, porque estaba realmente enamorado de Molly y quería estar cerca de ella, pese a sus malos tratos.

Cuando iba a entrar en el restaurante, un hombre lo empujó hacia las sombras, donde no eran vistos desde el interior. Se trataba de un hispano: un hombre moreno y apuesto, con un pequeño bigote y ojos huidizos; aparentaba unos treinta y cinco años y era algo más alto que Ranjit. Hablaba un buen inglés, pero marcado por la encantadora cadencia que hacía hasta de una amenaza una frase ligera.

-¿Eres tú el hindú del que me han hablado? -preguntó, amenazante.

-Soy indio, sí.

-¿Eres el que se ha casado con ella esta vez?

Consciente de que su respuesta podía representar un temible problema, Ranjit respondió con voz débil:

-Sí.

-Conque caíste, ¿eh?

Ranjit, intrigado, pensó que eso podía ser una trampa. El hombre parecía cubano, pero también podía ser un espía al servicio de Inmigración. ¿Cómo responder a esa pregunta? No tuvo necesidad de idear una evasiva, pues



de pronto el hombre sacó un largo cuchillo y lo apoyó contra el cuello de su prisionero:

-Yo soy el marido, el auténtico. Si la tocas, te mato. Consigue tu ciudadanía, como los otros; después te divorcias y no vuelvas a aparecer por Miami. De lo contrario... -Acercó un poco más el cuchillo.

-¿Quién eres? -preguntó Ranjit, cuando el cuchillo se alejó.

-José López, nicaragüense. Conseguí un buen trabajo y mucho dinero. Quiero que ella vuelva a mi lado.

Aterrorizado por las complejidades de la jungla en la que se hallaba atrapado, convencido de que su atacante no hablaba por hablar, Ranjit trató de prevenir a Molly. Mientras caminaban hacia la casa, le advirtió:

-Mira que tenía una navaja.

-Ah, ése -se burló ella.

Pero cuando llegaron a casa de los Hudak, Ranjit informó a Gunter: - El verdadero esposo de Molly, el nicaragüense, me está amenazando.

-Será mejor que te saquemos de aquí cuanto antes -decidió Gunter.

A la mañana siguiente, Molly presentó demanda de divorcio en los tribunales de Miami, alegando crueldad.

De Larry Schwartz decían sus colegas del Servicio de Inmigración estadounidense, sección Miami: «Tal vez no sea el hombre más inteligente de nuestro equipo, pero ¡qué estómago tiene!». Se referían a la excepcional habilidad de Larry para evaluar la documentación de un matrimonio, cuando se sospechaba que era un fraude para introducir en el país a un extranjero. «Lo he visto diez o doce veces. Estudia los papeles, localiza el fraude y levanta la vista, diciendo: "¡OOoohh! Tengo el estómago apretado como un nudo". Y diecinueve veces de cada veinte, cuando se pone a trabajar en el caso, acaba demostrando que es ... ¿cómo dice él? ... falso como un certificado minero de Nevada.

Larry, al trabajar, tenía frente a sí en el escritorio un letrero de cartón con tres grandes cifras subrayadas en rojo: 31-323-41. Lo utilizaba para adoctrinar a los nuevos agentes que llegaban a la oficina de Miami:

-Cuando investigues un matrimonio que te parezca fraudulento, recuerda que treinta y uno es el promedio de extranjeros que podrá traer ese inmigrante, si permites que se nacionalice. Por eso, si es ilegal, hazle un favor a tu país y envíalo a su casa. ¿Trescientos veintitrés? Es el peor caso que hubo en esta oficina, y yo fui el responsable. Tuve que dar luz verde a un tipo que contrajo un matrimonio falso. Yo sabía que era así, pero no pude demostrarlo. Y ése es el número de personas que él pudo traer, contando a sus hermanos, sus cuñados y sus sobrinos, hasta que tuvo aquí a trescientos veintitrés, un pueblo entero.

Pero era el último número, el cuarenta y uno, el que verdaderamente le provocaba nudos en el estómago.

-En esta oficina, cuando pusimos en funcionamiento la computadora, identificamos a ocho mujeres diseminadas por el sur de Florida. Entre las ocho tenían un promedio ... fíjate bien: promedio ... de cuarenta y un matrimonios falsos.

-¿Cómo defines un matrimonio falso? -preguntó Joe Anderson, un agente nuevo.

-Cada vez que una mujer norteamericana, ciudadana legal de nuestro país, se casa con un extranjero sólo para permitirle obtener la carta de residencia, sin intenciones de establecer una honrada relación marital, clasificamos eso como falso e iniciamos acciones.

-¿Y por qué hacen eso las mujeres?

-Por dinero. La tarifa normal parece oscilar entre quinientos y cinco mil dólares.

Así pues, cuando el empleado que había detectado el posible fraude entregó a Schwartz el grueso expediente del caso Ranjit Banarjee-Molly Hudak, con su divorcio en trámite, Larry pasó las páginas con su diestro pulgar y sintió que ante varios datos, se le hacía decididamente un nudo en el estómago:

-Ella es mayor que él, y ésa es siempre una señal. ¡Pero, por Dios! Esta mujer le lleva nueve años. No sólo son de diferentes religiones, sino que ella es católica y él hindú; lo más distinto que pueda encontrarse. Además, cuando un estudiante cambia tres veces de carrera ... ¿Qué notas tenía en el curso preparatorio? Casi todo sobresalientes. Claro, sin duda estudiaba en una de esas universidades de pacotilla que hay en el Caribe. Pero es casi seguro que cambió de carreras para no obtener el título. ¿Cuánto tiempo hace que está en la universidad? ¿Desde 1973 hasta 1986? ¡Eso no es estudiar, eso es hacer carrera!

Así continuó, hasta que, con el estómago hecho un nudo, fue a la oficina de su superior, arrojó el expediente sobre el escritorio y le dijo:

-Esto es más falso que un certificado minero de Nevada, Sam.

Después de echar un vistazo a las señales que Schwart había marcado, Sam dijo:

-Hazte cargo.

Los agentes especiales, sobre la pista de un casamiento con indicios de fraude, tenían dos procedimientos habituales entre, los que escoger, tal como Larry explicó al novato Anderson:

-Algunos prefieren traer a la pareja a rastras, interrogarlos, meterles miedo y tenderles una trampa para que se delaten. No está mal. Con frecuencia da resultado. Pero yo prefiero el segundo método. Dejas a la pareja en paz, pero estudias discretamente su conducta, sus costumbres de trabajo, su asistencia a la iglesia, los comentarios de sus amigos; todo. Te sorprenderías si vieras el retrato que empiezas a formar con esas pinceladas puntuales. Cuando has terminado, la palabra «fraude .. está escrita con letras de medio metro en todo el cuadro. Sólo entonces los haces venir.

En el verano de 1986, Larry Schwartz, de treinta y cuatro años, junto con su asistente Joe Anderson, de veintisiete, empezaron a pasar muchas horas en las cercanías de la universidad, la Autopista Dixie y la zona donde el matrimonio Banarjee decía vivir. Tuvieron cuidado de no hablar con los funcionarios de la universidad, por si inadvertidamente ponían sobre aviso a Banarjee, quien, después de todo, no era el objetivo.

-Tampoco la mujer -recordaba siempre Schwartz a su compañero-, aunque probablemente ha repetido tres o cuatro veces esta treta-. Apretaba los puños y los descargaba contra el escritorio-. Es ese maldito proxeneta el que lo planea todo. A ese cerdo es, a quien quiero atrapar. Por fin se relajaba, riendo-: En cuanto sepa con seguridad que es ese cerdo de Hudak ...

Vigilando desde cierta distancia la casa de los Hudak -una casa corriente que se alzaba a pocas manzanas de la universidad-, Larry vio que el indio iba y venía, pero le interesaba más el otro hombre que parecía mandar allí, y, discretamente, hizo averiguaciones entre los vecinos:

-Hola, tomo datos para el censo. ¿Cuántas personas viven en su casa? Ah, ¿y en esa casa de allí?

-¿Esa, donde vive el indio que se casó con la hija? Son cinco: ellos dos, los padres y otro hijo, que se llama Gunt.

-Ese Gunt, ¿tiene trabajo fijo?

-Al parecer, nunca dura mucho en ninguno ..

Cuando él y Anderson hubieron hecho más de doce verificaciones, sin hallar discrepancias flagrantes entre los hechos observados y los documentos que presentaba el matrimonio, Schwartz empezó a frecuentar el restaurante donde Molly trabajaba. Cuanto más la veía, más fácil le era creer que el indio se había enamorado de ella, una noche cenando allí. En realidad, aunque el certificado de nacimiento demostraba que tenía treinta y ocho años, la mujer era atractiva y esbelta, y, sin duda, no pesaba más de cincuenta y dos kilos. Además, el uniforme verde y el sombrero parecían creados únicamente para realzar su hermosura.

No es ningún adefesio, se dijo Larry, mientras terminaba su hamburguesa sin haber vuelto a mirarla.

Larry Schwartz había nacido en Boston. Durante varios años, antes de obtener el nombramiento en Florida, trabajó en el norte. Estaba tan satisfecho de ese clima cálido y tan harto del frío, que llevaba habitualmente una camisa blanca sin corbata y una americana ligera. Eso era llamativo en el verano de Florida, pero él se sentía como en mangas de camisa. Por eso, después de comer tres o cuatro veces en la hamburguesería, observando a Molly, alguien comenzó a observarlo a él. Era Gunter Hudak, avisado por su hermana, mucho más inteligente de lo que creían los hombres que la conocían.

-Gunt, hay un fulano con americana que viene muchas noches.

-Hay mucha gente que viene por las noches.

-Pero éste es diferente.

Al estudiar al desconocido, Gunter llegó a la conclusión de que era un cliente como tantos, que no tenía esposa y frecuentaba el restaurante por el plato de ensalada, abundante y barato. Entonces convenció a su hermana de que dejara de preocuparse por él.

Una noche que Schwartz y Gunter coincidieron en el restaurante, entró un hispano alto y apuesto. El hombre pidió una hamburguesa sin perder de vista a Molly y esperó hasta que ella terminó su turno. Entonces, cuando la mujer salió a la calle, se le acercó para cogerla del brazo y la instó a que lo abrazara, revelando con diez gestos distintos que eran amantes. El hermano se asustó al ver a José López, el nicaragüense con quien su hermana estaba legalmente casada, y de inmediato avisó a su banda. Ese grupo había dado a López órdenes estrictas y unos cuantos dólares para que se mantuviese lejos de su mujer hasta que ella, obtuviera el divorcio del hindú, y su intromisión ponía todos los planes en peligro. Aunque lo que más preocupó a Hudak fue lo que advirtió dentro del restaurante, el hombre de la chaqueta observaba atentamente a los amantes y tomaba nota. Cuando Schwartz salió del Burger King se vio inmovilizado por dos miembros de la banda, que lo golpearon en la cabeza. Uno de los hombres bramó:

-¿Quién diablos es usted, señor?

Él balbuceó la respuesta 'que daba siempre: «Un inspector de seguros. Uno de los matones le revisó los bolsillos mientras los otros lo sujetaban. No había una sola tarjeta que indicara que Larry pertenecía al Departamento de Inmigración, pero sí dos formularios, prueba de que en verdad se dedicaba a seguros. Por eso, después de darle unos cuantos golpes más, lo dejaron ir. Esa misma noche, los miembros de la banda esperaron a que Molly llegara a su casa y la llevaron a dar un paseo en coche, cubriéndola de maldiciones por haberse dejado ver con su marido.

-Todavía no tienes los papeles del divorcio de ese maldito indio.

Ella prometió no volver a correr semejante riesgo mientras la documentación de Inmigración no estuviera completa. Pero dos días después, el señor Ranjit Banarjee y su esposa recibieron una carta citándolos en la oficina del agente Larry Schwartz. Esa noche, Gunter Hudak inició su adiestramiento intensivo.

-Esto es gravísimo -dijo a la pareja en trámites de divorcio. Con ayuda de un miembro de la banda que se había ocupado de situaciones parecidas, dió sus instrucciones. -Vosotros habéis pedido el divorcio; eso es lo que alertó a la policía federal. Ahora debemos demostrar que, si bien vais a divorciaros, el año pasado establecisteis realmente un matrimonio legal.

El cómplice, un hombre de aspecto malvado, que había supervisado muchos matrimonios falsos con estudiantes extranjeros de la universidad, advirtió:

-Todo tiene que parecer auténtico, y vamos a enseñarles cómo conseguirlo. Molly ya ha pasado por esto, pero tú -añadió, mirando con desprecio a Ranjit- puedes echarlo a perder si no te aprendes bien el papel.

Sacó de una grasienta carpeta una manoseada fotocopia del artículo 8 del Código Criminal Federal, sección 1325, un texto brutal en su clara amenaza:

*Fraude matrimonial: cualquier individuo que contraiga matrimonio con el propósito deliberado de evadir cualquier artículo de las leyes de inmigración será condenado a prisión por un máximo de cinco años o multado con un máximo de doscientos cincuenta mil dólares o sentenciado a ambas penas a la vez.*

Al darse cuenta de que podía ser condenado a pagar un cuarto de millón de dólares, Ranjit exclamó patéticamente:

-¿Cómo pude meterme ... ?

Pero no pudo terminar, pues Gunter lo golpeó en los labios, rugiendo:.

-Cállate, estúpido. Tú lo quisiste. Me pagaste para que lo arreglara todo.

Ranjit trató de aducir que ignoraba la existencia de esa ley, pero Gunter lo golpeó otra vez.

-Tienes que protegerte, pero también que proteger a tu esposa. Más aún, tienes que protegerme a mí. Y si cometes un solo error, miserable hindú, date por muerto, porque aquí me juego el pellejo. -Seguro de haber impresionado debidamente a Ranjit con la gravedad de la situación, adoptó un tono más conciliatorio. -Todo va a salir bien. No es la primera vez que pasamos por esto y conocemos todas las tretas para escapar del lazo.

Les dijo que Schwartz, quienquiera que fuese, «y apuesto diez contra uno a que es el tipo de-la chaqueta», los interrogaría por separado:

Molly en una habitación; Ranjit en la otra.

-Y sabemos, más o menos, qué preguntas os hará para confundiros - prosiguió-, así que debéis aprenderos de memoria todas estas respuestas.

Sacó un papel que la banda utilizaba para preparar los interrogatorios y les inculcó por la fuerza las respuestas que ambos debían dar para describir el feliz matrimonio.

-¿Dormían en la misma cama?»: Sí. «¿Quién dormía del lado derecho, mirando desde la cabecera? Tú -decidió, señalando a Ranjit-. «¿Quién se acostaba primero?»: También tú. «¿Usaban el mismo baño?»: Sí. y quiero que el cepillo de dientes de Ranjit y sus cosas para afeitarse estén en nuestro baño, ahora mismo. «¿Cuántas personas cenaban generalmente a la mesa?. Cinco, porque ese hombre debe de saber que yo vivo aquí. «¿Cuántos iban a la iglesia los domingos y a qué iglesia iban?» ...

Los preparó en unas sesenta preguntas, con las que los investigadores trataban siempre de sorprender a las parejas sospechosas de fraude. Cuando consideró que su hermana y el indio tenían las respuestas bien aprendidas, encaró la cuestión del dinero.

-«¿Le dio algún dinero?» -preguntó a Ranjit, rugiendo. El hindú vaciló.

-¡Oye, idiota! Ese Schwartz podría llegar a ser muy duro. Conoce un millón de tretas. ¿Le diste dinero o no? La respuesta es «¡No, no, . no!». «¿Le compró un anillo de boda?»,; ¡Sí, sí, sí! «¿Y dónde está ahora?»: Los dos diréis

que ella lo empeñó porque hacía falta dinero para comprarte un traje, indio estúpido. -Entregó a su hermana un recibo de empeño, con una fecha adecuada. Causaría buena impresión que lloraras al decirlo, Molly. Y tú, indio, trata de poner cara de vergüenza.

Cuando los consideraron capaces de defenderse, les permitieron ir a Miami para enfrentarse con la prueba de fuego: la entrevista con el tal Schwartz, quienquiera que fuese. En cuanto Molly entró en el despacho, lo primero que vio fue la chaqueta colgada de una percha. Schwartz notó que la había visto, de modo que comenzaron en un plano de igualdad. Pero eso no duró mucho, pues no separaron a la pareja para el interrogatorio individual que el hermano había previsto. Lo que hizo el investigador fue sentarlos en cómodas sillas y hacer entrar a Joe Anderson.

-Les presento a Joe, mi ayudante. Ahora, Joe, vas a decir a estas buenas personas qué has hecho esta mañana, en cuanto has tenido la seguridad de que estos dos y su hermano Gunter habían salido del domicilio de San Diego 2119, Coral Gables, no lejos de la universidad.

Joe, un hombre corpulento, que parecía muy capaz de defenderse solo, si se encontraba en problemas, dijo:

-He ido a la puerta principal, he llamado, y cuando una mujer me ha abierto la puerta, le he enseñado esta orden del juez.

Les mostró el documento: una orden de registro correspondiente al domicilio en cuestión.

-¿Y luego? -insistió Schwartz.

-He inspeccionado la casa, como tú dijiste.

-¿Toda la casa?

-No. Sólo el sótano, como tú dijiste.

Los Banarjee ahogaron una exclamación, especialmente Ranjit.

-Cuéntales lo que has encontrado allí, Joe.

El ayudante pasó a otro cuarto y volvió con las mantas en las que Ranjit dormía desde la boda. Entonces Schwartz, implacable, aseteó con preguntas a la pareja, ya confusa, y todas las enseñanzas de Gunter cayeron en saco roto, porque el investigador no formuló una sola de las preguntas que esperaban. Cuando los tuvo irremediabilmente desconcertados, casi a punto de confesar que el casamiento había sido un fraude, hizo una señal a Joe, que entró, con Gunter y uno de los hombres responsables del ataque contra él. Tomando otro

fajo de papeles, leyó los resultados de una larga investigación sobre las andanzas de la familia Hudak.

Enumeró fríamente los detalles de tres matrimonios contraídos anteriormente por Molly, las sumas de dinero cobradas y las condiciones impuestas a los infortunados extranjeros involucrados. Una vez expuestos los hechos irrefutables, dijo a Guntery a su matón:

. -No conviene golpear en la boca a un agente especial. Eso está duramente penado por la ley. Me costó trescientos veinte dólares hacerme arreglar los dientes. A usted y a su cómplice va a costarles unos quince años.

Oído esto, Gunter salió, acompañado por dos policías.

Schwartz estaba seguro de tener una acusación tan fundamentada contra los Hudak como para conseguir una condena de prisión en el juicio, pero no tenía la misma seguridad con respecto a Molly.

-Veamos -dijo a su equipo-, como hemos deportado a los tres marineros ilegales, el único que puede atestiguar contra ella es su actual esposo, y él no dirá una palabra.

-Tenemos al hindú -observó Joe.

-Ese pobre está ofuscado -advirtió Schwartz-. Todavía la ama. No dirá una palabra contra ella.

-Piensa en lo que ella le hizo, jefe- protestó Joe-. No le permitió siquiera darle un beso. Lo obligó a dormir en el sótano. Hizo que el hermano le pegara por lo menos dos veces. Acuérdate de lo que te digo, Banarjee va a arremeter contra ella.

-Yo no estoy tan seguro -dijo Schwartz, pues su estómago estaba enviando mensajes.

Cuando llamaron a Ranjit para una audiencia, dos semanas después, él se negó a atestiguar contra la mujer a la que consideraba su esposa legal.

-Doctor Banarjee -dijo el juez del distrito-, quiero que se acerque, para que podamos hablar de hombre a hombre. -Ranjit se detuvo ante el estrado, un frágil hindú con un traje que no le sentaba bien, y aguardó las preguntas-. ¿Insiste en decir que fue un matrimonio por amor y no por dinero?

-Sí.

-¿Y todavía ama a su esposa?



-Sí.

-Si yo ordeno que se lo deporte, ¿desea retornar a Trinidad?

-Sí.

-Hoy mismo será conducido a la zona de espera del Centro de Detención, en la avenida Krome, desde donde será trasladado en avión, dentro de dos días, al aeropuerto de Puerto España, en Trinidad. Puede acercarse al estrado.  
-Cuando Ranjit estuvo ante él, dijo de modo que los otros no lo oyeran:- Parece usted un hombre decente. Lamento que haya tratado tan mal a los Estados Unidos y viceversa.

En octubre de 1986, el desconsolado Ranjit Banarjee, anulado su matrimonio fraudulento, despegó de Estados Unidos, aturdido y cabizbajo. Al ocupar su asiento en el avión que lo llevaría a Trinidad, la azafata le entregó un diario de Miami con titulares que proclamaban: AMANTE NICARAGÜENSE MATA POR CELOS A BELLA CAMARERA. Allí estaban las fotografías; algunas, horripilantes y sangrientas; otras, tomadas antes, al terminar Molly la secundaria, cuando era una muchacha adorable. En las páginas interiores había dos fotos de su marido, pero ninguna de Gunter Hudak, el causante de la tragedia.

Quince o veinte veces durante, el vuelo, Ranjit volvió a mirar el diario para leer la primera plana y el artículo de las páginas interiores. Cuando el avión se aproximó a Puerto España; preguntó a la azafata si podía quedarse con los diarios que los otros pasajeros estaban abandonando en sus asientos, y ella lo ayudó a recoger algunos. Ranjit los plegó con aire reverente pues contenían las únicas fotos que jamás tendría de aquella mujer a la que, a su indecisa manera, había amado.

En Trinidad lo recibieron sus amigos, que sabían de su arresto, aunque no del asesinato de Molly. Derramaban lágrimas de gratitud por el hecho de que él hubiera escapado a una sentencia de prisión. Era todo un doctor en filosofía, pero no había ninguna cátedra vacante en la Universidad de las Indias Occidentales ni en su sede de Trinidad. Por haber sido deportado de Estados Unidos no podía solicitar trabajo allí. Los colleges locales, que no eran sino escuelas secundarias, lo consideraban demasiado erudito para lo que allí hacía falta. Por lo tanto, después de pasar unos meses ocioso, sin hallar ningún tipo de trabajo, volvió a Jamaica, pidió que se transfirieran a la UIO sus certificados del curso superior de historia y se matriculó allí para cursar un segundo doctorado. Aunque al principio se sentía incómodo entre alumnos mucho más jóvenes que él, pronto halló su lugar y lo ocupó con gusto.

Lo llamaban doctor. Los estudiantes más jóvenes, con pretensiones de llegar a eruditos, lo trataban con respeto. Pero los que cursaban carreras comerciales o científicas sonreían ante sus modales excesivamente corteses, la timidez con que evitaba las confrontaciones directas y lo que podía interpretarse como un aire libresco.

Cierto día, unos cuantos estudiantes de humanidades que le tenían aprecio quedaron perplejos al verle recibir antes de iniciarse una clase, cierta carta cubierta de sellos y las diversas direcciones que Ranjit había tenido en los últimos tiempos; al tomarla, estudió la escritura del sobre y dijo claramente:

-¡Vaya, vaya!

Le temblaban las manos al abrirla. Cuando acabó de leer, permaneció erguido a la luz del sol, pero fue como si todos los huesos se le fundieran en el cuerpo. Al fin, aceptó la ayuda de un joven estudiante que lo condujo hasta un banco. Allí se dejó caer un hombrecillo pulcro, decidido a no llorar, aunque las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

La carta era de Norma Wellington. Le informaba de que se había casado, poco antes; con el jefe de cirugía de su hospital; estaba felizmente dedicada al cuidado de los dos hijos que él había tenido con una esposa anterior, fallecida a consecuencia de un cáncer. La carta divagaba un poco antes de ir al grano: «Supe del desastre que sufriste en Miami, Ranjit. Recuerda que quienes te conocimos bien te amamos por ser un caballero, y que yo te amo con especial fervor. Sigue estudiando. Algún día compartirás con el mundo tus grandes conocimientos. Norma». Había una posdata: «Mehmed Muhammedes la sensación de nuestro hospital. Todo el personal le está ayudando a conseguir la ciudadanía».

Cuando volvió a Trinidad con su segundo doctorado, Ranjit empezó a frecuentar bibliotecas. Revisaba viejos registros de firmas navieras que se habían dedicado a la importación de esclavos. Provocó cierto revuelo cuando se supo que varias universidades de Gran Bretaña tenían intenciones de contratarlo como profesor. El estaba interesado; naturalmente, y pasó tres veces por el horrible rito británico conocido como short list, lista corta, en la cual la universidad anunciaba los nombres de los tres o cuatro finalistas considerados para el nombramiento. Las fotografías de los eruditos aparecían, por supuesto, en la prensa, y algunos ejemplares llegaban a la población de donde ellos originarios. Así pues, los periódicos de Trinidad podían anunciar, orgullosos: RANJIT BANARJEE EN LA LISTA CORTA DE SALISBURY.

Por desgracia, nunca logró un nombramiento. Sin embargo, pese a esos repetidos fracasos, sus amigos hindúes de Puerto España lo saludaban con más deferencia que nunca.

-Debes de estar orgulloso, Ranjit. En Salisbury, nada menos.

-Comienzo a sentirme como esos eruditos indios de Bombay y Calcuta-replicaba él, bromeando-, que envían apasionadas cartas a los periódicos y las firman: «Ranjit Banarjee; Licenciatura en Filosofía y Letras, Oxon (inconclusa)>>. Se han matriculado en Oxford y el mero intento les brinda prestigio, aunque hayan fracasado.

La capacidad que Ranjit demostraba para disimular sus desilusiones bromeando a su propia costa lo asentó más aún en la sociedad de Trinidad, que lo llamaba «nuestro erudito».

El único que no se dejaba engañar por esa aparente indiferencia era Michael Carmody, su viejo profesor. Cada vez que el nombramiento acababa en otras manos, iba a visitarlo y le decía:

-Debe de ser irritante pasar por esa experiencia, pero ánimo. El otro día leí que en el mundo hay más de mil universidades prestigiosas. Alguna de ellas ha de querer a un verdadero erudito como tú.

-Casi todas ellas están en Estados Unidos -replicaba Ranjit-. y aun si me quisieran, allí no se me permitiría entrar.

Era Carmody quien iba secretamente de un rico comerciante indio a otro, diciendo:

-Es una vergüenza que Trinidad trate así a ese hombre estupendo. El primo le pasa una mensualidad despreciable, aunque la Tienda Portuguesa debería ser de él. El pobre no puede pagarse siquiera un traje nuevo. Me gustaría que usted y sus amigos le asignaran una suma decente todos los meses. Y yo abriré la campaña con estas doscientas libras. En años venideros todos estaremos orgullosos de este hombre, un gran intelecto.

También los convenció de que aportaran fondos para la publicación por la UIO, en respetable formato, de una selección de los ensayos académicos de Ranjit, entre los que incluyeron su largo poema sobre Alexander Hamilton y el huracán, así como su trabajo «Los indios en Trinidad».

Fue la circulación de esas obras la que instó a la Universidad de Yale a proponerle la publicación, por medio de su prestigiosa editorial, de su importante estudio Perspectivas para el Caribe. Naturalmente, el libro no rindió beneficios, de modo que Ranjit continuó viviendo gracias a la generosidad de su familia; más los fondos que Carmody podía discretamente proporcionarle. De vez en cuando,

alguna pareja de norteamericanos maduros desembarcaba en Trinidad, para una visita de veinticuatro horas, y preguntaba en la Tienda Portuguesa:

-¿Sería posible conocer al distinguido doctor Banarjee?

-Vive muy cerca -decía el empleado-. Voy a llamarlo.

Y Ranjit se apresuraba a acudir para saludar al profesor de Harvard, Indiana o San Diego, y conducía a la pareja hasta la vieja casa construida por sus antepasados, donde les servía zumo de lima y pistachos, y se sentaba a conversar sabiamente con sus eruditos visitantes.

## XIV

### EL RASTA

La gente que lo vio aproximarse ahogó un grito. Una mujer quedó petrificada y exclamó en voz alta:

-¡Oh, Dios mío!

Todos se hicieron a un lado para dejarle pasar. No cabía otra cosa, pues nadie había visto nada parecido en la isla de Todos los Santos.

Tenía unos veinticinco años; medía alrededor de un metro noventa, y era flaco como pata de cigüeña. Llevaba una llamativa vestimenta: en la cabeza, una boina floja, verde y dorada; en los pies, grandes sandalias de cuero, como las de los centuriones romanos, con cordones ciñendo las perneras de los pantalones, que eran de un horrible tono purpúreo; y todo ello puesto de relieve por una camiseta muy holgada, con el retrato de Baile Selassie y, escritas en grandes letras bien impresas, tres frases: YO-HOMBRE RASTA, MUERTE AL PAPA y DESTRUCCIÓN A AMÉRICA.

Pero lo que le daba un aspecto realmente salvaje y feroz era el pelo, que no había sido cortado ni peinado en los últimos cinco o seis años. El enredo natural, aumentado por emplastos de barro, aceite y productos químicos, lo hacía caer en largas mechas apelmazadas, que habían sido separadas y trenzadas en tiras de medio metro y le colgaban hasta la cintura como víboras retorcidas. Semejante «peinado» lo convertía en una especie de medusa, y tan terrible aspecto empeoraba aún más debido a una barba tupida y sin recortar, igualmente enredada. Por si fuera poco, poseía una mirada feroz y penetrante y unos dientes grandes y muy blancos que centelleaban en su boca entreabierta. Daba miedo verlo.

En el aeropuerto de Todos los Santos recogió su equipaje, una bolsa de lona grande e informe, y su pasaporte, que decía: RAS-NEGUS GRIMBLE, NACIDO EN 1956, COCKPIT TOWN, JAMAICA. En cuanto el funcionario de Inmigración lo vio, se escurrió hacia un cuarto trasero para telefonar al comisario de Bristol Town:

-Coronel Wrentham, acaba de aterrizar un rastafari de Jamaica.

Tiene la documentación en orden. Va hacia ahí, en el autobús del aeropuerto.

Los pasajeros, al tomar asiento, hicieron lo posible por evitar a aquel hombre, repelidos por su salvaje aspecto y por su fetidez; pero cuando el autobús inició la marcha hacia el norte, a lo largo de la bella costa, que ofrecía constantemente vistas del Caribe, se dedicaron más al incomparable paisaje que a aquel gorgóneo compañero de viaje. El joven no parecía notar que había asustado a casi todos. En cierto instante se inclinó hacia el pasillo para mirar de frente a dos mujeres de edad, llegadas de Miami, y les dedicó una de las sonrisas más radiantes que jamás habían visto, toda ojos centelleantes y dientes blanquísimos:

-Hermanas, yo-hombre nunca ve un mar ase.

Aunque ellas no entendieron sus palabras, el tono cordial de aquel individuo las alentó a preguntar:

-¿Por qué se hace eso en el pelo?

-Mechones espanto -respondió él, como si estuviera esperando la pregunta.

En Jamaica, sus mechones se llamaban realmente «espantos», pero tampoco estas palabras tuvieron sentido para las mujeres, que le preguntaron:

-¿Es usted predicador?

-Yo-hombre servidor de Yah, nombre pertenece a mí Negus, igual Ras-Tafari, Rey Etíope, Señor Todopoderoso, León Judá, Soberano toda Africa, Salvador Mundo, Muerte al Papa -respondió.

Ante ese torrente de ideas, las mujeres no pudieron hacer mucho más que mirar al joven CON perplejidad. Les había despertado la curiosidad, y se mostraba tan accesible que se sintieron alentadas a interrogarle sobre la inscripción de su camiseta.

-¿Por qué quiere matar al Papa?

-EI-y-el Gran Babilonia, debe morir, todos los hombres libres -aclaró.

-Pero ¿por qué quiere la destrucción de América?

Entonces él explicó algo de suma importancia, con gesto muy grave y voz confidencial:

-América, Gran Babilonia, Gran Ramera del Mundo, dice Biblia.

-A continuación, extrajo de la bolsa de lona en donde llevaba todas sus pertenencias una Biblia, que abrió en Apocalipsis 14:8 con gesto experto, para leer con una voz apocalíptica que se oyó en todo el vehículo ¡Babilonia ha caído! ¡La gran ciudad ha caído porque hizo que todas las naciones bebieran del vino de la cólera de su fornicación».

Como si las palabras lo embrigaran, se levantó para pasearse a grandes pasos por el autobús, señalando a los pasajeros blancos, mientras gritaba con voz demoníaca:

-Papa es Babilonia, América es Gran Babilonia, policía, comisario, juez es Babilonia la Ramera. Todos sean destruidos., Marcus Garvey Gran Emperador Haile Selassie. Africa gobierna todo el mundo. Negus lo dice

Casi parecía un demente mientras pronunciaba su sermón sobre la cita del Apocalipsis, pero tras haber establecido su opinión sobre la destrucción del Papa, América y la raza blanca, regresó a su asiento, volvió a inclinarse hacia el pasillo y susurró, con una sonrisa tan seductora que encantó nuevamente a las mujeres, un momento antes aterrorizadas:

-Hermanas, Emperador Selassie, Rey de Judá, yo-hombre salvo buena gente.

Cuando el autobús se detuvo en Bristol Town, el conductor se las compuso para obstruir la salida de los pasajeros, con el propósito de darle tiempo al comisario negro de policía, el coronel Thomas Wrentham, de abandonar su oficina y pasar junto al vehículo, con aire de indiferencia, como si no tuviera menor interés en él. Pero cuando descendió Grimble, con media cáscara de coco colgada de la cintura mediante un cordel, un laúd casero bajo el brazo y la bolsa en la mano, el coronel se situó de tal modo que el autoproclamado rastafari tuvo que pasar junto a él.

-Hola -dijo despreocupadamente el jefe de policía-. ¿Qué te trae a Todos los Santos?

-Yo-hombre va aquí, va allá. Yah dirige.

-¿Tienes amigos en la isla?

El recién llegado, sacudiendo sus apelmazadas trenzas, sonrió como para abrazar a todo el pueblo de la isla y dijo:

-Yo-y-yo que ama a Yah, amigos míos.

-Bien -replicó Wrentham, saludando al joven extranjero con la cabeza, como si toda la isla le diera la bienvenida.

Pero en cuanto el rastafari hubo desaparecido hacia la pequeña selva de chabolas del puerto, corrió a su oficina para hacer varias llamadas telefónicas:

-Tom, telegrafía a Jamaica. Pide que te envíen detalles completos. Ras-Negus Grimble, veinticinco años, Cockpit Town. -A un maestro de escuela le preguntó: ¿Podrías venir a la comisaría de policía ahora mismo? No, no estás metido en ningún problema, pero puede que yo sí -y a un clérigo anglicano: Padre Tarleton, ¿me concedería su sabiduría y su consejo durante una hora?

Cuando el maestro, el radiotelegrafista y el clérigo se reunieron con él -el primero era un isleño negro, y los otros dos, ingleses blancos-, Wrentham comenzó a hablar prescindiendo de las habituales cortesías: -Tengo dos problemas entre manos y necesito de la ayuda de ustedes para hallar una solución. ¿Me pueden explicar qué es un rastafari? ¿Y cómo me deshago del que acaba de llegar al aeropuerto?

-¿Viene de Jamaica? -preguntó el maestro.

-Sí, y tiene un pasaje válido a Trinidad. He llamado a la compañía aérea, tiene fecha abierta, de modo que probablemente lo tengamos aquí un tiempo.

-¿No hay algún modo de hacerle continuar su viaje? Fuera de la isla, quiero decir. Sabemos que esa clase de hombres siempre causan problemas -recomendó el clérigo.

Por el momento, Wrentham descartó la sugerencia de deportar a aquel hombre, pues no deseaba implicar al gobierno en un largo proceso legal, a menos que no le quedara más remedio. Para ganar tiempo, se dirigió al maestro de escuela:

-Dicen que tú, en la universidad, estudiaste bastante bien todo el movimiento rasta. Cuéntanos cómo se inició esa porquería.

-Es sencillo, si se me permite pasar por alto las sutilezas. En los años veinte, un negro jamaicano llamado Marcus Garvey se presentó como una especie de Juan Bautista, hablando del renacimiento de la raza negra, del retorno de los negros a Africa y del inminente triunfo de Africa sobre todas las naciones blancas. Todo ello ideas embriagadoras. Viajó a Norteamérica, se apoderó ilegalmente de un barco y propuso enviar a todos los negros de vuelta a Africa. Terminó en la cárcel, condenado por impostor ... pero su mensaje prendió fuego en las mentes de los negros. Mi abuelo creía a pies juntillas todo lo que Garvey decía: trató de encabezar un grupo de negros para devolverlos a la tierra de los yorubas. También él terminó en la cárcel.

-¿Qué tiene que ver Haile Selassie con todo esto? ¿No fue el emperador de Abisinia? -preguntó el comisario.



-Sí -confirmó el clérigo-. Los jamaicanos llaman a Abisinia por su nombre bíblico: Etiopra. Por algún motivo, jamás explicado, salvo quizá por el hecho de que en la Biblia aparecen numerosas referencias a Etiopía y una en particular sobre el León de Judá, apelativo del emperador, los negros de Jamaica generaron la fantástica idea de que Haile Selassie era la última encarnación de Dios. Ellos le dan el nombre de Vaho

-¿Haile Selassie es Dios? -preguntó, perplejo, el comisario.

-Supongo que los ignorantes creen que Selassie es Dios. Los más evolucionados sostienen que es una especie de Jesús, Mahoma o Mary Baker Hedí, un receptor del poder divino. Pero todos creen que es, de algún modo, una forma de Yah que conducirá a los negros al poder mundial -aclaró el clérigo.

-¡Pero si Selassie ha muerto! -protestó Wrentham. Apenas hubo dicho estas palabras miró a los otros con expresión suplicante-. Porque murió, ¿no?

-Sí -aseveró el maestro-, hace unos seis años.

-¿Cómo es posible, pues, que esta gente esté convencida de que él los salvará?

-Los cristianos creen que Jesús, pese a haber muerto hace mucho tiempo, hará lo mismo por ellos. Los musulmanes creen que Mahoma, fallecido hace más de mil años, los protegerá. Y diría que los mormones y los seguidores de la Ciencia Cristiana tienen creencias similares -respondió el anglicano. Pero al comprender que sus palabras podían sonar a blasfemia, dejó escapar una tosecita y concluyó, tímidamente-: Lo mismo pasa con los rastafaris y su Negus.

-¿Qué significa eso? -preguntó Wrentham-. Este joven se hace llamar Ras-Negus Grimble.

-Negus significa «rey». Con frecuencia se llama a Selassie simplemente Negus o el Negus -,le contestó el maestro.

Pero el clérigo retomó el mando de la discusión:

-El movimiento rastafari es desconcertante para algunos, cómico para otros, pero fatalmente grave para muchos de nosotros, en estas islas, por varios motivos. Predica que los negros se apoderarán un día del mundo y rectificarán las antiguas injusticias cometidas contra su raza, y que el Papa debe morir.

-¿Por qué?

-Dicen que representa, y por lo tanto dirige, el poder mundial que los oprimió brutalmente en los tiempos de la esclavitud, y también ahora, aunque más

sutilmente. Y los Estados Unidos, como centro del poder visible en esta parte del mundo ... radio, televisión, coches, alimentos abundantes ... también deben ser destruidos, naturalmente. Ahora bien, esos objetivos son bastante inalcanzables y los rastas no pueden hacer mucho a] respecto; pero cuando empiezan a tontear con su anatema favorito, la Gran Babilonia, nos meten en grandes problemas, pues han proclamado que, además del Papa y de Norteamérica, la policía de las islas es la Gran Babilonia que, según la Biblia, debe ser aniquilada.

Permanecieron un rato en silencio, mientras cada uno de ellos recordaba informes de distintos incidentes en todo el Caribe, en los que negros influidos por la doctrina rasta habían atacado a agentes de policía, comisarías, sedes municipales y otros símbolos del poder represivo. Por fin, el comisario Wrentham preguntó:

-¿Cuál debe ser nuestra política en esta isla en particular, considerando que, por lo que yo sé, sólo existe este rastafari?

El radiotelegrafista, que hasta entonces había guardado silencio, dijo de pronto:

-Hay que estar preparado para posibles disturbios. He estado en contacto con otras islas, y todo el mundo dice que los rastas son gente peligrosa.

-Tal vez sea mejor que mañana vaya a buscarlo y le ordene abandonar la isla -respondió el coronel.

-No te apresures -le recomendó el maestro-. Si no ha hecho nada malo, podría demandarnos ... y no dejará de hacerlo.

-Lo mejor -sugirió el clérigo- es consultar al Consejo Jurídico de la isla. Pero, mientras tanto, convendría vigilar de cerca a ese hombre. -Gracias, señores -dijo el comisario. Pero cuando ellos se hubieron ido comentó a su sargento-: No me han dado ningún consejo válido.

Ya solo en su despacho, telefoneó al asesor legal del primer ministro, que puso el grito en el cielo.

-¡Mira, Wrentham! Lo único que nos falta en esta isla es disturbios religiosos. Por el amor de Dios, no vayas a convertir en mártir a ese rasta! ¡Ni se te ocurra tocarlo!

-¿Puedo mantenerlo bajo estrecha vigilancia?

-De lejos, sí. Pero no queremos una revuelta religiosa. Ten mucho cuidado.

Cuando el comisario Wrentham entregó su cuartel general a los dos agentes nocturnos para volver a pie a su casa, llevaba consigo sólo una vaga idea de lo que haría con el rastafari: tratarlo decentemente, pero sacarlo de la isla.

Como todas las noches, regresó a su casa por un trayecto que pasaba frente al famoso café de su padre, el Waterloo. Allí se detenía siempre para ver cómo estaba su hijo, que ahora era el propietario del local. Él se había sentido en la obligación de cedérselo cuando lo nombraron comisario, pues el café era esencialmente una taberna. Lincoln, que tenía treinta años y llevaba el nombre del libertador, había introducido varias mejoras en el establecimiento, haciéndolo aún más atractivo a los turistas. Thomas rió entre dientes al recordar los problemas con que se había tenido que enfrentar Bart el Negro en esa isla: «El no tuvo ningún rastafari, porque en esa época no existían, pero le tocó algo peor» La historia era parte de la tradición familiar: el primo de Bart, el gobernador lord Basil Wrentham, se había vinculado estrechamente a los alemanes. Pero Bart, ayudado por un astuto inglés llamado Leckey, se las compuso para echar el lazo a lord Basil. El noble señor era tan estúpido que nunca supo cómo había caído en él.

El comisario no se detuvo en el Waterloo, pero miró por los ventanales del bien iluminado local. Su hijo lo saludó con la mano, dándole a entender que todo estaba en orden, y Wrentham respondió con el mismo gesto.

Al llegar a su hogar, una casa pequeña que sus tres antepasados habían ocupado durante casi un siglo, descubrió, para decepción suya, que no podría cenar con su hija Sally, una joven de veintidós años. Aunque Wrentham apreciaba la eficiencia con que su hijo se había hecho cargo de la cafetería, mantenía un cariño especial por Sally. La muchacha era inteligente y había sido muy buena estudiante; habría podido estudiar en Oxford o en Cambridge, si hubiera querido pasar esos años en Inglaterra, y poseía esa lírica belleza de aspecto y movimientos que daba tanto atractivo a ciertas jóvenes de las islas. A los ojos de su padre, era una persona de mérito especial, y él comenzaba a preguntarse con quién podría casarla.

El puesto que la muchacha ocupaba en el despacho del primer ministro, su buen sueldo y su vivo interés por los asuntos políticos habían despertado el interés de varios jóvenes. En realidad, sus pretendientes cubrían toda la gama, desde un inglés blanco que había ido a Todos los Santos para estudiar la economía de la isla, pasando por varios tonos de color más claros y más oscuros que el de ella, hasta un negro muy negro, que podía resultar el mejor de todos. Aunque las diferencias de color habían perdido importancia en Todos los Santos, el comisario se enorgullecía de que Sally fuera bastante más clara que él y que el abuelo. Sería interesante observar por quién se decidía, pero Wrentham no se preocupaba en absoluto. Casi cualquiera de los jóvenes que la rondaban sería aceptable.

El sistema de castas que había prevalecido hasta la Segunda Guerra Mundial -con sus rígidas divisiones de aristocracia, buenas familias rurales, blancos restantes, morenos de distintas tonalidades y negros evaporo-

calladamente con la independencia política. Londres ya no enviaba a un miembro de su nobleza para que actuara como gobernador general, de modo que esa clase había sido eliminada. Las familias con vinculaciones rurales en Inglaterra aún perduraban, pero tenían un papel mucho menos importante en la vida social. Por lo tanto, las tres antiguas categorías de blancos formaban ahora una sola: los blancos.

Lo mismo ocurría, prácticamente, con esa clase tan difícil de catalogar: los morenos. Casi no había ninguna situación en la que un moreno claro pudiera hacer prevalecer su color ante un moreno oscuro, de modo que rara vez se oían esos apelativos matizando diferencias tan mínimas de piel. En Todos los Santos se hablaba simplemente de blanco, moreno y negro. El visitante que no conociera las antiguas distinciones habría tenido dificultades para determinar, con sólo observar a los habitantes de la isla en acción, cuál era la categoría que estaba socialmente por encima de las demás. El gobernador general aún era designado por la reina, pero en la actualidad ocupaba el puesto un nativo de la isla, y muy negro, por cierto. El primer ministro, cargo recientemente creado, se elegía por votación; según las antiguas denominaciones, era moreno oscuro; mientras que el tercero en la cadena de mandos, el comisario de policía, era moreno claro.

-¿Dónde está Sally? -preguntó Wrentham a la mujer que atendía su casa desde la muerte de su esposa.

-Dijo: "Reunión en la agenda negra".

Thomas se echó a reír. En los últimos meses, Sally se había entusiasmado con un activo grupo de jóvenes que analizaban un problema de interés para todos los antillanos pensantes, con excepción de los cubanos: ¿cómo debía modificar la vida personal y política del Caribe el principio de la negritud, es decir, la esencia espiritual de ser negro?

El comisario aprobaba la participación de su hija en esos debates, pues tanto él como su padre, Bart el Negro, habían sido resueltos partidarios del poder negro y enérgicos activistas. Los negros y los morenos de Todos los Santos aún hablaban con admiración del modo en que Bart había solventado el problema del Club, aquel sitio tan exclusivo situado en una colina, detrás de la Casa de Gobierno. Antes de 1957, año en que se introdujo una forma restringida de autogobierno, sólo los blancos tenían permitida la entrada por los sacrosantos portones del establecimiento. Esa exclusividad -ha sólo era comprendida por todos, sino también aprobada en general: «Cada uno con los suyos".

'Sin embargo, cuando se impuso el verdadero autogobierno, en 1964, con un gobernador general blanco que aún representaba a la reina, pero con un primer ministro negro elegido en la isla y que desempeñaba efectivamente el mando, Bart el Negro decidió que se imponía un cambio. Una noche de primavera, mientras los blancos restantes discutían en el Club las últimas indecencias de los nuevos funcionarios morenos y negros, apareció Bart

Wrentham con su viejo Chevrolet. Por entonces, era jefe de policía de la isla. Entró ceremoniosamente en la sala de reuniones y anunció, en tono muy respetuoso:

-Vengo a solicitar mi inscripción.

Algunos de los miembros más antiguos ahogaron una exclamación ante tamaña insolencia; pero otros lo aplaudieron. Cinco o seis de los socios más jóvenes lo invitaron a tomar una copa en el bar. La revolución social, que algunos tanto temían, se produjo en Todos los Santos sin que se hubiera proferido ni una sola ofensa.

Bart, el primer socio no blanco del Club, pagaba puntualmente sus cuotas, pero nunca obligaba a otros a soportar su presencia, salvo en los casos en que, como jefe de policía, debía agasajar a dignatarios de otras islas. Entonces aparecía pulcramente vestido, de uniforme casi militar, y presentaba a sus invitados a quienes estuvieran en el bar. A continuación cenaba con ellos en algún rincón discreto, donde se pudieran analizar los problemas antillanos en voz baja.

A la muerte de Bart, el Club envió a siete representantes a sus funerales. En sus elegías lo nombraron orgullosamente primer miembro de color y distinguido servidor, tanto del Club como de la isla. Thomas, su hijo, el actual jefe de policía - comisario, como se llamaba a ese cargo actualmente-, había heredado su sensata actitud con respecto a las relaciones interraciales, que a su vez transmitió a sus propios hijos.

Dos días antes, Sally le había informado de que pensaba incorporarse a los grupos de debate sobre la negritud.

-Muy bien. Tu abuelo luchó contra ese problema cuando esto era una colonia de la Corona, plagada de actitudes racistas, y me enseñó a manejarlo en estos años de independencia, Tu misión es estar preparada para el futuro, para todos los cambios que sobrevengan.

Mientras Wrentham reflexionaba sobre todo eso, cenando solo, Sally estaba inmersa en una tensa reunión con su grupo. Eran quince o dieciseis jóvenes funcionarios, que se contaban entre los más inteligentes, todos ellos negros o mulatos, y estaban analizando la importancia de un libro sobre el tema de la negritud, escrito por otro antillano: Frantz Fanon, de la Martinica. Su gran libro, Les Damnés de la Terre, había sido publicado en inglés bajo diversos títulos, pero el ejemplar adquirido por quien dirigía el debate de esa noche se titulaba The Wretched of the Earth (Los condenados de la Tierra), y su llamada al cambio social tenía una notable aplicación en las islas negras como Todos los Santos.

Cuando la animada discusión estaba en su mejor momento, apareció una joven mestiza llamada Laura Shaughnessy, que trabajaba en, el despacho del gobernador general, en compañía de un joven inglés blanco, llegado a la isla siete

años antes procedente de Londres, que actuaba como asesor económico del gobierno insular. A algunos de los presentes, les molestó la llegada de un funcionario blanco, pues temían que su presencia inhibiera el libre flujo de las palabras, pero la joven que lo había llevado mitigó todos sus recelos:

-Les presento a Harry Keeler. Todos lo han visto o lo conocen. Lo he invitado porque fue funcionario británico en Argelia, durante los disturbios, y conoce los datos económicos y sociales en los cuales Fanon basó muchos de sus conceptos.

Después de esa presentación, Keeler ofreció un breve testimonio sobre sus experiencias en Argelia y Túnez, durante las revoluciones anticoloniales; luego se sometió a un interrogatorio. Las caras morenas de su público revelaban el intenso interés que suscitaban sus palabras; por eso se negó a suavizar sus conclusiones:

-La negritud es una poderosa fuerza unificadora en la lucha por la independencia, pero dudo que proporcione una guía efectiva cuando se trata de gobernar el territorio conquistado:

Lo acosaron por esa conclusión, que la mayoría de sus oyentes se negaban a aceptar, pero él se aferró a sus opiniones y reiteró lo dicho:

-Si bien Frantz Fanon habría podido ser un admirable guía para los mulatos y los negros de Todos los Santos hace quince años, lo que se necesita en la actualidad es conocer a fondo el funcionamiento de la General Motors y Mitsubishi.

En 1962, cuando las islas antillanas rechazaron la federación, lloré. Era la gran oportunidad para edificar una unión viable de todas las islas anglófonas, grandes o pequeñas, pero la echaron a perder. El problema ahora consiste en desarrollar una alternativa sensata.

Esto provocó una tormenta de comentarios. Él los escuchó con atención, tomando nota, y luego pidió la palabra. Procuró hablar sólo como especialista en economía y limitarse a los temas en los que había adquirido experiencia:

-No estoy seguro de que todos entiendan lo que estoy diciendo.

Hemos permitido que el debate se dividiera. No debería ser así. En esta isla, hace quince años, yo habría sido partidario de Frantz Fanon con un lema sencillo: «¡Ya era hora!». Ustedes y yo ganamos esa batalla. Yo la libré en un país africano que obtuvo su independencia. Pero esta noche la batalla es otra bien distinta. Frantz Fanon es demasiado poco práctico para enseñarnos los próximos pasos que hay que dar.

Sus palabras eran tan juiciosas y francas, que cuando terminó, Sally Wrentham se acercó a él para decirle:

-Señor Keeler, usted habla con mucho sentido, pero lo hace como hombre blanco que nos mira desde arriba. Ahora bien, ¿qué me dice de nosotros, los negros, que debemos mirar desde abajo?

El notó que, si bien muchas de las sociedades que conocía hubieran clasificado a esa joven como blanca, Sally prefería llamarse a sí misma negra.

-Un momento, señorita Wrentham. Usted es la hija del comisario.

-Así es, sí.

-Me parece -dijo él con timidez, como si no tuviera derecho a presentar una opinión sobre algo que a él sólo le afectaba desde un punto de vista intelectual, mientras que para ella era algo emocional que no debemos mirar desde arriba ni desde abajo, sino a la altura de los ojos ... hacia la realidad. -La idea era buena. La había expresado con tanta coherencia que Sally no replicó, y él continuó--: , Antiguamente, en Todos los Santos, los hombres como yo estaban arriba; los negros como ustedes, abajo. Entonces esa pregunta hubiera sido muy pertinente. Pero en la actualidad, según creo, en esta isla no hay arriba ni abajo, sólo ojos a la misma altura, que observan, horizontes a la misma altura.

Con los dedos de la mano derecha construyó un puente imaginario, entre sus ojos y los de Sally. Al hacer el gesto le tocó la mejilla ... y una descarga eléctrica pasó entre ambos.

Esa noche, en cien partes distintos, miles de jóvenes solteros se reunían en grupos para conversar con jóvenes solteras, y muchos de ellos verían a una mujer dotada de inteligencia, simpatía o simple atractivo físico, y quedarían sin aliento por un ,segundo, sintiéndose de pronto asaltados por ideas que tan sólo diez minutos antes no albergaban siquiera; a partir de ese instante todo cambiaría.

-Su interés en estos asuntos ... -comenzó él.

-Mi abuelo, a quien llamaban Bart el Negro ... -le interrumpió Sally.

-Lo sé. El dirigió la lucha por la independencia. Un hombre extraordinario, según dicen.

-Y lo era. Luchó para abrir una cafetería, una taberna, si usted quiere. Y se convirtió en el primer jefe de policía de la independencia. Todo un hombre, el abuelo. Cuando murió era sir Bart Wrentham, porque el respeto por su integridad llegó hasta Londres.

-Debe de estar orgullosa de pertenecer a esa familia.

-En efecto.

-¿Estudió en Inglaterra?

La pregunta tuvo un efecto glacial en Rally. Pese a la buena intención de Keeler, sólo se la podía interpretar de un modo: «Puesto que eres una persona importante, tus padres deben de haber ahorrado lo suficiente para enviarte a estudiar a Inglaterra». Ella, irritada, estaba a punto de contestar cuando la puerta de la sala se abrió de par en par y aparecieron dos hombres.

El primero era un negro de un metro sesenta y cinco, muy respetado en la isla por su sensato dominio de las técnicas contables y el control presupuestario. Pero esa noche nadie lo saludó siquiera, pues traía a rastras al rastafari jamaicano, el de la camiseta parda que proclamaba MUERTE AL PAPA Y DESTRUCCIÓN A AMÉRICA. A cada paso que daba hacia el grupo, la media cáscara de coco golpeaba contra el laúd.

-Les presento a mi amigo, Ras-Negus Grimble-dijo el contable-. Nos trae mensajes de Jamaica.

Así cesó la discusión sobre la abstracta negritud, pues allí, en carne y hueso, estaba el epítome de una negritud muy real.

Sereno, con los mechones espanto enmarcando su cara barbuda, el recién llegado exhibió una de las sonrisas más seductoras que Sally había visto en su vida. Luego dijo:

-Yo rasta vengo a ayudar. -Recorrió el salón con la mirada-. Yo-hombre vengo esta yo-tierra ayudo a yo-y-yo descubrir cosas a pasar.

Sally, como todos, dejó entrever que no lograba comprender lo que decía. Entonces Grimble pasó al inglés normal, con una cadencia jamaicana muy agradable:

-He venido desde Jamaica para ayudaros a descubrir y a alcanzar lo que pensáis que debería ocurrir, sea lo que fuere.

-¿Quién te envía? -preguntó uno de los jóvenes .

-Yo-hombre tengo visión: «busca yo-y-yo pertenece Todos los Santos traer yo-vino ayuda yo-álogo». Y yo-hombre viene.

-Sería mejor que lo dijeras con claridad -recomendó el que había hecho la pregunta.



-Se me yo-denó... quiero decir, se me ordenó venir aquí, para mantener un yo-álogo con vosotros.

-¿Diálogo, quieres decir? -preguntó otro joven sentado en la parte trasera.

-Sí, eso -respondió el rastafari.

-¿ Y cuál es tu mensaje? -preguntó una muchacha.

Después de depositar cuidadosamente su coco y su laúd en el suelo, Grimble acercó una silla y se sentó garbosamente en ella, cruzando por dos sitios sus largas piernas, hazaña imposible para un hombre más bajo o más gordo que él. Después de esbozar otra de sus sonrisas, explicó:

-El movimiento rasta cree en la paz, la tranquilidad y el amor a todas las personas ...

-¿Qué me dices del Papa?

Sin cambiar de ritmo ni de expresión, el rastafari concluyó: - ... salvo a aquellas que tengan malas intenciones.

-Se dice que en Jamaica organizasteis disturbios muy violentos.

El giró en la silla para echar una mirada benigna al acusador. Luego dijo en voz baja y suave:

-Fue Babiionia la que abusó de nosotros, no al revés.

-Pero ¿no dices que Babilonia debe ser destruida?

-Con amor. Tal como Gandhi destruyó a la Gran Babilonia que lo oprimía.

-¿Por qué repites tanto la palabra «yo»? ¿Qué significa? -preguntó Sally.

Grimble dio una vuelta casi completa en la silla. Por un largo instante permaneció en silencio, retorciendo las piernas un poco más, y mantuvo la vista fija en Sally, hasta que ella se sintió hipnotizada por aquella barba flotante, aquella boina verde y dorada y aquellos horribles mechones viperinos que le caían en el regazo cuando se inclinaba hacia delante. Luego se oyó la voz líquida y pacificadora de un joven totalmente entregado a su causa:

-Nosotros usamos un lenguaje propio. "Yo» erecto, alto y bello, fuerte, decente, limpio. "Tú» es encorvado, retorcido, sin rumbo, feo y no lleva a nada.

Por eso el puro «yo» nos es dado a todos los seres humanos., Yo-hombre significa yo. Si hablaras tú, te llamarías a ti misma yo-mujer.

-Pero ¿quién es yo-y-yo?

-Vosotros, los presentes en esta sala, el mundo entero aparte de mí.

-No comprendo.

-Cuando el rasta quiere decir tú, no se separa de ti. Quiere decir que tú y él estáis juntos: tú, él Y todos los demás; somos un equipo. Por eso se debe decir yo-y-yo, porque todos somos iguales. Tú no puedes existir sin una parte de él. El rasta no puede existir sin que todos vosotros lo ayudéis a librar sus batallas contra la oscuridad. Es yo-y-yo, siempre el equipo inmortal.

Sally, oyendo la respuesta, se sintió aliviada cuando otra joven preguntó:

-Pero he oído muchos más "yos» en lo que decías.

-Debes comprender. Los rastas llevamos vidas simples y puras. Sólo comidas naturales, que tomamos en esta cáscara de coco. Nada de carne. Toda la ropa que uso debe ser tejida a mano con fibras naturales. Y lo mismo con las palabras. En cada palabra que tiene elementos pecaminosos o sílabas negativas, quitamos esos elementos y los sustituimos por "yo», que es limpio y puro.

-¿Cómo puede una sílaba ser moralmente negativa?

-Las palabras que contienen fin, como refinar, hablan de muerte.

De vida que ya no está. Debe convertirse en re-yo-nar. Hay bellas ideas, como divino, adivinar, que contienen la sílaba di, siempre divisoria. Hay que purificarlas, convirtiéndolas en yo-vino o a-yo-vinar.

-¿Eso quiere decir que habéis cambiado todo el diccionario?

-Sí. También hay que purificar bellas palabras como animal o malvasía.

-¿Por qué?

-Porque contienen la palabra mal; por eso deben transformarse en ani-yo y yo-vasía, Pero cuando una palabra con la sílaba mal es fea y cruel, como malquerer o maldición, quedan así, y advierten al mundo de sus feas intenciones

-Entre vosotros, la conversación debe de ser bastante ardua -comentó un negro sentado junto a Harry Keeler.

El rastafari giró de inmediato para dirigirse a él, pero supuso erróneamente que era el blanco quien había hablado, el único en la sala. Al concentrarse en Keeler, el tono de sus palabras se acercó aún más al de un sermón, y dada la disposición de la luz en el cuarto, asumió el aire de santidad casi de un Cristo.

-Ésa es una profunda observación, amigo mío. Hablar con nosotros es con frecuencia lento y doloroso: ideas a medio expresar, a medio comprender. Pero nosotros no hablamos para mantener charlas ociosas. Hablamos para desnudar el alma, y esas palabras deben ser elegidas con cuidado.

Después de echar una mirada a los presentes, lanzó una especie de plegaria rasta, un cántico de todas las palabras mnemónicas; con frecuentes repeticiones del nombre de Haile Selassie, Negus, Yah, León de Judá, embelleciendo todo con una llovizna de «yos», que él hacía resaltar con gracia, dignidad y potencia.

Sally, que no entendía una palabra, susurró a la joven que estaba a su lado:

-Es como el latín en la misa católica. No hace falta comprender.

Cada religión tiene su propio lenguaje místico. -Cuando Grimble concluyó, ella levantó la mano para pedirle-: Por favor, comparte con nosotros lo que estás diciendo.

-Exactamente lo que he dicho antes en vuestro lenguaje. Que las palabras son importantes, que es preciso purificarlas de vez en cuando ...para mantener su pureza.

Hasta aquí, esta introducción verbal y visual al rastafarismo sirvió para ampliar las perspectivas del grupo, pero Grimble, con un innato sentido del espectáculo, había reservado el elemento de mayor impacto para el final, e inclinándose, cogió su laúd.

Era una caja de madera totalmente hermética, salvo por una abertura cruzada por cuatro cuerdas., El mástil era una tabla con siete grapas a manera de trastes, y una barra metálica hacía las veces de puente. Al pulsarlo, el instrumento sonaba asombrosamente bien, y la caja, al ser golpeada, tenía una profunda resonancia.

Siempre con las piernas doblemente cruzadas, el rasta tañó las cuerdas por un momento. Luego sorprendió a su público con una de las canciones más famosas de Bob Marley, Save Driver, que hablaba de los días en Africa y las noches a bordo del barco negrero .. Era una música fuerte, con imágenes más fuertes todavía. Los descendientes de esclavos que lo rodeaban no tardaron en entonar con él: Slave driver, slave driver ...

Sally, aunque profundamente conmovida por el ritmo, el estribillo y las imágenes de la jungla natal o el barco negrero, era una joven demasiado crítica como para pasar por alto un notable detalle en la actuación del rastafari.. Ese truhán, pensó, domina tres maneras de hablar, un pintoresco lenguaje callejero jamaicano, la jerga rasta y, en esas canciones conocidas; un perfecto inglés... y pasa de uno a otro casi automáticamente.

Al terminar Slave Driver, el rasta pasó a otro tema de Marley muy, conocido, compuesto por otro hombre, pero adoptado por él: Four Hundred Years Tenía un ritmo pegadizo, una incesante repetición del título, que se refería a los años de esclavitud, y una llamada a recordar esa servidumbre. Todos los presentes, incluido Harry Keeler, a quien siempre le había, gustado la música de Marley, se convirtieron en esclavos de alguna plantación de caña azucarera.

La velada terminó con diez o doce jóvenes arracimados en torno de Grimble, pues él les había recordado, con la música y las imágenes, que, tan sólo unos años. antes todos ellos hubieran sido lo mismo: negros corrientes, con nombres corrientes. Las preguntas lo acosaban de tal modo que Sally no tuvo oportunidad de despedirse. Pero Grimble era tan alto que pudo cruzar una mirada con ella cuando la muchacha se alejaba hacia la salida. Allí la esperaba Harry Keeler, que le preguntó:

-¿Puedo acompañarla a su casa?

-Me gustaría -respondió ella, casi con júbilo, pues deseaba liberarse de la mística rasta.

Mientras caminaban en la noche isleña, donde brillaban estrellas tan luminosas como fanales en barcos lejanos, Sally comentó:

-Una notable representación. ¿Qué crees que significa?

-Dudo que un hombre blanco, como yo, sea el más indicado para entenderlo.

-Pero tú conoces las islas, los movimientos revolucionarios, a Frantz Fanon y sus seguidores.

-Son poderosos y necesarios. Si yo fuera un joven negro sin educación universitaria, creo que el hermano Grimble ejercería una gran influencia sobre mí, y tal vez constructiva. -Hizo una pausa. Luego resumió toda la velada en pocas palabras-: Es bien cierto que los negros son los condenados de la tierra, como aseguraba Fanon.

-Entonces, ¿crees que los rastas ... ?

-No tan deprisa. Como funcionario blanco, que quiere ver esta sociedad unida, también sé que los rastas tienen a la policía por la Gran Babilonia. Creo poder predecir que, en las próximas semanas, tu padre tendrá bastantes problemas, como comisario.

Irritada por lo que interpretaba como desprecio de un blanco hacia una idea negra, por grotesca que fuera, Sally se apartó de su acompañante. En ese momento habrían podido pasar por una de las muchas parejas de raza distinta que habían poblado las islas antillanas: un hombre muy moreno cortejando a una mulata muy clara de la Martinica que, a su vez, soñaba con ascender en la escala de color; un cubano cuya familia declaraba enérgicamente descender en línea directa de los soldados a, las órdenes de Ponce de León, quienes habían traído consigo a sus esposas españolas, "y nunca se permitió el casamiento con esclavas negras». Se parecían mucho, asimismo, a la vacilante hindú de Trinidad, que se descubre admirada por un comerciante anglicano casi blanco en Puerto España.

En Todos los Santos, aquella noche de invierno, era Sally, la hija del comisario; quien caminaba lentamente con Harry, el prometedor economista inglés que retornara alguna vez a su tierra con un universo de experiencias obtenidas en Argelia, Ghana y el Caribe. ¡Qué valiosa era esa noche para la sociedad mundial! ¡Qué preciosa ella, nueva - negra antillana, capaz de lograrlo casi todo en su sociedad insular! Dos personas jóvenes, de gran valor, ceñidas a tabúes heredados, pero al mismo tiempo liberadas por las recientes revoluciones.

Caminaron en silencio. Después, el prejuicio de Sally contra un antiguo enemigo se ablandó.

-¿A quién crees que se nombrará presidente de la Cámara de Turismo?  
-le preguntó, cambiando de tema.

-Espero que sea alguien muy capaz. En los próximos diez o doce años, esta isla se hundirá o saldrá a flote según cómo se fomente su turismo. -Varios pasos más allá se volvió para mirar a Sally-. Debes decirle a tu padre que tenga mucho cuidado con el rasta. Recuérdale que, hace algunos años, los rastas estuvieron a punto de dejar sin turismo a Jamaica. Según las cifras que ví, esa isla perdió millones de dólares norteamericanos.

-¿Es preciso que pos vendamos siempre a los cruceros norteamericanos?

-Te equivocas. De los cruceros que se detienen aquí, ni uno solo es propiedad de los norteamericanos. Gran Bretaña, Holanda, Suecia, Francia...

-Pero vienen con turistas norteamericanos, y éstos traen dólares norteamericanos.

-Te equivocas. Son éstas quienes traen los dólares ...

-Eres un chico inteligente, Keeler -dijo ella.

-Eso intento.

Desde la ventana, el comisario Wrentham observó a su hija, que se despedía del joven economista con un beso.

Entre las personas que ocupaban cargos relevantes en la isla, había sólo dos blancos: Harry Keeler era uno; el otro era el canónigo Essex Tarleton, de la Iglesia anglicana., Todos los demás, del gobernador general hacia abajo, eran negros o mulatos. A Keeler, que había disfrutado con su experiencia anterior en Africa, le resultaba fácil trabajar a las órdenes de un jefe negro, y no tenía ningún problema para adaptarse a sus ocasionales arbitrariedades. Nunca se dejaba apartar de una decisión correcta., pero se mostraba cortés y estaba dispuesto a emplear mucho tiempo en explicar por qué se debía evitar ésta o aquella medida, abandonándola por un plan mejor.

Por ejemplo: sus innovaciones con respecto al turismo, a veces radicales, habían producido resultados bastante mejores de los que él preveía. Ahora, la isla tenía un aeropuerto capaz de recibir aviones de tamaño mediano, un hotel de primera clase en la espectacular Pointe Neuve, en la nueva carretera al aeropuerto, y dos decenas de pensiones familiares en York, zona adonde antes nunca llegaban los dólares turísticos por culpa de la carretera de montaña que la separaba de Bristol Town. Keeler había dicho: «Enderecemos las curvas cerradas de ese condenado camino o anunciemos públicamente que dejaremos morir de hambre a toda York». Eso lo convirtió en un héroe en la ciudad. Muchos turistas decían que su estancia en la casa de alguna familia negra, en la costa de Marigot Baie, había sido «lo mejor de nuestro viaje, no sólo en Todos los Santos sino en todo el Caribe». Esos comentarios provenían de los turistas más pobres; los otros preferían el lujoso alojamiento de Pointe Neuve.

Keeler estaba orgulloso de las contribuciones que había hecho a Todos los Santos. Posiblemente sea el país negro mejor gobernado de toda la tierra, incluyendo a todos los de África, se decía. Pero cada vez que se permitía esa comparación la descartaba por dos motivos: ¿Qué país?' ¿Puede decirse que es «un país» una isla de ciento diez mil habitantes, aunque esté representada en la ONU? Además, su actual prosperidad depende, desde luego, del frágil hilo del turismo. Y el éxito turístico, como él bien sabía, era imprevisible. Requería mantener felices a los norteamericanos ricos.

Ése era el peligro que había percibido aquella noche, al encontrarse con el primer rasta de la isla. ¿Cómo olvidar lo que ocurrió en Jamaica cuando esa banda, con sus odiosas melenas y su feroz animosidad, empezó a molestar a las mujeres blancas y a los ancianos millonarios? El turismo quedó en nada durante años enteros. Hubo pérdidas incalculables y un cambio de gobierno. No podemos permitirnos ese tipo de alborotos, pensó.

Sin embargo, pese a esas preocupaciones, experimentaba una euforia que no sentía desde hacía años. La señorita Sally Wrentham resultaba ser tan interesante en lo intelectual como en lo físico; tenía sentido del humor, conocía la historia de su isla y demostraba una actitud juiciosa hacia las razas. No creía, como algunos de sus compatriotas, que los negros tuvieran cierta superioridad en la comprensión de los problemas antillanos, pero tampoco aceptaba que fueran inferiores. La manera tranquila y efectiva con que su abuelo Bart y su padre Thomas habían manipulado a los superiores blancos, hasta lograr la libertad total, era una prueba de que los negros podían gobernar. Por eso, ella nunca había querido cambiar Todos los Santos por Londres ni Nueva York, y Keeler apreciaba esa firmeza de ideas.

En realidad, tiempo después, cuando cortejaba a Sally más o menos seriamente, pensaba: Yo sería muy feliz si me estableciera definitivamente aquí. Ayudando a esta isla a ser autosuficiente, para hacerme a un lado en años venideros, cuando tomaran el poder los negros preparados por mí. Y si me decidiera por una vida así, ¿qué mejor que tener a mi lado a una esposa como Sally?

Tres sólidos motivos, que no necesitaban revisión, hacían viables esas decisiones: no tenía deseos de volver a su aburrida aldea de origen, en los límites de Yorkshire, pues la vida allí se le había vuelto opresiva. Sus recuerdos del fracasado matrimonio con Elspeth bastaban para arrancarle gemidos por las noches. Cuando pensaba en eso, no deseaba ninguna repetición; al lograr el divorcio se había sentido como si le quitaran una carreta cargada del pecho.

El tercer motivo para sentirse satisfecho en Todos los Santos sólo podía comprenderlo otro inglés. En los siglos anteriores y en la primera mitad de] actual, las diversas partes del imperio británico habrán sido gobernadas por disciplinados jóvenes ingleses, educados en las mejores esuelas y licenciados en Oxford o Cambridge. Eran enviados a la India, a Africa o al Caribe, para que pasaran algunos años dedicados a llevar la civilización a esos hijos de Dios, antes de retornar a la patria en un glorioso retiro, con títulos de lord o sir, o cuando menos con alguna condecoración. Los jóvenes de las clases medias o inferiores, que habían cursado penosamente estudios en universidades inglesas de segunda categoría o en las de Escocia, si deseaban un nombramiento en ultramar sólo podían esperar un puesto de menor importancia. Por aquellos tiempos, la presencia británica estaba invariablemente representada por un inglés de buena familia a la cabeza del gobierno, flanqueado por asistentes de clase social muy parecida a la suya y apoyado por un cuerpo de jóvenes como Keeler, que rara vez tenían esperanzas de alcanzar puestos de jerarquía,

Gran Bretaña se perjudicó al mantener ese sistema restrictivo. En la India dio resultado, por supuesto, pues allí hubo una sucesión de nobles virreyes que proporcionaron un liderazgo estable, a veces brillante. Pero en sitios de menor importancia, como Todos los Santos, el nombramiento de hombres de buena

educación y pocas aptitudes acabó en frecuentes desastres. El último gobernador general era un ejemplo. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, la Oficina de Colonias había dicho: «Es hora de darle algo al bueno de Basil Wrentham». y lo enviaron a Todos los Santos, en donde desembarcó majestuosamente, contando sólo con tres aptitudes válidas: era tan flaco y erguido que representaba el arquetipo del gobernador inglés; jugaba muy bien al críquet y era el segundo, hijo varón del conde de Gore. Fue un éxito social y una catástrofe política. Hasta junio de 1939 insistía en orquestar algún tipo de pacto entre Gran Bretaña y la Alemania nazi. Delia, su indomable hija, se había casado con un barón alemán que, más adelante, se convirtió en el brutal gauleiter de buena parte de Bélgica, donde sus maltratados súbditos acabaron por colgarlo justo antes de la Navidad de 1945.

Keeler era uno de los funcionarios coloniales de la generación posterior a la guerra, hijo de una pareja de clase media baja, educado en escuelas comunes y en una pequeña universidad provinciana. Había progresado gracias a su capacidad natural y a su duro trabajo. La vida de ultramar le resultaba tan agradable que no tenía deseos de abandonarla. Por eso, la idea de casarse con una antillana como Sally no le parecía sólo aceptable, sino casi inevitable. Había estado casado con una mujer que sólo se interesaba por los ingresos de su marido y por sus propios triunfos sociales. Mientras su estudiado noviazgo seguía adelante, Keeler se descubrió considerando a Sally como posible esposa. Una mañana de sábado, vestido con su mejor equipo deportivo blanco, detuvo el coche ante su casa y la invitó a acompañarlo a un partido de críquet que se jugaría ese día en York, al final de la carretera de montaña.

-¿Puedo preparar un almuerzo? -le preguntó Sally.

-Sería estupendo -respondió Henry.

Y partieron en su Volkswagen, a buena velocidad. Para él siempre era grato conducir por esa carretera; sus nuevas bellezas eran resultado de su tenaz esfuerzo. Le encantó oírle decir a Sally:

-Debes de estar muy complacido con el buen funcionamiento de tu nueva carretera. La verdad es que durante un tiempo, mucha gente quería despellejarte.

-Pero esta carretera hacía falta -aseguró él, mientras contemplaba el lejano Atlántico a través de las brechas que sus hombres habían abierto en la selva.

El partido de críquet había despertado gran expectación, pues enfrentaba al Bristol Town contra el equipo «Resto de la isla». Aunque el conjunto de la capital aplastaba tradicionalmente al otro, compuesto por los mejores jugadores de las demás ciudades isleñas, ese año el Resto parecía tener posibilidades. La ciudad de Tudor, al norte, había enviado a dos hermanos que habían establecido récords como lanzadores. York tenía varios bateadores fuertes.



También había dos jugadores muy buenos, procedentes de Londres, que estaban instalando un nuevo radar en el aeropuerto de Todos los Santos; se había decidido que, si bien eran ciudadanos británicos y estaban allí sólo de paso, por su prolongada estancia en la isla podían participar en el juego.

Un partido de un solo día presentaba problemas estratégicos especiales. El equipo A podía batear primero, comenzando a las diez y media, y marcar trescientas carreras en maniobras poderosas, pero dilatorias, antes de que cayera el décimo y último wicket. Pero entonces no habría tiempo para sacar a todos los bateadores del equipo B antes de que terminara el partido, a las cinco y media. En ese caso, habría que declarar un empate, aunque el equipo A llevara una ventaja de, por ejemplo, trescientos dieciséis a cincuenta y siete. La debida estrategia indicaba que el equipo A bateara alegremente hasta alcanzar una puntuación de ciento noventa, más o menos, y declarara terminados sus innings, aunque, aún le quedaran cuatro jugadores en condiciones de batear. Luego se trataría de sacar a los diez bateadores del equipo B antes de las cinco y media y antes de que pudieran alcanzar los ciento noventa y uno, En ese caso, ganaría el equipo A. Pero si el B, en sus innings, enviaba la pelota más allá del límite, con abandono, y alcanzaba los sorprendentes ciento noventa y uno antes de las cinco y media, ganaría él.

En ningún otro deporte de los que se jugaban en el mundo entero era tan importante la estrategia. Los turistas norteamericanos, de los que habría un autobús lleno, nunca apreciaban las maravillosas complejidades del críquet: la astucia con que el capitán comenzaba por utilizar dos boleadores rápidos para levantar el pitch y deslizaba después otro boleador, con un buen googly o un chinaman de izquierda con que aprovechar el césped erizado y tomar el wicket del bateador. Tampoco sabían ver con qué destreza distribuía el capitán a sus nueve felders, sin contar al boleador ni al wicket keeper, a fin de que siempre hubiera uno de sus hombres allí donde el descuidado bateador podía lanzar una pelota fácil.

Si el críquet era una fiebre en la década de los treinta, cuando lord Wrentham visitó el Caribe con su equipo, ahora era una verdadera obsesión. Parte del entusiasmo que provocaba el partido de ese día, en York, nacía del hecho de que varios hombres mayores, que seleccionaban jugadores para el próximo equipo de las Indias Occidentales que jugada en Inglaterra, estarían allí, observando cuidadosamente hasta qué punto eran buenos boleadores los dos hermanos de Tudor, si los famosos bateadores de York sabían defenderse de un terreno desigual. Observaban también a Harry Keeler, que había ganado renombre como estupendo felder en medio campo y buen bateador, salvo cuando se trataba de googlies. Era blanco, pero había cambiado su pasaporte británico por uno expedido en la isla, con el razonable argumento de que «si voy a pasar aquí el resto de mi vida, es mejor que lo haga bien». Eso le permitía jugar en el equipo de las Indias Occidentales, que se formaba con jugadores de todas las islas. Tenía muchas ganas de ser seleccionado, pues, si bien no deseaba vivir en Inglaterra, le gustaría volver como jugador de críquet.

Cuando Keeler y Sally abandonaron la carretera para entrar en la ciudad, a las diez menos cuarto; vieron que el autocar turístico de Bristol Town ya estaba allí, junto con otros seis procedentes del norte y tres llegados del aeropuerto. Mientras aparcaban, Harry dijo:

-Espero que no llegue ningún avión con problemas a la una de la tarde, porque no tendrá auxilio de tierra.

En las islas británicas del Caribe no había nada más importante que el críquet. Trinidad, Jamaica y Barbados podían estar en desacuerdo cuando se trataba de economía, tarifas aéreas entre las islas, la administración de la única universidad y los impuestos sobre la gasolina de Trinidad; pero, llegado el momento de constituir el equipo para una gira por Inglaterra, la India, Pakistán o Australia, todas las diferencias quedaban olvidadas y los fondos para pagar el viaje aparecían misteriosamente. Los prejuicios locales separaban las islas; el críquet las unía.

El partido de ese día era algo espléndido: un sábado de cielo azul, con árboles en flor, frutas abundantes en el mercado abierto, gente de todas las razas sentada en los pequeños palcos o tendida en el césped ... y todos atrapados por el entusiasmo del juego. Los puristas no apreciaban esas concentraciones, casi siempre ruidosas, pues preferían los partidos más solemnes, a lo largo de dos, tres y hasta cinco días consecutivos. Eso permitía a los capitanes estrategias intrincadas, según los pronósticos meteorológicos y el efecto probable del tiempo en las condiciones del terreno. En una serie de cinco partidos no era extraño que dos, o hasta cuatro, acabaran en empate. Una de las bellezas del críquet era observar a un capitán, cuyo equipo se enfrentaba casi seguramente a la derrota, moverlo todo para privar al adversario de una victoria segura, prolongando la batalla hasta que se acababa el tiempo. En tales circunstancias, un empate casi equivalía al triunfo; a veces era incluso más emocionante, pues los hombres luchaban contra reloj. Un buen partido de cinco días, con un poco de lluvia para provocar incertidumbre, era el críquet en su mejor versión. Pero en las islas, una buena lucha de un solo día tenía igual mérito, aunque fuera más ruidosa.

¡Qué majestuoso espectáculo cuando los once jugadores del Resto, que habían ganado la jugada a cara o cruz y elegido batear al final, entraron tranquilamente en el campo, con los uniformes blancos destacándose contra el césped bien cuidado! Los hombres, que abarcaban ocho o nueve tonos de piel distintos, eran apuestos y serenos; sonreían a los amigos que tenían entre la multitud. Pero la tensión fue en aumento cuando los primeros bateadores del Bristol Town, protegidos por los gruesos acolchados en las piernas y los guantes especiales, salieron a grandes pasos, arrastrando los bates, para enfrentarse con los jugadores del Resto.

Uno de los dos umpires era siempre el canónigo Essex Tarleton: cara rubicunda, pelo blanco y cuerpo redondo como una jarra de arcilla. Cuando salió

al campo, con su digno paso de ánade, hubo un decoroso aplauso. El clérigo era un personaje muy querido. Sus feligreses, al verlo, pensaban en John Bull y en otras cosas de Inglaterra que aún apreciaban.

Lo que le hacía especialmente notable era su atuendo. Los umpires de críquet suelen cubrir los pantalones y la camisa blanca con un delantal de hilo que les llega hasta la pantorrilla, pero el canónigo -inexacto título honorario que le habían otorgado sus compañeros de barco en tiempos de guerra- reemplazaba el delantal por, un grueso suéter tejido con lana natural de las Hébridas, islas situadas frente a la costa escocesa. En cuanto la temperatura comenzaba a subir, cosa que en las Indias Occidentales ocurría temprano, Tarlton se quitaba el suéter y ataba las mangas alrededor de su amplio vientre, de modo tal que la prenda le cubría el trasero. Su actuación siempre era objeto de muchas fotografías; la mayoría mostraba siempre e] grueso suéter colgándole de la cintura.

El momento culminante de una jugada cerrada no exige ninguna decisión del umpire a menos que haya una petición formal, que es una pregunta en voz alta, no si sabe exactamente si «¿Cómo era eso?» o «¿Cómo es eso?» dada la inarticulada pronunciación de la frase. Pero cuando seis o siete felders gritaban la pregunta al mismo tiempo, el canónigo Taretton alcanzaba su mayor esplendor. Irguiéndose en toda su estatura; los miraba fijamente y pronunciaba su dictamen, que nunca era discutido. Su palabra era la ley.

El equipo de Keeler fue el primero en batear, pero ni él ni sus compañeros lograron gran cosa. Uno de los boleadores de Tudor burló a Harry con una pelota rápida, con la que logró una puntuación de trece. El Bristol Town estaba en mala situación cuando se hizo la pausa para el almuerzo. Sally sirvió un pequeño festín, que los jugadores de ambos equipos compartieron con camaradería.

-Creo que os tenemos en un puño -dijo uno de los jugadores de Tudor a Keeler-. Según dicen, esos dos muchachos del aeropuerto son muy buenos con el bate.

-Ya veremos -replicó Harry-. Y si las cosas pintan mal para nosotros, nuestra Sally rezará para que llueva.

En ese caso, por pobre que fuera la actuación del Bristol Town después del almuerzo, el partido sería declarado un empate.

El Bristol jugó bastante mal. Los hermanos de Tudor demostraron ser bateadores de buen nivel; llegaron a ciento treinta y tres, dejando al Resto tiempo suficiente para ganar.

Enviaron primero a un bateador cauteloso, acompañado por uno de los jugadores buenos de York. Aunque el cauto cayó pronto, el jugador más experimentado golpeó con fuerza y logró una buena puntuación. Para lograr una

carrera, tenían que correr los dos bateadores al mismo tiempo, intercambiando marcas. A veces ocurría que un bateador era demasiado audaz en su decisión, y trataba de correr con las posibilidades en su contra. Su compañero, que partía de su área sólo un instante más tarde, se veía descartado sin tener culpa. Como el críquet era un juego de caballeros, el buen bateador no descargaba su frustración golpeando con el bate a su compañero, aunque habría estado justificado.

Eso fue lo que ocurrió: el bateador malo estaba a salvo; el bueno, fuera. Por eso, el Resto perdió dos wickets en un momento. Pero entonces salió a batear uno de los instaladores del radar; después de las primeras carreras fue evidente que había jugado en buenos equipos. Cuando parecía estar a punto de alcanzar los cien, Harry Keeler efectuó una jugada notable. El hombre del aeropuerto golpeó una pelota que rodó con rapidez hacia el límite. Si escapaba de los fielders sería un cuatro, y aunque algún jugador del Bristol Town la cogiera, se lograrían dos carreras, quizá tres. Por eso, el bateador y su compañero, confiados, iniciaron su recorrido. Pero Harry, corriendo a una asombrosa velocidad, alcanzó la pelota, se agachó, la cogió con una mano y la arrojó con mucha potencia hacia las manos del wicket keeper, quien tumbó diestramente las dos piezas de madera cruzadas sobre el wicket. La jugada estaba muy reñida. ¿Llegaría el corredor a lugar seguro antes de que volaran los bails o le ganaría la pelota?

-¿Cómo es eso? -gritaron los hombres del Bristol.

El canónigo Taretton permaneció impasible. Después, tras un silencio de efecto, hizo señas al corredor de que debía retirarse. Ambos equipos prorrumpieron en un grito de júbilo, tributo al poderoso pase de Harry Keeler, que había eliminado al principal jugador, del Resto.

Eso no ayudó mucho al Bristol, pues el otro empleado del aeropuerto formó pareja con un fuerte bateador de York. Ambos hicieron carreras a un ritmo que pareció condenar al Bristol. Keeler consiguió otra deslumbrante jugada defensiva, arrojándose de bruces al césped para alcanzar con una mano la pelota lanzada por el bateador de York, pero éste fue sustituido por otro hombre que, con la ayuda del trabajador del aeropuerto, llevó al Resto hasta los ciento treinta y cuatro puntos necesarios mucho antes de las cinco y media.

Un visitante de Barbados, anciano negro que en su juventud había hecho una gira por Inglaterra con sir Benny Castain, fue en busca de Keeler al terminar el partido.

-Soy John Gaveny, seleccionador de Bridgetown. Reconozco que a cualquier equipo le vendría bien un fielder de primera, como usted.

Pero antes de que Harry pudiera responder, Gaveny añadió: -Siempre que se pudiera confiar en usted para acumular veinte o treinta carreras.

Harry y Sally fueron de los últimos en marcharse de York, con la hinchada del Bristol Town. A las seis y cuarto, cuando oscureció como si descendiera el telón de un teatro, se detuvieron en una de las dársenas abiertas en el flanco de la montaña, para permitir el paso de los autocares, y se besaron apasionadamente. Cuando llegaron a casa de Sally, ésta le dijo:

-Sube y cenarás con nosotros.

E] ama de llaves había preparado, para ellos y el comisario, un guiso hecho con hortalizas de la isla, patatas traídas de Irlanda y carne importada de Miami. Después de preguntarles cómo había ido el partido, el comisario Wrentham les dijo:

-Esos hermanos de Tudor irán a la selección, sin duda, si llegan a dominar el cambio de ritmo.

-Si hubieras visto las jugadas defensivas de Harry -comentó Sally-, dirías lo mismo de él.

-Tengo trabajo en la comisaría -dijo Wrentham después de la cena, y dejó solos a los jóvenes enamorados, satisfecho en todo sentido. Había criado a una hija estupenda, que tenía por pretendiente a un joven digno de ella.

Pero el noviazgo, tan perfecto desde cualquier punto de vista externo, no marchaba muy bien. Dos semanas después del partido de críquet, Laura Shaughnessy, que trabajaba en el despacho del gobernador general, le dijo a Sally:

-Hagamos fiesta todo el día de mañana. El rasta quiere ver el norte de la isla y le prometí llevado en mi coche.

Para Sally, lo que se había iniciado como una excursión cualquiera resultó ser una jornada de gran importancia, que puso en tela de juicio todos sus valores. Fue algo muy diferente del suave paseo en compañía del inglés Keeler hasta Cork. Ése había sido, esencialmente, un viaje de regreso a Inglaterra, con una pausa para el té y un respeto casi fanático por las pequeñas sutilezas del juego.

Ésta, en cambio, sería una dura cabalgada, casi brutal, hacia las realidades de una nueva república negra, con su herencia africana emergiendo en diez puntos inesperados. Laura, varios tonos más oscura que Sally, conducía su pequeño coche con Ras-Negus Grimble acurrucado junto a ella en el asiento delantero y Sally en la parte de atrás.

La diferencia entre las dos excursiones quedó clara de inmediato. En vez de tomar la carretera de montaña hacia el sur, Laura se encaminó hacia el norte. En cuanto salieron de la ciudad, el rasta tomó el mando, como si fuera un joven rey con sus concubinas. Lo que deseaba ver era la disposición del terreno,

sus cultivos, los cultivos ya crecidos, y cómo estaban distribuidas las pequeñas granjas que salpicaban esa parte de la isla, aparentemente desierta. Dos veces ordenó a Laura:

-¡Detente! Quiero hablar con ese agricultor.

Cuando bajaba del coche para conversar con los negros que ocupaban una choza, se refería a las cosechas con tan evidente autoridad, que Sally pensó: «Apostaría a que sus antepasados inspeccionaban sus campos así, en África».

Cuando estaban a tres kilómetros de Tudor, Sally lo acompañó a visitar a un tercer agricultor, que tenía sus campos junto a la carretera. El giro que tomó la conversación la dejó asombrada:

-¿Puedes cultivar buena ganja, en tus campos traseros?

-Nunca lo he intentado.

-Si yo trajera semillas de primera, ¿lo intentarías?

-Si cultivo ganja, ¿cómo voy a venderla?

-Los norteamericanos de la Gran Babilonia están hambrientos de ganja. Pagan muy buen precio.

-Aquí en Todos los Santos no se cultiva mucho. No se usa.

-Todo eso va a cambiar, recuerda, te lo digo. Lo dice el gran dios Haile Selassie.

Mientras continuaban el viaje hacia Tudor, Sally le preguntó: -¿Ganja? ¿Eso no es lo que habitualmente llaman marihuana?

-Ganja es la hierba sagrada de Rastafari. Abre todas las puertas.

En Tudor parecía electrizado. Caminaba entre los negros apabullándolos con sus tremendas trenzas, su chillona camisa, y la seguridad con que se comportaba. Sally notó que tendía a apartarse de los mulatos como ella, su mensaje era para el agricultor negro, para el vendedor negro, para la lavandera negra. Y siempre era el mismo:

-Los negros van a levantarse en todo el Caribe. Dios vuelve a la tierra en Etiopía y reconquista el mundo por nosotros.

Cuando su público preguntaba qué querían decir los mensajes de su camiseta, él señalaba el retrato de Haile Selassie y les decía:

-Gran gobernante. Conquista toda Africa. -Les dijo que su león era el que la Biblia mencionaba-: León de Judá. Viene a darnos el poder total.

-También, explicaba que el Papa, allá en Roma, sería pronto destruido porque era el espíritu de Babilonia, pero que la Gran Babilonia en sí era Norteamérica, que también sería pronto aniquilada. Predijo también que la reina Isabel II no tardaría en sufrir dolorosos castigos-: ella, hija de la reina Isabel I, que envía su capitán, John Hawkins, a Africa, a traer a tus padres aquí esclavos.

Cuando la gente se detenía para escuchar sus divagaciones, entremezcladas con largos párrafos de incomprensible parloteo rasta, él bajaba la voz y concluía, con gran seriedad:

-América, la Gran Babilonia de ultramar. ¿Quién es la Gran Babilonia aquí, en Todos los Santos? La policía.

Al decir esto, siempre hacía una pausa para clavar una fiera mirada en quienes lo escuchaban, aprovechando su estatura, lo temible de su pelo y la imponente barba para aterrorizarlos. Luego reducía la voz a un susurro:

-Gran Babilonia debe ser destruida. Lo dice la Biblia. Apocalipsis.

-Entonces sacaba la Biblia-: Capítulo dieciocho, versículo dos; mira, lee tú mismo: «Y él, clamando con voz poderosa, dijo: Babilonia la Grande ha caído, ha caído y se ha tornado en residencia de demonios ... ». Ahora lee el versículo veintiuno: «y un ángel fuerte alzó una roca, semejante a una gran piedra de molino, y la arrojó al mar, diciendo: Así, con un veloz lanzamiento, será arrojada al abismo Babilonia, la gran ciudad, y nunca más volverá a ser hallada».

Sally notó que nunca llegaba a llamar abiertamente a la revolución, a proponer ataques contra la policía, pero ése era, en el fondo, el sentido de sus palabras, y el público lo sabía. Cuando la tensión alcanzaba su punto máximo, se convertía una vez más en el suave mensajero que ella había visto la primera noche, en la reunión. Entonces sus ojos cálidos y su rostro plácido, enmarcado en aquella barba de Jesucristo, exudaban amor para todos y la invitación a participar en su cruzada por la salvación de los negros de la Tierra.

Cuando los habitantes de Tudor invitaron a Rasc'Negus y a sus dos acompañantes a almorzar con ellos, todo el mundo notó que elegía sólo ciertas comidas, y antes de llevárselas a la boca las ponía en su cáscara de coco. Al ver que eso llamaba la atención de la gente, les explicó:

-Nada de comida enlatada. Nada de carne. Sólo comida tal como ..

Yah la envía, recién cogida del campo y del árbol. Y nada de platos ni cucharas de metal. Sólo los dedos que Yah nos dió.

A veces resultaba desagradable verlo hundir sus largos dedos huesudos en el coco y llevárselos, chorreantes, a los labios rodeados de pelo. Mientras comía, aprovechó la ocasión para explicar a su anfitrión, en los términos más suaves, los principios rastas.

-¿Es cierto que la ganja es vuestra hierba sagrada? -le preguntó un hombre.

-Es la hierba que Yah envió a la Tierra para dar goce al pueblo negro. Si fumas ganja, como dice Haile Sélassie, puedes ver el paraíso.

Y dejó a los hombres deslumbrados con su descripción de la vida tal , como sería cuando Haile Selassie, septuagésimo segunda encarnación de la divinidad, retornara para ponerse al frente de los ciento cuarenta y cuatro mil que serían salvados.

Viajando hacia el oeste, rumbo a Cap Galant, Ras-Negus habló con tranquilo fervor de los principios rastas, del concepto de que todas las mujeres eran emperatrices, de que los niños eran una de las grandes bendiciones del mundo, de que los hombres y las mujeres buenos comían sólo comidas naturales y no venenos enlatados, traídos a la isla por los barcos de la Gran Babilonia de Miami. El zumbido de su voz, modulada y agradable; adormeció a Sally. Para no quedarse traspuesta le preguntó:

-Señor Grimble ...

-Señor Grimble no: Ras-Negus, .. Juan el Bautista de las islas de Sotavento y Barlovento -la interrumpió él.

-Dime, Ras-Negus, ¿qué son esos ciento cuarenta y cuatro mil que serán salvados de los que hablabas antes?

Por primera vez él sacó su pequeña Biblia encuadernada en cuero para hablarle directamente a ella. La abrió con exactitud en el Apocalipsis, capítulo 14, de donde leyó en voz baja y, suave:

-Y miré al Cordero de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre del Padre escrito en la frente ... Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero.» -Cerró la Biblia, mirando a Sally-. Tú y yo deberíamos vivir de modo tal que podamos ser uno de los ciento cuarenta y cuatro mil.

-¿Quieres decir que de toda la gente de la Tierra sólo ...?

-Grupo por grupo. De estas islas de Barlovento, tal vez sólo ciento cuarenta y cuatro mil salvados.

-¿Y en Norteamérica, que tiene una población enorme?



-Nadie. Es Babilonia.

Cuando llegaron a Cap Galant descubrieron que el gobierno había erigido, con piedra y madera, una amplia glorieta en donde había diez o doce grupos separados, almorzando o descansando para disfrutar del panorama. La apariencia de Ras-Negus era tan asombrosa que atrajo la atención. Pronto tuvo alrededor a un pequeño grupo de curiosos, que lo instaron a departir sobre las glorias del rastafarismo. Pero Sally notó que, ante ese público, no mencionaba siquiera la revolución, la supremacía de los negros sobre los blancos ni el uso ritual de la ganja. Entonces comprendió que era mucho más astuto de lo que ella había supuesto, pues sabía por instinto cómo acomodar sus comentarios a sus oyentes. Le merecía más respeto cuando hablaba para los negros, porque entonces era más franco. Pero cualquiera que fuese, su público, cuanto expresaba con tema un tremendo sentimiento africano, y Sally pensó: Este rastafari nunca ha estado allí, pero exuda el olor de los grandes ríos, los sonidos de la densa selva y hasta el parloteo de los pájaros multicolores. ¡Por Dios, éste hombre se ha convertido en Africa misma!

Después de escuchar un rato, se acercó una mujer que había asistido a aquella primera reunión y le pidió que explicara el extraño vocabulario rasta. Al parecer, era uno de los aspectos en los que Grimble se consideraba experto, pues declaró desenfadadamente, a veces con involuntario humor, que la lengua inglesa sería modificado cuando los rastas estuvieran al frente del mundo. Entre sus sugerencias más memorables figuraban éstas: «La política es el sistema por el cual los blancos oprimen a los negros. Debemos llamarla por su verdadero nombre: polítruca. Trabajo, es una palabra demasiado bella para arruinarla con el concepto negativo «bajo». Debe convertirse en trarriba. Divino tiene el más noble de los significados, pero se echa a perder por culpa de esa partícula «di», que implica siempre división. Debe ser yo-vino, para arrojar toda su divinidad en el yo, el yo inmortal».

Así continuó, como si estuviera enfrascado en un juego de niños, haciendo una disección del idioma y cambiándolo con absurdas correcciones. Cuando vió a los presentes comer el alimento más exquisito de las islas, el mango maduro, con su rico sabor y su dorado jugo, comentó:

-Man-go, significa que algún buen hombre se va, se muere. Convirtamos esa palabra en «vengo».

Sally no pudo determinar si estaba logrando o no adeptos, pero un notable acontecimiento demostró que él consideraba ese viaje a Todos los Santos como una verdadera misión, pues atacaba sus objetivos mediante una maniobra muy sagazmente planeada: primero reunía a la gente y cantaba con buen estilo alguna de las mejores canciones de Bob Marley; luego estudiaba con atención las caras, para ver quién podía estar abierto a su siguiente aproximación. Con una penetración psicológica extraordinaria, identificó a cinco o seis jóvenes que parecían susceptibles a lo que él deseaba hacer. Seguido por Sally y Laura,

condujo a su grupo a una parte retirada del cabo y allí sacó de su bolsa un puñado de las mejores hojas de ganja, sembradas en las colinas de Jamaica.

Sally nunca había visto esa hierba, ilegal en Todos los Santos, y le sorprendió lo aromática que era en su estado natural. Pero aún más la sobresaltó ver cómo la fumaba Ras-Negus. Por lo que ella había leído en las revistas, esperaba que el joven enrollara una hoja para formar una especie de cigarrillo, pero no fue así. Grimble tomó un trozo de diario y lo enroscó en forma de amplio cuerno, con un extremo estrecho como el de un cigarro, pero con un diámetro de siete u ocho centímetros en el lado opuesto. Cuando prendió fuego a la hierba y empezó a aspirar profundas bocanadas, parecía estar tocando un viejo cuerno de Tritón, Inhalaba profundamente, con los ojos cerrados. Dejó que su rostro adoptara una expresión de santa benevolencia y pasó el extraño adminículo al hombre que estaba a su lado; éste, a su vez, aspiró profundamente sus cuatro primeras caladas. Como el cuerno contenía una inmensa cantidad de ganja, podía colmar a diez jóvenes. Por fin llegó a Laura, la responsable de conducir el coche. Al parecer, Ras-Negus ya la había familiarizado con la hierba, pues dio una calada experta y, con un profundo suspiro, la entregó a Sally.

Eso presentaba un problema. Sally, hija del comisario general, tenía plena conciencia de que hasta la posesión de marihuana era ilegal en Todos los Santos, y ya ni hablar de fumarla. Pero las experiencias de ese ajetreado día le habían despertado tanto interés en el movimiento rasta, como auténtica religión de negros que se sentía inclinada a participar en todos sus ritos. Por lo tanto, aceptó la hierba de manos de Laura.

-Debes aspirar profundamente -le indicó Ras-Negus.

Sally, al hacerlo, sintió que el humo sutil se difundía por sus pulmones y, aparentemente, también por el corazón y la cabeza. Ocho aspiraciones profundas le causaron una euforia positiva. Una vez más captó la sensación de Africa.

Caía ya la tarde cuando iniciaron el regreso. Aunque Sally no tenía la mente del todo despejada, notó que a Laura le sorprendía que Ras-Negus no se instalara a su lado, en el asiento delantero, sino detrás, con ella. Allí encendió otro cigarro de ganja. Pronto el coche se llenó, de ese aroma dulzón y Sally se vio obligada a tomar una bocanada por cada tres o cuatro de las que aspiraba Grimble. Laura, desde el asiento delantero, también pedía su parte. El coche se bamboleaba alegremente.

Ras-Negus, en medio de una gran euforia, empezó a buscar en su Biblia pasajes al azar, que más o menos apoyaban las enseñanzas rastas. Una vez más, leyó una cita del Apocalipsis:

-«Y uno de los ancianos me dijo: No llores, mira, el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha prevalecido .. ,»

Dijo que eso demostraba que Haile Selassie descendiente directo del rey David, pronto se apoderaría de África:

-¡Pero si ha muerto! -protestó Rally.

-Su espíritu. Sus seguidores, como tú y yo. Africa será nuestra -replicó él.

Para demostrarlo buscó el salmo 68, de donde leyó los versículos 31 y 32.

-«Príncipes saldrán de Egipto. Etiopía pronto extenderá sus mimos hacia Dios. ¡Cantad a Dios, reinos de la Tierra!».

Eso significaba claramente, aseguró, que la Gran Babilonia de Norteamérica caería pronto bajo el poder de Etiopía.

Y así continuó, galopando por la Biblia para arrancar de aquí y de allá algún arcano fragmento. Pero siempre volvía, al Apocalipsis: «La victoria sobre Babilonia la Grande no será fácil». Escuchad el capítulo diecinueve, versículo diecinueve: y ví a la bestia salvaje y a los reyes de la Tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer la guerra contra el que iba sentado en el caballo y contra su ejército».

A Sally esto le pareció bastante vago, hasta que él sacó de su mochila una pequeña fotografía de Baile Selassie montado en un caballo blanco. Eso llevaba inmediatamente al capítulo, 90, versículo 90:

-Y ví un trono blanco, y al que estaba allí sentado. De delante de él huyeron la Tierra y el Cielo ... »

Sally, en su leve aturdimiento, no veía ninguna relación entre un caballo blanco y un trono blanco, pero al parecer la había, pues el concepto inspiró a Grimble, que se reclinó en el asiento y recitó largos pasajes bíblicos, ninguno de los cuales tenía, relación directa con lo rasta. Pero, eso sí, todos ellos eran tremendamente soporíferos. Al dejarse arrastrar por el hechizo conjunto de las palabras mágicas y las seductoras hierbas, Sally cayó en la cuenta de que Ras-Negus estaba hurgando bajo su vestido y en sus propios pantalones. Pero sus palabras eran tan persuasivas, su presencia tan imponente, que ella no tuvo deseos de resistirse, hasta que despertó al terrible hecho de que aquel, hombre, con su cabeza de Medusa, tenía la intención de hacer el amor con ella allí mismo, en el pequeño asiento trasero del coche en marcha.

No gritó, pero trató de empujarlo a un lado. Sin embargo, él era demasiado fuerte para ella, y la obligó a mantener la mano dentro de sus anchos pantalones, hasta que alcanzó una satisfacción parcial.

Aquello daba miedo, pero no era repulsivo, pues todo el ser de Ras-Negus -su actitud, sus palabras, su entrega- hablaban de un mundo que ella nunca había conocido, y su salvaje vitalidad daba sustancia a un bonito vocablo que ella y sus amigos analizaban con gran pasión: la negritud.

Exhausta y desconcertada, al desaparecer los efectos de la ganja, Sally se acurrucó en un rincón del coche, rezando por llegar pronto a Bristol Town. Cuando Laura se detuvo ante la casa del comisario Wrentbam, bajó de un brinco y corrió al interior como buscando un santuario. Allí, en las personas de su padre y su hermano, la negra Africa y la blanca Inglaterra se reunían en una armonía decente y pactada.

Sally quedó tan conmovida por su experiencia con el rastafari y la ganja que, al mediodía siguiente, visitó la pequeña rectoría adosada a la iglesia anglicana y preguntó si podía hablar con el canónigo Tadeton.

-Para eso está aquí, querida mía -dijo su esposa, una mujer de cabello cano, y fue a buscarlo.

El reverendo Essex Tarleton había sido un estudiante como cualquier otro en la secundaria y no mucho más destacado en la universidad. Durante sus estudios de teología, resultó obvio que nunca llegaría a las altas jerarquías de su Iglesia. Pero quienes lo conocieron en esos años tuvieron la seguridad de que era una vocación para el sacerdocio. En 1939, cuando se incorporó a la Marina como capellán, todos se alegraron de que hubiera encontrado su lugar. Acabada la guerra, después de haber servido en diversas bases y varios buques, se lo asignó a una pequeña iglesia de Barbados, donde durante muchos años fue feliz y actuó con efectividad. Pero al crecer la comunidad, hizo falta un hombre más joven y enérgico. Entonces se lo trasladó a la isla de Todos los Santos, menos poblada. Allí culminaría su actividad clerical: un blanco con buenas intenciones ayudando a una congregación negra a establecer sus normas. Los sábados actuaba como umpire en los partidos de críquet, los domingos predicaba, y todos los días de la semana se mostraba dispuesto a escuchar cualquier consulta de sus feligreses. Habría quedado estupefacto si alguien le hubiera dicho que tan humildes servidores como él eran precisamente quienes mantenían en pie el imperio británico y conservaban en las islas antillanas el lazo emocional de las nuevas naciones con Inglaterra. Los habitantes del Caribe depositaban sus ahorros en Londres, enviaban a sus hijos a las escuelas inglesas y compraban sus libros en lo que hasta el más ardiente de los patriotas negros llamaba «la patria». Tratándose de críquet, era una fiesta siempre que llegaba un buen equipo de Australia o la India, pero si los visitaba un equipo inglés, la gente marcaba el calendario con letras de oro.

-¿Qué te trae a mi pequeño cubículo? -preguntó a Sally, mientras le ofrecía una copa de jerez.

Ella aceptó un poco y le explicó que estaba desconcertada por el rasta. Con sólo oír esa palabra, el pastor dejó de servir el vino.

-Sí, ya sé que ha estado predicando mucho, ese fulano de Jamaica.

-Cuando menos, ha estado hablando mucho conmigo; y de una manera muy convincente.

-¡Vamos, vamos, Sally! Eres demasiado sensata para dejarte engatusar por esas tonterías.

-Pero cita la Biblia con un efecto considerable. Dígame, canónigo, ¿tienen sentido las palabras del Apocalipsis?

Tarleton sorbió su jerez, y luego estalló en una sonora carcajada.

-Mira, Sally, voy a responder a tu pregunta con una franqueza que puede parecer terrible. Pero escúchame, por el amor de Dios. Los fanáticos religiosos de este mundo, que están todos chiflados, usan dos libros de la Biblia desde hace dos mil años para probar cualquier locura que se les pase por la cabeza .. Daniel y el Apocalipsis. Y hacen tanto daño a este mundo como el ron de Jamaica y la ginebra holandesa.

-¿Qué quiere usted decir?

-Que son apocalípticos. Charlatanes inspirados.- Ahora mismo, tú y yo podríamos hurgar en esos dos libros y demostrar casi cualquier cosa que se nos ocurriera.

Buscó su Biblia, le mostró qué la estaba abriendo en Apocalipsis y leyó un fárrago de palabras, símbolos y pura ofuscación ..

-Ahora dime, por favor, ¿qué significa eso?

Con mucha sagacidad, comenzó a dar significados arbitrarios a cada uno de los símbolos, hasta demostrar que en el año 2007 el Canadá invadiría México y Estados Unidos.

-Utilizando a Daniel y el Apocalipsis puedes demostrar cualquier cosa.-Se frotó la barbilla, riendo entre dientes por lo ridículo de una escena que había presenciado-. El año pasado, cuando fui a Washington para la reunión de nuestra Iglesia; escuché a esos nuevos pastores de la radio y la televisión. ¡Qué astutos son! ¡Qué bien se los ve por la tele! Y uno de cada dos estaban delirando sobre algún inescrutable pasaje del Apocalipsis.

-Entonces, lo que dicen los rastas es pura basura?

-Tú lo has dicho, no yo. Pero sin responderte, porque no es correcto que una religión hable mal de otra, voy a mirar por la ventana y a mover afirmativamente la cabeza. Sally, muy aliviada al ver confirmadas sus sospechas, cambió de tema:

-Por favor, ¿quiere buscar en Números, capítulo cinco, versículo seis? Memorice el punto porque cuando é leyó ese pasaje parecía justificar el extraño peinado que lleva. Dígame, canónigo, ha visto alguna vez a ese rasta?

-Sí. La otra noche, al oscurecer, y me dio un susto mortal. -Estaba tratando de hallar el pasaje. Al fin dijo:- Temo que aquí no se habla del pelo.

-Mire en el capítulo seis, versículo cinco -sugirió ella-; tal vez lo recuerdo con los números invertidos.

-Ajá! -El sacerdote rió entre dientes-. Es el famoso pasaje que los jóvenes rebeldes londinenses utilizaban para convencer a sus padres de que la Biblia ordenaba a los hombres llevar el pelo largo: «El voto ... , No consentirá que navaja alguna se acerque a su cabeza ... Será santo y dejará que le crezcan mechones de cabello en la cabeza» -Cerró la Biblia y se volvió hacia Sally con una sonrisa-. Eso explica los ... ¿Cómo llaman a esa pelambre infame? ¿Mechones espanto?

-Así parece.

-¡Ay, querida jovencita mía! Te puede ir muy mal si usas un solo párrafo de la Biblia como única guía para algo. Cuando los jóvenes modernos empezaron a citar ese famoso pasaje a sus mayores, los eruditos de nuestra Iglesia revisaron la Biblia para ver qué otras instrucciones se daban sobre el pelo de los hombres. Y en Levítico, el gran libro de la ley, hallaron estas palabras en el capítulo catorce, versículos ocho y nueve: «Aquel que ha de purificarse lavará sus prendas de vestir .. y se afeitará todo el pelo y se bañará en agua, porque tiene que estar limpio ... Y al séptimo día se afeitará todo el pelo de la cabeza, la barbilla y las cejas, y lavará sus prendas de vestir y bañará su carne en agua ... ». Tu rasta podría sacar buen provecho de estas recomendaciones, sobre todo en lo que se refiere al baño.

Sally alargó la mano hacia la Biblia, leyó los fragmentos y sonrió. Pero el canónigo no había terminado.

-Como ocurre en la Biblia con tanta frecuencia, fue el viejo san Pablo quien abordó el tema en la primera de Corintios. A ver si encuentro el pasaje que circuló tanto cuando los hombres comenzaron a salir a las calles con el pelo largo. Sí, aquí, capítulo once, versículo catorce: ¿No os enseña la naturaleza misma que si el varón lleva el cabello largo es una deshonra para él?».

El viejo sacerdote dió a Sally la oportunidad de estudiar el fragmento. Luego dijo, lleno de compasión:

-A mi edad, todo pastor ha visto a diez o doce sectas elevarse y caer. Las que se basan en pasajes elegidos de Daniel y Apocalipsis son las más perniciosas. Pero su error es comprensible. Hombres y mujeres, muchas veces, se sienten inquietos ante la doctrina dura y comprobada del catolicismo: romano o el bautismo norteamericano. La gente no está preparada para imponerse una disciplina según la verdad destilada a lo largo de veinte siglos. Por eso construyen sus propias religiones apocalípticas, hechas de fuego, infierno, carruajes dorados y ciento cuarenta y cuatro millares de una cosa u otra. Supongo que, a largo plazo, no hacen mucho daño, pero, a corto plazo ¡qué destructivas pueden ser; Dios mío!

-Cuando la muchacha ya se marchaba, le dijo-: He oído hablar de sus predicciones sobre Etiopía. Puedes encontrar pasajes que apoyen sus sueños descabellados, pero en Sofonías, un libro poco conocido que está hacia el final del Antiguo Testamento. El profeta se ocupa de la Etiopía de tu rasta: «Jehová les inspirará temor, pues él ciegamente hará flaquear a todos los dioses de la Tierra, y la gente se inclinará ante él... Vosotros también, etíopes, hasta vosotros moriréis bajo el filo de mi espada». -Al acompañarla hacia la puerta le dijo, amistosamente-: Tú y yo, Sally, podríamos construir una religión maravillosa, utilizando tijeras y un poco de engrudo, pero usaríamos sólo las partes nobles: Deuteronomio, Salmos, San Lucas, las epístolas de san Pablo. Claro que esa religión ya ha sido compilada. Se llama cristianismo.

En las semanas siguientes al paseo por la parte norte de la isla, el rasta se convirtió en objeto de sospechas en Bristol Town. Harry Keeler, responsable administrativo del sector turístico, quedó muy preocupado al enterarse de que una blanca un tanto gruesa, llegada de Nueva York en un crucero escandinavo, fue físicamente agredida en la calle por un negro corpulento, que le gritó con voz amenazadora:

-¡Vete a tu casa, cerda blanca! -Cuando ella recobró el equilibrio, vió miró, estupefacta, el hombre añadió-: En nuestra isla no queremos gordos como vosotros.

El incidente provocó un alboroto, pues todo el mundo comprendió de inmediato el grave daño que eso podía causar a la industria principal de la isla. La noticia llegó en seguida a la oficina de Keeler, quien sacó apresuradamente la conclusión de que el atacante negro había sido el rasta. Pero bastó un pequeño interrogatorio para demostrar que no era así. El negro fue identificado por varios ciudadanos indignados, y él negó tener nada que ver con el rasta.

Keeler se puso inmediatamente en acción. Sin pedir autorización a nadie, corrió al barco en cuestión, Tropic Sands, de bandera sueca, y ofreció disculpas al capitán, el director del crucero y a cualquier otro funcionario que se

le cruzó en el camino. -Ese tipo de cosas no ocurren en Todos los Santos. Fue una aberración vergonzosa, y tales incidentes no serán tolerados, Puede usted asegurárselo a su gente.»

Un oficial lo llevó a la enfermería del barco, donde la turista neoyorquina descansaba bajo los efectos de un suave calmante, y Keeler logró enmendar la situación tomando una decisión en el acto:

-Comprendo lo mucho que debe de haberse asustado, señora. ¡Verse de pronto empujada por un desconocido que gritaba de ese modo! Lo siento muchísimo y estoy verdaderamente avergonzado porque una cosas así haya pasado en nuestra isla. He aquí lo que voy a hacer para obtener sus disculpas: el pueblo de Todos los Santos pagará el coste de su viaje y, puesto que el Tropic Sands no zarpará hasta las once de esta noche, el gobernador general la invitará a cenar con él, a usted y al acompañante que usted misma elija. A las siete en punto, en la Casa de Gobierno. Yo mismo vendré a buscarla en taxi.

Después de haber hecho las paces con la mujer ofendida, corrió a ver al capitán, le extendió otra invitación para la cena y buscó precipitadamente un teléfono en el puerto, para avisar al gobernador general y pedirle disculpas por esa «decisión unilateral».

La cena fue un verdadero éxito. La mujer resultó ser una tal Gottwald, que se encargaba de organizar actividades para una gran sinagoga de Brooklyn. Era ella quien había preparado ese crucero por el Caribe a bordo del Tropic Sands para un grupo de cuarenta y siete pasajeros. De pronto se convirtió en una persona de gran importancia, no sólo para el barco sino también para la isla, y demostró ser una persona bien informada.

-Los que nos dedicamos a esto -explicó-,y somos muchos los que decidimos adónde irán ciertos grupos a pasar sus vacaciones, prestamos muchísima atención a los informes periodísticos. Los secuestros de aviones decretaron definitivamente la muerte del Mediterráneo; no pudimos organizar ningún otro crucero hacia allí. A Haití ya no va nadie, pobre país. Los terribles disturbios de Jamaica aniquilaron su turismo por un tiempo, pero ahora hemos vuelto. Eso sí, llevamos a nuestra gente sólo a la costa norte de la isla, nunca a una ciudad problemática como Kingston.

-Para nuestra compañía naviera -comentó el capitán Bergstrom- está siendo una lucrativa inversión comprar o alquilar una isla despoblada o, si no, un rincón alejado en una isla problemática como Haití o Jamaica. Allí creamos un pequeño paraíso para el veraneante, detrás de una buena empalizada, donde los únicos negros que se ven son los que forman parte de nuestro personal.

El modo en que describía esa nueva empresa turística revelaba que le merecía una pobre opinión, pero fue la señora Gottwald quien descartó como solución a los problemas del turismo.



-Yo nunca llevaría a mi gente a un lugar tan aislado como ése, y mi gente no querría ir. Ellos quieren ver mezclas maravillosas, como las que hay aquí, en la calle mayor. Quieren ver a negros y mulatos. De lo contrario se quedarían en su casa.

Eso proyocó un comentario favorable, sobre todo por parte del gobernador general, que era negro. Pero ella hizo una advertencia a tener en cuenta en cualquier isla que quisiera mantener su turismo.

-Jamás olvidaré lo que pasó en Santa Cruz, en las Islas Vírgenes norteamericanas, hace algunos años. Ese día yo estaba con un grupo de sesenta o setenta personas en St.Thomas, cuando llegó la noticia al puerto y a los barcos anclados allí, nos aterrorizamos: unos delincuentes negros con ametralladoras hablan atacado a los huéspedes del lujoso Rockefeller Golf Club, en Santa Cruz. Todo estaba lleno de cadáveres. Por esa temporada se acabaron las Islas Vírgenes. Y ni siquiera hoy se pueden vender excursiones a Santa Cruz.

-Espero, señora Gottwald, capitán Bergstrom, que nos ayuden a evitar una publicidad desastrosa, dijo el gobernador. Había estudiado, con una beca en Oxford y hablaba con uno de los acentos más encantadores del mundo: el Oxford puro, suavizado por el sol caribeño. Claro que si se repitieran incidentes como el de hoy, habría que divulgar la noticia y nos veríamos honorablemente obligados a permitirlo. Pero les doy mi palabra de que no consentiremos que eso vuelva a ocurrir.

-Usted tiene una enorme ventaja sobre nosotros, gobernador -aclaró el capitán-. Nuestros grandes barcos tienen que detenerse en alguna parte. Puesto que el Mediterráneo está cerrado y Oriente tan lejos, sólo quedan tres zonas para los viajeros norteamericanos, como la señora Gottwald y su grupo: en verano; Alaska; en las estaciones intermedias, México y el canal de Panamá, y en invierno el Caribe. Pero si se nos escapan las cosas de la mano, si nuestros viajeros se ven insultados al desembarcar, abandonaremos esta isla, tal como abandonamos Haití.

-Señor Keeler -dijo el gobernador al finalizada reunión-, usted me ha hecho un gran favor al traer a estos dos expertos a cenar conmigo. He aprendido mucho. Y confío en que usted, nuestro perito en la cuestión, haya escuchado y tome medidas para proteger a nuestros visitantes y el buen nombre de nuestra isla.

A la mañana siguiente Keeler estaba en el despacho de Thomas Wrentham a las siete en punto.

-¿Ha arrestado al culpable, comisario?

-Con mucha facilidad.

-¿Alguien lo interrogó?

-Yo mismo.

-¿Con qué resultado?

-¿Usted quiere saber si recibió alguna influencia del rasta?

-En efecto.

-En la medida en que podemos creerle, y creo que podemos. Ni siquiera ha visto a ese desconocido.

-¿Estaba drogado con marihuana?

-La marihuana no es un gran problema en esta isla, como usted sabe.

-Pero si el rasta sigue predicando sus doctrinas, lo será.

-Estoy de acuerdo, pero en este caso, probablemente no.

-Entonces, ¿por qué demonios atacó a una mujer blanca y le dijo esas cosas?

-A veces, estas cosas están en el aire. Noticias que llegan de otras islas, programas de radio, sobre terrorismo; algún artículo de Times o Newsweek ...

-O la visita de un rasta -sugirió Keeler.

-Hoy en día, tratándose de una isla como ésta, ése suele ser el caso. -Y sacó de un cajón el informe que le había enviado su colega de Jamaica-. Eche un vistazo.

Keeler leyó:

Una minuciosa investigación sobre los antecedentes de Ras-Negus Grimble revelan que es bisnieto de un marinero inglés que abandonó su barco en Kingston, en 1887, cuando tenía unos treinta y nueve años. Se estableció con una negra y tuvo tres hijos. Un nieto se casó con una negra y de ese matrimonio nació Hastings Grimble, que desde el asunto de Haile Selassie usa el nombre de Ras-Negus.

De joven cayó bajo el hechizo de Bob Marley, el famoso cantante jamaicano de reggae, y su grupo The Wailers. En varias ocasiones actuó como cantante sustituto, pero sin obtener un puesto permanente. Tenemos la firme sospecha de que era él quien proporcionaba ganja al grupo de Marley; parece haber organizado una operación a gran escala para vender marihuana jamaicana al

por mayor en el mercado estadounidense. Se sabe que utilizaba aviones pequeños y rápidos para frecuentar los altos valles próximos a su aldea natal de Cockpit Town. pero mis hombres nunca pudieron apresar a los tripulantes ni a Grimble, que sin duda los aprovisionaba.

Creemos que abandonó Jamaica por una sencilla razón: lo seguíamos de cerca. Si ha trasladado sus operaciones a Todos los Santos, deben ustedes estar alerta a un intenso tráfico de marihuana.. Pero también predica la guerra racial. Creemos que estuvo detrás de algunos de los peores incidentes que sufrimos hace unos años. No se descuiden.

En cuanto a su profunda dedicación a asuntos religiosos, nuestros informantes nos aseguran que es sincero. En verdad cree que Haile Selassie es la encarnación de la divinidad y que pronto los negros mandarían en toda Africa y la mayor parte del mundo. Nota: No sólo predica, sino que está absolutamente convencido de que la policía es la Gran Babilonia y debe ser aniquilada. No pude descubrir de dónde sacó esa idea, pero algunos amigos me dicen que se inspiró en el Apocalipsis, uno de los libros de la Biblia. De cualquier modo la policía tendrá problemas dondequiera que aparezcan él o sus amigos. Les aconsejo que lo expulsen de la isla.

Cuando Keeler le devolvió los papeles, Wrentham le preguntó:

-¿Qué le parece?

-Hay dos cosas que me asustan. Ese incidente de ayer, contra la señora Gottald, pudo haber sido desastroso para nuestro turismo, y lo será si se repite. Y comienzo a ver señales de que la mano insidiosa del rasta está dejando su huella en los sitios más insospechados.

-¿Qué deberíamos hacer?

-Deportarlo.

-No es tan fácil. Ahora hay reglas. Habría que conseguir la orden, judicial, y a los jueces negros no les gusta hacer algo así a otro negro. Recuerda demasiado a los viejos tiempos, cuando sólo los blancos decidían quién podía vivir aquí.

-Veamos si se puede descubrir alguna relación entre el agresor de ayer y él. Si fuera posible, usted podría ir a los tribunales y pedir una orden de deportación. Yo haré que el juez me cite para confirmar que nuestra industria turística se iría al diablo si le permitiésemos seguir con sus actividades. Y si le descubrimos alguna vinculación con la ganja ...

Pasaron tres meses, durante los cuales ni el coronel Wientham ni Harry Keeler consiguieron idear ninguna táctica para controlar al incómodo rasta que

tenían entre manos. Mientras tanto, el problema había tomado un dramático giro por canales totalmente nuevos. Ahora, tanto el canónigo Tarleton como su esposa estaban involucrados.

Un jueves por la mañana, a fines de marzo, ambos estaban sentados en su rectoría, tratando en vano de consolar a una joven feligresa muy afligida. Era Laura Shaughnessy, nieta de un aventurero irlandés que había llegado a la isla en el siglo anterior y, tras haber reñido con el sacerdote católico, se había unido a la Iglesia anglicana. Tiempo después, se casó con una negra, con quien tuvo una numerosa progenie de hijos y nietos que agregaron honor al apellido.

Laura, empleada de confianza en el despacho del gobernador, tenía toda una corte de pretendientes; los Tarleton discutían a veces con quién debía casarse. La señora Tarleton consideraba que Laura era demasiado audaz al aceptar citas con los jóvenes oficiales de los cruceros, basándose en el principio lógico de que «esas correrías nunca llevan a nada». Pero el canónigo la defendía: «Es una chica joven, y además bonita. Busca su camino. Ya verás cómo acabará casándose con el mejor muchacho de estos lugares... Cuando resultó obvio que Harry Keeler podía establecerse definitivamente en la isla, Tarleton predijo: «No me sorprendería que se lo quedara Laura, hacen una pareja perfecta».

Pero eso no había ocurrido, y ahora Laura estaba sentada ante ellos, hecha un mar de lágrimas. Estaba embarazada, no tenía deseo alguno de casarse con el responsable, quienquiera que fuese, y la desesperaban las otras opciones. Pero había acudido en busca de consuelo a las personas más adecuadas, pues la señora Tarleton le aseguró:

-Lo primero que debes recordar, por encima de todas las cosas, es que Dios siempre ha querido que tengas hijos. Quizá no de esta manera, pero ahora estás involucrada en un proceso sagrado, uno de los más hermosos del mundo, y debes sentir júbilo y satisfacción.

-Pero ...

-Todo eso viene después, Laura. Créeme, porque te habla una mujer que tiene hijos y nietos propios. En este momento Dios te sonríe. Para él es una alegría que tengas tu fruto. Essex, ¿no nos guiarías con algunas oraciones?

El canónigo unió las manos con las de Laura y su esposa. Rezó pidiendo la bendición de Dios para ese niño que estaba en el vientre de la joven, deseándole que llegara a una vida productiva. Habló de las alegrías de la maternidad pese a las dificultades pasajeras, y aseguró a Laura que Dios, los Tarleton y cualquier persona sensata la apoyaban en ese momento. Después, siempre sosteniendo la mano, de la joven, la tranquilizó.

-Debes comprender Laura, que mi esposa y yo hemos tenido reuniones como ésta muchas veces. Este no es el fin del mundo, sino un problema con el que hay que enfrentarse. Y como todos los problemas, tiene soluciones razonables.

Los dos le explicaron que había varias opciones. Podía tener el niño allí, en Todos los Santos, y dejar que el escándalo expirara, cosa que ocurriría en poco tiempo. Pero de ese modo le resultaría difícil, después, hallar esposo en la isla. En tales casos, las muchachas casi siempre tenían que casarse con una categoría inferior en cuestiones de color.

-Pero siempre se casan, si son buenas chicas -aseguró la señora Tarleton.

-Como en tu caso -matizó el esposo.

También podía hacer lo que tantas otras en el pasado: abandonar inmediatamente Todos los Santos, buscar trabajo, cualquier trabajo, en Trinidad, Barbados o Jamaica, y mantener una actitud muy discreta hasta el nacimiento del niño. Después lo daría en adopción y, un par de años más tarde, podía volver a casa, casarse y establecer un hogar.

La señora Tarleton le dijo:

-No sabes tú bien cuántas han hecho eso. Tres de ellas son ahora mismo mujeres importantes de nuestra parroquia. ¿Y sabes por qué? Porque Dios las bendijo desde el principio, tal como te bendice a ti.

Exploraron otras posibilidades, pero al final el canónigo regresó a la más acorde con sus convicciones religiosas:

-Más allá de toda duda, Laura, el mejor camino, el que Dios siempre ha querido para ti, es que te cases con ese joven e inicies una fam ...

-Imposible -interrumpió ella.

-¿Porqué? -preguntaron los dos ancianos.

-Porque él no se casaría conmigo. Ni yo con él.

-¿Quién es? Yo me encargaré de hablarle.

-El rasta.

-¡Oh,Dios mío! -exclamó el reverendo Tarleton; Apenas el día anterior había recibido un informe sobre Ras-Negus Grimble, enviado por la Iglesia de Jamaica, y la información aún le ardía en la mente:

Nos alegra que pidiera usted más información sobre su visitante. Unos años atrás formó una duradera amistad con nuestro famoso cantante de reggae, Bob Marley, y juntos ensartaron varios textos bíblicos, entre otros uno de los fundamentales del Génesis: «A imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó. Los bendijo, además, y les dijo: Amaos y reproducíos y poblad toda la Tierra ... »Utilizando tales citas, construyeron una doctrina que predicaba que el rasta debía tener tantos hijos como fuera posible y debía ayudar a la mujer rasta a hacer otro tanto. Se sabe que Marley dejó embarazadas a doce mujeres diferentes; Ese tal Ras-Negus Grimble ha tenido una actuación al respecto casi igual de notable, pues sabemos de ocho niños engendrados por él sin haberse casado jamás. Cuando se lo acusó de eso, dijo a una de nuestras asistentas sociales, en mi presencia: «Dios me ha mandado que tenga hijos. Ese es mi trabajo. A vosotros os corresponde cuidar de ellos».

El pastor se volvió hacia su esposa, preguntándole: -¿Te parece que debemos mostrarle la carta?

-Creo que es nuestra obligación -replicó ella.

Sin comentarios, él entregó el papel a Laura y se dedicó a observar su bonita cara en tanto ella leía. Su expresión iba pasando del horror al enojo. Por fin, Laura plegó pulcramente la carta y se golpeó los dientes con una esquina.

-Como hombre de la Iglesia -dijo-, ¿adónde puede enviarme para que me practiquen un aborto?

Ninguno de los Tarleton se echó atrás ante la responsabilidad de tal pregunta. Por el contrario, el clérigo le tomó la mano, diciéndole: " -Sería mejor, hija mía, que tuvieras esa criatura. Pero, por dos veces en todos mis años como pastor me he visto obligado a aconsejar lo contrario. Una vez, cuando se me presentó una niña embarazada por su padre; otra, cuando una criatura de catorce años quedó encinta de su hermano idiota. Ahora vienes tú, preñada del demonio. Tienes que ir a esta dirección de Puerto España, Trinidad. Y ahora, oremos.

-Buen Dios del cielo, que has presenciado esta reunión desde el principio, perdónanos a los tres por apartarnos de tus enseñanzas, pero nos enfrentamos con problemas. completamente nuevos y tratamos honradamente de hacer lo mejor posible. Bendice a tu sierva Laura, que es una buena mujer y que tiene por delante, en potencia, una vida de grandes contribuciones, y por favor bendícenos a mi esposa y a mí, que no hemos buscado este problema ni lo hemos resuelto a la ligera.

Cuando Laura se levantó para marcharse, los dos Tarleton le dieron un beso.

-Si necesitas el pasaje aéreo hasta Trinidad, podemos ayudarte -le dijo Tarleton.

-Puedo arreglarme sola -replicó Laura.

La presencia del rasta presentaba también un dilema a otra persona, Lincoln Wrentham, ocho años mayor que su hermana Sally y propietario del Waterloo. Durante el primer mes de la estancia de Grimble en Todos los Santos, el tabernero había tenido apenas noción de su presencia. Una o dos veces había, visto su silueta alta y característica, moviéndose casi furtivamente por las callejuelas de los negros. Después del incidente con la turista norteamericana del Tropic Sands, oyó comentar que podían haber sido las prédicas del rasta las que provocaron esa reacción. Puesto que sus negocios dependían, en gran parte, de que los viajeros norteamericanos no dejaran de llegar, se sintió tan preocupado que pidió una entrevista con Harry Keeler, a quien le exigió una acción inmediata.

-Tienes que hacer algo con ese fulano.

-¿No es trabajo para tu padre más que para mí? -le replicó Harry.

Lincoln tuvo que reconocerlo. Por eso fue al despacho de su padre, donde tuvo el placer de enterarse de que la policía vigilaba de cerca al jamaicano.

-A la menor agitación, al menor problema, lo, expulsamos de esta isla -aseguró el comisario Wrentham a su hijo:. Y así quedó el asunto. Pero poco tiempo después, mientras atendía el mostrador de su cafetería, Lincoln oyó que dos parroquianos hablaban sobre el rasta.

-Creo que sale con Sally, la que trabaja para el primer ministro. Lincoln se acercó un poco más para escuchar, pero los hombres no volvieron a mencionar a su hermana. Quedó tan inquieto que pasó por el despacho de su padre, para preguntarle si sabía algo sobre las posibles relaciones de Sally con ese hombre.

-No, Rally ha ido con el joven Harry Keeler a partidos de críquet, y cosas por el estilo, cosa que me alegra mucho. En cuanto al rasta, Sally no es el tipo de chica capaz de andar haciendo esas tonterías con él.

Allí terminaron las investigaciones de Lincoln. pero la confianza que la sensatez de Sally inspiraba a su padre y a su hermano no tenía mucho fundamento. En ese mismo instante, ella mantenía una profunda relación con Ras-Negus; no era su compañera de cama, como Laura Shaughnes, pero le interesaba mucho conocer la intensidad y la importancia de sus visiones con respecto al futuro de la raza negra en el mundo, sobre todo en el Caribe.

Se veía con él después del trabajo. A veces conversaban hasta cerca de la medianoche; otras veces ella cerraba los ojos y lo escuchaba cantar algún reggae de Bob Marley, dejando resonar en sus oídos el eco de la caja vacía que

Ras-Negus golpeaba. Pero casi siempre concluían cantando Four Hundred Years. Él siempre trataba de hacerle el amor, pero toda posibilidad había terminado en el asiento trasero del coche de Laura. Lo que atraía a Sally eran las extraordinarias opiniones de Grimble sobre la vida en general, su convicción de que los negros podían manejar sus propios asuntos y su seguridad en que la dominación por parte de la raza blanca estaba llegando a su fin. Por la experiencia adquirida en Jamaica, él no podía saber que la mitad del mundo estaba poblada por gente que no era negra como los antillanos ni blanca como los ingleses y norteamericanos, sino amarilla y asiática. Aun así, la intensidad de sus pensamientos con respecto al pequeño mundo caribeño le daba cierta autoridad, que la muchacha deseaba compartir.

Ella había sido educada sin prejuicios raciales ni sociales. Después de todo, su abuelo Bart había sido nombrado caballero por su excepcional liderazgo durante la Segunda Guerra Mundial; también se rumoreaba que su padre, el comisario, podía ser el próximo gobernador general. Por eso veía en su propia familia que la liberación era otra cuestión. En los últimos tiempos, se preguntaba con frecuencia si una diminuta isla como Todos los Santos, con sólo ciento diez mil habitantes -menos que una pequeña ciudad británica o norteamericana- podría existir por mucho tiempo, a menos que se asociara con ocho o nueve islas de tamaño similar para formar una federación. Y si lo hacían, lo cual parecía muy improbable, ¿con qué subsistirían? ¿Qué industria podría prosperar en un espacio tan pequeño, salvo el turismo? ¿Y era eso una base viable para una sociedad?

Eran cuestiones inquietantes, y cualquiera habría pensado que ella las plantearía a su amigo Harry Keeler, Pero no lo hizo, y por buenas razones: ya había discutido esos temas con él; todo cuanto Harry le decía tocaba el fuerte color de su experiencia imperial inglesa, y sólo podía ofrecerle el pensamiento del hombre blanco común. Tampoco podía hablar seriamente con su padre ni con su hermano; que habían sido reclutados como una sutil prolongación del gobierno blanco: su padre, mediante un alto nombramiento y promesas de otro aún superior; su hermano, porque dependía del turismo para seguir ganando dinero con la cafetería.

Lo que Sally deseaba en ese momento de su vida, era poder pasar seis horas completas con Marcus Garvey, el filósofo negro de Jamaica, pero él había muerto mucho antes. También le habría gustado conversar con Prantz Panon, líder de Martinica, muerto también. Esos hombres habrían comprendido el punto en el que ella se encontraba en esa etapa de su vida y el punto al que deseaba llegar pero sus enseñanzas no daban respuestas específicas para esa galaxia de nuevos problemas que habían surgido después del fallecimiento de ambos. En cambio existía el rastafarismo, cuya salvaje vitalidad proporcionaba un nivel intelectual mucho menor. Ella tenía perfecta conciencia de que era ridículo comparar a Grimble con Garvey o con Fanon, pero también detectaba una sutil verdad en algo que había dicho una vez: "Yo soy el Juan Bautista de las islas de Sotavento y Barlovento". Le parecía dudoso qué fuera el precursor de algún movimiento religioso serio, pero no experimentaba el mismo pesimismo cuando lo



contemplaba como posible inspirador de acciones políticas; cuando menos, o hasta de una revaloración. Por eso quería conocer mejor sus pensamientos.

Así, sin decidirlo de manera consciente, empezó a enredarse en un juego peligroso. Durante los encuentros en la oficina y en las reuniones sociales que tenían lugar todas las semanas, hacía alimentar esperanzas a Harry Keeler, quien le interesaba mucho y le parecía un firme candidato para el matrimonio. Por las noches, en cambio, o al atardecer, mientras Harry se dedicaba a las tareas de gobierno, buscaba al rasta para seguir conversando. Rechazaba con facilidad sus insinuaciones sexuales incesantes y le aclaraba qué era lo que despertaba su interés. Sus reacciones ante los problemas de la isla le resultaban sensatas y refrescantes, mientras no trataran de religión ni de sexo.

Una mañana, mientras se vestía, pensó que sería provechoso invitar a Ras-Negus y a Laura Shaughnessy a recorrer el extremo sur de la isla, tal como lo habían hecho con el norte. Pero cuando quiso decírselo a su amiga, descubrió que Laura había abandonado la isla, para una prolongada visita a ciertos parientes de Jamaica o de Barbados.

Cuando paró su coche ante la pequeña casa en donde vivía Grimble, con la familia de una de sus amigas, quedó estupefacta al descubrir que él no sabía conducir. Para explicar estas deficiencias, él recurrió a su dialecto jamaicano. Esto le afecta profundamente, pensó Sally; vuelve a ser una criatura.

-Aquella vez, hace mucho, no tengo nada, Madre, trabaja siempre, no gana nada. Yo nunca tengo trabajo conducir, nunca aprendo.

-No importa -le dijo- Conduciré yo.

Y partieron hacia la nueva carretera que unía a York con el aeropuerto. En el trayecto, ella tuvo que regañarlo ásperamente, pues él insistía en meterse bajo su falda.

-¡Deja eso para las otras, Grimble. Luego inició la larga conversación que se mantendría casi sin pausa hasta su regreso a Bristol Town.

-¿Qué crees que pasará con el Caribe, Grimble?

Como él inició su respuesta recitando ciertos pasajes oscuros del Apocalipsis, lo cortó en seco:

~¡Nada de tonterías como ésa! Tú y yo sabemos que dentro de doscientos años Norteamérica seguirá en su sitio, funcionando de un modo u otro y que en Roma habrá otro papa, más o menos con el mismo poder. Y nuestras islas seguirán estando aquí, pobladas principalmente por negros y por un indecible número de hindúes importados del Asia. Lo que quiero saber, Grimble, es qué clase de mundo tendremos aquí.

-¡No me gusta Grimble. Me llamo Ras-Negus!, le contestó él gritando.

-Disculpa, querido amigo. Cada uno tiene derecho a que se lo llame como más le guste. Pero, por favor; ¿cuáles son tus predicciones?

-En otros tiempos, muchos negros de todas las islas van a Cuba trabajo cañaverales, hacen canal de Panamá, viven en selva América Central, cortan madera para tinte, caoba para hacer cosas. La mayoría no vuelve. Más tarde, mismo tipo de hombres va Nueva York, Londres, trabaja mucho, manda mucho dinero a casa. Pero como nosotros, también no vuelve. En la isla todo mantiene equilibrio. Nacen niños, hombre se va, lugar para todos. Pero ahora ...

-¿Cuántos años tienes; Ras-Negus?

-Veinticinco.

-Eres inteligente y capaz. Eso lo noté desde un principio. En las épocas de las que hablas, habrías abandonado Jamaica para ir a Londres o para correr aventuras en Panamá,

-Si empiezan algo grande en Brasil, voy mañana mismo -replicó él.

-No van a hacer nada grande en Brasil, en Cuba ni en Norteamérica. Y si algo hicieran, los centroamericanos correrían a apoderarse de todos los puestos.

-Tal vez tengas razón. Londres, cerrado, demasiados sin trabajo. No se puede ir a Trinidad, no te dejan.

-¿Entonces?

-Oh Marley- .. Jesucristo del Caribe. Gran hombre, gran hombre. Va a Africa: ..

-Al parecer, los recuerdos de Marley provocaron en él un regreso al dialecto callejero de Jamaica, que para Sally era incomprensible. Ante sus protestas, él le explicó: Muy impresionado. Gran lugar, África, me dice cuando vuelve: «Mejor todos vamos África. Como dice Marcus. Todos los de Jamaica, digo. Arriba y Vamos, no más». Yo empiezo a pensar lo mismo.

-¿Tienes idea de cuántos barcos, barcos grandes, harían falta para trasladar toda la población de Jamaica a Africa?

-Potencia atómica, tal vez con potencia nuclear se puede.

Cuando llegaron al aeropuerto, en el extremo sur de la isla, ella interrumpió la conversación con una sugerencia que él agradeció.

-Vayamos a la cantina a comer algo.

Pero cuando se sentaron ante la barra, Sally se llevó una sorpresa. El rasta no sólo pidió un sándwich de carne, sino además una cazoleta con chile, una ración de patatas fritas y otra de tarta de chocolate, con un gran vaso de leche.

-¿No comías sólo alimentos naturales? -le provocó.

-:Fiesta con chica guapa -explicó él.

Pero Sally notó que ponía toda la comida en la cáscara de coco antes de comer. No hizo ademán alguno de pagar la supuesta fiesta, pues no tenía dinero, como de costumbre, pero comió como si estuviera muerto de hambre. Sally no podía terminar su generoso sándwich, y él se encargó del resto.

En el trayecto hacia el norte volvieron a detenerse en el lujoso hotel de Pointe Neuve, donde ella lo invitó a una limonada. Luego volvió a sus primeras preguntas:

-Bueno, ¿y qué será de nosotros, aquí en el Caribe?

-La población crece. Eso es seguro. La gente va a Trinidad, aunque ahí no la quieren. Tal vez a Venezuela, a Colombia. Y a Cuba seguro. Tal vez a los Estados Unidos, como gente de Haití.

-¿Crees que esos otros países nos dejarán entrar?

-jQué remedio! -respondió él.

-Si pensaras descubrirías qué tienen muchas formas de evitarlo. Poner cañones a lo largo de la costa, por ejemplo.

-Tal vez. Pero dice que cañones en Florida no detiene a los cubanos y haitianos.

-¿Y qué más pensabais Bob Marley y tú?

-Marley no político. Él puro rasta voz de Yah. Eso seguro.

-No me has contestado, Ras-Negus, ¿qué más?

Estaban recorriendo lentamente la costa caribeña, con todo un mundo de sol, árboles curvados y súbitas apariciones de Morne de Jour, hacia el norte, cuando Grimble gritó:

-¡Nuestras islas son demasiado bellas como para perderlas! claro que sí. ¿Y qué vamos a hacer para conservarlas? -le preguntó ella. Y se dio cuenta de que el rasta había hablado en un perfecto inglés.

-¿Sabes algo del comunismo?

-Poco, salvo que no parece dar muy buen resultado en Cuba. ¿Por qué?

-Pura curiosidad. Tal vez en nuestras islas se necesita algo diferente. Como el azúcar y el tabaco en otros tiempos, hasta las cosas que hacemos ahora pueden desaparecer para siempre. La bauxita en Jamaica, por ejemplo. Cuando yo era niño, todos los hombres de mi aldea querían trabajar en las minas de bauxita. Llegaban grandes barcos a la costa: norte de Jamaica, y cargaban nuestra bauxita para llevarla a las plantas de aluminio de Filadelfia, donde hacían sartenes y esas cosas. Ahora todo eso ha desaparecido. Si eres agricultor no quieres trabajar con la bauxita, te conviene cultivar bananas en todas las colinas. En los viejos tiempos venían los barcos a llevarse nuestras bananas a Liverpool, a Marsella. Ahora ya no. En los viejos tiempos todo el mundo trabajaba. Todo el mundo era feliz. Ahora todo eso ha desaparecido.

Levantó las manos en un gesto de desesperación, luego tomó su laúd y empezó a cantar, ella lo acompañó. De ese modo llegaron a Poirit Sud, uno de los rocosos guardianes de la Baie de Soleil, desde donde se veían los barcos que entraban desde el Caribe; y la bella Bristol Town centelleando a lo lejos; en la colina se divisaba el techo de la Casa de Gobierno bajo el sol. Esta vista alegraba el corazón de todos los habitantes de la isla, y ni siquiera un forastero de otra isla, como lo era Grimble, podía dejar de apreciar la inigualable grandeza del paisaje.

Cuando Sally detuvo el coche en un aparcamiento de la cima, desde donde podían contemplar la ciudad hacia el este y el mar al oeste, sus pensamientos seguían aún el mismo cauce.

-Si el comunismo cubano no es la solución.-insistió-, y creo que no lo es, porque las otras islas son demasiado pequeñas y están demasiado dispersas como para trabajar unidas, ¿qué salida tenemos?

El rasta había agotado sus alternativas: la negritud, el rastafarismo, el comunismo. No tenía nada más que ofrecer a las islas antillanas, cuya población no era aún capaz de elegir entre las distintas opciones del complejo mundo moderno, ni de ejecutar decisiones si llegaba a adoptarla. Los antillanos no se habían preparado como los japoneses para gritar. «Podemos hacer automóviles mejores que los de Detroit», o como los coreanos una década después con su «Podemos fabricar acero mejor y más barato que el Japón». En el Caribe no había industriales ni ingenieros capaces de copiar el salto de Taiwán hacia la competencia mundial. Los ciudadanos de ese mar dorado seguían siendo trabajadores rurales, simpáticos sí, pero condenados a cavar, cortar y acarrear.

Sally, horrorizada al ver al rasta perdido en simplicidades, trató de imponer sentido común a la discusión.

-¿No podríamos servir como zona de manufactura para las grandes empresas de Gran Bretaña y Norteamérica?

-Son Babilonia. Deben ser aniquiladas.

-¡Por amor a Dios, Grimble, déjate de tonterías! Haz funcionar esa mente, ¿quieres? ¿Te parece que podríamos atraer a los fabricantes? ¿Coser ropa, montar máquinas?

-Jamaica tenía bauxita. Se fueron. Ahora no tenemos nada,

-Pero tenemos a la gente. Gente muy capaz, que puede aprender cualquier cosa.

-Teníamos bananas, pero ahora se han ido Fyffe & Elder y no queda nada.

Ella se preguntó si las islas caribeñas podrían desarrollar cadenas de montaje con alta tecnología, que emplearan mujeres para montar maquinaria, pero Ras-Negus afirmó que de las mujeres que él conocía, ninguna querría trabajar en espacios cerrados.

-Les gusta el aire libre.

-Las mujeres de Haití fabrican todas las pelotas de béisbol que se usan en la liga norteamericana. ¿Por qué no podríamos nosotros promover alguna industria así?

-Las orgullosas negras no serán esclavas de los blancos norteamericanos. Jamás.

-¿No podemos ampliar nuestros hoteles y nuestros balnearios, para que vengan muchos turistas con dólares, libras y bolívares?

-Los orgullosos negros no quieren servir a esos grandísimos cerdos.

-¡Maldito seas!. Eran tus palabras las que gritó ese loco que atacó a la mujer judía: «cerda blanca». Viniste a esta isla sólo para causar problemas. Deberías avergonzarte. No quiero compartir nada más contigo. Si le dijera esto a mi padre, te arrestaría.

Bajó del coche y él la siguió vacilante. Sally, ya serena, abandonó el interrogatorio, comprendiendo que no la conducía a nada, Había sondeado a Grimble y se había dado cuenta de que éste era incapaz de mantener un diálogo

coherente. Pero cuando se sentaron juntos y él volvió a hablar de sus valores, la muchacha comprendió que era Ras-Negus quien armonizaba con la realidad grande, básica y primordial del Caribe, no ella, que sólo se preocupaba por la política actual y la economía del futuro inmediato; él, de algún modo primitivo, estaba en contacto con África, Con las viejas plantaciones de azúcar, la lucha por la libertad y las manifestaciones de la negritud, de una forma que Sally no alcanzaría jamás. Comprendió que allí, a pleno sol, con la brisa limpia que soplaba del mar, se encontraba más o menos en el mismo estado que aquella tarde en el coche de Laura Shaughnessy, impregnado de marihuana, En su duro análisis de la realidad antillana, pocos minutos antes, había, a lo sumo, una realidad metálica; en las frases del rastafari, una belleza narcótica. Y se preguntó si mediante la música, la ganja y el sueño, él habría llegado a comprender el Caribe mejor de lo que ella lo comprendería jamás.

Grimble habló reflexivamente, con una horrible mezcla de jerga rasta, antiguas palabras africanas e inglés reorganizado. Pero ella captó el mensaje:

La gente del Caribe es diferente. Lo es por la vida que llevaron en ,Africa, desde el principio. Los años terribles de las plantaciones azucareras agrandaron la diferencia entre los negros y la raza blanca.' Nosotros, pensamos de modo diferente. Valoramos las cosas de manera distinta. Vivimos de otra forma. Y debemos ganarnos la vida de otro modo. El hombre blanco no tiene nada que enseñamos, Nosotros hemos construido una ,buena vida aquí; Conseguimos dinero para comprar sus 'radios, sus televisores, sus Toyotas.

-Todo lo que has dicho viene de Japón, donde no son blancos. Ras-Negus, a quien siempre molestaba que se introdujera la realidad en sus sueños, pasó la observación por alto.

-Por eso hacemos que nuestra vida sea simple: estrictamente negros que viven y trabajan con otros negros. Unimos todas las islas, hasta Cuba y Martinica, y decimos al resto del mundo: «He aquí nuestro pequeño mundo. Nosotros lo gobernamos a nuestro modo».

-Pero ¿de dónde sacaremos el dinero para vivir? -replicó Sally.

El tenía una respuesta que la dejó atónita, pues la pronunció con tanta fuerza poética, tan rica en alusiones, que su convicción fue obvia.

-Cuando vivíamos en África existíamos, ¿no?, Cuando vinimos en esos espantosos barcos negreros, la mayoría de nosotros sobrevivió, ¿no? Y cuando nuestros padres trabajaban como animales, desde el amanecer hasta el ocaso, en los cañaverales, nos las arreglamos para seguir siendo humanos, ¿no? ¿Cómo diablos crees que estaríamos aquí, tú y yo, si nuestros antepasados negros no hubieran tenido una .poderosa voluntad de vivir? Yo tengo esa misma voluntad, Sally, y creo que tú también.

Entonces llegó el momento que Sally jamás olvidaría, independientemente de lo que fuese en el futuro de Ras-Negus y sus confusos sueños. En aquel lugar, un grupo de visitantes se había detenido a almorzar; para tostar el pan y calentar el agua, habían recogido ramas y encendido una pequeña fogata. Alguien había echado al fuego un trozo de leña demasiado grande, y Ras-Negus la encontró.

Al comprender que su conversación con Sally llegaba a su fin, él levantó la rama casi automáticamente y la sopesó varias veces. Pese a ser delgada como un palo de escoba, en todo lo demás se parecía a un bate de críquet; la longitud, el peso y la forma en general eran las idóneas. Después de mover la rama al azar, Grimble adoptó la posición del bateador en su puesto y se dedicó a atajar pelotas imaginarias hablando de las Indias Occidentales.

-Fue en Kingston donde ví mi primer partido de críquet. Tenía nueve años y mi tío me llevó al Oval. Por primera vez ví a los jugadores con sus limpios uniformes blancos, al umpire con su delantal, la muchedumbre ... y quedé hechizado.

»¿Quieres saber en qué destacan nuestras islas? En el críquet. En 1975, cuando yo tenía diecinueve años, reunieron a todos los grandes países del mundo que jugaban al críquet y organizaron un campeonato mundial en Inglaterra. Ceilán; Nueva Zelanda, Pakistán, Sudáfrica, la India y, especialmente, los tres grandes, Australia, Inglaterra y nosotros, en partidos de un solo día. ¿Ya que no adivinas quién ganó? Las Indias Occidentales. Los malos perdedores de Londres, Nueva Delhi y Sidney gritaron que había trampa, que el wicket no era sólido. Entonces se repitió el mismo campeonato en 1979, y ¿sabes quién ganó esa vez, contra los mejores del mundo? Las Indias Occidentales. Campeones del mundo entero por dos veces consecutivas.

Luego volvió a asumir las posturas de los grandes bateadores y recitó los nombres reverenciados por cualquier muchacho antillano y sus mayores:

-Sir Frank Worrell, de Jamaica, mi isla, puede haber sido el hombre más atractivo que jamás jugó al críquet. Tengo una foto suya saliendo del campo en Lords, después de haber arrasado a los ingleses. La cabeza erguida, el bate arrastrando, la sonrisa confiada. Era un dios.

»Después, sir Gary Sobers. Los críticos de todo el mundo dijeron que era el mejor de todos. Estupendo como bateador, magnífico boleador, y quizá mejor todavía en el fielding, con sus movimientos felinos. Venía de Barbados y brilló hasta la gloria.

-Se interrumpió, con una sonrisa. Después de sacudir su bate un par de veces más, concluyó: Y sir, Benny Castain, de esta isla, el gordito a quien todo el mundo quería.

Usaba,el críquet para ganarse el corazón de la gente.

Reflexionó sobre ese impresionante destile de personalidades mundiales originarios de las Pequeñas Antillas. Pasó los minutos siguientes entregado a una fascinante danza, descargando su bate para revivir la gloria de otros tiempos en que sus camaradas negros eran campeones del mundo. Se preguntaba cuándo volverían esos tiempos de victoria. Los automovilistas que pasaban por la carretera se detenían a contemplar al altísimo rasta, con su gorra verde y dorada, sus trenzas al viento, la camiseta holgada y los pantalones arrugados, que representaba en su danza lo único en que las Antillas sobresalían. Fue uno de los pasajeros de aquellos automóviles detenidos el que reconoció a Sally Wrentham, sentada en una roca, y corrió a Bristol Town para informar a su hermano.

Ras-Negus interrumpió su danza a los dioses del críquet y dijo a Sally:

-Recuerda también que todos ellos eran negros, no blancos: dominaron un juego nuevo y no tardaron en ser los campeones. Si lo conseguimos una vez, podríamos hacerlo de nuevo, en el terreno que sea necesario. ¿Quieres que nuestras mujeres aprendan, como las japonesas a hacer televisores? Pueden. Nosotros los negros somos capaces de cualquier cosa.

Se alejó, sin dejar de bailar ni de fingirse sir Benny. Pero al fin arrojó su bate y regresó al coche.

-Lo digo en serio. Tú y yo somos capaces de hacerlo todo. Todo. Tú, con tu cerebro, debes decirme qué. Yo, con el corazón, te diré cómo.

Era tarde cuando Sally dejó a Ras-Negus en su alojamiento y se dirigió a su casa. Pero al llegar al camino de entrada, una joven que trabajaba en su oficina y vivía en la misma calle la detuvo con una seña:

-Te estaba esperando, Sally.

-He ido a dar un paseo. Paramos un rato en Pointe Sud. Ya lo he dejado en su casa.

-¿A quién?

-Al rasta. Tiene todo un mundo de ideas.

-Es lo que yo me temía. Tu hermano ha preguntado por ti. Le he dicho que no sabía adónde habías ido ni con quién. Pero más tarde ha venido tu padre, y parecía bastante enfadado.

-¿Qué le has dicho?



-Lo mismo. -La mujer vaciló un instante. Luego se encogió de hombros, como si hubiera llegado a una decisión. Creo que es mejor decírtelo, Rally.

-¿Qué? ¿Tan enfadados estaban?

-Se trata de otra cosa. De Laura.

-¿Ha tenido algún accidente?

-No. Parece que no fue a Barbados, sino a Trinidad.

-¿Y por qué mintió? ¿Con qué propósito?

-Fue a abortar.

-Oh, Dios mío ... ¿Y quién era el padre?

-Tu rasta.

Rally ahogó un grito. Palabras e imágenes le pasaron por la mente en una verdadera tempestad. Pobre Laura ... qué horrible desgracia... deberíamos hacer una colecta para ayudarla. Con razón papá y Linc estaban enfadados, si pensaban ... Pobre Laura, ¿cómo no se dio cuenta de lo que es ese hombre?

-¿Te encuentras bien? -preguntó la joven, solícita.

-Sí. Creo que voy a dar un paseo, para aclarar las ideas.

-Buena, suerte. Cuando me interrogaron parecían un par de tiburones.

Como necesitaba tiempo para asimilar lo de Laura, Sally dió un largo paseo, lentamente, con la cabeza gacha. Trataba de poner alguna lógica en sus pensamientos. Lo primero era prestar atención a su amiga: Pobre Laura. Debemos hacer todo lo posible para ayudarla. ¿Qué pensaba aquella tarde, cuando regresamos de la excursión y el rasta se sentó a mi lado? ¿Estaría ya embarazada? Oh Dios mío... .

Luego pudo pensar en sí misma: Nunca me he dejado involucrar ... bueno, no del todo, porque puse distancia en cuanto se me despejó la cabeza. Pero si eso es cierto, ¿por qué he ido hoy a buscarlo y quería hablar con él? Porque trae un mensaje vital. Quizá no me guste, quizá no me incumba, pero importará mucho a otros.

Por fin llegó al punto principal de su análisis: El sí sabe qué es un negro. Piensa como negro. Tiene una visión, nos guste o no, la tiene.

Desconfiando de esas fáciles conclusiones, comprendió que estaba atribuyéndole un papel muy benigno. Si una joven quería ser tan razonable como ella, debía ser juiciosa, justa y estar alerta a los grandes problemas sociales y raciales. Pero otros dos pensamientos la asaltaban. ¿Por qué, si le gustaba Harry Keeler; se había tomado la molestia de tontear con el rasta? ¿Tan débil era su relación con el blanco, tan errónea que la intromisión de cualquier negro vital, cualquiera que fuese su aspecto, presentaba una amenaza? En el momento en que se preguntaba eso giró en una esquina y, a la luz de la luna en ascenso, divisó el promontorio de Pointe Sud, donde Ras-Negus había bailado un rato antes, en honor de sus grandes héroes del críquet. Se detuvo por un instante para tomar aliento y trató de concentrarse en los dos hombres: No lo consiguió.

La última pregunta estuvo a punto de dar en el blanco. Si sospechaba que Ras-Negus había introducido en la isla la frase «gran cerdo blanco», transmitiéndola por las noches a los oyentes solidarios de los barrios, hasta que se alojó en el cerebro de quien atacaría a la neoyorquina, ¿no estaba ella obligada a informar de eso a su padre, el responsable de la seguridad de la isla, o a Harry Keeler, que protegía los ingresos originados por el turismo?

Se mordió el labio inferior y continuó caminando; dispuesta a enfrentarse con el ataque de su familia. Pero en el momento de doblar la esquina vio su casa, erguida entre las sombras. Quién sabía qué le esperaba allí... Aminoró perceptiblemente el paso, aspiró hondo y susurró para sí: Bueno, señorita, a su casa. Usted se lo buscó. Y ahora su casa está en llamas.

Cuando abrió la puerta no hubo gritos; nadie quiso saber dónde había estado. Lo que encontró allí fue un grupo de cuatro hombres muy serios, reunidos en la sala: su padre y su hermano; Harry .. el pretendiente oficial; el canónigo Tarleton, su sacerdote. Todos se levantaron al verla entrar y permanecieron de pie hasta que ella tomó asiento y se volvió hacia el padre.

-Estábamos muy preocupados por ti, Sally.

-He ido a dar un paseo hasta el aeropuerto con el rasta.

-Lo sabemos. Te han visto en Pointe Sud y han pasado por el café de Lincoln para avisarnos.

-Ha sido sólo un paseo. Teníamos cosas que discutir.

-Si nos lo hubieras dicho -interrumpió Lincoln- te habríamos advertido.

-¿Sobre qué?,

-Tanto el canónigo Tarleton como papá han recibido informes de Jamaica sobre tu rasta -respondió su hermano.

-No es mi rasta.

-Gracias a Dios --dijo Lincoln, e indicó por señas a su padre que le entregara la carta.

Era aquella nota larga, enviada por la policía jamaicana, donde se detallaba la relación de Ras-Negus con la justicia. Cuando Rally acabó de leerla estaba trémula. Bien podía creer en esas acusaciones contra Ras-Negus, tomadas una a una, pues sus propias sospechas las avalaban, aunque nunca se había tomado tiempo para relacionarlas. La policía de Jamaica lo había hecho con sumo cuidado, y el resultado era notable. Al ver su espanto, los hombres empezaron a interrogarla:

-¿Alguna vez lo has visto con ganja?

-Sí, en Cap Galant.

-¿Le viste hablar con alguna persona de Todos los Santos sobre la ganja?

-Sí, con un agricultor, al sur de Tudor.

Ante esa información los dos hombres de su familia intercambiaron una mirada, significativa.

-Allí es donde creemos que tiene su pista de aterrizaje --dijo Lincoln.

-¿Le has oído hablar de la policía llamándola «la Gran Babilonia»?

-Sí, muchas veces.

-¿Y dijo también que esa Gran Babilonia debía ser aniquilada?

-Muchas veces.

-¿Le has oído decir algo sobre provocar disturbios contra la policía en esta isla?

Ella guardó silencio, pues tenía la sensación de que sus sospechas sobre la frase «gordo cerdo blanco» eran sólo eso, sospechas. No bastaba una coincidencia de unas palabras para condenar a un hombre.

El interrogatorio tomó un giro más delicado, con la intervención del canónigo Tarleton. Los hombres querían saber hasta qué punto llegaba su relación personal con el rasta, Al principio ella creyó poder controlar la pregunta confesando que le interesaban algunas partes de su filosofía sobre el destino de la

raza blanca, pero ellos insistieron. Lo que su hermano quería saber, en realidad, era si ambos habían mantenido algún tipo de relación íntima.

Sally se puso rígida. La pregunta era inadecuada y ella no tenía intenciones de someterse a ningún tipo de interrogatorio moral; cuando más tensa era la situación, sonó el teléfono. Era para su padre. Al cabo de siete u ocho gruñidos de aprobación, sin decir una palabra, Wrentham cortó y giró hacia su hijo, diciendo:

-Han hallado la pista ,de aterrizaje. Cerca de Tudor.

-Antes de correr hacia la puerta, en compañía de Lincoln, el comisario se volvió hacia el pastor-, Será mejor que le muestre esa otra carta, Tarleton.

Mientras el coche partía rugiendo, el canónigo sacó la carta de su colega de Jamaica, referida a la conducta moral del rasta, y se la entregó, en silencio a la muchacha. La observó en tanto ella leía.

El informe, que explicaba el embarazo de Laura y su decisión de abortar en Trinidad, fue para Sally un duro golpe. Después de leerlo dos veces, subrayando con el índice las palabras más importantes, comprendió por qué esos cuatro hombres la esperaban a su regreso del paseo.

-Lo siento muchísimo -dijo Keeler, acercando su silla a la de ella-. Supongo que te enteraste de lo de Laura Shaughnessy.

Después de mirar con atención a los dos blancos, que obviamente deseaban sólo su bien, les dijo:

-Aclaremos las cosas. Yo no he tenido ninguna relación amorosa con el rasta. El me hizo insinuaciones, dos o tres veces, pero yo lo rechacé como a cualquier otro. Pero como ya he dicho, me resultaba intelectualmente estimulante. Podría representar el futuro.

-Dios no lo permita - dijo el canónigo.

-En cuanto a lo que tanto les preocupa a ustedes, no, no estoy embarazada ni podría estarlo.

El interrogatorio habría podido continuar, pero sonó nuevamente el teléfono. Fue Keeler quien lo cogió. Esta vez con una orden seca: -¿Keeler? Habla Lincoln. En el extremo norte de la isla. Hemos hallado la pista de aterrizaje. Hemos capturado un avión biplaza. Los pilotos y el hombre que mantiene la pista acusan al rasta, de modo que es preciso desplegarse y arrestar a ese condenado. ¡Ahora mismo!

-Necesito tu ayuda para encontrarlo -le dijo a Rally.

-¿A quién? -preguntó ella.

-A tu rasta.

Y partieron a toda velocidad para recoger a tres policías que debían ayudarlos en la búsqueda. Sin embargo, pese a la ayuda de Sally, no lograron encontrarlo.

Grimble, como todos los astutos hombres que organizaban el tráfico de marihuana y contrataban a los peones, trataba de no estar nunca físicamente vinculado con las operaciones. Ningún policía debía verlo jamás en una pista secreta, ni siquiera cerca de un avión. Había aprendido a no dormir tres noches seguidas en el mismo sitio, Por eso, cuando Sally condujo a Keeler y a los policías hasta el cobertizo en donde había dejado a Ras-Negus poco tiempo antes, no hallaran nada: ya había huido hacía rato.

Ella recordó otra dirección por donde había pasado a buscarlo cierta vez, para una larga sesión nocturna de reggae y conversación; pero quienes allí vivían le dijeron a la policía:

-No lo vemos desde hace más de dos semanas.

Sally recordó entonces una última casa, que también estaba desierta, y eso la dejó sin pistas. Los hombres de la zona norte tenían pruebas del contrabando de ganja; pero el cerebro de la operación se ocultaba en alguna parte, riendo ante la frustración de la Gran Babilonia. Sin embargo, tras pasar más de una hora visitando los sitios en donde Grimble podía estar escondido un niño de diez años dijo a la policía:

-¿Buscan a un hombre de pelo largo? Tal vez esté con Betsy Rose.

Betsy Rose era una mujer de las Islas Vírgenes británicas, que había llegado a Todos los Santos para trabajar como criada; tuvo problemas con su primera ama porque al señor de la casa le encantaba dormir con ella. Después de pasar de un trabajo a otro, Betsy Rose acabó en compañía de un marinero a quien no le importaban sus visitantes masculinos. Cuando la policía invadió la casa, la encontraron acostada con el rasta.

Al principio Keeler trató de proteger a Sally del espectáculo que ofrecía el jamaicano, pero luego tuvo una idea mejor:

-Tal vez te convenga ver cómo es tu héroe, en realidad.

Y la llevó dentro, para que viera la escena. La policía arrancó al patilargo rasta de entre las mantas y lo obligó a ponerse de pie. Así, desnudo, parecía ser todo pelo, porque los «mechones espanto» le llegaban hasta la cintura.

Era repugnante, y Sally pensó: «Vaya con el espíritu de la negritud».

Pero al verlo esforzarse para ponerse los pantalones, mientras Keeler lo sujetaba por el brazo izquierdo, sintió cierta compasión por él. Se expresaba bien, cantaba con voz dulce, pero al fin acababa capturado por las autoridades blancas. Aquello no se diferenciaba mucho de lo ocurrido en África cuatrocientos años antes. Y la canción de Bob Marley le resonó en la mente.

Cuando Keeler y Sally se presentaron ante el primer ministro, que esperaba en la comisaría de policía, Keeler le dijo:

-Buenas noticias. Hemos encerrado al rasta.

-¿Dónde?

-En una choza de Anse de Soir. ¿Qué hacemos con él?

Después de mirar cautelosamente alrededor, para asegurarse de que nadie estuviera escuchando, el primer ministro rugió:

-Lo mejor sería fusilarlo ... dentro de unas seis semanas, cuando nadie se diera cuenta. Pero ha de existir una solución mejor. ¿Alguna sugerencia?

-Propongo que se lo saque de la isla en el primer avión –dijo Keeler.

-¿Hacia dónde?

-A cualquier parte.

-Bien. Páguenle el pasaje y métenlo en un avión.

-Cuando aterrizó -observó Keeler-, la compañía aérea nos dijo que tenía un pasaje para otro sitio.

-Lo tenía, sí, pero lo cambió por dinero el primer día. No tenía un centavo, aclaró un sargento.

-Tendremos que pagarle el pasaje, pero vale la pena -aseguró el primer ministro-. ¿Me pueden asegurar que no tiene los huesos fracturados ni heridas visibles?

-Ninguno -aseguró un policía-. Ni siquiera desgarrones en la ropa. Nada.

-Les creo. Pero antes de subirlo al avión quiero testigos en el aeropuerto para que puedan declarar ante el juez, por si él nos demanda, que salió

de esta isla sin una sola cicatriz. Sería mejor que le hiciéramos fotografías. Busquen a Tarleton y a su esposa. Serán buenos testigos.

En cuanto se hubo ido, Keeler se puso en acción.

-Sally, ve a casa y trae tu cámara.

Al regresar, la muchacha encontró allí un coche, con tres policías. Antes de partir, Keeler se acercó en otro automóvil, en compañía del canónigo y su esposa. Sally también subió para acompañarlos hasta el cobertizo, donde esposaron al rasta de pies y manos y lo subieron por la fuerza en el asiento trasero del coche policial.

En el coche de Keeler, los Tarleton no tenían idea de cómo se había arrestado al rasta, de modo que bombardearon a Sally con preguntas.

-Fuimos a tres chozas diferentes, pero no hallamos nada hasta que un niño nos dijo que lo buscáramos en casa de Betsy Rose, les explicó Sally.

-¿Quién es ésa? -preguntó la señora Tarleton, desde el asiento trasero.

-Una infortunada que ha perdido la gracia -añadió su esposo.

-¿Te alegra que hayan capturado a ese bandido? -insistió la mujer.

A Sally le dio vergüenza revelar los detalles del arresto.

-Ya era hora de que lo expulsan de la isla. En realidad , me daba lástima cuando lo esposaban. Es un espíritu libre, ¿saben?

-Se diría que estabas enamorada de él -observó la señora Tarleton, con la encantadora franqueza que suelen adquirir las esposas de los clérigos ingleses.

-No, eso nunca. El decía algunas cosas interesantes y me pareció conveniente que todos lo escucháramos. Pero eso era todo.

-¿Qué ideas del rasta te parecieron aceptables?

Antes de responder, Sally estudió el, modo de explicar mejor sus percepciones. Por fin satisfecha de su estrategia, le dijo:

-Mire, soy la única persona negra en un coche lleno de blancos. Tal como era hace cien años. Hoy deberíamos ser tres negros y usted, señora Tarleton. Pero como ustedes tres son amigos muy queridos y personas muy valiosas en esta isla, responderé a esa pregunta, que de otro modo podría parecerme algo condescendiente.

Explicó que Ras-Negus, pese a su comportamiento con las mujeres, hablaba como un auténtico negro, con todas las limitaciones de instrucción y conocimientos históricos que eso implicaba, reconoció que sus manipulaciones del idioma inglés, transformando trabajo en trarriba y cosas similares, eran tonterías infantiles y su aceptación de Haile Selassie como septuagesimosegunda encarnación de la divinidad era algo absurdo.

-¿Qué queda, pues? -preguntó la señora Tarleton.

-Apela a las frustraciones de los antiguos esclavos ... y eso soy yo, como todos los funcionarios de nuestra isla. Apela a nuestra herencia africana, que a veces siento con mucha fuerza y de la cual la buena gente como ustedes nunca habla. Ustedes sólo hablan de Inglaterra, de P Inglaterra ... ¿Y qué hay en Inglaterra para nosotros? Y él apela a esa palabra mística que todos estamos tratando de definir y aislar: la negritud. Me enseñó más sobre la negritud en diez minutos de lo que ustedes tres podrían enseñarme en diez años, porque él sabe lo que ustedes no podrán saber, por muy generosos que sean en sus intentos de aprenderlo.

Notó que los Tarleton, en el asiento trasero, preferían no responder.

Pero también vio que Harry, sentado junto a ella en el asiento delantero, se había puesto tenso y apretaba con demasiada fuerza el volante. Por eso deslizó tranquilamente una mano hasta su rodilla izquierda, le dio unas palmaditas y sonrió, como para asegurarle que, si bien él nunca comprendería las cosas que Ras-Negus sabía por instinto, le correspondía el mérito de intentado.

Cuando llegaron al aeropuerto, Sally vio algo que la hizo echarse a reír. Su padre y su hermano habían llevado al rastafari hasta la sala de espera, disfrazado de modo que disimulaba su pertenencia a la secta de Selassie. Tenía los largos mechones apelmazados recogidos sobre la coronilla y escondidos bajo un turbante que le daba el aspecto de un correcto sij. La barba quedaba escondida bajo la parte superior de un poncho, que cubría la camiseta rasta que predicaba la muerte del Papa. En vez de sus sandalias de cuero llevaba un par de inmensas y baratas zapatillas blancas. Toda la dignidad que el selvático disfraz rasta le había otorgado quedaba ahogada bajo esa abundancia de telas vulgares. Se parecía, más que a ninguna otra cosa, a un peludo perro callejero recogido en alguna tormenta. Sally pensó: Engendraste ocho niños en Jamaica y probablemente dos o tres más aquí. Y mírate ahora ...

Pero cuando oyó la fuerte carcajada de los Tarleton y Keeler, no pudo soportar la idea de que Ras-Negus abandonara Todos los Santos acompañado por la risa burlona de los blancos. Decidida a demostrar a sus amigos blancos, por medio de un gesto impresionante, que ella permanecía leal a la causa negra, se abrió paso hasta el rasta y le echó los brazos al cuello para besarlo.

-Gracias por lo que compartiste conmigo -susurró.



Luego retrocedió y lo siguió con la vista. El recogió su bolso de lona, se puso el laúd bajo el brazo y, obediente como un niño, dejó que los policías le quitaran las esposas y lo acompañaran hasta el avión.

## XV

### GEMELAS

-¿Habla el doctor Steve Calderón? ¿Miami? ¿El presidente de la campaña «Gane con Reagan 1984»? Aquí la Casa Blanca. Por favor, espere un momento. El presidente quiere hablarle.

-¿Quién es?-preguntó Kate, al ver el sobresalto de su esposo y cómo tamborileaba los dedos. Luego dijo, frunciendo el entrecejo:- ¿El banco nos niega el préstamo para ampliar la clínica?

-Nada de eso. No lo imaginarías ni en cien años -aseguró él, torciendo la boca. Se puso tenso y apartó el auricular de su oreja por un instante. Los dos pudieron oír la voz ronca que conocían tan bien, gracias a la radio y la televisión:

-¿Steve Calderón? No voy a recurrir al viejo truco de los políticos y decirle que lo recuerdo perfectamente; pero, según la información de que yo dispongo, la última vez hizo usted un trabajo excelente para el Partido. Espero que preste la misma ayuda a George Bush, este noviembre.

-Toda Florida, votará por él. Los cubanos sabemos quiénes nos ayudaron cuando más falta nos hacía.

-Doctor Calderón; algunos de nosotros queríamos reunirnos con usted, en mi oficina, mañana a las dos de la tarde.

-Allí estaré -respondió Steve, sin vacilar, y entonces escuchó la primera de las advertencias presidenciales:- No hable con nadie de esto. Es importantísimo.

-Muy bien, señor. No diré nada.

En cuanto colgó, Kate, su mujer le preguntó:

-Bueno, cuenta. ¿Qué pasa?

-Ya lo has oído: no puedo decir nada a nadie.

-Pero yo no soy nadie.

Tenía razón, como de costumbre. Aunque Steve había cumplido ya los cincuenta, estaba tan enamorado de Kate Como aquella medianoche, casi treinta años antes, cuando recorrieron treinta kilómetros desde La Habana en un coche a oscuras, para alcanzar el pequeño barco en que escaparon de la Cuba de Castro. Entonces, ella había sido su apoyo. Le decía: «Ya encontrarás trabajo en alguna parte, Esteban. En todo el mundo se necesitan médicos». Y cuando lo abrumó el miedo, en el último momento, fue ella quien no lo dejó echarse atrás: «¡Este barco! Por muy lleno que esté, ¡este barco!». Fue casi, como si impulsara aquella frágil embarcación a fuerza de voluntad hasta los cayos de Florida y la libertad.

Tampoco le faltó valor en aquellos primeros años, terribles que pasaron en Miami -El no podía convalidar su título de médico; a las enfermeras, por el contrario, les resultaba más fácil conseguir trabajo. Pero Kate convenció al director del hospital para que diera a su esposo un puesto de conserje en su sala. Durante tres años él hizo su humilde trabajo mientras veía a jóvenes norteamericanos, mucho menos experimentados que él, tomar decisiones sobre la vida ó la muerte. Como ella ganaba más, le pagó los cursos necesarios para que pudiera convalidar sus estudios.

Cuando él instaló su consultorio en lo que más adelante se llamaría calle Ocho, cerca del centro de Miami, fue el dinero de Kate el que pagó el alquiler; en esos tres primeros años ella ejerció de enfermera para ahorrar dinero y lo alentó cuando se le presentó la oportunidad de convertirse en director de una clínica, con cuatro socios más, y por fin presidente de uno de los primeros bancos cubanos.

Ambos eran la prueba de lo que podía lograr una pareja cubana educada en un mundo nuevo. Steve era un médico excelente: alto, un poco flaco, con canas en las sienes, sonrisa amable y la costumbre de decir en español a cada paciente: «Bueno, señora, no estoy seguro de saberlo todo sobre su caso, pero sé cómo averiguar todo lo necesario; luego veremos si podemos ayudarla». Obtenía tan buenos resultados que los pacientes lo recomendaban a sus amigos. Pronto se encontró atendiendo también a los anglos; algunos días su consultorio estaba lleno de ellos.

Hasta los cuarenta y ocho años, Steve Calderón fue al mismo tiempo un médico de primera y banquero, pero cuando uno de los mayores bancos del país compró su pequeña entidad bancaria, con enormes ganancias para él, pasó a dedicarse exclusivamente a la banca. Kate, a su vez, dejó su trabajo de enfermera y ahora era vicepresidenta del banco; su función principal consistía en convencer a las mujeres de la comunidad hispana de que depositaran sus ahorros allí. También supervisaba la ampliación de la clínica, en la cual su esposo aún tenía intereses financieros.

Repetidamente se señalaba a los Calderón como "ejemplos de la relativa" celeridad con que la inmigración cubana de 1959 se había establecido en la vida de Florida. En el caso de ellos, lo hicieron en los puestos más altos, pues el

doctor Steve -así lo llamaban- se había convertido en una persona importante de la vida social, política y económica de Miami. Los cubanos eran ferozmente republicanos, pues estaban convencidos de que John F. Kennedy y Jimmy Carter les habían fallado en momentos de crisis; consideraban a los demócratas blandos en su actitud ante el comunismo.

Los Calderón apoyaron, naturalmente, al partido republicano y se hicieron muy populares. Kate era presidenta de la organización Women for a Strong Republic (Mujeres por una República Fuerte) y Steve, líder de la campaña Win with Reagan (Gane con Reagan). Cabe destacar que ninguna de estas organizaciones empleaba la palabra «cubano» en su denominación, a fin de no ahuyentar a los antiguos habitantes de la península, resentidos por la efectividad con que los cubanos habían conseguido que esa región pasara de demócrata a republicana.

De ahí que Kate, cuando su esposo colgó el teléfono, quisiera enterarse de lo que había, dicho el presidente. Pero como su marido se resistió a hablar, ella, astutamente, abordó de una manera indirecta la cuestión:

-Dime una sola cosa. ¿Cuba?

-Como no lo sé -reconoció él-, supongo que puedo hacer una suposición. Probablemente sí.

-Bajo ninguna circunstancia, Steve, pase lo que pase, debes relacionarte con lo de Cuba.

-Lo sé:- respondió él, cogiéndole las manos.

Si la última serie de incidentes no hubiera servido para recordarle lo peligroso del asunto, le hubiera hecho una visita a ese loco de Máximo Quiroz.

Los incidentes eran un buen ejemplo de la presión que pesaba sobre la comunidad cubana de Miami. Cuando un alto funcionario militar del gobierno castrista desertó, pilotando un pequeño avión desde Cuba hasta Cayo Hueso, con gran peligro para sí mismo, el gobierno norteamericano se sintió encantado de tener en sus manos a un hombre que podía, darles información. Pero antes de que se apagaran los gritos de júbilo, los expertos de Washington advirtieron: «¡Saquen enseguida a ese hombre de Florida! ¡Corre peligro de muerte! Esos fanáticos argumentarán que si ha trabajado con Castro hasta ahora, sin duda participó en lo de Bahía Cochinos y merece que lo fusilen». El general cubano salió de Florida en secreto. Cuatro días después, el FBI se enteró de que, si se atrevía a poner un pie en Miami, el Grupo Quiroz tenía planeado su asesinato.

Máximo Quiroz era un problema especial para los Calderón. En 1898, año en que Cuba obtuvo su independencia de España; los bisabuelos de Steve Calderón y de Quiroz, que pertenecían a la misma familia, mantenían una gran

amistad, que se extendió y floreció en las generaciones siguientes. En 1959, cuando Steve y Máxima huyeron de Cuba, lo hicieron como camaradas en busca de libertad, jóvenes inteligentes y decididos. Pero en Miami sus vidas tomaron rumbos diametralmente opuestos. Steve y su esposa prefirieron el sendero de la integración en las elites de Miami; mientras que Máximo se convirtió en el líder de los cubanos que opinaban: «¡Al diablo Norteamérica y las costumbres norteamericanas! Nosotros queremos volver a una Cuba libre». Y la convicción era tan profunda que fue de los primeros en ofrecerse para la invasión de Bahía Cochinos, así como el último en retirarse después del fracaso. Aquella misión, valiente, pero vergonzosamente mal dirigida, enfureció tanto a Quiroz que se convirtió en un maníaco.

No podría descansar mientras Cuba no fuera liberada y Castro siguiera con vida. El, FBI, prudente, lo vigilaba de cerca, pues los círculos de cubanos informaban: «Si hay algún refugiado en Miami capaz de meterse en un bote de goma, remar hasta La Habana y tratar de asesinar a Castro, ése es Máximo Quiroz».

En julio de ese año, cuando se invitó a niños incapacitados de Cuba a participar en las Olimpiadas Especiales Internacionales de Notre Dame, Quiroz organizó un grupo de patriotas que se lanzaron sobre el aeropuerto para molestar a aquellos jóvenes, creando un gran alboroto, que distanció a muchos partidarios. A veces, esas actividades tenían una respuesta popular. A fines de agosto, al inaugurarse los Juegos Panamericanos de Indianápolis, Quiroz hizo volar una avioneta a poca altura, arrastrando un largo Letrero que decía: ¡Cubanos! ¡Elegid la libertad!». Mientras tanto, en tierra, sus voluntarios distribuían miles de octavillas en donde se explicaba, en español, cómo podía desertar cualquier miembro de la numerosa delegación cubana, para pedir asilo político en Estados Unidos. Una vez más, el FBI le seguía los pasos atentamente.

Más perturbador para los Calderón fue el caso del artista cubano exiliado en Miami, que fue invitado a exponer su obra en La Habana, donde se exhibirían muestras de arte de todos los países hispanos del hemisferio occidental. Ese hombre tuvo la mala suerte de ganar el segundo premio; en la distribución de medallas y cheques se lo fotografió junto a Castro, que lo abrazaba. Al aparecer esa foto en las periódicos de Miami, alguien prendió fuego al estudio del artista. Cuando los bomberos llegaron a las brasas, encontraron un aviso clavado en un muro cercano: «¡No fraternices con los tiranos!». Si bien no se pudo probar, todo el mundo sospechó que el incendiario había sido Quiroz.

En cambio, no estuvo en absoluto involucrado en el atentado con bombas contra una tienda que vendía cigarros cubanos, pues cuando eso ocurrió él estaba llevando a cabo una labor de agitación en Chicago. Aun así, los cubanos de la calle Ocho murmuraban: Quiroz debe de haberlo hecho por correspondencia. Tal como observó un miembro de la comunidad hispana: «Para Quiroz y los de su especie, el que no está de acuerdo con arrojar una bomba nuclear sobre la Habana es un comunista».

Los Calderón, muy conscientes de esas tensiones, habían obedecido una sencilla norma durante toda su permanencia en Estados Unidos: «Nos oponemos por completo a Castro y le deseamos mala suerte, pero estamos dispuestos a dejar que siga en su isla», Nunca decían nada favorable sobre Castro ni sobre el Partido Demócrata, pero tampoco sentían el odio patológico que acicateaba a Quiroz, llevándolo a actos ridículos. Pese al lejano parentesco que los unía a él, lo mantenían a distancia.

Máximo se ha nombrado juez y jurado en todo lo referente a la ortodoxia cubana; Cuídate de él. Deja que siga su rumbo; mientras nosotros busquemos caminos más sensatos -le advirtió Kate.

Y la noche antes de partir su esposo hacia Washington, le repitió:

-Steve, no aceptes nada que guarde relación con Cuba. Deja en paz a Castro. Limitate a tu trabajo aquí, en casa.

-Desconfío de Máximo tanto como tú.

Temprano por la mañana, una mañana muy calurosa de septiembre, Kate llevó a Steve al aeropuerto de Miami, siempre atestado; allí su esposo tomó un vuelo de la Eastern a Washington y, después de un almuerzo apresurado, se presentó en la Casa Blanca, donde los guardias lo registraron, e inspeccionaron su portafolios con mucha atención. El presidente no tomó parte en la reunión pero sí dedicó varios minutos a saludar a los participantes. A Calderón le dijo:

-¡Sí, ya recuerdo! Usted encabezó aquella gran cena en Miami. Espero que podamos volver a contar con su cooperación. -De inmediato desapareció, no sin decirle-: Lo veré cuando hayan terminado.

La discusión reunió sólo a seis personas:, dos del Departamento de Estado, dos del Consejo Nacional de Seguridad y uno de los asesores en asuntos políticos del presidente, además de Steve. Su intuición había acertado: se trataba de Cuba:

-Hemos oído rumores persistentes de nuestros amigos latinoamericanos en el sentido de que Castro está ansioso de ver algún gesto por parte de nosotros: préstamos en buenas condiciones, promesas de reducir las tensiones. Nosotros no sabemos nada.

-Pero ¿nos han llegado esas insinuaciones de parte del propio Castro? -preguntó Steve.

-Son sólo vagos rumores; nada en firme.

-Sumándolo todo, hemos llegado a la conclusión de que quizá conviniera hacerle una señal discreta; nada llamativo, nada que pueda aparecer en los periódicos. Sólo una señal para Hacer saber que estamos en el mismo juego.

-¿Qué tienen pensado?-preguntó Steve.

-Tal como dice Tom, nada espectacular. Sabemos que usted es primo de Roberto Calderón Amador, uno de los asesores de Castro. Curiosamente, también son cuñados.

-Ambas cosas son ciertas. Su abuelo y el mío eran hermanos, y nosotros nos casamos con hermanas gemelas.

-Déjeme comprobar. -El hombre revisó sus papeles-. Su esposa, Caterina, es hermana gemela de Plácida, la esposa de Roberto. Por casualidad, ¿se casaron el mismo día?

-No, con dos años de diferencia. Kate me atrajo porque Plácida era muy atractiva. Las dos son excelentes esposas.

Conque si ustedes dos hicieran un viajecito a Cuba para reencontrarse con su primo y que las esposas pudieran renovar la relación de la infancia...

Parecería muy normal, ¿no? -intervino uno de los delegados de Estado.

-Sí, pero ustedes han de Saber que Roberto y yo no nos hemos visto desde 1959, el año en que Kate y yo salimos de Cuba. ¿Qué justificaría ese súbito arrebató de interés?

-Ahí es donde entran en juego las esposas. Los sentimientos. Los fuertes vínculos entre dos gemelas. ¿Puede haber algo más natural?

Los hombres pasaron un rato felicitándose por haber hallado la tapadera perfecta, pero cuando uno de los miembros del Consejo Nacional de Seguridad aludió más tarde al asunto con ese mismo término, tapadera, el delegado de Estado le advirtió:

-No lo definas así.. Aquí no hay ninguna tapadera. Después de todo, el doctor Calderón no hará nada, absolutamente nada.

-¡Cierto! -reconoció su compañero-. La palabra «tapadera» llevaría a confusiones.

-¿Cuál usaremos, entonces?

-Tampoco hablaremos de excusas para esa visita., Tal vez sería mejor que dijéramos sólo ... motivos.

-Y el motivo de esa visita -intervino el segundo agente del Consejo Nacional de Seguridad -es hacer que el influyente primo sepa, discretamente y casi por casualidad, que cuando usted trabajó para la campaña de Ronald Reagan: en 1984, dijo que si alguna vez llegaba el momento de adoptar una actitud más blanda con respecto a Cuba ... bien podría ser ahora.

-Y si usted pudiera lograr que su primo lo presentara a Castro, cosa que parece muy probable ... Bueno, sería muy ventajoso para nosotros si lo conociera.

-¿Y qué le diría? -:preguntó Steve.

-Nada definitivo, porque usted no sabe nada. Mantendría la conversación en términos generales y diría que, por sus charlas con la gente de Reagan en Washington, tiene la clara impresión de que si llegara el momento... Sólo eso, nada más. Y añadiría algo que sería indudablemente cierto: «Es posible que eso se quede en nada; por supuesto, y es posible que yo esté exagerando... ». Pero dejaría entrever su opinión personal de que podría haber fundamento en la hipótesis.

-¿Podría haberlo? -:preguntó Steve.

El joven de la oficina, presidencial, obviamente contrario a esa reunión y a sus propósitos, se sintió obligado a intervenir:

-Debe comprender, doctor Calderón, que no hay cambios de política ni de actitud en la Casa Blanca. Aún consideramos a Fidel Castro como una amenaza comunista y deploramos su participación en Nicaragua. Si se reuniera con él, usted estaría obligado a dejar eso bien claro.

-Eso coincide también con mi opinión -dijo Steve.

-Desde luego, no estaríamos reunidos con usted si en la Casa Blanca las cosas no hubieran cambiado un poco, ¿verdad, Terrence?

-Naturalmente. Pero no quiero que el doctor Calderón vaya a Cuba con una impresión equivocada. Castro sigue siendo el enemigo.

-En caso de que el mensaje llegara a destino, doctor, no se sorprenda si, dentro de un par de meses, ve llegar a su primo Roberto, para que su esposa pueda visitar a la de usted mientras él deja caer una señal de respuesta.

Steve, consciente de que esos hombres jugaban duro y de que no estaban de acuerdo entre sí, se sintió obligado a comentar:



-Ustedes saben, sin duda, que para cualquier cubano de Miami es peligroso relacionarse con Castro o con Cuba. En Miami, los ánimos están caldeados.

Tres de los presentes consideraron que eso era una exageración, pero los dos hombres del Consejo Nacional de Seguridad consideraban que Steve tenía razón, y uno de ellos dijo:

-Peligroso, sí; pero no fatal. Además; la gente de Miami no tiene porqué enterarse de que ustedes van allí.

Ese fácil consuelo no disipó los legítimos temores de Steve, pues aquel hombre no conocía Miami. Al terminar la reunión entró el presidente, preguntando:

-¿Está todo arreglado?

-Casi -respondió Steve. y los diez últimos minutos se dedicaron a discutir la logística del viaje, y también a recordarle que su misión era muy limitada.

-Usted debe establecer contacto con Su primo. Nada más. Pero si él puede concertarle una entrevista con Castro, aproveche la oportunidad... sin mostrarse, demasiado ansioso.

En el vuelo de regreso, Steve reflexionó sobre su curiosa relación con Estados Unidos, de donde era ya ciudadano, y especialmente sobre su ambivalente situación en Miami, capital de la inmigración cubana. En pocas semanas de gobierno castrista en la isla, él había previsto con notable precisión lo que ocurriría en Cuba, el irreversible giro hacia el comunismo. También comprendió que en semejante plan no habría lugar para él: su ideología estaba demasiado arraigada en la libertad y la democracia.

Él y Kate fueron de los primeros en abandonar Cuba, mucho antes de las emigraciones masivas de 1961, y nunca se arrepintieron de esa decisión, Tal como Kate había dicho por entonces: «En Cuba todos saben que tu familia apoyó siempre la incorporación del país a Estados Unidos, desde 1880. Es preferible que nos vayamos ahora, cuando todavía es posible salir».

Desde el momento en que desembarcaron en Cayo Hueso, los dos se reafirmaron en su decisión. Aún en los oscuros días en que Steve, no podía ejercer la medicina se mantuvieron firmes; fueron el primer matrimonio, en el primer grupo de inmigrantes, que obtuvo la ciudadanía norteamericana sin haber deseado una sola vez, ni siquiera en momentos de comprensible nostalgia, retornar a Cuba. No perdían tiempo ni imaginación soñando con el día en que Castro muriera y todos los cubanos de Miami quedaran en libertad de volver a la isla, Para ellos habrían podido desempeñar mejor el trabajo, pues aunque los negros fueran

superiores para el puesto, resultarían parcialmente inútiles por no poder hablar con los pacientes de la clínica hispanos en su mayoría.

También se expresó públicamente sobre la necesidad de proteger la proporción de empleo entre los negros. Convenció a un grupo de profesionales y comerciantes cubanos de que financiaran una escuela nocturna, en la que los negros pudieran aprender español, pero esa caritativa idea quedó descartada cuando los líderes negros protestaron: .

-¿Ven? Eso prueba lo que decíamos. Miami se está convirtiendo en una ciudad hispana; sin lugar para los trabajadores negros que no aprendan ese idioma. Y nosotros estamos aquí desde hace más de cuatrocientos años.

Los aviones en vuelo entre Washington DC y Florida suelen atravesar Virginia hasta un sitio próximo a Wilmington, Carolina del Norte, desde donde sobrevuelan el Atlántico en línea recta hasta Miami. Pero el doctor Calderón no reparaba en la bella vista, pues estaba perdido en sus pensamientos. Tenía mucha simpatía a los negros de Miami. El mundo parecía estar cambiando para adaptarse. En opinión de Steve, habían hecho muy poco por su ciudad mientras fue de ellos. Si Miami se había convertido en una metrópoli en las últimas décadas, nueve décimas partes del mérito correspondían a los cubanos.

Despreciaba a los anglohablantes que se mudaban hacia el norte; a Palm Beach para escapar de los cubanos. «Pánico hispano», lo llamaban. Parecían temer, llegado el momento, no ser capaces de entenderse con la ciudad hispana en que Miami iba a convertirse. Tampoco les gustaba la idea de que, ya ahora, fuera una población católica y por añadidura, republicana. Realmente no les gusta nada relacionado con nosotros y nuestras costumbres, se dijo Steve, y sacudió la cabeza disgustado, al recordar la pegatina que solían lucir los coches: Que el último norteamericano que salga de Miami arríe la bandera, por favor.

Pero luego con las manos cruzadas sobre el cinturón de seguridad, reflexionó acerca de la ambivalencia de sentimientos que le inspiraban algunos de los cubanos recién llegados. Estaba convencido de que la primera oleada inmigratoria; de 1959-1961, contenía a algunos de los mejores cubanos que habían llegado a Norteamérica. Para cualquier nación era una rara ventaja recibir, en tan poco tiempo, dos grupos de tan admirable material humano. En nuestro grupo no había ningún parado, pensó Steve. Los niños habían recibido educación. Y no conocí a ninguno que no tuviera ahorros en el banco. Rió entre dientes. Además, todos votaban siempre a los republicanos. Nos convertimos en respetables ciudadanos estadounidenses de la noche a la mañana, y es ridículo que los anglos nos rechacen porque no somos como ellos.

Luego gruñó por lo bajo; No podía criticar a los anglos por despreciar a los delincuentes que llegaron en 1980, cuando Castro vació las cárceles cubanas, y embarcó a unos ciento veinticinco mil malhechores hacia el norte. Esos retrasaron diez o doce años el progreso de los cubanos en Miami. Miró con

tristeza el océano gris, imaginando esa segunda oleada de inmigrantes cubanos: los narcotraficantes, los atracadores, los ladrones de coches, los estafadores ... y los analfabetos:

Contra su voluntad, tuvo que admitir una realidad que se insinuaba en él desde hacía tiempo: No nos gusta que esta generación de cubanos haya traído tantos negros a Estados Unidos, a diferencia de nuestro primer grupo en donde éramos todos blancos. El problema lo carcomía: una discriminación racial que había asolado a Cuba en los últimos cuatrocientos años. Quienes administraban los hoteles frecuentados por los turistas, en los viejos tiempos, eran blancos o poco menos. También los gobernantes, los diplomáticos que se presentaban en París Y Washington, los millonarios del azúcar: todos blancos. Pero la masa de gente que trabajaba en los campos, en las montañas, los que hacían todo el esfuerzo y amenazaban con convertirse en mayoría, éstos eran negros, descendientes de los esclavos que las plantaciones habían importado de África. Cuba: la tercera parte superior de la población blanca; la tercera parte inferior; negra; y el resto, mulatos. Hizo una mueca y reconoció: Nunca me gustaron los negros de Cuba, y tampoco me gustan aquí. Son unos golfos. No me extraña que los ciudadanos estadounidenses hayan comenzado a temer a todos los cubanos; Quien lea en los periódicos los crímenes cometidos por esta última oleada de inmigrantes, pensará que la principal contribución hecha por los cubanos a Miami es la corrupción pública.

Su expresión se tornó agria al recordar los titulares más recientes.

Un grupo de policías, todos ellos hispanos blancos, habían formado una sociedad, para cometer una serie de crímenes por dinero. Dos cubanos de la última inmigración, que tenían una empresa dedicada al aluminio, habían hecho un trabajo tan deplorable para un cliente anglo que éste exigió una reducción del precio; eso enfureció tanto a los dos cubanos que entraron por la fuerza en casa del cliente para darle una paliza y, después, atropellaron a su esposa con un coche, destrozándole la pierna izquierda hasta tal punto que fue preciso amputarla. La lista de delitos era tan larga que el resentimiento de los anglos, incluso contra los cubanos de buen comportamiento, estaba justificado.

A fin de contrarrestar esas impresiones tan negativas, Steve había establecido, con la ayuda de otros líderes cubanos, un club llamado Dos Patrias, como referencia a la patria emotiva que los cubanos habían dejado atrás y a la legal, con la que estaban comprometidos por el resto de sus vidas. El club carecía de reglamentos, reuniones prefijadas o miembros fijos. Consistía sólo en un grupo que estudiaba el desarrollo de su comunidad y buscaba el modo de mantenerla en el buen camino. Todos eran hispanos, con un noventa y cinco por ciento de cubanos. Reconocían dos hechos básicos: Miami estaba destinada a convertirse en ciudad hispana y, como sociedad, sería más vital, si convencían a sus fundadores anglos de que se quedaran en ella, en vez de huir a las localidades ricas del norte. Casi todos los miembros de Dos Patrias habían ideado soluciones pragmáticas para el problema: «Si el problema es que no soportan oír hablar en español, que se

vayan y el diablo los acompañe. No se pierde nada. Pero es necesario hacer todo lo posible para retener a la mayor parte pues nos hacen falta».

Dos Patrias asumió la responsabilidad de cuidar de que, en Miami, los anglos se sintieran a gusto. Al levantarse una reunión, Steve dijo: -Veo una ciudad que será, quizá, tres cuartas partes hispana y la cuarta parte restante negra y anglosajona. No será fácil conseguir que los buenos anglos se sientan cómodos en ella.

Steve se estremeció al recordar la visita de los Hazlitt que había recibido poco antes. Se preguntó si acaso la batalla no estaría ya perdida. Norman Hazlitt era un hombre de esos que honran a la comunidad en que trabajan. Comerciante de éxito casi siempre, había mantenido buenas relaciones con sus empleados; había contribuido más que nadie a la consolidación de una fuerte Iglesia presbiteriana; había ayudado durante décadas enteras a los boy scouts y mantenido con vida a la sección local del Partido Republicano, pese a que ganaba pocas elecciones. Clara, su esposa, era la primera siempre que se trataba de reunir fondos para el Doctors Hospital y ángel protector del Centro para Esposas Maltratadas. Cuando en Miami se organizaban obras de beneficencia, se decía siempre: «Si no has conseguido dinero en ninguna parte, prueba con los Hazlitt».

Tres meses antes de ese viaje a Washington, Steve había notado, que los Hazlitt se sentían cada vez más incómodos con el modo en que los cubanos estaban invadiendo la comunidad; los inquietaba especialmente la Santería, una -secta religiosa. El asunto se hizo público cuando un audaz y joven pastor de la Santería compró una casa desocupada, en los límites del barrio en donde vivían los Hazlitt y otros millonarios, para celebrar allí animados servicios durante los cuales grandes grupos, con predominio de cubanos de la última inmigración, cantaban en bella armonía y oraban al estilo católico, pues eran tangencialmente parte de ese credo, tal como se practicaba en Cuba. Los problemas surgieron porque en sus ritos había también una fuerte influencia del antiguo vudú africano, incluyendo específicamente el sacrificio de pollos y otros animales vivos, de modo que la sangre salpicara a los miembros de la congregación. No se trataba del sacrificio ritual, en el que se pasa simbólicamente un cuchillo sobre el animal, sino que se degollaba a una víctima viva y se dejaba brotar la sangre caliente.

La señora Hazlitt, miembro de la Sociedad Protectora de Animales, se quedó horrorizada al saber que en una iglesia de su comunidad, se realizaban semejantes ceremonias. Con el apoyo de otras mujeres episcopalianas, baptistas y presbiterianas de similar opinión, trató de poner fin a lo que ella y otros denominaban «salvaje exhibición, más apropiada para la selva que para un vecindario civilizado».

El debate público que siguió y las declaraciones que se hicieron enemistaron a los Hazlitt con la comunidad cubana. Uno de los feligreses de la Santería tenía un hijo recién licenciado en derecho, que combatió los vigorosos intentos de la comunidad anglosajona por prohibir los sacrificios de animales,

considerándolos ataques a la libertad de culto. Con mucha habilidad, invocó una ley tras otra en defensa de los sacrificios, tratando las prácticas de la secta con tanto respeto como podría merecer una religión similar al catolicismo o a la Iglesia mormona. Eso enfureció tanto a las mujeres anglo que la señora Hazlitt manifestó a la prensa:

-¡Pero ésas son religiones verdaderas!

Aquello. provocó una tempestad entre los convencidos de que la Santería era también verdadera.

Las mujeres intentaron entonces acogerse a una ordenanza local, pero el joven abogado las derrotó. Trataron de prohibir los sacrificios como amenaza contra la salud, pero él volvió a utilizar la ley para contenerlas.

Intentaron apelar a lo que denominaron «una ley superior del sentido común», pero el joven abogado presentó a dos teólogos, quienes demostraron que todos los ritos de la Santería, especialmente los sacrificios de sangre, provenían del Antiguo Testamento.

Pero el golpe de gracia fue administrado durante una entrevista en la que el joven dijo: «Católicos y protestantes comen la hostia y beben el vino; simulando que son el cuerpo y la sangre de Cristo. Hacen exactamente lo mismo que nosotros en la Santería, pero nosotros tenemos el coraje de matar a nuestros pollos». A partir de ahí, se tornó imposible cualquier forma de debate razonable. Cuando la Asociación de Derechos Civiles entró en el debate para defender la nueva religión, los Hazlitt comprendieron que no podrían ganar.

Sin embargo, fue una protestante empeñada quien disparó una última salva y resultó catastrófico:

-Si la Santería inicia sus sacrificios con una paloma y continúa con un pollo, mi pavo y una cabra, ¿cuánto tardará en matar, a seres, humanos?

Un escalofrío recorrió a la comunidad ante ese ataque descabellado.

Los Hazlitt se dijeron: «Perdió la cordura. La Santería ha triunfado».

Dos semanas antes, los Hazlitt se habían presentado en casa de las Calderón, con tristes noticias:

Nos vamos de Miami. Ya no podemos soportar esto.

-¡Por favor! -suplicó Steve-. Olvidaos de la Santería. Están en el otro extremo de la ciudad.

-Nos hemos olvidado de ellos. Pero la semana pasada empezamos a preocuparnos de verdad, por ese intento de incendiar la emisora.

-¿Te refieres al caso Frei? -preguntó Steve.

Escuchó entonces un torrente de quejas. Norberto Frei, empleado municipal de menor jerarquía, que estaba, decidido a progresar cuanto antes, había sobrepasado al fin los límites de la decencia y la razón.

Era un joven. simpático. No pertenecía a la primera inmigración cubana, pero tampoco a la última. Se hacía pasar por técnico en Administración de Empresas de la Universidad de Harvard

-aunque ni siquiera Conocía Nueva Inglaterra y viajero internacional-aunque apenas había salido del, estado-, y así participó en una estafa tras otra. Sus explicaciones eran siempre descaradas e ingeniosas a un tiempo: «Sí, siempre digo que estudié contabilidad pero, nunca he afirmado que hubiera aprobado los exámenes»; «Sí, he designado a nueve de mis parientes para cargos bien pagados, pero son los más cualificados»; «Sí, el hombre que construyó ese bloque de pisos en una zona destinada a casas individuales me permite usar un gran apartamento en la duodécima planta, pero no hay documentos que prueben que me pertenece»; «En cuanto a esos noventa y siete mil dólares que faltan, según los periódicos, puedo explicarlo ... ».

-No es por las cosas que ha hecho -dijo Nonnan Hazlitt-, sino por la forma en que la comunidad cubana ha defendido sus actos convirtiéndolo en un héroe. Vosotros estáis emitiendo una señal y nosotros la recibimos con toda claridad.

-Ha sido una desgracia -reconoció Calderón.

Gracias a su encanto y a su facilidad de palabra, Norberto Frei había construido un pequeño imperio, desde el cual ejercía un poder considerable. Pero cuando se metió en un escándalo más, una emisora local de televisión presentó un resumen de las andanzas de Frei, con una pregunta al final: ¿CUÁL SERÁ LA PRÓXIMA?

-Es un buen castigo para ese pillo -juzgó Hazlitt, y Steve estaba de acuerdo.

Pero esa misma noche, cientos de partidarios de Frei, todos ellos cubanos, marcharon hacia la emisora, tildando a los propietarios de comunistas, y la habrían incendiado si no hubiera intervenido la policía. -Fue un acto deplorable -admitió Calderón.

-A veces pienso que debe de haber un secreto ayatolá cubano, que los anglos no podemos ver jamás y que orquesta estos escándalos -dijo la señora Hazlitt.

Pero los Hazlitt no habían ido a quejarse por eso. Blandiendo un diario del día, señalaron una típica fotografía de Miami en primera plana: Norberto Frei, jubiloso, levantando, en un gesto triunfal, una copa de champán entre veinte o veinticinco partidarios, casi todos hispanos, para festejar la nueva batalla ganada a los anglos. «Siete veces han tratado de atraparme», decía, según la cita, «pero sólo ha sido una inútil venganza montada por ese maldito canal. Bueno, he demostrado que aquí estoy para quedarme».

-y es cierto: -admitió Hazlitt-. El, con su estilo de gobierno, ha, ganado. Se siente victorioso y declara la guerra a la gente como yo. «O te callas o te vas», dice.

- Tú sabes mejor que nadie, Steve que Nórman y yo no somos racistas -dijo Clara.

-¡No, por Dios! ¿Quién me prestó el dinero para mi clínica? -Steve se inclinó para darle un beso en la mejilla, pero eso no la tranquilizó:

-Detesto entrar en una tienda donde soy clienta desde hace cuarenta años y encontrarme con vendedoras que no hablan inglés. No sólo eso, sino que me insultan por no hablar español. Ya no puedo peinarme en la peluquería de siempre, porque ahora sólo emplean a cubanos que no hablan inglés. Y dondequiera que voy es igual Vosotros nos habéis robado la ciudad.

Él trató de calmarla, asegurándole que Miami necesitaba de los Hazlitt como nunca, pero ella apretó los puños, diciéndole:

-Ya no se trata de palabras. Estamos asustados, aterrorizados. Cuéntales lo que pasó anteanoche, Norman.

-Clara y yo volvíamos a casa por la Autopista Dixie, obedeciendo los límites de velocidad. Un conductor con prisa se puso detrás de nosotros y tocó el claxon con furia, tratando de pasar. Por fin, hizo una maniobra y nos pasó como una exhalación por la cuneta derecha, llenándonos de maldiciones. Pero quedó detrás de un coche más lento que el nuestro. Entonces se puso iracundo pero allí no había cuneta. Enfurecido, golpeó tres veces por detrás al coche de delante. Después aprovechó un semáforo en rojo para ponerse a su lado y, sin decir nada, sacó un revólver de la guantera y mató a disparos al conductor a dos metros de nosotros.

-Antes de que pudiéramos hacer nada, el asesino cruzó con el semáforo en rojo y desapareció :-concluyó Clara.

-¿Identificasteis el coche ante la policía?

-Tuvimos miedo de que volviera y nos matara también.

-¿Era hispano?

-Probablemente.

-Antes de que Steve pudiera señalar lo delicado de esa presunción, Hazlitt añadió:- Esta mañana hemos vendido la casa. En cuanto pueda, liquidaré mi parte en las diversas sociedades.

-Pero ¿adónde iréis? -preguntó Calderón.

-A algún lugar limpio y fresco, al norte de Palm Beach. Construiremos una muralla en nuestra casa, con la esperanza de protegerla por lo que nos queda de vida, mientras el resto de Florida se hispaniza del todo.

Cuando Steve informó de esa novedad a los miembros de Dos Patrias, varios se lamentaron de perder a tan estimables ciudadanos, pero algunos de los más realistas dijeron:

-Un caso típico de pánico hispano. Que se vayan.

-Estoy harto de oír quejas porque hablamos español.. Cualquiera puede pasarse un mes entero en la Calle Ocho sin necesitar una palabra del inglés.

-Di a tus cubanos que harían bien en aprender, si no quieren quedar atrás cuando Miami crezca -le replicó Steve.

Sin embargo, había otra amenaza para la nación, tal como lo explicó un científico de la Universidad de Gainesville, invitado a dar una conferencia en el Dos Patrias:

Creo que, en el futuro, se puede esperar otro éxodo en masa desde Cuba y, sin duda, una enorme afluencia desde América Central; donde la tasa de nacimientos está desbocada. Por eso debemos pensar en doscientos o trescientos mil hispanos nuevos, que no vendrán ya instruidos como ustedes, señores; serán analfabetos, y muchos de ellos; negros. Y todos querrán establecerse en Miami.

Con la llegada masiva de esa gente, uno de los principales riesgos para Miami es que se introduzca la corrupción política que parece afectar a todos los gobiernos hispanos. el soborno de funcionarios, los fraudes electorales, el nepotismo en la asignación de puestos políticos y, de manera invariable, la anteposición de los intereses familiares al bienestar general. Estas características ya están apareciendo en Miami y, con un flujo constante de nuevos inmigrantes, el problema se agravará.



A ustedes, líderes de la comunidad hispana, les corresponde asegurarse de que eso no suceda. La política de Florida no debe latinoamericanizarse., Los funcionarios que ustedes elijan para los cargos no deben regirse según las tradiciones de Colombia, donde se mata a los jueces que alguien no quiere, ni de Bolivia, donde se puede robar cualquier cosa, sino por las tradiciones de razonable honradez y responsabilidad que han servido de base en Estados Unidos durante tres siglos.

Mientras el hombre hablaba, Calderón pensaba en los recientes escándalos de Wall Street, donde anglos de Supuesta probidad habían robado hasta el apetito a los inversores de la nación. Ese joven parecía exagerar su caso. Pero en el acalorado periodo de preguntas el orador modificó un poco sus puntos de vista.

Por el momento, Miami está recibiendo una publicidad negativa como capital del delito en la nación; las bandas relacionadas con la cocaína explican en gran medida esta circunstancia; y creo que esto continuará hasta el fin de este siglo. Pero debemos recordar que Al Capone hizo de Chicago una capital similar en sus tiempos, y la ciudad no sufrió las consecuencias más que tres o cuatro décadas. Tampoco sufrirá más Miami. La turbulencia viene con la vitalidad, y Miami tiene una gran posibilidad de ser una de las ciudades más vitales del Hemisferio Occidental: parque de diversiones del norte, capital del Caribe, imán para todas las Naciones sudamericanas, y bendecida con una sociedad multirracial. y no olvidemos a los hacendosos haitianos. Su futuro es brillante.

El avión de Calderón había llegado a Florida, al norte de Palm Beach. En los momentos finales del viaje pensó exclusivamente en lo que tenía por delante: una posible reunión con Fidel Castro. Sabía que, para la generación que habitaba al sur de Florida, el odio hacia ese hombre no cesaría jamás. Los veteranos de Bahía Cochinos, como Máximo Quiroz, mantendrían siempre vivo el rencor. Pero también sabía que existía una realidad superior: el resto de Estados Unidos estaba dispuesto a permitir que Castro siguiera su curso, manteniéndolo aislado hasta que, acabado el ciclo, pudieran proceder a la reconciliación con Cuba.

Una idea irónica le puso una sonrisa en la cara: Si Castro desapareciera mañana mismo, dudo de que los cubanos volviéramos, ni siquiera Máximo y sus secuaces. Saben que están muy bien en Miami y no van a renunciar a todo esto. Volverían dos de cada cien, quizá. Tal vez algunos más, porque la nostalgia existe. Y mientras el avión iniciaba el aterrizaje, concluyó: Quizá cinco de cada cien. Pero entre los niños nacidos aquí, educados en Norteamérica, apenas uno entre cien.

Pero cuando llegó a su casa, el problema que tenía entre manos tomó un cariz muy distinto. Su esposa lo esperaba a la puerta, con la noticia de que habían llamado varias personas anónimas, pidiendo hablar con él. En ese mismo

instante sonó el teléfono. Cuando Steve descolgó, una voz que no pudo reconocer le dijo:

-No te atrevas a ir a Cuba.

Por lo visto, entre los asistentes a la reunión de Washington alguien había advertido a un habitante de Miami sobre los contactos que se iba a establecer con Castro y las insultantes concesiones que de ellos podían resultar.

-¿Quién era? -preguntó Kate.

-Nada, una consulta sobre, una redistribución de zonas.

-¿Qué ha pasado en Washington? ¿Cuba?

Steve asintió, y Kate le recordó la promesa que había hecho el día anterior. Pero él tomó el asunto a la ligera, aunque al fin tuvo que confesar:

-Tal vez un viajecito para visitar a tu hermana ...

-Eso podría tolerarlo... si mantuviéramos la política fuera del asunto.

Entonces volvió a sonar el teléfono. Una voz muy diferente, siempre irreconocible, dijo:

-Te lo advertimos, Calderón. No vayas a Cuba.

En esta ocasión, Steve colgó el auricular con manos trémulas. Cambió de posición para que su esposa no se diera cuenta. Estaba asustado. y con razón. Diez años antes, en 1978, uno de los mejores médicos de la clínica había organizado un grupo de setenta y cinco exiliados que volaron a La Habana para ver a Castro y analizar la posibilidad de normalizar las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. La noticia de esa entrevista corrió como la pólvora por la comunidad de refugiados y, poco después del regreso de esa comisión a Miami, dos de sus miembros fueron asesinados, a otro le volaron las piernas, seis vieron sus comercios dinamitados; y todos recibieron llamadas telefónicas anónimas:

«Tú también morirás, traidor».

Cierta vez, Steve recibió una llamada destinada a Fermín Sánchez, el líder del grupo:

-¿Doctor Calderón? Diga al doctor Sánchez que me gustaría seguir visitándole ahí, pero temo que pongan una bomba en el consultorio mientras yo esté allí.

-¿De dónde ha sacado esa idea?

-Me han telefonado.

Con el tiempo la ira fue disipándose, pero Steve sabía que él mismo estaba bajo sospecha por haber dado empleo a Sánchez. Aunque lo presionaron mucho para que lo despidiera, él se negó, y a su debido tiempo la cólera acabó por apagarse.

Si existían en el mundo dos ciudades destinadas a interactuar, cada una complementando a la otra, éstas eran Miami, encaramada en el extremo de un gran continente, luchando por conservar su carácter anglosajón, y La Habana, localizada en el borde de una isla gloriosa y decidida a proteger su origen hispano. Estaban a sólo trescientos cincuenta kilómetros de distancia, trayecto que se podía cubrir en menos de cuarenta minutos en un avión moderadamente rápido. Habrían debido disfrutar de una relación simbiótica y mutuamente provechosa. Debiera ser posible que los habitantes de Miami pudiesen viajar al sur no sólo de vacaciones, sino también para conocer la vida caribeña y las costumbres hispanas, y que los cubanos pudiesen ir al norte para hacer sus compras, buscar asistencia médica y estudiar en la universidad. Pero la revolución de Castro imposibilitaba el intercambio entre esas dos ciudades con gran detrimento para ambas.

En el verano de 1988, cuando los viajes entre las dos ciudades estaban prohibidos, existían tres medios por los cuales un norteamericano podía llegar a Cuba. Era posible volar a México, tramitar discretamente un visado y tomar un vuelo rápido a La Habana. También podía viajar a Montreal y efectuar la misma operación. En circunstancias difíciles y más o menos secretas, cabía asimismo presentarse calladamente en el aeropuerto de Miami, a medianoche, con un permiso del Departamento de Hacienda, para abordar un vuelo contratado, que partía todas las noches con aquellos pasajeros y mercancías cuyo intercambio resultaba imprescindible para ambas naciones. Esos vuelos pasaban inadvertidas para la opinión pública, pues Cuba y Estados Unidos lo creían necesario.

Para que el doctor Calderón y su esposa viajaran a La Habana, el Departamento de Hacienda decidió que sería más discreto utilizar la ruta canadiense. Por fortuna, a fines de agosto se realizaría en Toronto un gran congreso de medicina del que participarían facultativos norteamericanos y canadienses. Se dispuso que el doctor Calderón recibiera una invitación formal y la noticia circuló entre los otros médicos de Miami que también estaban invitados: Los Calderón se presentarían temprano en el congreso, saludarían a todos asistentes de Florida, que vieran, irían a las sesiones durante los dos primeros días y luego desaparecerían discretamente, aduciendo un viaje en coche por Nueva Escocia.

Pero antes de que los Calderón pudieran poner ese plan en práctica, Steve recibió en sus oficinas la visita de un hombre a quien habría preferido no ver, aunque no lo cogía del todo por sorpresa. Era un cubano que se acercaba ya a los cincuenta años, de estatura media y facciones rudas; tenía el pelo negro como

el azabache y lo llevaba peinado hacia la frente. Su semblante mantenía una expresión tensa y ceñuda. Era Máximo Quiroz.

Era el principal adversario del conciliador grupo Dos Patrias, organizado por Calderón para proporcionar una sobria guía a la comunidad cubana de Miami. Quiroz buscaba invariablemente el enfrentamiento en todo lo relativo a los hispanos. No sólo soñaba con invadir Cuba, sino también con expulsar a todos los anglos de Miami.

-Me sentiré feliz cuando hasta el último de ellos haya huido hacia el norte y dejen la ciudad en nuestras manos, porque nosotros sabemos lo que hay que hacer.

Los hombres como Calderón estaban hartos de él, pues lo consideraban irresponsable e indiferente a las consecuencias de sus actos.

El médico trató de mostrarse comprensivo y paciente:

-Bueno, mi viejo amigo Máximo, ¿qué cuentas de nuevo?

-Sólo malas noticias. Rusia está trayendo toneladas de armas a la isla y las trasladan a Nicaragua sin siquiera desembalarlas. -Se quejó de que la actitud ambigua del Congreso desconcertaba a los contras, a quienes él apoyaba apasionadamente.

-¿Cómo viste el mes pasado las cosas en Honduras? -quiso saber Calderón. Su pregunta no era sólo para entablar una conversación cortés, pues también él era un ardiente partidario de los contras.

-Mantienen una noble decisión de recuperar su país. Pero observé también gran confusión en cuanto a cómo y de dónde sacar las provisiones necesarias.

Dijo que, si Calderón tenía realmente interés, él podía concertarle entrevistas con los líderes de la contra, los cuales vivían en Miami. Pero Steve no quería involucrarse demasiado, aunque prestaba a los contras apoyo emocional y contribuciones en efectivo.

-¿Qué te trae por aquí? -preguntó al fin Calderón.

No olvides -dijo Quiroz en español, pues se había negado a aprender bien el inglés, con la esperanza constante de volver a Cuba- que tu bisabuelo se apellidaba Calderón y Quiroz; su madre era hermana de mi bisabuelo. Somos parientes, no lo olvides; no está bien que te opongas a lo que trato de hacer.

-¿Qué es lo que tratas de hacer? -interrumpió Steve, provocándole un gesto cada vez más hosco.

-Recuperar Cuba. Y si eso es imposible, porque los rusos no lo permitirán aun cuando Castro ya no esté, hacer de Miami un lugar seguro para nosotros.

-¿ y para eso tienes que insultar a los anglos?

-¡Sí! -exclamó él, desafiante-. Jamás olvidaré cómo nos insultaron ellos cuando llegamos, en 1959. Tienen los días contados.

Afligido por esa manera de hablar. Calderón se levantó para pasearse por el despacho. Finalmente se volvió para hacer frente a Quiroz.

-Mira, Máximo, puedes luchar por liberar Cuba de la dominación rusa, si quieres, pero no debes destruir el sur de Florida, por nosotros, los que pensamos pasar aquí el resto de nuestra vida -se interrumpió súbitamente, mirando a su primo con fijeza-. A propósito, ¿has tramitado la ciudadanía norteamericana?

-Mi patria -es aquélla.

-En ese caso, por amor a Dios, pon tus esfuerzos allá. No nos destruyas Miami.

-¿Que voy a destruir ... ?

-Reabriendo la cuestión del bilingüismo.

-¡Ah! Será mejor que tus ricos amigos anglos lo acepten, porque Miami va a ser una ciudad hispana. No son sólo cubanos los que vienen. Toda la gente que sobra en Centroamérica vendrá a vivir aquí y debe disponer de libertad para vivir a su manera.

-Pero Máximo, ¿no te das cuenta de que empezar otra vez con esa campaña sólo servirá para que los anglos ... ?

-Quiero verlos arrastrarse, como tuvimos que hacer tú y yo cuando vinimos a su ciudad.

-Yo nunca me he arrastrado -insistió Steve.

-Claro que sí. Año tras año, trabajando de conserje, aunque te niegues a reconocerlo.

Steve comprendió que era inútil utilizar la lógica o la verdad con ese hombre difícil.

-No sé por qué me molesto en discutir contigo, Máximo -dijo.

-Lo sabes, sí. Me escuchas porque te consta que soy un verdadero patriota cubano... un héroe... el hombre que abrirá el camino de regreso a Cuba.

Quiroz podía permitirse esa arrogancia; sabía perfectamente que era un reproche a los cubanos americanizados, quienes no se sentían tranquilos por haber adoptado otra patria, volviendo la espalda a la antigua.

Algunos meses antes, el club Dos Patrias, consciente de que aumentaba la fricción entre Calderón y Quiroz, envió a uno de sus miembros más respetados para razonar con Steve. El hombre dijo:

Quiroz es intratable. Soy miembro de Dos Patrias porque no me gustan los actos extremistas aquí, en Miami. Pero reconozco que él es también un hombre de noble coraje. Cuando vino a verme, en 1961. y me susurró «Vamos a invadir Cuba. para matar a ese cerdo de Castro y liberar nuestra patria», yo me lancé de lleno. El y yo fuimos los primeros en pisar la playa en Bahía Cochinos, y los últimos en abandonarla. Lo cierto es que él permaneció allí demasiado tiempo, sin dejar de disparar contratos comunistas, hasta que nos capturaron y nos arrojaron a grandes camiones, con las puertas cerradas con candados. Así nos llevaron a La Habana, para que los cubanos se burlaran de nosotros.

En ese punto de sus recuerdos, abrumado por lo que debía decir a continuación, el veterano de aquella catástrofe pidió un sorbo de agua antes de continuar:

El viaje en ese camión cerrado duró ocho horas, con el sol pegando en el techo. No pasó mucho tiempo antes de que los hombres comenzaran a morir asfixiados. Fue entonces cuando Máximo demostró su heroísmo, pues nos indicó que rascáramos con las hebillas del cinturón el lateral del camión, tratando de abrir un agujero. Como pasó una hora sin que obtuviéramos resultados, gritó: «¡Rascad con más fuerza si no queréis morir!». Fue el primero en terminar su agujero, y el aire fresco que entró me salvó la vida. En la actualidad, Máximo sólo tiene un motivo para vivir: volver a Cuba y terminar con Castro.

Steve, sereno, le había preguntado: «¿Se le unirá alguno de los cubanos de Miami?». Aquel hombre sensato había respondido de inmediato: «Yo y diez mil como yo».

Por eso, aquel día, al mirar a Quiroz, Steve se vio obligado a reconocer que el desagradable individuo que tenía ante sí era un verdadero héroe. También sabía que Máximo estaba allí con una finalidad concreta. Por eso preguntó:

-y bien, ¿qué te trae por aquí?

Quiroz comprendió que había llegado el momento de hablar con franqueza. Intensificando aún más su gesto adusto, gruñó:

-Dicen que vas a visitar a Castro.

Steve sintió un fuerte impulso de preguntar: ¿Quién te lo ha dicho? Sin embargo, no quiso entrar en un intercambio de mentiras. Por eso respondió sinceramente:

-No tengo pensado visitar a Castro, en absoluto.

-¿Para qué vas a Cuba, entonces?

-¿Quién ha dicho que voy a Cuba?

Lo sabemos. Nosotros también tenemos amigos en altos cargos, que sueñan con la libertad para Cuba.

-Si fuera -dijo Steve- llevaría a mi esposa. Y el objetivo del viaje sería visitar a nuestro primo, Roberto Calderón. -Hizo una pausa-. ¿Sabes que su esposa y la mía son gemelas?

-Sí. Pero ése no es motivo para que un hombre como tú vuelva a Cuba. Allí se sabe que tu familia siempre quiso la unificación con Estados Unidos. Los cubanos estarían locos si te dejaran entrar.

-Los tiempos cambian, Máximo.

-Tratándose de Castro, no. Te lo advierto; Esteban; no visites a ese criminal en La Habana.

Al oír su nombre hispano, Steve recobró tantos recuerdos agradables que se levantó para abrazar a su primo, diciéndole:

-Un día de: éstos, Máximo, todos volveremos a La Habana para una larga visita. Las cosas cambiarán; créeme.

Quiroz, desarmado por ese gesto de buena voluntad, reconoció a regañadientes:

-Para mí no será una visita; Por entonces Castro habrá muerto y yo iré a quedarme... triunfalmente. -Luego recobró velozmente la compostura-. Te lo advierto, Esteban. No vayas a Cuba. No hagas concesiones a ese asesino.

-No tengo intenciones de ...

-Ya tienes pasaje a Toronto. Sé lo que ocurre en Toronto. Desde allí se pasa a Cuba.

-Si sabes tantas cosas, también debes de saber que voy a un congreso médico.

-Si vas a Cuba y tratas de entrevistarte con Castro, Esteban, estarás, en grave peligro. -Te lo advierto, no lo hagas.

Cuando Steve oyó los fuertes pasos en el pasillo, se reclinó en la silla, preguntándose cuál de los presentes en la reunión de Washington había dejado filtrar la noticia sobre las nuevas estrategias gubernamentales con respecto a Cuba y sobre su participación en ellas.

Ya en Toronto, Steve y Kate asistieron a las conferencias médicas. Él tomó la palabra dos veces, a fin de verificar su presencia allí. Al tercer día alquilaron un coche y, procurando no dejar rastros de su viaje a Cuba, se dejaron ver rumbo al este, hacia Nueva Escocia. Pero cuando estuvieron ya lejos se desviaron hacia Montreal, donde abandonaron el coche en el aeropuerto para abordar un avión hacia México. Allí cambiaron a un aparato mucho más pequeño, que los llevó a La Habana.

En el autobús que los llevaba a la ciudad había asientos suficientes, de modo que los dos ocuparon sendos asientos de ventanilla, Kate delante y Steve detrás de ella. Los comentarios que intercambiaban eran prueba de su constante sorpresa.

-Realmente, está todo más limpio que antes -observó Kate.

-Se ven menos uniformes que en los tiempos de Batista.

-¿Dónde están los burros que antes circulaban por esta carretera?

-¿Y esos coches norteamericanos, nuevos y relucientes?

Era una Cuba nueva, en ciertos aspectos ostensiblemente mejor que la anterior. Pero Steve se mostraba reacio a dar su aprobación. -Debemos recordar que casi todas las ciudades del mundo han mejorado en los últimos veinticinco años. No es ningún mérito del comunismo -dijo en un susurro, junto al oído de Kate.

Sin embargo, cuando entraron en la ciudad vio dos cosas que lo entristecieron mucho: el horrible deterioro de hileras enteras de casas sin restaurar y el hecho de que los propietarios no cortaran el césped ni limpiaran las aceras frente a sus viviendas o sus comercios;

-Esta ciudad es un estercolero. Necesita millones de latas de pintura.

-Mira, todos tienen ropa decente que ponerse. y la expresión de las caras es tranquila. No parecen vivir bajo una, dictadura.



-Espera a ver lo que ocurre detrás de esas sonrisas.

Al terminar el trayecto, se apearon ante las puertas de un gran hotel, pero no entraron de inmediato. Permanecieron en la calle, en tanto Steve indicaba al conserje:

-Esas cinco maletas. Firmaremos en el registro dentro de un minuto.

Entonces ambos aspiraron profundamente el suave aire tropical.

-Mira -exclamó Kate-, no hay mendigos.

Cuando él observó que tampoco se veían desperdicios en las calles; quedó claro que los dos se sentían complacidos, tal vez contra sus convicciones más profundas, de ver que su tierra natal marchaba relativamente bien.

Ya a solas en su cuarto, Steve echó una mirada de aprobación al adorno floral que los esperaba.

-A mi pesar, me siento orgulloso de la vieja patria. Estercolero o no, me siento como en mi casa.

-Hice mal en aconsejarle que no vinieras. Estoy entusiasmada de ver otra vez La Habana, lo poco que hemos visto hasta ahora, al menos. Vamos a sorprender a Plácida; la llamaremos ahora mismo para decirle, que estamos aquí.

En los tres cuartos de hora siguientes aprendieron algo sobre Cuba: una simple llamada telefónica se convertía en una acción estratégica. No era cuestión de levantar simplemente el auricular y marcar un número, había que negociar con la operadora, cuyas líneas estaban perpetuamente ocupadas. Pero al cabo de interminables demoras lograron comunicarse. Esperaron en el cuarto, anhelantes. Con asombrosa celeridad llegó el anuncio:

-Os esperamos en el vestíbulo.

El reencuentro de las gemelas fue emocionante. En los largos años transcurridos desde 1959 sólo se habían visto en fotografías. Tanto ellas como sus esposos -se asombraron al comprobar lo mucho que aún se parecían: pelo rojizo recogido hacia arriba, dientes resplandecientes; silueta perfecta, y un pícaro humor, que habían conservado pese a las muchas vicisitudes de sus vidas. Plácida parecía la esposa cubana ideal; Kate, una típica hispana de Miami, adaptada a las costumbres de Norteamérica. Formaban un dúo llamativo, y el mutuo afecto que exhibieron en esos primeros momentos fue tan conmovedor que los maridos se apartaron, a fin de dejadas expresar sus sentimientos en la intimidad.

Como las esposas, ellos también eran la viva representación de sus respectivos países. Roberto, importante funcionario cubano de cincuenta y dos años, presentaba la ropa y el aspecto de un hispano; Esteban, vestía como cualquier cubano, puertorriqueño o mexicano emigrante, que hubiera alcanzado éxito en su profesión dentro de Estados Unidos. Cada uno se alegró francamente de ver al otro después de tan larga ausencia. Pero Roberto, como miembro del gobierno, debía de sospechar de los norteamericanos; por eso quería información específica de los motivos por los que su primo había hecho ese viaje. Esteban le dio tres motivos sinceros:

Para verte. Para visitar otra vez el viejo ingenio azucarero. Pero, sobre todo, para que Caterina pudiera ver a Plácida:

Tenéis que dejar el hotel y venir a nuestra casa.

-Ayudaré a Caterina con el equipaje y os llevaremos inmediatamente para allí -dijo Plácida.

El viejo ingenio de los Calderón, al oeste de la ciudad, no funcionaba desde hacía tiempo. Tras la revolución de 1959, todas las grandes propiedades habían sido expropiadas y divididas en pequeñas fincas para los campesinos. Pero Roberto, ardoroso partidario de la revolución, había sido autorizado a conservar cuatro pequeñas cabañas de piedra, interconectadas por claustros. Con el añadido de algunos muros bajos, para juntarlo todo, obtuvo varios patios pequeños, que mantenía llenos de flores, consiguiendo un efecto realmente bonito.

Los cuartos eran pequeños y numerosos. Plácida Calderón los había decorado al estilo antiguo, de modo tal que Steve, al recorrer con su esposa aquella vivienda sencilla y encantadora, exclamó: -¡Eh, pero si has convertido esta vieja casa en un palacio!

Kate corrió a uno de los edificios más pequeños y se recostó contra una de las paredes.

-¿Recuerdas, Plácida? Aquí fue donde Esteban me besó por primera vez, y tú quedaste encantada cuando te lo dije.

Durante esos hermosos momentos de recuerdos y reconciliación, en los Calderón de Miami se produjo un cambio.

-Me gusta que me llamen otra vez Esteban, y recordar que mi apellido se pronuncia, como palabra aguda, con el golpe de voz en la última sílaba, y añadir a eso el apellido de mi madre, Arévalo. Es casi como si volviera a ser un hombre entero.

Durante el resto de su estancia en la isla sería un cubano, cauteloso, inquisitivo, crítico y muy consciente de su herencia. Caterina asentía al oído

hablar, pues sentía el mismo placer al oír sólo castellano. Fue ella quien le recordó:

-y aquí decimos La Habana, no simplemente «Havana», como en inglés.

Les interesó saber que en dos de las casitas que componían el recinto residían de modo permanente siete miembros de los Calderón cubanos. Los esposos trabajaban para Roberto, en su despacho de gobierno; las mujeres ayudaban a Plácida en la asistencia social a la que se dedicaba. Era un cálido centro de intereses mutuos, y a los Calderón de Miami les agradó formar parte de él.

La semana siguiente estuvo dedicada a la ilustración, la confusión y la alegría. La ilustración fue resultado de las exploraciones que hicieron por el campo, en el coche de Roberto, un automóvil de fabricación rusa. Caterina opinó que el coche era incómodo y que parecía una caja; pero Esteban admiró su solidez. Visitaron sitios que él matrimonio había conocido años antes, y ellos no pudieron contener las exclamaciones de «¡Mira eso!», una y otra vez, sorprendidos por lo mucho que había mejorado algún lugar o por lo deteriorado que estaba. Con frecuencia experimentaban una punzada de inocencia perdida, especialmente cuando las gemelas visitaban juntas algún lugar que hubiera tenido mucha importancia para ellas en el pasado: el hogar de un amigo muerto mucho tiempo antes o el de algún tío ya desaparecido. Entonces permanecían inmóviles, cogidas de la mano, recordando tiempos más felices en que ambas eran jóvenes y luchaban por resolver los acertijos del amor, el matrimonio y el destino..

En aquellos lejanos tiempos todos eran muy católicos: Una tarde, sentados los cuatro en un rincón del patio protegido del sol, Caterina dijo, mientras bebía su cóctel de ron:

-Me asombra, Plácida, saber que has abandonado nuestra educación católica.

-Hoy en día, aquí nadie se interesa mucho por el catolicismo -replicó su hermana-. En esta isla la Iglesia nunca se portó bien. ¿Te acuerdas de aquel horrible padre Oquende, un lame culos de los ricos? Bueno, él y sus semejantes han desaparecido. En buena hora, digo yo.

-Esto sí que es curioso observó Caterina. Cuando un cubano se muda a Miami y se siente empequeñecido por los anglos, se vuelve más católico que nunca. Esteban y yo vamos a misa todos los domingos; pero creo que él lo hace principalmente por motivos comerciales. En Miami le perjudicaría mucho cualquier rumor de que no es un católico ferviente.

-Aquí ocurre lo contrario. Roberto despertaría sospechas en el Partido si se le viera en misa. ¿Estabas presente cuando el Papa visitó Miami?

-Sí. Fue un sensacional retorno a la fe católica y, de modo extraño, una potenciación de los valores hispanos. Esteban y yo nos sentimos muy orgullosos cuando nos eligieron para recibirlo, como líderes de la comunidad cubana.

Como Plácida resopló, Esteban, con un leve dejo de irritación, preguntó:

-Si Castro ha descartado la Iglesia y el pasado, ¿en qué creéis vosotros?

-El pasado no nos interesa mucho. Fijamos la vista en el futuro - respondió Roberto con firmeza.

-¿Y cómo será ese futuro? ¿Una continua dependencia de Rusia?

-Un momento, norteamericanos. Vosotros mantenéis una pocilga caribeña en Puerto Rico y fomentáis en la pobre Haití la tendencia a regodearse en sus heridas...

-Mientras Rusia envía armas aquí: ¿Quién es el peor?

-Se te escapa lo principal, Esteban, de verdad. Rusia nos envía algunas armas, sí, y las agradecemos. Pero lo importante es que nos compra azúcar a tres centavos por encima del precio internacional, y eso basta para mantener nuestra prosperidad: Si, fuerais astutos, compraríais el azúcar del Caribe a ese precio y toda la zona prosperaría, como cuando nuestros padres eran niños: Pero como no lo permiten los Estados que producen azúcar de remolacha, vosotros os quedáis cruzados de brazos mientras las islas antillanas, en el umbral mismo de Norteamérica, se aproximan cada vez más a la revolución o la ruina.

Y así se prolongaban las discusiones. Esteban cuestionaba; Roberto, al responder, defendía encarnizadamente el castrismo y planteaba nuevas dudas contra Estados Unidos. La conversación acababa siendo un diálogo antifonal entre las dos naciones.

ESTEBAN: ¿Qué me dices de los cubanos en Angola?

ROBERTO: Luchan para defender la libertad de los antiguos esclavos de Portugal. ¿Y qué hacen los mercenarios norteamericanos en Nicaragua?

ESTEBAN: ¿Y la escasez de artículos de consumo bajo el régimen comunista?

ROBERTO: En Cuba no verás a nadie que pase hambre. y por lo que he leído, el veinticinco por ciento de los norteamericanos consumen una dieta inadecuada por lo costoso de los alimentos.

ESTEBAN: ¿Qué me dices del alto número de prisioneros políticos que Castro mantiene encarcelados?

ROBERTO: Estados Unidos y Sudáfrica son las únicas naciones, entre las supuestamente civilizadas, que siguen ejecutando a la gente por delitos menores.

ESTEBAN: Cuando salí de Cuba había cinco O seis publicaciones estupendas, como el semanario Bohemia y el diario Marina: Ahora sólo encuentro triste propaganda comunista, como la de Granma:

ROBERTO: Sabemos que la prensa norteamericana es la herramienta de Wall Street, pero en Cuba no permitimos ese tipo de cosas. Reverenciamos la libertad de expresión ... para salvaguardar la revolución.

Después de una veintena de discusiones similares, que no conducían a nada, la pareja de Miami volvía a sus habitaciones, donde Esteban decía:

-Caramba, él sí que se ha tragado el anzuelo de Castro.

-Tal vez sea lo más inteligente; en este país. De cualquier modo, esto me gusta. No es el país horrible que suelen describir nuestros periódicos - replicaba Caterina.

Algunos días después, durante una gira en la ladera de una colina, desde donde se veía La Habana, los dos hombres se enzarzaron en una discusión sobre el prolongado papel de Norteamérica en los asuntos cubanos. Esteban dijo:

-Cuando los españoles fueron expulsados de Cuba, en la guerra de 1898, nuestros abuelos eran de diferente opinión. Mi abuelo quería que Cuba pasara a ser un estado de la Unión americana. El tuyo se convirtió en fiero patriota cubano.

-Como tú y yo en la actualidad -advirtió Roberto.

-Sí, más o menos. Yo no quiero que Cuba pase a ser uno de nuestros estados, pero sí que participe en el liderazgo americano sobre el Caribe.

De pronto Roberto se echó a reír.

-¿Qué tiene la idea de graciosa? -preguntó Caterina.

-Recordaba lo que nos dijo Leonard Wood, el victorioso general norteamericano que pasó a ser gobernador provisional: «Cuba puede convertirse en parte vital de Estados Unidos, si efectúa esos cambios que producirán una sociedad estable; habrá que olvidar las viejas costumbres españolas y adoptar el sistema americano».

-No te rías -protestó Esteban-. Recuerdo lo que mi abuelo me dijo en 1929: «Mira el Caribe. Todo el que tiene sentido común quiere unirse a Estados Unidos. Nosotros, Santo Domingo. Unas cuantas personas de Barbados lo han querido siempre. Hasta los mexicanos de Yucatán han rogado a los yanquis que los ocupen». Dijo que lo desconcertaba la resistencia americana a tomar el mando de la zona. Y cuando alguien señaló que las islas francesas podían tener algo que decir al respecto, él estalló: «Esas no importan».

Roberto, volviendo a su ferviente patriotismo, declaró:

-Cuba es libre y se mantendrá siempre lejos de Estados Unidos.

Estamos construyendo un mundo nuevo, con esperanzas nuevas. ¡Esteban! Completarías tu vida si vinieras a ayudarnos.

Los dos hombres admitían estar en desacuerdo sobre esas cuestiones y aplaudían el hecho de que sus bellas esposas restablecieran la cálida y alegre relación que habían compartido, siendo gemelas, en los años previos a la huida de Caterina. Una mañana, Plácida sugirió:

-Vosotros ocupaos de vuestros asuntos. Caterina y yo nos vamos a la ciudad.

Fue un viaje a la nostalgia, pues las dos mujeres recorrieron las estrechas callejuelas como en sus tiempos de colegialas; contemplando escaparates como en aquella época. De pronto se encontraban con alguna tienda donde compraban juntas en aquel entonces, veinticinco años antes; en ciertos casos afortunados las atendían los mismos dependientes. que en aquellos tiempos. Pero lo que más apreciaba Caterina eran los inigualables olores de La Habana: la achicoria tostada, los ananás, el aroma de las cafeterías, del pan recién horneado, el indescriptible y amistoso perfume, de la pequeña mercería en donde se vendían telas y agujas. Como le dijo, a su hermana, eran olores que le atormentaban la memoria, le encantaba recobrarlos.

A medida que avanzaban a paso rápido por los familiares pasajes de la ciudad antigua, donde los edificios parecían unirse en lo alto por las puntas, encerrando debajo las calles estrechas, Caterina tuvo la impresión de que la Cuba que ella conocía, la que le importaba, no había cambiado en sus aspectos importantes, salvo por la necesidad de unas manos de pintura. Eso la alivió, pues afirmaba la supervivencia de los valores humanos en cualquier estructura política en la que operaran.

Pero entonces comenzó a reparar en los cambios que Castro había impuesto a la isla: un solo periódico donde antes había cinco o seis, cada uno de tendencia distinta; librerías desprovistas de los libros extranjeros habituales en otros tiempos, reemplazados por libros de autores rusos y temas rusos. La antigua frivolidad de La Habana había desaparecido, pero también los mendigos y los lisiados, pues Cuba era ahora una sociedad nueva. Pero lo que más echaba de menos en el centro de la ciudad eran los grupos de norteamericanos que antaño lo inundaban todo, en la época en que La Habana era internacionalmente conocida como burdel para turistas. En una callejuela que Caterina no recordaba Plácida le dijo:

-Antes de Castro, esto era una serie ininterrumpida de prostíbulos. -  
¿Qué pasó con las muchachas? -preguntó Caterina.

-Trabajan en las fábricas o conducen tractores.

Pero toda caprichosa incursión en el territorio de la nostalgia corre el riesgo de surtir un efecto adverso. Tarde o temprano, en puntos arbitrarios e inesperados, se levantan los velos, descubriendo la realidad presente; Eso fue lo que ocurrió cuando Plácida condujo a Caterina por Galiano, una calle que ella había recorrido con placer en compañía de su madre. Había sido el corazón de La Habana, una avenida hermosa y transitada, famosa por la decoración de sus aceras: líneas onduladas en verde y amarillo, fijadas en el pavimento de modo permanente. Su madre solía protestar: ¡Caterina, basta de seguir las líneas onduladas! Así chocas con la gente que viene en sentido contrario. Ve por tu sitio».

La mujer vio, apenada, que aquellas líneas tan poéticas, reminiscentes de los tiempos coloniales, habían sido cubiertas con un cemento tan opaco y descolorido que exclamó:

-¡Oh, Plácida! ¡La música ha desaparecido!

Al mirar alrededor, recordando aquella calle famosa, antes tan colmada de alegría y tentadores escaparates, con finas mercancías procedentes del mundo entero, empezó a comprender que la nueva Habana estaba muy empobrecida:

-¿Dónde están las pequeñas tiendas que llenaban esta calle? ¿Todas aquellas cosas encantadoras que nos hacían soñar?

Habían desaparecido. Galiano, antes la calle más orgullosa de América Latina, sin par siquiera en la ciudad de México o en Buenos Aires, estaba ahora tan triste que Caterina, al borde de las lágrimas, le pidió a su hermana:

-Vámonos, Plácida. Este vacío me desgarró el corazón.

Apretaron el paso para llegar a la famosa esquina en donde Galiano se cruzaba con San Rafael. Por allí pasearon, pero también habían sido cerradas sus deslumbrantes tiendas. Entonces quedó a la vista, que la moderna Habana tenía poco que ofrecer a sus ciudadanos en cuanto a bienes de consumo. En los escaparates sólo había tristísimas selecciones. De pronto, una noticia apasionante se divulgó por la zona:

-¡Sánchez tiene zapatos!

Caterina vio que las mujeres corrían hacia la zapatería, sólo para encontrarse en el extremo de una cola de sesenta metros. Plácida comentó: -y cuando una llega dentro, descubre que tienen un único modelo de zapatos, y sólo en cuatro números.

-¿Y qué hacéis entonces? -preguntó Caterina.

-Compramos lo que sea. Y si no podemos usarlos porque son demasiado grandes o demasiado, pequeños, los cambiamos con nuestras vecinas, que tal vez hayan conseguido algo de nuestra talla.

-¿La única manera de conseguir zapatos es esperar en colas como ésta? -quiso saber Caterina, parándose frente a las mujeres que esperaban.

-Es una suerte que Sánchez tenga algo. Si tuviera tiempo haría cola para comprar lo que fuera.

-¿Pasa lo mismo con todos los productos?

-Sí. El racionamiento es severo. Yo estoy autorizada a comprar un solo par de zapatos por año ... hay cupones ... debemos firmar el registro. Titubeó, esperando a que Caterina se alejase de la cola, y luego susurró:- Desde hace seis meses no se consigue papel higiénico. Ni pasta dentrifica. Desde hace dos años no hay cosméticos para las mujeres.

-Pero tú vas maquillada.

-Nos lo hacemos de contrabando por los amigos, que nos visitan desde México. Lo guardamos como si fuera un tesoro.

-Pero. tienes papel higiénico en el baño. ¿Cómo?

-Contrabando de México.

Caterina quedó tan afligida ante esas revelaciones, desveladas tan súbitamente, que tomó a su hermana del brazo, exclamando:



-¡Vámonos! -y corrió a la acera de enfrente, mientras Plácida trataba de seguirle el pasó.

Ya a salvo en el lado opuesto, las gemelas se sumergieron en la, inmensa tienda que preferían desde siempre: Fin de Siglo, fundada en la década de 1880. Pero también eso fue un terrible error, pues aquellos grandes almacenes, cuyas plantas estaban en otros tiempos llenas, de quioscos, puestos y mostradores atestados de productos procedentes de Nueva York, Londres; Río de Janeiro y Tokio, permanecían ahora casi vacíos. De los veinte puestos por los que Caterina pasó, dieciséis estaban abandonados, sin nada que vender; en cada uno de los cuatro restantes sólo vio un artículo de mala calidad y en cantidad reducida.

-¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? -preguntó Caterina.

-Todo es así -dijo Plácida.

Cuando visitaron dos de las otras plantas -subiendo por la escalera, Porque los ascensores no funcionaban-, encontraron una repetición de lo mismo: en los pocos mostradores con algo que vender había largas colas de mujeres con cupones.

Cuando llegaron a un puesto que exhibía tres bonitos vestidos para niñas de diez u once años, Caterina propuso comprar uno para la hija de la criada que trabajaba para Plácida, pero la vendedora la rechazó por partida doble.

-Sin cupón no puede comprar. Y, de cualquier modo, estos vestidos no están a la venta.

-¿Por qué los expone entonces?

-Para mostrar lo que podríamos vender si llegara algún embarque.

Para asombro de la vendedora y de su hermana, Caterina rompió a llorar. Cuando trataron de consolarla, gimió:

-¡Una niña de once años tiene derecho a tener un vestido bonito, de vez en cuando! Para recordar que es una mujercita, para madurar debidamente.

Se cubrió la cara, pensando en las niñas de Cuba, privadas de esa experiencia esencial. Plácida, no obstante, aún supo cómo salvar el día, diciéndole:

Vamos a ver qué tienen en esa tienda donde mamá nos compraba los vestidos.

Cuando las gemelas entraron en la tienda, antes próspera, una vieja vendedora se adelantó exclamando:

-¡Las gemelas Céspedes! ¡Siglos hacía que no nos veíamos!

La mujer comenzó a mostrarles los pocos vestidos que sus costureras habían podido hacer con la limitada cantidad de tela disponible.

Caterina no tenía intención alguna de comprar un vestido nuevo de ninguna clase, pero al ver aquellas cuatro prendas encantadoras, bordeadas de encaje, sintió un efecto embriagador. Luego la vendedora les mostró el vestido por el que Plácida había preguntado por teléfono; una creación tropical, de color rojizo, llena de adornos al estilo español. Caterina quedó encantada. Cuando la mujer descubrió una copia idéntica para Plácida, ambas gritaron: .

-¡Comprémoslos!

Corrieron como colegialas a los probadores y se cambiaron rápidamente. Al salir eran verdaderas gemelas. Los vestidos requerían sólo pequeños arreglos, que la vendedora tendría listos cuando ellas terminaran de almorzar, de modo que pagaron los vestidos y fueron al restaurante adonde iban a los dieciséis años, cuando visitaban solas la gran ciudad. En aquellos tiempos habían provocado las sonrisas de los hombres. Ahora también les sonreían, y las gemelas saludaban graciosamente con la cabeza, aceptando los cumplidos.

Aquel almuerzo hizo recordar a Caterina su juventud: un trocito de carne bien asada; una porción de habichuelas negras y arroz blanco; gruesas rodajas de llantén, una especie de plátano dulce y áspero, imposible de comer crudo pero delicioso una vez frito; una magra macedonia, compuesta por las pocas frutas disponibles en Cuba; y un flan español bañado en azúcar acaramelada.

-¡Ah! -suspiró Caterina, mientras los viejos sabores seducían su paladar-. ¡Ojalá pudiera almorzar aquí todos los días!

Este comentario puso en funcionamiento la mente de su hermana.

Cuando volvieron a la tienda para probarse los vestidos, el espejo les ofreció una imagen casi idéntica. Parecían diez o quince años más jóvenes, aunque cada una de ellas era madre de tres hijos, y tenía cuatro nietos. Eran el ejemplo de lo deliciosa que puede ser la mujer hispana cuando envejece con gracia y se deja iluminar por un pícaro sentido del humor. Eran dos mujeres hermosas estrenando vestido y lo sabían.

Recibieron la compra cuidadosamente envuelta y volvieron al ingenio, donde acordaron que Plácida se presentaría a cenar con su vestido nuevo, y cuando hubiera sido debidamente admirado, Caterina entraría como por casualidad y ambas se exhibirían juntas en la arcada de uno de los patios, esperando la aprobación de los maridos. La treta dio tan buen resultado que, por

un instante, las gemelas Céspedes volvieron a tener diecinueve años, y sus esposos, veinticuatro. Fue un momento exquisito, plenamente apreciado por todos, y abrió paso a las conversaciones que se produjeron esa noche en los dos dormitorios. Esas conversaciones demostrarían que una de las características españolas más persistentes aún ejercía allí su influencia histórica.

En el dormitorio de los Calderón de Miami, Caterina dijo, mientras se quitaba el vestido nuevo para colgarlo cuidadosamente de una percha:

-¿No sería estupendo que Plácida y Roberto vivieran con nosotros en Miami? -Empezó entonces a hacer planes para conseguirles una casa, un puesto para Roberto y trabajo para sus hijos-. Podríamos mantenerlos hasta que Roberto consiguiera algo. Y es tan inteligente que no tardaría mucho.

En una familia norteamericana normal, si la esposa sugiere que, su marido asuma la responsabilidad de mantener a la familia de su hermano, es seguro que el esposo protestará a todo pulmón, presa de un ataque. Esteban, educado a la manera hispana, lo aceptó casi como inevitable, pues conocía la importancia de mantener unida a una familia y de reunirla si se había separado. Por eso se ofreció, sin vacilar:

-Podríamos mantenerlos por un par de años. Pero sería más fácil si él hablara inglés.

En el dormitorio de los Calderón cubanos, Plácida le estaba diciendo a su marido:

-Roberto, me parece que Esteban, pese a todo su dinero, se muere de nostalgia por Cuba. Le gustaría volver y pasar sus últimos años con la familia. Sé que a Caterina le gustaría.

-¿Cómo lo sabes?

-Por algo que ha dicho mientras almorzábamos. El dinero y los lujos de Miami no son lo que más le importa en la vida, créeme.

-Pero ¿qué podríamos ofrecerle a Esteban?

-No le costaría integrarse en nuestro sistema médico. Tiene sus certificados cubanos y también los de Norteamérica. Además, con su experiencia sería bien recibido.

-Pero ¿te parece que renunciaría a la buena vida que lleva en Miami?

-Creo que sí. Y también Caterina, de eso estoy segura. Me echa de menos, a mí y al resto de la familia.

En las discusiones de esa noche y las siguientes, la pareja de Miami no tuvo en cuenta ni por un momento la posibilidad de retornar a Cuba; tampoco los Calderón cubanos pensaban siquiera en mudarse a Norteamérica. Pero que la familia debía estar unida, como fuese, era algo en lo que tanto unos como otros estaban de acuerdo.

Todo se inició como una triquiñuela ideada por Plácida para recordar a los viajeros su rica herencia cubana, pero se convirtió en un día de recuerdos casi obsesivos.

-Vamos a echar un vistazo a lo que realmente era nuestra familia - propuso ella, una noche.

-Me tomaré el día libre -dijo Roberto.

Decidieron que las dos parejas saldrían de La Habana al amanecer del día siguiente y viajarían en coche hacia el oeste, rumbo a la histórica plantación de café de los Calderón, conocida como Molino de Flores.

Los Calderón de Miami habían visitado el sitio una o dos veces, antes de la revolución, pero ya no recordaban su majestuosidad ni el honroso puesto que ocupaba en la historia cubana. Quedaron asombrados al ver las vastas ruinas de la casa principal, que debió de ser espléndida en 1840, época en que la visitaban famosos viajeros de todo el mundo.

-Es tan grande que en ella se podría jugar, al fútbol -exclamó Esteban.

Había una serie de siete arcos de piedra, cada uno de tres pisos de altura; eran majestuosos, aunque las paredes cercanas comenzaban a derrumbarse. Una solemne grandeza envolvía aquel lugar, y los de Miami no pudieron menos que creer a Plácida cuando dijo:

-En, ocasiones hubo aquí viviendo hasta cuatro familias enteras, todas Calderón. Cuarenta o Cincuenta personas dentro de estos muros.

Cuando abandonaron las imponentes ruinas, tan clásicamente equilibradas en todas sus fachadas como cualquier castillo francés, caminaron hasta uno de los prodigios del viejo establecimiento: una serie de seis cisternas, tan inmensas que podían proveer de agua a todo el proceso de elaboración del café.

Cuando yo era niño, mi padre me dijo que bastaba una lluvia torrencial durante una tormenta de verano, para llenar todas las cisternas en una tarde dijo Roberto.

Cuando Caterina quiso entrar en uno de esos gigantescos recintos, él le advirtió:

-¡Mira que allí dentro anidan murciélagos!

-Durante el día no vuelan –adujo ella. Pero en cuanto entró en la cisterna retrocedió apresuradamente riendo. -¡En las cavernas oscuras vuelan, sí!

Tras ella surgió toda una bandada de murciélagos:

-Allí está -dijo Plácida, señalando una especie de construcción en una loma alta, al oeste de las cisternas-. Fue allí donde ocurrió.

Treparon hasta allí para estudiar aquel lugar enorme y sombrío, que durante dos días consecutivos desempeñó un papel crucial en la historia de Cuba.

Los cuatro Calderón se hallaron ante los restos de una reja de hierro, que en otros tiempos había cercado un amplio perímetro.

-Aquí libraron su juego de vida y muerte -dijo Plácida;

Era el famoso barracón del Molino de Flores, la prisión que había albergado a los esclavos, hasta más de medio siglo después de recibir la libertad sus camaradas en las islas británicas, treinta agónicos años después de que Estados Unidos hubo liberado a los suyos. Allí, dentro de aquel cercado, protegido por un enorme portón que aún se mantenía en pie, habían vivido más de ochocientos esclavos de los Calderón en condiciones tan espantosas que, en 1884, cuando los gobernadores españoles de Cuba todavía argumentaban que la manumisión sería la muerte de la isla, los ocupantes del barracón decidieron finalmente rebelarse.

-Los ochocientos a un tiempo -dijo Plácida- se lanzaron contra este único portón que los mantenía prisioneros. Pero en esa torre -todos miraron la siniestra torre de artillería que se elevaba junto al formidable portón de hierro- esperaban seis de nuestros hombres, cada uno con cuatro fusiles y esclavos encargados de recargarlos. Cuando los rebeldes se arrojaron contra el portón, los hombres dispararon desde allí arriba, descarga tras descarga. El fuego constante acabó con unos treinta y cinco esclavos allí mismo.

-Yo nunca me enteré de eso -protestó Caterina.

-Cuando Castro nos trajo la libertad se escribieron libros. Resucitaron antiguos recuerdos. En 1884, dos años antes de que la esclavitud, terminara en toda Cuba; nuestros esclavos pusieron fin a la suya en este sitio.

-Pero ¿no dices que los rechazaron... disparando desde allí arriba? Todos mantenían la vista fija en la tétrica torre, que conservaba cada piedra en su sitio.

-Sí, esa noche murieron muchos. Pero por la mañana apareció el héroe de nuestra familia, un joven soñador llamado Elizondo, que no había participado en la represión. Sorprendiendo a todo el mundo, vino aquí desde la casa grande, trepó a esa torre y contempló los cadáveres que aún permanecían allí tendidos, pues los otros esclavos sabían que, si se acercaban al portón, caerían también. Los contempló durante más de una hora, sin decir una palabra.

-¿Y qué hizo? -preguntó Caterina.

-Cuando bajó de la torre, llamó al jefe de guardia, que vivía en ese cuarto, y le ordenó que fuera por sus llaves. Con ellas en la mano caminó hasta el portón, lo abrió de par en par y gritó a los esclavos, que aún temían aproximarse a la salida: «¡Vosotros ya no sois esclavos! ¡Os habéis ganado la libertad! ¡Enterrad a vuestros muertos!». Y se alejó a grandes zancadas, dejando la puerta del barracón entornada. A partir de esa mañana nunca volvió a cerrarse con llave.

-Dos años después -continuó Roberto-, toda Cuba siguió su ejemplo, pero Elizondo pagó un alto precio por su anticipación. A partir de ese acto audaz quedó marcado como traidor a España. Cuando sobrevino el revuelto periodo previo a la gran revolución de 1898, aquella en que participaron los norteamericanos, Elizondo fue fusilado por oficiales españoles que ponían su lealtad en tela de juicio.

El segundo sitio al que Plácida los condujo fue uno de recuerdos más felices. Era una zona que, a principios de siglo, había servido como centro de vacaciones para las familias adineradas, a quienes el calor de La Habana resultaba insufrible. Se llamaba El Cerro, por la elevación en donde se erguía. A lo largo de su única carretera, de tres kilómetros, se levantaban algunas de las mansiones más espléndidas del Caribe. En ciertos tramos había doce casas, una junto a otra, en el mismo lado de la carretera, frente a otras quince de igual esplendor, y cada una de las veintisiete mostraba en su fachada siete u ocho magníficas columnas de mármol. Llegaban visitantes desde todos los sectores de La Habana para ver lo que un poeta había llamado «el bosque de mármol que protege los escondites de los grandes». Un español, después de pasar ante las mansiones comentó: «No me importa a quiénes pertenezcan los ingenios azucareros, mientras pueda venderles las columnas para sus casas».

Los Calderón habían conocido El Cerro cuando ya estaba casi abandonado. Recordaban que en aquellos años de juventud algunas mansiones comenzaban a decaer. Pero sólo ahora pudieron ver claramente el grado de abandono que habían alcanzado.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Plácida-. ¡Cómo se horrorizaría el conde de Zaragoza al ver esos dos leones, de los que estaba tan orgulloso!

Allí estaban los leones que en otro tiempo proclamaron su aristocracia: sin cabeza, con las patas agrietadas y cubiertas de marcas; detrás, en ruinas, la casa que debían proteger.

-¡Oh! ¡Y la casa de los Pérez Espinal! Allí solíamos jugar. ¡Mirad!

Los muros se están cayendo.

Caterina señalaba las ruinas de una mansión, antes majestuosa y llena de voces en verano. El deterioro era tan grande que dijo:

-¿Qué veremos cuando llegemos a nuestros cisnes?

Casi temía acercarse a la casa que otrora fuera de los Calderón. Pero Roberto, que iba al volante, les dijo:

-Observad que hay muchas columnas todavía en pie. Aún, queda mucho en esta calle.

Tenía razón, pues cualquier forastero que pasara a poca velocidad vería cientos y cientos de columnas de mármol, aún en pie, en disposición casi militar, como si todavía intentaran custodiar las casas, algunas de las cuales ya habían desaparecido detrás de ellas.

Ante una serie de diez columnas especialmente bellas, Roberto detuvo el coche y explicó:

-Aún antes de la revolución de 1959, los propietarios comprendieron que ya no podían permitirse el lujo de mantener estas mansiones, y como nadie tenía dinero para comprarlas, las abandonaron. Allí donde antes vivía una sola familia, ahora viven veinte familias enteras, sin pagar alquiler, dejando que todo se venga abajo.

En las casas que se mantenían intactas, Caterina y su esposo vieron que vivían familias, destrozando lo poco que quedaba. Pero antes de que los demás pudieran hacer comentario alguno, Plácida exclamó: -¡Nuestros cisnes!

A la derecha de la carretera, se levantaba una de las casas más notables, con los muros aún en buenas condiciones y las columnas intactas.

Lo que hacía de esa mansión algo único era que, entre las columnas y a lo largo de todo el porche, se erguían una serie de cisnes de hierro, cuarenta y ocho en total, todos de un metro de altura y bastante estrechos, diseñados y pintados de modo tal que eran como un estallido de color para la vista. Todos

permanecían firmes, con las alas plegadas, la cabeza y el largo pico apuntados hacia abajo, muy cerca del suelo; en esa postura semejaban hermosos lápices. Estaban pintados en tres colores: dorado en las patas, blanco en la cabeza y el cuello, y rojo brillante en el largo pico.

Eso habría bastado para hacerlos inolvidables, pero alrededor de las patas de cada uno, describiendo tres círculos completos, se enroscaba, una mortífera serpiente, pintada de negro y con la letal cabeza roja a pocos centímetros del pico. De esa manera, los cisnes parecían cuarenta y ocho batallas a muerte con sus respectivas serpientes. Nadie que viera esa sucesión de combates podría olvidarlos.

-¡Olé por nuestros cisnes! -gritó Plácida, mientras los cuatro bajaban para contemplar las leales aves-. Ninguna serpiente logró entrar nunca en nuestra casa. -Se jactó Roberto, dando unas palmaditas en la cabeza de uno de los cisnes-. Fueron fieles hasta la muerte, pero no pudieron proteger la casa de esto.

Señalaba el sector que estaba detrás de las columnas y el porche. La puerta pendía inerte de sus goznes, y la grandiosa escalera estaba en ruinas. Ahora, vivían varias familias en el interior de aquel trágico edificio que pronto se derrumbaría como los otros de El Cerro;

Plácida acarició los cisnes que tanto había amado de niña, susurrando:

-Fueron mucho más leales que nosotros.

Luego corrió al coche, donde se sentó con la cabeza gacha, como los cisnes, para no seguir contemplando las ruinas en que se había convertido su niñez.

Tal vez se debiera a que Roberto Calderón había pasado los últimos veinticinco años bajo una dictadura, pero fue él precisamente quien primero notó que, dondequiera que iba con su cuñado, los seguían a respetable distancia cuando menos un coche, y a veces dos; era obvio que los vigilaban. Aquello se tornó tan irritante que, una mañana, mientras iban hacia La Habana, paró su coche ruso para revisarlo, por si hubiera micrófonos ocultos. Luego le preguntó a su cuñado:

-¿Has ,venido con órdenes secretas o algo parecido, Esteban?

-¡No! ¿Por qué lo preguntas?

-Porque ese coche que nos sigue es de las oficinas de tu representante norteamericano. y el que viene detrás, a menos que me equivoque, es de nuestra policía.

Cuando llegaron a La Habana, los coches los siguieron hasta que los Calderón aparcaron y entraron en la oficina de Roberto.



En el trayecto de regreso comprobaron que los seguían otra vez pero ahora sólo estaba ahí el coche de la policía. Este suceso, repetido en días siguientes, instó a los Calderón a ventilar las cuestiones que parecían obsesionar a todos los cubanos de Miami:

-Dinos, Roberto: ¿qué grado de libertad civil hay en esta isla?

-Exactamente el mismo que en Estados Unidos. Tenemos tribunales, buenos abogados, periódicos, debates públicos. Éste es un país libre.

Pero Esteban consideró que, a esas alturas, debía revelar sus verdaderos sentimientos hacia Cuba y sus líderes comunistas:

-Digas lo que digas, Roberto, para mí Castro será siempre un monstruo, y su movimiento, un retroceso en el camino hacia la libertad de la especie humana. Pero me parece que es la gente como vosotros quien representa permanentemente a esta isla. Por eso creo que debemos idear algún tipo de entendimiento. Quiero ver el día en que pueda viajar libremente a La Habana y vosotros podáis acompañarme a Estados Unidos.

-¿Emigrar, dices?

Roberto habló con tal tono de rechazo que su cuñado; comprendiendo que no era el mejor momento para tratar el tema, se apresuró a negarlo:

-¡No, claro que no! Hablo de viajar libremente, yendo y viniendo. Cuando pronunció estas palabras, «viajar libremente», uno de los anhelos de las gentes del mundo entero, los cuatro Calderón imaginaron la experiencia de ir y venir sin trabas, sin visados, entre las ciudades gemelas de Miami y La Habana.

Creo que si los cubanos comprendieran los beneficios de la democracia que tenemos en Miami, cambiarían esta política -dijo Esteban.

Roberto y su esposa se limitaron a reír. Plácida hizo una observación poco habitual en ella:

-Nosotros creemos que, un día de éstos, el resto del Caribe nos seguirá en el camino hacia un gran gobierno socialista. Estamos seguros de que Puerto Rico y Santo Domingo se unirán a nosotros, junto con la mayor parte de los demás países. Hace unos años Jamaica estuvo a punto de hacerlo.

-¡No creo que una nación en su sano juicio quiera hallarse con Castro, teniendo en cuenta el estado de esta isla! -replicó Esteban .

-¿A qué te refieres?

-Te diré exactamente a qué me refiero. Una dictadura que da pocas distracciones a su pueblo. Nada que comprar en las tiendas. Ni papel higiénico ni dentífrico ni vestidos para las niñas ni coches decentes. Las casas sin pintura. No hay edificios nuevos para sustituir a los que se están derrumbando en El Cerro. Y los jóvenes sólo tienen libertad para viajar a Angola y morir en la jungla.

Aquí habla de las experiencias de un cubano en Miami -le replicó Plácida, mostrándole un ejemplar de Gramma-. Tuvo un pequeño problema de salud, un ataque de asma. Escucha lo que hacen los médicos como tú, Esteban, con el pueblo de tu país. Y leyó un relato horrendo, respaldado por copias de las facturas de médicos, asesores, enfermeras y especialistas en diagnósticos que totalizaban siete mil ochocientos dólares por una hospitalización de dos noches, para solucionar una enfermedad relativamente leve. Acosados por los Calderón cubanos, Esteban y Caterina, como médico y enfermera, se vieron obligados a reconocer que el informe era cierto.

-El vecino de la esquina tuvo que someterse a una importante operación de corazón -continuó Plácida-. Diecinueve días en el hospital y cuidados intensivos. ¿Quieres saber cuánto pagó? Ni un solo peso. ¿El tratamiento odontológico para su esposa? Ni un solo peso.

Para sus tres hijos, la mejor atención médica del mundo: ni un solo peso. Tal vez no tengamos la pintura blanca que tanto echas en falta, pero ofrecemos a nuestros hijos la mejor atención médica y las mejores escuelas, todo gratis. Eso tiene su importancia, ¿no?

Los cuatro comprendieron que la discusión había entrado en terreno peligroso. Roberto, siempre conciliador, la desvió hacia una cuestión que lo inquietaba. -Tomemos a un refugiado como nuestro primo Quiroz, sin ninguna preparación especial, por lo que recuerdo. ¿De qué vive en Miami?

-Debes comprender una cosa, Roberto:, a nuestra ciudad llega una inmensa cantidad de dinero cubano. En parte es dinero legítimo, como el que maneja mi banco, en parte proviene de la cocaína. Pero allí está, a disposición de todos.

-¿Y cómo obtiene su parte un inútil como Quiroz?

-La gente que odia a Castro, que es el noventa y cinco por ciento de nuestra comunidad; se encarga de que los hombres como Máximo salgan adelante. Piensa que él trabaja por todos al mantener a Castro en ascuas.

-¿Sería capaz de encabezar otra invasión como la de Bahía Cochinos?

-Mañana mismo, si el gobierno americano lo permitiera.

-Esteban; me gustaría que te quitaras ese feo hábito de decir americano, como si vosotros nos hubierais robado América. Di norteamericano. Porque los cubanos, los mexicanos y los uruguayos también somos americanos.

Hasta ese momento -iniciaban ya su segunda semana en Cuba- la visita había sido sólo aquello que supuestamente era: una amable reunión familiar. Pero Esteban estaba nervioso; no sabía cómo plantearle a Roberto su pretensión de ver a Castro. Una noche le dijo a Caterina:

-No puedo decirle francamente que quiero ver a su líder. Pero tú podrías sugerirle algo a tu hermana. Algo como: «¿Existe alguna posibilidad de conocer a Castro, para asegurarnos de que realmente existe?-.»

-Me sentiría más segura si no lo viéramos. Así no llegarían rumores a Miami.

Pero, finalmente, Esteban se enfrentó a Roberto sin reserva, diciéndole casi como al desaire:

-Ya que estoy aquí, me gustaría conocer a Castro, ¿sabes?

-Veré qué puedo hacer. Es bastante accesible para los visitantes  
-replicó su cuñado.

Pero añadió que Castro tenía por costumbre mantener a la gente esperando días enteros, y de pronto, sin previo aviso, los mandaba llamar a medianoche y charlaba con ellos hasta el amanecer. Noche tras noche, Esteban retrasó el momento de acostarse.

La respuesta llegó el martes al oscurecer. Un alto funcionario del despacho de Castro pasó por el ingenio, para informar a Roberto de que, si quería llevar a su primo a las habitaciones presidenciales a las once de la noche, Fidel tendría mucho gusto en conversar con él sobre los asuntos cubanos de Florida. Esteban, sin revelar que esperaba impacientemente esa citación, respondió:

-Será un honor conocerlo.

Sin saber si la invitación, a esa extraña hora, incluía o no la cena, Esteban informó a Caterina de la inminente visita y sólo comió algo ligero: -Así estaré preparado para todo. Si me sirven una cena completa, podré embuchármela; si no, no pasaré hambre.

A las diez y media llegó un coche con chofer, acompañado por una escolta policial. Mientras viajaban a buena velocidad, en el claro de luna de septiembre, Esteban aseguró a su cuñado:

-No te preocupes. Le diré exactamente lo que te dije a ti, que me opongo a su política, pero que ansío el momento de ver un libre intercambio entre nuestras naciones.

-Le gustará.

-Pero con nuestras condiciones, no con las suyas.

-Desde hace veinticinco años, tu país ha estado tratando de imponerle condiciones y siempre ha fallado miserablemente. Tal vez sea la hora de emplear otras tácticas.

-Tal vez, pero tampoco las vuestras.

-De acuerdo -aceptó Roberto, mientras se acercaban al palacio presidencial.

En cuanto entraron en el hermoso salón de espera, quedó claro que Roberto se limitaría a presentar a su acompañante; luego se retiraría para esperar el final de la entrevista. Eso no lo sorprendió. Los dos permanecieron en la sala exterior unas dos horas. Al fin se abrió violentamente la puerta de Castro. Un hombre corpulento, barbudo, vestido con un arrugado uniforme de campaña, se adelantó con las manos tendidas, una hacia Esteban, la otra hacia Roberto:

-Bienvenidos sean los honorables, descendientes de nuestro gran patriota, Baltasar Calderón y Quiroz .

Cogió calladamente la mano de Esteban y lo condujo a su despacho, dejando a Roberto en la sala de espera.

Cerró la puerta de una patada y señaló una silla a su visitante, mientras se dejaba caer cómodamente en la suya. Era un hombre pletórico de energía, y su mente ágil saltaba de un tema a otro. Mientras hablaba, sus manos incansables movían un gran puro apagado.

-Es una tentación y una obligación -explicó, señalando el habano-. Los médicos me dijeron que moriría diez años antes si continuaba fumando. Y dejé el vicio. Pero entonces los fabricantes de cigarros me recordaron que yo y mis puros éramos la mejor publicidad para nuestros habanos, y de ahí provienen nuestras divisas. Así que sigo fumando -concluyó; metiendo el enorme puro apagado en la boca.

Hablaron durante Cinco horas, interrumpiéndose apenas para tomar una sopa, unos sándwiches de pollo y un postre.

Como médico, ¿aconseja a sus pacientes que no tomen mucho azúcar, igual que los nuestros?

Para sorpresa de Esteban, hizo esa pregunta y otras en inglés. Él respondió en ese idioma. Pero cuando acabó de explicar que sí, que durante su época de médico, advertía a sus pacientes sobre los peligros del azúcar. Castro se levantó de un brinco, agitando un dedo, y le espetó en español:

-¡Bueno, basta! Los cubanos queremos que ustedes consuman tanto azúcar como puedan y que nos lo compren todo a nosotros.

Esteban quedó estupefacto ante los amplios conocimientos que Castro tenía de todo lo norteamericano. Pero también comprendió que el dictador tocaba esos temas para presentarse como amigo. Hablaba de béisbol como un experto: «¿Por qué los Red Sox siempre pierden los grandes campeonatos?». Conocía íntimamente los entretenimientos de Estados Unidos: «¿Cómo ha caído en Georgia el hecho de que un negro como Bill Cosby esté dominando la televisión?». Tenía clara conciencia de la complejidad de ciertas situaciones: «¿Cómo marchan las dos Coreas con eso de las Olimpiadas?». Y formuló diez o doce pequeñas preguntas para sondear discretamente al norteamericano: «¿Arrestó su gobierno a alguno de esos locos que trataron de hacer desertar a nuestros atletas en Indianápolis?».

Calderón, comprendiendo que esa conversación amable era sólo un preámbulo, esperaba que el líder cubano se adentrara en cuestiones políticas. Cuando Castro lanzó una serie de preguntas sobre la actitud de los cubanos de Miami, sobre la situación de Haití, Santo Domingo, Puerto Rico y la propia Cuba, lo encontró preparado. Le preocupaban especialmente dos problemas, sobre los que presionó a Esteban casi hasta la descortesía: «Si Manley gana las próximas elecciones en Jamaica, ¿se, reavivará el antiamericanismo en la isla?» y «¿Qué se dice en Miami sobre los disturbios raciales de Trinidad, como los que tienen lugar en Fidji?».

También quiso saber cómo habían reaccionado los cubanos de Miami a la invasión norteamericana, de Granada. No le sorprendió la respuesta: -Entre los nuestros no oí un solo comentario adverso, pero sí de apoyo.

En cambio, a Castro sí le irritó el siguiente comentario:

-La mayoría estamos convencidos de que comunistas cubanos infiltrados intentaron apoderarse de la isla.

-¡Tonterías! -dijo. Luego se reclinó en el asiento, torciendo el cigarro entre los dedos, y pidió más bebidas a un camarero-. Ahora bien, doctor Calderón...

-Esteban notó que, cuando iba a explorar un tema nuevo, lo hablaba con formalidad, utilizando invariablemente su título- ... puesto que me doy cuenta

de que está informado de estos asuntos, explíqueme: ¿qué significa la palabra «hispano» en los distintos sectores de Estados Unidos?

Esteban reparó también en el respeto con que pronunciaba el nombre de los Estados Unidos, como si honrara las dimensiones de su vecino septentrional, aunque no su política.

Los dos se enfrascaron en otra hora de discusiones. Esteban repasaba las diversas experiencias que había tenido con los pueblos hispanohablantes de Norteamérica.

-He tenido que viajar mucho, pues soy uno de los principales banqueros hispanos y he participado en las campañas electorales de Reagan.

Los políticos anglos que dirigían la campaña debieron de decir: «Miren, Calderón habla castellano y lleva un bonito traje azul. Vamos a exhibirlo ampliamente, para que sirva de modelo a los otros y se alineen de nuestro lado». Así que me despacharon a Nueva York, California y Texas.

Castro se inclinó hacia delante, con los ojos centelleantes sobre su barba oscura.

-¿Fue un desastre?

-Peor aún. En Nueva York todos son puertorriqueños y tienen sus propios asuntos que tratar. Apenas pude hablar con ellos. Y no me pidieron consejo, por supuesto. Eran muy capaces de arreglarse solos.

-¿En California?

-No quiero ofenderlo, señor presidente, pero hay allí unos mexicanos muy violentos que apenas han oído hablar de usted. Nada les importa, porque tienen sus propios problemas con México. Mis ideas políticas y las de ellos difieren tanto como el día de la noche. Fue un fracaso absoluto.

-¿Y en Texas?

-A primera vista, igual que en California. Pero, en realidad, son dos grupos muy distintos de mexicanos. En Los Ángeles, sobretodo, son más elaborados y tienen más poder político. En Texas, son campesinos. Yo diría que están dos generaciones atrasados con respecto a los californianos.

Pasaron largo rato explorando las diferencias entre los cuatro grupos hispanos básicos, según la clasificación de Esteban: los cubanos de Miami, los puertorriqueños de Nueva York, los mexicanos de California y los recios campesinos de Texas. Al terminar, Esteban estableció un punto fundamental:

-Quien crea que puede agruparlos a todos y formar una minoría hispana unida, para moverla en un sentido u otro, está muy equivocado. No haga el menor intento en ese sentido. No dará resultado.

-¿Son todos católicos fervientes?

-Sí.

-¿Republicanos?

-Sobre los Californianos y los texanos no estoy muy seguro, pero probablemente, ellos tampoco. Tenga en cuenta una cosa, señor presidente, los cubanos que usted envió a Miami en aquel primer grupo eran todos instruidos, adinerados y moderados. Se han adaptado con facilidad a la vida norteamericana. Entre ellos no había campesinos analfabetos. A veces, en California y Texas; me costó creer que esa gente fuera hispana. No se parecía a nadie que yo hubiera conocido aquí, en mi juventud, ni después en Florida.

Ya eran más de las tres de la madrugada. Esteban trataba de recordar que debía resistirse a las amabilidades de ese hombre extraordinario y se decía: Es el que me robó el país, el que asesinó a muchos de mis amigos, el que retuvo a otros en cárceles, el que ha hecho todo lo posible por avergonzar a los Estados Unidos y apoyar a su enemigo, la Unión Soviética. No sentía ningún cariño por Castro, ni siquiera mucho respeto, pero apreciaba el inmenso poder de su carisma. En cierto momento en que el dictador se mostraba especialmente persuasivo afirmando que nunca había sentido la menor aversión, contra Estado Unidos, Calderón pensó: Ahora sé cómo se siente el pájaro cuando la cobra lo hechiza; este fulano tiene un poder hipnótico:

Por fin; al terminar un largo discurso sobre Estados Unidos y la conducta que habría debido mantener en Centroamérica, Castro se inclinó hacia delante para estudiar a su visitante y le preguntó, con la voz más cordial:

-Doctor Calderón, ¿cómo se le ocurrió, siendo hijo de patriotas, que debía abandonar Cuba?

Tras una franca discusión sobre señales confusas y oportunidades perdidas, siendo ya las cuatro menos cuarto, le preguntó:

-¿En qué condiciones aceptaría volver?

Esteban se sintió a la vez libre de aclarar varias cosas y obligado a hacerlo.

-Habiendo tenido un bisabuelo como el viejo Baltasar Calderón, siempre amaré a Cuba. Lo llevo en la sangre. Mi huida demuestra que no me entusiasmo la revolución, pero como usted probablemente sabe, por los informes

de su gente, nunca he sido un anticastrista furibundo. Y estoy convencido de que, estando esta isla tan cerca de Estados Unidos, es preciso establecer algún tipo de reconciliación, probablemente antes de que termine el siglo.

-¿Alguien más piensa como usted en su país?

-Algunos de los amigos más sensatos que tengo en Washington, los que trabajaron conmigo en las campañas de Reagan.

Castro comprendió, por esa única frase, los motivos por los que Calderón había sido enviado al sur. Levantó la vista al techo y empezó a mover su habano. Luego comentó, como si no hubiera oído lo que Esteban acababa de decir:

-Los médicos me dijeron: Si dejaras de fumar estas cosas, podrías vivir para ver el fin de siglo.

-¿Cuándo nació usted?

-En 1927.

-Tiene sólo cinco años más que yo, y yo espero verlo, desde luego.

-Conque ha venido en nombre de alguien, ¿eh, doctor Calderón?

-He venido para que mi esposa visitara a su hermana gemela. Una reunión de familia, podría decirse.

-Roberto Calderón es un hombre valioso para nosotros: Sabe cómo comportarse. ¿Sabe; doctor? Si algún día quisiera volver aquí e instalar una buena clínica, como la que dicen que tiene en Miami, lo recibiríamos de buen grado y le proporcionaríamos el edificio. Y, dígame, si mañana mismo se levantaran todas las restricciones, absolutamente todas, ¿qué porcentaje de cubanos volvería a nuestra isla?

-De mi grupo original, para visitar los viejos paisajes amados, un noventa y ocho por ciento. Para quedarse definitivamente y abandonar todas las cosas buenas que consiguieron en Florida, un dos por ciento.

-¿Y del grupo de Mariel?

-Un gran porcentaje. Son hombres dispuestos a volver a sus actividades delictivas. Pero ustedes a éstos no los quieren, por supuesto.

-¿Y entre los niños nacidos allí?



-Ni uno por cada diez mil. Buenos colegios, televisión, gente como ellos, centros comerciales ... Eso es irresistible para los jóvenes.

-Conque son una generación perdida ... es decir, para nosotros.

-Creo que sí.

-Pero no me ha respondido. ¿En qué condiciones volverían usted y su esposa?

-Cuando uno se rompe un hueso, al principio parece que es imposible remediarlo. Pero si se lo inmoviliza con un entablillado y se lo deja soldar, seis semanas después se produce el milagro. Está más fuerte que antes, porque los diminutos fragmentos de hueso se han entrettejido. Lo mismo ocurre con los emigrados. En los primeros seis meses lejos de la patria reina la desolación espiritual. Pero después se inicia el entrettejido y muy pronto los vínculos con la tierra nueva son poderosísimos.

-En su caso, ¿demasiado poderosos como para volver a romperlos?

-Sí.

Castro apoyó el brazo sobre los hombros de Esteban y lo acompañó hasta la puerta, diciéndole:

-Puede decir a quien lo envió que, si alguna vez se restablecen las relaciones amistosas entre nuestros países, será un gran placer para nosotros tenerlo como embajador en la Habana.

En la última velada, los Calderón de Miami se sintieron, obligados a analizar el problema hispano. Fue Caterina quien abordó el tema:

-Si vosotros dos quisierais venir a América, alejaros de estas tensiones, Esteban y yo podríamos conseguir una casa donde vivir ... y sería un placer ayudaros, a vosotros y a vuestros hijos, hasta que os establecierais. Nos encantaría teneros cerca.

-No podríamos ...

-Ha sido estupendo estar juntos otra vez. Somos una familia, Plácida, y no deberíamos estar separados. Por favor, pensad en lo que he dicho, por favor; Y recordad que Esteban piensa lo mismo. Podríais pasar con nosotros ... dos años, tres ... hasta que estuvierais instalados. ¿Verdad, Esteban?

-Roberto lo sabe. Sería una inmensa alegría teneros con nosotros otra vez. Y no me refiero sólo a vosotros. Vuestros hijos podrían tener una vida estupenda en Norteamérica. Nosotros los ayudaríamos.

Sin embargo, la respuesta de Plácida no fue dirigida al ofrecimiento de su hermana. Apoyó una mano en el brazo de Caterina y dijo, con profunda emoción:

-Debemos estar juntos, sí, ahora que sabemos lo maravilloso que resultaría, pero debería ser aquí, que es la patria de todos nosotros. Roberto ha estado haciendo planes. Podríamos dejaros dos de esas casas. Hoy, nuestro líder máximo ha pasado por mi oficina para confirmar lo que dijo la otra noche: podrías instalar una clínica en el centro de La Habana, Esteban. Vuelve a tu patria y participa en su construcción.

Cuando las dos parejas se separaron era obvio que ninguna de las dos se mudaría jamás, pero los cuatro estaban sinceramente convencidos de que, al hacer esa invitación, actuaban sólo por el bien de sus seres amados. Esteban y Caterina estaban seguros de que sus parientes cubanos hallarían una verdadera felicidad en la Miami, que ellos conocían; a su vez, Roberto y su esposa tenían la convicción de que cualquier cubano que se preciara sólo hallaría la felicidad duradera volviendo a la patria para trabajar por la revolución. Y con esas convicciones se fueron a acostar.

Ninguno consiguió conciliar el sueño fácilmente. Esteban, que permanecía despierto, tratando de valorar lo que había escuchado en su visita a Castro, notó que Caterina sollozaba. Cuando trató de consolada, ella dijo:

-Hice mal en venir. En Miami podía olvidarme de lo mucho que la echo de menos ... y a Roberto, y a mis sobrinos ... al viejo ingenio ... y reconozcámoslo de una vez, a la propia Cuba. Soy cubana y estoy harta de supermercados y series de televisión.

Pero, por nostálgicos que se sintieran, los Calderón tenían que andarse con cuidado para que las gentes mal intencionadas de Florida no se enteraran del viaje. Reservaron un vuelo a México y un rápido trasbordo al avión que los dejaría en el aeropuerto de Miami, al caer la tarde. En el aeropuerto de La Habana, las cuatro personas más tristes de Cuba se dijeron adiós, sabiendo que ése podía ser su último encuentro. Estaban muy cerca, geográficamente, en las ciudades gemelas de Miami y La Habana, pero terriblemente lejos en la política y en la interrelación del futuro. Las despedidas fueron silenciosas. Los dos hombres intercambiaron formalidades mientras las esposas se mantenían aparte, compartiendo lágrimas de aflicción.

-¡Dios mío! Nos casamos con dos guapas gemelas, Roberto -exclamó Esteban.

Los dos contemplaron con amor a sus mujeres, tan orgullosas, tan similares en sus actitudes para con la familia y las responsabilidades sociales. Eran dos de las mejores mujeres de su generación en el mundo, prueba de lo que

podían hacer los cubanos, pensó Esteban. Con lágrimas en los ojos, se despidió de Plácida con un beso, estrechó la mano a Roberto y le dijo:

-Espero que hayamos conseguido algo.

Pero no estaba seguro. Cuando el avión se elevó en el cielo, descargó el puño derecho contra la palma abierta de la otra mano, en tanto contemplaba la encantadora tierra de Cuba, tan maltratada por sus colonos españoles, tan malquerida por la banda de asesinos y ladrones que habían fingido gobernarla durante el primer medio siglo de independencia, tan mal dirigida por la inevitable revolución castrista que sobrevino después.

-¡Cuba, Cuba! -exclamó, mientras la isla desaparecía poco a poco-. Mereces mucho más de lo que se te han permitido ser.

Mientras él se atormentaba con esos pensamientos, Caterina mantenía la vista fija en el vago contorno de la isla, hasta que desapareció por completo. Entonces, con un suspiro, se aferró al brazo de su marido, susurrando:

-Tenías mucha razón al insistir en que viniéramos. ¡Qué noble ciudad! ¡Y qué maravilla el viejo ingenio!

Pero más tarde, cuando Miami estuvo a la vista, apretó la mano de Steve.

-Ésta es mejor.

Los dos sabían que abajo les esperaba el mundo tal como ellos lo deseaban. Desde su ventanilla, Steve admiró el horizonte, con altos rascacielos frente a la bahía, las islas, los canales de agua. Era una de las ciudades más hermosas de América.

-Ya sé cómo se sentía Augusto cuando gritó: «Encontré Roma cuando era una ciudad de ladrillo y la dejaré convertida en una ciudad de, mármol». Nosotros, los cubanos, encontramos una Miami soñolienta, de edificios bajos, y dejaremos una ciudad de torres -le dijo a su mujer.

Señaló con orgullo los edificios que su banco había ayudado a financiar, con dinero ganado y depositado por sus clientes cubanos: -Aquél, éstos dos, el de allí. Todo desde 1959. Sólo treinta años. Ha sido un milagro y me engullece. ¿Yo, dejar Miami? Jamás.

-Tampoco yo -susurró Kate-. Sin embargo, sería bueno que todo se arreglara, que George Bush, en agradecimiento por tu ayuda, te nombrara embajador en Cuba.

Apenas había pronunciado esas últimas palabras cuando sintió la mano de acero de Steve y su angustiado susurro:

-No se te ocurra ni pensarlo. Si la gente supiera que existe una remota posibilidad...

Cuando aterrizó el avión, casi en secreto, en un lejano rincón del aeropuerto, se encontraron con un asistente del doctor Calderón, palido como la ceniza, que les esperaba con malas noticias.

-El edificio nuevo para la clínica, el que estaba a medio terminar... lo dinamitaron anoche. Se quemó hasta los cimientos.

En el precipitado trayecto hacia la calle Ocho los siguió un coche sospechoso. En un semáforo en rojo se les puso a la par y disparó cuatro veces directamente contra los Calderón. El doctor resultó ileso, pero su esposa recibió tres impactos de bala. Antes de que el automóvil pudiera llegar al hospital más próximo, Kate había muerto.

## XVI

### EL MAR DORADO

En una luminosa mañana de enero de 1989, las distintas hebras que formaban la vida de Tessa Vaval se entretejieron en un desenfundado clímax. Recibió su título de doctora en antropología social por Harvard; la Universidad de Wellesley confirmó su nombramiento como profesora de esa institución, con la promesa de garantizarle la permanencia en el cargo si acrecentaba su reputación de erudita; Hyacinthe Vaval, su padre, había obtenido el permiso de residencia permanente con su familia en los Estados Unidos, donde vivían desde hacía siete años, después de un periodo de asilo provisional en Canadá; y Dennis Krey, profesor de literatura en Yale, había hecho finalmente acopio de valor para informar a sus padres, residentes en Concord, New Hampshire, de que él y Tessa iban a contraer matrimonio. Por si todo eso fuera poco, la telefonearon de Swedish Lines para ofrecerle la oportunidad de dictar un curso a bordo del *Galante*, que partiría en crucero el 30 de enero, desde Cap-Ha'itien, Haití. Ciento treinta y siete estudiantes se habían inscrito para un curso de catorce días llamado «Crucero y reflexión por el paraíso».

-Nosotros nos encargamos del crucero; usted, de la reflexión -bromeó el representante de Swedish Lines, al decir a Tessa que ella sería la principal de los seis conferenciantes ya comprometidos.

Las cosas no podían ir mejor, sobre todo en lo concerniente a su padre. Hyacinthe Vaval había sido uno de los mejores haitianos, descendiente de aquel general Vaval que desempeñó un papel tan importante, junto a Toussaint L'Ouverture, en 1790, para obtener la independencia del país. Desde esa época y generación tras generación, los Vaval habían sido defensores de la libertad haitiana, con frecuencia a costa de graves riesgos. Algunos incluso habían sido ejecutados públicamente, pero nunca, flaquearon. En la década de 1970, cuando Papá Doc Duvalier, el, autodesignado presidente vitalicio, enviaba a sus mortíferas brigadas de *tontons macoutes* para aterrorizar a escritores y periodistas, torturando a muchos hasta la muerte, el padre de Tessa había vuelto a casa diciendo: «No hay esperanzas. Anoche mataron al editor Gambrelle. Nos vamos en el primer barco que salga».

Abandonaron Puerto Príncipe en tres grupos diferentes, para no

llamar la atención de los macoutes, y se reunieron en el puerto de St. Marc; para Thérèse –así la llamaban entonces-, que sólo tenía nueve años, fue una absurda decisión. Abordaron un barco pequeño, lleno de filtraciones, y partieron por el Atlántico en la noche oscura. Eran días, que ella deseaba olvidar; pero sabía que era preciso recordados, pues esas experiencias hacían de los haitianos personas inigualables. Aun así, Dennis Krey, su novio, tuvo que insistir mucho para que ella se lo explicara:

-Cuatro personas apiñadas en el sitio que habría debido ocupar una sola. Se acabó el agua y la comida. A los que morían se los arrojaba por la borda. Había tiburones a la vista y mi madre me dijo: «Si dejas esa mano en el agua, el tiburón te la arrancará la próxima vez que pase». Cuando oscurecía yo me aterrorizaba, pero papá nos decía, en un tono reconfortante que disimulaba su propio terror: «Acordaos de que Vavak, huyó de St. John en un bote de remos, mucho más pequeño que éste, y llegó» .. Todos nosotros nos habríamos derrumbado, pero mi padre insistía, sereno: «Viviremos. Sería de cobardes morir». Y sobrevivimos. Después de once días en el agua nos recogió un barco canadiense, que nos llevó a Quebec, donde todos hablaban francés y había comida y esperanzas.

Se preguntó si Dennis habría contado esa historia, a sus padres y si eso cambiaría la opinión de ellos. Los Krey eran del norte y conservadores; Tessa era negra. Sin embargo, poseía esa espectacular tez bronce claro, ese porte exquisito que da a algunas jóvenes haitianas el aspecto de haber salido de un café parisiense. Era alta y esbelta; tenía un rostro amplio y sereno, capaz de deshacerse en sonrisas a la menor excusa. Nunca se había preocupado por lo que pudiera ser de ella en las frías tierras del Canadá, pues estaba siempre rodeada de pretendientes; y cuando se trasladó a Bastan, fue una de las muchachas más cortejadas de Radcliffe. No le sorprendía que Krey quisiera casarse con ella; ,lo mismo le habían propuesto anteriormente, tres o cuatro muchachos blancos, pues si bien no se había criado en Nueva Inglaterra como tantas muchachas de buena familia, poseía una belleza espectacular: alta, vigorosa, con una cara radiante y los dientes blancos y resplandecientes.

Cuando los padres de Krey llegaron para presenciar su graduación y participar en la fiesta de compromiso, Tessa esperaba problemas. Sin duda, ellos tenían otros planes para su hijo, que no incluían el matrimonio con una haitiana. Pero no estaba preparada para hacer frente a las sutilezas con que los Krey le manifestaron su disgusto. Adolphus, el padre, un juez alto y austero, que ya había pasado de los sesenta años, la miraba como si pensara: «Pese al terrible error que Dennis va a cometer, no lo desheredaremos; después de todo, es nuestro hijo». El, resto del día reinó una frialdad tal que Tessa murmuró para sus adentros:

-Parece que este maldito lago se está congelando entero.

La reacción de la señora Krey fue, algo diferente. Al ver a Tessa quedó tan petrificada que apenas pudo abrir la boca para sonreír. Pero cuando Dennis les explicó por qué el padre de Tessa no podría acompañarlos a almorzar, el motivo la dejó embelesada:

-Está en Washington; tenía una cita con el presidente Bush. El nuevo gobierno piensa que podría ser el hombre adecuado para ocupar la presidencia de Haití; si la paz vuelve alguna vez a esa pobre isla.

-¿Presidente? -repitió la madre.

-Sería una locura que aceptara. Probablemente lo matarían como a su tatarabuelo, el que trató de gobernar en el siglo pasado.

La señora Krey, que calificó el comentario de descarado, clavó en su futura nuera una mirada de disgusto, advirtiéndole:

-En Concord las jóvenes esposas forasteras tienen que ganarse una posición, ¿sabes?

-Pero nosotros no vamos a vivir en Concord. Dennis asumirá su cátedra en Hartford, y yo haré lo mismo en Wellesley.

-¿Pero bien iréis a Concord, supongo?

-Más adelante tal vez sí. Primero, iremos a Europa, para hacer cursos y cosas así.

Cuando Dennis les explicó sus planes para los años siguientes, el juez Krey le aconsejó:

-Nos parece que sería más prudente que nuestros amigos de Concord pudieran ver a tu esposa ... acostumbrarse a ella.

La insinuación contenida en este comentario resultó demasiado áspera como para que Tessa la aceptara sin réplica. Con el humor que solía emplear ante tales observaciones, se deshizo en una sonrisa encantadora, diciendo:

-¿Saben qué me recuerdan? El chiste del muchacho judío que llamó a su madre para decirle: «¡Mamá, no te lo vas a creer! Me caso con la japonesa que te presenté cuando jugamos contra Princeton». La madre calló unos instantes, luego le dijo: «¡Qué bien, hijo! Cuando la traigas a casa, dormireis en mi habitación». Encantado de ver que su madre tomaba la cosa tan bien, él protestó: «¡Oh, no, mamá, no tienes por qué dejarnos tu cuarto!». Y ella aclaró: «Es que estará vacío. En cuanto esa mujer pise nuestra casa, me tiraré de cabeza por la ventana». -Dejó flotar en el aire un largo

silencio, pero luego rió con desenvoltura y apoyó una mano en el antebrazo del juez-. Nuestra boda no puede ser tan catastrófica como opinan en Concord. Dennis y yo viviremos en comunidades acostumbradas a parejas mixtas. Creo que representamos el futuro, cuando nadie se preocupará de la opinión ajena.

El juez, ofendido por las confianzas que la muchacha se tomaba, se apartó de ella, y haciendo gala de su rectitud nortea, aseguró: -Cambridge no es el mundo entero, gracias a Dios.

El almuerzo de compromiso, que habría debido ser una fiesta para la pareja, estuvo lleno de tensiones. Cuando los padres partieron hacia la seguridad de Concord, no dejaron duda sobre la glacial recepción que Tessa recibiría en aquella ciudad de Nueva Inglaterra.

-Has hecho mal en contar el chiste ese del judío y la japonesa. Debías haber previsto que los molestaría-le dijo Dennis, cuando sus padres se marcharon.

Algo arrepentida, Tessa guardó su título y se dedicó a los preparativos para su crucero por el Caribe. A los funcionarios suecos que dirigían la compañía marítima les había parecido una ventaja que además de estar doctorada, fuera negra.

-¿Qué mejor que contar con una bella erudita negra para explicar cómo son las nuevas repúblicas negras de este mar? Por cierto, su acento francés es estupendo; no lo pierda. Ésa será una doble ventaja.

Fue providencial que la gira se iniciara en Cap-Ha'itien, donde los pasajeros saldrían de tres aeropuertos importantes; de ese modo, Tessa tendría la posibilidad de viajar a Puerto Príncipe dos semanas antes y ver qué cambios se habían producido allí desde aquella oscura noche de 1973, en que la familia Vaval había huido desde St. Marc a la libertad del Canadá. Cuando le explicó a Dennis sus planes, él no se mostró del todo complacido.

-Apruebo lo del crucero. Es una gran oportunidad para renovar tus contactos con la zona. Pero confiaba en que pudiéramos pasar este tiempo solos, antes de que te fueras.

-Para todo haitiano es muy importante saber qué está pasando en Haití. De cualquier modo nos casaremos a fines de junio, como estaba planeado -replicó ella.',

El vuelo entre Boston y Puerto Príncipe cubrió mucho más que la distancia entre ambas ciudades. Tessa, al despegar, era una joven de veinticinco años, con una carrera y un matrimonio decididos; cuando aterrizó era otra vez aquella criatura torpe y de piernas largas que había huido de su patria, sin saber del todo lo importante que era su padre ni



el tremendo papel de su familia en la historia haitiana. Más adelante supo que, a mediados del siglo XIX, uno de sus antepasados había cumplido un periodo presidencial de tres años, siendo un responsable sustituto de los insufribles generales, los asesinos y los psicópatas que habían gobernado la república negra durante los ciento ochenta y cinco años de independencia. Su presidencia terminó ante un pelotón de fusilamiento, a las órdenes del siguiente grupo de generales que esperaban el mando. Pero su martirio continuó alentando las esperanzas de que Haití, algún día, aprendería a gobernarse. Lo llamaban «el buen presidente Vaval».

Su nieto había sido «el astuto Vaval que rechazó a los yanquis» en la primera década de este siglo, cuando las tropas norteamericanas los invadieron. Gobernó durante unos veinte años.

Tessa sabía mucho sobre los Duvalier, que habían asesinado a tanta gente. Recordó que, según su padre, los tontons macoutes eran «los nazis del Nuevo Mundo», peores, tal vez, porque éstos mataban y mutilaban a su propio pueblo, no a una raza supuestamente extranjera.

La familia le había inculcado dos cosas: «Si el esclavo Vaval no hubiera tenido el valor de escapar de Saint John cuando lo hizo, hoy nosotros no existiríamos. Y si no hubiéramos huido de Haití cuando lo hicimos, ahora estaríamos muertos».

Por eso Haití le parecía no sólo una isla que había amado de niña por su color, su música y su gente, sino también una imponente prisión de la que sólo unos pocos afortunados habían escapado. Como contraste, Canadá era para ella una de las naciones más bondadosas de la tierra, y Estados Unidos, el benefactor que le había dado sus estudios prácticamente gratis. Por eso podía evaluar la situación de su tierra natal de forma desapasionada.

Y lo que vio le pareció horrible. La revolución de 1986, que había derrocado a Doc Duvalier y su atroz corte de ladrones y asesinos, no produjo nuevos líderes valientes, como su padre; la constante desorientación no daba señales de terminar. En Puerto Príncipe, que le pareció un nido de hambre y gestos vanos, sólo una cosa le inspiró esperanza: cuando se detenía a hablar con los jóvenes y explicaba quién era, casi todos la saludaban con entusiasmo.

-Oh, Thérèse, ojalá vuelva tu padre y se presente como candidato ... Necesitamos de su guía y su coraje.

Pero esos atisbos de esperanza se vinieron a pique cuando algunas personas, de más edad y experiencia, le susurraron: "Si puede establecerse en Estados Unidos, Thérèse, dile que no vuelva jamás. Esta tierra

no tiene redención». Tras unos días horribles, tomó un destartalado autobús que la llevó hacia el norte, a la zona rural donde los Vaval habían poseído una próspera granja desde hacía muchas generaciones. Recordaba la granja, la hermosa casa, las chozas con suelo de tierra de los campesinos. Quedó espantada al ver que no se habían hecho mejoras en su ausencia. Los pobres de Haití todavía vivían como animales: mal alojados, mal alimentados y vestidos con harapos. Cuando llegó a la casa principal descubrió que aún no tenía luz eléctrica. El agua todavía se bombeaba a mano. En las habitaciones que habían albergado a una familia de siete miembros se amontonaban ahora cinco familias diferentes, como conejos en una madriguera. Se sentó en un banco improvisado con una tabla sobre piedras y miró en todas direcciones, estudiando alguna que otra miserable señal de vida: de una cuerda raída colgaba ropa que debía de llevar por lo menos cincuenta lavados; fragmentos destartalados de maquinaria; cobertizos a punto de derrumbarse; mujeres de treinta años sometidas a labores tan penosas que aparentaban sesenta. La pobreza y la desesperación definían ahora a una nación que se había contado entre las más ricas del mundo.

Entonces surgió la terrible pregunta que venía cobrando forma en su mente desde antes de iniciar el viaje al Caribe: si Haití había sido una república independiente, autogobernada sólo por negros, desde 1804, y era tan poco lo que podía ofrecer a su pueblo, ¿qué revelaba eso sobre la capacidad de la raza negra para gobernar? Así, allí sentada y sumida en los sueños de su infancia, se sintió abrumada por el contraste con la realidad que la envolvía. Se levantó para clamar al cielo sin nubes, con los puños apretados:

-¿Qué diablos le pasa a mi país?

A continuación se dijo: Todo habría podido ser muy distinto. Dios mío, cuánto mejor habría podido ser. Supongamos que en 1920, tres jóvenes como yo hubieran estudiado en un buen colegio jesuita de Nueva Inglaterra, para aprender a pensar y actuar. Y otros tres se hubieran matriculado en un colegio liberal de Nueva York, donde les inculcaran firmeza de carácter. Supongamos que los seis hubieran vuelto a Haití para poner en práctica sus conocimientos. Caramba, habrían persuadido a Estados Unidos y a Canadá para que les dieran millones de dólares. Francia habría ayudado porque hablamos francés. Y Rusia se habría apresurado a demostrar que no era menos. Habríamos tenido autopistas, ferrocarriles, fábricas y escuelas secundarias, y también nuevos métodos de cultivo. Aquí habríamos podido construir un paraíso. ¡Haití, que en otros tiempos fue maravilloso, pudo haberlo sido otra vez!

En los días siguientes a esa desastrosa visita a su vieja casa, conoció a varios líderes de Puerto Príncipe que recordaban a su padre. A todos les agradó saber que ella iba a dar clases en Wellesley.

-Un buen centro, según dicen. Excelente reputación.

Ella no les habló de su inminente boda con un blanco de Nueva Hampshire, pues habrían adivinado los conflictos que ello suponía. -Sí los interrogó, en cambio, sobre el futuro de Haití. Le encantó oír hablar esa adorable mezcla de pulido francés y criollo vulgar, tan vistoso y expresivo. El mensaje no era alentador, pues ninguno veía muchas esperanzas para su nación.

-De lo que el mundo desea, ¿qué fabricamos nosotros? -preguntó uno--. Sólo una cosa, todas las pelotas de béisbol usadas por las grandes ligas norteamericanas. Si los de Taiwán aprendieran a coser pelotas, acabarían con nosotros.

Comentaron que, a juzgar por lo triste de la situación política, los patrones fijados en los últimos doscientos años iban a continuar:

-Un dictador caprichoso después de otro; cada general con menos seso y más galones que su antecesor.

Un muchacho le sugirió que alquilara un coche, y él y dos amigos que trabajaban para el gobierno le mostrarían algo de importancia básica en los cerros que se alzaban al norte de la ciudad. Una vez que se adentraron en las montañas, antes boscosas, donde el general Vaval había burlado a los invasores franceses de Napoleón el joven le señaló la horrible desolación que se había adueñado de las tierras haitianas. Hasta donde llegaba la vista, las colinas y los valles estaban desprovistos de árboles. Cada centímetro había sido arrasado por los fabricantes de carbón vegetal. En las laderas no crecía nada, ni siquiera brotes tiernos que pudieran reemplazar la perdida grandeza del pasado.

-Mira esas torrenteras que corren hacia el mar. El agua de lluvia que baja por ellas se lleva todo el humus.

-¡Están haciendo de esto un desierto! --exclamó Tessa, afligida.

-Te equivocas -puntualizaron sus acompañantes-. Ya lo es, y si la lluvia y el viento continúan así, tal vez nunca se pueda volver atrás.

•••

Tessa tenía la dirección de un tío suyo que había permanecido allí. Hizo sus maletas y tomó otro autobús, que la llevó muy al norte de *S<sup>to</sup> Marc*, el puerto marítimo en donde el batallón polaco de Napoleón había aniquilado a los restos de un regimiento negro.

Si las condiciones de vida en la aldea próxima a la capital la habían horrorizado, allí enmudeció al ver cómo vivían sus familiares. No disponían de ninguna de las comodidades que ofrece una ciudad ni de esas pequeñas cosas que hacen más llevadera la pobreza. Vivían, como tantos haitianos, en una choza con suelo de tierra, dos camas sin colchón tendidas en el suelo, dos sillas inestables, una mesa desvencijada y algunos clavos para colgar la poca ropa que la familia había conseguido. Esos descendientes de generales y presidentes, que tan alto servicio habían prestado a Haití, vivían tal como su antepasado Vavak, dos siglos y medio antes, cuando era esclavo en la isla de Saint John.

Al presenciar tal degradación, causada por una interminable cadena de dictadores que se enriquecían al tiempo que empobrecían a su pueblo, abrió el bolso, sacó la cartera donde guardaba su dinero y entregó a sus familiares el dinero que había reservado para comprar libros.

-Por favor. Papá lo quería así.

~¿Cómo has conseguido tanto dinero? -preguntaron ellos.

-En Canadá todo el mundo tiene trabajo. Es maravilloso. -Y les explicó que casi todas las naciones de la tierra se preocupaban por el porvenir de Haití y los haitianos-. Cuando terminé la enseñanza secundaria trabajé dos años en el Cuerpo por la Paz, en la sección de naciones africanas ... probablemente por ser negra. Una experiencia de primera. Y francamente, en ninguna parte he visto tanta pobreza como en Haití.

Este comentario conmovió tanto a su tío que se acercó a un miserable estante de madera, clavado a la pared, y sacó de él un libro grande y elegante, impreso en Francia con vivos colores.

-Cada uno de nosotros tuvo que comprar seis ejemplares. Muy caros.

Tessa encontró dentro una gran fotografía de Papá Doc, con el epígrafe: «El reverenciado jefe de la nación presenta el verdadero semblante de Haití: la dignidad, el orgullo, la sabiduría del pensador, la fuerza del conquistador». Pero lo que realmente le quitó el habla fue ver una fotografía de quince apuestos jóvenes negros, con relucientes uniformes azules, con el siguiente texto al pie: «Los reverenciados tontos macoutes asumen benévolamente la responsabilidad de la libertad que gozamos».

Trémula de ira, lo arrojó al suelo y le dio una patada mandándolo a un rincón. .

-No sólo asesinan a la gente, sino también la verdad. No tienen vergüenza. ¡Dios los condene al fuego eterno!

-¿Qué podemos hacer? ~preguntó su tío.

-Subid a un barco cualquiera, como hizo tu hermano, y huid de aquí.

-Demasiado tarde -dijo su tío.

Ella rompió a llorar, pues sabía que eso era verdad. Para aquella familia era ya demasiado tarde.

Para los haitianos más jóvenes aún había posibilidades, y estaban dispuestos a aprovecharlas. Una tarde, al ir a St.Marc para comprar algunas provisiones para su tío, vio en los bajos un bote tan pequeño que pensó: «Debería de estar en algún lago, no en el océano». Pero cuando volvió a pasar, ya al oscurecer, observó a unos cuarenta negros que trepaban en la frágil embarcación para adentrarse en el Atlántico. Horrorizada por la idea de que pretendieran llegar a Estados Unidos en semejante bote, caminó por la orilla haciendo preguntas, y se enteró de que los fugitivos arriesgaban la vida en alta mar, hacinados en un bote con provisiones insuficientes, para no permanecer un día más en Haití. Cayó de rodillas a la orilla del Caribe, rezando.

-Dios mío, envía un barco del Canadá que los rescate.

En ese momento dejó de ser la intelectual de Cambridge, la que almorzaba con agua mineral y escuchaba a Vivaldi, para convertirse en una negra haitiana, dedicada a luchar por su vida.

Aún cavilaba sobre los fugitivos del bote cuando le entregó a su tío lo que había comprado. Fue entonces cuando supo que desde una aldea mucho más pequeña, un mensajero acababa de traer una noticia extraordinaria:

-En Du Mort, a seis kilómetros en dirección a las montañas, ha vuelto a la vida una zombi que murió hace once años.

Esa palabra la irritó, pues tanto en Quebec como en Bastan había discutido con amigos que, al saber que era haitiana, la importunaban con el tema, como si los zombies fueran la principal característica de su tierra natal. Muchas de estas preguntas se las tomaba a risa, pero algunas eran más serias, sobre todo en Harvard. A éstas respondía con la verdad: «Oí leyendas sobre los zombies durante toda mi infancia. Me aterrorizaban. Se, nos decía que eran muertos devueltos a la vida, que servían como esclavos a perpetuidad». Cuando le preguntaban si sabía de algún caso real, siempre se sentía tentada de responder, con un dejo de burla: «¡No! ¿Has visto tú acaso alguno de esos gigantes o duendes de los que te hablaban?». Pero nunca daba una rotunda negativa, porque un tío suyo, René, asesinado tiempo después por los tontons macoutes, juraba que en su niñez había visto un zombi, devuelto a la vida varios

días después de su muerte para servir como esclavo de una familia adinerada. Como de costumbre, tan particularísimo milagro había ocurrido en otra aldea, siempre lejos.

Pero ahora, en pleno año, 1989, la aldea en cuestión estaba sólo a seis kilómetros, y ella podía ir a verlo con sus propios ojos. Después de reclutar a uno de los dos taxis de la aldea cogió su cuaderno de notas y su botiquín y marchó hacia donde se había visto al supuesto zombi.

La aldea se componía de unas treinta chozas, distribuidas alrededor de una bonita plaza, en uno de cuyos lados se alzaba un vistoso mercado, cuyos puestos vendían carne, pescado, hortalizas, frutas, bordados y cazuelas de barro. Cerca de la bomba de agua vio a una joven negra en cucullas. Aparentaba unos veintiocho años y tenía un aspecto agradable y facciones suaves, pero casi inanimadas. Sus ojos no parecían reconocer lo que la rodeaba y no respondía a las preguntas. Cuando alguien se le acercaba, retrocedía con visible terror. Si alguien merecía la justa descripción de «muerto viviente» era esa desdichada. Tessa se sintió inmediatamente atraída por ella.

~¿Quién es esa mujer? -preguntó.

-Se llama Lalique Héberl. Su tumba está en el límite del poblado, por allí, le respondieron unos aldeanos.

La llevaron al tosco cementerio, donde una lápida hecha de cemento decía con claridad que allí descansaban los restos mortales de Lalique Hébert, 1961-1978.

-¿Es esa ,misma mujer? -preguntó Tessa.

-¡Sí, sí! Conozco a su hermana -le respondió uno de los presentes.

-Yo conocía a sus padres --dijo otro.

-Pero ¿alguno de ustedes asistió a su entierro?

-Sí -dijo uno-:-. -Aquél ayudó a llevar el ataúd.

-¿Usted llevó el ataúd?

-Sí.

-¿Y vio realmente el cadáver?

-Todos lo vimos.

Un grupo de mujeres avanzó hacia la tumba, para confirmar que habían visto a Lalique Hébert en su ataúd, en su casa, y que habían acompañado los restos hasta allí para enterrarlos.

-¿Están seguros de que estaba muerta?

-¡Sí! La vimos. El médico firmó el papel.

Una rápida consulta a los registros de la iglesia sirvió para demostrar que, en junio de 1978, la niña Lalique Hébert, de diecisiete años, hija de Jules y Marie Hébert, miembros de esa parroquia, había sido sepultada tras certificar su muerte el doctor Malárie, dos días antes.

-¿Dónde puedo ver al doctor Malárie? -preguntó Tessa.

-Murió hace tres años -le dijo el encargado del registro.

Volvió a la plaza, donde Lalique seguía en cuclillas junto a la bomba, en una postura que habría entumecido las piernas de cualquier persona normal.

-Hola, Lalique.

No respondió.

-Lalique, mírame ... Quiero ayudarte.

Ni siquiera abrió los ojos. Pero Tessa tuvo una idea.  
-¿Te acuerdas de cuando estabas muerta, en tu ataúd?

Muy despacio, la mujer levantó su cara bonita y oscura como el ébano para mirar a quien la interrogaba. En el primer momento los ojos se le llenaron de terror, como si Tessa le recordara a alguien que la había maltratado durante sus once años de existencia zombi. Luego advirtió, con la lentitud propia de su estado de estupor, que Tessa era mucho más joven y no mostraba la mueca brutal de su ama. Entonces el terror desapareció.

-Mucho tiempo en la tumba -dijo-. Vienen hombres. Me levanto.

Con los brazos extendidos hacia arriba, se puso de pie y miró a Tessa a los ojos. Luego volvió a caer en cuclillas, quedando inanimada como antes. Tessa, algo agitada, buscó a alguien a quien consultar. Dos mujeres se le acercaron.

-¿Qué van a hacer con esta mujer? -preguntó la joven.

-Nada -respondió una de ellas-. Está muerta. Vuelve. Vive ...

-¿Dónde durmiste anoche?

-Aquí, a lo mejor. A lo mejor, contra esa pared --dijo una.

-No es bueno tener un zombi en la aldea. Puede querer venganza.

Alguien puede tener muchos problemas aquí -añadió la otra.

-¿Qué pasará?

-Si quiere quedarse, la gente la echará -le respondieron al unísono.

-Pero ¿adónde irá?

-¿Quién sabe? Los zombies van a muchos sitios. No necesitan comer ni dormir ni pensar. No son como usted y yo, señorita.

Tessa, afligida, dejó a las curtidas y prácticas aldeanas para volverse hacia Lalique.

-Soy amiga tuya, Lalique. ¿Puedo llevarte a algún sitio, ayudarte de algún modo?

Como la zombi ni siquiera la miraba, Tessa no tuvo más alternativa que volver a su taxi. Pero cuando se acercaba a su aldea pensó en los días solitarios de su primera etapa en Quebec, al encontrarse de pronto en aquella ciudad fría, aparentemente hostil, y le gritó al conductor:

-¡Lléveme otra vez allí!

Cuando llegó a la plaza del mercado vio que Lalique no se había movido. Corrió hacia ella como si la zombi fuera su hija perdida y se agachó para estrecharle las manos. La puso de pie, por la fuerza, y la condujo hacia el taxi.

-Vamos a casa, Lalique.

Ya en el coche, abrazó a la asustada mujer y empezó a cantarle una antigua canción de cuna haitiana:

*Ave sobre el mar, ¡oh, oh!*

*Tú aquí en mi rodilla, ¡ah, ah!*

*Ave en la rama, ¡oh, oh!*

*Te picó la abeja. ¡ah,*



Y por primera vez en muchos años, Lalique Hébert la zombi verificable, se aferró a otro ser humano y se quedó dormida.

• • •

Temprano por la mañana, Tessa recibió una llamada a través del teléfono público de la aldea. Una voz de hombre le preguntó, con obvia preocupación:

-¿Usted es la joven de Harvard? ¿Sí? ¿Y es cierto que se llevó de Du Mort a una joven, una supuesta zombi?

Como Tessa respondió afirmativamente a todas las preguntas, el hombre añadió:

-Soy el doctor Briant, de St. Marc. Me especializo en el asunto de los zombies por encargo del gobierno. Necesito ver a Lalique.

-Venga entonces: Ya sabe dónde está mi aldea.

-Voy en seguida. No deje que nadie haga daño a esa muchacha.

-¿Podría ocurrir algo así?

Poco después llegó el doctor Briant. Era un médico de tez oscura, de unos cincuenta años, licenciado por la Universidad Howard, de Washington DC.

-Me fascina saber que, después de once años, una mujer relativamente joven haya podido escapar. Dígame: ¿por qué le pareció necesario sacarla de la aldea? ¿Se ha podido comunicar con ella?

-No. Tal vez sea retrasada mental.

-No diga eso -le espetó Briant-. Es lo que me dicen todos de estos desdichados.

Cuando Tessa lo acompañó hasta donde estaba Lalique, que había dormido en una cama por primera vez desde hacía años, el médico se mostró amable y tranquilizador.

-Soy tu amigo, Lalique. ¿Quieres un poco de sal?

Por un breve instante la muchacha se mostró mucho más animada que con Tessa. Cuando el médico sacó del bolsillo una cajita de sal y vertió un poco en la palma de su mano, ella sepultó la cara en el hueco

y la lamió como un perro.

-Una horrible costumbre. Se cree que si se los priva de sal, permanecen hipnotizados. ¿Quieres más sal, Lalique?

Una vez más, ella tragó aquella preciosa sustancia, que le había sido negada por tanto tiempo.

-¿Quién la tenía prisionera?

-Jamás lo sabremos. No hay forma de averiguar quién es el responsable de esto ni quién la enterró viva.

-Después de darle a la muchacha otra ración de sal, cautelosamente medida, preguntó: ¿Así que vio usted la tumba? –Como Tessa asintió, él añadió-

-Tenemos que ir allí de inmediato. La fotografiaremos con el enterrador, si lo hallamos. Y con cualquier testigo.

Las dos muchachas subieron al desvencijado automóvil del doctor Briant, que cubrió a buena velocidad los seis kilómetros hasta Du Marl. Allí causó sensación con su cámara y las rápidas instrucciones que dio a los aldeanos.

-Llévenme al cementerio. Traigan al sepulturero. Consíganme el libro de registro de la iglesia, para que pueda fotografiarlo a la luz del sol. Y quiero que hagan cola aquí todos los que conocían a esta joven hace once años. Señorita Vaval, por favor, anote sus nombres por orden.

A lo largo de la hora siguiente recabó, tomando primeros planos de cada narrador, un apasionante relato visual y oral de los hechos ocurridos a Lalique Hébert a los diecisiete años, en 1978. Como sabía por larga experiencia qué preguntas formular, fue desentrañando la historia. Lalique era la segunda de tres hijas, una muchacha de carácter fuerte, que deseaba abandonar D'u Mort para ir a Puerto Príncipe y trabajar de secretaria. En una riña por un muchacho; provocó los celos de su hermana mayor y la animosidad de su madre.

-Debieron de ser -confió una anciana- su propia madre y su hermana quienes la hicieron asesinar. Yo ayudé a vestir el cuerpo para enterrarlo.

~¿Supongo que pagaron a un bocor vudú para que la matara?

-Sí. No era de esta aldea, pero su magia era poderosa.

A continuación, el doctor Briant quiso hablar con el sepulturero, que, si bien era ya anciano, recordaba bien el entierro de la muchacha ..

-Fue en junio ... ¿o tal vez en julio? No había grandes tormentas. Cavé aquí mismo, donde ven la tumba: Se puede leer el nombre: LALIQUE HÉBERT.

El viejo tenía mucho más que contar, porque el regreso de un zombi a la comunidad que lo sepultó era algo apasionante. Pero el doctor Briant lo interrumpió en seco.

-Así que para ésta cavó una tumba muy poco profunda. ¿Dos palmos o poco más?

-Sr. ¿Cómo lo sabe?

-Dígame: ¿alguna vez había cavado una tumba de dos palmos de hondo?

-Sí, para un hombre al que nadie quería.

-¿Y qué pasó?

El sepulturero contempló el cementerio en donde trabajaba desde hacía tanto tiempo. Luego susurró:

-Parece que usted ya lo sabe.

-Lo sé -confirmó Briant-. Pero quiero que usted se lo diga a la señorita.

-Aquél también se convirtió en zombi -le dijo a Tessa en voz baja. El doctor Briant se volvió hacia Lalique, que permanecía inmóvil e inexpresiva junto a la tumba, tratando de hacerle comprender lo que ocurría.

-Aquí está, Lalique. ¿Puedes leer tu nombre señalando las letras?

Tessa puso a la muchacha ante su tumba y hasta le inclinó la Cabeza para que la contemplara, pero ella se negó a hacerlo. Pero entonces, con un gesto tan súbito que la joven y el médico se sobresaltaron, se abrazó a Tessa apasionadamente, exclamando con una voz que se oyó en todo el cementerio:

-Lalique, Lalique!

En el trayecto de regreso, las dos mujeres se acomodaron en el asiento trasero. Como antes, la trémula zombi recuperada de entre los muertos se aferró a Tessa y se durmió inmediatamente.

El doctor Briant permaneció dos días en casa de los Vaval. Hizo algunos progresos en su tarea de devolver a la zombi a la realidad, pero sus palabras tranquilizadoras lograban menos que la sal. Laliq, privada de ella durante años, la deseaba más que la comida, el sueño o el afecto. Durante esos dos días, Briant compartió con Tessa los conocimientos que había acumulado sobre los zombis de Haití:

-Son reales. Laliq fue asesinada. En cierto sentido estaba clínicamente muerta; no se puede criticar al médico por haber lo certificado. Fue sepultada, como ya has visto, y a la segunda noche la sacaron de la tumba para volverla a la vida. Después, su madre y su hermana la vendieron a alguien que la mantuvo en estado de zombi y la utilizó como esclava. De algún modo escapó, y su instinto la llevó de nuevo a su aldea natal. Si no la hubieras rescatado, a estas horas podría haber muerto. Asesinada por segunda vez, y ahora de verdad.

-No comprendo nada.

-Todo lo que te he dicho es cierto. Puedes verificarlo. Es el cuarto caso que conozco, pero hasta ahora no había podido tomar fotos tan espléndidas.

Cuando Tessa le preguntó cómo era posible todo eso, el médico le dijo:

-Vayamos a dar un paseo. Lo que voy a decirte, resultará más verosímil entre los árboles y los sembrados.

Según explicó, siempre habían existido en Haití nigromantes, sacerdotes o santones: lo que los científicos llaman acertadamente chamanes y los haitianos bocors. Se los encontraba en muchas sociedades primitivas, pero en Haití parecían gozar de un poder especial, pues habían heredado de astutos ancianos que practicaron el arte en África el conocimiento de venenos y drogas secretos y poderosos que, combinados, tenían la capacidad de suspender, las funciones vitales de los seres humanos.

-Como el éter o el cloroformo, pero más poderosos y con consecuencias aún más extrañas. ¿De qué se compone la mezcla? He trabajado en eso años enteros, pero sólo dos bocors hablaron francamente conmigo, y estoy seguro de que sólo me revelaron una parte de sus tretas. -Encontró un árbol caído e invitó a Tessa a sentarse con él.

-Sé que usan un polvo obtenido del cuerpo disecado de un sapo. Envié uno a los laboratorios de John Hopkins; y, me informaron: «Hace muchos años que sabemos lo del sapo. Es el, animal favorito de los envenenadores, pero la variedad haitiana es increíble; casi puede considerarse un cúmulo de dieciséis venenos. Nuestros bocors usan también el pez erizo. Tal vez hayas leído sobre él en Japón, donde lo llaman fitgu. Aunque nunca lo he comprobado, me han dicho que los bocors conocen también un tipo de pepino mortífero, una clase de pimienta parecido al del Orinoco y una serpiente de las selvas del Amazonas.

-Se diría que semejante mezcla puede matar a un caballo.

-En efecto, pero no es ésa la finalidad. El bocor tiene una gran habilidad para administrar la cantidad exacta que sumirá a su víctima en una especie de animación suspendida. Se sepulta el cadáver con toda solemnidad y, dos días después, en lo más oscuro de la noche, el bocor lo exhuma, deja de darle sal y obtiene un zombi.

-¿Cualquiera puede recurrir a los servicios de un bocor?

-Eso no lo sé. En realidad, hay muchas cosas que no sé. Por ejemplo, con qué frecuencia ocurre esto. Pero sé que ocurre en pleno 1989.

Sacó de su cartera fotografías de tres, zombies que habían sido declarados muertos y luego desenterrados:

-Viven conmigo en St. Marc. El gobierno costea su manutención. y es importante que tu joven Lalique venga conmigo. El gobierno lo exigirá.

-Me interesan esos fabricantes de zombies. ¿Cómo llega uno a serlo?

-Igual que un obispo de la Iglesia católica afirma ser heredero directo de Jesucristo, el bocor desciende en línea directa de algún notable hechicero africano. Pero debe tener mucha habilidad para elaborar sus preparados. Si utiliza demasiado veneno, la víctima muere. Si utiliza poco, no entra en una suspensión perfecta, despierta antes de tiempo y se asfixia en su tumba. Hay que usar la medida justa.

Señaló a Lalique, que estaba otra vez en cuclillas contra el tronco de un árbol. Al parecer, la noticia de su descubrimiento había llegado a la capital, pues un mensaje urgente había llegado al consultorio de St. Marc, desde donde fue remitido a la aldea de Tessa: **CONSIGA TUTORÍA LALIQUE HÉBERT INMEDIATAMENTE. MÍNIMO DE PUBLICIDAD.**

Así pues, esa misma tarde la aturdida joven -una muchacha normal durante diecisiete años, muerta dos días, zombi once años, normal otra vez por lo que le restara de vida- abandonó la casa de Tessa.

-Podría tardar tres o cuatro años hasta regresar completamente a la vida -dijo Briant, mientras ayudaba a Laliq a subir a su coche-. La salud ayuda. Necesitará vitaminas, contacto con otros ... en fin, volver a llevar una vida humana.

Cuando el coche desapareció, Tessa Vaval quedó desconcertada. En Puerto Príncipe la había horrorizado la corrupción política. En las aldeas del norte, la desesperación, la pobreza. Ahora, los misterios perpetuos de su tierra natal. Haití no podía ser estudiada a distancia ni comprendida por los inquisitivos jóvenes de Harvard. En realidad, tal como empezaba a descubrir, hasta una muchacha nacida en la isla perdía su comprensión intuitiva cuando pasaba a un país extranjero y a una sociedad extraña: ¡Cielos, no sé nada de Haití! He mentido, me he mentado a mí misma al hablar de esta isla. Mi ignorancia me aterroriza.

Fue entonces cuando una idea penetró en su cerebro: Tal vez sería mejor que pasara mi vida aquí, tratando de mejorar las cosas para el prójimo, hurgando en los misterios de este lugar, y quizás, en el futuro, podría escribir sobre Haití tal como lo han conocido generaciones enteras de mi familia.

Dos días enteros luchó con imágenes más retorcidas y reales que una boa constrictor. La atormentaban los zombies y las montañas desnudas de árboles, los campesinos que vivían peor que esclavos, pues no tenían comida, y veía sin cesar ante sus ojos, en letras rojas, preguntas sin respuesta: ¿En esto debe convertirse una república negra, tras casi dos siglos de autogobierno? Tan obsesionada estaba con las imágenes que fue a St. Marc y buscó al doctor Briant. Él vivía allí con sus tres zombies.

Muy contenta al ver que Laliq, tras pocos días de atención, estaba volviendo de entre los muertos vivientes, se confió a los consejos del médico, diciendo:

-Siento una terrible compulsión que me induce a abandonarlo todo: mi cátedra en Wellesley ... y la boda con mi novio blanco. Mi vida está aquí, en el Haití de mis padres. ¿Encontraría un lugar aquí, trabajando contigo en estos problemas?

- Por fortuna, había recurrido al hombre más indicado para aconsejarla en cuanto a la situación en la que se hallaba.

-Más o menos a tu edad -dijo él, serenamente- me enfrenté con ese mismo dilema. Aprobé mis exámenes y me licencié. Tenía posibilidades de conseguir un buen trabajo en Estados Unidos y lo dejé todo porque me sentía atraído por Haití. Quería salvar el mundo. Traté de instalar un consultorio en Puerto Príncipe. Duvalier no me lo permitía. Uno de sus secuaces controlaba la medicina a esos niveles y no querían

ideas nuevas de alguien como yo. Pero yo rebotaba por aquel entonces de esa energía que lo impulsa a uno a los veinticinco años; Además, sabía que Haití me necesitaba. Así que seguí adelante. -Se interrumpió, soltó una carcajada y preguntó irónicamente-: Doctora Vaval, ¿alguna vez te han interrogado los tonton macoutes? ¿Has visto tu consultorio hecho trizas? ¿Te han dejado tendida en un rincón, sangrando y cubierta por una montaña de confeti hecho con tus historiales clínicos? -La llevó a un puesto callejero, donde compartieron un refresco, y concluyó-: Los tonton siguen entre nosotros. Los mismos hombres, la misma misión, con diferentes nombres. Pero siguen interrogando de la misma manera. Una joven con tu apellido y tus ideas... en manos de ellos, duraría diez minutos.

-Y tú, ¿cómo has conseguido sobrevivir? -preguntó ella, comprendiendo que se trataba de un hombre excepcional.

-Me las voy arreglando. Tengo mi clínica, por mísera que parezca. Escribo mis ensayos. El *New England Medical Journal* está a punto de publicarme uno sobre enfermedades tropicales. Y sigo tomando notas sobre los zombies. Tal vez dentro de veinte años, cuando a los tontos ya no les importe, podré publicarlos, quizás en Alemania. -Y terminó como cualquier cincuentón que ha visto evaporarse la vida-: Así que, *madame la professeur del Caribe*, haz el favor de volver a Cap-Haitien, a tu barco ... -Se le quebró la voz, la miró con aire de desesperación y gritó, a pleno sol-: ¡Y huye cuanto antes de Haití!

Los ciento treinta y siete universitarios que participarían en el «Crucero y reflexión» se habían reunido dos semanas antes, en la Universidad de Miami, donde tres jóvenes profesores adjuntos, procedentes de tres universidades distintas, les informaron sobre el Caribe, además de suministrarles mapas y folletos básicos. Ahora estaban ya en Cap-Haitien, desde donde iniciarían el crucero en el barco sueco *Galante*, y contaban con un día libre, del que Tessa era responsable.

Al encontrarse con ellos -dos tercios blancos y un tercio negro, con representantes de seis naciones extranjeras-, experimentó esa reconfortante sensación que sienten los buenos maestros al iniciarse el año lectivo, cuando ven a los jóvenes que serán sus alumnos durante todo el periodo. Se los ve tan inteligentes, se dijo, tan inquietos .. : Si pudiera ayudarlos ... Éste podría llegar a columnista del *New York Times*; aquella muchacha, a doctora del Mass General; ese otro sería cirujano en Chicago, y esa joven está destinada, seguramente, a líder político. Pero su entusiasmo se apagó un poco al concluir sus pensamientos con las verdades que todo profesor se ha impuesto durante milenios: Si es que desarrollan su carácter, utilizan el cerebro, y se les enciende la chispa ... sólo así. Contempló las caras sonrientes de Colorado, Vermont y Oregón, prometiéndose que si algo había en ellos, ella lo aprovecharía.

Tessa había dispuesto que algunos jeeps los llevaran tierra adentro, hasta la fortaleza de montaña construida por uno de los generales negros de Toussaint L'Ouverture, a cuyas órdenes había servido César Vaval, su antepasado. Henri Christophe, hombre fiero y casi analfabeto, había construido a principios del siglo XIX; sin la ayuda de ningún arquitecto, una de las obras maestras del mundo. Cuando llegaron allí, Tessa no pudo dejar de reír por lo bajo, pues los campesinos de la zona habían logrado impedir que los sucesivos gobiernos abrieran una carretera hasta la cima; quien quisiera ver la fortaleza de Christophe, en lo alto de la montaña, debía montar en uno de sus burros y pagar una buena suma por subir, hasta arriba tal como lo venían haciendo los lugareños desde 1820.

El penoso ascenso fue, no obstante, ampliamente recompensado, pues ya a considerable altitud sobre el nivel del mar los estudiantes Salieron de la selva y vieron, por encima de ellos, misteriosamente erguida, una inmensa masa de piedra, de gran altura, con encumbradas torres y murallas. Mientras trepaban trabajosamente hasta la cima, Tessa les dijo:

-Probablemente sea el edificio más impresionante construido jamás por un negro sin ayuda alguna.

-¿Con qué propósito fue levantado? -preguntó un estudiante.

-Nadie lo supo nunca. Tampoco ahora se sabe -respondió ella.

Sobrecogida por el poderío de la estructura edificada por un miembro de su raza, se apartó de sus alumnos para detenerse, sola, en el extremo opuesto del parapeto, desde donde pudo contemplar el verde misterio de ese impoluto rincón de Haití. Se sentía identificada con la isla. Hasta oía las voces de los haitianos que había conocido en el viaje, llamándola por su verdadero nombre, Thérèse, cuyas dos sílabas resonaban en su cerebro con encantadora belleza: Te-rés. Al reunirse con sus alumnos les dijo:

-Vosotros me llamáis doctora Theresa, pero en realidad me llamo Thérèse. Es más musical y femenino, ¿no os parece?

Y allí, en la cima de la montaña, ellos aprobaron el nuevo nombre.

Cuando la renacida Thérèse volvió a Cap-Ha'itien, se encontró con una tragedia. A orillas del mar había una ruidosa conmoción. Una muchedumbre se



concentraba alrededor de un barco patrullero de la Guardia Costera Estadounidense, que entregaba a las autoridades locales a treinta y dos de los cuarenta fugitivos que ella había visto partir de St. Marc. Tal como, ella había previsto, la ruinoso embarcación sólo había podido navegar unas pocas leguas hacia el norte antes de comenzar a zozobrar. Se acercó a los supervivientes para conocer la horrible historia.

-Demasiada gente en el bote ... las olas anegaron la barca ... había tiburones.

-Ese bote nunca debió salir del puerto.

-Habríamos perecido todos si los norteamericanos no nos hubieran rescatado.

Pero Thérèse se preguntó si se podía hablar de «rescate», pues esos desdichados no sólo estaban de regreso en el sitio del que habían querido huir, sino aún peor, que antes: ahora figuraban en las listas policiales como fugitivos que habían tratado de abandonar Haití. Se alejó de allí, dejándolos acurrucados en el muelle. La enorme tristeza, que sentía la preparó para la humillación que estaba a punto de experimentar.

Cuando llegó el momento de abordar el *Galante*, descubrió que la tripulación sueca no había anclado el barco en Cap-Ha'itien, típico puerto negro, sino en un rincón cercado, varios kilómetros hacia el este, donde la compañía tenía alquilada un amplia extensión de terreno de gran belleza: montañas bajas, espaciosas playas blancas. Una sólida cerca, con una longitud de miles de metros, lo delimitaba completamente. En aquel espacio, así protegido de la población haitiana, los suecos habían edificado un centro de veraneo casi intachable, que hacía honor a su nombre: Le Paradis. Más de cien empleados mantenían la playa impecable y las zonas de recreo libres de basura. Los jardines, bien cuidados, estaban llenos de flores caribeñas. Los árboles, mecidos por los vientos alisios, exhibían sus sabrosos tesoros: cocos, fruta de pan, mangos, limas y papayas. Para quienes quisieran hacer compras había bajo los árboles varios quioscos con techos de paja. En una zona despejada, siete pistas de tenis con superficie de césped invitaban a los jugadores; también podía practicarse el golf en un campo de nueve hoyos, listo para probar la habilidad de los turistas, con sus líneas de árboles y sus *bunkers* de arena blanca. Para completar el carácter paradisiaco de ese retiro, un arroyo de aguas cristalinas serpenteaba por el recinto, camino del Atlántico.

Casi quinientos años antes, durante el primer viaje del descubrimiento, las tres carabelas de Cristóbal Colón habían anclado en ése puerto, para que sus tripulaciones repusieran la provisión de agua, antes de iniciar el largo trayecto de regreso a España. Los marineros dijeron de

aquel lugar que era «un paraíso, dotado de toda el agua dulce y la fruta que necesitamos». Y seguía siéndolo, como pudo apreciar Thérèse en su recorrido. Sin embargo, tenía un terrible defecto, que señalaba sus alumnos:

-Es perfecto, pero los blancos pueden venir aquí desde Cleveland o Phoenix, disfrutar del trópico, ver las bellezas de Haití, y no entrar ni una sola vez en contacto con los negros que forman la mayor parte de la población antillana. -Había con cierta amargura de la astucia con la que ese paraíso se había aislado del resto, separando a sus adinerados clientes de las realidades de Haití; por feas que pudieran ser-. ¿Es esto lo que buscaban los viajeros clásicos de la historia? Me refiero a las intrépidas almas que partían de Londres, de París, de las ciudades alemanas, para explorar tierras extrañas y gentes igualmente extrañas. Creo que no. Con lo que este grupo de pistas de tenis y *links* de golf se parece a cualquier club norteamericano, ¿para qué molestarse ... ?

-En Tulsa no tenemos muchos cocoteros -observó un joven estudiante, y ella no pudo menos que sonreír.

Más tarde, cuando los oficiales del *Galante* se enteraron de las críticas, uno de ellos reclamó la atención de los estudiantes para decirles:

-Todas las objeciones que la doctora Vaval ha hecho son exactas y pertinentes. Nuestra compañía habría ahorrado tiempo y dinero si hubiéramos podido seguir anclando en Puerto Príncipe: una ciudad interesante; una historia llena de desafíos; buena comida y un pueblo que vale la pena conocer.

-Si es así, ¿por qué abandonaron ese puerto? -preguntó un estudiante.

-Por una serie de razones insoslayables, y mientras las consideráis, esperad a la última, que es toda una bomba. En primer lugar, la delincuencia imperante en la ciudad era una amenaza para la vida de los pasajeros. Segundo, la economía estaba tan degradada que había hordas de mendigos persiguiendo a todo aquel que bajaba a tierra, sobre todo a las mujeres. Al principio era molesto, y después alienante, pues uno comprendía que por más limosnas que se les dieran, esa caridad no conducía a nada. Tercero: el contraste entre la opulencia de nuestros pasajeros y la extrema pobreza del país provocaba en los haitianos envidia y franca hostilidad. Además, en los últimos años, la publicidad adversa del SIDA, que según los informes proliferaba en Haití, causó pavor en nuestros pasajeros. Por todos estos motivos, la gente empezó a tener miedo de viajar a Haití. Como nosotros continuábamos trayéndolos, según los planes de viaje, nos lo dijeron con toda franqueza: "Si insisten en visitar Puerto Príncipe, no viajaremos en esta compañía». Iniciaron un boicot, sin discursos ni comisiones, y nosotros comprendimos que era estúpido oponernos.

Luego les explicó a los jóvenes sus conclusiones con respecto a los viajes por el Caribe, tema en el que se estaba convirtiendo en un experto mundial.

-Muchas islas de este mar viven sólo gracias a los dólares que los turistas aportan a su economía. Y esos dólares se pueden ganar con facilidad, sin pérdida de la dignidad, pero son terriblemente frágiles. Si los suecos no hubiéramos construido aquí Le Paradis, protegiéndolo de los desastres de Puerto Príncipe, Haití habría perdido todos sus ingresos por turismo. Habría sido borrada del mapa. Tal como están ahora las cosas, nuestros barcos vierten un torrente constante de dinero en esta república negra, pero sólo podemos hacerlo si mantenemos esa cerca que la doctora Vaval condena con toda justicia. -Se interrumpió para mirar directamente a Thérèse y concluyó; -Os pido, jóvenes, que miréis el mundo tal como es. Haití puede elegir: ni cerca ni dólares o una cerca que en poco los perjudica y les rinde muchos dólares. El trabajo de la doctora Vaval consiste en concebir un mundo en el que las cercas no estén permitidas, y le deseamos suerte. El mío es utilizar esas cercas cuando sea necesario y tomar medidas constantes para acabar con ellas. Es lo que estamos haciendo en Le Paradis.

Cuando él se hubo ido, Thérèse dijo a los jóvenes:

-Esa cerca es moralmente abominable, pues impide que los ricos vean los problemas de los pobres. Y creedme, cuando ocurre eso en cualquier parte del mundo, hay problemas en gestación.

Cuando el grupo abordó finalmente el *Galante* -dieciocho mil toneladas; ciento sesenta y cinco metros de largo, setecientos sesenta y cinco pasajeros, ciento treinta y siete estudiantes, cuatrocientos dieciocho tripulantes, de los cuales todos los oficiales eran suecos, el personal de cocina italiano, los camareros indonesios y algunos chinos ocultos para atender la lavandería-, Thérèse notó que sólo una pequeña parte del barco estaba asignada a "Crucero y reflexión», el quince por ciento exactamente. Pero el grupo daba colorido, sobre todo cuando se reunían en torno a la piscina. Los pasajeros de más edad aseguraron a Thérèse:

-Es una gran suerte que haya gente joven compartiendo el crucero con nosotros.

Ella musitó para sus adentros: Estas dos semanas bien podrían ser lo que yo necesitaba.

Esa noche, sentada en su camarote, mientras intentaba olvidar el hecho de pertenecer a una nación negra que los viajeros experimentados temían explorar, recibió la visita de varios estudiantes, que le dijeron:

-Hay un grupo de discusión en la popa. No se lo pierda.

Deseosa por escapar de sus sombrías meditaciones, se dejó llevar

hasta donde otro de los instructores ayudaba a sus alumnos a adquirir una visión equilibrada del Caribe. El tema era la música:

*Sin duda; Estados Unidos es un país afortunado al tener frente a cada costa una estupenda colección de islas: Bawai al oeste, las Antillas al este. Ninguna supera a las otras. pues en cierto modo se complementan; pero hay diferencias significativas. En el tema de la música autóctona. Hawaii gana con ventaja. ¡Qué estupendo despliegue de melodías maravillosas! Aloha Oe, la Canción nupcial, el Canto de guerra, Más allá del arrecife ... Hay para elegir; el repertorio es infinito. Pero el Caribe sufre de escasez en cuanto a melodías comparables. ¿Qué es lo que representa a esta zona. por lo que atañe, al público en general? Yellow Bird es mngnífica. pero muy solitaria en su bananero. Island in the sun,- memorable, pero de poco peso. Mary Ann es una de las excepciones: sólo siete notas, pero cautivadora. Y unos cuantos calipsos con pocas posibilidades de quedar en el recuerdo. Eso es más o menos todo.*

Siguió una animada discusión. Algunos estudiantes defendían el reggae de Jamaica, otros citaban ciertos merengues y zouks de las islas francesas. Pero antes de que se iniciara el concierto de la noche; los participantes tuvieron que dar la razón al instructor y confesar que si bien podían cantar de memoria diez o doce melodías hawaianas, les era difícil recordar poco más que unas cuantas frases de cualquier pieza caribeña.

Pero de pronto Thérèse, aunque de acuerdo con el instructor, cayó en un estado de total turbación, profundamente conmovida por una canción caribeña. Unos cantantes profesionales ofrecían la habitual selección de canciones populares de cuarenta años atrás, pero de improviso salieron al escenario dos siluetas características:, una esbelta joven soprano, de tez dorada, seductora sonrisa y voz potente, aunque suave, y un barítono muy alto, vestido de negro y con un sombrero de copa del siglo XIX. Éste, con su voz resonante y poderosa, presentó su primer dueto:

-Les traemos una canción de las islas, de todas las islas ... la joven isleña y el misionero norteamericano de Boston.

Dicho esto, una pequeña orquesta de seis músicos empezó a tocar el acompañamiento para él, mientras una banda de once bidones de gasolina, golpeados con martillo, servían de fondo a la soprano. Como resultado de una exquisita sincronización y ritmos alterados, las dos canciones se confundieron en un todo sugestivo de encantadora belleza.

El cantaba, en tonos graves y potentes, *The Battle Hymn al the Republic*; ella, en notas de delicada armonía, entonaba *Yellow Bird*. Desde el momento en que empezaron, Thérèse susurró: «Oh, esto es algo especial». Tanto los cantantes como las letras le hablaban directamente a su esencia.

*He is trampling out the vintage*

*Ye!..... low bird*

*where the grapes of wrath are stored*

*up high in banana tree.*

La contrastada imagen creada por ambos y la mágica fusión de sus voces produjo en Thérèse exactamente la impresión buscada por los cantantes: Ella es todo el pueblo isleño; él, todos los misioneros y gobernadores europeos. La rivalidad no cesa nunca. Pero al escuchar atentamente las palabras que el hombre pronunciaba, todas fuego, ampulosa y muerte, se sintió casi proyectado fuera de su asiento: -¡Por Dios! ¡Ese es el juez Adolphus Krey! ¡Y me está sermoneando a mí, la isleña negra! En ese momento la transformación quedó consumada: el barítono era su futuro suegro; la cantante, ella:

*He hath loosed the late full lightning*

*Ye!..... low bird*

*al his terrible swift sword*

*you sit all alone like me.*

El dúo terminó entre atronadores aplausos. Thérèse estaba agotada, pero tuvo que sonreír cuando los estudiantes le aseguraron:

-¡Su Caribe tiene cuando menos, una buena canción!

De vuelta en su camarote, con las imágenes y los sonidos del concierto girándole en la cabeza como un huracán de la isla, comprendió que debía escribir a Dennis para compartir con él sus experiencias en Haití; pero la implacable imagen de Krey padre, arrojándole los rayos del himno de batalla, como si protegiera a su hijo contra las isleñas, era tan sobrecogedora que no pudo escribir ni dormir.

Tenía la mente llena de imágenes que no podía conjurar: Laliq volviendo de entre los muertos; Henri Christophe construyendo la fortaleza en vez de carreteras y escuelas; el despreciable retrato de Papá Doc, burlón y omnisapiente; y, sobre todo, la expresión de su tío al decir que ya era demasiado tarde para escapar de la pobreza. Al tomar el avión en Boston, había supuesto que pasaría como una brisa por Haití, saludando a familiares y amigos, dejando alguna modesta cantidad de dinero aquí y allá, para luego marcharse tal como había llegado. No había previsto que Haití pudiera tirar de su alma, del alma de una negra

culita. Abandonó la cama y trató de escribir a Dennis Krey, pero fracasó nuevamente. Dos semanas de permanencia en las oscuras nieblas de Haití la habían convertido en una mujer muy distinta. Era imposible explicarlo en una carta de una o dos páginas.

La mañana en que el *Galante* se acercó a San Juan, la capital de Puerto Rico, Thérèse, en compañía de sus alumnos, oyó los gritos de algunos «borinqueños», como se llama a los nativos de la isla, que anunciaban con entusiasmo:

-¡Allí, en el promontorio! La fortaleza de El Morro, con su torre circular empotrada en las murallas. Nos encanta este espectáculo. Significa que llegamos a la patria.

Varias de esas pequeñas torres de mampostería sobresalían de las esquinas. Thérèse aún estaba contemplando, relumbrantes bajo el dorado amanecer, cuando un bote del puerto se acercó al *Galante* con un ansioso joven del Departamento de Estado a bordo. El funcionario, con un traje azul de hilo recién planchado y una corbata de color rojo discreto con doble nudo para dar al cuello el aspecto que se estilaba entre diplomáticos, trepó por la escalerilla y buscó el ascensor del barco, mientras los estudiantes trataban de adivinar su misión.

-Seguramente viene a buscar drogas.

-No, quiere invitar al capitán a tomar el té en el palacio del gobernador.

-Es un cirujano especializado en el cerebro. Una operación de urgencia. Viene a buscar al paciente.

Les sorprendió que preguntara por la profesora Vaval y se presentara ante ella.

-John Swayling, agregado a la Comisión del Quinto Centenario del Descubrimiento de Colón. La estábamos esperando, doctora Vaval. Necesitamos su ayuda.

-¿Qué hay de nuevo, vieja? -preguntó un alumno, imitando a Bugs Bunny.

-Me persiguen los federales -contestó Thérèse, sonriendo-. Cuando desembarquéis, id a visitar algo interesante.

Dicho esto, bajó con el hombre del Departamento de Estado por la escalerilla de cuerdas hasta el bote y desaparecieron hacia lo que el guía del megáfono denominaba «el casco antiguo».

En el trayecto hasta tierra, el señor Swayling reveló su plan:

-Aquí se reúnen representantes de unas cuarenta naciones, para planificar el quinto centenario de la llegada del amigo Cristóbal. Lo llamo así, en un tono familiar, porque todo el mundo reclama los derechos sobre el pobre .. y cada cual quiere hacer las cosas a su manera.

-Eso podría ser un caos -reconoció Thérèse-: España, Italia, Portugal, Estados Unidos ...

-¡Y no acaba ahí la cosa! También México, Perú, Venezuela, por no mencionar a La Española, Jamaica y Puerto Rico.

-¡Menuda lucha!

-Desde luego.

-Hablando de Puerto Rico, ¿cuál es la situación política de la isla con respecto a su futura condición?

-Hubo otro plebiscito, el último de una larga serie ... con resultado incierto, como siempre. Por la continuidad en la Commonwealth, cuarenta y seis por ciento. Por la incorporación a los Estados Unidos, cuarenta y cuatro por ciento. Por la libertad completa e inmediata, seis por ciento.

-Eso suma sólo noventa y seis, ¿y el resto?

-¿A quién le importa un cuatro por ciento?

Cuando desembarcaron, los esperaba un coche con chofer. Mientras cruzaban a gran velocidad la ciudad, que empezaba a despertar, Swayling le dijo, entusiasmado:

-Esta ciudad es preciosa. Me gustaría estar destinado aquí de manera permanente.

-Conozco bastante bien el resto del Caribe. ¿Qué tiene esta isla de especial?

-La herencia española. ,Esos edificios antiguos y grandiosos., Y las mujeres.

Hubo un momento de silencio; él esperaba una réplica. Como no la hubo, añadió:

-He visto a veinte o veinticinco que me gustaría conocer mejor.

-¿Jóvenes de color, quizá?

-De todos los colores. ¿Por qué lo pregunta?

-Porque estoy prometida con un blanco, aproximadamente de su edad, y sé que hay problemas.

-Yo estoy prometido con una muchacha blanca y también así hay problemas.

-Bueno, ¿y qué pasa con ese congreso?

Antes de que él pudiera responder, el coche giró por un bello paseo, bordeado de sólidas edificaciones que se remontaban a los siglos XV y XVI, cuando España confiaba en las murallas increíblemente fuertes de El Morro para defender los galeones que volvían a Sevilla cargados con los tesoros de México y Perú.

-Tanto Hawkins como Drake trataron de pasar con sus barcos ante el fuerte, pero fracasaron. Me consta que Hawkins murió en el intento, y es posible que Drake recibiera heridas que le provocaron la muerte poco después. Éste fue un hueso duro de roer.

-Esta zona parece muy española. ¡Qué extraordinario!

-Acaba de señalar usted el dilema de la isla. Como ya ve, quieren borrar todas las señales de la intervención norteamericana. Allí estaban antes las barracas del ejército de Estados Unidos; en esta esquina, otro gran edificio norteamericano. Todo va siendo derruido, como para erradicar cualquier recuerdo de la influencia norteamericana. Se gastan mucho dinero en restaurarla como ciudad española.

-Fue española mucho más tiempo que norteamericana -apuntó Thérèse.

-Sí, pero al mismo tiempo los borinqueños quieren ser completamente españoles. El que es norteamericano no consigue nada. Aquí sólo cuenta lo español. Pero ... ¿para qué le estaba yo contando todo esto?



-Si no me equivoco, iba a decir que si bien quieren ser españoles en lo emocional, desean ser norteamericanos en lo económico.

-Exactamente.

Juntos se maravillaron de lo espléndidamente que San Juan, al menos en esa parte, había sido reconvertida en una ciudad española. Estos pensamientos los llevaron a la importante tarea que el gobierno norteamericano quería encomendarle a Thérèse:

-Confiamos, doctora Vaval, en que usted pueda representarnos hoy ante los líderes negros, que serán los más vociferantes.

-¿De qué se trata?

-En realidad, de un contratiempo risible, pero de suma importancia.

Antes de que pudiera darle más datos se encontraron a la entrada de la Casa Blanca, la exquisita mansión que permanecía desde hacía mucho tiempo en poder de los descendientes de Ponce de León, representantes de la sociedad y la influencia españolas en su máxima expresión. Se hallaba encaramada en un pequeño montículo que dominaba la bella bahía, El Morro y los principales edificios de la época colonial. Cuando los norteamericanos asumieron la propiedad de la isla, en 1898, eligieron la Casa Blanca como residencia para sus comandantes militares, pero después de 1967 se eliminó todo rastro de que alguna vez hubieran puesto un pie allí; la Casa Blanca se convirtió nuevamente en mansión española.

Era un edificio asombroso, con grandes muros blancos, patios frescos, ventanas protegidas por postigos de madera bellamente tallados, y suelos de mosaicos de color rojo oscuro y formas diversas. Esa noble casa exhalaba valores hispánicos, pero Thérèse no tuvo oportunidad de saborearlos. Aunque eran sólo las siete de la mañana, cuatro representantes de la delegación estadounidense la esperaban para informarla sobre los acontecimientos del día.

-Sería divertido, si no fuera patético. España y Estados Unidos serán quienes pongan la mayor parte del dinero para las celebraciones del quinto centenario, que deberían ser gloriosas -le dijo el presidente.

-Pero supongo que esas dos naciones no estarán enfrentadas -señaló Thérèse.

-¡Oh, qué ingenuidad la suya! España y Estados Unidos están a punto de arrancarse los ojos. España desea que esto sea un homenaje a las contribuciones españolas al Nuevo Mundo -exclamó un delegado.

-No veo nada de malo en eso.

-Pero el Congreso, que designó a nuestros delegados ...

-¿No son ustedes nuestros delegados?

-No. Sólo somos el personal auxiliar: Los delegados se han ido a casa de muy mal humor.

-¿Por qué?

-El contingente italiano del Congreso, que es poderoso, envió una delegación italiana. Nueva York, Boston, Chicago, San Francisco están decididas a aprovechar las celebraciones colombinas para demostrar que el descubrimiento del Nuevo Mundo y el gran impulso hacia la maravillosa civilización se debe a Italia. Quien los oiga pensará que no había un solo español a bordo de esas tres carabelas.

-¿CoÍón se consideraba italiano?

-Hasta donde hemos podido averiguar, nunca escribió una palabra en ese idioma. Desde el punto de vista operativo, era puramente español.

-¿Y qué ocurrió?

-Las otras naciones, riéndose descaradamente; no permitieron a los italianos de Norteamérica ni tomar asiento en sus sitios.

-¿Y eso resolvió algo?

-Bueno, sirvió para despedir a nuestra delegación, y quizá también para perder los fondos que el Congreso estaba dispuesto a conceder, pero las naciones hispanohablantes dijeron: «Mejor así. No vamos a torcer la historia para dar el gusto al Congreso estadounidense».

-Así que ganaron los españoles.

-En realidad, no, porque cuando quisieron hacerse cargo y convertir esto en una gran fiesta española, para celebrar el hecho de que la reina Isabel...

Un asesor de la Comisión, distinguido erudito de Stanford, intervino en las explicaciones:

-El verdadero problema se inició con esa desdichada palabra «descubrimiento». Las naciones de América Central y del Sur, especialmente México y Perú, que habían enviado delegados indígenas, gritaron: «¡Eh, un momento! Nadie descubrió nada, ni italianos ni españoles. Nosotros

ya estábamos aquí y nos iba bastante bien. Colón, fuera lo que fuese, no nos descubrió: nos visitó. Celebremos esto como la importante visita que fue».

-Ese argumento tiene cierta validez -reconoció Thérèse.

Entonces el presidente de la Comisión dijo, centrando su atención en ella.

-Aquí es donde usted entra en juego: Porque cuando los italianos, los españoles y los indígenas terminaron de presentar sus reclamaciones, los gobernantes negros de las Antillas señalaron; creo que con bastante acierto, que desde hace trescientos años son los negros quienes realmente cuentan en el Caribe: ellos fueron quienes cultivaron la caña, fabricaron el azúcar, destilaron el ron, cuidaron del tabaco y del algodón. E insistieron: «Esto debería ser un homenaje a lo que hemos logrado los negros africanos en las islas que Colón encontró». Y como no había ningún miembro negro en nuestro grupo que les sirviera de interlocutor, no nos hicieron el menor caso.

Ya se acercaban las ocho y media, hora en que debía iniciarse la sesión plenaria del día. Precipitadamente, le dieron a Thérèse las últimas instrucciones. En respuesta a las preguntas, dijo:

-Sí, mis antepasados eran esclavos en San Juan y más adelante, participaron enérgicamente en la lucha por la libertad de Haití. Se podría decir que si hubiera asistido a las sesiones anteriores, habría apoyado a los líderes negros.

-Excelente. Representémos tan bien como pueda.

-¿Instrucciones específicas?

-Fraternizar, escuchar, alentar. Y sobre todas las cosas, hacerles saber que en Norteamérica tienen un país amigo. Confiamos en que usted nos ayude a rescatar algo de este desastre.

Era un día de luminosidad tropical. Estaban en una casa cuyo aspecto, en todo sentido, recordaba aquellas primeras épocas en que hombres de buena voluntad se reunían allí para planear cómo derrotar a los villanos ingleses e importar esclavos de Africa. No había siquiera un leve indicio sobre aquellos mosaicos que hiciera pensar en los militares norteamericanos que habían gobernado Puerto Rico desde esos salones, ni en que esa isla fuese ahora parte integrante de los Estados Unidos. Allí, en el plano emocional, gobernaba España.

Thérèse sintió que no estaba obteniendo gran cosa en beneficio de su

gobierno, pues los delegados de las islas antillanas hablaban con tanta frecuencia y con tanta energía que ella tuvo, que permanecer callada.

Pero los miembros del equipo norteamericano le dijeron:

-Su presencia aquí vale más que dos batallones. Ya circula la noticia. Se dan cuenta de que nos preocupamos hasta el punto de mandarla a buscar. Durante el almuerzo siéntese con ellos y hágales conocer sus sentimientos.

Así lo hizo. Mientras conversaba con aquella gente, hombres y mujeres de Barbados, Antigua, Jamaica y Guadalupe, descubrió una afinidad de intereses y puntos de vista que se adentraba profundamente en la conciencia de ellos y en la propia. En varias ocasiones exclamó:

-Comprendo perfectamente lo que ustedes quieren decir.

Tan genuino era su entusiasmo que le preguntaron a qué se dedicaba, en Estados Unidos. Con sorpresa, se descubrió hablando de su nombramiento para la cátedra de Wellesley.

-¿Es un colegio importante? -preguntó un negro de Trinidad.

-Es una universidad, y de las mejores. Se puede comparar con Yale, en más de un aspecto -respondió un joven de St. Kitts.

Más adelante Thérèse no habría podido decir cómo llegó a revelar su compromiso con un blanco, pero entonces un delegado de Santa Lucía le preguntó:

-¿Eso significa que va a abandonar su herencia negra?

-El tema del curso que voy a dar en Wellesley es «Sociedades negras en el Caribe». Y me acercará aún más a ustedes -contestó ella.

Avanzada la tarde, a instancias del presidente de su Comisión, pidió la palabra y dijo:

-Estados Unidos verá con buenos ojos todo tipo de exhibición o festejo que destaque la considerable contribución a la cultura, la economía y el gobierno antillanos efectuados por los esclavos africanos y sus descendientes, entre los cuales me cuento.

El grupo se dedicó entonces al delicado problema de cómo atraer de nuevo a la delegación italo-norteamericana, sin entregarles el control del congreso. Pero como Thérèse debía volver al *Galante* para partir hacia las Islas Vírgenes norteamericanas, no supo si ese intento de reconciliación había

dado resultado o no.

Esa noche, el capitán sueco del crucero se plantó ante la pantalla de proyección, antes de que empezara la película, y anunció:

-En este viaje llevamos un extraordinario grupo de conferenciantes.

Si ustedes cuatro quieren adelantarse hasta aquí, me gustaría hacer las presentaciones. -Cuando los cuatro estuvieron tímidamente a su lado, explicó-: La profesora Vaval no es sólo una mujer encantadora, como, ustedes ya han descubierto, sino también una distinguida haitiana. Su antepasado, el general Vaval, ayudó a derrotar a Napoleón; otro fue presidente del país; y otro, líder bajo el mando norteamericano. Pueden creer en todo lo que les diga. -Luego pasó al doctor Carlos Ledesma: Este gran erudito no es sólo uno de los hombres más brillantes de Colombia, sino también descendiente del gran jefe español que libró un duelo de cuarenta años o más contra sir Francis Drake, ganando más batallas de las que perdió. Otros Ledesma gobernaron con honor Cartagena, donde terminará nuestro crucero, y uno de ellos fue héroe de la batalla contra Old Grog Vernon. -Acerca del senador Maxim Lanzerac, de Guadalupe, dijo-: Y este gran político les hablará, en los próximos días, sobre la amante de un hombre que llegó de Francia con una máquina para cortar cabezas; una de las primeras en rodar fue la de un monárquico llamado Lanzerac, antepasado de nuestro conferenciante; quien ahora se esfuerza por cuidar de que esas cosas no se repitan. Desde luego, no sólo navegamos por el Caribe, lo traemos con nosotros.

El viaje cobró así doble significado. Cuando el cuarto conferenciante se acercó al capitán, Thérèse recordó que no lo había visto a bordo ni vinculado en modo alguno con la universidad flotante. Era un hombre blanco que ya había cumplido los sesenta años, algo encorvado y de pelo gris. Tenía las facciones agradables y relajadas de quien nunca ha participado en la agresividad de la vida comercial ni universitaria. Al parecer, había determinado su plan de acción en los primeros años de su vida y estaba satisfecho consigo mismo.

-El señor es el maestro Michael Carmody, distinguido erudito del Queen's Own College, de Trinidad -explicó el capitán-- Dará una serie de seis conferencias, cuatro de ellas previas a nuestra visita a la isla. Escúchenlo con atención, pues los introducirá en una isla fascinante, única en el Caribe, cuya población es en parte de origen africano,

en parte procedente de la India.

Al terminar la presentación, Thérèse cruzó el salón para saludar al desconocido. Al oír su voz le dijo:

-Usted debe de ser irlandés.

-Lo era, hace mucho.

-Espero que me permita asistir a sus conferencias. Enseño historia del Caribe y no tengo buenos conocimientos sobre Trinidad.

-En realidad no serán conferencias, sino reflexiones, cavilaciones.

-Así comienza el aprendizaje. Los datos de la isla ya los conozco, lo que necesito son las reflexiones y las cavilaciones.

Pasaron el resto de la velada dedicados a lo que él, utilizando una vieja expresión inglesa, denominó «analizar un ponche de ron».

El día siguiente, miércoles, primero de febrero, fue de gran actividad para Thérèse. Cuando desembarcó en Charlotte Amalie, capital de las Islas Vírgenes norteamericanas, una banda de ciclistas pasó muy cerca de ella. El que iba a la vanguardia utilizó la rueda delantera para hacerle perder el equilibrio; el segundo estiró diestramente la mano y, le arrebató el bolso. Había perdido el dinero y la cartera; por suerte, el pasaporte no.

Cuando los compañeros de viaje que habían visto la audaz maniobra la ayudaron a presentar la denuncia, el policía se encogió de hombros.

-Pasa constantemente. No tenemos medios para impedirlo. El gobierno ha estado suplicando a los ladrones que no nos arruinen el negocio turístico, y algún efecto ha causado. Es posible que quienes le quitaron el bolso se queden con el dinero y tiren el resto donde podamos hallarlo. En ese caso, se lo enviaremos al barco antes de que zarpe.

Tras esta introducción en las Islas Vírgenes, pidió dinero prestado a un pasajero que se había agregado a su grupo, para visitar la isla cercana de Saint John, donde los Rockefeller tenían su gran centro de veraneo. Todos viajaron en taxi hasta el otro extremo de St. Thomas, la isla principal, donde los aguardaba un transbordador para cubrir la breve distancia que la separaba de la más pequeña.

Allí los esperaba una experiencia inolvidable. Otro taxi los llevó al lado norte de la isla, donde el gobierno, con grandes gastos, había hecho, excavar y restaurar diez o doce edificios pertenecientes a la vieja plantación danesa donde había trabajado Vavak, el esclavo. Se llamaba Lunaberg. Mientras Thérèse conducía a sus discípulos por entre las ruinas, recordó las emocionantes

historias de su antepasado Vavak, que había, trabajado allí esforzadamente, presenciando las terribles, ejecuciones de sus compañeros antes de huir, hacia Haití.

Cuando llegaron a la cima de la meseta en donde se concentraban los edificios principales, Thérèse tenía la sensación de conocer cada molino, cada granero, cada foso. Con notable exactitud explicó a su grupo cómo se producía el azúcar, desde el cultivo de la caña, pasando por la zafra y la molienda, hasta la recolección de los ricos jugos y su tratamiento progresivo, para lograr los dos productos esenciales: el mascabado para el azúcar y la melaza para el ron.

Pero ése no era el final del proceso. Cuando tuvo a su grupo sentado en los bancos, desde donde se disfrutaba de un buen panorama de la cima, Thérèse les habló de las inmensas fortunas que habían ganado los plantadores en islas tales como Barbados, Jamaica, Guadalupe y Haití, de la vida que llevaban esos propietarios en París, Londres y Copenhague, de la importancia que tenía el azúcar en los viejos tiempos. Pero tras compartir con ellos esa información, les habló de las privaciones que habían soportado los esclavos para hacer posibles esos lujos. Cuando dio ciertos detalles de la vida diaria que llevaban los negros, la casualidad hizo que señalara el sitio exacto en donde se había levantado la choza de su antepasado Vavak, desde la cual huyó hacia la libertad, doscientos cincuenta y seis años antes. Explicó las experiencias de los esclavos con tanta exactitud que, cuando terminó, sus oyentes la interrogaron media hora más sobre el cultivo del azúcar en las islas. Fue entonces cuando ella les explicó una realidad básica del Caribe:

-El único cultivo para el que nosotros estamos expresamente cualificados -ni ella misma notó que había utilizado el pronombre «nosotras», como si se identificara con las islas- es el de la caña azucarera. En todas las islas es el cultivo principal: azúcar, azúcar, azúcar. Cuba, Haití, Jamaica, Trinidad ... todas. ¿Y qué pasa? ¿Por qué no podemos seguir vendiéndola? ¿Por qué se dejan yermos los campos?

Los turistas propusieron cinco o seis explicaciones posibles, ninguna de las cuales se acercaba a la verdad.

-Los químicos alemanes, ellos acabaron con nuestra industria azucarera. - Thérèse, que había nacido para enseñar, invitó a sus discípulos a desentrañar el acertijo. Como nadie lo hizo, ella les explicó:- Creo que fue en 1850 cuando los químicos alemanes descubrieron que si bien de la caña azucarera se obtiene un azúcar excelente, se la consigue aún mejor y con menos dificultades de la remolacha. No de la remolacha roja que comemos en ensalada, sino de grandes bulbos blancos, cargados de azúcar. Así desapareció nuestro cultivo. Y no hemos descubierto nada con qué reemplazarlo.

Algunos hombres del grupo ofrecí eran sugerencias ingeniosas para establecer nuevas industrias, pero casi todas se habían probado ya, con resultados desastrosos. Al terminar la discusión, Thérèse les propuso:

-Las naciones industriales del mundo, especialmente los Estados Unidos, que tienen estas tierras a un paso, deberían ponerse de acuerdo para comprar nuestro azúcar a un precio algo más alto que el internacional. Unos pocos centavos por kilo permitirían a todas estas islas prosperar ... salvándolas de una revolución o de algo peor.

-¿Algún país paga eso en la actualidad? -preguntó un hombre.

-Rusia compra a Cuba y la isla prospera. Francia hace lo mismo con sus dos grandes colonias, Guadalupe y Martinica. Pero Estados Unidos se niega. No lo permiten los intereses de la remolacha azucarera de ciertos estados, como Colorado. Y por eso marchamos a tumbos hacia un desastre, cuya fecha no podemos prever, pero que será inevitable. Somos una flota de magníficas islas perdidas al sol.

Mientras hacía esta desafortunada predicción, se volvió dispuesta ya a descender de la meseta en donde Vavak había trabajado, bajo las terribles leyes de Dinamarca, y vio hacia el norte, hacia el este, las maravillosas Islas Vírgenes británicas, Great Thatch, Little Thatch, la gran Tórtola y el resto. Y pensó: Vavak debió de verlas mil veces, preguntándose qué había allí, pero nunca se las mencionó en nuestra familia. Dios mío, son magníficas: una cadena de joyas. Y el Caribe, como tantas veces, borró con su belleza actual la fealdad pasada.

Pero no del todo, pues cuando el grupo de Thérèse se amontonó en los taxis para ir hasta el transbordador que los llevaría de regreso a St. Thomas y al *Galante*, se encontraron atrapados en otra de las desagradables trampas que irritan a los viajeros experimentados y asustan a los novatos del Caribe. La plantación de Vavak, Lunaberg, estaba en el extremo norte de Saint John; la estación del transbordador, en la punta opuesta. Al iniciar el viaje, los conductores habían acordado un precio, que a Thérèse le pareció elevado. Todo el mundo supuso que era por todo el trayecto de ida y vuelta, pero los taxistas los dejaron en una estación muy alejada del transbordador, diciéndoles:

-Aquí deben apearse.

-¡Pero queremos ir al transbordador! -protestó Thérèse.

-El viaje termina aquí.

-¿Y cómo llegamos al transbordador?

-De eso puede encargarse él -explicó uno de los hombres, y señaló a



un colega, que aseguró que podía llevarlos hasta el transbordador en tres viajes, por veintisiete dólares. Antes de que pudieran protestar por esa demora, los tres primeros taxis habían huido, de modo que se vieron obligados a pagar la tarifa adicional para no perder el barco.

Cuando los furiosos pasajeros informaron de ese percance a los oficiales del barco, un joven sueco los llevó aparte para decirles:

-Se encontrarán con ese tipo de pequeñas estafas en todo el Caribe.

Quieren los dólares que traen los turistas, pero los tratan como a bazofia. A propósito, señorita Vaval, la policía recuperó su bolso y su documentación.

Con el alivio de recuperar sus tarjetas de crédito, Thérèse casi llegó a sentir agradecimiento hacia los ladrones.

-Ha sido decente por su parte devolverme los documentos -comentó.

-Tenemos motivos para creer que el ladrón era hermano del policía.  
¿Un tipo menudo y moreno, de bigote?

-Sí, lo vi claramente.

-Cuando roba un bolso siempre devuelve los papeles. Su hermano se encarga de eso. Pero tenga cuidado, porque en otras islas puede ser mucho peor.

Los tres certificados académicos que los estudiantes podían obtener en «Crucero y reflexión» no eran fáciles de conseguir: además de las dos semanas de estudio en Miami y la entrega de un informe de sesenta páginas en el plazo de un mes una vez terminado el crucero, tenían una larga lista de lecturas que les habían dado los seis conferenciantes. Thérèse había elegido cuatro libros bien diferenciados por su alta calidad y su cercanía con la cultura inglesa: *Biografía del Caribe*, de Germán Arciniegas, una visión del Caribe escrita por un erudito hispano, en 1946; *Perspectiva del Caribe*, escrito por un especialista de la zona, Ranjit Banarjee, de la Universidad de las Indias Occidentales; la picante e instructiva novela sobre la vida caribeña, *Island in the Sun*, escrita en 1955 por Alex Waugh, y un notable libro que a pocos se les hubiera ocurrido leer en la actualidad, *Vozes English in the West Indies*, de 1887, escrito por uno de los más iracundos historiadores que jamás blandieron

la pluma, James Anthony Froúde. Este último, albacea literario y biógrafo de Thomas Carlyle, había adoptado las inclinaciones casi nazis de este hosco caballero, aplicándolas al Caribe:

-Sus opiniones-advirtió Thérèse a sus alumnos mientras colocaba varios ejemplares del libro en el rincón de la biblioteca de a bordo reservado para ellos- son disparatadas y provocadoras. Pero puede resultar interesante conocer la opinión de los caballeros cultivados de esta parte del mundo, cuando «las cosas marchaban tan bien», entre comillas. Leedlo y disfrutad, pero por favor no escupáis en estas páginas ridículas ni arrojéis los ejemplares por la borda.

Después de semejante introducción, los estudiantes se dedicaron a -Fraude. En los días siguientes, Thérèse oyó con frecuencia chillidos de indignación a medida que los discípulos iban descubriendo los *obiter dicta* del hermano fraude, que despreciaba a los esclavos, a quienquiera que tuviese una gota de sangre negra en las venas; a los católicos, los baptistas, los indios, los liberales y, con especial encono, a los irlandeses y los haitianos; Un estudiante descubrió algo que parecía ser el *leitmotiv* del autor: «Los ingleses han demostrado que pueden desempeñar un papel importante y útil como gobernantes de pueblos que reconocen su propia inferioridad».

Cuando Michael Carmody oyó el alboroto que estaban provocando las declaraciones de Fraude sobre los irlandeses, preguntó a uno de los estudiantes:

-¿Cómo es posible que un simple libro provoque tanta confusión?

-Y después de haber leído las opiniones del escritor-: ¿Qué otros libros os ha asignado vuestra profesora?

Le encantó saber que ella había seleccionado una obra escrita por uno de sus antiguos alumnos y fue en su busca: Encontró a Thérèse en la cubierta, contemplando el cielo.

-¿Puedo sentarme en esta silla?

Ella le respondió afirmativamente. Carmody, se acomodó junto a ella, y le preguntó:

-¿Cómo conoció el ensayo de Ranjit Banarjee?

-La Universidad de Vale recomendó mucho el libro entre los eruditos caribeños, y con justicia. Es una buena obra. Yo buscaba algo escrito por un jamaicano.

-Pero él es de Trinidad.

-¿Sí? En la solapa decía que se había licenciado en la Universidad de las Indias Occidentales.

-También habría podido decir que era doctor por la Universidad de Miami y originario de Trinidad.

-Eso explica su amplia visión. A mis alumnos les abrirá los ojos.

-Cierto. Cuando desembarquemos en Trinidad para el carnaval, ¿le gustaría conocerlo?

-¿Dónde enseña? -Thérese notó que esa pregunta hacía aparecer ligeras arrugas en el entrecejo en Carmody, como si en algún momento hubiera estado en desacuerdo con el autor del libro.

-En realidad -respondió el irlandés tras un instante de titubeo-, por increíble que parezca, no tiene cátedra en ninguna universidad. -¿Y en escuelas secundarias?

-No. Al igual que tantos eruditos indios, pues la India es la patria de sus antepasados, posee una fabulosa cultura, pero no logra instalarse.

Thérese notó que el anciano profesor deseaba decir algo más, y se preguntó si no sería él responsable, en cierto modo, de que Banarjee hubiera perdido un empleo o, peor aún, si no lo habría sorprendido en algún delito por el cual no podía ejercer la docencia. De cualquier modo, como Carmody parecía decidido a no hablar del asunto, terminó la conversación:

-Bueno, ha escrito el mejor libro que he leído desde el de Ardniegas, hace años.

-Tengo que felicitarla. Si algún estudiante digiere sus cuatro libros, tendrá una buena noción acerca del Caribe. Pero ahora quiero conocer, la versión francesa de la historia -le dijo él, y se marchó, no sin antes invitarla a la primera conferencia del senador Lanzerac. El hombre hablaba un inglés formal, pero con un hipnótico acento francés, que aprovechaba con el máximo efecto:

*Lo primero que hay que saber acerca de mi isla es que ha sido francesa durante muchísimos años. En realidad, se compone de dos islas separadas por un brazo de mar, que casi sería posible superar de un salto. Después de trescientos años como colonia, en 1946 se convirtió en parte estructural de la Francia metropolitana, con dos senadores y tres diputados que se reúnen en Parls con los otros responsables de gobernar Francia. Por eso no somos como Barbados, Trinidad o Jamaica, que pertenecen a*

*Gran Bretaña en un sentido emocional, aunque no sean parte funcional de ese país. Tampoco somos como Puerto Rico, esencialmente una colonia de Estados Unidos, ni como Cuba. país libre e independiente. Somos únicos. Ahora bien: cuando digo «somos». me refiero por supuesto a Guadalupe y Martinica. Ellos son caballeros; nosotros, hombres de negocios. Pero formamos un buen equipo.*

Un especialista en geografía hizo la pregunta que debía rondar por muchas mentes:

-¿Por qué, si están tan cerca de la Martinica y tienen tanta relación, permitieron que la Dominica, la isla de en medio, permaneciera en manos de los ingleses?

-¡Ajá! Así que a usted le toca formular las preguntas desagradables.

Pues le daré una respuesta desagradable. Intentamos muchas veces tomar la Dominica, pero siempre fracasamos. ¿Saben por qué? No porque las armas inglesas fueran mejores que las nuestras, sino porque esos endemoniados indios caribes, unos feroces carubales, se comían a nuestros hombres cada vez que tratábamos de desembarcar.

-¿Y cómo lo consiguieron los ingleses? -insistió el hombre.

-Porque los caribes eran sensatos-replicó Lanzerac-, como la gente de hoy. Les gustaba la comida francesa y no soportaban la inglesa.

-He leído varios relatos sobre ese tal Víctor Hughes, que, por lo visto, invadió la isla hacia 1790. ¿Puede contarnos algo sobre él? -le preguntó un profesor de Chicago.

-Desde luego, pero mañana temprano. Cuando desembarquemos en Point-a-Pitre, capital de la isla oriental, ofreceré una breve charla sobre el infame Hughes, que decapitó a mi antepasado Paul Lanzerac e hizo lo posible por repetir la hazaña con su esposa, Eugénie Lanzerac. En mi familia no sentimos ningún cariño por Hughes, pero su historia es apasionante y puede resultar instructiva.

Más tarde, en la cena, Thérèse, que estaba sentada junto a él a la mesa, le preguntó:

-¿Ese Hughes no fue el que liberó a los esclavos en Guadalupe?

-¡Claro que sí! Un nuevo día en la historia del mundo. «Mataré a todos los blancos y liberaré a todos los esclavos.»

-Desde mi punto de vista -comentó Thérèse, con un toque de humor-, eso no está tan mal.

-Un hombre estupendo, ¿no? Claro que, cuando Napoleón decidió volver a imponer la esclavitud, ¿quién fue su partidario más ferviente? -Señaló a Thérèse con un dedosardónico-: El ferviente Hughes, que, si me permite decirlo, hablando entre colegas, era un verdadero mal bicho.

Los cruceros tradicionales, a fin de ahorrarse las tasas portuarias, casi nunca permanecían una noche en puerto, partían al oscurecer y pasaban las horas nocturnas navegando hacia la isla siguiente. Pero como «Crucero y reflexión» tenía previstos varios seminarios importantes sobre historia y cultura francesas, que se dictarían en Guadalupe, el barco pasó dos días en Grande- Terre. Lanzerac de inmediato hizo algo que marcó el cariz de la visita: dio sus conferencias al aire libre alrededor del quiosco levantado en el centro de la maravillosa plaza de Point-a-Pitre. Mientras hablaba, rodeado por las hermosas casas que habían ocupado sus antepasados, dió nueva vida a los días de Víctor Hughes.

-En 1794 erigió su guillotina aquí mismo, donde ustedes están.

Sacó a rastras a mi famoso antepasado Lanzerac de aquella casa. En 1894, mi abuelo fue expulsado de aquella otra, por haberse casado con una joven de color.

Más tarde un estudiante le dijo a Thérèse:

-Una mañana en la plaza pública de Point-a-Pitre vale por todo un seminario en la biblioteca de Duke.

En la segunda velada, ella sugirió que ambos ofrecieran un coloquio en tierra para los estudiantes, permitiendo a la vez la asistencia a la gente de la ciudad. Como Thérèse hablaba francés fluidamente, Lanzerac comprendió que era una buena oportunidad para hacer campaña política, en vistas a las siguientes elecciones. El salón parroquial se llenó de gente. Un isleño bilingüe traducía en susurros para los estudiantes. La ocasión proporcionó a Lanzerac un trampolín desde el cual ensalzar la forma de gobierno de Guadalupe:

-Si tomamos todos los gobiernos del Caribe en la actualidad, incluyendo Venezuela, Colombia y las naciones centroamericanas como Cuba, me parece que el mejor es el de las islas francesas. Al convertirnos en parte estructural de la Francia metropolitana, en 1946, como si estuviéramos en las riberas del Ródano, pudimos solventar algunos difíciles problemas económicos. También adoptamos soluciones pragmáticas

para el problema racial, y hoy por hoy disfrutamos de una libertad sin restricciones. No tenemos disturbios religiosos ni alborotos en las calles.

-¿Y los jóvenes pueden recibir aquí una buena educación? -preguntó un estudiante.

-A los muchachos inteligentes los enviamos a la metrópoli para que estudien. Yo lo hice en un bonito pueblo de montaña, cerca de la frontera con Italia. Se llama Barcelonnette, por si quieren buscarlo. -¿Por qué hacen eso? -,insistió quien había preguntado.

-Porque eso nos vincula con Francia.-

-Pero ¿se consideran franceses o nativos de Guadalupe?

-Franceses. Yo soy ciudadano de Francia. -Y ofreció una sonrisa encantadora-. Claro que, si mi abuelo no se hubiera casado con una preciosa criolla de piel dorada, yo no podría presentarme como candidato a senador por la isla.

Ante el interrogatorio de los estudiantes, defendió su tesis de que el mejor gobierno de las islas antillanas era el francés.

-Tenemos un estilo acorde con las islas ... un innato amor por la libertad, pero también el deseo de progresar. Somos un pueblo pragmático. Tratamos los problemas raciales mejor que los ingleses y los norteamericanos.

-¿Y los españoles?-preguntó alguien.

-Los españoles nunca hacen nada bien. Andan a tumbos por el camino de la civilización, como un coche con el parachoques caído. Pero los condenados llegan siempre al mismo tiempo que nosotros y los ingleses.

Destacó el hecho de que, como otros habían afirmado antes, las Antillas se habrían beneficiado permaneciendo bajo el dominio de un solo país europeo, en vez de dispersarse. Pero reconoció que, como España había sido tan descuidada en su custodia, la dispersión de intereses resultaba inevitable.

Antes de que esa generalización se tornara muy atractiva para los estudiantes, Thérèse formuló una pregunta:

-¿Habría sido beneficioso tener una sola religión en la zona?

-Si. En el Caribe, en Europa, en el mundo.

-¿La católica, tal vez?

-La católica es, con mucho, la religión más adecuada para convivir con una nación-estado.

-¿Se refiere usted a los grandes logros que obtuvo en Haití? presionó Thérèse-. Haití es católica.

-A veces se gana, a veces se pierde.

La última mañana, el grupo alquiló unos caballos, y todos juntos, con Lanzerac y Thérèse a la cabeza, partieron al trote largo hacia el este, siguiendo los senderos recorridos por Paul Lanzerac y Solange Vauclain antes de que el terror estallara, en 1794. Se llamaban mutuamente en francés, tal como debieron hacerlo Paul y Solange en sus atrevidas cabalgadas. La tierra, el cielo y los recuerdos se tornaron tan franceses que Thérèse, aun consciente de que Francia había llevado a la ruina a Haití y de que las huellas de su mal gobierno se observaban todavía por todas partes, convenció de que tal vez habría sido mejor para el Caribe que esos hombres y mujeres civilizados hubieran hecho de las islas una parte de Francia.

Esa noche, cuando volvieron al *Galante*, le preguntó a Lanzerac: -¿Nunca ha oído hablar de la terrible deuda externa que Francia le dejó a Haití al otorgarle la independencia, en 1804?

-No sé nada de eso -reconoció él.

-Un historiador haitiano escribió: «En el siglo XIX gastamos casi toda nuestra energía en pagar a Francia, y nuestra nación se atrasó tanto en cuanto a servicios sociales que nunca ha podido ponerse al día»

-Cuando vuelva a París pediré un informe -aseguró Lanzerac. Ninguno de los estudiantes que pasaron esos dos días en la vieja Point-a-Pitre volvería a sentir que el Caribe era un lago español, o un lago inglés, pues también contenía una fuerte influencia francesa, lo cual lo hacía aún más interesante.

Mientras el *Galante* se alejaba de Guadalupe hacia el sur, un grupo de muchachas acosó a Thérèse con una queja:

-Dondequiera que nos detenemos, los relatos son siempre sobre hombres. Su antepasado Vavak, el asesino Hughes. ¿No había mujeres en estas islas?

A Thérèse le pareció extraño que esa pregunta surgiera en momento tan propicio, pues hacia el oeste, adornados por el fulgor crepuscular,

se alzaban los majestuosos picos de la otra isla francesa: la Martinica. -Traed a las otras -dijo- y os hablaré de dos niñas, algo más jóvenes que vosotras, que en la década de 1770 fueron a visitar una caverna de esa isla .

Algunos de los muchachos fueron invitados a escuchar.: Al caer la noche, la mayor parte de la clase estaba allí, de piernas cruzadas o reclinados contra la borda.

-Hace dos siglos, en esa isla vivía una muchacha de noble estirpe, cuyo nombre era en sí como un poema: Marie-Joséphé-Rose Tascher de la Pagerie, Su amiga más querida era Aimée Dubec de Rivery. Una tarde, reuniendo todo su valor, ascendieron por un cerio cercano para visitar a una hechicera que vivía en una cueva. Debió de ser un asunto misterioso, con encantamientos y ritos ideados para impresionar a las jovencitas, porque de pronto la hechicera se interrumpió en seco y miró a las dos, boquiabierta, diciendo con una voz potente que no le habían oído hasta entonces: ¡Las dos seréis reinas. Viviréis en palacios, rodeadas por una corte magnífica. Reinaréis sobre naciones enteras y los hombres se inclinarán ante vosotras, porque tendréis el poder de la majestad». La extraña voz cesó. Cuando las niñas preguntaron qué significaba esa interrupción, ella fingió no saber lo que había dicho, pero les aseguró: "Lo que he dicho es verdad, puesto que yo no le he dicho. Los antiguos han hablado a través de mí, y podéis confiar en ello». De regreso a casa, las niñas cruzaron una mirada y se echaron a reír: ¡Reina, tú!. ¡Palacios y fiestas deslumbrantes!». La idea era tan ridícula que no contaron a nadie lo ocurrido. Pero en los largos años siguientes, separadas por millares de kilómetros, sin duda reflexionaron muchas veces sobre la extraña sesión en la cueva.

-¿Qué fue de ellas? .

-¿Significa algo para vosotras. el nombre Beauharnais? -Como nadie respondía, Thérèse continuó--: La niña Tascher se casó con u' apuesto joven, el noble Alexandre. de Beauharnais, que visitó la isla y la llevó a Francia .. No llegó muy lejos y fue guillotinado durante la Revolución, dejándola viuda en tiempos peligrosos:

-¿Y qué pasó? -insistió una de las muchachas.

Todas Se inclinaron hacia delante para oír el final de aquella apasionante historia.

-Cambió su nombre por el de Josefina, se hizo conocida en París y fue encarcelada. Cuando estaba a punto de ser guillotinado, llamó la atención de un joven oficial con un futuro brillante: Napoleón Bonaparte. El se enamoró locamente de ella, la tomó por esposa y la convirtió en su emperatriz, tal como había predicho la mujer de la cueva.



Se hizo el silencio, mientras los jóvenes estudiaban la isla, que desaparecía poco a poco.

-¿Y qué fue de Aimée?

-El barco francés en el que navegaba por el Mediterráneo fue capturado por piratas argelinos. La llevaron a Constantinopla y la vendieron como esclava. Uno de los eunucos del sultán, que buscaba mujeres para el harén real, la compró para su amo. Y era tan atractiva, tan sensata e ingeniosa, que hizo del sultán su esclavo y él la convirtió en reina.

Algunas de las muchacha ahogaron una exclamación,.. y Thérèse concluyó:

-En las islas ocurren cosas muy románticas.

-¿Puede ser verdad lo que acaba de contarnos? -preguntó una joven.

-Soy como la anciana de la cueva. Cuanto he dicho es verdad.

Casi como si los organizadores del viaje quisieran que los turistas vieran, en rápida secuencia, lo mejor de lo francés seguido por lo mejor de lo británico, el *Galante* se desvió apenas para visitar la apacible isla de Barbados, muy apreciada por los canadienses, que todos los días enviaban a Bridgetown tres o cuatro grandes aviones llenos de turistas que buscaban refugio de los fríos de Montreal, Ottawa y Toronto.

-Si cerraran los aeropuertos canadienses por una semana, Barbados perecería -le comentó a Thérèse un empleado de las líneas aéreas.

Durante los tres días pasados en la isla se unió a ellos un conferenciante especial, el mayor Reginald Oldmixon, descendiente de una famosa familia monárquica que en 1649 había encabezado un pequeño levantamiento en favor del derecho divino de los reyes, tras la decapitación de Carlos I.

En su primera sesión con los viajeros, presentó sus disculpas: -Barbados tiene un gobernador general negro, un excelente primer ministro negro también, y son negros asimismo los jefes de policía y los principales funcionarios. Probablemente yo sería un mejor representante si perteneciera a esa raza, pero me gusta hablar, y mi familia está en esta isla desde antes de poblarse Norteamérica. Así que algo sé de estos lugares. Para aclarar del todo las cosas, diré que mi jefe es un negro que siempre me gana cuando jugamos al tenis.

Tuvo mucho éxito entre las pasajeros más jóvenes, sobre todo entre los alumnos de Thérèse, pues tenía ingenio, sabía hacer de sí mismo el centro de

las bromas, y había preparado un programa con todas las intenciones de cumplirlo.

-Mi misión consiste en despertar su interés por Barbados y en procurar que se sientan a gusto en nuestra maravillosa isla. Siempre se la ha conocido por el sobrenombre de Pequeña Inglaterra, y nos enorgullece confesar que se ha ganado el apodo. Cuando los bandidos de la patria cortaron la cabeza a un rey, en Barbados dijimos «Eso no se hace!», y declaramos la guerra a todo el imperio, tal como era por aquel entonces. Todavía pensamos igual. Cuando en Inglaterra todo se pone patas arriba, siempre se puede buscar refugio en Barbados. Nuestra población es de doscientos sesenta mil habitantes, como la de una pequeña ciudad norteamericana; la superficie, de cuatrocientos veintinueve kilómetros cuadrados, como un condado grande; la calidad de vida, entre las mejores del mundo.

Cuando el *Galante* llegó a Bridgetown, un agradable puerto en el lado occidental de la isla, casi todos estaban dispuestos a gozar de Barbados. En cuanto los autobuses se pusieron en marcha, cargados con los pasajeros, sus ocupantes encontraron un territorio que no los desilusionó en absoluto. La transición del cultivo de azúcar a una industria diversificada había sido efectuada con facilidad, casi con gracia. Como en Barbados nunca hubo tierras de sobra, al terminar la esclavitud los hombres descontentos no tuvieron adónde huir, como había ocurrido en otras islas. Los negros se vieron obligados a permanecer en sus sitios y llegar a algún acuerdo con los antiguos amos. Se produjeron los levantamientos de costumbre, a veces bastante crueles, pero no fueron duraderos ni dejaron rencores. Así pues, Barbados acabó logrando las mejores relaciones internas del Caribe.

-El secreto -dijo un conductor de autobús, de raza negra, a sus asombrados pasajeros- es que todos tenemos intención de hacer fortuna y pasarlo estupendamente en Inglaterra. Además, en nuestra isla ha nacido el mejor jugador de críquet del mundo: el gran sir Gary Sobers. y les aseguro que eso tiene mucha importancia.

Los alumnos de Thérèse se reunieron con los funcionarios de la isla, para un instructivo seminario que los informó sobre las islas que ya habían visto o que verían muy pronto. Los principales oradores fueron el mayor Oldmixon y un negro; profesor de historia. El tema fue el abortado esfuerzo de 1958 para unificar todas las islas británicas en una gran confederación, con una sola nacionalidad, una moneda, un gobierno federal y un destino común. A Oldmixon a veces se lo notaba tan conmovido por la tragedia en la que había participado que le brillaba alguna lágrima en los ojos:

De los Oldmixon que han dejado noticia en los últimos trescientos cincuenta años, todos han estado fervientemente a favor de la federación de

diversas islas caribeñas pertenecientes a Gran Bretaña, y habitualmente incluíamos tierras vecinas como la Guayana británica en América del Sur y la Honduras británica en la Central. En tiempos de Napoleón hubo un antepasado mío, el almirante Héctor Oldmixon tan entusiasmado con el tema que llegó a invadir la isla francesa de Guadalupe, para que también pudiera unirse a nosotros. Por desgracia, sólo la retuvo durante unas semanas.

*Con el correr de los años hubo una veintena de intentos de unir las islas en una federación. Desde el principio quedó claro que las tres fuerzas impulsoras debían ser Barbados, Trinidad y Jamaica. Ahí estaba la mayor parte del dinero, la mayor parte de la población. las ideas más avanzadas y la capacidad.*

*Pero se convirtió en una disputa a tres bandas. Cuando Barbados y Jamaica estaban de acuerdo, Trinidad se echaba atrás. Cuando Trinidad y Barbados coincidían, Jamaica se hacía la difícil. En cuanto a las islas más pequeñas. siempre habían soñado con la federación y estaban dispuestas a hacer verdaderas concesiones para lograrla.*

*Por fin, en enero de 1958. ante la cautelosa insistencia de Gran Bretaña. se autorizó la federación, se acordó un lugar para la capital en la isla de Trinidad y se fijó fecha para las elecciones, en marzo de ese año. La distribución definitiva de los escaños indicaba la importancia relativa de las islas: Jamaica. treinta y uno; Trinidad. quince; Barbados, cinco. Gran idea. gran potencial. Pero dejaré que el profesor Charles les cuente lo que pasó.*

El profesor negro contó una, historia desalentadora, de esperanzas regionales y desesperación nacional, en donde las ambiciones personales de unos pocos líderes destruyeron las esperanzas de la mayoría:

*Al fin todo se redujo a un choque entre líderes negros, los tres doctorados con honores en universidades inglesas: Manley, el hombre fuerte de Jamaica; Williams. el vanidoso de Trinidad, y el viejo y querido sir Grantley Adams de Barbados. siempre empeñado en hacer /as paces entre los Dos Grandes. Vanidad. vanidad! No hubo reconciliación y se tomaron decisiones incorrectas. Durante todo el año de 1958, esa gran idea que habría podido salvar este rincón del mundo pendió de un hilo. Aun así, la princesa Margarita de Inglaterra vino a inaugurar la Federación.*

*El mayor Oldmixon y yo la vitoreábamos entre la muchedumbre. ¿Qué salió mal? Por los motivos más demenciales del mundo, Manley amenazó con excluir a Jamaica; de modo que Williams tuvo que responder amenazando con excluir a Trinidad. Nuestro mundo estaba amenazado, y hacia 1960 se nos derrumbó encima. Gentes como Oldmixon y yo luchamos por rescatar el concepto,*

*pero en septiembre de 1961 Jamaica llamó a plebiscito, el resultado fue doscientos cincuenta y seis mil votos por la salida, doscientos diecisiete mil por la permanencia. Y todo el castillo de naipes se vino abajo.*

-Las familias como la suya y la mía -dijo Oldmixon- trataron de hacer funcionar la Federación de los Nueve, sin Jamaica y sin Trinidad. Pero sin la poderosa Jamaica no fue posible.

-También la geografía estaba, contra nosotros. Si Dios hubiera puesto a Jamaica más al este, habría sido el centro de cualquier federación., ¿Cuál es el problema? Jamaica es la unidad de más tamaño y está sólo a novecientos kilómetros de Miami, pero a mil ochocientos de Barbados, es decir, mucho más lejos que de Nueva York o Kansas City. Tal vez, nunca existieron los elementos esenciales para una confederación.

-¿No sería posible que alguien tomara la iniciativa y organizara las islas bajo un nuevo estandarte? -preguntó un estudiante.

-Hubo algunas especulaciones al respecto. Es posible que Cuba se estabilice hacia el año 2020, por ejemplo, cuando Castro ya no esté. Y al hablar de estabilidad me refiero a algún sistema económico y social aceptable para todos nosotros; entonces podría tomar la delantera para construir una gran hegemonía, que abarcara toda la zona, incluyendo Venezuela, Colombia, América Central y Yucatán, una vez que México se desintegre, cosa que probablemente ocurrirá. -Antes de que nadie pudiera reaccionar ante esa idea, continuó-: Creo que Cuba podría invadir La Española y Puerto Rico con relativa facilidad; y toda América Central. Las islas inglesas y francesas más adelante, Pero la economía y la proximidad obran maravillas.

-¿Es usted marxista? -preguntó uno de los estudiantes más inteligentes.

El profesor se echó a reír.

-Oldmixon y yo pasamos por reaccionarios. Pero pienso mucho sobre el movimiento de las naciones y sobre posibles realineaciones. Les aconsejo que hagan lo mismo, pues así estarán preparados para los cambios que se producirán a la puerta de su casa cualquier mañana de septiembre.

Ninguno de los estudiantes concebía una hegemonía cubana extendiéndose por el Caribe y sus costas, pero un joven le preguntó:

-¿Por qué no una hegemonía norteamericana, con Miami como capital?

-¿No estudia usted los mapas, caballero? Esa idea se me ocurrió ya

hace cuarenta años. Como se imaginará, por aquel entonces yo era bastante joven. Pero con un liderazgo norteamericano entraríamos en lo que podría llamarse el impasse *jamaicano*. Miami está muy hacia el oeste.

-Profesor, ¿me permite contradecirle?

-Si mis alumnos lo hacen, ¿por qué no usted?

-Le convendría mirar otra vez sus mapas. Miami está al este de Cuba, más o menos, e idealmente situada en relación con América Central y las costas del sur.

-Hablamos de norte y sur. Miami está completamente fuera del esquema, pero Cuba constituye el enorme límite septentrional del Caribe. -Como Nueva York y Washington encaramados en el borde de sus dominios, y Sidney, en Australia -contestó el estudiante, que no se daba por vencido-. ¿Sabe que existen los aviones a reacción? -Ojalá viniera usted a estudiar en mi universidad.

Cuando se alejaban de Barbados, Thérèse, al dar las buenas noches a sus discípulos, les advirtió:

-Mañana llamaré a todo el mundo media hora antes del amanecer. -Los gemidos de protesta la impacientaron-: ¡Jovencitos! En cuanto pude ahorrar un poco de dinero me embarqué en el crucero más barato de todos cuantos recorrían el Caribe. Tenía un camarote tan pequeño y tan abajo que era como dormir entre los tiburones. Lo más sensato para mí era levantarme temprano. Así aprendí que una de las experiencias más magníficas de estos viajes es acercarse a una isla tropical en un bote pequeño justo antes del amanecer. Todo es oscuridad, pero se presiente que algo se levanta. De pronto, un lejano destello de luz, una especie de palpitar en el aire. Y como estamos en el trópico, donde el sol se pone y se levanta en un instante, no con fastidiosa lentitud, allí surge el gran astro de pronto. ¡Luz por doquier! Y a lo lejos, el contorno de una isla en medio de un gran océano. Más luz, más isla., Y cuando el bote se acerca se ven las palmeras, los cerros, se siente el consuelo de saber que hay gente viviendo allí. No os perdáis una emoción que quizá no vuelva a repetirse en toda vuestra vida.

-¿Es tan bonito como usted dice? -preguntó una, muchacha.

-No se trata de una isla cualquiera, Marcia, sino de Todos los Santos. No hay nada en el Caribe comparable al puerto que veréis mañana.

Al día siguiente, cuando un sol de bronce saltó con asombrosa celeridad al cielo, los soñolientos estudiantes vieron, con exclamaciones de placer, las dos puntas que custodiaban la bahía, los cerros distantes, las

playas blancas y, por .fin, los tejados rojos y los chapiteles de Bristol Town, revelando cada uno de estos elementos su hermosura de modo tan perfecto que muchos de aquellos jóvenes recordarían para siempre ese amanecer.

Lo más interesante de la mañana fue algo que ocurrió por casualidad:

Mientras los estudiantes se amontonaban en tierra, una muchacha de la Universidad de Indiana vio una silueta alta y encorvada, que reconoció por los libros que había leído durante el crucero. Con un chillido anunció a quienes la seguían:

~¡Eh, muchachos! ¡Ése debe ser un rasta!

Todos corrieron a hablar con el desgarbado negro, vestido con una prenda holgada y una boina verde y dorada, de la cual brotaban largos mechones de pelo apelmazado, que le cubrían los hombros y la espalda. -¡Son mechones espanto! -gritó la muchacha.

Pronto los estudiantes tuvieron rodeado al desconocido, que se había acercado al muelle para predicar entre los turistas.

Su nombre, según dijo, era Ras-Negus Grimble, y había llegado a Todos los Santos desde Jamaica varios años antes.

-Primera vez vengo, gobierno me echa. Pero gusta Todos los Santos, mucho más que Jamaica. Así que vuelvo, prometo portarme bien. Aquí gobierno crece, puede aceptarme ahora.

Hablaba con un acento suave y encantador, intercalando alguna palabra rasta que nadie comprendía. Cuando los estudiantes vieron bajar a Thérèse por la pasarela, la llamaron:

-¡Profesora! Venga por aquí.

Al reunirse con ellos; ella comentó, de modo que el hombre la oyera: -Me alegro que hayáis conocido a un rasta. Tienen gran influencia en Jamaica y temía que os los perdierais.

Como aún era temprano, invitó al rasta a tomar algo con ellos; cuando le preguntó dónde podían tomar un café o unos refrescos, él le dijo:

-Todos turistas van al Waterloo.

Entonces los condujo a una especie de bar, donde Thérèse exclamó, con el placer del descubrimiento:

-¡Wrentham! Tengo una carta para sir Lincoln Wrentham. Pregunté al propietario dónde podía hallarlo, y un joven negro muy apuesto, intervino:

-Le pediré al chico que la entregue.

-Si le doy un dólar -preguntó ella-, ¿podría entregar también estas dos?

-Lo hará todo en el mismo viaje. Y no cobra nada.

Así salieron las cartas rumbo a las manos de Millard McKay, un conocido escritor sobre temas caribeños, y Harry Keeler, un inglés afincado en Todos los Santos desde hacía mucho tiempo.

Mientras tanto el rastafari, muy a gusto entre los jóvenes, había mandado traer su laúd casero y estaba tocando canciones compuestas por el famoso jamaicano Bob Marley. Dos estudiantes que tenían grabaciones del artista del reggae le preguntaron si sabía *Four Hundred Years*, la canción de los esclavos, traídos desde Africa al Caribe. Varios negros reclinados en la barra se sumaron al concierto, pero Thérèse quería que sus estudiantes conocieran algo sobre el rastafarismo, aparte de su música.

~Señor Grimble, ¿podría explicar a mis alumnos algo sobre su interesante religión?

-Hermana, ¿sabes algo de nosotros, tú? -preguntó él.

-Sé bastante, pero será mucho más interesante escucharlo de sus labios. Además, yo sólo sé lo que he leído en los libros, y eso podría estar equivocado.

El relato fascinó a los norteamericanos: Marcus Garvey y su visión del retorno a Africa, el emperador Haile Selassie como nueva encarnación de la Divinidad venida a la Tierra, los ritos, las costumbres, el lenguaje arcano, la visión de una hegemonía negra en el Caribe, la música. Cuando llegó a ese punto de su informal conferencia, volvió a coger su laúd y cantó algunas canciones de protesta, luego pidió a la más bonita de las estudiantes que se sentara a su lado y pasó a las canciones de amor, que entonó sólo para ella.

Después de un rato, un caballero blanco, de unos setenta años, entró en el café y preguntó por la profesora Vaval. Thérèse salió apresuradamente a su encuentro.

-¿Usted es el escritor Millard McKay?

Como él dijo que sí, le ofreció una silla entre los estudiantes y lo

presentó:

-Este es el norteamericano -cuyos libros hemos estado leyendo. Vino a esta isla como periodista. ¿Cuánto tiempo hace?

-En 1938, desde Detroit. Escribí una serie de artículos para mi periódico, los primeros de ese tipo en Norteamérica, y un editor neoyorquino que estaba pasando las vacaciones aquí me propuso publicarlos en forma de libro. El volumen se vendió tan bien que me quedé aquí, me casé con una muchacha de la isla, y desde entonces me gano la vida escribiendo sobre el Caribe.

-Muchachos, este hombre es una lección práctica. Escribió cincuenta, cien artículos. Pero un día dio con un tema especial adecuado a su talento, ¿De qué creéis que trataba su famosísimo ensayo? -Las suposiciones cubrieron todos los aspectos del Caribe, pero no se acercaron a la verdad-: "Cómo comer un mango". Fue un éxito editorial. No habría podido ser más divertido, más apto para las citas ni más veraz.

McKay sonrió con benevolencia; El pelo blanco destacaba su piel bronceada. Ella apoyó una mano sobre la del escritor y resumió brevemente ese texto:

-Comenzó diciendo la verdad, que el mango del Caribe es, probablemente, la fruta más tentadora del mundo, algo más pequeña que un melón, con gruesa corteza de colores variados y un enorme hueso central. ¿Cuántos de vosotros habéis probado alguna vez el mango? Es una mezcla de pifui, melocotón y un toque de trementina: -Varios lo habían probado, y los estudiantes no pudieron adivinar a qué venía tanto interés por esa fruta. Pero Thérèse llegó a la raíz del ensayo-: El señor McKay, como buen periodista, norteamericano, sabía que era preciso comer esa «reina de las frutas" que le había dado su ama de llaves negra. Pero no sabía cómo. El ensayo cuenta sus desastrosas aventuras al tratar de resolver el problema, hasta que lo rescató el ama de llaves, que le dijo: «Quítese la camisa, y también la camiseta. Ahora inclínese bien sobre el fregadero y a por él". Cuando él lo hizo, el jugo dorado le corrió por el pecho y los brazos. Pero al escribir el ensayo contó que bien valía el esfuerzo.

Uno, de los miembros del grupo le preguntó al hombre de la taberna:  
-¿Tiene mangos?

-No es temporada -dijo el negro.

Thérèse, riendo, se volvió hacia McKay

-¿Qué fue lo que dijo su ama de, llaves? ¿Los mangos son igual al



sexo, sucios, pero de lo mejor?

Dejó a sus alumnos para almorzar con los otros conferenciantes en la Casa de Gobierno. Cuando regresó, a primeras horas de la tarde los encontró todavía con Grimble, el rastafari, y tres de sus peludos acólitos, que alternaban la prédica de su doctrina religiosa con el consumo de marihuana y las canciones de Jamaica. Thérèse los saludó con la cabeza y se sentó a solas ante la barra, haciendo durar una Coca-Cola hasta que Millard McKay fue a buscarla para tomar el té en su casa. Cuando llegó a la cabaña, edificada entre flores y con vistas a la bahía, se llevó una sorpresa al descubrir que su esposa era una mujer de color más clara que ella, y mucho mayor, pero encantadora. Dentro esperaba el otro hombre al que ella deseaba conocer, el inglés Harry Keeler, que trabajaba para el gobierno de la isla, y su esposa, Sally, que también era mulata.

-Me he enterado de que ha almorzado usted con mi hermano Lincoln - dijo la señora Keeler-. Lo nombraron gegé hace poco y le encanta la pompa.

Después de una conversación informal sobre la situación económica de las diversas islas -tema número uno dondequiera que se iba, según descubrió Thérèse-, miró a las dos parejas y les preguntó:

-Ustedes que tienen experiencia personal en esto: ¿son difíciles los matrimonios mixtos? Estoy prometida con un blanco y les agradecería que me informaran.

Dedicó a cada uno de los presentes una seductora sonrisa, y ellos se mostraron dispuestos a hablar.

-A decir verdad -le explicó la señora McKay-, este norteamericano mío se enamoró primero de la isla y después de mí. Pero una vez que me echó el ojo, no lo dejé escapar.

-Mi cauteloso inglés -dijo la señora Keeler- se torturó meses y meses ante la duda de si sería feliz con una negra. Así que una noche le di un empujón y le dije: «¡Salta, que el agua está perfecta!».

-Cuando Millard y yo nos casamos aún era demasiado pronto -siguió la señora McKay-. Nos arrinconaron. Pero cuando ganó un poco de fama y fortuna con su libro, se desvivieron por aceptarnos. Después de eso no hubo más problemas.

-Creo que para, nosotros -añadió Sally Keeler-, aquí en Todos los Santos, puede haber sido un poco más fácil de lo que será para ti en Estados Unidos. Estamos bastante adelantados con respecto a esa cuestión. Mi hermano es el gegé y su gabinete es todo negro.

McKay, hombre juicioso, que había servido de prototipo para una

ingeniosa novela de Alec Waugh, le preguntó:

-¿Por qué hace esas preguntas, Thérèse? ¿Tiene dudas?

-¡No! -respondió ella, con tanta prontitud que ellos interpretaron lo contrario.

Estaban todos de acuerdo en que, si ella y Dennis tenían ya un buen trabajo y pensaban instalarse en el norte, había muchas probabilidades de éxito.

-En realidad -dijo la señora Keeler-, no creo conocer un solo caso, aquí en la isla, en que un matrimonio mixto haya fallado como consecuencia de la raza. Eso no sucede.

-Sí, pero ustedes han resuelto las relaciones mixtas. En Estados Unidos todavía no lo hemos conseguido.

Todos estuvieron de acuerdo en que así era.

Cuando Thérèse se disponía a regresar al barco, agradeció a sus anfitriones que le hubieran permitido contarles sus problemas, pero Harry Keeler replicó:

-En estos asuntos, la única regla sensata es hacer lo que uno siente y mandar al diablo a los demás.

Cuando, se apagaron las carcajadas, McKay se mostró renuente a permitir que la muchacha se marchara. La llevó aparte para decirle: -No sabe la suerte que tiene si su barco se detiene en Trinidad. No todos lo hacen, y así los viajeros se pierden muchas cosas .

-Sólo nos detenemos allí porque la compañía vendió muchos pasajes a estudiantes con la promesa de llevarlos a ver el carnaval. Dicen que es espléndido.

-Ah, en Trinidad hay mucho más que el carnaval -dijo el escritor.

Tenía ya setenta y siete años y estaba deseoso de hablar con alguien que manifestaba tan sincero interés por esa parte del mundo, la que él había adoptado como propia. Casi obligándola a sentarse, siguió:- Mi vida de adulto se inició en Trinidad. Cuando vine a Todos los Santos era un periodista novato; estudié la isla, me enamoré de sus costumbres inglesas y llegué a la conclusión de que conocía todo el Caribe. Después viajé hasta Trinidad, casi por casualidad, y aquello me hizo pedazos, su colorido, sus hindúes ... la magnífica poesía de sus mujeres. Escribí una serie de artículos sobre eso, y el redactor-jefe de mi revista me dijo:

-Así que por fin te has enamorado. ¿De quién? Tenía razón. Era una de esas doradas mujeres de Trinidad, y caminaba como un poema. Sus ojos eran dos destellos que no tenían mirar de frente a los hombres. Fueron tres días heroicos. Quise renunciar a mi empleo y quedarme en Trinidad para siempre, para casarme con esa joven celestial.

Suspiró. Thérese, que en esos días se interesaba mucho por saber quién se casaba con quién y cómo, le preguntó, señalando a la señora McKay:

-Pero, por lo visto, no se casó con ella.

-No -fue la melancólica respuesta, como si el escritor se riera de sí mismo-: Descubrí que trabajaba en una especie de casa de masajes. Ahí entablaba relación con sus clientes y hacía lucrativos negocios. Quedé destrozado: Volé a Barbados y me encontré justo en medio de una endemoniada revolución. Si me hubiera quedado aquí, en Todos los Santos, me habría convertido en un viejo tonto y sentimental.

-Fueron lecciones difíciles, pero, desde luego, le enseñaron algo. Sus libros sobre el Caribe son muy valiosos.

-En Trinidad hay un hombre mejor que yo. Yo pertenezco al siglo XIX; él, al XXI.

-¿Quién es ese genio?

-Se llama Banarjee.

-El libro que publicó en Yale figura entre los textos que recomiendo en este crucero.

De pronto él le apretó las manos con profunda emoción.

-Me entusiasma conocer a alguien que está tratando de impulsar el conocimiento. ¡Oh, cómo me gustaría tener cuarenta años y enseñar en alguna universidad! ¿Tiene dudas sobre el matrimonio mixto? No se preocupe demasiado. Usted ya tiene el juego ganado. -Y le dió un beso, concluyendo-: Que Dios la bendiga.

Cuando el *Galante* zarpó hacia el sur, para pasar el carnaval en Trinidad, las emociones de Thérese eran tan incandescentes y confusas que se vio obligada a caminar por la cubierta, bajo las estrellas. Le parecía perfecto que el barco abandonara la comodidad y el orden de las islas francesas y británicas para encaminarse hacia la turbulenta Trinidad y la antigua posesión española de Cartagena, pues su vida parecía estar, recorriendo un curso paralelo: Estoy viendo el Caribe bajo una luz muy diferente. Antes lo veía como erudita; ahora lo siento como ser humano.

Algunas de las conferencias la habían impresionado profundamente: la de Carmody sobre la realidad de la vida en Trinidad, por ejemplo, y las especulaciones del profesor negro sobre la posibilidad de que algún día Cuba extendiera su hegemonía sobre todo el Caribe. También la relectura del texto de Banarjee la sorprendió con sus vívidas descripciones de las costumbres y los valores antillanos. Recordó que tanto Carmody como McKay habían alabado al autor por diferentes motivos. Si quiero ser una profesora de verdad, será mejor que lo visite, pues él sabe algo que yo ignoro; se dijo.

A la mañana siguiente; cuando el barco amarró junto al muelle de Trinidad y los estudiantes se precipitaron a la algarabía del carnaval, ella se quedó en la cubierta, esperando a Michael Carmody. Al verlo aparecer le preguntó:

-Su amigo Banarjee... Todo el mundo parece tener una buena opinión de él. ¿Existe alguna posibilidad de visitarlo?

-Es muy sencillo. Era alumno mío. No vive lejos de aquí.

Echaron un vistazo al muelle. Una horda de jóvenes isleños, hombres y mujeres vestidos igual; con uniformes azules y dorados de vistosísimo diseño, invadieron la zona, preparándose para marchar por las calles. Cuando se les unieron, dieciséis personas mayores, con gigantescos disfraces multicolores mecánicamente controlados, la confusión colmó el lugar. Al aumentar el caos, una banda de dieciséis hombres pasó tocando una música embriagadora, en rmarimbas hechas con bidones de gasolina. Así, con un frenético espasmo, estalló el carnaval de Trinidad.

Con una voz vacilante, que traicionaba su temor de no poder visitar al erudito, Thérèse comentó:

-Supongo que ha de estar perdido en ese alboroto.

-Dudo de que un hombre como él se interese mucho por esto –la tranquilizó Carmody.

Al descender en medio del torbellino se encontraron entre dos grandes grupos de jóvenes, unos vestidos de ratones, los otros, de astronautas.

-¿Quién paga los disfraces? -preguntó Thérèse.

-Los padres de estos chicos --dijo Carmody-. El carnaval sólo se festeja una vez al año.

Thérèse, cada vez más atenta al palpar de los tambores, apenas oyó a Carmody.

-El doctor Banarjee vive en una casa vieja, famosa, que pertenece a su familia desde hace más de cien años.

-¿Vive con su familia?'

-Lo cuidan algunas personas. No está casado.

Algo en la expresión del irlandés preocupó a Thérèse, que se detuvo en medio del alboroto y cogió a Carmody por el brazo:

-Usted me oculta algo. ¿Es un poco «rarillo», como decíamos en la universidad? ¿Debo tenerle miedo?

-Es uno de los hombres más buenos y gentiles del Caribe. Casi un genio.

-Si no tiene cátedra, ¿cómo se gana la vida?

-Aquí está la casa. A propósito, generalmente la llaman la casa de Sirdar -explicó Carmody, aliviado por la posibilidad de evitar la pregunta. Señalaba un edificio viejo y bello, aunque descuidado-. Muchos indios se han iniciado aquí.

Subió tres peldaños para llamar a la puerta.

El erudito tenía el aspecto del hombre que se ha instalado en un sitio, para permanecer allí por el resto de su vida. Aparentaba unos treinta y cinco años, pero caminaba encorvado, como si buscara algo perdido. Los fuegos entusiastas de la juventud se habían desvanecido definitivamente. Tenía aún el pelo negro y hermoso, sin rastros de canas. Cuando sonreía, cosa que hacía con facilidad, sus dientes lucían más blancos que nunca. Al verlo, Thérèse recordó a los contadores de cuentos de los que hablan las novelas inglesas ambientadas en la India, y le inspiró una instantánea simpatía.

-Ranjit, te traigo a una joven muy inteligente: la doctora Thérèse Vaval, que va a ser profesora en Wellesley. Usa tu libro de Yale como texto -explicó Carmody.

Pero antes de que Banarjee pudiera saludarla, ella se apresuró a explicar mejor los motivos de la intromisión:

-Usted ha hecho grandes contribuciones en los campos sobre los que yo voy a enseñar: el pensamiento y la historia del Caribe. Soy haitiana, ¿sabe?

Sin dejarlo de envidia, Banarjee dio una palmada, exclamando -¡Qué suerte tiene usted, qué suerte! Siempre he deseado enseñar esas materias.

Toda mi vida, pero nunca he tenido la oportunidad;

-¡Pero si usted nos ha enseñado a todos, doctor Banarjeel

Complacido por ese elogio de una colega, Ranjit se liberó de la reticencia que habitualmente lo aprisionaba. -Con el entusiasmo juvenil que suelen exhibir ocasionalmente los indios de cualquier edad, exclamó:

-¡Señor Carmody, doctora Vaval, organizaremos una pequeña celebración, ya que el día es propicio!

Entonces se puso a trajinar por la casa y sirvió una jarra de zumo de lima y un cuenco lleno de pistachos. Carmody no probó bocado.

-Prometí pasar el día en mi colegio, porque tengo asuntos que atender. Espero que me disculpen.

-¿Volverá al barco? -preguntó Thérèse, que sentía simpatía por aquel hombre sensato.

-¡Desde luego! Todavía he de dar otras dos conferencias y entregar las notas de los estudiantes. La dejo en buenas manos.

Cuando se quedaron solos, Banarjee dijo:

-Ahora, por favor, cuénteme cómo llegó desde Haití a Cambridge, Massachusetts. Para empezar, ¿cómo escapó de los tontons macoutes?

Las palabras de la respuesta reverberaron en el aire caliente de Trinidad como ecos de campanillas de cristal, resumiendo tres siglos de historia caribeña:

-Escapamos peligrosamente, en un barco pequeño, sin suficiente comida. Muy al norte, nos recogió un barco canadiense que nos dejó en Quebec. Yo tenía nueve años.

-Por casualidad, ¿su padre es Hyacinthe Vaval?

-En efecto.

Ranjit se levantó para hacer la venia.

-Así que usted era una niña de nueve años, negra y haitiana, en la ciudad de Quebec. ¿Cómo llegó a Cambridge?

-Bueno, ya hablaba francés, por supuesto; y los canadienses tienen un corazón de oro fundido bajo ese exterior frío. Me adoptaron. Mis

maestros ... -Hizo una pausa- Cada uno de ellos merecería una condecoración.

-Yo tuve maestros así -reconoció Banarjee.

Después quiso saber de sus estudios, y ella respondió como suelen hacerlo los jóvenes brillantes:

-Mis profesores querían que triunfara. Yo era la única muchacha negra en la que veían condiciones. Escribieron a Radcliffe.

-Lo mismo pasó conmigo, en el pequeño colegio de Trinidad. Y en la Universidad de Jamaica.

Con ese principio, los dos estudiosos se lanzaron a un rápido y apasionado intercambio de ideas, conceptos, suposiciones sobre el futuro de las islas y las posibilidades de los países del Tercer Mundo de sobrevivir, por no hablar ya de prosperar. Cada uno de ellos dominaba los conocimientos que constituían el campo de trabajo del otro, cada uno respetaba la especialización del otro en los temas que no conocía. Thérèse lo bombardeó con preguntas sobre Trinidad. Él buscó detalles específicos sobre el desastre de Haití.

Sin que hicieran falta preguntas, ella le contó su notable experiencia con Lalique Hébert, la zombi. Ranjit no se mostró sorprendido.

-Más cosas hay en el mundo de las que sueña tu filosofía, Horacio, -citó.

Cayeron fácilmente en un análisis de los recientes cambios políticos sufridos por Jamaica y Trinidad.

-¿Es posible que Haití se unifique alguna vez? -preguntó él.

-Mi padre quiere retornar para salvar algo, si puede.

-¿Y usted?

-Después de pasar dos semanas en la isla, le advertí que no lo hiciera. No siempre se puede sobrevivir a una fuga en un bote sin abrigo ni comida.

-¿Los macoutes todavía siguen activos?

-Emergen en todas las naciones, de formas variadas. Si la buena gente no se anda con cuidado....

-Dígame, doctora Vaval: ¿Cómo la afecta espiritualmente volver la

espalda a Haití y refugiarse en Estados Unidos?

Ella se levantó para pasear por la galería de aquella agradable casa. Luego confesó:

-Este crucero ha sido un periodo de prueba ... mis islas, mi cultura ... mi gente, atrapada en sus trágicos callejones sin salida. Cuando salí de Miami era una norteamericana totalmente integrada, con un trabajo espléndido, un futuro ilimitado y ... -:"Se interrumpió en plena frase, pues no quiso decirle a aquél desconocido:... y un hombre delicioso con quien iba a casarme». Pero terminó con otra parte de la verdad:- Sin embargo, tras dos semanas en Haití, viendo otra vez a mi pueblo sumido en tan terrible, pobreza ... - Después de pedirle un pañuelo de papel, le preguntó:-Usted conoce el Caribe, profesor Banarjee. ¿Cómo hicieron los esclavos de Trinidad y Haití para reunir coraje y seguir con vida? ¿O los antiguos indígenas?

-Los arawaks se negaron. Ellos arreglaron sus cuentas con los españoles de un modo muy simple: muriendo, así sin más.

-No creo que su pueblo o el mío se conformen con eso. ¡Por Dios! , Ser haitiano y vivir, sólo vivir, es un acto de coraje increíble.

El no hizo comentarios, pues las palabras de Thérèse quemaban como espadas al rojo vivo recién sacadas de la forja. A veces, en Norteamérica, él tampoco había tenido deseos de vivir, pero lo hizo.

Tampoco era fácil aceptar aquellos años de tragarse su orgullo y salir a las calles de Puerto España, saludando a la gente que había leído los informes de sus fracasos.

En ese momento de silencio, de perfecta comunicación, los dos comprendieron que había llegado el momento en que uno dijera: «¿Por qué no salimos a cenar y contemplamos esa gran tontería que es el carnaval?». Pero ella se contuvo. Ni siquiera en la actualidad acostumbraban las mujeres isleñas a hacer semejantes invitaciones, mucho menos en un país extraño y dentro de una sociedad tan ajena como: la de Banarjee. Él, por su parte, no podía por un doloroso motivo: no tenía dinero. Ese precioso instante de reconocimiento pudo haber pasado de largo, si él no hubiera tenido el coraje de confesar:

-Doctora Vaval, me sentiría muy honrado si pudiera invitarla a cenar en esta noche festiva, pero no tengo...

-No es problema, doctor. Cada uno pagará lo suyo.

-La pensión que me pasa mi familia...



Estaba tan cerca de derrumbarse que no pudo terminar la frase, explicando que su magra pensión le llegaba a intervalos fijos y que ...

Con la gracia que caracteriza a los haitianos cuando tratan con gente a la que respetan, ella dijo sin el menor bochorno:

-Sus obras, doctor, han arrojado luz sobre ciertos compartimentos oscuros de mi vida, Me sentiría muy honrada si me enseñara las glorias de lo que, según nuestro guía, es una de las mayores celebraciones del mundo.

Él asintió y ambos salieron de la casa a las calles, para confundirse con la bulliciosa muchedumbre. Luego buscaron sitio en un restaurante de precios moderado, donde comieron y bebieron, contemplando las multitudes que pasaban con costosos disfraces y máscaras. Cuando desfilaron las bandas, él explicó que el suave timbre musical de los bidones de gasolina se había descubierto en tiempos recientes durante la Segunda Guerra Mundial.

Ella quedó encantada al ver que una de las bandas acompañaba a un famoso cantante de calipso, Lord of all Creation, que entonaba inmisericordes rimas sobre Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Mijafl Gorbachov y varios personajes locales que ella no conocía. Pero lo mejor de esa larga velada fue una voz familiar, gritando sobre todas las voces:

-¡Ranjit! ¡Thérese! Tenía la esperanza de encontrarlos disfrutando del espectáculo.

Era Michael Carmody, que volvía de su jornada en el colegio. Ranji queda desesperadamente invitarlo a compartir una copa con ellos, pero mientras él vacilaba, Thérese comprendió de inmediato lo que debía hacer y dijo:

-¿Nos haría el honor de acompañarnos?

Y llamó a un muchacho que vendía bebidas. Se iniciaba una noche de jolgorio.

Thérese descubrió que las predicciones de Carmody sobre el carnaval no eran exageradas, pues los disfrazados pasaban por millares, el ruido era ensordecedor ,los calipsos divertidos y picantes, las bandas palpitaban invitando a participar en el baile, la comida era sabrosa, y los ponches de ron, interminables. Hasta Ranjit, habitualmente abstemio, permitió que sus amigos le pagaran dos copas llenas de zumo de fruta, soda y una medida de Trevelyan.

A las cuatro de la mañana, cuando las bandas parecían estallar con renovadas energías, Carmody sugirió:

-Vamos al barco y pongamos la celebración a dormir con un desayuno en la cubierta alta.

Y eso hicieron. Comieron huevos revueltos mientras contemplaban los festejos y escuchaban la música.

A las nueve de la mañana se separaron. Era hora de que Banarjee se retirara, pero Thérèse, al acompañarlo hasta la pasarela, le propuso: -Descansemos hasta la una o las dos de la tarde. Después pasaré por su casa y presenciaremos otra noche de carnaval.

-Me encantaría -dijo Ranjit.

Pasaron esa tarde en la terraza de la casa de Ranjit, tomando zumo de lima y conversando de temas muy diversos: las diferencias entre la conducta de las varias naciones ocupantes, el papel actual de Cuba y su marxismo, la poca disposición de Estados Unidos a proporcionar su liderazgo a la zona, y el efecto residual de la esclavitud en los negros del presente.

-¿Cómo hizo para cursar dos doctorados? Lo vi en los datos biográficos de uno de sus ensayos -le preguntó Thérèse.

El eludió la respuesta, pues consideró que la muchacha podía desaprobado el comportamiento de él y Muhamad para no obtener sus diplomas demasiado pronto. Luego la conversación se centró en el tema principal de cualquier discusión sería sobre el Caribe.

-¿Qué pueden hacer estas islas magníficas para ganarse la vida?. - planteó Thérèse.

Señaló que Jamaica había perdido su industria de baxita y que sus granjeros ya no podían colocar sus plátanos en Europa. El tocó un tema aún más apremiante:

-Lo único que podemos producir mejor que ningún país, el azúcar, ya no se puede cultivar. Es irritante. Estados Unidos no quiere comprarlo y lleva a las islas al borde de la bancarrota.

Esas dos personas inteligentes, que estaban entre las mejor informadas de la zona, no hallaron esa tarde una solución al problema básico. -El turismo, podrá mantener a flote a una población limitada. El resto tendrá que emigrar a Inglaterra o a Estados Unidos -dijo ella.

-Eso no se permitiría -comentó Ranjit:

Acabaron la conversación sumidos en la desesperanza. Al caer la

noche, ella lo invitó a cenar. Ahora el carnaval tenía un significado especial para ellos, pues al ventilar tan intensamente sus problemas habían intimado mucho. Thérèse trató de evitar a los compañeros de viaje del *Galante*. Hasta fue un alivio que Carmody no reapareciera. Por un rato acompañaron a un ruidoso grupo de negros ridículamente vestidos. Thérèse permitió que los hombres la hicieran girar en el aire y la besaran al ponerla en el suelo. En un rincón, un grupo de estudiantes disfrazados de conquistadores españoles la cogieron de los brazos y huyeron con ella. ~anjit, que la veía volar por entre la multitud, radiante, su claro rostro liaitiano, pensaba: ¿Quién habría dicho que, esta noche, yo estaría en la calle con la mujer más hermosa del carnaval? Y cuando los estudiantes la devolvieron, para él fue un gran placer que la muchacha le tomara las manos como si regresara al hogar.

Era carnaval, una mezcla de antiguos ritos africanos con los misterios pascuales de la Iglesia católica y las majestuosas procesiones de la vieja Inglaterra. Había música fiera y cantos suaves, el palpitar de las bandas y el gemido de *Four Huru!reaYears*. de Bob Marley; comida, bailes, borracheras; sacerdotes vestidos de negro, que observaban con benevolencia; tripulaciones de tres cruceros armando alboroto y besando a las dóciles muchachas: ¡Carnaval en Trinidad! Un marinero gritó:

-Comparado, con esto, el MardiGras de Nueva Orleáns parece una merienda de parroquia.

-Lo mismo vale para la calle Ocho de Miami -comentó Ranjit. .

El *Galante* debía zarpar a las ocho de la mañana. Cuando sonó el silbato de aviso, Thérèse le dijo:

-Debo irme. -y entonces dejó escapar el grito de su corazón- ¡Dios mío, no quiero abandonar esta isla!

Ranjit, animado como no lo había estado nunca desde el asesinato de Molly Hudak, trató de prolongar la despedida. Ya no estaba encorvado ni mantenía una actitud de eterna disculpa. La escuchó muy erguido junto a la pasarela:

-Oh, Ranjit, estos dos días han sido mágicos. Un seminario sobre el significado de nuestro mar.

-Y de nuestra vida -repuso él.

Entonces sonó por última vez la grave sirena del barco. Y se separaron.

La Swedish Unes, al planear ese desacostumbrado crucero-seminario,

había programado un periodo de tranquila navegación hacia el oeste al partir de Trinidad, a fin de que los profesores pudieran dar a sus alumnos instrucciones previas a la llegada a Cartagena, que no sólo era la parada final del crucero, sino también la culminación histórica. El plan demostró ser acertado, pues durante ese primer día de navegación se trabajó mucho en conferencias y debates .. Uno de los estudiantes de Thérèse expresó la opinión generalizada:

-El que ideó este crucero estuvo genial.

En la velada previa al desembarco en el histórico puerto de Cartagena, el profesor Ledesma dió la principal conferencia del viaje. Utilizando una serie de sugerentes diapositivas, explicó que su ciudad natal había sido, en otros tiempos, la reina del Caribe, el amplio puerto donde se reunían los barcos, cargados de oro y plata, para el peligroso viaje a La Habana y Sevilla, Habló de los grandes hombres que habían frecuentado ese amarradero con sus naves de guerra: Drake, Morgan, Vernon, los feroces piratas franceses, y sir John Hawkins, tal vez el mejor de todos esos marinos.

-Pero quiero destacar especialmente a un español recio que ayudó a uno de mis antepasados a defender Cartagena contra una gran armada inglesa.

Primero utilizó dibujos del periodo de 1741 para mostrar el abrumador peso de la flota invasora inglesa..

-Imaginen ahora a los dos españoles que se oponían a este poderoso ejército. Mi antepasado, el gobernador Lédesma, debía de parecerse bastante, de modo que podemos olvidarnos de él. Pero lo apoyaba un hombre que nadie debería olvidar jamás: el almirante Blas de Lezo, antiguo en el servicio, y qué servidor, combatió en veintitrés batallas navales, siempre en medio de los disparos. Frente a Gibraltar perdió la pierna izquierda. Frente a Toulon quedó ciego de un ojo, y en una gran batalla en defensa de Barcelona perdió su brazo derecho.

Mientras enumeraba todas estas mutilaciones, el profesor usó el brazo izquierdo como garfio, convirtiéndose por un momento en el viejo lisiado que luchaba por defender su ciudad.

¿Y venció? -preguntó un estudiante.

-Parece increíble, pero rechazó a toda la armada británica con sólo un puñado de hombres. Conservó los barcos anclados y no permitió la entrada de los soldados ingleses en su ciudad. No le pusieron un dedo encima, aunque eso no es del todo cierto. En el combate recibió dos heridas graves. Nuestras campanas apenas habían dejado de redoblar celebrando la victoria cuando tuvieron que anunciar su muerte.

Al terminar la conferencia, los estudiantes se reunieron alrededor de él para seguir interrogándolo y las conversaciones duraron hasta bien pasada la medianoche. Pero, a la mañana siguiente, Ledesma bajó temprano a desayunar; debía supervisar lo que, según todas las expectativas, sería una jornada de gala. El gobierno de Colombia, perjudicado por los informes que revelaban un tráfico de cocaína sin control en las ciudades interiores, había hecho un gran esfuerzo para proporcionar a los pasajeros del *Galante*; sobre todo a los estudiantes, una memorable experiencia de Cartagena; les proporcionaron botes para recorrer aquel puerto incomparable y helicópteros militares para que los geógrafos o historiadores pudieran apreciar la zona en su totalidad. Ledesma en persona encabezó recorridos a pie por las antiguas murallas, por las cuales otro Ledesma había acompañado a sir Francis Drake en sus paseos de medianoche.

Thérese, que no tenía responsabilidades ese día, fue de los primeros que subieron a los helicópteros. El joven piloto la invitó a ocupar el asiento contiguo al suyo, desde donde pudo apreciar el modo en que esa ciudad había sobrevivido a los múltiples ataques. Allí abajo estaba el centelleante puerto; con sus dos entradas, Boca Grande y Boca Chica.

En la primera se destacaba ahora una carretera construida sobre los esqueletos de innumerables barcos hundidos en tiempos pasados para evitar que los navíos enemigos entraran subrepticamente. Pero lo que más la impresionó fue la vista panorámica del norte, pues entonces pudo ver que Cartagena se elevaba sobre un islote, protegido por tierras pantanosas al norte y al este, y por el Caribe al oeste y al sur, de modo tal, que ningún enemigo podía atacar con facilidad flanco alguno. Se levantaba allí solitaria: una ciudad amurallada con una personalidad inigualable, que no había sido, destruida ni alterada por los torrentes de oro y plata llegados desde Porto Bello ni por los pesados cañonazos disparados por las flotas británicas. Era una ciudad libre detrás de su muralla.

Al terminar el vuelo, vagó a solas por las callejas estrechas del casco antiguo. Al salir de un callejón que era poco más que un pasadizo, con las fachadas de las casas casi tocándose, se encontró súbitamente en el corazón de una plaza tan bonita que la hizo exclamar:

-¡Oh, qué hermosura!

Dos anchas calles se cruzaban en el centro, dividiendo la plaza en cuatro cuartos iguales, cada uno con su propia fuente burbujeando. En medio, allí donde se encontraban las calles, se alzaba una bella estatua, de Bolívar. La plaza estaba rodeada en sus cuatro costados por bonitos edificios, cada uno de diferente color, de modo que el efecto era más pictórico que arquitectónico. Al encontrarse en el centro, el primer pensamiento de Thérese fue: ¡Qué formal, comparado con la gran plaza abierta de Point-a-Pitre. Esta es muy española y aquella muy francesa, pero ambas resultan

inolvidables.

En el extremo sombreado de la plaza vio un majestuoso edificio, que parecía haber estado ocultándose como, un actor magistral antes de su entrada. Alto e imponente como una iglesia, decorada su fachada con majestuosas estatuas y ornamentos, exhalaba un aire de poder y misterio. Al cruzar la plaza para inspeccionarlo, Therese descubrió que desde allí habían velado los funcionarios de la Santa Inquisición por la ortodoxia religiosa y la moral privada de la ciudad, en aquellos largos años comprendidos entre 1610 y 1811. Se estremeció al pensar en los sufrimientos que habría presenciado aquel edificio.

Pero al entrar por sus imponentes portones descubrió que había sido convertido en museo. Sus vitrinas; bien dispuestas y etiquetadas, le enseñaron que en Cartagena la Inquisición no se había desmandado. En el curso de su larga dictadura había pronunciado sólo cinco sentencias de muerte, cosa que, en aquellos años, equivalía a una milagrosa humanidad, tanto en América como en Inglaterra; de esas, cinco, sólo dos eran condenadas a la hoguera, ambas contra clérigos renegados.

Aliviada con eso, se entristeció al leer el relato detallado del primer gran auto de fe realizado en 1611, ocasión en la que diecinueve hombres y mujeres recibieron noticia de sus castigos, durante una gran celebración realizada en la plaza que acababa de ver. Con terrible frecuencia aparecía la frase: A las galeras de por vida y sin sueldo. A menudo se ordenaba que el sambenito del prisionero, su atuendo carcelario distintivo, fuera etiquetado con su nombre y expuesto a perpetuidad en la catedral de la ciudad, para que todos recordaran la desgracia de la familia.

La nacionalidad de las víctimas y la dureza de las sentencias revelaba los odios religiosos que tanto perjudicaron a todas las colonias españolas: Juan Mercader, vendedor ambulante francés a quien se oyó ridiculizar una bula papal que convocaba a una cruzada; Marco Pacio, italiano, quien aseguraba que faltar al sexto mandamiento no era pecado; Juan Albert, alemán, que también se burló de una bula papal». En Cartagena se había sospechado de todo el que no fuera español.

Los delitos de los pecadores nativos indicaban qué era temible para la Iglesia: por no creer en el purgatorio, por haber establecido un pacto de dieciséis años con un demonio llamado Buciraco, por haber adivinado la suerte con habichuelas, por conjurar espíritus malignos y por levantar a los muertos de sus tumbas.

Al leer esos registros, Thérèse se preguntó si alguna vez había existido la posibilidad de ese Eliseo con el que soñaba el senador Lanzerac: «Un Caribe con un solo Estado, un solo idioma, una sola religión». Se preguntó si no se habrían alzado almas resueltas para gritar «¡No toleraré más esta

dominación!», con los consiguientes disturbios y revueltas. Al cabo de un tiempo todo habría sido lo mismo: muchas naciones, muchos gobiernos.

Al volver al Galante fue directamente a su camarote, apoyó en sus rodillas el cartapacio que le proporcionaba el barco y comenzó una demorada carta a Dennis Krey: En realidad; la empezó dos veces, pero tenía la mente tan agitada por las experiencias del día que no le era posible concentrarse. Después de arrugar las cuartillas, subió a cubierta para buscar al profesor Ledesma.

-¿Podríamos dar un paseo antes de la cena? Tengo que tomar decisiones importantes -le dijo..

-Esperaba una invitación como ésta desde que subimos a bordo.

Pronto estuvieron caminando por las murallas y las estrechas callejas del centro de la ciudad. Ella lo condujo a la plaza central, que tan favorablemente la había impresionado. Allí, sentados ambos en un banco, frente al majestuoso edificio de la Inquisición, Ledesma le habló de los valores impercederos que nutren una sociedad, manteniendo su vitalidad le dijo que el hispanismo era uno de los sistemas perennes del mundo, como el islamismo, la cristianidad y el judaísmo.

En ese caso, ¿por qué la cultura española de las Américas no ha podido producir gobiernos civiles estables? -le preguntó ella.

-La estabilidad está sobrevalorada. La vitalidad, el movimiento, el goce de cada día, eso no es lo que realmente, cuenta.

Thérese no estaba dispuesta a admitir ese criterio, que consideraba erróneo, y protestó:

-¡Profesor Ledesma!, Esta semana; los pistoleros del cartel de Medellín han asesinado a dos jueces más en esa ciudad y a tres líderes políticos en Bogotá. ¿Le parece que es eso el florecimiento de la cultura española?

-Uno de los jueces era primo mío. Reconozco que pasamos tiempos horribles, pero ¿acaso Norteamérica no tiene sus propios problemas.

Ansiosa por dar alguna base sólida a esa discusión, ella sacó de su bolso un librito que trataba esos temas.

-Como esto fue escrito por un destacado erudito francés, que no estaba predisposto hacia los españoles ni hacia los ingleses, se le puede reconocer imparcialidad.

Leyó, traduciendo del francés:

Si sir Francis Drake en 1586 o el almirante Vernon en 1741 hubieran aprovechado su ventaja y, además de ocupar Cartagena, hubieran tomado permanentemente posesión de ella, *la* historia del Caribe, de América Central, de Sudamérica y quizá del mundo entero se habría alterado radicalmente. Con el gran puerto de Cartagena en manos inglesas, la flota española no se habría atrevido a transportar *las* riquezas del Perú o Porto Bello, y cortado ese cordón umbilical, el que existía entre México y la Habana habría sido insostenible. Los galeones cargados, de oro y plata no habrían podido cruzar el Atlántico hasta Sevilla, y el imperio débil y caótico que España mantenía en el Nuevo Mundo se habría derrumbado. En su lugar se habría levantado una ordenada colonización inglesa de modo tal que las grandes zonas de Argentina, Chile y Brasil se habrían desarrollado hasta ser naciones estables, como Canadá, Australia y Nueva Zelanda, tal vez para mejor suerte, del mundo.

Cerrando el libro con movimientos precisos, como si estuviera dirigiendo, uno de sus seminarios, le preguntó a Ledesma:

-Y ahora ¿qué podemos decir usted y yo a esto, como buenos católicos?

-El orden inglés en el gobierno no es el mayor bien del mundo.

-Y continuó con las palabras que habría podido emplear el primer Ledesma de Cartagena-: Ver prosperar a todos los miembros de la propia familia. Tener una religión que dé consuelo. Sentir el espíritu libre para remontar el vuelo. Estallar de idealismo poético. Ésas son las grandes virtudes. -Hizo una pausa para observar a Thérèse y le preguntó-: La gente de Gary, Indiana, ¿lo pasa tan bien como nosotros aquí en Cartagena?

-Usted sabe defender la elegancia de las costumbres españolas - reconoció Thérèse- pero no el gobierno hispano.

-Ustedes, los jóvenes eruditos contaminados por las interpretaciones inglesas de la historia, deberían recordar un hecho básico. Nosotros, los españoles, conservamos el Nuevo Mundo desde 1492 hasta 1898, año en que ustedes nos robaron Cuba y Puerto Rico. Cuatro gloriosos siglos, de logros. Inglaterra retuvo su imperio sólo desde 1630 hasta 1950, aproximadamente: un periodo bastante corto, en comparación. Y los cobardes norteamericanos temen asumir las cargas que nosotros abandonamos. Así que no tiene derecho a sermonearme, profesora. Nosotros fuimos los grandes triunfadores y un día de éstos volveremos a serlo.

Puede estar segura de eso.

Sin querer hacer más observaciones que pudieran molestar a aquel



anciano caballero, ella contempló la bella plaza, entristecida por la desaparición de los antiguos valores, y bajó la cabeza, gesto en el que Ledesma reparó de inmediato:

-¿Qué le pasa, doctora Vaval? ¿Qué es lo que la aflige?

-Este crucero -dijo ella-. Esta visión íntima del mar en el que mi pueblo sufrió, triunfó y conoció la desesperación. Me ha provocado una impresión violenta:

-¿Desorientadora?

-Mucho.

-Para eso son los viajes. Ya se aclarará todo.

-El profesor contempló los dibujos trazados por el sol tardío sobre la fachada del edificio de la Inquisición. Luego le preguntó: ¿Es un problema personal... con su novio, supongo?

-Sí. Estoy a punto de casarme con un auténtico ejemplar de Nueva Inglaterra. Pero siento cada vez más dudas ... Me resulta imposible hasta escribirle.

Él se inclinó para recoger algunos guijarros y los hizo bailar en la mano derecha.

-Mi familia está en esta ciudad desde hace cuatro siglos y medio. Para nosotros es un acto de fe que nunca, durante este tiempo, nos hayamos visto acusados de herejía ni unidos en matrimonio con un indígena ni un negro. Así me educaron. Y créame que si yo tuviera un hijo en edad de casarse y usted apareciera por aquí, lo enviaría a Salamanca, para que consiguiera un título universitario y una esposa española. Así somos nosotros.

-Lo mismo dice mi familia de su propia pureza africana, pero mi piel clara atestigua que en algunos puntos hubo vacilaciones -respondió ella, y soltó una carcajada ante lo ridículo de su situación.

-Caminemos hasta el extremo del mirador, propuso él-. Aquí, servimos nosotros en la oscuridad, señorita Vaval, oteando el Caribe, alertas a la aparición del enemigo, los piratas o el huracán. Y nunca, por tres años seguidos, pudimos sentirnos cómodos con una supuesta seguridad. Esa sigue siendo la honorable obligación de cualquier hombre o mujer decente, subir a la torre del vigía, estar alerta al enemigo, y hacer la señal. Tampoco es mala misión para una profesora.

El rato que pasó con el profesor Ledesma fue apasionante. Esa noche, cuando se despidieron -pues el barco partiría temprano por la mañana-, Thérèse le cogió la mano derecha entre las suyas y se la llevó a los labios.-

-Me alegro mucho de que usted decidiera hacer este crucero. .-El primero de los grandes Ledesma proclamó que el Caribe era un lago español. . Ustedes han demostrado que desde entonces han venido muchos negros buenos. Pero el color del mar en sí nunca ha cambiado, sigue siendo de oro -dijo él a modo de despedida.

Iba a marcharse dejando estas palabras en el aire, cuando ella exclamó:

-Un momento, profesor. Quiero que envíe una carta por mí. Corrí a su camarote, cogí papel y, garabateé: «Querido Dennis: Sería muy indecoroso que te casaras conmigo y completamente erróneo de mi parte casarme contigo. Acabo de descubrir el mundo del que formo parte. Por eso, con amor y pena, adiós. Thérèse».

Durante el viaje de regreso a Miami, Thérèse estaba tan nerviosa y confusa que permaneció a solas, evitando a sus alumnos. A veces pasaba largos ratos ante la barandilla, contemplando el Caribe como si jamás fuera a ver nuevamente sus gloriosas olas. Al recordar las sospechas que había albergado aquella noche previa a su llegada a Trinidad, pensó::

Este crucero ha sido un punto decisivo en mi vida. Me ha mostrado el Haití contemporáneo tal como es y me ha dado el valor de escribir esa carta, para romper mi compromiso con Dennis Krey. Ahora estoy en vísperas de iniciar una vida nueva en Wellesley., Todo era parte de la línea divisoria. He hecho lo que debía de la manera correcta. Que quede así, pues.

Pero ese vigor no tardó en abandonarla, pues el verdadero motivo de su preocupación aparecía como una imagen en las olas pasajeras. Era la cara seria de Ranjit Banarjee, rodeada por las escenas vibrantes del carnaval. Encontrarlo, se dijo, fue como encontrar una ensenada de aguas serenas después de haber estado debatiéndose en el oleaje turbulento. De pronto, exultante, abrió los brazos como para abarcar el Caribe entero.

-¡Tú eres mi mar! ¡Tu pueblo es mi pueblo!

-¿,Hablando sola?, -le dijo una voz de hombre a sus espaldas.

-Era Michael Carmody. Como ella no le respondió, él siguió. - Sentémonos en estas sillas, tenemos que hablar. Usted tiene problemas, doctora Vaval. Todo el mundo lo ha notado.

-¿Quién se ha creído usted que ... ? -Pero Thérèse comprendió de inmediato que no debía hablar así-. Disculpe. Para usted este viaje ha sido como unas vacaciones. Para mí, un salto al abismo.

-No necesito explicaciones. Por lo que ví en Haití, este viaje, para usted, debió de iniciarse con una mala impresión.

-En efecto.

-Tiene razón -reconoció él, apresurado-. He sido presuntuoso.

Pero ya descubrirá que así somos los maestros cuando tememos que se nos acabe el tiempo.

-¿Qué significa eso?

-Cuando vine a Trinidad tenía más o menos su edad y era tan pobre como usted cuando desembarcó en Canadá. He pasado toda mi vida y puesto todos mis sueños en Trinidad, siempre con la esperanza de encontrar a ese joven brillante que justificara mis sacrificios ...

-Enseñar nunca es un sacrificio.

-Profesora -Vaval, bien sabe usted que las personas como nosotros podríamos ganar muchísimo más dinero si dedicáramos nuestros esfuerzos al comercio o la abogada.

-¡Ah, pero no es sólo el dinero lo que nos interesa!

-Tiene muchísima razón y me alegro de que lo haya dicho. De ese modo me facilita lo que debo decirle. -Se llevó los dedos a los labios, vacilando-. Buscamos incansablemente esa inteligencia fulgurante. Ya descubrirá usted que los años van pasando y uno empieza a desesperar. -Continuar parecía resultarle difícil, pero, de pronto, las palabras surgieron a raudales. -Para mí, ese intelecto fue Ranjit Banarjee. Sonetos celestiales, ensayos brillantes ... Tenía el mundo a sus pies.

-Si llevaba tan buen rumbo, como usted dice, ¿por qué lo perdió?

-En el desarrollo de ese cerebro, fantásticamente capaz, no hubo nada que saliera mal. Mejora de año en año. En su vida privada, en cambio, todo ha salido mal.

-¿Le molestaría explicarme eso? :

-No puedo. Pero sí le diré que cuando la oí hablar a bordo del *Galante* y supe que era soltera, estuve a punto de gritar: «¡Ella es la que le corresponde! Ella podrá».

-Oh, señor Carmody ... cuando entré en la universidad, las estudiantes nos sentábamos a contar historias que siempre terminaban con la misma moraleja: «Si la cosa es así, chicas, no nos casemos nunca con un lisiado moral. Es preferible hacer un esfuerzo un poco mayor y buscar un hombre de verdad».

-Créame, doctora Vaval, ese hombre no es ningún lisiado. Lo que necesita es que alguien libere su alma. Que alguien lo ayude a ser el hombre que podría ser.

-Supongo que lo mismo puede decirse de muchos hombres –observó Thérèse, sobria.

-Él es diferente. Él vale la pena.

La joven caviló y, con bastante audacia, agregó:

-En la segunda noche de carnaval, la vi sentada con Ranjit y se habría dicho que los dos se habían liberado momentáneamente.

-Hizo mal en no reunirse con nosotros.

-Era evidente que deseaban estar solos. Ahora es evidente que usted deseada volver a Trinidad.

Thérèse, mordiéndose los nudillos, contempló el Caribe, las olas blancas que danzaban en cabriolas de alegría. Ella, en cambio, sólo sentía tristeza al abandonar ese mar. Echaría de menos su dorada grandeza, su pueblo tan diverso y especialmente, al hombre de Trinidad. Entonces oyó la serena voz del consejero escolar, que parecía hablar con un estudiante empantanado con el álgebra, sólo que en ese caso el problema estaba en el corazón del discípulo.

-Doctora Vaval, puesto que usted es de Haití, debo suponer que es católica. El, claro está, es hindú. Como católico inmerso en Trinidad, me veo en la obligación moral de advertirle que esas diferencias radicales suelen ser casi irreconciliables. Sin embargo, me parece que entre usted y Ranjit las similitudes son mucho mayores que las diferencias. ¿No es así?

-Sí -susurró ella.

Carmody, que ya tenía más de sesenta años, consciente de que estaba acabando su carrera docente sin haber cumplido con su misión -su único estudiante destacado no había tenido el comienzo debido- cogió a Thérèse de las manos y le dijo:

-Usted también va madurando, querida. Los veinticinco años no son eternos. Los treinta y cinco nos causan pánico a todos, especialmente a las mujeres. Yo lo he visto. Conque hay dos vidas en peligro, la suya y la de él... y tengo la sensación de que el peligro, está repartido por igual. -Como ella no respondía, pero tampoco retiraba las manos, continuó-: Un profesor de secundaria trata con dos clases de estudiantes: los que necesitan descubrir por si mismos las verdades fundamentales, guiados por silenciosos acicates, y los que necesitan que se les diga, de] modo más simple y hasta brutal: «Francis Xavier, si no cambias haré que te expulsen del colegio».

-¿Y usted cree que yo pertenezco a esa segunda clase?

-Sí, estoy seguro. Por eso le doy una orden. Cuando el *Galante* amarre en Miami, mañana, usted y yo tomaremos un taxi para correr al aeropuerto y tomaremos el primer avión que salga hacia Trinidad. Allí la necesitan.

Alarmada por lo impetuoso del paso que iba a dar, Thérèse le preguntó, en un estallido de ansiedad:

-¿No sería una locura si volviera? Sólo hace dos días que lo conozco.

-El amor es la revelación de dos almas. A veces ocurre en un momento cegador, en un solo día; otras, después de un lento despertar de once años. Dios no sabe de horarios -contestó el anciano.

Y así, a la mañana siguiente, en cuanto el barco estuvo amarrado, los dos profesores se despidieron de sus discípulos y tomaron un taxi para dirigirse hacia el aeropuerto de Miami.

Cuando Thérèse Vaval subió los peldaños de la casa de Sirdar y llamó a la puerta, sus primeras palabras fueron súbitas y apasionadas:

-Volví atraída por un millar de imanes, Ranjit. Tus ideas, tu valor y, sobre todo, por el hecho de que me necesitas para abrir las puertas cerradas.

Como él no respondía, la joven abrió sus propias puertas cerradas: su compromiso con Dennis Krey y sus confusiones en Haití. La silenciosa sonrisa de Ranjit reveló que adivinaba que todo aquello no eran sino razones periféricas. Entonces ella le explicó su conversación con

Carmody y lo mucho que él había insistido en que ella volviera de inmediato, puesto que arriesgaba el resto de su vida. Sólo entonces él comprendió que Thérèse había sido tan maltratada por la vida como él mismo. Por un momento reinó el silencio. Ella carraspeó.

-Y ahora, Ranjit, cuéntame qué te ha pasado a ti.

El reunió todo su valor y se humedeció los labios reseco. Cuando te fuiste, al terminar el carnaval, descubrí lo que era el tormento. Paseé por el muelle hasta que tu barco desapareció, murmurando para mis adentros: Ahí va la única luz de este mundo. Y cuando pensé que no volvería a verte quedé desconsolado. Los libros me resultaban tediosos. Entonces descubrí lo que era el amor.

-Mientras el barco se alejaba yo sentía lo mismo, Ranjit. Pero la pregunta sigue en pie, ¿quién eres? ¿Por qué estás aquí; tan solo?

El miedo paralizó a Ranjit. Se preguntó cuánto debía decirle, cuánto se atrevería a contarle sin asustarla y hacer que se alejara otra vez.

Como no veía otra salida, murmuró:

-Deseaba desesperadamente ejercer mi profesión en Estados Unidos, pero mi permiso de residencia iba a vencer. Tenía que hacer algo. Por eso recurrí a un hombre que se encargaba de concertar matrimonios a los estudiantes extranjeros, para que pudieran obtener la ciudadanía norteamericana ... y me casé con su hermana. Pero resultó que ella tenía un esposo, nicaragüense, y tres matrimonios falsos anteriores ... sin divorcios. Era vergonzoso. Y yo participé en todo eso.

Thérèse se estremeció, preguntándose qué seguiría. Aquella avalancha de revelaciones hizo trizas la tranquilidad de aquel cuarto, como las ráfagas de un huracán.

-Una cama en el sótano ... , me pegó el esposo con un puñal contra mi cuello... el juicio con Inmigración, la expulsión ...

De pronto, Ranjit la vio aturdida y se interrumpió. Después de rebuscar entre sus cuadernos de notas le mostró la primera plana de los periódicos de Miami, del día de su deportación.: NICARAGÜENSE CELOSO MATA A su AMANTE ...

-¿Te expulsaron para siempre? -le preguntó ella.

-Eso creo.

-Pues yo no -aseveró ella, con firmeza-. Buscaré el modo de que

vuelvas a Estados Unidos.:. de modo permanente ... ¡y te conseguiré una cátedra!

Luego, como si estallara una presa, se cubrió la cara con las manos.

Por las convulsiones de sus hombros, Ranjit comprendió que lloraba en silencio. Por fin ella dejó caer las manos y lo miró de frente:

-Ni siquiera nos hemos besado ... y aquí estoy, declarándome.

Él no corrió a, abrazarla, como lo había hecho cualquier otro hombre. Se mantuvo temerosamente aparte; musitando:

-Pasé casi dos años casado con Molly Hudak y ella sólo me permitió besarla una vez, el día de nuestra boda, cuando el juez dijo, casi amenazador: -Ahora puede besar a la novia. Al parecer, no sirvo para los besos.

Eso rompió el hechizo. Thérese fue hacia él, con los brazos extendidos. Pero Ranjit se echó atrás, vacilante. Su honor de caballero lo obligaba a decir algo más:

-¿Te casarías conmigo, Thérese?

Entonces avanzaron los dos para besarse, y ella susurró:

-Somos hijos del mar dorado ... Su destino y el nuestro están ligados ... Juntos, tú y yo lo ayudaremos a encontrar el rumbo.

